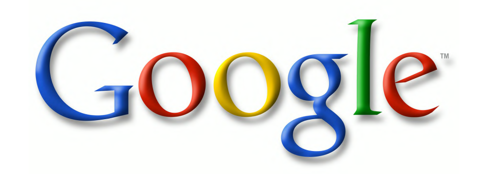
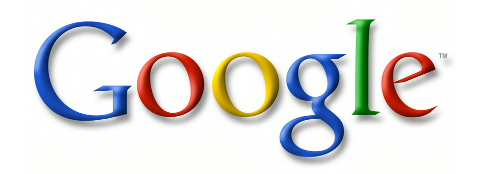
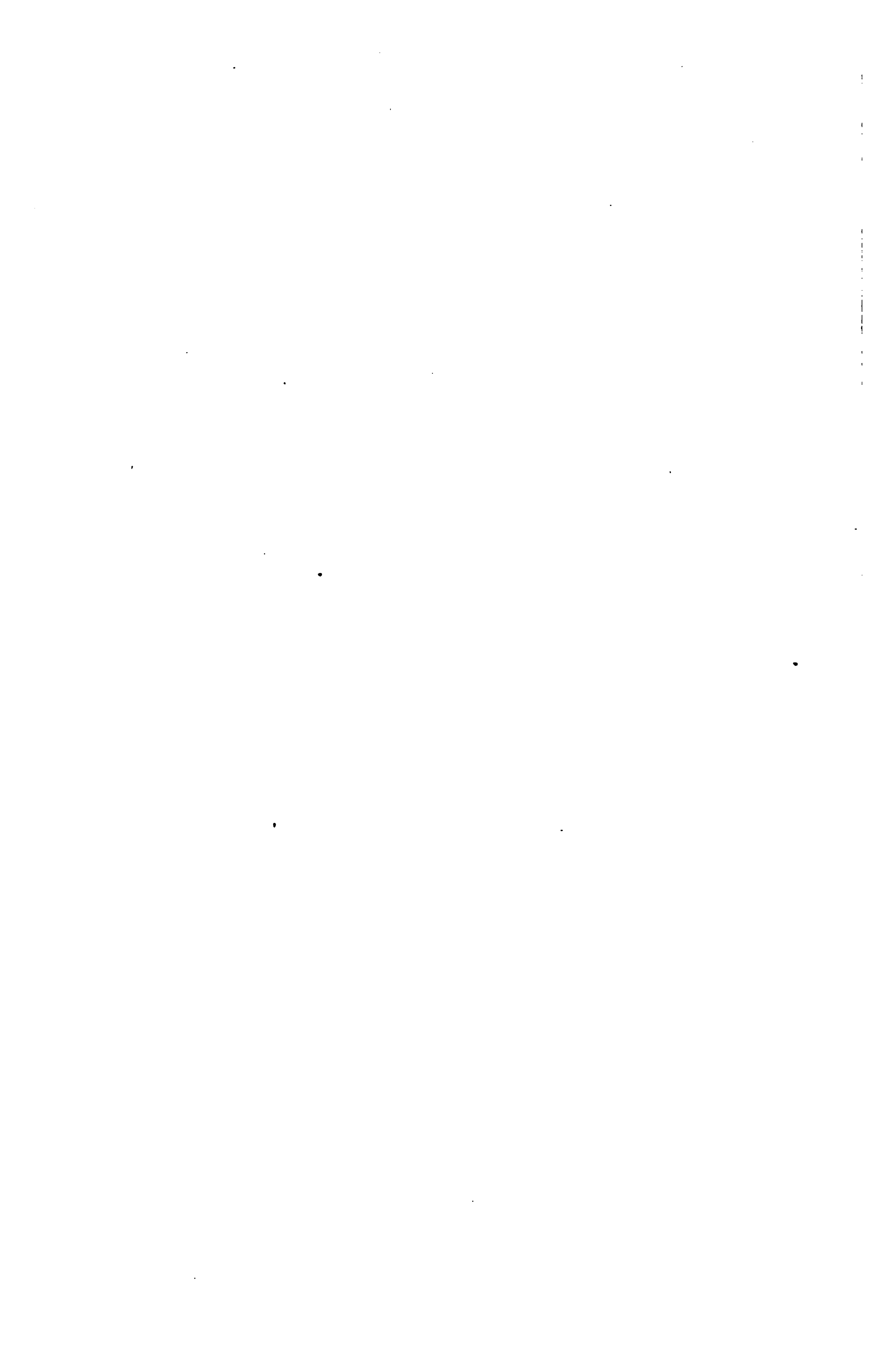
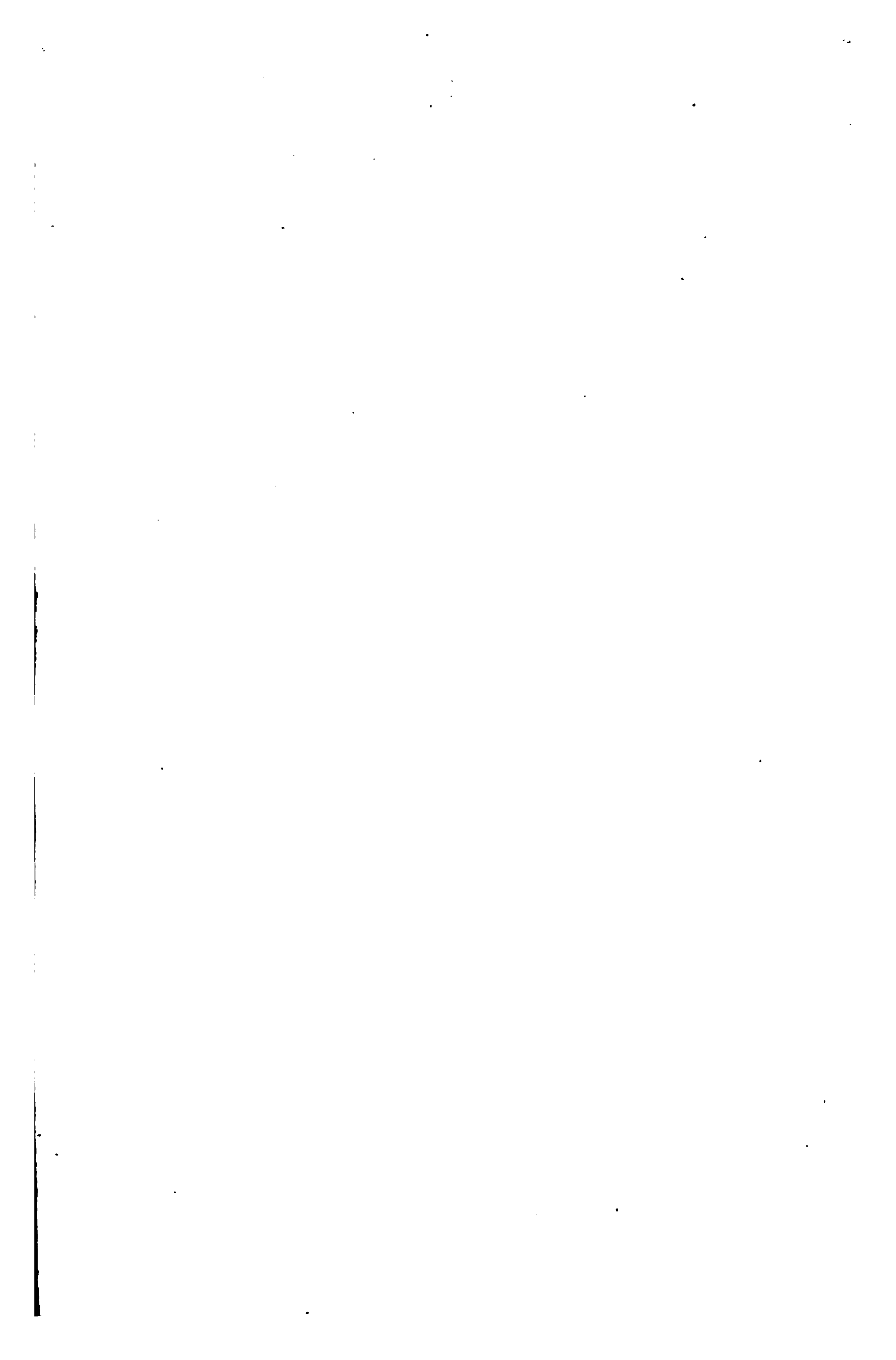


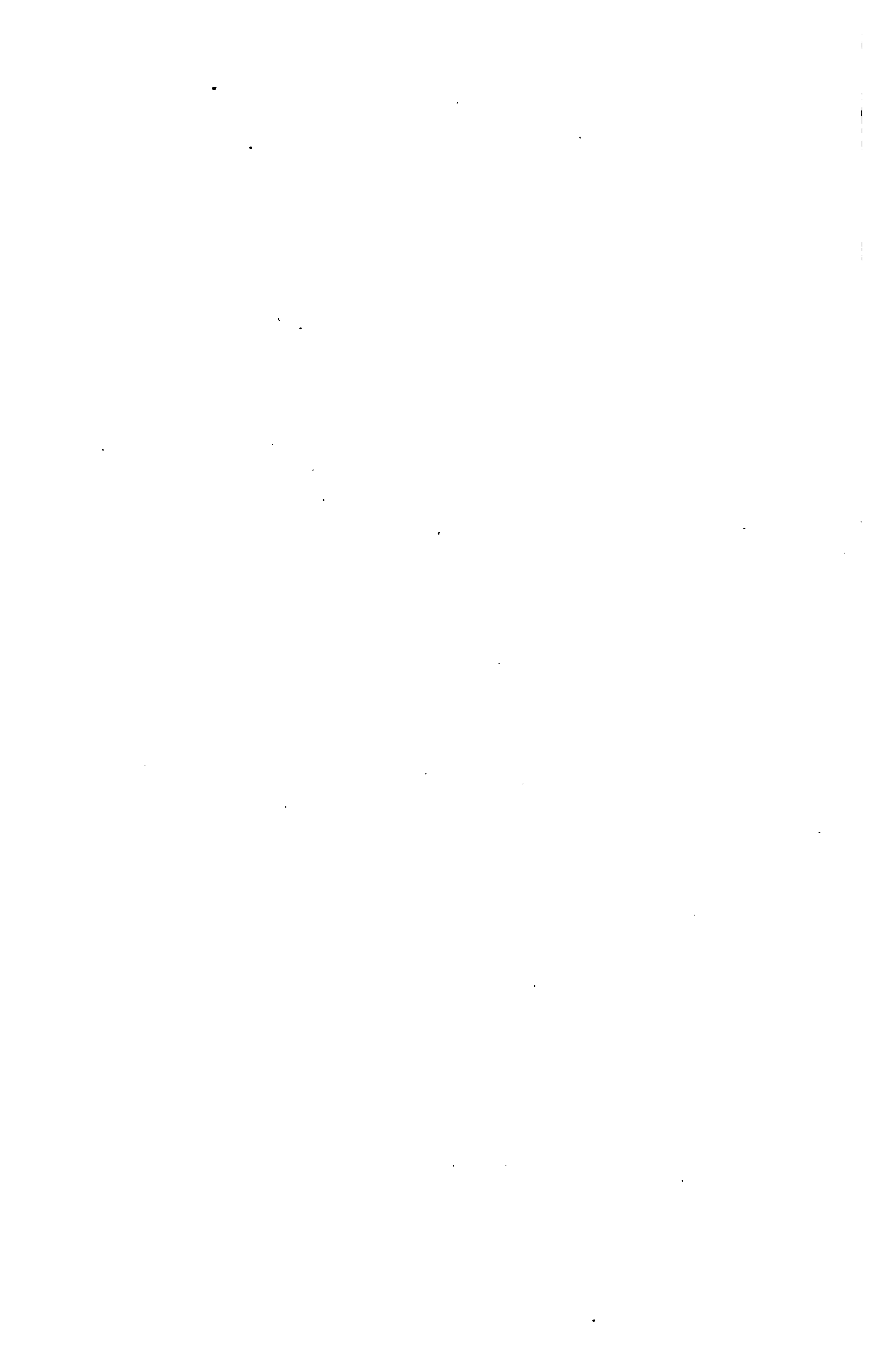



Sunbury Lodge Oxford
Louis Dyer
EX LIBRIS
CECIL
STANDISH
MCMIII









LA

ALPUJARRA

LA

ALPUJARRA

SESENTA LEGUAS Á CABALLO

PRECEDIDAS DE SEIS EN DILIGENCIA

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, número 5

1874

Á

LOS SEÑORES

D. JOSÉ DE ESPEJO Y GODOY (DE MÚRTAS)

Y

D. CECILIO DE RODA Y PÉREZ (DE ALBUÑOL)

Y Á LOS DEMAS HIJOS DE LA ALPUJARRA

QUE LO AGASAJARON EN AQUELLA NOBLE TIERRA

DEDICA ESTE LIBRO

EN SEÑAL DE AGRADECIMIENTO

Á SU GENEROSA HOSPITALIDAD

EL AUTOR

PROLEGÓMENOS

Principiemos por el principio.

Muy poco despues de haberme encontrado yo á mí mismo (como la cosa más natural del mundo) formando parte de la chiquillería de aquella buena ciudad de *Guadix,* donde rodó mi cuna (y donde, dicho sea de paso, está enterrado ABEN-HUMEYA), reparé en que me andaba buscando las vueltas el desinteresado erudito, Académico... correspondiente de la Historia, que nunca falta en las poblaciones que van á ménos.

Recuerdo que donde al fin me abordó fué en las solitarias ruinas de la Alcazaba.

Yo había ido allí á ayudarle á los siglos á derribar las almenas de un torreon árabe, y él á consolarse entre las sombras de los muertos de la ignorancia de los vivos.

Tendría él sesenta años, y yo nueve.

Al verlo, di de mano á mi tarea y traté de marcharme; pero el hombre de lo pasado me atajó en mi camino; congratulóse muy formalmente de aquella aficion que advertía en mí hácia los monumentos históricos; tratóme como á compañero nato suyo; dióme un cigarro, mitad de tabaco y mitad de matalahuva, y acabó por referirme (con el más melancólico acento y profunda emocion, á pesar de ser muy buen cristiano y Cofrade de la Hermandad del Santo Sepulcro) todas las tradiciones accitanas del tiempo de los Moros y todas las tradiciones alpujarreñas del tiempo de los Moriscos, poniendo particular empeño en sublimar á mis ojos la romántica figura de ABEN-HUMEYA.

Yo lo escuché con un interes y una agitacion indefinibles..., y desde aquel punto y hora abandoné la empresa de demoler la Alcazaba y di cabida al no ménos temerario propósito de salvar un dia las eternas nieves que cierran al Sur el limitado horizonte de *Guadix,* á fin de descubrir y recorrer unos misteriosos cerros y valles, pueblos y rios, derrumbaderos y costas que, *segun vagas noticias* (tal fué la fórmula de aquel genio sin alas), quedaban allá atras, como aprisionados, entre las excelsas cumbres de la *Sierra* y el imperio líquido del mar...

Porque aquella region, tan inmediata al teatro de mis únicas puerilidades legítimas, y de la cual, sin embargo, todo el mundo hablaba sólo *por referencia;* aquella tierra, á un tiempo célebre y desconocida, donde resultaba no haber estado nunca nadie; aquella invisible comarca, cuyo cielo me sonreía

sobre la frente soberana del *Mulhacem*, era la indómita y trágica *Alpujarra*.



Allí (habíame dicho en sustancia el amigo de las ruinas, y repitióme luégo la Madre Historia) acabó verdaderamente el gigantesco poema de nueve siglos que empezó con la traicion de D. Julian y que juzgó terminado ISABEL LA CATÓLICA con la toma de *Granada;* aquélla fué la *Isla de Elba* del desventurado BOABDIL, desde su memorable destronamiento hasta que se vió definitivamente relegado á los desiertos de la Libia; allí permanecieron sus deudos y antiguos súbditos, durante ochenta años más, legándose de padres á hijos odios y creencias, bajo la máscara de la Religion vencedora; allí estalló al cabo el disimulado incendio, y ondearon nuevamente entre el humo del combate los estandartes del Profeta; allí se desarrolló, lúgubre y sombrío, el sangriento drama de aquellos dos príncipes rivales, descendientes de Mahoma, que sólo reinaron para llevar á un desastroso *Waterloo* el renegado islamismo granadino; y allí fueron, no ya vencidos, sino exterminados, aniquilados y arrojados al abismo de las olas, sus últimos guerreros y visires, con sus mujeres y sus hijos, con sus mezquitas y sus hogares, único modo de poder extirpar en aquellas guaridas de leones la fe musulmana y el afan de independencia.— La nube de alarbes que entró por el Estrecho de Gibraltar como tromba de fuego, y que por espacio de ochocientos sesenta años recorrió tronando el cielo

de la Península, desbaratóse, pues, entónces, y volvió de España al mar, en arroyos de lágrimas y sangre, por las ramblas y barrancos de la despedazada *Alpujarra.*

Buscar (para adorarlas poéticamente) en los actuales lugares y aldeas de aquella region, las ruinas de los pueblos que dejó totalmente deshabitados la Expulsion de los Moriscos; evocar en toda regla entre los nuevos alpujarreños, oriundos de otras provincias españolas, los encapuchados fantasmas de los atroces *Monfíes* ó de los airosos caballeros árabes que componían la corte militar de Aben-Humeya y Aben-Aboo; seguir los pasos de estos dos régulos de aquellas montañas, y lamentar patéticamente los funestos amores del uno, la cruel desdicha del otro, las traiciones que los pusieron frente á frente, y las catástrofes que de aquí se originaron, todo ello en el propio paraje en que aconteció cada escena; saludar (ó maldecir en nombre de un equívoco sentimiento cosmopolita) los campos de batalla inmortalizados por las victorias de los Marqueses de Mondéjar y de los Vélez, del Duque de Sesa y de don Juan de Austria, y discernir, con toda la severidad correspondiente, los calamitosos resultados que trajo á la comun riqueza la política intolerante de Felipe II y Felipe III;—tal fué, en resúmen, el *interes histórico* que ofreció desde entónces á mi imaginacion la idea de un viaje á las vertientes australes de *Sierra Nevada;* interes histórico que, llegado que hube á la juventud, participó algo (no lo debo ocultar) de cierta filantropía, tan superficial y fatua como extensa, á la sazon muy de moda, y cuyo es-

pecial influjo en el ánimo de los granadinos, para todo lo concerniente á los moros, paréceme bastante digno de disculpa.

***

Semejante afan por aquel viaje subió luégo de punto al estímulo de otra curiosidad vehementísima y de índole más real y permanente, que denominaré *interes geográfico.*

Sierra Nevada es el alma y la vida de mi país natal. A su pié, reclinada la frente en sus últimas estribaciones septentrionales y tendidas luégo en fértiles llanuras, están, en una misma banda, la soberbia y hermosa capital de *Granada* y mi vieja y amada ciudad de *Guadix;* á diez leguas una de otra; aquélla al abrigo del elegante *Picacho de Veleta,* y ésta al amparo del supremo *Mulhacem,* cuyos ingentes pedestales se adelantan al promedio del camino con titánica majestad. Bajan de aquella *Sierra,* por lo tanto, los rios que amenizan las Vegas de ambas ciudades, los veneros de las fuentes que apagan la sed de sus moradores, las leñas que calientan sus hogares, los ganados que les dan alimento y los abastecen de lana, cien surtideros de aguas medicinales, salutíferas hierbas y semillas, mármoles preciosos, minerales codiciados, y el santo beneficio de las lluvias, que allí se amasan en legiones de pintadas nubes y luégo se esparcen sobre la tierra, no sin almacenar ántes, en perdurables neveras y renovadas moles de hielo, el fecundante humor que rios y acequias, pozos y manantiales destilan y dis-

tribuyen próvidamente durante las sequías del verano.

Pero ni en *Guadix* ni en *Granada* conocemos más que una de las faces de pizarra y nieve de aquella muralla eterna que se interpone entre sus campiñas y el horizonte del mar; muralla insigne por todo extremo en el escalafon orográfico; como que es la cordillera más elevada de toda Europa, si se exceptúa la de los Alpes. Hay que esquivarla, pues, para pasar al otro lado y trasladarse á la costa, y yo la esquivé, en efecto, repetidas veces, ora buscando en su extremo occidental el portillo del *Suspiro del Moro,* y bajando de allí despeñado hasta *Motril,* ora flanqueándola por Levante hasta ir á parar á las playas de *Almería.*

No se consigue, sin embargo, ni áun por este medio, ver el reverso de la *Sierra,* ni vislumbrar remotamente aquel espacio de once leguas de longitud por siete de anchura en que queda encerrada la *Alpujarra.*—Léjos de esto, la curiosidad llega hasta lo sumo al reparar en el empeño con que la gran Cordillera, auxiliada por sus vasallas laterales, oculta su aspecto meridional y el fragoso Reino de los Moriscos.—*Sierra de Gádor,* por una parte, y *Sierra de Lújar,* por la otra, cubren los costados de aquel inmenso cuadrilátero, dejando siempre en medio, encajonado é impenetrable á la vista, el secreto de *Sierra Nevada,* el principal teatro de las hazañas de ABEN-HUMEYA, las *tahas* de *Órgiva, Ugíjar, Andarax* y los dos *Ceheles;* regiones misteriosas, cuya existencia no puede ni áun sospecharse desde las comarcas limítrofes; tierras de España que sólo

se ven desde Africa ó desde los buques que pasan á lo largo de la *Rábita de Albuñol.*

Sin gran esfuerzo os hareis cargo del nuevo atractivo que estas singulares condiciones topográficas le añadirían en mi imaginacion á aquel país de tan románticos recuerdos. ¡Suprimir la *Sierra;* desvelar la *Alpujarra,*

si licet exemplis in parvo grandibus uti,

representábame un placer análogo al que experimentaría Aníbal al asomarse á Italia desde la cúspide de los Alpes, ó Vasco Núñez de Balboa al descubrir desde lo alto de los Andes la inmensidad del Pacífico!



Pues agréguese ahora la dificultad material de transportarse al otro lado del *Mulhacem,* ó sea el infernal encanto de la incomunicacion.

No habláramos de acometer la empresa de frente desde la ciudad de *Granada.* La *Sierra* no es franqueable en todo el año, sino algunos pocos dias del mes de Julio (*«entre la Virgen del Cármen y Santiago»*—dicen los prácticos del terreno), y eso con insufrible fatiga y peligros espantosos... Cierto que por la parte de *Guadix,* casi al extremo de la cordillera, hay un *Puerto,* llamado de *la Ragua* (*Rawa* se escribía ántes), al que conducen escabrosísimas sendas, y por donde es algo frecuente el paso en dias muy apacibles, si bien nunca en el

rigor del invierno; pero, así y todo, se han helado allí, en las cuatro Estaciones, innumerables caminantes, de resultas de los súbitos ventisqueros que se mueven en aquel horroroso tránsito.

Quedaba el camino de *Lanjaron,* que es el ordinario y el histórico; mas, aunque fuese el ménos malo (pues el entrar por la costa en el territorio alpujarreño no se avenía con mis ilusiones), todavía me lo pintaban áspero, difícil, arriesgado, pavoroso, sobre todo de *Órgiva* en adelante; verdadero *camino de palomas*, segun la frase vulgar, sujeto á largas interrupciones y contramarchas á la menor inclemencia de los elementos.

Explicábame ya, por consiguiente, la singularidad de que la *Alpujarra* sólo fuera conocida de sus hijos; de que apénas existiese un mapa que la representara con alguna exactitud, y de que ni los extranjeros que venían de Lóndres ó de San Petersburgo en busca de recuerdos de los Moros, ni los poetas españoles que cantaban estos recuerdos de una gloria sin fortuna, hubiesen penetrado jamas en aquel dédalo de promontorios y de abismos, donde cada peñon, cada cueva, cada árbol secular sería de juro un monumento de la dominacion sarracena.



Mi viaje á África con aquel ejército (hoy ya casi legendario) que plantó la bandera de Castilla sobre la Alcazaba de Tetuan; mi larga residencia en aquella ciudad santa de los musulmanes, á la cual se

refugiaron, del siglo XV al XVII, innumerables moros y judíos expulsados de España; mis frecuentes coloquios, ora con *Sabios* hebreos que aún hablaban nuestra lengua, ora con mercaderes argelinos versados en el frances, ora con los mismos marroquíes, merced á nuestro famoso intérprete Aníbal Rinaldy; mis interminables pláticas con el historiador y poeta Chorby, en cuya casa encontré una hospitalidad verdaderamente árabe; aquellas penosas y casi estériles investigaciones á que me entregué con todos ellos respecto del ulterior destino de tantos ilustres moros españoles como desaparecieron en los arenales africanos, á la manera de náufragos tragados por el mar; todas aquellas aventuras, emociones, complacencias y fantasías que forman, en fin, gran parte del *Diario de un Testigo de la Guerra de Africa,* léjos de calmar mi ardiente anhelo de conocer la tierra alpujarreña, hiciéronlo más activo y apremiante.

Las tradiciones y noticias de los moros y judíos de 1860 acerca de la estancia de sus mayores en nuestro suelo eran ménos inexactas y borrosas cuando se trataba de la *Alpujarra* y de la Guerra de los Moriscos, que cuando se referían á otros territorios y sucesos de Andalucía. El último héroe musulman de España, ABEN-HUMEYA, inspirábales especialmente una profunda veneracion, como si vieran en él un modelo digno de ser imitado en Ceuta y en Melilla por los marroquíes sujetos á la dominacion cristiana.

Ni era esto todo: aquellos fanáticos islamitas, semibárbaros en su vida externa, místicos y soña-

dores en lo profundo de su alma, dejábanme entrever, cuando la afectuosidad de una larga conferencia los hacía ménos recelosos y desconfiados, esperanzas informes y remotas de que la morisma volviese á imperar en nuestra patria; y entónces, al expresarme la idea que tenían de la hermosura de estos sus antiguos Reinos, celebraban sobre todo la comarca granadina, y, nominalmente, algunas localidades alpujarreñas, avergonzándome de no haberlas visitado; ¡á mí, que las tenía tan cerca del pueblo de mi cuna!

***

La historia, pues; la geografía; un culto filial á *Sierra Nevada;* no sé qué pueril devocion á los Moros, ingénita á los Andaluces; la privacion, los obstáculos, la novedad y el peligro, conspíraban juntamente á presentarme como interesantísima una excursion por la *Alpujarra*.

Sin embargo, cuantas veces la proyecté, y fueron muchas, otras tantas hube de diferirla, con pesar ó remordimiento, ya para atender á ménos gratos cuidados, ya para lanzarme caprichosamente á más remotas y noveleras expediciones.

Pero hé aquí que de pronto, y cuando ya estaban algo amortiguados en mi espíritu ciertos entusiasmos y fantasmagorías de la juventud, circunstancias harto penosas condujéronme á realizar el sueño de toda mi vida.

Poco ántes de empezar la última Primavera, encontrándome en esta inmensa oficina llamada Ma-

drid, donde sólo hay aire respirable para los dias de prosperidad y ventura, plugo á Dios enviarme uno de aquellos dolores que sólo se pueden comparar al embeleso de que nos privan.,.

¡Oí los pasos de los que se llevaban al cementerio una hija de mi corazon, y quedéme asombrado de no morir cuando me arrancaban el corazon con ella!...

Perdóneseme este primero y último grito con que profano la majestad de mi sentimiento; pero hubiera considerado más impío no ponerle á este melancólico viaje su verdadera y triste fecha...

Partida el alma, quebrantada la salud, mis noches sin sueño, volví los ojos, por consejo de personas amadas, hácia la Madre Naturaleza, eterna consoladora de los infortunios humanos...

Y como un amigo mio queridísimo tuviese por entónces precision de recorrer la *Alpujarra*, quedó convenido que iríamos juntos...—

Ahí teneis la historia de por qué se hizo este viaje.

Escuchad ahora la historia del viaje mismo.

10 de Marzo de 1873.

. . . .

HOMERO.—Aunque yo me hubiera matado á fuerza de imaginar fábulas alegóricas, todavía habría podido suceder que la mayor parte de las gentes hubiesen tomado la fábula en un sentido demasiado próximo, sin buscar más léjos la alegoría.

ESOPO.—Eso me alarma... ¡Me horrorizo al pensar si irán á creer los lectores que los animales han hablado verdaderamente, como lo hacen en mis apólogos!

HOMERO.—Es un temor muy chistoso...

ESOPO.—¡Toma! Si ha llegado á creerse que los dioses han dicho las cosas que vos les haceis decir, ¿por qué no se había de creer que los animales han hablado de la manera que yo les hago hablar?

HOMERO.—¡Ah! No es lo mismo. Los hombres aceptan que los dioses sean tan locos como ellos; pero no admiten que los animales sean tan sabios.

(FONTENELLE.—*Dialogues des Morts.*)

LA

ALPUJARRA

PRIMERA PARTE

EL VALLE DE LECRIN

I

Preparativos de viaje.

Todo estaba dispuesto para marchar.

Era la mañana del 19 de Marzo de 1872, dia de San José—en el Almanaque romano—y víspera de la entrada de la Primavera—en el hemisferio septentrional.

Hacía tres dias que mi compadre y yo nos hallábamos en *Granada*.

Mi compadre era aquel excelente amigo de Madrid que iba á la *Alpujarra* á asuntos propios;—asuntos que, dicho sea de paso, respetaré y omitiré completamente.

Ademas, en *Granada* se había asociado á nues-

tra expedicion, accediendo á mis súplicas, cierto primo mio, más semítico que jafético, á quien quiero como á un hermano, camarada tradicional é indispensable en mis reiteradas excursiones á caballo por aquella provincia.

Todos teníamos relaciones en los pueblos alpujarreños, y habíamos escrito yá á nuestros respectivos amigos, despues de hacer minuciosamente el plan del viaje, avisándoles el punto y hora en que nos prometíamos abrazar á cada uno.

Los criados habían salido el dia anterior, á esperarnos en la *Venta de Tablate;* esto es, á seis leguas de *Granada*, al pié del flanco occidental de la gran *Sierra*...

Hasta allí iríamos en la *Diligencia de Motril,* que dejaríamos (ó más bien ella nos dejaría á nosotros) en aquella venta,—desde la cual arranca el camino de *Lanjaron.*

Y como el tal camino se convierte luégo en *sendas de palomas*, segun indicamos en los PROLEGÓMENOS, habíamos prevenido tambien que en *Órgiva* (donde haríamos noche) nos aguardasen mulos del país (calificados de irreemplazables para las asperezas extraordinarias), en los cuales nos proponíamos atravesar al dia siguiente el famoso *Puerto de Jubiley* y lo más encumbrado de la *Contraviesa.*

Los caballos pasarían entónces á formar á retaguardia (éste era el plan á lo ménos), de reserva para los senderos verosímiles, y especialmente para las ramblas, las playas y los rios.

Por último: iban conmigo, como ayudantes de campo de mi memoria:

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA, Caballero,

LUIS DEL MÁRMOL CARVAJAL, Andante en corte,

y GINES PÉREZ DE HITA, poeta y soldado; testigos presenciales los tres ó historiadores especiales de la Rebelion y Guerra de los Moriscos:

D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA, el preclaro apologista de *Zoraya,* vulgo *Doña Isabel de Solís,* y autor del drama titulado *Aben-Humeya:*

MAHOMA, autor de *El Corán:*

CONDE, historiador de la *Dominacion de los Arabes en España:*

WASHINGTON IRWING

y WILLIAM PRESCOTT, orgullo entrambos de su patria y de la nuestra:

Los dos hermanos LAFUENTE ALCÁNTARA...

MIGUEL, el gallardo historiador granadino,

y EMILIO, el discreto colector y traductor de las *Inscripciones árabes de Granada:*

MR. DOZY,

MR. ROMEY

y MR. SACY, sabios extranjeros, enamorados de la España moruna:

D. PASCUAL DE GAYÁNGOS, nuestro ilustre orientalista, acompañando, á fuer de buen traductor, á

AL-MAKARI, historiador árabe del siglo XVII:

D. FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, cuyo sabio estudio sobre los *Mudéjares* le valió el ingreso y un laurel en la Academia de la Historia:

D. JOSÉ MORENO NIETO, el antiguo Catedrático de árabe, actual Rector de la Universidad de Madrid, tan versado en las cosas de los infieles como en las de los fieles:

D. Aurеliano Fernández-Guerra, insigne literato, y al par investigador erudito de las antigüedades romanas de Granada:

Los hermanos D. José y D. Manuel Oliver, que pronto demostrarán de nuevo, con un libro sobre la *Granada árabe,* toda la profundidad de sus estudios:

D. Francisco Simonet, consumado arabista cuanto dulce poeta cristiano.

D. José Amador de los Rios, el renombrado historiador de *Los Judíos en España:*

D. Florencio Janer, cuyo trabajo sobre los *Moriscos* fué justamente premiado por la Academia de la Historia:

Todos los demas Académicos de la Historia, así los pasados, como los presentes, como algunos de los futuros:

El aleman Schack, seguido de su galano traductor el eminente literato D. Juan Valera:

Casiri, el siro-maronita, Bibliotecario que fué del Escorial:

Abu-Zacaria, botánico y filósofo agareno:

Ibn-Aljathib, poeta, geógrafo é historiador, príncipe de los ingenios árabigo-granadinos:

Ben-Katib-Alcatalami,

Abu-Sofian,

Abulfadhl-ben-Xafat-Alcairawani,

y Abulatahia, altísimos poetas mahometanos, de quienes ya os recitaré algunos versos:

Aben-Ragid, historiador concienzudo, muy mentado por los demas:

Idrisi, el gran geógrafo musulman:

IBN-HAYYAN,

XERIF,

ALEDRIX,

ABU-HARIRAT, y otros escritores orientales, cuyas obras han sido traducidas por los Sres. Gayángos, Fernández y González, Moreno Nieto, Oliver, Simonet, Mr. Dozy y demas arabistas mencionados:

El Veedor y Contador de la Alhambra en 1753, D. MANUEL NÚÑEZ DE PRADO, autor de una *Relacion Auténtica* sobre la repoblacion de *La Alpujarra* y otras tierras despues de la Expulsion de los Moriscos; obra importantísima, que hojearémos en lugar oportuno:

MIÑANO,—maltrecho todavía de resultas de la brillante *Correccion fraterna* de D. Fermin Caballero,—

y el merecedor de otra por el estilo, D. PASCUAL MADOZ, ambos geógrafos á la antigua:

D. JUAN BAUTISTA CARRASCO, el geógrafo á la moderna:

El insigne naturalista D. SIMON DE RÓJAS CLEMENTE, sapientísimo autor de la *Historia natural de Granada,* etc., etc.:

D. MANUEL DE GÓNGORA, el anticuario infatigable, ingenioso autor de las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía:*

El Beneficiado ALONSO DEL CASTILLO, morisco de orígen, Intérprete de Felipe II y Romanceador del Santo Oficio, cuyo *Cartulario,* publicado en 1852 por la Academia de la Historia, contiene algunas cartas de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO, sumamente interesantes:

MIGUEL DE LUNA, morisco tambien, historiador muy embustero, pero muy divertido por lo mismo:

HERNANDO DE BAEZA, de quien mi malogrado amigo Emilio Lafuente publicó, poco ántes de morir, curiosísimas páginas, bajo el título de *Relaciones de los últimos sucesos del Reino de Granada:*

HERNANDO DEL PULGAR, Cronista de los Reyes Católicos,

El Licenciado FRANCISCO BERMÚDEZ DE PEDRAZA,

El CURA DE LOS PALACIOS,

El Maestro GABRIEL RODRÍGUEZ ESCABIAS,

FRAY MARCO DE GUADALAJARA,

CÓRDOBA Y PERALTA,

SALAZAR Y CASTRO,

RÓBLES,

ZURITA,

ALONSO DE PALENCIA,

y otra infinidad de cronistas, poetas, militares, golillas, diplomáticos, inquisidores, prelados, ministros y hasta reyes, autores de manuscritos de todo linaje referentes á la *Alpujarra*, de los cuales algunos han sido publicados en la *Coleccion de documentos inéditos* y los demas esperan todavía la luz pública en los Archivos Municipales de Granada y de Guadix, en el gran Archivo de Simáncas, en la Biblioteca del Escorial, en la Nacional, en la de Palacio, en la de la Academia de la Historia, en la del Duque de Osuna, etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc. (1).

(1) En Lóndres, en el Museo Británico, habia hace algun tiempo una obra inédita, del Jesuita las Casas, sobre la *Rebelion de los Moriscos y su total expulsion.*—De desear fuera que se publicara.

¡Personal inmenso y lucidísimo! ¡Comitiva digna de un sabio de primer órden! ¡Estado Mayor que me haría pasar á vuestros ojos por el Generalísimo de todos los autores aplicados, laboriosos y concienzudos habidos y por haber, si yo no tuviese ahora la honradez de confesar que... no todos los escritores susodichos me eran familiares; sino que... francamente... á unos sólo los conocía de vista; á otros sólo de oídas; á éste por citas que insertaba aquél; á aquél por referencias que hacía éste; á algunos por simples extractos de sus obras; á muchísimos bajo la fe de traducciones ajenas, y á varios de ellos por meros informes de caritativos amigos, más estudiosos que yo, á quienes había importunado, y sigo importunando, con incesantes preguntas orales y epistolares...

Pero sea como quiera, habeis de convenir, amadísimos lectores, en que no iba á la *Alpujarra* mal acompañado...

Acompañadme tambien vosotros con una benévola atencion, y este viaje será redondo.

II

En la *Vega de Granada*.—Los *Llanos de Armilla*.—El *Mulhacem*.
Un cadáver misántropo.

A las ocho en punto arrancó la Diligencia.

La mañana estaba hermosa, fulgente, llena de anuncios de la Primavera que iba á empezar...

Esto... por lo que respecta al cielo; que en la tierra, es decir, en aquella magnífica *Vega* que pocos momentos despues recorríamos, todavía era Invierno,—si bien un Invierno granadino.

Los trigos, las cebadas, los centenos y las hortalizas mostraban alternados sus distintos verdes en espléndidas llanadas que se perdían de vista al Norte y al Ocaso, miéntras que, á Mediodía y Levante, dejábamos atras bosques de frutales y prolongadísimas alamedas, sin flores aún y sin hojas.

Los áridos esqueletos de sus ramas ofrecían un contraste muy filosófico con el perenne verdor de los olivos de *Huétor* y de los cipreses y laureles de la *Zubia*...—Pero todavía era demasiado pronto para filosofar.

Insensiblemente, fuimos subiendo de la junta del *Darro* y del *Genil* (donde Sor Ana de San Jerónimo había dicho:

> . . . . el abrazo de estos rios,
> en dulces de cristal amantes lazos,
> me representa viva y tristemente
> los que un tiempo formaron muchos brazos...)

hasta ganar los despejados *Llanos de Armilla*.

Y como, adrede, íbamos nosotros en el departamento posterior de la Diligencia, á fin de despedir los panoramas que fuésemos abandonando, é imaginarnos la emocion con que los mirarían por última vez los moros y los moriscos, pudimos apacentar desde allí nuestros ojos en la contemplacion, siempre nueva, de la incomparable *Granada*...

Desde aquel mismo sitio, y tal vez á aquella

misma hora, la devoraban con la vista los REYES CATÓLICOS la mañana del 2 de Enero de 1492, esperando, con afan patriótico y cristiano, á que apareciesen en la Torre de la Vela las Cruces de plata y su morado Estandarte, señal de que el CONDE DE TENDILLA se había entregado ya de la Alhambra, y de que sus Altezas podían adelantarse á tomar posesion de la Jerusalem de Occidente.

Y la verdad es que el año pasado, lo mismo que hace cuatro siglos; á pesar de los estragos del tiempo y de la constante decadencia local, la corte de BOABDIL, vista á aquella distancia (que permite todavía distinguir separadamente colinas, casas, iglesias, torres cristianas y torres moras, cármenes, arboledas y murallas; pero presentándolo ya todo en comprensivo y armonioso conjunto), ofrecía un aspecto embelesador, muy por encima de cuanto pueden excogitar poetas y pintores, y asaz digno de la codicia de todos los reyes de la tierra.

Mas no es cosa de entretenerse en descripciones prolijas cuando se viaja en Diligencia, máxime si ya están hechas admirablemente en verso y en prosa por escritores de punta, como acontece con la de Granada...

Prefiero, pues, hablar, ántes de abandonarlos, de los humildes *Llanos de Armilla*,—que de seguro no se han visto en otra.

***

La privilegiada comarca granadina, por encerrar todas las bellezas naturales, encierra hasta la ascética y melancólica del desierto. No contento Dios

con reunir, casi á las puertas de la gran ciudad, nevadas montañas, cerros bermejos, las rocas moradas de Sierra Elvira, la feraz planicie de la Vega, jardines y bosques, y por último, rios de todas clases (aquí el manso *Genil* fluyendo entre alamedas, allí el *Darro* mugiendo entre peñascos, acá el despeñado *Dílar*, allá el jugueton *Alfacar*, y el *Monachil*, y el *Cubillas*, y el *Beiro*, todos formando como una red de plata), puso tambien en aquella region los *Llanos de Armilla*, desconsolado yermo, enclavado, como un oásis negativo, en medio de una llanura siempre frondosa, para más lucimiento y realce del eden que lo rodea.

Ahora bien: allí han reñido muchas batallas los moros entre sí, y los moros con los cristianos: allí revistaban sus huestes D. FERNANDO y DOÑA ISABEL: allí hubo, en aquel tiempo, de dia y de noche, citas, sorpresas, conciliábulos, desafíos, amantes coloquios, todos los lances propios de la soledad... (así los que refieren las crónicas, como los innumerables que no habrán tenido cronista): y allí no ocurre hoy maldita la cosa... miéntras el sol está en el horizonte, á no ser algun simulacro de batalla ó los cotidianos ejercicios de las tropas de la guarnicion...

Pero los soñadores que, en noches de luna, cabalgan por aquella meseta, siguiendo los disparados caballos de apuestas amazonas, en busca de los puntos de vista mas á propósito para contemplar á *Granada* á la mágica luz del astro de sus recuerdos, saben todo el fantástico hechizo que las memorias de otros tiempos comunican á tan esquivo despoblado... —Lo ménos que se cree entónces cada uno es que

se llama Gonzalo Fernández de Córdoba, Hernan Pérez del Pulgar, ó Garcilaso de la Vega, y que va en pos de la Reina Católica, de Doña Beatriz de Bobadilla y de sus otras damas, haciendo reconocimientos militares y adorando de paso lo imposible...

*
* *

Miéntras nuestra imaginacion acariciaba estas añejas fantasmagorías, la Diligencia se acercaba al pié de *Sierra Nevada,* aunque procurando siempre dejarla á la izquierda en su marcha oblicua y llegar al viso del *Suspiro del Moro.*

El *Picacho de Veleta,* erguido encima de nosotros, y el *Mulhacem,* que asomaba más allá su frente augusta, ambos vestidos de nieves recientísimas sobre las eternas que los acorazan, eran, por lo tanto, el eje inmóvil que nos sujetaba y nos repelía á la par, como la mano á la piedra aprisionada en la honda, si bien parecía que ellos giraban por sí mismos para mostrarnos sucesivamente las diversas fases de su grandeza.

El *Mulhacem,* sobre todo, atraía nuestra ávida atencion. El era el protagonista del viaje; él había de ser el polo perpetuo de nuestras idas y venidas, y el fondo constante de cuantos vistosos cuadros esperábamos contemplar; él es rey de los montes alpujarreños... ¡aquél que, dominándolos á todos, descubre las dos orillas del Mediterráneo, como las de un lago de su imperio, miéntras que por la otra parte registra con su mirada escrutadora hasta las soledades de la Mancha!

Así es que yo le decía muy por lo serio, con una indefinible mezcla de veneracion, curiosidad y cariño:

—A tu otro lado voy: detras de tí estaré mañana: mañana habré visto todos los misterios que me ocultas desde que nací.

***

Al propio tiempo, esta denominacion de *Mulhacem* que lleva la cúspide eminente de toda España, recordábame su patético significado.

Desde luégo se comprende que es el mismo nombre del imprudente esposo que repudió á la altanera Aixa, el nombre del escarnecido padre del rebelado Boabdil, el nombre del constante adorador de Zoraya (*Lucero de la mañana* en habla mora, y lucero cuya hermosura fué tan fatal á los granadinos como la de Helena á griegos y troyanos), el nombre de Muley Hacem, en fin, penúltimo Rey de Granada.

Pues bien: cuentan la tradicion y las historias (1), que, vencido y destronado el viejo Muley Hacem por su indigno hijo, á quien la despechada Aixa, de áspero rostro y corazon de leona, había inspirado tan sacrílega usurpacion; retirado con su fiel Zoraya y con los hijos en ella habidos á un lugar escondido en las faldas de la *Sierra* (2); viéndose

(1) Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*.—Córdoba y Peralta, *Historia de las Montañas del Sol y el Aire*, M. S.

Pulgar y el Cura de los Palacios, en sus respectivas crónicas, refieren el caso de otro modo; pero la version que corre válida es la que doy.

(2) Otros creen que se retiró á Salobreña.

abandonado del resto del mundo, ciego, miserable, y próximo ya á la apetecida muerte, rogó á aquellas prendas de su alma que lo sepultasen en un paraje tan ignorado y solo, que no pudiese turbar nunca la paz de sus cenizas la vecindad de hombres vivos ni muertos; *pues le causaban tal horror sus semejantes, que temía no dormir tranquilo si era enterrado cerca de otros cadáveres humanos.*

ZORAYA y sus hijos cumplieron religiosamente esta solemne manda, sepultando los restos del infeliz MULEY HACEM en lo más alto de la *Sierra,* allí donde nunca posa el hombre su planta, ni llegan jamas los rumores de la vida. Para aquel sublime sarcófago, los hielos suministraron la urna de cristal, pirámides de alabastro las sempiternas nieves, y perpetua ofrenda las nubes, respetuosamente agrupadas al pié de él,

cual humo leve de quemado incienso.

Y allí está, y ha de estar hasta la consumacion de los siglos, el misántropo Rey moro; y desde allí puede ver á un tiempo mismo (con los ojos de los poetas, se entiende) á *Granada* por una parte, conservando todavía la Alhambra y el Generalife, y por la otra, allende el mar, la cordillera del *Atlas,* que es la *Sierra Nevada* del Imperio de Marruécos.



Pero á todo esto la *Vega* se nos acababa: hacía rato que habíamos pasado el rio *Dílar* y cruzado

por el alegre pueblo de *Alhendin:* la Diligencia emprendía el ascenso á unas lomas estériles y mansas; y la *Sierra* no nos presentaba ya su frente, sino que huía por nuestra izquierda, como un ejército derrotado, dejándonos paso libre al Mediodía...

Ibamos, pues, á salir del horizonte granadino por el ya mencionado otero del *Suspiro del Moro*...

No había tiempo que perder. Era necesario abandonar al padre para acudir al hijo; esto es: era necesario olvidar á MULEY HACEM para acordarse de BOABDIL.

III

El *Suspiro del Moro*.—*Granada* á lo léjos.—Adioses de BOABDIL.
Palabras de CÁRLOS V.

Cuando pasamos por la *Venta del Suspiro del Moro* eran las diez ménos algunos minutos.

Estábamos á dos leguas y media de *Granada*.

Desde allí se distinguía, como desde un mirador, no sólo la ciudad, sino toda su comarca, toda su campiña, todo su cielo esplendoroso: panorama inmenso, deslumbrador, matizado de mil colores é inundado de una luz de paraíso, siquier velado en algunos puntos por tenues girones de transparente niebla, entre cuyas rotas gasas relucían las acequias y los rios, como cintas de cristal, ó salían, del seno de pardos olivares y de los pliegues de graciosas

colinas, modestos campanarios y azuladas columnas de humo, marcando la situacion de numerosos lugares, aldeas y caseríos...

Granada se veía blanquear á lo léjos, tendida en los cerros umbrosos de la Alhambra y del Albaicin, como una odalisca envuelta en cándido alquicel, echada sobre oscuros almohadones... Ya no se percibían sus pormenores y detalles... Sólo se divisaba una elegante ráfaga de blancura, intensamente alumbrada por el sol, bajo el risueño azul del purísimo firmamento.

Un paso más, y todo aquel cuadro de poblacion, de vida, de riqueza, de hermosura, de actividad humana desaparecería súbitamente.—Delante de nosotros se prolongaba, girando hácia la izquierda, un angosto pasaje, árido y feo, pedregoso y sombrío, que contrastaba de un modo horrible con la maravillosa vista que estábamos contemplando...

Aquel crítico punto era, por consiguiente, el lugar en que BOABDIL dió el supremo adios á la ciudad en que había nacido, que había sido suya, y que no debía de volver á ver en toda su vida.

*
* *

BOABDIL no llegaba del mismo *Granada,* sino del que había sido campamento de los cristianos; del Real de *Santafé,* situado en medio de la *Vega*.

Allí había permanecido desde la memorable mañana del 2 de Enero, en que entregó humildemente á los REYES CATÓLICOS, á las puertas de aquella capital que abandonaba para que la ocupasen ellos,

las llaves de la codiciada Alhambra y el anillo real de los Alhamares...

Durante los diez ó doce dias transcurridos desde entónces, el infortunado descendiente de cien monarcas, tolerado huésped en las ya desiertas tiendas de sus triunfantes enemigos, había ido enviando de noche á la *Alpujarra* (á aquel irrisorio Señorío que le dejaban como una limosna) todas sus riquezas y equipajes, con muchos súbditos fieles, resueltos á seguir su destino...—¡Entre tanto, D. FERNANDO y DOÑA ISABEL, príncipes venturosos, habitaban el palacio árabe de la Alhambra, donde el GRAN CAPITAN y otros veteranos de la Conquista traducían á las damas de la corte las inscripciones poéticas de sus afiligranados patios y camarines!

* * *

Era, pues, una mañana de mediados de Enero. La hora debía de ser entre las siete y las ocho,—puesto que BOABDIL, segun todos los historiadores, había salido de *Santafé* mucho ántes de apuntar el alba, á fin de sustraer su ignominiosa partida á la humillante curiosidad de los pueblos de la *Vega*...

Iban con él su adusta madre, su dulce y bella esposa MORAIMA, su tierno hijo (que había estado como rehen en el campo castellano, y á quien ISABEL LA CATÓLICA llamaba el *Infantico* y quería mucho), una hermana, cuya figura no determinan las historias, y algunos visires, palaciegos y criados.—ZORAYA, la otra viuda de MULEY HACEM, no pensó ni por un momento en acompañar á los proscritos,

sino que ya se proporcionaba, para ella y para sus hijos Cad y Nazar, un porvenir mucho más cómodo en la corte de los cristianos, cuya Religion fué la primera y había de ser la última de aquella aprovechada beldad, tan conocida luégo con el nombre de Doña Isabel de Solis (1).

«Al llegar á aquella elevacion (dice la Histo»ria), Boabdil refrenó su caballo y se detuvo embe»becido mirando con emocion tristísima la ciudad »de las hermosas torres, y centro en otro tiempo de »su grandeza. El monarca infeliz alivió la amar»gura que rebosaba en su pecho derramando algu»nas lágrimas; y exclamando: «*¡Allah Akbar!* (¡Oh »gran Dios!)», picó los ijares de su caballo y dió con »hondos suspiros los últimos adioses á *Granada*.

»Se dice que Aixa, su magnánima madre, ad»virtió la debilidad del hijo y le reprendió diciendo: «*Haces bien en llorar como mujer, ya que no has »tenido valor para defenderte como hombre...*»

. . . .
y mirando colérica á Granada,
huyó vencida, pero no domada.—

—

Como el reo de muerte que á la vida
y al sol y al cielo con afan profundo
da el adios de suprema despedida...
así Boabdil, lanzado de aquel mundo
en que dejaba su ilusion querida,
«*¡Adios!*» dijo con aye moribundo;
é inclinando la frente sobre el pecho,
huyó tambien, en lágrimas deshecho...

(1) Martínez de la Rosa ha idealizado y sublimado gratuitamente á esta mujer en su admirable novela del mismo nombre; novela que es tambien un tesoro de erudicion por sus apéndices y notas.

Y tras él, en confuso torbellino
partieron todos; y del sol la lumbre
vió, de polvo entre un ancho remolino,
desbocada correr de cumbre en cumbre,
huyendo de su lóbrego destino,
á aquella fastuosa muchedumbre,
á quien la desventura daba en arras
un rincon en las agrias *Alpujarras* (1).

*
* *

Estos antiguos versos mios (que estoy muy léjos de admirar) representan en este libro, no un ardid de mi pereza, sino un principio artístico y literario, que no deja de ser honesto, en virtud del cual me ha repugnado tratar dos veces un mismo asunto.

Y es que detesto las *variaciones* y las *variantes*. Para mí, los músicos que escriben dos ó tres arias de tenor, á escoger, para una misma ópera, demuestran que no han sentido verdaderamente ninguna.—Es convertir el arte en oficio.

Y lo mismo digo de las segundas nupcias... de las mujeres.

Pero volvamos al *Suspiro del Moro*.

*
* *

Cuenta Fray Prudencio de Sandoval en su *Historia del Emperador Cárlos V*, que cuando éste fué á Granada, en Junio de 1526, y vió la Alhambra por vez primera, exclamó generosamente:

—«*¡Desdichado el que tal perdió!*»

Y refiere Fray Antonio de Guevara, en sus

(1) De *El Suspiro del Moro*, canto épico del autor.

Epístolas familiares, que, como él entónces le narrase cuánto gimió BOABDIL en aquella loma á que sus suspiros dieron nombre, y el duro apóstrofe de la implacable AIXA, el César replicó:

—«*Muy gran razon tuvo la madre del Rey en »decir lo que dijo, y ninguna tuvo el Rey su hijo »en hacer lo que hizo; porque, si yo fuera él, ó él »fuera yo, ántes tomara esta Alhambra por sepul»tura, que no vivir sin reino en el Alpujarra.*»

Admirablemente hablado. Es muy verdad: BOABDIL no supo caer, lo cual es tanto más imperdonable, cuanto que al cabo demostró que sabía morir.

Pero, pésele á CÁRLOS V, á las Artes y á las Letras, AIXA no tuvo razon para acusar á su hijo de no haber sabido defender su reino.

El lo había defendido espada en mano en cien combates, hasta que las discordias intestinas de su familia y de sus súbditos, atizadas precisamente por la misma rencorosa AIXA, así como el alternado auxilio que cada bando moro prestaba al ejército cristiano, le hicieron desesperar de la victoria y sacrificarse para terminar la guerra.—*Suum cuique.*

De todos modos, al perder nosotros de vista aquella mañana el cielo granadino, y considerar la infinita angustia con que el infeliz agareno le daría el postrer adios, sólo tuvimos entrañas para compadecer su desdicha, *fuesen cualesquiera sus delitos y los de su raza,* que diría á este propósito un escritor transcendental, y prescindiendo tambien (momentáneamente) del derecho histórico, del interes patrio y de la conveniencia particular que asistían á sus vencedores...

Porque en aquel trance fatal (lo repito en prosa) el destronado y proscrito Rey se nos representaba como el condenado á muerte que, lleno de vida y juventud, hace un alto en las gradas del patíbulo y se despide para siempre de la luz del dia y de todas las esperanzas que acarició en el mundo...

BOABDIL tenía entónces treinta años.

IV

Lo que fué de BOABDIL.

La melancólica esterilidad del callejon de montañas en que entramos luégo, parecía imaginada por un autor dramático aficionado á transiciones violentas y contrastados cambios de decoracion.

A nuestra izquierda se levantaba una inconmensurable ladera, casi vertical, sin árboles, sin riscos, sin arroyos, sin nieves y sin verdura. Asemejábase, hasta por el color, á una de las caras amarillentas de aquellas inmensas pirámides del Nilo que sirvieron de túmulo á otros reyes.—Era una estribacion ó antemural del costado de *Sierra Nevada,* que nos ocultaba la sierra misma, y que se llama el *Cerro Maziar*.

A la derecha se escalonaban unas terreras y colinas, tambien sin vegetacion de ninguna clase, derivadas de la sierrecilla de Tejeda.

Al frente... nada: las paredes del propio calle-

jon, que culebreaba en ambos sentidos, sin el más breve asomo de horizonte, como el foso de una angulosa fortaleza.

Desde que pasamos del *Suspiro del Moro* ya no ofrecían interes alguno las contemplaciones retrospectivas...

Nos habíamos trasladado, por lo tanto, á la berlina de la Diligencia, con el afan de ir descubriendo terreno.

Pero como sabíamos que hasta llegar al *Padul,* distante del *Suspiro* unos dos ó tres kilometros, sólo hay que ver aquella monotona muralla con que principia el flanco de la *Sierra,* lanzamos nuestra imaginacion en pos de Boabdil, puesto que llevábamos el mismo camino, á fin de recordar qué fué de él en el amargo epílogo de su vida.



El Rey Chico, que no era chico, sino de gentil estatura y apuesto continente, pero á quien los Moros pusieron aquel apodo por alusion á su siempre menguado Reino (1), fuése á residir á *Cobdaa,* en el extremo oriental de la *Alpujarra,* lugarcillo delicioso, que tuvo honores de ciudad miéntras fué su corte, y que hoy llaman el *Presidio de Andarax* sus ciento cincuenta y tantos vecinos.

Lo pactado en las Capitulaciones respecto de él

(1) D. Luis de Salazar y Castro, en su *Crónica del Gran Cardenal de España,* dice, separándose de la opinion general, que los Moros llamaron á Boabdil «El Rey Chico» para distinguirlo de su tio el Zagal, á quien llamaban «El Rey Viejo».

y de su familia, en un Tratado secreto, de diez y seis artículos, que existe en el Archivo Municipal de *Granada,* y tambien en el de Simáncas, había sido lo siguiente:—Los Reyes Católicos aseguraban á Boabdil, á su esposa, á su madre, á Zoraya (la favorita de su padre) y á los hijos de ésta, todas las huertas, tierras, hazas, molinos, baños y heredamientos que constituían el Patrimonio real, con facultad de venderlos; afianzaban tambien á Boabdil la posesion de sus bienes patrimoniales dentro y fuera de Granada, y le cedían por juro de heredad, para sí y sus descendientes (con la tácita condicion de vivir en ellas), las *tahas* (distritos) de *Berja, Dalías, Marchena, Boloduy, Lúchar, Andarax, Ugíjar, Órgiva, Jubíles, Ferreira* ó *Ferreirola,* y *Póqueira* (esto es, toda la *Alpujarra* y un poco más), con todos los pechos y derechos de sus pueblos (ménos la fortaleza de *Adra);* y se obligaban, por último, á darle treinta mil castellanos de oro (unos cuatrocientos cuarenta mil reales).

Vivía, pues, á orillas del *Andarax* aquel régulo que había sido verdadero Rey; y vivía tranquilo, ya que no dichoso. Rico, espléndido, querido de sus súbditos, habíase consagrado exclusivamente al amor de su esposa, la mansa y hechicera Moraima (que tanto elogian los cronistas africanos), y al cuidado del *Infantico,* cuyos rastros pierden luégo las historias (1).—Su único esparcimiento era la caza de liebres con galgos, ó de pájaros con azores,

(1) *Al-Makari,* el ya citado historiador árabe, traducido al inglés por don Pascual de Gayángos *(Mohammedan-Dynasties in Spain),* es el único que habla algo de la prole de Boabdil; y, con ser tan poco lo que refiere, todavía

que le hacía extenderse á veces seis y ocho leguas, hasta el término de sus dominios, por los campos de *Berja* y de *Dalias,* y pasar semanas enteras fuera de su casa (1).

Mas hé aquí que los REYES CATÓLICOS juzgaron que la permanencia de BOABDIL en España podría ser inconveniente con el tiempo; y aunque ninguna queja abrigaban de él, ni respecto de sus pasos y conversaciones (que sabían diariamente, por tener comprado á su Ministro ABEN-COMIXA), propusiéronse obligarlo, ya que no podían compelerlo, á emigrar por siempre de nuestra tierra.

A las primeras proposiciones que se le hicieron, en Diciembre del mismo año de 1492, fundadas en argumentos especiosos, para que vendiese sus bienes y se marchase á Africa, el príncipe islamita se alteró mucho y dió esta sentida respuesta:—«*Yo he cedido un Reino para estar en paz, y no he de ir á otro ajeno á estar en cuestiones* (2).»

***

Fácil es adivinar lo que pensaba BOABDIL al expresarse de aquel modo.

se duda mucho de su certeza.—Dice así: «Dejó (BOABDIL) dos hijos varones, llamados el uno Jusuf y el otro Ahmed, de cuya descendencia hay aún en Fez algunos restos; pues cuando visitamos aquella ciudad en el año 1037 (de la Egira), conocimos algunos de sus descendientes, reducidos á vivir de los piadosos socorros que suelen darse á los faquires y á los pobres con los fondos de las mezquitas; es decir, que eran unos verdaderos mendigos.»

(1) Carta secreta de Hernando de Zafra á los REYES CATÓLICOS, *Coleccion de documentos inéditos*, tomo XI.

(2) Carta de 9 de Diciembre, escrita por Hernando de Zafra á sus Altezas, *Coleccion de documentos inéditos*, tomo XI.

Indudablemente tenía ante la vista el ejemplo de lo que acababa de acontecer en Africa á otro príncipe de su propia sangre, que, como él, cedió un Reino (el de Guadix y Almería) á los Reyes Católicos, á cambio de aquel mismo irrisorio Señorío de la *Alpujarra;* que, como él, residió algunos meses en aquella misma taha de *Andarax* (dos años hacía por entónces), y que, como él, vióse tambien muy luégo hostigado por sus Altezas para que les vendiese sus bienes y abandonase la tierra de España.

Muley Abdalá el Zagal (1) (pues dicho se está que de tan valeroso é infortunado príncipe se trata) hubo al fin de acceder á ello, y embarcóse con todos sus tesoros (año y medio hacía á la sazon), poniendo el rumbo á la costa de Marruécos... Al desembarcar en aquella tierra, la besó, creyendo que le sería más propicia; pero el Califa de Fez, so pretexto de castigar sus rebeldías contra Muley Hacem y contra Boabdil, apoderóse de él, lo sepultó en una mazmorra, robóle todas sus riquezas, é hizo que el verdugo le quemase los ojos (2).

El ejemplo no podía ser más terrible, y se comprende bien que al sobrino del Zagal (3) le repug-

(1) *Muley Baudely Azagal* le llama el Cura de los Palacios en su *Historia de los Reyes Católicos*, M. S.—Pulgar, en su *Crónica de los Reyes Católicos*, le nombra *Muley Abdiley*.

(2) Muchos años despues murió en Vélez de la Gomera un mendigo anciano y ciego, que excitaba la conmiseracion pública llevando sobre su harapiento albornoz un cartel que decia en árabe: «*Este es el Rey desventurado de los Andaluces.*» Era Abdalá el Zagal (*).

(3) Segun el vocabulario de Fray Pedro de Alcalá, *zagal* significa en árabe *valiente*.

(*) **Esta es la historia general y corriente del fin que tuvo el Rey Zagal; pero *Al-Makari* asegura que de la Alpujarra fué á Orán y de allí á Tremecen, donde se estableció y residió su descendencia.**

nase la idea de pasar á establecerse á Africa, á pesar de las muestras de afecto que recibía de todos sus soberanos, y muy particularmente del mismo Califa de Fez.



Aben-Comixa continuó, sin embargo (de acuerdo con Hernando de Zafra, Secretario de los Reyes Católicos), sembrando mayores recelòs, augurios y amenazas en el ánimo de Boabdil acerca de la suerte que le aguardaba en España; y entónces pidió éste á sus Altezas permiso para ir á Barcelona á exponerles sus temores y sus agravios, así como á rogarles que no se le importunara en su pacífico retiro... Pero los Reyes, atentos sobre todo á la *razon de Estado,* cuya moral *sui generis* no cae bajo mi jurisdiccion, eludieron sutilmente el mandarle licencia, y le dijeron *que les enviara en su lugar á su Visir* Aben-Comixa, *que para el caso era lo mismo.*

Cayó en la red el antiguo Rey de Granada, y Comixa partió para Barcelona, donde, sin credenciales ni poderes de su amo (1), aunque en nombre suyo, *y sin que nadie se diese por entendido de aquella concertada informalidad,* el pérfido moro otorgó con Fernando é Isabel una Escritura pública, por la que Boabdil y las princesas les vendían todos sus Estados y bienes patrimoniales en la cantidad de nueve millones de maravedíses, *obligándose á dejar la tierra de España para no volver más á ella...*

(1) Conde, *Historia de la Dominacion de los Arabes en España.*

Cuando tornó COMIXA á la *Alpujarra* y dió á entender á BOABDIL lo que había hecho, tratando de demostrarle que le convenía ratificar aquel contrato, el Rey, furioso, tiró del alfanje, y hubiera cortado la cabeza á su fementido consejero, á no interponerse y salvarlo las personas allí presentes.

Pero pasaron dias... COMIXA, desde el lugar en que lo tenían resguardado de la cólera de su señor, inventaba mil alarmantes historias de intrigas, asechanzas y maquinaciones de los REYES CATÓLICOS contra BOABDIL, diciendo haberlas descubierto en su viaje á Barcelona; y con esto, y con los sustos naturales de las princesas, y sus lágrimas, y los consejos de toda aquella pequeña corte, que deseaba salir del protectorado de los Cristianos, hubo bastante para que el príncipe, fácil y condescendiente de suyo, consintiera al cabo en ratificar la obra de su Ministro.

Quedó, pues, concertado que la familia real musulmana se embarcaría en cuanto terminasen los calores de aquel mismo año de 1493.



Durante los preparativos del viaje, murió de melancolía la excelente MORAIMA, la tierna esposa de BOABDIL...

¡Aciaga estrella la de aquel hombre, efectivamente *desventurado* (1)! ¡En el momento de partir para un destierro perpetuo, perdía á la dulce com-

(1) Otro de los epitetos que los Moros pusieron á BOABDIL fué el de *Zogoibi*, que significa *desventuradillo*.

pañera de su vida, al único sér que hubiera podido hacerle soportable la expatriacion!

El ánimo se detiene contristado á considerar al mísero proscrito, sobre todo en el horrible trance de esconder el cadáver de su esposa en aquella amada y esquiva tierra que él iba á abandonar para siempre... ¡Acaso cavó por sí solo la negra sepultura, en su amante recelo de que llegase á ser descubierta y profanada algun dia!...—Ello es que nadie ha sabido jamas dónde fué enterrada MORAIMA, ni ya es de temer que den con ella los anticuarios.

¡Triste BOABDIL! ¡Cómo envidiaría unas veces á la que había compartido con él el trono de Granada, al ver que ella se quedaba al fin en el suelo patrio, refugiada en el seguro asilo del eterno sueño! ¡Cómo la increparía otras, acusándola de egoísmo, ingratitud y abandono!—«¡No has querido seguirme!»—le diría.—«¡Has desertado de la batalla, dejándome solo, enfrente de mi destino!»

Y, á la verdad, la desaparicion de MORAIMA en tal instante, más que un inevitable eclipse decretado por la muerte, más que aquella melancólica ausencia de los finados que van á aguardarnos á otro mundo, parecía una cruenta separacion en vida; algo tan desesperado y tremendo como las despedidas al pié del cadalso, ó como un divorcio no deseado por una de las partes.



Sucedió esto á últimos de Agosto.—En fin, á primeros de Octubre, BOABDIL, su madre, su her-

mana, su hijo y algunos amigos y criados, salieron del puerto de *Adra,* en una carraca de Íñigo de Artieta, miéntras que en otra carraca genovesa y dos galeotas iban hasta mil ciento treinta moros más, que huían espontáneamente de la dominacion castellana.

Favorables viento y mar á su infortunio, facilitáronles el acceso á la costa de enfrente, y, al otro dia, aquellos navegantes, que llevaban al suelo africano los tristes restos del Imperio muslímico-español, tocaron tierra en *Caraza,* á poca distancia de *Melilla.*

¡Por allí volvía á entrar en Africa, al cabo de ochocientos años, desheredada y llorosa, la hueste aventurera de TARIC, despues de haber sido señora de casi toda la Península Ibérica!

Sin detenerse en *Melilla,* pasó BOABDIL á establecerse á *Fez,* cuyo Califa era su pariente y amigo, y donde vivió treinta y tres años más, muy considerado y querido de aquel soberano y de todos los marroquíes, en un alcázar que hizo construir por el estilo del de la Alhambra.

Es la única particularidad que se sabe de la segunda parte de su vida.

En cambio, se conocen las honrosas circunstancias de su muerte, y la alta manera como pagó la hospitalidad á su deudo y bienhechor.

En 1526, precisamente el mismo año que CÁRLOS V hacía mencion de BOABDIL en la Alhambra granadina, encontráronse á orillas del *Guadal-Hawit* (rio de los Esclavos) las tropas del citado Califa de Fez, MULEY HAMET EL BENIMERIN, y las hordas

bárbaras de los dos hermanos JARIFES, que le disputaban el trono,—y que por cierto se lo ganaron en aquella jornada, fundando la actual dinastía de Marruécos.

La batalla fué reñidísima, y en ella mandó parte de la vanguardia del ejército de MULEY HAMET un guerrero de encanecida barba y principalísimo porte, el cual hizo prodigios de valor y temeridad, hasta que al cabo hubo de sucumbir al número de los enemigos, muriendo bizarramente con todos los que iban á sus órdenes.

El ensangrentado cadáver de aquel heroico anciano fué uno de los innumerables que arrastraron al mar las aguas del impetuoso rio...

Desventurado hasta despues de muerto, sus cenizas no durmieron en la tierra.

Era BOABDIL (1).

. . . .

¡Singular coincidencia!—Cuando los agarenos entraron en España, el último Rey godo, D. RODRIGO, cayó herido en las aguas del Guadalete, cuyas ondas arrastraron al mar su cadáver.—Ochocientos trece años despues, el último Rey moro de España, BOABDIL, moría de la misma manera, y tenía tambien por sepultura los abismos del Océano.

¡Qué cosas!

(1) Tórres, *Historia de los Jarifes.*

V

El *Valle de Lecrin*.— El *Padul*.—Las aguas y los montes.
La *Fuensanta del Valle*.

Durante aquella nuestra excursion por los libros y apuntes que llevábamos á mano, el terreno había principiado á cambiar de fisonomía.

Ya estábamos saliendo del angustioso y desolado tránsito que separa la Vega de *Granada* del *Valle de Lecrin*. El horizonte se ensanchaba gradualmente, y la lontananza del camino ofrecía un aspecto más simpático y gozoso.

La divisoria de las aguas había quedado atras. Todas las vertientes iban ya al Mediterráneo, y la misma Diligencia, como rindiendo tambien vasallaje al mar, distante todavía nueve leguas, empezaba á rodar cuesta abajo, con gran contentamiento de las mulas.

Del flanco de la *Sierra*, que siempre veíamos á nuestro lado izquierdo, y que ya no era tan árido y monotono, manaban lucientes chorros de agua cristalina, los cuales se repartían luégo por los entrecortados barrancos del otro lado de la carretera, esparciendo doquier vegetacion, vida y hermosura, como silfos bullidores ganosos de engalanar y enriquecer la comarca...

El panorama era cada vez más amplio á nuestro

frente y nuestra derecha... La temperatura se había dulcificado mucho...—Entrábamos en *el Valle,* llamado así por antonomasia en toda la provincia...

Y tan cierto era que en *el Valle* habíamos entrado, que pocos momentos despues estábamos en el *Padul.*

*
* *

El *Padul* (donde se releva tiro) es una rica villa de 3.235 habitantes, sobre nacimiento ó muerte más ó ménos, perteneciente yá al partido judicial de *Órgiva,* y el primer pueblo del *Valle de Lecrin.*

Lecrin, en árabe, quiere decir *alegría.* Este solo dato os hará formar juicio de la amenidad y belleza del territorio que íbamos á recorrer; belleza y amenidad que seguirían creciendo, *sempre crescendo,* hasta llegar al célebre *Lanjaron...*

Pero no anticipemos las sorpresas.

El *Valle* mide tres leguas de máxima anchura, por cinco de longitud. Nosotros lo abordábamos por su parte superior, y teníamos que seguirlo á todo lo largo (costeándolo, como si dijéramos, á cierta altura), hasta que poco á poco bajásemos á su planicie y girásemos con ella hácia el Oriente, en busca de la limítrofe *Alpujarra...*

Pero esto es volver á adelantar los sucesos.

Forman la desigual cuenca del *Valle,* toda tapada de arboledas, sembrados y cortijos, los estribos laterales de *Sierra Nevada* y una hija suya denominada la *Sierra de las Albuñuelas;* y riéganla nada ménos que cinco rios, amalgamados á la postre en uno solo.

Porque el *Valle* no es una concavidad lisa, como suelen serlo todos los valles, sino que contiene fértiles colinas y hondonadas interiores en que se abrigan sus diferentes pueblos... segun verémos más adelante.

Aquella privilegiada region goza fama en la misma Andalucía por su exquisito aceite, claro como el agua, por sus muchos y excelentes cereales, por sus ricas y variadas frutas, etc., etc.

Y digo *etc., etc.,* en razon á que ya hablarémos de cada cosa en su lugar respectivo.

Contentémonos ahora con saber que en el *Padul* inaugurábanse tímidamente todos los encantos de aquel nuevo paraíso, ¡digno prólogo de la selvática *Alpujarra!*—La naturaleza, inmortal artista, seguía complaciéndose en ofrecernos transiciones y contrastes.

Y, sin embargo, la imaginacion tenía tambien tristezas que evocar en aquella tierra de delicias. El *Valle de Lecrin* chorrea sangre de cristianos y agarenos. Diríase que todos sus pueblos actuales son los humeantes escombros de otros pueblos incendiados.

Sin ir más léjos, aquella misma villa de *Padul* fué totalmente despoblada y quemada por los Moriscos, como un reducto peligroso, despues de habérsela ganado á los Cristianos en una recia batalla dada á sus puertas.

De modo que sus presentes moradores, aquéllos que fijaban en nosotros y en la diaria novedad de la Diligencia una tranquila mirada, como diciéndonos: «Tambien esto es mundo, aunque para ustedes

sea un trámite», no eran descendientes ni de los vencidos ni de los vencedores en las refriegas de la Conquista y de la Rebelion. Eran, sí, nietos de los que, nacidos en otras comarcas, se establecieron como colonos en la region de las ruinas...

¡Qué soledad tan melancólica la que encuentra el alma en los pueblos así habitados!—«*Hic Troja fuit*» le dicen todos los azulejos de las calles.

Y, sin embargo, conste que el *Padul* es una villa alegre y aseada, donde ademas tuvimos la siempre agradable sorpresa de encontrar á un amigo, último inmigrante en aquella tierra de inmigrados.



—¡Al coche, señores!—gritó en esto el mayoral.

Y salimos para *Dúrcal,* distante del *Padul* cosa de una legua.

Esta legua es interesantísima bajo el aspecto orográfico y fluvial.

La *Sierra* principia á suministrar al *Valle,* no delgados arroyuelos como anteriormente, sino verdaderos rios.

Debajo del *Padul* está la *Laguna* del propio nombre, que desagua en el *Dúrcal.*

Poco más allá pasamos sobre los dos brazos originarios del mismo *Dúrcal,* cuyas fuentes brotan á poca distancia, al pié del *Cerro Caballo,* bastion de la gran cordillera, que hace dar allí una brusca vuelta al camino.

Aquellas dos endebles hebras de agua son más léjos una sola y vigorosa corriente, que luégo se

llama *Rio Grande* y al cabo se transforma en el respetable *Guadalfeo,* tributario directo del mar.



Todas estas efectividades brutales, que en los dichosos tiempos en que mi espíritu sólo se alimentaba de novelas, me hubieran parecido materialidades insulsas, iban cautivando poderosamente mi atencion.

Y es que cuando ya se ha vivido; cuando desde la cumbre de la edad empieza uno á discernir sintéticamente el casuismo de cada existencia humana y las vicisitudes generales de la Historia, la mente se recrea en hacer la sinópsis de los montes y las aguas; en ver, por ejemplo, dónde nacen los rios, cómo se enriquecen, qué fatalidades físicas les trazan rumbo, por qué se convierten de vasallos en señores y de qué manera fenecen en el piélago insondable.

Adviértese entónces con filosófica humildad que las aguas influyen en la estructura de los montes casi tanto como los montes en el curso de las aguas. Estas raen y rebajan las cumbres de los cerros con la lima de las lluvias; los hienden y cortan en profundos barrancos; desgastan sus laderas; horadan y derrumban sus diques para abrirse camino; construyen colinas, deltas y barras con sus arrastres; forman valles y cañadas á su paso, y determinan la condicion y aspecto de cada terreno, su aridez ó su amenidad, su depresion ó su altura.

Tales contingencias secundarias, y los primitivos fenómenos geológicos que edificaron capricho-

samente aquí ó allí ésta ó aquella cordillera, para que diese orígen ó leyes á las mismas nubes y calidad ó fisonomía á cada comarca, llegan á parecernos otras tantas alegorías de las grandezas del mundo, del síno de los hombres, de los antojos de la suerte, de las revoluciones de los pueblos, de los decretos de la Providencia.—*Son lágrimas de las cosas,* dice Virgilio.

Mas ¿qué digo? Esos accidentes geográficos no son meras imágenes poéticas aplicables á los hechos de la Historia: son la Historia misma. El terreno decide del carácter de las razas: aguas y montes demarcan lo que considera su patria cada uno: quien dice *montaña,* dice *frontera:* el rio se convierte en foso henchido de sangre cuando intenta pasarlo el extranjero: toda batalla tuvo por clave y objetivo la posesion ó la conquista de un vado, de un desfiladero, de una eminencia.—La Historia es esclava de la Geografía.



Cerca ya de *Dúrcal,* hácia donde bajábamos resueltamente, vimos una graciosa quinta edificada en el zócalo mismo de la *Sierra,*—especie de pensil babilónico, compuesto de escalonadas mesetas y cuajado de árboles en flor ó de otros de verdura inmarcesible.

Entre las hojas de algunos de éstos, mostraban escandalosamente su olímpica hermosura, ó más bien se avergonzaban de no hallar medio de esconderla, coloradas naranjas y amarillos limones, imágen fiel de aquellas cautivas orientales, esterotipa-

das por la pintura byroniana, que no consiguen tapar con sus cruzados brazos todos los tesoros de su pudor.

Aquel invernadero natural; aquella primera traicion hecha, bajo el amparo de *Sierra Nevada,* á los vientos del Norte, á la altura sobre el nivel del mar y á la tiranía del Almanaque; aquella primera bocanada de aire tibio del Mediodía, cuajada y convertida allí en flores y frutos de otras regiones; aquel paréntesis de amenidad, aquel escondite de Primavera, llámase la *Fuensanta del Valle.*

Conste.



Poco despues, espacióse algo el terreno por el mismo lado, gracias á una breve condescendencia de la *Sierra,* proporcionándosele por tal medio una bonita vega al lugar de *Dúrcal,* que, sin aquella circunstancia orográfica, probablemente habría sido fundado en otro sitio, ó no hubiera sido fundado en ninguna parte, resultando así un pueblo ménos en el mundo.

Pero *Dúrcal* existe donde existe, y nosotros íbamos á entrar en él, pues ya divisábamos su campanario á poquísima distancia; lo cual significaba que habíamos andado otra legua y algunos metros más desde que salimos del *Padul.*

VI

Ochenta años en seis kilometros.

Durante aquellos seis kilometros, habíamos tenido tambien tiempo de hojear ochenta años de la historia del Reino de Granada, ó sea desde la partida de BOABDIL para Africa hasta la sublevacion de ABEN-HUMEYA... ¡de ABEN-HUMEYA, cuya romántica sombra debía de aparecérsenos de un momento á otro en la situacion más crítica y solemne de su tormentosa vida!

Habíamos visto, pues, á los REYES CATÓLICOS despedirse temporalmente de *su ciudad de Granada,* dejando muy recomendado á las Autoridades (sobre todo la magnánima ISABEL) que fuesen benévolas y generosas con los muchos millarès de moros que se quedaban allí guarecidos bajo la fe de las Capitulaciones, y que constituían el esplendor y la riqueza de aquella comarca.

Habíamos repasado luégo aquellas Capitulaciones (mediante las cuales entregó BOABDIL á sus súbditos), y en ellas habíamos visto que «D. FERNAN»DO V DE ARAGON y DOÑA ISABEL I DE CASTILLA »*afianzaban á los islamitas completa seguridad de* »*bienes y de haciendas, obligándose por sí,* Y Á NOM»BRE DE SUS DESCENDIENTES, Á RESPETAR POR SIEM-

»PRE JAMAS LOS RITOS MUSULMANES, *sin quitar las »Mezquitas y torres de Almuédanos, ni vedar los »llamamientos ni sus oraciones, ni impedir que sus »propios y rentas se aplicasen á la conservacion del »rito mahometano»*, y estableciendo ademas que «*la »justicia continuaría administrada entre moros por »jueces de su propia religion y con arreglo á sus »leyes»;* que «*todos los efectos civiles relativos á »herencias, casamientos, dotes, etc., permanecerían »atemperados á sus usos y costumbres»;* que «*los »Alfaquís seguirían difundiendo la instruccion en »escuelas públicas y percibiendo las limosnas, do»taciones y rentas asignadas para ello»*, y que «*las »contestaciones y litigios entre cristianos y moros se »decidirían por jueces de ambas partes»...*

Habíamos admirado despues la sabiduría y la templanza con que el virtuoso HERNANDO DE TALAVERA, primer Arzobispo de Granada, y el egregio CONDE DE TENDILLA, su primer Capitan General, pusieron en práctica el pensamiento de la gran ISABEL, procurando atraerse á los moros con afabilidad; reprimiendo las liviandades y las rapiñas de los aventureros advenedizos mezclados con los conquistadores; ejerciendo las obras de misericordia de la sublime Doctrina cristiana con los enfermos, huérfanos y menesterosos de la poblacion infiel; haciendo que el clero aprendiese el árabe, en lugar de prohibir á los moros el hablar su lengua (1), y enseñándoles á éstos el castellano, al par que los socorrían y

(1) De aquí la *Gramática* y el *Diccionario* árabes, publicados entónces en Granada por Fray Pedro Alcalá, y tan estimados hoy de los orientalistas.

consolaban en sus desdichas,—todo lo cual dió naturalmente por fruto que los musulmanes llegaran pronto á hacer una cariñosa confusion de ambas religiones, á querer entrañablemente al CONDE DE TENDILLA y al Prelado TALAVERA, á permitir que éste bendijese sus mezquitas y á llamarle el *Gran Alfaquí*, el *Santo entre los Santos*...

En seguida habíamos visto al rígido y vehemente Cardenal CISNÉROS, lleno de impaciencia por aprovechar aquellas buenas disposiciones, y ansioso de realizar de un golpe las altas miras de la REINA CATÓLICA, presentarse súbitamente en *Granada*, con omnímodos poderes de sus Altezas; llevar á paso de carga la conversion de los moros de la capital, y proceder á bautizarlos de grado ó por fuerza... siendo tantos (dicen los historiadores) los que acudieron á fingir que renegaban, movidos por el temor, por la novelería, ó por adquirir el traje castellano que en el acto se les regalaba, que el CARDENAL hubo de contentarse con «agruparlos en pelotones y rociar sobre ellos el agua bendita con un hisopo»...

Y, como si esto no fuera bastante, habíamos visto á continuacion al mismo CISNÉROS, influído por el Inquisidor General FRAY DIEGO DEZA, sucesor de TORQUEMADA, hacer quemar en la plaza de Bibrambla más de un millon de manuscritos (1) sobre política y religion musulmanas, recogidos violentamente en las casas de los moros, reservándose por fortuna aquel sabio Prelado los de ciencias natura-

(1) Mármol, *Rebelion de los Moriscos.*

les, matemáticas y medicina, para la Biblioteca de su amada villa de Alcalá de Henáres...

***

Estas injustificadas violaciones del Tratado de 1492, perpetradas en vida de los mismos Reyes que lo habían suscrito (era el año de 1499), produjeron un terrible alzamiento en el Albaicin.

El caso principió de esta manera: Un Alguacil, llamado *Barrionuevo,* intentó obligar á una jóven á que bajase á la ciudad á bautizarse: la jóven gritó que ella era y quería ser mahometana: acudieron muchos moros: el Alguacil, léjos de intimidarse, los insultó arrogantemente, amenazándoles con la cólera de Cisnéros, y entónces los moros lo asesinaron, siendo su muerte la señal de la rebelion.

Barrearon las calles, dice el gran historiador Hurtado de Mendoza (1) (así se llamaba entónces hacer barricadas): «Un grupo de sediciosos (conti»núa Lafuente Alcántara) se dirigió á casa de Cis»néros, que vivía en la Alcazaba, con propósito de »asesinarlo; pero el Cardenal armó á sus criados, »aspilleró su casa y se defendió bravamente toda »una noche.»

A la mañana siguiente, el Conde de Tendilla, que había deplorado, en union de Fray Hernando de Talavera, los despóticos procedimientos de Cisnéros, aunque sin facultades para oponerse á aquel coloso, bajó de la Alhambra con tropas, se abrió

(1) *Guerra de Granada.*

paso entre la muchedumbre, y salvó al futuro conquistador de Orán.

En seguida se dirigió al Albaicin, á ver de sosegar á los rebeldes, para lo cual les envió delante su adarga, con un escudero, en señal de paz y amistad; pero los moros, aunque mucho querían y veneraban al CONDE, apedrearon la adarga, en señal de rompimiento.

Diez mortales dias se pasaron en inútiles negociaciones, sin resolverse el generoso TENDILLA á entrar á sangre y fuego en el barrio amotinado, cuando veía toda la razon de parte de los insurgentes, y sin que ellos pensasen tampoco en deponer las armas.

En tal situacion, ocurrió una escena verdaderamente grandiosa, que recomiendo á los pintores.

El piadoso Arzobispo TALAVERA penetró solo, con una cruz en la mano, en la plaza principal del Albaicin, saltando las barricadas, sin previa señal de parlamento, y llenando de asombro á los musulmanes...—Estos vacilan al principio; luégo se le acercan, humildes y afectuosos; le exponen sus agravios; escuchan sus consejos, y acaban por besarle la ropa...—Entónces el CONDE DE TENDILLA, á quien enteran de lo que ocurre, juega tambien el todo por el todo, entra en la plaza con una reducida escolta, y arroja su bonete de grana en medio de los enemigos...—Ellos lo alzan, lo besan y se lo devuelven...—Y la revuelta termina en nobles abrazos y afectuosas lágrimas.

No fué, sin embargo, estéril para la política de ISABEL aquella dulce victoria. El insigne TENDILLA pactó allí mismo con los moros que *«sólo quedarían*

»*con hacienda los que se hiciesen cristianos*»; que «*todos podrian conservar su hábito y lengua*», y que «*la Inquisicion no se estableceria en Granada en* »*mucho tiempo*»;—en prenda de lo cual y de sus benévolas intenciones, el CONDE dejóles en rehenes á su esposa y á sus dos hijos pequeños.

Como veis, entre este noble leon y el de Tarifa hay poquísima diferencia.

¡Y cuánto dice tambien aquel sublime rasgo, en favor de la hidalguía y la lealtad de los moros!

Todavía eran hombres...—Pronto los convertímos en fieras.

***

Entre tanto, y desdichadamente para la paz, los cuarenta vecinos que constituyeron el gobierno del Albaicin durante aquellos diez dias, habían huido á la *Alpujarra* y alzádola en armas, propagando luégo el incendio de la rebelion por uno y otro lado de la Costa.

No bien lo supo el REY CATÓLICO, acudió presuroso á Granada, censuró duramente los actos de CISNÉROS, aprobando la conducta de FRAY HERNANDO y de TENDILLA; y, acompañado de éste, del GRAN CAPITAN, de PULGAR, y de los entónces jovenzuelos ANTONIO DE LEIVA y HERNANDO DE ALARCON, salió á campaña y batió y sujetó á los rebeldes, no sin grandes trabajos y dolorosas pérdidas, sobre todo hácia la parte de Málaga y Ronda.

Por cierto que en una de estas expediciones fué en la que perdió tan heroicamente la vida el célebre D. ALONSO DE AGUILAR.

«El resultado de aquellas costosas revueltas (observa un escritor), fué provocar la ira de los cristianos, privar de fuerza moral á los que aconsejaban tolerancia, y empeñar á FERNANDO é ISABEL en la promulgacion de las leyes que imponían á todos los Moros de España *la obligacion de convertirse á la fe católica* (sic), ó trasladarse á Berbería.»

Los ismaelitas optaron por el primer extremo, al ménos en apariencia; todos se declararon cristianos; y desde entónces empezó á llamárseles *Moriscos* en vez de *Moros* (1).

*
* *

Los reinados de DOÑA JUANA y del EMPERADOR CÁRLOS V no alteraron la situacion de las cosas. Los Moriscos vestían, unos á la oriental y otros á la usanza de Castilla; conservaban todas sus prácticas y costumbres, ménos el culto externo al Profeta, y seguían adorando al Profeta en lo profundo de su hogar y de su alma.

Muchas veces, es cierto, se intentó por el Santo Oficio y Autoridades granadinas acabar de cristianizarlos y castellanizarlos; pero ellos encontraron

(1) D. Juan Valera, en una de las notas con que enriquece su celebrada traduccion de la obra del aleman Schack: *Poesía y Arte de los Arabes en España y Sicilia*, dice á este propósito lo siguiente:

«Así puede hacerse más clara la distincion entre Mudéjares y Moriscos. Por Moriscos parece que deben entenderse los musulmanes que despues de la conquista de Granada quedaron en España, convertidos de grado ó por fuerza al Catolicismo. Por Mudéjares, nombre más usado en la Edad Media, los musulmanes que en virtud de capitulacion ó pacto se hicieron vasallos de los Reyes cristianos españoles, aunque conservando el derecho del libre ejercicio de su religion y culto y de gobernarse por sus propias leyes.»

siempre amparo y defensa, lo mismo en D. Felipe *el Hermoso,* enemigo acérrimo de la Inquisicion, que en el elevado espíritu del gran Cárlos.

Cuando éste fué á Granada, «vinieron á él (dice »Fray Prudencio de Sandoval, en su ya mencio»nada Historia) D. Fernando Venégas, D. Miguel »de Aragon y Diego López Benajara, Caballeros Re»gidores de Granada (los tres descendían de prín»cipes moros), y diéronle en nombre de los Moris»cos de todo el Reino un Memorial de agravios que »recibían de los clérigos, de los jueces, de los al»guaciles y escribanos. El cual Memorial, visto por »el César, se escandalizó mucho de los cristianos »que tal hacían. Puesto el negocio y leído el Me»morial en Consejo, fué acordado que se enviasen »visitadores para que supiesen de raíz la razon de »aquellos agravios, y tambien cómo vivían los mo»riscos.—Fueron los visitadores D. Gaspar de Ava»los, Obispo de Guadix, el doctor Quintana, el Ca»nónigo Pedro López y Fray Antonio de Guevara. »Anduvieron visitando el Reino y hallaron *ser mu»chos los agravios que se hacían á los moriscos,* y, »junto con esto, que los moriscos eran muy finos »moros. Veinte y siete años había que eran bauti»zados, y no hallaron veinte y siete de ellos que »fuesen cristianos, ni áun siete.»

El Emperador contuvo á los perseguidores, y dictó algunas leyes para regularizar la situacion de los perseguidos, pero mostrándose en todo tan benévolo con éstos, que, penetrados de gratitud los moriscos, alzaron bandera en auxilio del César y en contra de las Comunidades, formaron una legion de

cuatro mil hombres, mandada por caudillos de su propia raza, y desbarataron á los Comuneros delante de los muros de *Huéscar*...—¡á los Comuneros, cuya causa era tan análoga á la suya!...

***

Pero llega el reinado de FELIPE II, y los Moriscos, lo mismo que los Aragoneses y cuantos disfrutaban fueros y franquicias en toda España, principian á ser oprimidos de una manera insoportable.

Prohíbese á los primeros el uso de armas; se les veda tener esclavos negros; se les niega el derecho de asilo; se les exigen tributos especiales opuestos á los Tratados; los recaudadores los saquean; el clero los atropella; los soldados, no sólo los castigan á ellos, sino que injurian á sus mujeres cada vez que se acercan á sus casas en nombre de la ley, y «*más »eran* (dice un historiador de aquel tiempo) *los de»litos que ellos cometían que los delincuentes que »apresaban*».

Irritados los moriscos, buscan represalias, y se dan á robar y matar cristianos, sobre todo en los campos y pueblecillos, y de aquí aquellos espantosos *Monfíes* (salteadores) de la *Alpujarra* y de otras Serranías, tan pintorescamente retratados por nuestro popular novelista D. Manuel Fernández y González.—Los *Monfíes* fueron los precursores de los verdaderos *rebeldes* beligerantes que poco tiempo despues ganaban batallas en campo abierto á Capitanes renombrados en toda la Cristiandad.

A las fechorías de aquellos bandidos contestó

Felipe II, oída una junta de guerreros, abogados é inquisidores, tomando las resoluciones siguientes...

Mas dejemos hablar al Tácito español, al severo y profundo Hurtado de Mendoza, contemporáneo de los hechos:

«El Rey (dice) les mandó dejar la habla moris»ca, y con ella el comercio y comunicacion entre »sí; quitóseles... el hábito morisco, en que tenían »empleado gran caudal; obligáronlos á vestir Caste»llano con mucha costa, á que las mujeres trujesen »los rostros descubiertos, y á que las casas, acos»tumbradas á estar cerradas, estuviesen abiertas; lo »uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente ce»losa... Vedáronles el uso de los baños, que eran su »limpieza y entretenimiento... Primero les habían »prohibido la música, cantares, fiestas, bodas con»forme á su costumbre, y cualesquier juntas de pa»satiempo...»

Luis del Mármol, contemporáneo tambien, y más prolijo y material, añade otros pormenores curiosísimos, extractados de documentos oficiales, que nunca dejó de tener á mano.

Resulta de ellos que se ordenó á los Moriscos que *no tomasen, tuviesen ni usasen nombres ni sobrenombres de moros;*—que, *si los tenían, los dejasen luégo;*—que *las mujeres no se alheñasen* (esto es, que no se acicalasen el rostro con polvos de alheña);—que *ninguno pudiese hablar, leer ni escribir en público ni en secreto en arábigo;*—que *entregasen todos los libros que estuviesen escritos en aquella lengua;*—que *no se hiciesen de nuevo marlotas, almalafas, calzas, ni otra suerte de vestido moro,*

y, porque no se perdiesen del todo los trajes que estaban hechos, *que pudiesen usar durante un año los que fuesen de seda ó tuviesen seda en guarniciones, y dos años los que fuesen de paño solamente;*—que en los dias de las bodas, que habían de hacerse al uso cristiano, *tuviesen las puertas de las casas abiertas, y lo mesmo hiciesen los Viérnes en la tarde* (el Viérnes es para los islamitas lo que el Domingo para nosotros), *y que no hiciesen zambras ni leylas con instrumentos ni cantares moriscos, aunque en ellos no dijesen cosa alguna contra la Religion cristiana;*—que *en ningun tiempo usasen de baños artificiales;*—que *los que había se derribasen luégo,*—y que *ninguna persona, de ningun estado y condicion que fuese, pudiese usar de los tales baños ni en sus casas ni fuera de ellas.*

Para la ejecucion de la Pragmática en que se mandaba todo esto, comisionó el Rey al licenciado D. Pedro Deza, del Consejo de la Inquisicion, nombrándole Presidente de la Chancillería de Granada...

Se adivinará, pues, sin esfuerzo lo que entónces aconteció.

Deza extremó cruelmente las órdenes de Felipe II en la forma y manera de ejecutarlas, y los Moriscos, despues de apurar todos los medios suplicatorios (en lo que les ayudaron muchos personajes cristianos descendientes de los grandes guerreros de Isabel); vista la implacable firmeza del Rey, y desesperando ya de poder vivir donde nacieron, se resignaron á perecer en aras de su Dios y desagravio de sus ofensas; decretáronse aquella especie de indirecto suicidio que hay en el fondo de la temeridad

de casi todos los regicidas; se abrazaron, como Sanson, á la columna de sus hogares, para hundirlos sobre su cabeza y sobre la cabeza de sus opresores; resolvieron, en fin, *morir matando*...; y matando murieron, como verémos despues, sin que de ellos quedase en nuestra patria más que regueros de lágrimas y sangre, algunos nombres en la Historia, y daños y ruinas en el suelo.



Desde que los descendientes de Agar tomaron esta suprema determinacion, cesaron sus quejas, sus motines y toda resistencia activa ó pasiva á los crecientes atentados de D. PEDRO DEZA y sus esbirros.—La Inquisicion los creyó ya sojuzgados para siempre.

Pero el vulgo no se engañó, como no se engaña nunca en estas materias, respecto de aquella repentina inmovilidad de los Moriscos...

—*«En el Albaicin se trama alguna cosa»*... decía el popular en los barrios de los cristianos, con voz de lúgubre presentimiento.

Y así era efectivamente. Los moriscos más principales, los más ricos mercaderes, los nietos de los Abencerrajes y de otras familias ilustres, conspiraban sin cesar, con la cautela y la astucia propias de la raza semítica. Viejos astrólogos leían á las gentes sencillas y fanáticas misteriosos *jofores,* ó sea profecías, de cercana libertad, en antiguos pergaminos librados de la quema del siglo anterior y de las pesquisas inquisitoriales. Conspirábase asimismo en la

Alpujarra y toda la *Costa*, y la nieve de la *Sierra* aparecía todas las mañanas señalada por la babucha de atrevidos, incógnitos emisarios, que habían cruzado durante la noche aquellas pavorosas alturas, llevando mensajes á los *Monfíes* alpujarreños, ó de éstos á los conjurados del Albaicin.

Al efecto de contarse y saber cuántos podrían empuñar las armas en un momento dado, inventaron el más ingenioso y pérfido artificio, cual fué aparentar que trataban de construir un Hospital de leprosos, *á exclusiva costa de gente morisca, como la más plagada por aquella terrible enfermedad,* y disponer, previo el oportuno permiso del Rey y de la Iglesia, que dos moriscos saliesen á recoger limosnas por todo el Reino de Granada.—Estos fueron formando circunstanciadas listas por pueblos y casas; y el número de *cuartos* que apuntaron como recibidos en cada una de éstas significaba, no la efectividad del donativo, sino el número de hombres de pelea que allí habían encontrado, á quienes dicho se está que se guardaron muy bien (salvo en casos especiales) de comunicar por entónces lo que se tramaba.

De este misterioso censo resultó que los moriscos de armas tomar eran unos cuarenta y cinco mil.

En cuanto á las Autoridades cristianas, no sospecharon de manera alguna el uso que los pretendidos fundadores del Hospital habían hecho de la licencia obtenida.—«El Rey y el Prelado (dice con »este motivo Hurtado de Mendoza) tenían más res»peto á Dios que al peligro.»

Conocedores ya de su fuerza, y despues de ma-

duras deliberaciones, los conjurados del Albaicin creyeron llegado el caso de prevenir y armar toda la gente posible, para lo cual decidieron que «los »casados descubriesen el plan á los casados, los viu- »dos á los viudos, y los mancebos á los mancebos; »pero á tiento, probando las voluntades y el secreto »de cada uno».

Finalmente, respecto de la época en que debía estallar la sublevacion, acordaron «que fuese en la »fuerza del Invierno, porque las noches largas les »diesen tiempo para salir de la Montaña y llegar á »Granada, y, á una necesidad, tornarse á recoger y »poner en salvo.»

¡Qué gente, santo Dios! ¡Preferían el Invierno para pasar dos veces en una noche la *Sierra Nevada!*

«...Gente suelta, plática en el campo, mostrada »á sufrir calor, frio, sed, hambre; igualmente dili- »gentes y animosos al acometer, prestos á despar- »cirse y juntarse...; muchos en número, proveídos »de vitualla, no tan faltos de armas que para los »principios no les basten; y en lugar de las que no »tienen, las piedras delante de los piés, que contra »gente desarmada son armas bastantes.»—Así retrata á los Moriscos el historiador últimamente citado, ó, por decir mejor, así se retrataban ellos mismos... pues las anteriores líneas son un extracto ó referencia que hace Mendoza de un discurso que el viejo, rico y noble D. FERNANDO *el Zaguer,* que otros llaman ABEN-XAGUAR, verdadero director de la conspiracion, dirigió á sus correligionarios, exhortándolos á desechar todo miedo.

En suma: el dia 1.° de Enero de 1569 era el dia fijado para el alzamiento.

—«*A fin de año habrá mundo nuevo*», decían los moriscos públicamente con una expresion indefinible.—Y las Autoridades, que se enteraban de esto, lo atribuían á que en aquella fecha espiraban los últimos plazos de la terrible Pragmática, por lo respectivo á lengua, ropas y demas usos orientales.

El plan era que los jefes de los Monfíes de la *Alpujarra* y del *Valle,* esto es, el DAUD, el PARTAL de *Narila* y el NACOZ de *Nigüélas,* con cuatro mil hombres escogidos entre los que ya campaban por su respeto en aquellas fragosidades, pasasen la *Sierra Nevada* durante la noche, entrasen en *Granada* por la cuenca del *Darro,* ganasen así fácilmente el Albaicin sin ser vistos, y sirvieran de núcleo á la rebelion de todos los moriscos de la Ciudad y de la Vega.

Mas hé aquí que, segun acontece casi siempre en tales casos, el movimiento se anticipó y estuvo para fracasar, por culpa de personas dotadas de mejor voluntad que entendimiento...—Así dirían ellos desde su punto de vista.

El dia de Nochebuena por la mañana llegó al Albaicin, ántes que á las Autoridades, la noticia de dos gravísimos atentados cometidos el dia anterior en la *Alpujarra,* no ya por los *Monfíes* solamente, sino por gentes acomodadas y hasta entónces pacíficas; atentados cuya magnitud y arrogancia eran como una súbita revelacion de que la tormenta estaba ya encima; ó como el primer bramido del terremoto.

Refirámoslos, ó, más bien, copiemos la relacion que de ellos hace un historiador de aquel tiempo; pues no tiene una letra de desperdicio.

*
* *

«Acostumbraban cada año los alguaciles y escribanos de la Audiencia de Uxíxar de Albacete (que los más de ellos estaban casados en Granada) ir á tener las pasquas y las vacaciones con sus mujeres; y siempre llevaban de camino (de las alcarías por donde pasaban) gallinas, pollos, miel, fruta y dineros, que sacaban á los Moriscos como mejor podían. Y como saliesen el Mártes veinte y dos dias del mes de Diciembre Juan Duarte y Pedro de Medina y otros cinco escribanos y alguaciles de Uxíxar, con un Morisco por guia, y fuesen por los Lugares haciendo desórdenes, con la mesma libertad que si la tierra estuviese muy pacífica, llevándose las bestias de guia, unos Moriscos, cúyas eran, creyendo no las poder cobrar (más por la razon del levantamiento que aguardaban), acudieron á los Monfís y rogaron al Partal y al Seniz de Verchul que saliesen á ellos con las cuadrillas y se las quitasen. Los cuales no fueron nada perezosos, y el Juéves en la tarde, veinte y tres dias del mismo mes, llegando los cristianos á una viña del término de Poqueira, salieron á cortarles el camino y las vidas juntamente, sin considerar el inconviniente que de aquel hecho se podría seguir á su negocio: y, matando los seis de ellos, huyeron Pedro de Medina y el Morisco, y fueron á dar rebato á Albacete de Or-

giba; y demas de éstos, á la vuelta toparon con cinco escuderos de Motril, que tambien habían venido á llevar regalos para la pasqua, y los mataron y les tomaron los caballos.»

Como veis, el primer atentado no fué chico.

***

Pues el segundo fué mucho más grande.—Escuchad:

«El mesmo dia entraron en la Táa de Ferreira Diego de Herrera, capitan de la gente de Adra, y Juan Hurtado Docampo, su cuñado, vecino de Granada y Caballero del hábito de Santiago, con cincuenta soldados y una carga de arcabuces que llevaban para aquel presidio; y, como fuesen haciendo las mesmas desórdenes que los escribanos y escuderos, los Monfís fueron avisados de ello y determinaron de matarlos como á los demas, pareciéndoles que no era inconviniente anticiparse, pues estaban ya avisados todos y prevenidos para lo que se había de hacer. Con este acuerdo fueron á los Lugares de Soportújar y Cáñar (que son en lo de Orgiba), y, recogiendo la gente que pudieron, siguieron el rastro por donde iba el capitan Herrera; y, sabiendo que la siguiente noche habían de dormir en Cádiar, comunicaron con D. Hernando *el Zaguer* su negogocio, y él les dió órden como los matasen, haciendo que cada vecino del lugar llevase un soldado á su casa por huésped; y, metiendo á media noche los Monfís en las casas, que se las tuvieron abiertas los huéspedes, los mataron todos uno á uno, que

solo tres soldados tuvieron lugar de huir la vuelta de Adra; y, juntamente con ellos, mataron á Mariblanca, ama del Beneficiado Juan de Rivera, y otros vecinos del lugar.

»Hecho esto, los vecinos de Cádiar se armaron con las armas que les tomaron, y, enviando las mujeres y los bienes, muebles y ganados, con los viejos, á Jubíles, se fueron los mancebos la vuelta de Uxíxar de Albacete con los Monfís; y D. Hernando el Zaguer y el Partal fueron á dar vuelta á los Lugares comarcanos para recoger gente.»



Hasta aquí el ameno cronista (1).—Concluyamos nosotros ahora nuestro sucinto resúmen de los hechos.

No bien se supo en el Albaicin lo acontecido en la *Alpujarra,* FARAG ABEN-FARAG (2), riquísimo comerciante y tintorero de aquel barrio, descendiente de los Abencerrajes, y uno de los jefes de la conjuracion, concibió y ejecutó un temerario proyecto, que no consultó ni con sus más íntimos amigos. Marchó á los inmediatos lugares de *Cénes* y *Pinos-Genil;* reclutó unos doscientos malhechores musulmanes; púsose á la cabeza de ellos, y dió la vuelta al Albaicin, por excusados caminos, entrando en él á las doce de la noche del primer dia de Pascua,

(1) Luis del Mármol.

(2) El Romanceador del Santo Oficio, Alonso del Castillo, le llama ABEN-FARAGE; otros escriben FARAX; pero su verdadero nombre era FARAG. Asi lo reconoce la propia Academia de la Historia, en la publicacion del *Cartulario* del susodicho Romanceador.

sin que aquel turbion de gente fuese visto ni oído de los habitantes de la ciudad.

El son de atabales y dulzainas y los gritos de *¡Viva Mahoma!* sacaron de su sueño á los moriscos, los cuales, considerando aquello una imprudencia que podía frustrar todos sus planes, guardáronse muy bien de salir á la calle, y áun de asomarse á las ventanas...

Sólo un viejo musulman sacó la cabeza por un ajimez, y preguntó á los alborotadores:

—*¿Cuántos sois?*

—*Seis mil,*—contestó enfáticamente el FARAG.

—*Sois pocos y venís presto,*—replicó el anciano, cerrando de golpe el ajimez.

Entónces aquel audaz y ambicioso personaje, cuyo excesivo celo y feroces instintos habían de ser siempre funestos á la causa de los Moriscos, viendo que no adelantaban nada en el Albaicin, que se acercaba el dia, y que en la ciudad sonaban campanas y trompetas, en señal de alarma de los cristianos, se marchó con su gente, tomó las faldas de la *Sierra* á media altura, y corrióse por ellas en busca del *Valle de Lecrin.*

Cuando salió el sol, divisóseles desde *Granada,* caminando siempre á su vista, con pintados banderines y relucientes aceros, ganando cada vez puntos más escarpados de la cordillera,—que la noche anterior se había nevado hasta los estribos.

Ya habían marchado en su persecucion muchas tropas, al mando del MARQUÉS DE MONDÉJAR, Capitan General del Reino, nieto y digno heredero de aquel buen CONDE DE TENDILLA de quien tanto he-

mos hablado; pero los rebeldes llevaban mucha delantera é iban por un camino en que la caballería era inútil; y así fué que lograron meterse al cabo en el *Valle de Lecrin* sin que el MARQUÉS les diese alcance.

Una vez en el *Valle* los insurgentes, necesitábase nada ménos que un ejército para poder atacarlos. Aquella pobladísima tierra, llena de defensas naturales, era toda de Mahoma...

Comprendiólo así MONDÉJAR, y regresó á la capital.

La guerra estaba planteada...



En cuanto á nosotros, recorríamos ya las calles de *Dúrcal,* al son irrisorio de la destemplada corneta del postillon ó delantero, asombrados de hallar tan pacíficos á los hombres y tan descuidadas á las mujeres, como si no acabaran de pasar por allí FARAG ABEN-FARAG y sus doscientos moriscos levantando en armas todo el *Valle...*

Y era que, al cerrar nosotros los libros, habían transcurrido de pronto trescientos tres años, dos meses y veinte dias.

VII

Dúrcal.—El dia de San José.—La Madre de Andalucía.—Una emboscada. *Talará* y *Chite*.—Panorama del *Valle*.

En *Dúrcal,* lugar de 2.266 habitantes, no se detiene la Diligencia; ó, á lo ménos, no se detuvo el año pasado. Apesar de esto, pudimos hacer algunas observaciones.

Una de ellas fué que, con motivo de estar situado el pueblo en terreno mucho más bajo que el *Padul,* no sólo era alegre como aquella villa, sino risueño, animado, bullicioso.—El *Padul* nos había ofrecido la serena placidez de la montaña: *Dúrcal* nos ofrecía el gracioso júbilo del llano.

Quizas consistiría tambien aquel aumento de regocijo en que era un poco más tarde; en que hacía ménos frio que allá arriba; en que todo el mundo habría ya almorzado en *Dúrcal,* ántes ó despues de Misa Mayor, y en que esta Misa habría sido de primera clase.—Recuérdese que era dia de San José.—Los Pepes y Pepas del lugar (que de seguro serán innumerables), y sus parientes, compadres y otras cosas, no tenían, pues, ya que pensar más que en pasearse ó en jugar á las cartas hasta la hora de comer, y en preparar los bailes para aquella tarde y aquella noche...

Con lo que pasaría el dia de San José de 1872, como habían pasado tántos desde 1568, y aquellos

honrados labradores volverían á la otra mañana á sus acostumbradas faenas, y luégo seguirían así más ó ménos años, devanando cada cual la madeja de su vida, hasta que uno por uno fuesen desapareciendo todos bajo la muda tierra, con el ovillo de su historia debajo del brazo, sin que por eso mermase nunca la poblacion,—gracias esto último á los continuos zagalones que irían ascendiendo entre tanto á padres de familias y ocupando las vacantes de los muertos. . . . .

No de otra manera nosotros habíamos pasado por *Dúrcal* sin detenernos, y salido ya otra vez al campo, cuya pacífica soledad tornó á sonreirnos, como una patria recobrada.

Tal sonreirán tambien las primeras calles al prisionero puesto en libertad,—y los primeros astros al alma que va de la tierra al cielo.



Por lo demas, aquel pueblo, importantísimo en su clase, encerraba suficientes recuerdos históricos para que yo pudiera escribir aquí muchas y muy entretenidas páginas. Habreis de permitirme, sin embargo, que no me meta en tal cosa. La *Alpujarra* nos llama hace ya harto tiempo, y nos hemos detenido demasiado en la exposicion de las causas de la Rebelion de los Moriscos, *ad usum* de los que no las recordasen.

Aquella exposicion era absolutamente precisa para la inteligencia del sentido general de esta obra (que á mí mismo no se me alcanza), y sobre todo

para poner á su debida luz las romancescas figuras de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO, á quienes me propongo retratar, no como historiógrafo, sino como mero artista...

Pero (quede dicho de una vez para siempre) yo no escribo, ni por asomos, la crónica de la *Alpujarra,* sino la crónica de lo que un viajero entristecido vió, pensó y recordó en aquel rincon del mundo, referida con el propio desconcierto de sus marchas, de sus conocimientos y de sus impresiones.

Esto me obligará únicamente á ir señalando con el dedo uno y otro paraje del camino, diciéndoos, como un epitafio ambulante:—«*Aquí fué tal ciudad.*»—«*Aquí yace tal héroe.*»

*
* *

Quedamos en que habíamos salido de *Dúrcal.*

Caminábamos, por consiguiente, hácia *Talará* (distante de allí una legua), bajando y subiendo lomas, pero siempre bajando mucho más que subíamos, y sin salir nunca de la gran cavidad general del *Valle de Lecrin.*

Sierra Nevada, nuestro constante espectáculo de la izquierda, se embellecía cada vez más, y volvía á acercársenos para que la admiráramos mejor...

¡Digna era por cierto de ser vista en aquel punto; y eso que sólo se nos presentaba de perfil; eso que aquél era aún, como si dijéramos, su aspecto exterior; eso que no podíamos distinguir todavía ni su espléndido desenvolvimiento meridional ni sus gigantescas cumbres!

Estas quedaban ocultas detras de la eminencia secundaria del Cerro Caballo, á cuyo pié se deslizaba el camino.

Pero aquel Cerro, parte integrante de la Cordillera, nos enseñaba ya amenísimos barrancos, cuya verde frondosidad estaba como recogida con púdico recelo en las tajeas cavadas por los torrentes, contrastando aquellos oásis de abrigada y húmeda vegetacion con las tersas moles de granito y de pizarras de una y otra ladera.

Doquier fluía el agua; doquier exudaba la próvida Atlántide la rica savia de sus venas; doquier veíase juguetear arroyos, cascadas y riachuelos, dioses menores dedicados á distribuir las mercedes de aquella olímpica deidad, reina y señora de las nubes y medianera poderosa entre los cielos y la tierra...

—«*¡Oh madre!*»... exclamé entónces, agradecido á tantos bienes como le prodiga á Andalucía aquella arca santa de fecundidad, alzada sobre todos sus valles y llanuras...

—«*¡Oh madre!*»... repito ahora...

Y este acceso lírico no pasa nunca de aquí; pues considero que, para cantar las virtudes de un peñasco, basta con semejante exclamacion; sobre todo, despues que Píndaro ha dicho: *¡Alto don es el agua!*

Creo ademas conveniente reservar algunas galanterías para cuando departa mano á mano con el mismo *Mulhacem* desde los propios escabeles de su trono.



A un cuarto de legua de *Dúrcal* pasamos sobre

el rio *Torrente,* con el cual ya se había unido el *Pleito,* nacidos ambos cerca de aquellos barrancos misteriosos de que acabábamos de enamorarnos.

Entre el orígen del rio *Torrente* y el del *Dílar,* que brota al otro lado del mismo monte, sólo médian algunos centenares de metros, y, sin embargo, estos dos camaradas de la infancia, hijos acaso de un mismo venero, no vuelven á verse ni aproximarse nunca, recorren comarcas contrapuestas, y cada uno va á morir á un mar distinto: el *Torrente* en el Mediterráneo, y el *Dílar* en el Océano; el primero por *Motril,* confundido con el *Guadalfeo,* y el segundo por *Sanlúcar de Barrameda,* revuelto con el *Guadalquivir.*

Así se bifurcan tambien los destinos humanos..., etc., etc., etc.

***

Cerca ya de *Talará,* cuyas campanas empezaban á decirnos con inocentes voces que allí había *otro dia de San José,* cruzamos un arroyo que fluye al pié de una cuesta...

Entre aquella cuesta y aquel arroyo aconteció una de las más horrorosas matanzas de la guerra que hemos dejado planteada por el Farag.

«Hoy se ven blanquear los huesos, no léjos del camino», escribía D. Diego Hurtado de Mendoza tres años despues.

Fué el caso que el Nacoz de *Nigüélas,* terrible cabecilla de *Monfíes,* entendió que debía pasar por allí un convoy de vituallas, con destino á *Órgiva,*

protegido por doscientos cincuenta soldados, al mando de un Alférez llamado MORIZ, «*hidalgo, pero poco proveido* y *muy libre*», dice el mismo historiador. Las atalayas moras avisaron oportunamente la salida de aquella fuerza, compuesta por cierto de extremeños, y el NACOZ apostó trescientos arcabuceros y ballesteros, parte en el lecho del arroyo y parte en las primeras casas del lugar, con órden de permanecer todos ocultos. Dejó pasar á los cristianos la primera emboscada, y, cuando los tuvo cogidos entre dos fuegos, los acometió á un tiempo de frente y por retaguardia, trabándose una espantosa refriega...

«*Peleóse en una y otra parte* (concluye el buen D. Diego); *pero fueron rotos los nuestros, y murieron todos; con ellos el Alférez, por no reconocer; y áun dicen que borracho, más de confianza que de vino.*»



Bajo la impresion de este lúgubre recuerdo entramos en *Talará,* lugar tan gozoso como su nombre, que, segun veis, se canta solo...

Tampoco se detuvo la Diligencia en *Talará,* cuyas 1.007 almas (refiérome al *Nomenclátor),* con sus correspondientes cuerpos, están repartidas entre aquel lugar y otro pueblecillo de setenta y seis casas, anejo suyo, distante de él media legua, y denominado *Chite.*—Diríase que este nombre le manda callar al otro.

Pero *Talará* no callaba por eso; sino que entre el repique de las campanas, el cacarear de las ga-

llinas—que en aquella estacion alborotan mucho entre diez y doce de la mañana (eran las once y media)—, las alegres voces de los muchachos y el vibrante martilleo del herrador, formaba en la serena atmósfera una especie de *inarmónico concierto,* no desprovisto, sin embargo, de cierta melodía moral para las finas orejas del espíritu.

Lo que no se oía era cantar á las gentes. Estábamos en *Semana de Pasion,* de lo cual no nos habíamos acordado en *Dúrcal* al suponer que los Pepes y Pepas pudieran bailar aquella tarde ó aquella noche...

Cantaban, pues, únicamente los canarios y colorines enjaulados á la puerta ó en los balcones de algunas casas;—á la puerta, si la casa era de planta campesina, y en los balcones, entre verdes macetas, si era de más encopetada construccion.

De cualquier modo, las mujeres, vestidas y peinadas con el esmero propio de un dia tan clásico, hallábanse al lado de los pájaros y de las macetas, miéntras que los hombres, todos armados de bastones de estoque, ó de palos de diversos calibres, entraban y salían, paseaban por las calles, ó conferenciaban en el tranco de algun establecimiento público.

El hombre vaga, bulle, milita, propende á escaparse continuamente: la mujer es la piedra fija del hogar.—Si no hubiera mujeres propias, no habría ciudades, villas ni aldeas: á lo sumo, habría campamentos.

Cuando hacíamos esta última reflexion, tan edificante y cristiana, estábamos ya fuera de *Talará,*

que supongo no nos honraría con un recuerdo tan duradero como el que yo he guardado de nuestro tránsito por su calle *Mayor, Real,* ó como se llame.

Lo que sí me atrevo á apostar es que la atencion y las conjeturas de que son objeto, durante algunos minutos, en aquel pueblo y en todos los de carretera, cuantos viajeros los atraviesan en coche ó á caballo, no ceden en viveza y fantaseadora inventiva á las composiciones de *lugar* que íbamos nosotros haciendo por los lugares del *Valle.*

¡Ah! Lo desconocido será siempre el reino de la poesía; y el desconocido, ó la desconocida, nunca dejará de tener aires de protagonista de drama.



Por *Chite* no pasamos: *Chite* no está en la carretera.

Esta circunstancia constituye todo un mundo moral y social de diferencia entre *Talará* y su anejo. ¡En *Chite* será posible ignorar lo que pasa en el globo, será posible la incomunicacion, serán posibles la inocencia, la fe, la paz, la tranquilidad y su ventura!...

Y por eso se llamará *¡Chite!...* sinónimo de *¡silencio!*

¡Delirio! ¡Ilusion! ¡Pura broma! La ventura, la tranquilidad, la paz, la fe y la inocencia no están ya de resto en el fondo de los campos. En la aldea más escondida ha penetrado un vientecillo glacial que viene de los desiertos del ateísmo, y que seca en el alma de los más zafios labriegos y de los pas-

tores más incultos y solitarios aquellas santas y modestas flores—la humildad, la paciencia y la esperanza—que perfumaban ántes las asperezas de su vida; de donde vemos ahora á todos los que desheredó la fortuna, tristes, huraños y como rencorosos, despojados de toda benevolencia, de todo respeto, de todo temor, de todo lazo interno con el fatal é irremediable organismo de la sociedad humana.—Tanto peor para *Chite,* y tambien para las grandes metrópolis, impulsoras de ese soplo de muerte;—pues en el pecado llevarán la penitencia.



Al salir nosotros de *Talará,* la *Sierra* giró bruscamente hácia Levante.

Era que había concluido su flanco: era que ya estábamos al otro lado de ella.

Sin embargo, lo muy bajo del camino que seguíamos y la interposicion de algunas lomas nos estorbaban todavía ver la cara austral de la cautelosa cordillera y el horizonte de la *Alpujarra...*

El camino dió luégo la misma vuelta que la *Sierra;* mas, ántes de darla, pasó por un dilatado mirador natural, desde el que vimos al descubierto todo el *Valle de Lecrin,* cuya cuenca, á partir de aquel punto, se extiende hácia Levante.

Largo rato hacía que no nos habíamos asomado á la ventanilla que daba al *Valle,* por atender exclusivamente á la montañosa decoracion del otro lado, ó á los pueblecillos en que se había ido metiendo la Diligencia como Pedro por su casa; y á fe

que hubimos de holgarnos de ello en tal momento, puesto que así fué mayor nuestro asombro al considerar de golpe toda la magnificencia á que había llegado aquella feracísima comarca.

Tratábase ya de una vasta elipse de muchas leguas de irregular perímetro, circuída de cerros de diversos colores y cuajada toda ella de arbolado, viñas, praderas, cortijos, lugares y riachuelos.

Se diría que era la *Vega de Granada,* reapareciendo á nuestros ojos más en pequeño, y rizada por colinas y collados; pero igual en vegetacion y hermosura...

Era verdaderamente el *Valle de la Alegría.*

En medio de él veíamos un pueblo, casi tapado por un bosque de frutales en flor y de naranjos y limoneros cargados de fruto.

Más que un pueblo del mapa, parecía un huerto oriental, un nido paradisíaco, ó un vergel mitológico: el sitio de recreo de un príncipe de *Las Mil y una noches,* ó la isla sagrada de una diosa del Olimpo...

Era *Pinos del Rey,* ó *Pinos del Valle* (que de los dos modos se llama),—por donde no habíamos de pasar de manera alguna, ¡aunque sólo distaríamos de él un kilometro!...

¡Ah! Las carreteras son implacables—cuando se viaja en coche.

Por eso deseábamos tanto que transcurriese una hora, á fin de montar á caballo y campar por nuestro respeto.

Al Sur del *Valle,* los montes que lo cierran se deprimían ya un poco, franqueando á la vista un

cielo de infinita lontananza, cuya diafanidad luminosa tenía un encanto indescriptible.

Era el cielo del mar.

El mar mismo, aunque sólo distaba de allí cuatro leguas escasas, no podía descubrirse todavía. Estábamos en terreno muy bajo. Pero no debía de ponerse el sol aquella tarde sin que viéramos azulear la llanura del Mediterráneo...

Y no porque hubiésemos de acercarnos aún más á la Costa en el resto del dia... (no: ya caminaríamos siempre á Levante hasta llegar á *Órgiva); sino porque, miéntras la Diligencia bajara luégo sin nosotros á la orilla del mar, nosotros subiríamos las primeras cuestas de la *Alpujarra*.

Pero volvamos á las filas.

Ya habíamos dejado á nuestra izquierda (sin verlo, aunque cruzamos á dos kilometros de él) el lugar de *Mondújar,* todo escondido en un pliegue de la *Sierra*...

Allí fué donde pasó sus últimos años y espiró, tan amargado como referímos, el viejo Rey MULEY HACEM, el misántropo despues de muerto (1).

Finalmente, delante de nosotros había aparecido un pueblo de pintoresca perspectiva, situado en una posicion deliciosa, defendido de los vientos de Norte por un disforme cerro llamado *Malaute,* y rodeado tambien de todo género de árboles floridos...

¡Era *Béznar!*

(1) Algunos historiadores dicen que murió en *Salobreña*.

VIII

Tres leguas en tres minutos. — Una mañana de nieve. — Una espada y una daga.—Quién era D. FERNANDO DE VÁLOR.

¡Béznar!...—Para explicar estas admiraciones ortográficas, tengo que recordaros algunas escenas históricas, tan interesantes y tan nimiamente conservadas por los cronistas, que, más que Historia, parecen capítulos de una novela de Walter Scott.

Yo no inventaré cosa alguna, ni en este ni en ningun caso. Los escritores de la época me dan todo el trabajo hecho... Mi único oficio será elegir, cuando sus versiones no concuerden, la que me parezca más verosímil.

Con que empecemos por retroceder tres leguas en el camino que acabamos de andar.

***

La mañana del 24 de Diciembre de 1568 (dia de Nochebuena y Viérnes; esto es, festividad á un tiempo para Cristianos y Musulmanes), sería cosa de las ocho ú ocho y media, cuando penetraron en el *Valle de Lecrin,* viniendo de Granada, tres singularísimos viajeros,—singularidad que consistía en el mero hecho de viajar juntos.

Eran un caballero cristiano, una mujer morisca y un esclavo negro.

La noche anterior había nevado mucho, y el cielo amenazaba nevar más. Cerros, camino, valle, laderas, todo estaba igualmente blanco.

La nieve del camino no ofrecía huellas de que nadie hubiera transitado todavía por allí aquella mañana.

Las tres indicadas personas iban, á la sazon, cuesta abajo. El caballero se había apeado y llevaba el caballo del diestro. La morisca seguía á caballo. El esclavo marchaba un poco detras.

Al caballero nos lo retrata del siguiente modo el historiador Gines Pérez de Hita: «...Era man»cebo de veinte y dos años. Era de poca barba, de »color moreno, verdinegro, cejunto, los ojos negros, »grandes; gentil hombre de cuerpo: mostraba en su »talle y garbo ser de real sangre (como era verdad »que lo era): tenía los pensamientos reales, proce»día realmente: era de todos los moros granadinos »muy estimado y respetado: era Veintiquatro de »Granada.—Doy señas de él porque le vi, vestido »de luto, en compañía de los demas Veintiquatros, »en las honras de la Serenísima Reyna Doña Isabel »de la Paz, mujer de nuestro Católico Rey D. FE»LIPE SEGUNDO; y entónces supe quién era y cómo »se llamaba.»

De la morisca sólo dice la Historia que aquel viajero «*la traía por amiga*» (es la frase de Mármol); esto es, que era «*su querida*», como en lenguaje más moderno manifiesta Lafuente Alcántara.

Estos y otros historiadores convienen ademas en cuanto hemos indicado; es á saber, en que los dos

amantes iban solos en el momento á que nos referimos; en que él llevaba su caballo del diestro y en que el esclavo los seguía respetuosamente...

No sería, pues, muy aventurado de nuestra parte suponer que la mahometana era de hechicero rostro, y que el jóven Regidor granadino marchaba pegado á los piés de la caballera beldad, con una mano apoyada en sus rodillas, miéntras que ella se inclinaba dulcemente para mejor mirarse en los ojos de su raptor ó robado y escuchar sus lisonjeras pláticas.—Tal es al ménos la postura académica en semejantes casos.

Pero caminaran así ó ménos amarteladamente, ello fué (volviendo á lo histórico) que en aquel punto y hora, al torcer una revuelta del camino, se encontraron de manos á boca con un hombre, jinete en una mula, que subía á todo correr la nevada cuesta que ellos bajaban...

Este hombre, que tenía trazas de eclesiástico, aunque no llevaba ropa de tal, iba sumamente azorado y descompuesto, mirando atras con angustia, como quien teme ser perseguido.

Ver y reconocer á nuestro caballero fué en él una misma cosa; por lo que principió á gritar inmediatamente:

—¡Alto! ¡Alto, señor D. FERNANDO! ¡No siga adelante vuestra señoría! ¡Vuélvase á Granada!...

El llamado D. FERNANDO lo reconoció al mismo tiempo, y le dijo tranquilamente, avanzando todavía algunos pasos:

—¡Hola, señor Beneficiado! ¿Qué diantres le ocurre á vuestra merced?

Y volviéndose á su amiga, que había hecho alto, añadió:

—Es el Beneficiado de *Béznar*.

La morisca se sonrió levemente.

—¡Nada! ¡Nada, señor D. Fernando!—continuó el sacerdote, parando su mula.—Monte vuestra señoría á caballo y vámonos á Granada. Fuera una imprudencia que vuestra señoría diese un paso más por este camino. Los *Monfíes* han levantado en armas toda la *Alpujarra*, y vienen ya sublevando los pueblos del *Valle*...

Al oir estas nuevas, estremecióse el jóven de un modo convulsivo y volvió la cara hácia la morisca, que se había puesto pálida como una difunta.

Dos miradas fulmíneas se cruzaron entre sus ojos y los de ella, miéntras que el Beneficiado continuaba:

—Sí, señor; sí, señora; hay sobrado motivo para asustarse. ¡Esta es la fin del mundo!... Los *Monfíes* lo entran todo á sangre y fuego... Se cuentan horribles asesinatos cometidos ayer hasta en los ministros del altar... ¡Por misericordia de Dios he podido yo escapar de *Béznar!*... ¡A caballo, á caballo, señor D. Fernando, y huyamos de esos foragidos!

Cuando el clérigo pronunciaba estas últimas palabras, ya estaba el mancebo sobre la silla, en la cual hacía por cierto la más gallarda figura. Alargó, pues, la mano al sacerdote, sonriéndole afablemente, y le dijo:

—Muchas gracias, señor Beneficiado. Que vuestra merced lleve buen viaje.

Y echó á andar por la cuesta abajo, asegurándose en los estribos é igualando y tanteando las riendas, como quien se dispone á correr con gana.

La morisca y el esclavo salieron detras de él.

—Pero ¿adónde va vuestra señoría por ahí?—preguntó lleno de asombro el pobre Beneficiado de *Béznar*.

—¡A *Béznar!*—contestó D. FERNANDO, picando ya espuelas y partiendo como una exhalacion...

—¡Ave María Purísima!—repuso el buen padre de almas, santiguándose devotamente y golpeando con los talones los ijares de su mula.

Dos horas despues, este Beneficiado—célebre, aunque sin nombre ni apellido,—refería en *Granada* la anterior escena, que por él llegó á conocimiento de la Historia.

*
* *

Pero, por mucho que aprieten á sus caballos D. FERNANDO y su compañía, con quienes nos proponemos entrar en *Béznar,* han de tardar algunos momentos en darnos alcance...

Y digo *algunos momentos* solamente, porque, cuando se han empleado *ochenta años en seis kilometros,* como nosotros los empleamos desde el *Padul* á *Dúrcal,* nada tendrá de extraordinario que, por la inversa, una cabalgata recorra ahora diez y siete kilometros en tres minutos.

Aprovechemos, pues, este tiempo en referir otra escena que le había ocurrido el dia anterior en Granada á aquel mismo apuesto jóven; por donde ven-

drémos en conocimiento de toda la importancia del al parecer sencillo hecho que acabamos de relatar.

***

D. Fernando de Válor (que así se llamaba el amante de la morisca), Señor de *Válor,*—lugar de la *Alpujarra,*—era, segun acabamos de ver, uno de los *veinticuatro* Regidores perpetuos del Ayuntamiento de Granada, ó Caballero *Veintiquatro,* que se decía entónces; cargo elevadísimo, propio de magnates de esclarecida alcurnia, y hereditario como un vínculo, aunque tambien alienable, dadas ciertas calidades en el comprador.

D. Fernando había heredado la Veinticuatría de su padre D. Antonio, ó más bien de su abuelo D. Hernando, pues su padre, que aún vivía, lo que había hecho era cedérsela... por las razones que expondrémos en otro lugar...

Pero no: expongámoslas ahora mismo, que hacen más al caso.



D. Antonio de Válor y Córdoba, caballero ilustre y rico, de arrebatado carácter y animoso corazon, creyéndose un dia insultado en Ayuntamiento por otro Concejal que discutía con él sobre los negocios públicos, echó mano á la espada para vengar su agravio dentro del mismo Cabildo, cosa que no le fué dado llegar á hacer, pues lo sujetaron y desarmaron sus compañeros.

Pero aquella mera tentativa, aquel simple desacato, bastó para que lo procesasen con todo rigor y lo condenasen nada ménos que á galeras; de lo cual dedujo la opinion que sus enemigos y los tribunales se habían aprovechado de aquella ligera falta, como de un pretexto, para satisfacer á poca costa otros rencores particulares, religiosos y políticos, que se abrigaban contra el D. Antonio,—hombre tan popular como temido, que pasaba por desafecto á su Majestad el Rey y por adversario de la Santa Inquisicion.

Hallábase, pues, el buen caballero, en la época á que nos referimos, encerrado en la Cárcel Alta de Granada (*«á falta de galeras»*, dice un historiador), miéntras que su hijo, por cesion suya, ejercía el cargo de Concejal en aquel mismo Ayuntamiento que tan contrario acababa de mostrarse al apellido de Válor.

Mas no era esto lo único que (segun el runrun de las gentes) hacía nuestro D. Fernando en lugar y representacion de su animoso padre...

Desde que D. Antonio de Válor y Córdoba fué con tal sevicia castigado, empezaron á amanecer en las calles de la capital, cosidos á puñaladas y muertos, hoy uno, mañana otro, casi todos aquellos de sus enemigos que se habían erigido en sus jueces...; y el rumor público, siquier en voz muy baja, atribuyó desde luégo aquellos asesinatos misteriosos al jóven Señor de Válor,—más temido y popular todavía que su mismo padre.

Yo no sé si esta sospecha sería fundada. La Historia no ha conseguido averiguar lo cierto. Paso, por

consiguiente, sobre el particular como sobre ascuas, y vuelvo á mi otra relacion.

*
* *

Así las cosas, la víspera del precitado dia de Nochebuena, cuando más preocupados se hallaban los cristianos viejos de Granada con las fechorías de los *Monfíes* alpujarreños y el sospechoso marasmo de los moriscos del Albaicin, D. FERNANDO entró en la Casa-Ayuntamiento, armado de espada y daga, como entónces era uso entre los nobles.

Hasta aquí no había nada que decir, pues sobre la calidad de D. FERNANDO no cabía duda; pero era el caso que, desde el lance ocurrido con su padre, se había establecido en toda España que los *Veintiquatros* dejasen sus armas en poder de los porteros ántes de penetrar en las Salas Consistoriales, y el jóven, fuera por distraccion, fuera deliberadamente, sólo se desciñó aquel dia la espada, conservando la daga á la cintura, y de este modo se presentó en Cabildo.

«Un Caballero Veintiquatro, Alguacil Mayor »perpetuo de Granada, llamado D. PEDRO MAZA »(cuenta el historiador Gines Pérez de Hita, aquel »mismo que ya nos ha retratado á D. FERNANDO, »por haberlo conocido personalmente), viendo que »D. FERNANDO DE VÁLOR había dejado la espada, y »no la daga, le dijo:

—«Señor D. FERNANDO: mal lo hace vuestra »merced, no dejar la daga con la espada, como lo »hacen los demas Caballeros.

»D. Fernando le replicó diciendo:

—»Por cierto, señor D. Pedro, que, no adver»tido en ello, no lo he hecho; mas muy poco im»porta que yo éntre con daga en el Ayuntamiento, »pues de mí no hay que recelar, especialmente sien»do tal Caballero que bien podría entrar con espada »y daga.

—»No niego eso,—dijo D. Pedro;—que ya se »sabe que, por ser tal, tiene vuestra merced y sus »pasados privilegio Real para poder llevar armas y »traellas en partes vedadas y no vedadas; mas muy »bien sabe vuestra merced que es uso y costumbre »en todos los Reinos y Señoríos de Su Majestad »que ningun Caballero, por delantero que sea, pue»de meter ningun género de armas en la Sala del »Ayuntamiento: y así no es justo que vuestra mer»ced las meta, pues hay otros tan buenos como »vuestra merced, y no las meten.

»A estas palabras se indignó D. Fernando mu»cho contra D. Pedro, y le dijo:

—»Ninguno hay que sea tan bueno como yo ni »que con más libertad las pueda meter en cualquie»ra parte.

»D. Pedro se enojó mucho con esto que D. Fer»nando le dijo, y, atreviéndose á su oficio de Al»guacil Mayor, le dijo á D. Fernando:

—»Pues, por el oficio que tengo, debo de dere»cho quitarle la daga, que no puede tenerla en la »cinta sin tener la espada; y le tengo de hacer por »ello denunciacion.

»Y diciendo esto, se llegó á D. Fernando y le »quitó la daga de la cinta.

»D. FERNANDO, ardiendo en ira, viendo que por »ser Alguacil no se la podía defender, se la dejó to- »mar, diciendo:

—»Vos lo habeis hecho como villano; y juro »por la Real Corona de mis pasados, de quien soy »digno, que yo tome tal venganza de vos, que mi »agravio quede bien satisfecho, y áun de algunos »que han consentido que la daga se me quite...

»El Corregidor que oyó estas palabras, man- »dó que lo prendiesen; mas D. FERNANDO con gran »presteza, por no ser preso, salió de la Sala y fué »donde estaba su espada, y, tomándola, sacándola »de la vaina, les dijo á los porteros, que le querían »prender, que se tuviesen; si no, que los mataría.

»El Alguacil Mayor le quiso echar mano; mas »no lo pudo hacer, porque D. FERNANDO, como era »mozo muy suelto, se desvió afuera, y tomando la »escalera, que era llana y ancha, en solos dos brin- »cos la salvó toda.

»Llegando al zaguan, halló su caballo, que lo »tenían sus criados aprestado, y, sin poner el pié en »el estribo, se puso en la silla, y, apretándole las »piernas, salió de las Casas del Cabildo con tanta »presteza como un rayo; de tal forma, que D. PEDRO »ni los porteros y otros alguaciles que allí había »pudieron tener derecho dél.

»Sus criados, visto el alboroto, y que no podían »seguir á su señor, se metieron en la Capilla Real, »que está muy cerca de las Casas del Cabildo...

...»Se presume que D. FERNANDO DE VÁLOR »estaba en la conjuracion del levantamiento del »Reino, por haber ido aquel dia al Ayuntamiento

»á caballo y por haber querido entrar con la daga, »para por ello tener aquella ocasion de salirse de »Granada...»

Hasta aquí Pérez de Hita.

De lo que cuentan los demas historiadores se deduce que D. FERNANDO pasó aquella noche escondido en una almazara de la Vega, adonde fueron á juntársele la morisca y el esclavo, saliendo al amanecer del dia siguiente para el *Valle de Lecrin,* á cuya entrada lo hemos visto desatender bravamente el medroso consejo del Beneficiado de *Béznar*.



Pero á todo esto, no sabemos todavía á punto fijo quién era D. FERNANDO DE VÁLOR, ni qué significaba aquello de *la Corona Real de sus pasados,* ni de dónde provenían su popularidad y el temor que inspiraba á las Autoridades granadinas.

Sepámoslo todo de una vez.

D. FERNANDO DE VÁLOR, á quien los moriscos del Albaicin llamaban D. FERNANDO MULEY *(Muley* es una especie de tratamiento árabe que vale tanto como *señor,* ó más bien *monseñor,* y que sólo se da á los príncipes reales), era á la sazon: segun el grave Hurtado de Mendoza, «*un mancebo rico »de rentas, callado y ofendido*»;—«*un mozo pró»digo y liviano*», segun el complaciente Mármol;— »y «*un jóven de notoria resolucion y firmeza y emi»nentes cualidades para constituirse cabeza de la rebelion*», segun el concienzudo Lafuente Alcántara,—el cual dice tambien que «su familiaridad con

»los jóvenes más livianos de Granada, su lujo, sus »prodigalidades y sus obsequios á una morisca de »quien estaba enamorado, habían consumido sus »rentas cuantiosas y obligádole á contraer deudas.» Finalmente, este mismo escritor, compilador discretísimo de casi todos los cronistas árabes y cristianos del Reino de Granada, termina el retrato del personaje con que andamos á vueltas, poniéndole la siguiente nota: «*Su carácter es altamente interesante, á pesar de los duros epítetos con que lo han »calificado los historiadores contemporáneos suyos. »Sus aventuras y sus hazañas, porque tambien las »realizó, se han presentado de una manera poética »por Gines Pérez de Hita.*»

Despréndese de todo lo apuntado que D. FERNANDO DE VÁLOR era exteriormente, en la alta sociedad granadina, ni más ni ménos que lo que, ántes y despues de él, han sido en todas partes los jóvenes de moda y calaveras de buen tono, mixtos de próceres y de políticos: lo que Alcibiádes en Grecia, lo que el adolescente César en Roma, lo que Byron en Lóndres y en Italia: un escándalo, una esperanza, un escollo y un ídolo juntamente, así para los buenos como para los malos, así para las mujeres como para los hombres, así para la moral como para la patria.

Ahora: si ademas de esto, subrepticiamente, asesinaba, ó mandaba asesinar, á los farisaicos perseguidores de su padre, cuenta es esa que habría que abrirle por separado, y que sólo Dios, sabedor de la verdad, podría ajustarle en definitiva.

En fin,—y aquí entra lo más interesante,—

D. FERNANDO DE VÁLOR era nieto, como hemos dicho, de D. HERNANDO DE VÁLOR, contemporáneo de la Conquista de Granada, el cual, al hacerse bautizar entónces con este nombre, trocó su condicion de príncipe moro por las grandes mercedes que le hicieron los REYES CATÓLICOS, dándole privilegios de armas y acostamientos de lanzas, con aventajados sueldos...

Ahora bien: aquel príncipe moro, pariente muy cercano de BOABDIL, y descendiente en línea recta de los ABDERRAHMANES que reinaron en Córdoba, procedía de la egregia estirpe de los OMMIADES, cuyo apellido de familia era HUMEYA, nombre de uno de los nietos de MAHOMA, hijos de su hija (1).

Por consiguiente, el jóven D. FERNANDO, el Regidor fugitivo, el amante de la morisca, el viajero del *Valle de Lecrin,* contaba entre sus abuelos al mismísimo PROFETA, y no al traves de una prolongada y oscura genealogía, perdida en la noche de la fábula, sino tan clara y distintamente como el actual Duque de Medinaceli desciende de los Infantes de la Cerda, ó el Duque de Frias de los Condes de Haro.

Y, por consiguiente tambien, aquél á quien el pobre Beneficiado de *Béznar* aconsejaba que se volviese atras y que huyese de los *Monfíes;* aquella *señoría,* al parecer tan castellana y tan católica, era el ídolo de los irritados Moriscos, era la esperanza de sus agravios, era el que por su estirpe sagrada, por su régia categoría y por sus prendas personales,

(1) Hurtado de Mendoza.

ambicionaban para jefe; era el que tal vez fué tachado por algunos de indiferente á los dolores de su raza, al verlo disipar su juventud en fiestas y amoríos, confundido con los aristócratas cristianos; era el que tornó á captarse la adoracion supersticiosa de todos los descendientes de los Moros, no bien empezó á creérsele autor de aquellas desastradas muertes de los enemigos de su padre; era el REY deseado de los conspiradores, el anunciado de los astrólogos, el temido de los que veían condensarse la rebelion musulmana; era, en fin, ó había de ser desde aquel dia, el trágico personaje que conoce la Historia bajo el sangriento nombre de ABEN-HUMEYA.

*
* *

Pero han transcurrido los tres minutos y las tres leguas que nos separaban de él...

¡Hélo que llega á toda brida; pasa como un relámpago; nos deja atras, sin curarse de nosotros, y penetra en *Béznar,* seguido de la morisca y del esclavo!...

¡Todavía es D. FERNANDO DE VÁLOR!... Sigámosle... Entremos en *Béznar* detras de él...

Los momentos son preciosos para todos.—¡El insensato corre al trono y á la muerte!...—Nosotros vamos á cambiar el último tiro... para llegar adonde nos esperan los caballos de silla.

IX

En *Béznar*.—Naranjas y limones.—De Regidor á Rey.

Cuando algunos instantes despues hicimos alto en la *Administracion de Diligencias*, sita en el centro del pueblo, nadie nos dió muestras de haber visto entrar á ABEN-HUMEYA y sus acompañantes, ni pudimos sacar en claro dónde vivían los VALORIS,—á cuya casa sabíamos fijamente que habían ido de posada.

¡Son tan recelosos y disimulados los Moriscos!...

Pero ¡ah! no... El disimulado era el tiempo. Me acontecía lo mismo que en *Dúrcal* con FARAG ABEN-FARAG: que entre mis visiones históricas y la realidad presente habían transcurrido tres siglos como por ensalmo.

Así es que *Béznar* estaba muy tranquilo, celebrando tambien cristianamente su dia de San José con el asueto y atavío de sus moradores; que no profanando todo un dia de Nochebuena con abominaciones mahometanas, como aquel Viérnes de 1568 en que yo creía encontrarme...—Y así se explicaba tambien que el lugar estuviese lleno de sol y regocijo, que no encapotado y lúgubre; florido, que no nevado; en Primavera, que no en Invierno.

¡Tanto mejor para nosotros, que no lo habríamos pasado muy bien, á fuer de verdaderos católicos,

apostólicos, romanos, si hubiéramos aparecido por allí aquel infausto dia en que el padre Beneficiado tuvo que poner tierra por medio entre él y sus feligreses, metamorfoseados de pronto en fanáticos y crueles islamitas!



Béznar, el *Béznar* de hoy, con el cual tenía que contentarse nuestra sed de emociones, es un lugar de 807 habitantes, repartidos entre la genuina poblacion de este nombre, que comprende 72 casas, el *Barrio Bajo,* que se compone de 63, y el barrio de la *Jábita,* que sólo cuenta 32.—Pertenece tambien á este pueblo la *Venta de Tablate,* distante de él dos kilometros, donde debíamos dejar la Diligencia.

Dijimos del *Padul*... que era alegre; de *Talará*... que era gozoso; de *Dúrcal*... que era risueño.—De *Béznar* digo... no ya que se sonreía, sino que se reía á carcajadas.

En efecto: nada más alborozado que aquel pueblecillo, situado en medio del *Valle,* cuya espléndida lozanía verdegueaba al final de todas sus arábigas callejuelas.

Las casas, generalmente pobres y de aspecto morisco, disimulaban su vejez bajo una flamante capa de cal, como en las ciudades africanas, y hacían olvidar su modestia con las flores, con las jaulas de pájaros, con las ramas de naranjos y limoneros y con las emperegiladas mujeres que decoraban sus balcones, sus puertas, las tapias de sus corrales y las cercas de sus huertecillos.

El *crescendo* de hermosura del *Valle de Lecrin* había, pues, llegado casi al *summum...,* y me quedo en el *casi,* porque aún nos faltaba ver á *Lanjaron...*

Béznar es uno de los emporios de naranjas del Mediodía de Europa. Su mercado sirve como de *bazar* á los innumerables miles de ellas que se cautivan á poquísima costa en los bosques y huertas de las cercanías y en sus propios alrededores.

Perdonadme esta insistencia en comparar á las naranjas con las cautivas destinadas á extranjeros harenes; pero el símil es tan exacto y tan mio, que tengo empeño en que lo admitais.

Estudiad, si no, el ulterior destino de estas princesas del reino vegetal, de estas rústicas diosas de nuestra tierra, de estas hijas de nuestro sol...

Encontrámoslas aquí apiladas de cualquier modo en plazas y calles: cómpranlas luégo mercaderes de otros países; enciérranlas en lujosos estuches, envuelta cada cual en una finísima bata de papel de seda; condúcenlas por camino de hierro ó en barco de vapor á Berlin, á Lóndres ó á San Petersburgo, y allí véselas (¡qué horror!) empingorotadas, como en un trono, en áureos fruteros, entre caloríferos y perfumadas bujías, ostentar su hermosura en los triclinios de los bárbaros del Norte y regalar el gusto de tal ó cual Sardanápalo aforrado en *inultas* pieles... de otros animales por su estilo.

Y lo mismo digo de los limones.



Ya veis que, en pago de vuestra indulgencia, he

defendido á la raza latina y maltratado cruelmente á sus émulas del Septentrion.

Confiado ahora en el agradecimiento de que, por ende, os supongo poseídos, voy á volver en busca de nuestros émulos del Sur, los fieros islamitas, esperando me dispenseis no los trate con tanto rigor como á los paisanos de Shakespeare, de Mikiewicht, de Goëthe, de Thorwaldsen, de Gogol y ¡de Bismark!!—No es prudente enemistarse á la vez con todo el mundo.

Mas ¿dónde encontrar ahora á ABEN-HUMEYA?

Que está en *Béznar* con nosotros, es indudable; pero buscarlo en las actuales casas del Lugar, ya hemos visto que es imposible.

Recurramos, pues, á las perennes páginas de la Historia.



> Un nuevo Rey entre ellos levantado
> DON FERNANDO DE VÁLOR se decía:
> salióse de Granada, y concertado
> quedaba de volver al otro dia.
> El dia de la Pascua han señalado
> que torne con pujanza y morería,
> y que den en *Granada* lo primero,
> que será el *Albaicin* buen compañero (1).

El noble SEÑOR DE VÁLOR se apeó en casa de su pariente el VALORI, corifeo del Lugar y jefe de una dilatada parentela.—Podía decirse que estos VALO-

(1) Estos versos son de un curioso libro, hasta hoy inédito, pero ya en prensa, que va á dar á luz D. Pascual de Gayángos, y que contiene muchos escritos de un Español cautivo en la Goleta por los años de 1574. el cual habia sido testigo presencial de la Guerra de los Moriscos. El Sr. Gayángos se inclina á creer que este cautivo fué un cierto amigo del inmortal Cervántes, de la familia de Aguilar; sobre cuyo punto sigue haciendo investigaciones aquel profundo biblióflo. Nosotros le damos aquí las gracias por estas y otras noticias que le debemos relativas á la *Alpujarra*.

RIS eran los amos del pueblo, compuesto casi exclusivamente de moriscos, ó, por mejor decir, de recalcitrantes islamitas.

Todos ellos estaban ya en armas, y abiertamente rebelados al compendioso grito de *¡Viva Mahoma!*

Recibieron, pues, con los brazos abiertos, y como á un nuevo Enviado de Alá, al jóven descendiente del Profeta; celebraron aquella noche una junta; y ¡oh sacrílega coincidencia! á la misma hora en que toda la Cristiandad conmemoraba el sublime misterio de Bethleem, aquellos perros eligieron Rey de Granada, en odio á los Cristianos, al que desde entónces se llamó MULEY MAHOMET ABEN-HUMEYA.

«Vistiéronle de púrpura (dice Hurtado de Men»doza), y pusiéronle á torno del cuello y espaldas »una insignia colorada á manera de faja. Tendieron »cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del »mundo, y él hizo su oracion, inclinándose sobre »las banderas, el rostro al Oriente (*Zalá* la llaman »ellos), y juramento de morir en su ley y en el »Reino, defendiéndola á ella y á él y á sus vasallos. »En esto levantó el pié, y, en señal de general obe»diencia, postróse ABEN-FARAG en nombre de todos »y besó la tierra donde el nuevo Rey tenía la plan»ta. (A éste hizo su Justicia Mayor.) Lleváronle en »hombros y levantáronle en alto, diciendo: «*Dios »ensalze á* MAHOMET ABEN-HUMEYA, *Rey de Grana»da y de Córdoba.*» Tal era la antigua ceremonia »con que elegían los Reyes de la Andalucía, y des»pues de Granada.»

En el precedente relato padece un error el insigne Hurtado de Mendoza. ABEN-FARAG no estaba

ni podia estar en *Béznar* la noche del 24, en que eligieron su Rey los Moriscos. Y la prueba es que, como hemos visto, el fogoso tintorero salía de Granada á la misma hora con direccion á *Cénes,* en busca de la gente con que entró en el Albaicin el 25 á media noche, para oir aquella despreciativa frase de «*Sois pocos y venís presto*» que apuntamos más atras.

Cuando el impaciente conjurado del Albaicin llegó verdaderamente á *Béznar* fué en la mañana del 27, tercer dia de Pascua...

...«Asomó (dice Mármol) por un viso FARAG »ABEN-FARAG con sus dos banderas, acompañado de »los *Monfíes* que habían entrado con él en el Albai- »cin, tañendo sus instrumentos y haciendo grandes »algazaras de placer, como si hubieran ganado algu- »na gran victoria. El cual, como supo que estaba allí »D. HERNANDO DE VÁLOR y que le alzaban por Rey, »se alteró grandemente, diciendo que cómo podía »ser que, habiendo sido él nombrado por los del Al- »baicin, que era la cabeza, eligiesen los de *Béznar* »á otro. Y sobre esto hubieran de llegar á las ar- »mas. FARAG daba voces que había sido autor de la »libertad y que había de ser Rey y Gobernador de »los Moros, y que tambien era él noble, del linaje »de los Abencerrajes. Los VALORIS decían que don- »de estaba D. HERNANDO DE VÁLOR no había de ser »otro Rey sino él. Al fin entraron algunos de por »medio y los concertaron de esta manera: que DON »HERNANDO DE VÁLOR fuese el rey y FARAG su Al- »guacil Mayor, que es el oficio más preeminente »entre los Moros cerca de la Persona real. Con esto

»cesó la diferencia, y de nuevo alzaron por Rey los »que allí estaban á D. Hernando de Válor y le »llamaron Muley Mahamete Aben-Umeya, estando »en el campo debajo de un olivo. El cual, por qui»tarse de delante á Farag Aben-Farag, el mesmo »dia le mandó que fuese luégo, con su gente y la »que más pudiese juntar, á la *Alpujarra* y reco»giese toda la plata, oro y joyas que los Moros ha»bían tomado y tomasen, así de iglesias como de par»ticulares, para comprar armas de Berbería. Este »traidor, publicando que Granada y toda la tierra »estaba por los Moros, yendo levantando lugares, »no solamente hizo lo que se le mandó, mas, lle»vando consigo trescientos *Monfíes* salteadores de »los más perversos del Albaicin y de los lugares co»marcanos á Granada, hizo matar todos los clérigos »y legos que halló captivos, que no dejó hombre á »vida que tuviese nombre de cristiano y fuese de »diez años arriba, usando muchos géneros de cruel»dades en sus muertes...»

Tambien hay una equivocacion en la anterior reseña, que consiste en decir que la proclamacion de Aben-Humeya en *Béznar* tuvo lugar debajo de un olivo.

La escena bajo el olivo, tradicional en toda la *Alpujarra,* ocurrió en *Cádiar,* como verémos más adelante, y fué, no ya la *proclamacion,* sino la solemne *coronacion* del soberano en presencia de todos los caudillos y personas principales de su improvisado Reino,—que crecía como la espuma.

Por lo demas, las preinsertas palabras de Mármol, el historiador más adverso á Aben-Humeya,

dejan ya deslindadas la responsabilidad de este príncipe y la de su cruel *Justicia, ó Alguacil Mayor,* en los horribles martirios de cristianos que presenció aquellos dias la *Alpujarra* (1) y que serán el eterno baldon del Alzamiento de los Moriscos.

Estas ferocidades inauditas sólo se deben imputar al inhumano tintorero, al demagogo de aquella rebelion, tipo repugnante y harto conocido, por ser igual al que ha deshonrado y deshonrará eternamente todas las Revoluciones, lo mismo en Paris que en la *Alpujarra*, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX.

En cambio, no nos faltarán más adelante ocasiones en que hacer justicia á la clemencia y magnanimidad del que había dejado de ser D. Fernando de Válor; el cual, si fué duro y cruel otras veces, extremado por la adversidad y por las bárbaras necesidades de la guerra, no rayó más allá que el Duque de Alba y otros venerados capitanes de aquellos tiempos.

Y si me equivoco y me lo demostrais, me importará poquísimo; que yo no soy el defensor nato de los infieles.

*
* *

Con que partamos, y perdonad si ahora sufre una muy larga interrupcion la leyenda documen-

(1) El Sr. D. Florencio Janer, en su erudita Memoria, titulada *Condicion social de los Moriscos de España*, premiada por la Academia de la Historia, dice: «...El nuevo Rey era jóven de esclarecidas prendas y recomendaba la tolerancia á sus sectarios.»

Y más adelante añade: «Desaprobaba Aben-Humeya tantas crueldades, y miéntras, impedia que se cometieran de nuevo...» etc.

tada de ABEN-HUMEYA;—leyenda que es la Historia particular de la *Alpujarra* como Estado autónomo; leyenda mal conocida de la generalidad de las gentes, por la parcialidad de unos escritores, por la ligereza de otros, por las contradicciones que se notan entre ellos y por la escasez de los libros que los ponen en claro; leyenda admirablemente sentida, y sin embargo, desfigurada, en la materialidad de los hechos, por el ilustre Martínez de la Rosa en aquel drama que me atrevo á calificar de Elogio del Rey Morisco; leyenda, en fin, que continuarémos y terminarémos nosotros, confundida con la de ABEN-ABOO, cuando recorramos las fragosidades alpujarreñas y la augusta soledad de *Sierra Nevada*.

Por la presente, reclaman toda nuestra atencion misterios de otro órden y curiosidades de otro género...—¡Para algo más que para leer y depurar historias humanas hemos dejado nuestro gabinete de Madrid!—La inmortal Naturaleza nos aguarda amorosamente al otro lado de aquesos últimos cerros de dominio público, dispuesta á hablar á solas con nuestro fatigado espíritu. El arcano geográfico que inquirimos hace tiempo, está para descifrarse á nuestros ojos. La incógnita *Alpujarra* escucha ya nuestros pasos detras de esa ondulante cortina. La gran Cordillera va á mostrarnos de un momento á otro sus nevadas espaldas. El *Picacho de Veleta*, por ejemplo, sólo espera para decirnos «*Así soy por el reves*» á que nos pongamos de puntillas, como hizo el *Renzo* de Manzoni para descubrir desde la llanura de Pavía la catedral de Milan... El almuerzo y los caballos nos aguardan, en fin, en la *Venta* (que

sólo dista dos ó tres kilometros), y tenemos hambre, mucha hambre, y necesidad tambien de estirar nuestros entumecidos remos...

Partamos, partamos, sí: entre otras cosas, porque ya está enganchado el nuevo tiro, y el mayoral en su trono, y el zagal abriéndonos la portezuela, y el postillon, con la cabeza vuelta hácia nosotros y la corneta en los labios, aguardando impaciente el «*¡Arréeee!!!...*» del automedonte para anunciar al mundo, con su trompeteo, que la *Diligencia de Motril* abandona el lugar de *Béznar*.

X

El *Puente de Tablate.*—Llegada á la *Venta.*—¡A caballo!—*Lanjaron.* Adios al mundo.

Al sonar las *Ave Marías;* esto es, á las doce en punto, salímos de aquel deleitoso pueblo, último de la carretera para nosotros.

El terreno se angostó al poco rato, formando una profunda garganta, y minutos despues pasamos el imponente y sombrío *Puente de Tablate,* cuyo único, brevísimo ojo, tiene nada ménos que ciento cincuenta piés de profundidad.

El *Tablate,* más que rio, es un impetuoso torrente que se precipita de la *Sierra* en el *Rio Grande,* abriendo un hondísimo tajo vertical, tan pintoresco como horrible.

Aquella cortadura del único camino medio transitable que conduce á la *Alpujarra* es una de las principales defensas de este país, su llave estratégica, el foso de aquel ingente castillo de montañas.

Así es que con este foso acontece lo que con el llano de Las Navas de Tolosa, lo que con el Guadalquivir por la parte de Alcolea, lo que con el paso de Roncesválles y demas campos de batalla repetidamente históricos: que se han dado y habrán de darse en lo sucesivo muchas acciones cerca de él, subordinándose siempre el plan de campaña al perpetuo fenómeno topográfico.

Ya dije más atras que la Historia es esclava de la Geografía.

Ha habido, pues, muchos *Puentes de Tablate,* quemados unos, volados otros, y todos cubiertos de sangre de fenicios, cartagineses, romanos, godos, árabes, moriscos, austriacos ó franceses, y, por supuesto, de españoles de todos los siglos.

Circunscribiéndome al período histórico de que más suelo ocuparme en esta obra, pudiera citar varios hechos de armas ocurridos á los dos lados de aquella sima; pero me limitaré á recordaros uno sólo, verdaderamente interesante.



El 10 de Enero de 1569; es decir, diez y siete dias despues de la eleccion de ABEN-HUMEYA; hallándose ya éste en el corazon de la *Alpujarra,* y alzada en su favor la mitad del Reino granadino, el MARQUÉS DE MONDÉJAR, que había salido de la ca-

pital en busca de los insurgentes, con una division de dos mil infantes y cuatrocientos caballos, llegó á la vista del *Puente de Tablate*...

«Los rebeldes (dice un historiador), en número de tres mil quinientos, capitaneados por Giron de Archidona, por Anacoz y el Rendati, se habían atrincherado en la cuesta y colinas que dominan por la parte de *Lanjaron*, y cortado el *Puente de Tablate*, que facilita el paso de un barranco profundísimo. El Marqués llevaba ordenada su gente en batallones y protegida por una manga de arcabuceros y una vanguardia de corredores.

»Al llegar á los visos inmediatos al *Puente*, se divisaron las partidas moriscas, formadas bajo banderas blancas y coloradas, con ánimo de defender el paso. El Marqués se adelantó con los arcabuceros y rompió el fuego, que fué contestado; pero como los arcabuces cristianos hiciesen estrago en los enemigos, cedieron éstos y se alejaron algun trecho, en la persuasion de que era imposible pasar por el puente desbaratado.

»Dió ejemplo á los soldados y terror á los moriscos un fraile francisco, llamado Fray Cristóbal Molina, el cual, con un crucifijo en la mano izquierda, una espada en la derecha, los hábitos cogidos en la cinta y una rodela á la espalda, llegó al paso, se apoyó en un madero, saltó, y, cuando todos esperaban verle caer, se admiraron de contemplarle salvo en la orilla opuesta.

»Siguiéronle dos soldados animosos: uno cayó y murió en lo hondo: el otro fué más afortunado. Recompusieron éstos los maderos al abrigo del fuego

de los arcabuceros; facilitaron el paso á otros, y, últimamente, rechazados los moros, y consolidado el puente con tablones y piedras, pasó toda la division con caballos, carros y artillería, y se alojó en Tablate. El MARQUÉS peleó como soldado en primera línea, y, á no haber sido por la fortaleza de su coraza, que le aplastó una bala, hubiera perecido.»



En cuanto á nosotros, pocos momentos despues de pasar, sin peligro alguno, el *Puente de Tablate,* tuvimos tambien la dicha de llegar sanos y salvos á la *Venta* del mismo nombre.

Esta Venta, llamada ademas de *Luis Padilla* (no sé si por referencia á su fundador, á su propietario ó á su inquilino), ocupa una posicion tan estratégica, *bajo el punto de vista hostelero,* como el Puente *bajo el punto de vista militar.*

Aquel paraje es un foco de caminos (un *fondac,* que dirían los Moros), donde se cruzan todos los dias los viajeros y trajinantes de la Costa, los de Granada, los del Valle y los Alpujarreños.

Para la *Alpujarra,* sobre todo, la tal Venta es, ya que no su puerta, una especie de aduana ó portazgo avanzado sobre las vias oficiales de los hombres.

De allí arranca la senda de lo desconocido.

En prueba de ello, la Diligencia, no bien nos dejó en tierra, siguió adelante hácia el Sur, para bajar como despeñada al Mediterráneo, miéntras que nuestro camino amarilleaba hácia el Oriente, al

modo de una flotante cinta, y desaparecía luégo entre las montañas en busca de *Lanjaron*...

Pero entremos en la *Venta*.

¡Líbreme Dios de describirla! ¿Quién habla de ventas despues de haber leído el *Quijote*? ¿Qué pintor se atrevería á *tratar* de nuevo los asuntos pintados por Velázquez?

Sólo os diré que allí encontramos á nuestros respectivos escuderos (granadinos del Albaicin... de pura raza); que éstos nos tenían ensillados los caballos, antiguos conocidos nuestros; que el almuerzo nos aguardaba sobre la mesa, gracias á nuestra prevision, y que almorzamos *(á la navaja,* por supuesto) como se almuerza á la una de la tarde, cuando se está viajando desde las ocho de la mañana.

En tan grata operacion nos hallábamos (si ustedes gustan, lectores, se mejorará), cuando llegó en busca nuestra, para *introducirnos* en la *Alpujarra* (y procedente de aquel florido lugar de *Pinos del Valle* que nos había parecido á lo léjos un nido de amores), el primero de los distinguidos alpujarreños que habíamos de tener el honor de conocer en nuestra expedicion.

Éste era un ilustrado y amabilísimo jóven, tan bizarro como discreto, á quien no tardamos en querer muy de véras...

Reciba, pues, el afectuoso saludo que le dirijo en estos renglones... *y la paz,* que dicen en la Morería.

***

A las dos en punto montamos á caballo.

¡Oh delicia!—¡Ya estaba bueno!

Disimuladme este ex abrupto. Es como una reminiscencia de la especie de resurreccion que sentí entónces. Es un testimonio de agradecimiento y cariño al más ilustre de los animales. Es una debilidad disculpable en un convaleciente. Es una vaciedad más del presente libro,—que en nada puede perjudicaros.

Pero, ya que he entrado en materia, elevaré la cuestion y diré que á los simples mortales nos sucede lo contrario que á Anteo. Anteo recobraba su vigor cuando tocaba con los piés en la tierra, y nosotros solemos recobrar la salud y la alegría tan luégo como nos vemos á caballo, con la ascética soledad de los montes á nuestra disposicion...

Y no es aquello de

> ¡Un caballo! ¡Un caballo y campo abierto...
> y déjame frenético correr!...

que dice á gritos el Adam de *El Diablo Mundo*...

No. Ya no siente nadie la superabundancia de vida del héroe de Espronceda, ni necesidad, como él, de desbravar su alma...

Es pura y simplemente que, al poner el pié en el estribo, parécenos que reivindicamos nuestra libertad, como el pájaro que se evade de su jaula.

¡Ah! No lo dudeis: el hombre nació para centauro, y, por consiguiente, el caballo es su complemento providencial.

En equivalencia, el hombre es el complemento del caballo.

Y, si no, decidme:—prescindiendo de la cues-

tion estética,—¿comprendeis á este noble animal sin un jinete encima? ¿No os parece un sér miserable, como el hotentote sin religion, ropa ni ley? ¿No habeis reparado en la ufanía con que lleva el caballo al caballero, una vez ajustado entre ellos el consorcio, ó sea el tratado ofensivo y defensivo? ¿Habeis visto un corcel en la guerra, en la entrada triunfal de un héroe, ó pasando por la calle donde vive la novia del jinete... es decir, de su asociado?—En los tres casos diríase que el engreído cuadrúpedo procede por cuenta propia.

. . . .

Resultado de todo: que partímos...

Pero ¡con qué emocion! ¡con qué júbilo! ¡con qué entusiasmo!

¡Baste decir que estábamos á media hora de *Lanjaron,* y á tres cuartos de hora de la *Alpujarra!!*...

Arrancamos, pues, al galope.



La legua que hay entre el *Puente de Tablate* y *Lanjaron* tiene todavía honores de camino carretero; y no sólo los honores, sino tambien el ejercicio, puesto que la recorre todos los dias, á saltos mortales, un coche especial, que sale de *Granada* con tan azarosa predestinacion. De un modo ó de otro, aquel camino se esconde desde luégo entre los enormes y adustos contrafuertes de la gran *Sierra,* como si *todo estuviese ya consumado;* como si ya hubiera concluído el *Valle de Lecrin;* como si no debieran reaparecer los horizontes del... siglo; como si ya hubiérais tomado el hábito de Alpujarreño...

Sin embargo, hay momentos en que se notan indicios de que aún falta que ver algo relacionado con las profanas alegrías que se han dejado atras. Adivínase (apuremos la anterior metáfora) que aún se tiene que pasar por aquella simbólica ostentacion de las glorias de la vida y de los bienes terrenales que precede á la fúnebre ceremonia de ciertos votos monásticos.

Todo esto quiere decir que de vez en cuando encontrábamos en el camino largos convoyes de naranjas y limones, procedentes de aquella presunta austera soledad,—miéntras que, á la puerta de tal ó cual cabaña ó cortijo, alzábanse, al lado de carros vacíos, altísimas pirámides... de más limones y más naranjas.

El criadero debía, pues, de estar muy cerca.

¡No estaba léjos! Repentinamente,—como cuando, al acabar una brillante sinfonía, despues de una pausa ó de un *pianissimo,* estalla de nuevo la interrumpida *stretta finale,* y el imponente *tutti* del graduado *crescendo* llega al *fortissimo* y al *strepitosso,* semejando una tempestad de armonía;—así, pero no así, sino de un modo más sorprendente, que diría un poeta épico;—al revolver de una loma; al esquivar un viso; cuando ménos lo esperábamos... apareció á nuestros ojos *Lanjaron.*

* * *

¡Alto y parada!—y procuremos enumerar ordenadamente, aunque sin echar pié á tierra, todos los prodigios que resume esta palabra «*Lanjaron*», cé-

lebre en el mundo por la hermosura, fecundidad y riqueza del eden que lleva tal nombre y por la virtud de las aguas que allí se toman.

Vamos por partes.

Ante todo, descartemos los datos históricos y estadísticos, como muy ajenos al cuadro que me propongo bosquejar.

Por fortuna, mis datos estadísticos se reducen á lo siguiente.—*Lanjaron* encierra 2.872 almas, número que se duplica en las temporadas de aguas y baños con los enfermos que acuden de toda la Península en busca de sus fuentes medicinales, particularmente de una magnesiana y de otra acídula ferruginosa, que son las que tienen más nombre.

Comentario:

«*El hígado es el lazareto de la bílis*», ha dicho lord Byron: es así que las aguas de *Lanjaron* son prodigiosas contra las afecciones hepáticas; luego *Lanjaron* es el antídoto de la tristeza, y hubiera bastado por sí solo á darle al *Valle* su nombre de *Valle de la Alegría.*

(Para comprender toda la lógica del anterior argumento es preciso ser muy melancólico.)

En cuanto á la historia de *Lanjaron,* está como resumida en dos hechos... que no desmerecen entre sí, y que siempre debieran publicarse como yo los voy á publicar;—el uno detras del otro.

*
* *

El Viérnes 8 de Marzo de 1500, durante la primera rebelion de los entónces recien conquistados

granadinos, el mismo Fernando el Católico atacó el Castillo de *Lanjaron,* defendido por un terrible y célebre Capitan negro, quien tenía á sus órdenes nada ménos que trescientos musulmanes escogidos.

Los cristianos, con un denuedo heroico, asaltaron el Fuerte bajo una lluvia de balas y saetas, obligando á entregarse á toda la guarnicion; pero el Capitan negro, por no rendirse, se arrojó desde lo alto de una torre, y murió.

«Con esto (dice un cronista), y *con la voladura de la mezquita de Lanjaron, llena de rebeldes,* se sometieron todos, y fueron bautizados...»

Primer hecho.

*
* *

Segundo hecho:

Era el 28 de Diciembre de 1568, ó sea el dia siguiente al de la proclamacion de Aben-Humeya en *Béznar*...

Pero oigamos á Luis del Mármol:

«Luégo como en *Lanjaron* (dice) se entendió el desasosiego de los Moriscos, el licenciado Espinosa y el bachiller Juan Bautista, Beneficiados de aquella Iglesia, y Miguel de Morales, su Sacristan, y hasta diez y seis Christianos, se metieron en la Iglesia; y llegando Aben-Farag les mandó poner fuego, y el Beneficiado Juan Bautista se descolgó por una pleyta de esparto, y se entregó luégo al tirano, el cual le hizo matar á cuchilladas, y prosiguiendo en el fuego de la Iglesia la quemó, y se hundió sobre los que estaban dentro. Y haciéndolos sacar de debajo de las ruinas, los hizo llevar al campo, y allí

no se hartaban de dar cuchilladas en los cuerpos muertos: tanta era la ira que tenían contra el nombre Christiano.»

*
* *

Con que soltemos ya la pluma y cojamos los pinceles. Dejemos á los hombres, y contemplemos á la Madre Naturaleza. Olvidemos las enfermedades físicas y morales que recuerda esa villa, y digamos todas las excelencias del cuadro que acababa de aparecer á nuestros ojos.

En primer lugar, descubrir á *Lanjaron* implicaba haber descubierto ya tambien el que tantas veces hemos llamado «reves de *Sierra Nevada*». No de toda la *Sierra* ciertamente...; pero sí de una de sus cúspides más importantes, de la segunda en categoría, de la más popular acaso; del *Picacho de Veleta,* en fin,—heredero inmediato de la corona del *Mulhacem*.

En efecto: estábamos, por la banda del Sur, al pié del afortunado monte á cuyo lado opuesto habíamos dejado á *Granada* hacía pocas horas... ¡Sólo que allá el galante coloso se eleva gradualmente sobre la hechicera ciudad, merced á una serie de transacciones con la llanura, miéntras que en *Lanjaron* lo veíamos levantarse sobre nosotros casi verticalmente, áspero, altivo, abrumador, en toda la plenitud de su tiránica potestad!

Enterados de esto, imaginaos ahora las siguientes maravillas, acumuladas una sobre otra, como una edificacion de titanes, desde la hondura del

Valle de Lecrin hasta la region que rara vez logran escalar las nubes.

Poned en todo lo alto, destacándose en la inmensidad del cielo, á doce mil seiscientos ochenta piés de elevacion, un disforme y atrevido cono de intacta nieve.—Es el *Picacho,* el elegante califa de la *Sierra,* feudatario del inaccesible Gran Señor de aquel imperio.

Debajo del cono de nieve, colocad, aunque no las veais, una meseta y unas hondonadas interiores, donde hay misteriosas lagunas, nacimientos de grandes rios y resguardados ventisqueros.—Todo aquello es el famoso *Corral del Veleta.*

Desgajad de esa especie de plataforma otro monte, ó sea un nuevo cuerpo de tan inconmensurable edificio.—Es *Cerro Caballo,* magnate del susodicho califato, cubierto tambien de nieve ante el rey.

Suponed, por último, en medio de este monte una segunda meseta, donde se encuentran mármoles parecidos al ámbar y al nácar, el llamado *jaspe verde de Granada* (que no es otro que la serpentina) (1) y todos los tesoros que enumerarémos más despacio cuando estudiemos á fondo la próvida Cordillera...—De aquella segunda plataforma arranca el Cerro patrimonial de *Lanjaron.*

Este Cerro, loma ó estribo, que todavía principia donde nunca ha reinado la Primavera, y termina, debajo de nosotros, donde nunca ha reinado el Invierno, no tiene tal vez igual en el mundo. Él solo, independientemente de la inmensa estratificacion

(1) De allí son las magníficas columnas de serpentina de las Salesas Reales de Madrid.

que acabamos de reseñar, ofrece el aspecto de una ciclópea torre de pisos, por el estilo de esas *torres de Babel* que se atreven á dibujarnos los *ilustradores* de la Biblia; ó, más bien, simula un descomunal *anfiteatro convexo,* más alto que ancho, en cuyas gradas ha escalonado la Naturaleza una prodigiosa exposicion de todo el reino vegetal.

Allá arriba, donde un perpetuo frio achica los robles, las encinas y los castaños, se crían el líquen del Spitzberg, la sablina de Noruega, el quebrantapiedras de Groenlandia y los sauces herbáceos de Laponia. Más abajo, donde los castaños y las encinas se agrandan, y aparecen ya los cerezos y manzanos silvestres, con los tejos, el boj, los aceres y los alisos, prodúcense la salvia, una manzanilla especial, la mejorana, el ajenjo, y otras plantas aromáticas y alpinas. Luégo siguen los morales, los fresnos y las higueras: despues los olivos, las vides y los granados: á continuacion los naranjos y los limoneros; y, por último, la africana pita, la higuera chumba, el plátano de América y la palmera de los desiertos de Arabia.—Añadid á esto, en ordenada progresion, todos los demas frutales, flores, semillas y cereales de las tres zonas en que se divide la Tierra, pues de ninguno falta allí un ejemplar, y formareis una leve idea de la riqueza de aquel vergel, tan curioso como productivo.

Pues ¿qué diré de su hermosura?

Contábannos allí (y harto lo adivinábamos nosotros) que cuando dos meses despues, en Mayo, tienen pámpanos todas las vides y hojas todos los árboles (hasta aquéllos que vegetan en las eter-

nas nieves), *Lanjaron* es un sueño de poetas...

Lo que yo puedo asegurar es que, en Marzo, cuando lo vimos nosotros, parecía un verdadero paraíso; pues, en la base del cerro, todo era ya verdor, y hasta fruto; en su cumbre, abundaban aquellos árboles que no pierden sus hojas en el Invierno; y, en la parte intermedia, los àlmendros, los guindos, los cerezos, los perales y los durasnos, si no tenían hojas, tenían algo mejor: tenían flores,—ora cándidas, ora rosadas, ora bermejas, asemejándose á esos árboles fantásticos que creemos inverosimilitudes de la escenografía.—Combinad ahora todo esto con infinidad de espumosas cascadas, con las pintas rojas de las naranjas ó las amarillas de los limones, con los vistosos matices de las piedras, con el blanco de la nieve y con el azul del cielo; agregad, en primer término, las bruscas líneas de las casas, la torre de la iglesia y el humo de los hogares, sirviendo como de alma humana á aquel portentoso conjunto; figuraos, en fin, al sol y á la sombra, con sus poéticos pinceles, armonizando colores, dulcificando tintas y estableciendo el pintoresco claroscuro de una composicion tan prodigiosa, y tendreis otra leve idea del arrebatador espectáculo que había aparecido ante nuestros ojos.

Podía decirse que aquello era una fusion de las cuatro Estaciones, la síntesis del *Valle* y de la *Alpujarra,* un resúmen de todas las maravillas de la *Madre Sierra,* la compendiosa sinfonía de todo nuestro viaje...

Y otras muchas cosas más podían decirse; pero nosotros dimos aquí punto á nuestra contemplacion,

pues nos devoraba la impaciencia por seguir marchando...

¡Cómo no... si ya estábamos á pocos minutos de la *Alpujarra!*

***

Fuera ya de *Lanjaron,* ganamos de una trotada cierto célebre *viso,* que siento no tenga nombre propio, desde el cual se disfruta la más recomendada vista de aquel delicioso pueblo y se descubre tambien (por la vez postrera) todo el ameno *Valle de Lecrin...*

Pero nosotros no teníamos ya ojos, ni tranquilidad, ni tiempo para contemplar con la delectacion que se merece aquella extensa y radiante perspectiva; sino para darle, cuando más, un rápido y solemne *adios;* para saludar en ella el último asomo del mundo que íbamos á dejar; para despedirnos de los horizontes conocidos, y ver de llamar luégo nuestro espíritu á sí propio, á fin de entrar con el debido recogimiento en el horizonte inexplorado, en la tierra misteriosa, en la region de aquellos sueños y curiosidades que enumeré al comienzo de este libro...

Porque (¡loor á Dios, que es digno de loores!) iba á llegar el momento presentido: del lado allá de la altura en que nos despedíamos del *Valle...* principiaba la *Alpujarra:* dejar de ver una comarca y empezar á ver la otra, sería una cosa misma: bajar la cuesta, distante pocos pasos, que se encuentra al reverso de aquella loma, equivaldría, en fin, á penetrar en la inexpugnable ciudadela de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO, en el amurallado imperio de

Sierra Nevada, en los dominios de la leyenda y de la poesía, en el escenario de las lúgubres tragedias humanas y de las terribles convulsiones geológicas. en el palenque de las catástrofes y los cataclismos.

La escabrosa senda en que habíamos entrado (los caminos de ruedas habían concluído ya definitivamente) parecía, pues, un largo rótulo, trazado sobre aquella crítica eminencia, y que en el rótulo se leía tal ó cual imitacion del más conocido... digo, del más citado terceto de Dante:

Per me si va. . . . .
Per me si va. . . . .
Per me si va. . . . .

Colocando iba yo mentalmente hemistiquios de mi cosecha en lugar de estos puntos suspensivos, cuando dió una repentina vuelta el sendero, y *Lanjaron* y el *Valle* desaparecieron á nuestros ojos.

Estábamos en la *Alpujarra.*

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

LA TAHA DE ÓRGIVA

I

Lo que hay donde no hay nada.

Delante de nosotros había una reducida cañada, inculta y melancólica, sin más vestigio humano que una ondulante vereda,—la cual bajaba á lo hondo, se remontaba luégo á la loma de enfrente, y desaparecía en busca de otra cañada y de otra loma.

La segunda cañada estaba tan sola como la primera. Quiero decir que su absoluta soledad excluía hasta la presencia, más ó ménos remota, de otras montañas ú otro cielo que el cielo y las montañas de su limitadísimo horizonte.—Era aquello de *«á solas, sin testigos»*, que dice Fray Luis de Leon.—Era una soledad sin esperanza, ó sea sin perspectivas del mundo.

Aquellas cañadas, y otras que recorrímos sucesivamente; todas olvidadas ó desatendidas por la industria del hombre,—á tal punto que sus mis-

mos propietarios ignorarían si eran suyas ó ajenas ó del comun de vecinos de *Lanjaron* (pues todo tiene dueño en Europa,—lo cual no acontece en el Desierto de Sahara, granja-modelo que se proponen copiar entre nosotros los novísimos filósofos del más ilustrado de los siglos—); aquellas cañadas, vuelvo á decir, encerraban, sin embargo, sus moradores especiales, y hasta su rústico reyezuelo, unos y otro libres de toda fiscalizacion política, estadística ó geográfica.

Sus moradores eran: primero: algunos pájaros que piaban acá ó acullá, como dándonos el *¡quién vive!;* segundo: varios pobres matorrales que se habían establecido en aquel terreno; y tercero: tal ó cual florecilla silvestre que, sabedora sin duda de que ya había mediado Marzo, abría allí los ojos á la luz del sol, constituyendo por sí sola una Primavera en miniatura, como aquellos Alcaldes pedáneos que hacen en su cortijada el pronunciamiento prevenido en el *Boletin oficial.*

En cuanto al reyezuelo de cada uno de los mencionados parajes, era un arroyillo de agua cristalina, que charlaba si había que charlar con todas las guijas que encontraba á su paso; reía si había que reir con la menuda arena, y se alejaba triscando como un bendito, ignorante, por lo visto, el desgraciado de que moriría de consuncion, como todos sus antecesores, no bien llegase la Canícula.

Estos arroyuelos anónimos; aquellos arbustos, no incluídos en el catastro; aquellas flores extra-oficiales; aquellos pájaros que no tenían ni la más remota idea de una escopeta ó de una jaula, y las

innumerables hordas de insectos que ya empezaban á romper sus crisálidas y á invadir el aire (como aquellas razas del Norte ó del Sur que alternativamente hicieron su irrupcion *internacional* en nuestra patria Historia, brotando del hielo ó de la arena); toda aquella poblacion, en fin, de cada solitario pliegue de tierra que recorríamos... hacíanos pensar á cada instante en el fragoso país de las Batuecas,—cuyos antisociales moradores pasaron tantos siglos, al decir del vulgo, en el centro mismo de España, sin que nadie sospechase su existencia ni la de sus escondidos valles, y sin pagar contribucion ni entrar en quintas.

Pero por mucho que nuestra pendenciera fantasía se empeñase en animar y poblar aquellas desiertas cañadas, lo cierto es que estaban solas, y que transmitían á nuestra alma la paz y la quietud de los recintos inhabitados, de los parques sin cazadores, de las iglesias sin gente, de nuestra casa en los dias de adversidad política, de un coliseo sin público ni gladiadores, ó de un monasterio por el estilo del que dió hospitalidad al cantor de Beatriz, cuando erraba por el mundo *cercando la pace.*



¡Oh! Sí: en la carencia de lontananza de aquellos breves horizontes; en el alto silencio que allí reinaba; en la religiosa austeridad que respiran siempre los países montuosos; en aquella ausencia de toda relacion con la vida social, había, en efecto, algo del claustro.

Figurábasenos, pues, que recorríamos la planta baja de un convento campestre á la hora de la siesta. El aislado y sonoro murmullo de los arroyuelos recordaba el sempiterno monólogo del caño de agua que cae allá sobre amplias y repletas tazas de mármol, amenizando con su són el sosiego de patios y crujías. El olor del espliego, del heno y del tomillo suplía por la tufarada de incienso que transciende de la iglesia á toda la santa casa. Píos de aves tampoco faltan jamas ni en los cinamomos del patio de una cartuja, ni en los frutales de su huerta, ni en los cipreses de su cementerio...

La ilusion era completa; y yo no podré olvidar nunca la benéfica tranquilidad que experimenté aquella tarde en un terreno al parecer tan ingrato y fastidioso como el que sirve de compas ó de atrio á la *Alpujarra.*



Ni se crea que he incurrido en contradiccion al hablar simultáneamente del silencio de tales sitios y de canto de pájaros y de susurro de agua...

El silencio verdadero no está á merced de los fenómenos que se atreven á turbarlo, sino que es un estado inmanente y esencial de ciertos lugares y determinados momentos. El silencio reside ó no reside en el fondo de ésta ó aquella situacion. Cabalmente, cuando no hay silencio, no se oye nada; á lo ménos, de una manera distinta; y, cuando lo hay, por profundo que sea, se oye siempre algo; el vuelo del insecto, el llanto del agua, el beso del aire en la hoja, el latido de vuestro propio corazon.—¡Cuántas

cosas se oyen de noche! ¡Cuántas no se oyen de dia!

Pues lo mismo digo de la ciudad y del campo.—Y es que de dia, ó en la ciudad, los sonidos se destacan sobre el fondo del ruido, y de noche, ó en el campo, sobre el fondo del silencio.

Entónces tambien; cuando todos callan y todo habla, percibe el hombre, *si quiere* (y esto es lo más importante de mi peroracion), tenues voces que bajan de la excelsitud de su espíritu ó se alzan de los abismos de su conciencia... ¡Entónces oye, dentro de sí, á poco que escuche, las tácitas bendiciones de su agradecimiento; el gemido apagado de sus recuerdos juveniles; el cuchícheo de los celos, de la sospecha ó de la duda; el blando aliento de la esperanza; el vuelo remoto de los amores que se fueron; el roer de las deudas; los pasos de la muerte (más cercanos cada dia); el tartamudeo de los remordimientos; la confidencia misteriosa de la Gracia; los ayes de sus víctimas; los suspiros de los menesterosos; el clamor de la opinion; los encargos de los que murieron, y sobre todo, aquella gran voz, cuyos ecos llenan el mundo, denominada *¡Voz de lo Alto!*



Por lo demas, á mí no se me oculta hoy que casi todo lo que encontrábamos de particular en aquellas primeras lomas y arroyadas de la *Alpujarra* procedía principalmente de la circunstancia de haber montado ya á caballo.

La prueba es que en el *Valle de Lecrin* habíamos pasado por lugares muy parecidos, sin reparar en ellos.

¡El ruido del coche y su inflexible marcha nos habían impedido allí entrar en íntimas relaciones con la soledad, y merecer, como ya merecíamos, toda la confianza de la Naturaleza!

Y es que, como dije anteriormente, el caballo nos da la independencia y la libertad al darnos la fuerza: aíslase uno fácilmente con ayuda de él; quédase atras, ó echa delante de la caravana, segun le acomoda; apártase del sendero; sube á la cima; desciende á los barrancos; registra todas las fases de las peñas; párase ante los arroyos para verlos correr, ante las aves para oirlas cantar, ante las flores para contemplarlas enamorado... ¡Es uno, en fin, rey del mundo!—Tiene alas.

Volemos, pues; y tratemos de llegar temprano á *Órgiva*,—término de nuestra jornada de hoy.

II

Dos encuentros.—Llegada á *Órgiva*.

Caminando íbamos en esta direccion, sin hallar otros lances ni espectáculos que más soledad y más silencio (como si no fuéramos á ninguna parte, ó recorriésemos un país encantado), cuando la casualidad nos deparó un encuentro... que no lo dispusiera mejor un novelista.

Por lo alto de una gran cuesta que nosotros empezábamos á subir, despues de haber atravesado la

cuarta ó quinta cañada, vimos aparecer mucha gente á pié, en deshilada procesion, precediendo á una cosa cuadrangular, que pronto conocímos ser una silla de manos,—en cuyo seguimiento venían despues otras personas, montadas en variedad de caballerías y en diferentes posturas.

Imaginaos el efecto que nos produciría semejante cortejo, saliendo de aquel incógnito país en que hasta entónces no habíamos encontrado alma ni vivienda humana...—¿Quién iba tan cuidadosamente encerrado en aquella litera? ¿Era un Santo en *andas de viaje,* como *San Torcuato* cuando lo llevan desde la catedral de Guadix á su selvática ermita? ¿Era una princesa mora que trasladaban de un harem á otro? ¿Era el DUQUE DE SESA, que, afligido por la gota, iba á presentar la batalla á ABEN-ABOO? ¿Ó era ABEN-ABOO, despues de sufrir el más bárbaro tormento?

Como la caravana bajaba la misma ladera que nosotros subíamos, presto nos encontramos; y como todos los criados del universo, habidos y por haber, son *confidentes* natos unos de otros, supimos en seguida por los nuestros lo que habíamos empezado á adivinar...—En la silla de manos iba un enfermo (como en recurso de alzada) á que lo reconociesen y curasen los más célebres facultativos de la capital.

Rico y poderoso, respetado y querido en mayor ó menor parte de la Tierra, debía de ser el paciente, á juzgar por su comitiva.—Entre los que marchaban á pié, no sólo había muchos mozos de labor encargados de relevarse en la conduccion de la litera, sino algunas personas más acomodadas (colonos

sin duda del sentenciado), que no se separaban de las portezuelas, ó miraban dentro de la silla al través de sus pequeños y ovalados cristales. Unos y otros presentaban el más grave continente, con su uniforme traje campesino... ¡de los dias de fiesta!!

Los jinetes eran dos señores de imponente aspecto, semirural, semiurbano, caballeros en sendas yeguas,—y una señorita y una labradora, la primera en mulo y la segunda en jumento, á cuál más circunspecta y más guapa, arrellanadas las dos en amplias jamugas, muy guarnecidas éstas de pontificales colchas y almohadas... dignas de formar parte de una carta dotal.

Finalmente, cerraban la marcha cuatro mulas cargadas de todo lo nacido, aparte de lo que ocultáran sus enormes capachos.—Sólo por fuera, veíanse baules, catres, colchones, cestas muy empapeladas, sartenes, ollas de cobre, trébedes de hierro, y hasta una gran jaula de mimbres llena de gallinas y pollos... vivos y cacareando.

La señorita y los dos señores constituían á todas luces la familia del infeliz desahuciado por los médicos de la *Alpujarra*,—el cual debía de ser viudo.

La jóven labradora iría en calidad de *dama* de la que acaso era su hermana de leche.

El equipaje y las provisiones, custodiados por cuatro escopeteros, iban, en fin, á las inmediatas órdenes de una venerable ama de llaves y directora de cocina, encaramada en lo alto de la carga más voluminosa...

¡Miseria humana! Todo aquello, que era un cu-

rioso espectáculo para nosotros y un caso de honra para la familia viajera,—el órden etiquetero de la procesion; el silencio y compostura con que caminaban todos; la pesadumbre de que hacían no sé qué enfático alarde, y el ceremonioso respeto que les infundía... la silla de manos,—¿qué le importaba al afligido enfermo, encerrado con sus implacables dolores dentro de aquellas cuatro tablas?—¡Para él, aquella hora y aquella cuesta no eran más que trámites neutros y pavorosos del tremendo litigio en que se ventilaba su vida ó su muerte! Para él se reducía ya el mundo á estos solos términos: «*¡Granada: los facultativos: su enfermedad: la salud... ó el sepulcro!*»

Del dinero y del amor propio había ya prescindido, como prescinde el náufrago de su equipaje.



Pasó y desapareció la caravana, camino del infinito, donde á la postre van á perderse todos los viajeros, enfermos ó sanos; y nosotros llegamos á la altura que tan distante nos había parecido desde lo hondo de la cuesta.

Allí nos esperaba otro encuentro, mucho más grato que el referido.

El horizonte se ensanchó un poco, dejándonos ver las modestas cumbres de algunas lomas sucesivas, que se escalonaban ondulando á nuestro frente, hasta acabar por estorbarnos de nuevo la perspectiva de verdaderas lontananzas...

Pero estas mismas lomas tuvieron por la iz-

quierda dos leves descuidos, casi simultáneos, que nos permitieron divisar, durante algunos momentos, allá, lejísimos, tras los angulosos claros de varias laderas coincidentes, como por los postigos de un balcon, dos triángulos (ó dos *pañoletas,* que dicen los caminantes clásicos) de un azul más oscuro que el del cielo...

Era el mar.

La *Diligencia de Motril* habría llegado ya á la costa...—Nosotros estábamos á la misma distancia del Mediterráneo que cuando dejamos el coche...

Esto fué lo primero que se nos ocurrió al descubrir aquellas vislumbres del húmedo elemento. ¡Tan trivial es algunas veces la expresion del más acendrado cariño, de la más profunda pena, de la admiracion más entusiasta!

Luégo pensamos en que semejante descubrimiento demostraba la exactitud de nuestras noticias sobre la configuracion de la Península Española,—idea mucho más fútil que la primera, pero de la cual tampoco éramos responsables. ¿Quién es árbitro de sus pensamientos?

En seguida nos sentímos casi disgustados. La aparicion del mar por aquel punto realizaba brusca y sumariamente nuestro deseo de robarle su secreto á la *Alpujarra*. Aquel agua era el término, el lindero, el *non plus ultra* de nuestras ilusiones. Allí acababa lo que estábamos empezando á ver. El teatro de nuestra peregrinacion quedaba acotado ya de Norte á Sur entre el *Veleta,* que acabábamos de contemplar, y las dos *pañoletas* azules que á la sazon estábamos contemplando.

Nuestro disgusto era, pues, análogo al del lector que oye referir, á su pesar, el desenlace de una novela que le va interesando mucho, ó al del enamorado que se encuentra con que es fácil y obvio el corazon de la mujer que suponía inconquistable...

Pronto nos consoló, empero, devolviéndonos nuestras ilusiones, lo fugitivo de aquel espectáculo, y la veleidosa ligereza con que desapareció.

Entónces cobraron nuevo brío nuestras ansias de explorar en varios sentidos todo lo encerrado entre aquel monte y aquellas olas, y de dormirnos al són de aquellas olas mismas;—como se aumenta el hambre cuando no se ha hecho más que probar el apetitoso guiso, ó como redobla el incendio cuando se le echa poca agua, ó como... pero *suficit.*

Y entónces tambien recobró á los ojos de nuestra imaginacion toda su peculiar importancia el mar alpujarreño, y volvieron á nuestra memoria las horribles crueldades de que su oleaje había sido cómplice.

¡Aquél fué (y esto lo dice todo) el más frecuente escenario de las Expulsiones de Israelitas y Moriscos!...

En sus playas, pues, teníamos que redactar una especie de *fe de livores,* ante los doloridos espectros de aquellas pobres gentes,—dado que se nos aparecieran...

Por todas estas consideraciones, no había más remedio que seguir adelante.

*
* *

Y, en efecto, seguímos; y atravesamos otras dos

ó tres de las innumerables soledades incultas que cubren la mayor parte de nuestra misma civilizada Europa; y bajamos, y subímos, y tornamos á bajar, y ya principiaba á atediarnos, por no decir á alarmarnos, una tan prolongada ausencia de todo indicio de poblacion humana, cuando llegamos á unos frondosísimos olivares...

Ninguna señal más elocuente de la proximidad del hombre. El olivo es uno de sus primeros amigos y de sus mejores camaradas natos. Así es que, á poco que lo cuideis, os dará (aparte de la oliva de la paz, las aceitunas aliñadas, etc., etc.) todos los milagros contenidos en una gota de aceite, cantados ya por Pelletan y por nuestro Meliton Martin. Yo no agregaré cosa alguna á sus inimitables panegíricos: sólo os diré que, áun despues de *inventados* el gas y el petróleo, una aceituna en su rama sigue pareciéndome el más precioso emblema de la Providencia Divina, y que, al penetrar aquella tarde en los mencionados olivares, representáronseme todos los quinqués, lámparas, velones y candiles con que los hijos de *Órgiva* prorogarían diariamente el pleno ejercicio de su vida, á pesar de todas las tinieblas de la noche.

Y digo de *Órgiva,* porque los tales olivos no podían ser sino de aquel renombrado pueblo,—que ya debía distar muy poco, á juzgar por lo que llevábamos andado.

Con efecto: algunos instantes despues, el grave són de unas hermosas campanas, que todavía (á las tres y media de la tarde) andaban á vueltas con el dia de San José, nos avisó que estábamos llegando

á la importante villa (cabeza de Partido judicial, de Distrito electoral y de una *Taha* moruna) en que habíamos de recobrar el uso de nuestras piernas. En seguida empezó á descorrerse ante nuestros ojos un pintoresco paisaje, que constituía otro oásis de la *Sierra,* bastante parecido al de *Lanjaron*. Y, por último, en medio de él, sobre una colina, en la confluencia de una rambla y de un valiente rio, vimos surgir por grados, primero dos torres gemelas; luégo la iglesia á que pertenecían las dos torres, y, finalmente, el apiñado caserío de una extensa poblacion...

Estábamos en *Órgiva*.

*
* *

Pero vamos á cuentas, lectores.

Antes de penetrar en esa villa, tenemos que discurrir breves momentos sobre la etimología y verdadero sentido geográfico é histórico de la voz que sirve de título á la presente obra.

No se me oculta ciertamente que semejante digresion á estas alturas va á pareceros muy árida y enfadosa...

Mas ¿qué remedio? Yo la he retardado cuanto me ha sido posible, á ver si hallaba manera de ahorraros ese disgusto; y si os lo causo ahora, es porque ya me llega el agua al cuello...

¡Qué se diría de un autor que escribiese todo un libro denominado La Alpujarra, sin explicar en él lo que esta palabra significa!!

Perdonadme, pues;—y, en cambio, yo os ofrezco

hacer la vista gorda, si por ventura desairais esa digresion de mis pecados, pasando por alto (como os lo aconsejo) el capítulo siguiente.

III

¿Cuál es la etimología de la palabra *Alpujarra?*—¿Se debe decir *La Alpujarra*, ó *Las Alpujarras?*—¿Cuáles son los verdaderos límites de esta region?—Historia antigua.—Geografía moderna.

Discordes andan historiadores y orientalistas acerca del orígen y significacion de la palabra *Alpujarra*.

(Creo que este es el tono en que se suele hablar de antigüedades... Pero yo no puedo insistir en él: estoy muy de prisa.—Resumiré, pues, desde luégo.)

PRIMERA OPINION.—Segun Luis del Mármol, *Alpujarra* proviene de la voz árabe *abuxarra,* que él traduce: *la rencillosa, la pendenciera*.

SEGUNDA OPINION.—D. Miguel Lafuente Alcántara dice lo mismo, como si lo copiara reverentemente, permitiéndose tan sólo traducir *indomable* en lugar de *rencillosa,* y conservando lo de *pendenciera*.

FUNDAMENTO DE ESTAS DOS OPINIONES.—Todos los cronistas antiguos están contextes, principiando por el historiador musulman Aben-Ragid, en que los Agarenos no lograron dominar las fragosidades

alpujarreñas ni reducir á los Cristianos que allí vivían, sino pasados siglos de la batalla de Guadalete y de la ocupacion de casi toda la Península por las legiones Africanas y Asiáticas (1). Y, áun despues; si éstas penetraron y reinaron en la *Alpujarra,* fué por la buena y á condicion de tolerar la Religion del Crucificado, cuyo culto siguió, en efecto, siendo libre durante otros dos ó tres siglos, hasta que poco á poco, y sin violencia alguna, los más absorbieron á los ménos, ó los ménos se refundieron en los más, al punto de no quedar un solo alpujarreño que se acordase de la fe de sus mayores.—Creen, pues, Mármol y Lafuente Alcántara que los calificativos de *rencillosa, pendenciera* é *indomable* le venían como de molde á aquella region en los tiempos en que los Moros tuvieron la primera idea de ella.

IMPUGNACION DE TODO LO DICHO.—Es, sin embargo, muy de extrañar que el mismo Aben-Ragid, relator de esos hechos, nunca llame á la *Alpujarra* sino la *Tierra del Sirgo* (por la mucha seda que en ella se criaba); y sorprende aún más, que, despues de haber publicado Mármol la citada version, otros filólogos é historiadores hayan continuado poniendo en tela de juicio la verdadera significacion del nombre que hoy lleva aquel territorio.

Romey y Mr. Sacy, por ejemplo (TERCERA OPINION), se fijan en que Suar-el-Kaici y otros revoltosos de la Andalucía oriental levantaron por las Serranías de Granada algunas fortificaciones llama-

(1) «No sólo Asturias, sino esta comarca (dice Florian de Ocampo, refiriéndose á la *Alpujarra),* quedó por conquistar por Abdalazis, á causa de su aspereza.»

das *Al-Bord-jela* (Castillo de los Aliados), y creen que de este nombre vino á formarse el de *Alpujarras* (1).

En cambio (CUARTA OPINION), Xerif Aledrix y nuestro insigne Conde aseguran por otro lado que *Alpujarra* vale tanto como *Al-bugscharra*, voz árabe que se interpreta *Sierra de hierba ó de pastos*.

Finalmente, el ilustrado orientalista y literato de nuestros dias, Sr. Simonet, dice (QUINTA OPINION) que no le parece buena ninguna de las traducciones que conoce de *Albuxarrat* (que, segun él, era como verdaderamente llamaban los Moros á aquella Serranía), y aventura la idea de si podrá traducirse *Alba Sierra,* aunque añade modestísimamente á renglon seguido que está muy léjos de creer haber acertado más que los otros.

Ahora... el que leyere, si álguien me está leyendo, puede escoger, entre esas cinco, la opinion que más le guste ó le convenga.

Yo no escojo ninguna... por la sencilla razon de que no sé el árabe.



En lo que, á pesar mio, no puedo abstenerme de dar un humilde dictámen (ó, por mejor decir, he tenido que darlo anticipadamente, al ponerle título á esta obra), es respecto de si debe escribirse *La Alpujarra* ó *Las Alpujarras*.

Como habeis visto, precisado á elegir entre uno y otro número, he optado por el *singular;* pero debo

(1) *Diccionario geográfico* de Madoz.

confesaros que no ha sido sin pasar ántes por angustiosas vacilaciones.

Figuraos que el *plural* tenía en su abono estos antecedentes:

Primero: El empleo que hacen de él varios autores antiguos y modernos siempre que hablan de aquel país;

Segundo: El usarlo en la conversacion bastantes gentes, bien que fuera de Andalucía;

Y tercero, y mucho más importante: La autoridad de la Academia Española, que define así, en su *Diccionario de la Lengua Castellana,* la voz ALPUJARREÑO, ÑA: «Adj. que se aplica al natural de *Las Alpujarras,* y á lo perteneciente á ellas.»

Había, pues, harto motivo para decidirse por el *plural,*—y ya lo había usado yo mismo en cierta ocasion, obligado por la fuerza del consonante...

Sin embargo, hacíaseme cuesta arriba escribir *Alpujarras* al frente de este libro y en la mayor parte de sus hojas, cuando toda mi vida había dicho y oído decir *La Alpujarra;* y como me pusiera á excogitar razones para mantenerme dentro de mi dulce rutina (¡qué rutina no es dulce en estos tiempos de tantas dislocaciones y extravíos!), encontré en apoyo del *singular* los tres fundamentos siguientes:

Primero: Que Hurtado de Mendoza, Mármol, Lafuente Alcántara y otros escritores de muchas humanidades y escrupulosa conciencia, en sus Historias relativas á aquella region, la llaman siempre *La Alpujarra;*

Segundo: Que del propio modo la mientan cons-

tantemente casi todos los naturales de la provincia de Granada, empezando por los de su culta capital;

Y tercero, y principalísimo: Que así la nombran los mismos alpujarreños.

Perdone, pues, la Academia, solícita guardadora del habla de nuestros padres, si yo, en caso tan dudoso (1), y por razones de querencia á lo tradicional, me he apartado, á sabiéndas, de la respetable norma de su *Diccionario;* y crea aquella docta corporacion (á que siento no pertenecer) que de manera alguna me hubiera lanzado á tal temeridad, si no contara en todo evento con que la indulgencia es compañera inseparable de la sabiduría.

Por lo demas, comprendereis que á mí me importa un bledo que la *Alpujarra* se llame de este ó del otro modo;—pues, como dice muy oportunamente la *Julieta* de Shakespeàre: «Lo que llamamos *rosa* embalsamaría lo mismo el aire si tuviera cualquier otro nombre.»



Tambien hay varias opiniones acerca de los límites de la *Alpujarra;* pero en este punto la verdad y el error son más evidentes á mi juicio, y más fáciles, por tanto, de separar.

No sé quién sería el primero (tal vez Méndez de Silva) que escribió la peregrina especie de que «la *Alpujarra* mide diez y siete leguas de longi-

(1) El señor Simonet, en su reciente, notabilísima ***Descripcion del Reino de Granada***, escribe indistintamente, unas veces ***La Alpujarra*** y otras ***Las Alpujarras***.

tud desde *Motril* á *Almería,* por once de anchura, desde *Sierra Nevada* al mar»...—Fuera quien fuese, este deslinde tuvo la fortuna de que lo copiasen al pié de la letra muchos graves autores, y hoy sigue dando la vuelta al mundo, en *Diccionarios geográficos, Enciclopedias, Guias,* y toda clase de itinerarios pintorescos, como una verdad de á folio.

Sin embargo, nada más inexacto y absurdo que semejante afirmacion. La prueba es que los mismos historiadores del siglo XVI, que la transcriben á cierraojos, distinguen luégo entre *Tierra de Motril, Alpujarra* y *Tierra* ó *Rio de Almería,* presentando cada region por separado como cosas muy diferentes. Y, por si esto no bastara, esos mismísimos historiadores, al describir en otros pasajes la comarca alpujarreña, la dividen en las *tahas* ó distritos que contenían, resultando de sus propios datos que no abarcaba, ni con mucho, las vertientes orientales de *Sierra de Gádor* ni las occidentales de *Sierra de Lújar.* Por último: ningun motrileño ni almeriense (exceptuando á los nacidos en la banda occidental de *Sierra de Gádor:* que tienen razon en creerse alpujarreños), se ha considerado jamas á sí propio como hijo de la *Alpujarra.*—Y á confesion de parte...

Desechados con tan incontestables razones los datos erróneos del geógrafo mencionado, ó del que lo engañase á él, voy á ver de fijar ahora los linderos exactos de la *Alpujarra,* con arreglo á los antecedentes históricos, á la opinion de ilustradísimas personas de aquel país y á lo que dicta el sentido comun.

Ya lo he indicado muchas veces (apoyándome en idénticas consideraciones que ahora): por *Alpujarra* se entiende todo el terreno comprendido entre *Sierra Nevada* y el mar, y encerrado luégo, como en un rectángulo, por las sierras laterales; es decir: todo lo que queda dentro del horizonte sensible que se abarca desde las cimas del *Cerrajon de Múrtas;* todo lo que sería un solo valle, á no existir la *Contraviesa;* todo lo que, visto desde el mar de *Albuñol,* mirando al *Mulhacem,* tiene, en fin, un *cielo comun...*

Y esto del *cielo comun* es indudablemente una de las leyes naturales en que se funda esa geografía popular, tradicional, consuetudinaria, que creó ó delimitó la *Mancha,* la *Rioja,* la *Maragatería,* la *Vera de Plasencia,* la *Vega de Pas,* la *Alcarria,* la *Loma dè Úbeda,* y otras muchas comarcas tan extraoficiales como la alpujarreña. Cada uno de los países representados por esos nombres, ó sea todos los pueblos y despoblados que comprende cada cual, reconocen una especie de comun denominador, tan antiguo como la fisonomía actual del Planeta, que sirve para sumarlos y definirlos;—ora un rio, ora una cordillera, sea una llanura, sea un valle, aquí la identidad de vegetales, allí la ausencia de ellos, ya el verse reducidos á una misma incomunicacion, ya el tener á la vista un mismo horizonte.—El comun denominador, la razon de sér de la *Alpujarra* como comarca, es el cinturon de cumbres y olas que la rodea, el pedazo de cielo que la cobija.

Así, pues, la frontera occidental de la *Alpujarra* principia en el *Picacho de Veleta;* baja con el

rio de Lanjaron hasta el *rio de Órgiva;* gana luégo la *Sierra de Lújar,* y corre (por donde mismo va la raya del Partido judicial de *Motril)* hasta caer al mar entre *Castel de Ferro* y *Torre de Baños.* Y la frontera occidental empieza hácia *Ohánes;* busca las crestas de *Sierra de Gádor,* y va á morir en la *Punta de las Sentinas.*—Dicho se está, por consiguiente, que quedan reducidas á diez ú once las famosas diez y siete leguas del consabido geógrafo.

De los límites Norte y Sur no hay que ocuparse: ellos se defienden por sí mismos: son el Mediterráneo y *Sierra Nevada.*—Sólo advertiré que, entre *Sierra Nevada* y el Mediterráneo, *en línea perpendicular,* no median nunca las pretendidas once leguas, sino ocho, todo lo más; y esto, sólo hácia el *Campo de Dalias;* que, por los puntos restantes, apénas llegarán á siete,—midiendo siempre á vuelo de pájaro.

Y ahí teneis demarcada la tierra que vamos á recorrer en varios sentidos, ya que no completamente, hasta sumar las *sesenta leguas á caballo* prometidas en el programa ó título de esta obra.

Acerca de la estructura interior de la *Alpujarra,* ó sea de aquel pintoresco laberinto de valles y montes en que la convierte la *Contraviesa,* hablarémos en su lugar correspondiente, desde un punto de vista ménos árido y pedagógico que el de la presente digresion.

En cambio, voy á hacer ahora, para dejar completamente servidos á los aficionados á ciertos datos y noticias, un brevísimo resúmen de la *Historia antigua* del territorio alpujarreño, ó, por mejor de-

cir, de su *Historia* anterior á la Conquista de *Granada;*—historia que hasta la presente no ha compuesto nadie; pero que yo hilvanaré aquí con retazos tomados de varios libros, ó sea aprovechándome de los estudios del prójimo; cosa muy corriente en esta clase de trabajos...;—tan corriente, que, con motivo de lo que he tenido que leer para escribir este capítulo, me he divertido lo que no es decible viendo rodar de obra en obra páginas enteras, que cada escritor presentaba como de su cosecha, bien que sin decirlo, pero sin decir tampoco que eran de cosecha ajena, y cuyo primitivo verdadero autor no he podido averiguar hasta ahora...

Con que historiemos.—Es cuestion de otros dos ó tres minutos de paciencia, amado Teótimo.



La *Alpujarra* no tiene historia propia ó particular desde la llamada *Noche de los tiempos* hasta la Irrupcion de los Sarracenos en España. Muchas y muy eruditas conjeturas se han escrito sobre los aborígenes de aquella region y sobre lo que pudo ser de ella durante la Dominacion de los Fenicios, de los Cartagineses, de los Romanos y de los bárbaros del Norte; pero lo más que resulta de las investigaciones historiales es que corrió la misma suerte que el resto de la provincia de Granada, y fué sucesivamente fenicia, cartaginesa, romana y *vandaluza*.

De la antigua *Bética,* llamada ya entónces *Vandalucía,* componía parte, en efecto, cuando el suelo

granadino fué conquistado, ora por el propio Tháric, ó Taric, ó Tarif, vencedor de D. Rodrigo, el mismo año de la batalla de Guadalete (711), ora en 712 por Abdalaziz, hijo de Muza, jefe de la segunda invasion,—que lo cierto no se sabe (1).

Formaban entónces la poblacion granadina, é indudablemente tambien la alpujarreña, *romanos* y *godos* (considerando ya embebidos ó fundidos en los romanos á los primitivos iberos), y ademas un gran número de *judíos*. Estos últimos conservaron siempre su fe; pero romanos y godos, ya muy cristianizados entónces (aunque todavía divididos por cuestiones de raza y de secta), uniéronse definitivamente bajo la bandera de Jesucristo ante el formidable enemigo comun que entraba á sangre y fuego por su tierra, de donde llamóseles á unos y otros *Mozárabes,* que quiere decir *cristianos sometidos á los islamitas*. Sin embargo, como hemos visto más atras, los valerosos cristianos de la *Alpujarra* tardaron siglos en merecer esta calificacion.

En otra mucho más cruel (aunque merecida) los incluyó la gente mora cuando, andando el tiempo, olvidaron la fe del Crucificado y abrazaron el mahometismo. Denominólos entónces *Muladíes,* que vale tanto como *renegados*, ó *moros bastardos;* del propio modo que la gente cristiana había de apellidar en su dia *Mudéjares* (hijos del Antecristo) á los sectarios de Mahoma que, sin mudar de religion, se

(1) El orientalista Mr. Reinhart Dozy, en su *Histoire des Mussulmans d'Espagne,* dice que el conquistador de Granada fué Taric. La mayoría de los historiadores españoles aseguran que fué Abdalaziz. El historiador árabe Ibn-Aljathib se hace cargo de ambas opiniones, sin emitir la suya.

quedaban en un lugar reconquistado por la Cruz, y *Moriscos* á los moros bautizados.

Son cuatro palabras (*mozárabe, muladí, mudéjar, morisco*) que compendian novecientos años de guerras *civiles*;—y digo *civiles*, admitiendo como artículo de fe la aseveracion francesa de que el Africa principia en los Pirineos.

Pero, aunque los Alpujarreños dejasen al cabo de competir en constancia con la inmortal Astúrias, y aceptasen primero el gobierno y luégo la religion de los invasores, no por eso se sujetaron á la dominacion de nadie, sino que, comunicando su espíritu de independencia á los mahometanos que se establecieron allí (ó respirándolo tambien éstos en aquellas encumbradas montañas), unos y otros camparon siempre por su respeto, confundidos ya en una sola raza, y hasta llevaron muchas veces la guerra á los que se consideraban sus señores.

Vemos así á los árabes y bereberes de aquel territorio (*sumamente poblado, y por gente muy belicosa*, segun el historiador Ben-Katib-Alcatalami) rebelarse contra el Emir ó Sultan de Córdoba, á fines del siglo IX, y salir en su busca, á librarle batalla campal, acaudillados por el que se decía *Rey de la Alpujarra* Suar-ben-Hamboun-el-Kaisi.—El Sultan cordobes envió á su encuentro al Walí de Jaen, Gand-ben-Abd-el-Gafir, y, trabado el combate hácia el Sur de Andújar, la victoria fué de los alpujarreños, que hicieron prisionero al Walí, despues de matarle hasta siete mil hombres.—La noticia de esta derrota afectó y alarmó extraordinariamente al Sultan, por lo que reunió en seguida un

gran ejército y buscó personalmente á los rebeldes, que le aguardaban «en la falda de la *Alpujarra*» (el historiador árabe no determina en cuál).—Allí le tocó al KAISI ser vencido y caer prisionero; y, presentado que fué al Sultan, éste le hizo cortar la cabeza... que por cierto envió á Córdoba, como una especie de *parte* abreviado de su campaña, más lacónico aún que el «*Veni, vidi, vici*» de Julio César.

Tal, por lo ménos, habían contado hasta hoy nuestras Historias el fin del célebre KAISI; pero, de último estado, y en vista de lo que refieren otras crónicas árabes, cuéntase de un modo muy diferente.—Parece ser que SAWAR-BEN-HAMDUN (que es como ahora se escribe el nombre de este mismo personaje) fué muerto en una emboscada, cuando se apercibía á defenderse, no de las huestes del Sultan de Córdoba, sino de las de otro caudillo, rebelado tambien contra el propio Sultan; esto es, del famoso Omar ben-Hafsun, dueño ya de casi toda Andalucía.

De cualquier modo, treinta años despues nos encontramos á los árabes y bereberes alpujarreños dándose otra especie de Rey, llamado ADMED-BEN-MOHAMMED EL-HAMBDANI,—del cual sólo se cuenta que añadió muchas fortificaciones artificiales á las que la Naturaleza puso en aquella comarca.

Al poco tiempo volvemos á verlos en armas, levantados contra el nombramiento de Soleiman para Califa de Córdoba.

Y, finalmente, en 1162 los hallamos batallando, bajo las banderas de un cierto MOHAMMED BEN-SAID,

no contra Califas cordobeses, como hasta entónces, sino contra los Almohades de Granada.

Era que el Califato de Córdoba se había derrumbado, y formádose, de parte de sus escombros, el primer Reino granadino; era que en este trono se habían sucedido ya tres dinastías, la de los Ziritas, la de los Almoravides y la de los Almohades, todas ellas de raza africana y tributarias de los Sultanes de Berbería; y era que ni los altivos Alpujarreños ni el resto de los que ya se decían *Moros andaluces* (de orígen asiático en su generalidad) podían llevar con paciencia semejante estado de cosas.

No descansaron, pues, hasta que formaron un Reino árabe-español, independiente del Africa, lo cual se realizó á principios del siglo XIII, *siendo alpujarreño,* ó saliendo cuando ménos de la *Alpujarra,* el primer musulman que ensayó un pensamiento tan atrevido.

Tal fué MOHAMMED BEN-HUD, que otros llaman solamente IBN-HUD.

Este insigne y desgraciado príncipe, árabe puro por la sangre, oriundo de los antiguos Emires de Zaragoza, hízose proclamar Rey en *Ugíjar* (que ya era la metrópoli de la *Alpujarra);* dominó en Granada algun tiempo; fué obedecido en Córdoba, Sevilla y parte del Reino de Valencia, y murió asesinado en Almería en 1238.

«...La fortuna de este caudillo (dice Simonet) fué breve y no correspondió á sus grandes ánimos, quedando reservada esta empresa á otro príncipe de prendas aún más altas y de más venturosa estrella.»—Con lo cual se refiere á Alhamar (el Rojo),

natural de Arjona, en la provincia de Jaen, esclarecido vástago de la muy antigua y principal familia árabe de los Nazaritas.

Cúpole, en efecto, á Alhamar la gloria de ser el verdadero fundador del Reino moro de Granada, de construir el maravilloso Palacio Real de la *Alhambra,*—lleno todo de su nombre y de su divisa *la Ghalib illa Allah* (sólo Dios es vencedor),—y de inaugurar la renombrada serie de veintiun Monarcas de su sangre y dinastía, que ocupó aquel trono durante doscientos sesenta y dos años, y que terminó en el desgraciado Boabdil, destronado por los Reyes Católicos.

La *Alpujarra* formó parte del nuevo Reino granadino, cuyo litoral se extendía desde Gibraltar hasta el rio Almanzora, ó sea hasta los confines de Murcia, y los Alpujarreños vivieron dedicados á las dulces tareas de la paz, fomentando la riqueza de su suelo, hasta convertir en vergeles las más ásperas montañas, y no dando, que se sepa, mucho que hacer á los soberanos nazaritas.

Estos, sin embargo, cuidaron de tomar algunas precauciones contra la indocilidad de aquellas valerosas gentes, y así se explica que la *Alpujarra* fuese el único *Clima* de la *Cora de Elvira* que dividieron en *Tahas*, edificando castillos en casi todos sus *Alhauces*.

Explicaré esta jerga á los que no la hayan entendido (como tampoco la entendiera yo, si no me la hubieran explicado alguna vez).

Cora, amelia ó *waliato* son como sinónimos de lo que nosotros llamamos *provincia*.—*Elvira* es el

nombre de la primitiva capital de *Granada.*—*Clima* quiere decir *zona, circunscripcion* ó *partido.*—*Táa,* ó *taha,* equivale á *distrito* (y tambien á *partido* cuando el *clima* no comprende más que una *taha).*—Y *alauz* vale tanto como *término,* de donde viene la palabra castellana *alfoz,* que figura en el *Diccionario* de nuestra lengua.

Por consiguiente, lo que debí escribir desde luégo, en lugar de un párrafo tan revesado, es que la *Alpujarra* «fué el único Partido de la Provincia de Granada que los descendientes de Alhamar dividieron en Distritos, edificando castillos en casi todos sus pueblos ó jurisdicciones».



Volviendo á lo que hemos calificado de *Historia antigua* de aquella tierra, y pasando por alto muchos sucesos de menor cuantía que no le atañen peculiar y directamente,—dirémos, para terminar, que BOABDIL entregó la *Alpujarra* á los REYES CATÓLICOS en 1490, despues que éstos hubieron tomado á *Baza;* que los Alpujarreños se rebelaron al año siguiente; que le costó al Rey mucho trabajo reprimirlos, y que, para tenerlos á raya en adelante, se vió obligado á ponerles un Gobernador.

Del célebre y desdichadísimo Rey ZAGAL, precursor de BOABDIL en las tristes sendas del destierro, y acerca de su breve y azarosa permanencia en *Andarax,* cuyo Señorío obtuvo á cambio del trono de Guadix y de Almería, ya hablamos en la Primera Parte de este libro.

Y como además hayamos bosquejado allí, poco despues, el período histórico comprendido entre la Conquista de Granada y la proclamacion de ABEN-HUMEYA, cátanos al corriente de todos los sucesos que nos importaba saber ántes de proseguir nuestro viaje.

*
* *

No soltaré, empero, la pesada pluma con que he borroneado trabajosamente este insoportable capítulo, sin dar alguna idea de la actual *Division territorial de la Alpujarra.*—Seré muy breve.

La comarca de este nombre comprende (segun mi ya expuesta teoría):

En la PROVINCIA DE GRANADA:

Todo el Partido judicial de *Ujíjar,*

todo el de *Albuñol,*

y casi la mitad del de *Órgiva.*

Y en la PROVINCIA DE ALMERÍA:

Una mitad del Partido judicial de *Berja,*

y otra idem idem del de *Canjáyar,*

incluyendo estas dos poblaciones y la muy considerable de *Adra,*—que es el Puerto alpujarreño.

Total:—unos sesenta y cinco pueblos, ó cabezas de Distrito municipal; otros treinta ó cuarenta lugarcillos y aldeas sin Ayuntamiento propio; más de quinientos caseríos y cortijadas (muchas de ellas compuestas de veinte y hasta treinta domicilios); más de dos mil (!) cortijos y casas de campo, y unos cuatrocientos grupos de chozas y cuevas pastoriles, especie de aduares encaramados en lo alto de la *Sierra.*

Suma, de consiguiente, la poblacion de toda la *Alpujarra* ciento quince mil almas,—poco más, poco ménos.



Con lo cual han terminado mis explicaciones.—¡Mentira me parece!—El resto... lo irá juzgando el lector por sí propio en los lugares respectivos.

Entremos, pues, ya en *Órgiva,* á cuyas puertas nos quedamos al fin del capítulo anterior, y descansemos allí de nuestro primer dia de viaje y de la fatigosa excursion que acabamos de hacer por las regiones de la primera y segunda enseñanza.

IV

En *Órgiva* (por la tarde).—La Posada del *Frances*.—El Alcalde de Otívar.—Moras y cristianas.—Una torre célebre.—La tapia de un huerto.—*Albacete de Órgiva*.—El *Rio Grande* y el *Rio Chico*.—Los jamones de *Trevélez*.—La *Taha de Pitres*.

Gratísima memoria conservaré eternamente, y creo que lo mismo mis compañeros de glorias y fatigas, de la tarde y la noche que pasamos en la renombrada villa de *Órgiva*.

Allí encontramos amigos: unos, que lo eran hacía mucho tiempo, y otros, que lo fueron desde aquel dia. Figuraba entre los primeros un inspirado poeta, autor de muy conocidos y celebrados romances caballerescos y antiguo Comandante de Artillería, que

nos *hizo los honores* de la poblacion discretísimamente, á fuer de venturoso amante de la Naturaleza y de la Historia, de las Armas y de las Letras.—Por cierto que á él le debo más de una noticia sobre aquel deleitoso rincon del mundo, donde vive *retirado,* en toda la extension de la palabra, repitiendo sin duda con Horacio: «*Hoc erat in votis: modus agri non ita magnus.*»

Encontramos allí ademas, ó, por decir mejor, llegaron allí aquella misma tarde en nuestra busca, procedentes del riñon de la *Alpujarra,* otros buenos é inolvidables amigos, que desde aquel punto y hora, y durante algunos dias, formaron parte de nuestra expedicion,—y que ya os presentaré en el momento oportuno.

Entre estos obsequiosos recien llegados de Levante (que eran seis) y nosotros los recien llegados de Poniente (que éramos cuatro) compondríamos, cuando ménos, agregadas las respectivas *servidumbres,* unos diez y seis *recien llegados;* lo cual comprendereis perfectamente ¡oh madres de familia! que era *demasiado recien llegar* para que aceptásemos ni por asomos la hospitalidad que, con vivísimos ruegos, nos ofrecían en sus pacíficos hogares nuestros amigos de *Órgiva.*

Nos resistímos, pues, heroicamente, alegando sobre todo la potísima razon de que los diez viajeros de caballería queríamos vivir ó morir juntos; esto es, dormir en un mismo cuarto, vigilando á los viajeros de infantería, á fin de que éstos por su parte vigilasen á las bestias; y tan pesados estuvimos, y de tal modo los embromamos, que los orgiven-

ses hubieron de ceder, dejándonos hacer de nuestra capa un sayo y pasar la noche toledana que apetecíamos.

En virtud de esta capitulacion, ocupamos militarmente la Posada del *Frances*.

*
* *

¡El *Frances!* ¡Cómo abunda este posadero en España! Quizas era ya aquélla la quingentésima posada del mismo nombre que visitábamos en nuestro país; todas ellas excelentes, por supuesto... en comparacion del purgatorio.

¡Posada del *Frances!*... ¡Y luégo dicen allende el Pirineo que los españoles somos salvajes, feroces, inhospitalarios como las hordas del Riff! Pues ¿qué mayor prueba se quiere de la suavidad de nuestro carácter y de nuestras costumbres que esas quinientas posadas abiertas por un frances... ó esos quinientos franceses con posada abierta... en otras tantas poblaciones de esta patria de Daoiz y Velarde... y del ALCALDE DE OTÍVAR?

*
* *

A propósito del ALCALDE DE OTÍVAR:

Nuestra Academia de la Historia prestaría un servicio más á la patria buscando, adquiriendo y dando á luz el libro manuscrito en que se refieren los hechos heroicos realizados por aquel insigne patricio durante la Guerra de la Independencia.

Respecto de este libro, dice así el malogrado La-

fuente Alcántara en el catálogo de las obras y documentos que le sirvieron de norte para escribir su *Historia de Granada:*

«Hazañas gloriosas del Alcalde de Otívar, »D. Juan Fernández.—Este guerrillero en la época »de la invasion francesa, se valió de algun amigo »para redactar una Memoria ó relacion de sus he»chos de armas, en un tomo en folio que conserva »su familia y nos ha sido remitido para su exámen »por un Cura conocido. Sus correrías, sus batallas »y aventuras están referidas con una puntualidad »notable, y lo que es más, justificadas con testimo»nios de los Ayuntamientos, con declaraciones de »habitantes fidedignos, y hasta con cartas autógra»fas de algunos españoles puestos al servicio de los »franceses, y empeñados en vencer con halagos al »indócil y valiente partidario.»

No creo, pues, que sea difícil encontrar el manuscrito.

***

En cuanto á la oportunidad y pertinencia de esta digresion, que álguien podría suponer traída por los cabellos, consisten en que el terreno de *Órgiva* fué precisamente uno de los principales teatros de las proezas del Alcalde de Otívar (citadas y ensalzadas por el ilustre Conde de Toreno en su monumental Historia de la epopeya española del presente siglo), y en que aquella tarde nos encontrábamos á cinco ó seis leguas del humilde Lugar que gobernaba en paz y gracia de Dios el buen Fernán-

DEZ ántes de salir á medir sus fuerzas con las del primer Capitan de todos los tiempos (1).

¡Ah! La *Alpujarra* se acordó entónces (¿cómo no?) de lo que había hecho en el siglo VIII y en el siglo XVI para defender su independencia... Sus ásperas montañas y sus indomables hijos fueron, por tanto, seguros escollos en que tambien se estrellaron una vez y otra las legiones de Napoleon. Y así se explica que en los Alpujarreños y en la *Alpujarra* se apoyara de continuo el intrépido ALCALDE, ora fuera para aumentar y municionar su hueste despues de una costosa victoria, ora para lamerse sus heridas en una cueva, como un verdadero leon, y volver de nuevo á la lucha, todavía chorreando sangre (2).



Ni creais que hoy dia de la fecha muéstrome yo tan celoso guardador y panegirista de los recuerdos de 1808 á 1814, con la indigna intencion de molestar á los honrados posaderos franceses que se ganan la vida en la Península. ¡Oh! ¡No soy tan beduíno!

Tampoco me anima el trivial propósito de enardecer el patriotismo de los españoles contra los conquistadores extranjeros...—¿Para qué? Hoy no trata nadie de conquistarnos, que yo sepa. Y aunque ál-

(1) La Regencia de Cádiz nombró Coronel al ALCALDE DE OTÍVAR. Los más célebres Generales españoles lo trataban y consideraban como á un igual suyo, procediendo en todo de acuerdo con él, pues era el alma de la tenaz resistencia que encontraron los invasores en el litoral granadino.

(2) Histórico.

guien lo intentara algun dia... yo espero en Dios que, sin necesidad de previas excitaciones, hasta las piedras de los caminos se hallarán siempre dispuestas en España á levantarse contra los invasores, por numerosos que fueren y lleguen á donde llegaren nuestras desventuras...

¡Contra quien sí considero urgentísimo inflamar ahora el amor de la patria es contra otra clase de enemigos más terribles, más odiosos, más abominables que los conquistadores extranjeros! ¿Sabeis contra quién? ¡Contra los españoles que reniegan de la patria misma; contra los que discuten la legitimidad de ese santo amor; contra los que predican un cosmopolitismo feroz y descastado; contra los que sacrificarían gustosos la nacionalidad en aras de no sé qué individualismo salvaje; contra los filántropos parricidas, en fin, que derribaron ayer la Columna de *Vendôme* y que hoy hablan de derribar el Obelisco del *Dos de Mayo!*

*
* *

Pero no olvidemos que estamos en el año pasado y en *Órgiva.*

Pues bien: una vez zanjada la dificultad de los alojamientos, dimos una vuelta por la poblacion, tarea que resultó muy breve; y luégo salímos á contemplar el campo, tarea siempre infinita y que siempre parece nueva.

La poblacion consta hoy de 4.897 habitantes, repartidos en las 847 casas de la villa; en una cortijada de 24 edificios, llamada *Las Barreras,* dis-

tante cosa de un kilometro; en el caserío de *Los Carrascos,* á tres kilometros y medio, compuesto de 16 viviendas, y en varios cortijos menores.—Todo esto... segun el *Nomenclátor* de la Direccion General de Estadística.

Por lo que á nosotros toca, diré que visitamos la célebre *Torre* inmortalizada hace trescientos años por GASPAR DE SARABIA, quien demostró en ella ser todo un hombre, tan previsor como denodado y tan ingenioso como previsor.

***

La cosa fué (segun nos refirieron sobre el terreno los orgivenses, y confirman los historiadores) que, no bien cundió la noticia de los primeros horrores cometidos por los Moriscos contra las Autoridades, Sacerdotes y demas cristianos viejos de otros pueblos de la *Alpujarra,* SARABIA, Alcaide de *Órgiva,* hizo recogerse á esta Villa (Lugar entónces) todos los fieles del Distrito de su mando.

Reuniéronse, pues, allí unos ciento sesenta hombres, mujeres y niños, agrupados en torno de doce Curas, Beneficiados y sacristanes, condenados todos, desde el primero hasta el último, á sufrir los más crueles suplicios y al fin la muerte, tan luégo como llegase á aquella tierra el huracan revolucionario que la rodeaba por todas partes.

Pero SARABIA no los había llamado para que muriesen tan aina, ni él estaba dispuesto á dejarse matar impunemente; sino que ya tenía formado su plan de defensa, que consistió en apresar á cuantas mo-

riscas notables y moriscos pequeñuelos halló á mano, mezclar esta gente con las familias cristianas, y encerrarse en la mencionada Torre con todo aquel complicado personal, á esperar socorro del Capitan General de Granada ó de la Divina Providencia, no sin enviar ántes á los padres y maridos de aquellos preciosos rehenes un mensaje por este órden: «Yo no pienso hacer daño alguno á las débiles criaturas que os he arrebatado, y que os devolveré si salgo de aquí; pero tampoco pienso entregar la Torre sino al Marqués de Mondéjar, que me confió su custodia: por consiguiente, si los *Monfíes* le ponen fuego á la Torre, arderán á la vez las mujeres y los niños de ambas castas, y si nos faltan víveres, todos morirémos juntos de sed ó de hambre.»

Resultado de tan atrevida determinacion fué que, cuando los rebeldes, capitaneados por Farag-Aben-Farag, entraron en *Órgiva* y bloquearon la Torre (bloqueo que duró diez y siete dias mortales), los moriscos de la poblacion tuvieron buen cuidado de proporcionar sigilosamente á los Cristianos todo linaje de municiones de boca y guerra, por cuyo medio pudieron resistir un dia y otro, aunque sin dormir ni dejar de pelear un momento, los furiosos ataques de millares de *Monfíes*. Hasta máquinas de las empleadas en la antigüedad construyeron éstos, unas para acercarse á minar y volar la Torre, y otras para asaltarla; pero piedras enormes, aceite hirviendo, aguarras inflamado, alquitran, demonios vivos, reemplazaban entónces al arcabuz y la flecha, y destruían todas las trazas de los sitiadores. El valor y los recursos de Sarabia no tenían término.—El va-

lor se lo suministraba su corazon animoso: los recursos... los parientes de las moriscas.

Llegó al cabo con muchas tropas el Marqués de Mondéjar (á quien nosotros dejamos en el *Puente de Tablate,* como recordará el lector), y libertó en seguida á aquellos héroes y mártires,—quienes no se descuidaron tampoco en devolver á sus respectivos dueños, sanas y salvas (y ¡quién sabe si á disgusto ya de algunas de ellas!), las secuestradas moriscas, ni en entregar á sus respectivos padres aquellos aprendicillos de infieles que tales méritos tenían ya que alegar ante Mahoma.

*
* *

Por lo demas, la Torre que nosotros estábamos mirando no era precisamente la misma que creíamos mirar; quiero decir, no era la que veíamos con los ojos de la imaginacion, sino otra (que forma parte del palacio de Conde de Sástago) edificada sobre los cimientos de la defendida por el buen Sarabia.

Lo de que era otra, ya nos lo advirtieron desde luégo los orgivenses, y harto lo acusaban ademas la materia y la forma de la construccion...

Lo de que ocupa el propio solar de la primitiva, no admite tampoco la menor duda, puesto que en el *Libro de Apeo de Órgiva,* hecho en 1572 (cuatro años despues del secuestro de las moras), se ve, dicen, un cróquis de la Villa ó Lugar de entónces, en que la famosa Torre árabe aparece escueta, justamente donde mismo se levanta la actual; esto es, al lado de la iglesia, y separada de ésta por un huertecillo...

Pero para nosotros todo era igual. De un modo ó de otro, la Torre legendaria hubiera acabado por hundirse y volver á la Madre Tierra, como SARABIA se hundió en el sepulcro cuando le llegó su hora.

El hecho histórico, que era lo importante, subsistía, y subsistirá siempre, en la memoria de los hombres, para eterno loor y fama de aquel héroe y satisfaccion de los orgiveños.

*
* *

Hágoos gracia de los demas recuerdos históricos relativos á *Órgiva*.—Enumerarlos solamente, fuera cuento de nunca acabar.

Figuraos, por ejemplo, las veces que sería tomada y perdida aquella Villa, los innumerables combates que se reñirían en sus inmediaciones, y los famosos caudillos moros y cristianos que entrarían alternativamente en ella, hallándose, como se halla, situada á la puerta del laberinto alpujarreño y en la confluencia de dos grandes rios...

Remítoos, pues, á Mármol, que es el historiador más minucioso de aquella guerra, y continúo.

*
* *

La actual Villa de *Órgiva* conserva todo su pristino carácter arábigo, así en la red de sus estrechas, tortuosas y pendientes calles, como en la disposicion de sus casas, como en su fisonomía general,—que ofrece una pintoresca amalgama de jardines, terrados, azoteas, bajas tapias, erguidas torres, verdes

huertos, viejos muros y simétricas fachadas á la moderna,—todo esto cuajado de macetas, cajones, toneles y cacharros de varias formas, llenos de diferentes plantas, que esperaban á la sazon una sola caricia del *Sol en Aries* para cubrirse de gayas flores...

***

A propósito: recuerdo...

¡Y vaya si es delicado lo que voy á decir!—Pero el Arte no reconoce ciertas leyes: el Arte era liberal ántes de que hubiese liberales en el mundo.

Recuerdo, digo, que cuando nos dirigíamos al campo por el extremo X de la calle X, vimos un cuadro primaveral que nos dejó parados por un momento á los diez viajeros de Poniente y de Levante,—sin distincion de estado, edad, ni circunstancias.

Tal fué la tapia de un huerto, recamada de lujosa hiedra y de otras plantas trepadoras, sobre la cual se alzaba luégo, al modo de dosel, una extensa y añosa parra.—Asomadas á aquella especie de palco mitológico; departiendo amigablemente; morena la una y rubia la otra; las dos vestidas de luto, y ambas hermosas como una doble bendicion de Dios, había...

Creo que no debo decir lo que allí había... Tanto más, cuanto que se quitaron en seguida que nos vieron.—¡No; no es lícito ir por el mundo, con una máquina fotográfica debajo del brazo, retratando á las gentes contra su voluntad!

Ahora: si yo me excediese á tanto; si, con el

solo objeto de hacer sentir á mis lectoras la misma respetuosa admiracion que nosotros experimentamos entónces hácia aquellas nobles hechuras del Supremo Artífice, indicase yo aquí, cuando ménos, el sexo y la edad de las dos *personas* susodichas; si yo pintara solamente...

Pero bueno está lo bueno.—*Transeamus.*

***

Yo, con erudicion, ¡cuánto sabría!
(ESPRONCEDA.)

Una vez fuera de la Villa, la conversacion giró algunos minutos alrededor de un problema histórico, cuyos términos eran éstos:

DADO el hecho (patente en todas las historias) de que los escritores árabes y españoles del siglo XVI, tan pronto nos hablan de *Órgiva* como de *Albacete de Órgiva*, y así hacen mencion de *Ugíjar* como de *Ugíjar de Albacete*;—y CONOCIDO, es decir, NO CONOCIDO en toda la *Alpujarra* pueblo, ruina, tradicion ni paraje alguno que lleve el nombre de *Albacete*,—AVERIGUAR qué *Albacetes* eran aquéllos.

Maldito el resultado que dieron nuestros generosos esfuerzos de aquella tarde por aclarar semejante enigma, y maldito tambien lo que este resultado negativo tenía de particular, por lo que á mí toca, atendida mi criminal ignorancia en todas las materias que de obligacion debía tener al dedillo el autor de una obra titulada LA ALPUJARRA...

Pero lo que sí me pareció raro fué que ni el *Li-*

bro de Apeo ni los demas documentos antiguós del Archivo Municipal de la Villa (que los orgivenses nos dijeron haber registrado ya con el mismo objeto) diesen luz alguna sobre el particular.

Propúseme, pues, firmemente desde entónces no dejar ni á sol ni á sombra, en cuanto regresase á Madrid, á todos los eruditos que tengo el honor de tratar, hasta lograr salir de dudas ó perder la esperanza de ponerlas en claro; y habiendo al fin obtenido de su bondad y de su celo la que ellos han juzgado resolucion del problema, voy á participársela aquí á mis estimados amigos de *Órgiva,* como una especie de cariñosa continuacion de nuestro coloquio del año pasado.

Dedúcese de los informes que he recibido hasta el dia:

Primero: Que ántes de existir el pueblo de *Órgiva,* existía el *Castillo de Órgiva (Hisn-Orgiva).*—*Hisn*, en árabe, equivale á *Castillo.*

Segundo: Que al pié de este castillo había un pequeño llano (gran rareza en la montuosa *Alpujarra),* conocido con el nombre de *Al-basath de Órgiva.*—*Al-basath,* en no sé qué dialecto árabe, significa *La llanura.*

Tercero: Que cerca de esa *llanura* (la *Vega* actual) fundaron luégo los Moros el Lugar que hoy es Villa, el cual tomó el nombre del propio sitio que ocupaba, apellidándose, por lo tanto, *Al-basath de Órgiva (La-llanura de Órgiva).*

Y cuarto: Que el uso de los mismos Moros Andaluces convirtió despues á *Al-basath* en *Al-bacete* (denominacion que ya dieron á toda llanura), aca-

bando de formarse por tal medio la equívoca y endiablada frase de *Albacete de Órgiva.*

Como se ve, esta lógica explicacion le cuadra tambien perfectamente á *Ugíjar,* asentada en el único *llano* del confin oriental de la *Alpujarra* granadina, y le viene asimismo como de molde al gran *Albacete* de los desiertos de la Mancha, sito en una planicie inmensa.

Ugíjar de Albacete querría, pues, decir: *Ugíjar de la llanura,*—y el *Albacete* manchego sería para los Moros *La llanura* á secas; esto es, *La llanura* por antonomasia.

Permítome, en consecuencia, considerar indudable la version de mis muy amados eruditos, y les doy las gracias por la señalada merced que me han hecho.



Descargada así mi conciencia, réstame consignar (no como noticia, sino como otra cosa que yo ignoraba tambien, y que, por consiguiente, me ha cogido de relance) que,—segun aseguran los arabistas que andan hoy revolviendo las obras del geógrafo Idrisi, de Ibn-Aljathib, de Ibn-Hayyan y de otros escritores musulmanes,—la capital del *Clima* de que formaban parte las *Tahas* de *Órgiva, Pítres* y *Poqueira* residió durante muchísimo tiempo en *Ferreirola*... en ese lugar tan modesto á la presente, que sólo cuenta unos seiscientos habitantes...

No lo olviden los actuales moradores de *Albacete de Órgiva,* y procuren ver terminada pronto la carretera.

Con que demos punto á la seccion de antigüedades, y volvamos en busca de nuestros lectores; pues no está bien, me parece, dejarlos así plantados y solos, en las afueras de un pueblo que les es totalmente desconocido.

***

Decía, lectores, que orgivenses y forasteros habíamos salido al campo.

Ya engolfados en el campo, todas nuestras observaciones y pláticas contrajéronse al estudio ó á la enumeracion de las bellezas silvestres en que tambien abunda aquel privilegiado suelo. Su flora, su fauna, sus montes, sus rios, sus más célebres paisajes, todo lo trajimos á colacion durante un largo, deleitoso, inolvidable paseo por huertas, campiñas, naranjales y numerosísimos ejércitos de alineados olivos... Y de lo que allí observamos y platicamos resultan, entre otras cosas, las particularidades siguientes:

Muchos pueblos de los que componían la antigua *Taha de Órgiva* hállanse enclavados en una gigantesca loma que se desprende del *Veleta,* haciendo *pendant* con la de *Lanjaron.*

Al Este de la Villa hay una descomunal ladera muy pendiente, pero toda ella cultivada, donde, por más señas, verdeaban á la sazon las esperanzas de una gran cosecha de cereales.

Y por todos lados, en la *Sierra* como en el rio, en lo llano como en lo escabroso, corresponde al favor de los elementos, amigablemente concertados en obsequio de aquel país, una exposicion universal de

vegetales, desde el árbol más corpulento á la hierba más humilde, desde los que sudan goma en el Ecuador hasta los que crujen de frio más allá de los Círculos Polares.

Sólo *Sierra Nevada* y el sol de Berbería, puestos de acuerdo, producirían tales milagros.

***

ITEM.—Como ya indiqué ántes, *Órgiva* se alza en la confluencia de dos rios. Estos son: el legítimo de su nombre, que nace encima de ella, muy arriba, en las nieves del *Picacho,* y baja á buscarla casi de cabeza, como un hijo cariñoso;—y el más importante *Rio de Cádiar,* que viene de muy léjos (despues de haber serpenteado al traves de gran parte de la *Alpujarra* y de haber sido rey de un largo valle), y pasa orgullosamente por delante de *Órgiva,* apoderándose de su verdadero rio, como de todas las demas corrientes indígenas que le salen al encuentro.

Pues bien: el *Rio de Cádiar,* al llegar allí, pierde para el vulgo, y para algunos geógrafos, su primitivo apellido, y se llama *Rio Grande de Órgiva;* miéntras que al otro infeliz lo dejan reducido á llamarse, por contraposicion, el *¡Rio Chico!!*...—Esto clama á los cielos, ¿no es verdad?



ITEM.—Otras dos ó tres corrientes de menor cuantía afluyen á el *Cádiar;* pero más acreedor que

todas ellas á que se le mencione en primer término es el *Barranco de Poqueira,* especie de sima puesta de pié, que parte de arriba á abajo la *Taha de Órgiva.*

El mejor punto de vista para contemplar aquella feracísima hendidura, por cuyo negro fondo se despeña espumando un desenfrenado torrente, es, segun nos dijeron, el *Molino de la Cascada de Pampaneira,* situado al promedio de la tajada loma; pero ¡ay! á nosotros nos había sido imposible incluir este molino y toda aquella admirable ladera en la enmarañada red del plan de nuestra expedicion;—red tan enmarañada, que, á fuerza de idas y venidas, vueltas y revueltas, multiplicó por el número seis la máxima longitud de la *Alpujarra.*

En cambio (el que no se consuela es porque no quiere), durante la prosecucion de nuestro viaje habíamos de considerar varias veces, *á distancia y en conjunto,* el mismo, mismísimo espectáculo que se disfrutará *por partes y detalladamente* desde *Pampaneira.*

Dejando, pues, para mejor ocasion el dar idea de aquel célebre barranco, diré ahora al lector (¡mucho ojo!) que

***

uno de los pueblos del Partido judicial de *Órgiva* es el nunca bien ponderado *Trevélez,*—la tierra clásica de los más típicos y famosos jamones alpujarreños.

Tan especiales son los de *Trevélez,* que, como

recordarán los que hayan leido cierto librejo titulado DE MADRID Á NÁPOLES, Rossini, el inmortal Rossini, el primer gloton de la glotona Italia, hablaba de ellos con frenético entusiasmo.—¡Creo que es un dato digno de tenerse en cuenta!

Por lo demas, la excelencia de estos perniles proviene de que se curan á la *ventilacion de la nieve;* de que *los difuntos* (me repugna decir *los cerdos)* se crían en los riscos de la *Sierra* (lo cual hace que su carne esté muy trabajada y enjuta), y de que los asesinatos, ó *matanzas,* se perpetran siempre en jóvenes de corta edad. Por eso sus jamones resultan tan dulces, tan magros y tan chicos.

ITEM.—*Trevélez* es el pueblo más alto de la ya muy alta *Taha de Pítres*. De él á la cumbre excelsa del *Mulhacem* sólo hay media legua, en línea oblicua. Reina, pues, allí casi un perpetuo Invierno, y los frutos y cosechas maduran mes y medio ó dos meses despues que en otros Lugares de la misma *Sierra*. En fin, para que se vea si estará elevado sobre nuestro bajo mundo aquel agreste émulo de York y de Westphalia, baste saber que la musa popular orgivense dice con tosco y expresivo lenguaje:

¡Trevélez... donde se oye
los querubines cantar!

No creo yo, sin embargo, que fuera por esto por lo que el egregio autor de *El Barbero de Sevilla, Otelo* y *Semíramis* preferiría las magras alpujarreñas á las inglesas y á las prusianas, sino porque su paladar epicúreo habría llegado á advertir lo bien que cae el agrillo del tomate á las ancas del paqui-

dermo de *Trevélez,*—no curadas á fuerza de sal, y, por consiguiente, irreemplazables para fritas de aquel modo.

(Es como se gastan y deben gastarse.—Para crudos ó cocidos, encontrareis jamones más á propósito en otros muchos puntos de Europa, y tambien en la misma *Alpujarra.*—Pero no estarán curados á la *ventilacion de la nieve.*—¡La nieve y el tomate!... Este es el *quid:* este es *Trevélez:* así se escribió el *Guillermo Tell.)*



Finalmente: he nombrado la *Taha de Pítres.*—Así se llamaba antaño un apiñado grupo de pueblecillos (que comprenderán cosa de una legua de terreno) situados á una inmensa altura, en los pendientísimos declives del *Mulhacem,* y pertenecientes hoy al Partido de *Órgiva.* Casi todos ellos están defendidos de la fria vecindad de los ventisqueros por una especie de cortina de terreras coronadas de robles, carrascas y castaños, lo cual hace que sean muy ricos en trigo, maíz, centeno, habichuelas y toda clase de frutos y legumbres.

A principios de este siglo producían tambien muchísima seda, lo mismo que el resto de la *Alpujarra;* pero esta industria, que les legaron los Moros y los Judíos, ha venido tan á ménos en todo aquel país, que hoy la mayor parte de los opulentos morales que allí quedan, más parecen destinados por Dios á dar dulces moras al hombre que útiles hojas á la primorosa oruga.

¡Volviera á ser *Granada* «la Damasco de Occidente», y la *Alpujarra* seguiría llamándose la «Tierra del Sirgo»!—Si ya no merece este nombre, la culpa no es de los Alpujarreños, de las moreras ni de los gusanos (1).

Pitres (Petras en latin), la antigua capital de aquella diminuta comarca, duerme el sueño de la Historia entre dos rios paralelos, el *Bermejo* y el *Sangre* (que, como se ve, llevan dos señores nombres de rios). A mayor abundamiento, al pié de la *Taha* eleva sus moles de pizarra el *Cerro de la Corona,* puesto allí indudablemente para impedir que ruede ladera abajo aquel delicioso nido de pueblos. Y, por último, sírvele de foso á esta muralla y de nueva defensa á la patria de cierto antiguo amigo mio, ex-Diputado á Córtes por más señas, el pujante *Rio de Trevélez...* (de *Trevélez,* ¿entendeis bien?)—que baja de donde se oye cantar á los querubines, cargado de exquisitísimas truchas.—Hay pueblos que tienen estrella en todo: ¡hasta en el rio!

Innumerables cosas más hubiéramos visto y oído en nuestro paseo por los alrededores de *Órgiva;* pero, con éstas y las otras, se había puesto el sol (este final es Garcilaso puro)... y ya hacía rato que caminábamos hácia la moruna villa,—en donde entramos cuando empezaba á cerrar la noche.

(1) Ultimamente se ha establecido en *Ugíjar* una fábrica de filatura de seda, como ya verémos más adelante.

V

En *Órgiva* (por la noche).—Más de un candil en viga.—El Rosario.—La taza de Teresa.—Entre el dia y la noche no hay pared.

Mis recuerdos de aquella noche no se parecen en nada á los del dia.

Es el primero (en el órden cronológico nada más) nuestra comida en la Posada,—reunidos los diez viajeros en un grupo digno de Velázquez, ó de David Teniers,—á la *pretendida* luz de dos candiles (¡y eso que eran dos!),—y celebrando y sellando recientes amistades con el placer de yantar allí juntos... no así como quiera *en mesa redonda,* sino *en sarten redonda,* todos á una, con militar franqueza, á fin de que la paella de rigor no perdiese su virginal perfume al pasar por el trámite de la vajilla...

¡Cuántos banquetes, precedidos de programa de divertirse mucho en ellos, y muy preparados, muy costosos y muy opíparos, no han resultado tan alegres, tan cordiales, tan apetitosos, tan gratos al alma y al cuerpo, como aquel improviso y humilde festin, sazonado de hambre, de novedad, de indulgencia, de cariño, de confianza, de pimientos picantes, y de aquella cortesía del corazon que vale más que todos los primores del ingenio!

Sin embargo, confieso que no nos hubieran venido mal otro par de candiles.



Mi segundo recuerdo se refiere á unas religiosas campanillas, á unas grandes farolas, á unos santos estandartes, á muchas ramas de tejo, y á más de cien indescriptibles caras de chiquillos, cuyas alzadas bocas cantaban en coro y á voz en cuello: «*¡Dios te salve, Reina y Madre!...*»

Porque habeis de saber que todo esto, y algo más, penetró de golpe en la Posada, cuando estábamos en lo más profundo del arroz, dejándonos suspensos, atónitos, embelesados, y sin saber á qué atribuir aquella súbita visita de tanta luz, de tanta melodía, de tanta inocencia, de tanta piedad, de tan sencilla y tierna serenata á la *Reina y Madre de los desterrados hijos de Eva...*

¡Ah! La voz de los niños tiene algo del cielo; y cuando esta voz canta y reza á un tiempo mismo; cuando, en medio de las borrascas de la vida, óyense sus puros acentos en son de mística plegaria, más que los hijos de los hombres empezando á gemir y llorar en este valle de lágrimas, parecen ángeles que desde la Gloria intervienen por nosotros, repitiendo como suyas nuestras preces.—Los que conserveis la buena costumbre de ir á la iglesia, habreis sentido esto mismo oyendo á los *seis* niños de coro de nuestras catedrales alzar sus francas y agudas voces sobre el concertado estruendo del órgano, de los sochantres y de todos los instrumentos y cantores de la Capilla, como se perciben claros

trinos de atribuladas aves sobre el ronco estrépito de majestuosa tempestad.—Y los que sólo vayais al teatro, habreis experimentado tambien algo parecido (ya que de manera alguna lo propio), durante el cuarto acto de *El Profeta,* cuando aquellos otros *seises* (que por lo regular son los mismos) cantan el grandioso villancico:

> Le voilà le roi Prophète!
> Le voilà l'elu de Dieu!

¡Oh! ¡Los niños!... ¡Los niños!...—«*¡Lástima que se conviertan en hombres!...*» exclamaba Lord Byron.—«*¡No tenemos padre!*» gritan ellos en el místico poema de Jean Paul.—«*No escandaliceis á estos pequeñuelos*», dice la Palabra divina.

Por todas estas razones, y *porque sí* (que es la gran razon de tejas abajo), nos quedamos embebecidos oyendo la fervorosa *Salve* que cantaban los muchachos de *Órgiva.*

Por lo demas, pronto supimos que en aquella sublime escena no había nada de insólito, sino que era el mismo *Rosario* que visita todas las noches, en aquel santo tiempo de Cuaresma, ciertas y ciertas casas de la Villa, cuidando de no olvidar las posadas, donde siempre hay fieles transeuntes más necesitados que nadie de los consuelos de la Religion.



> ¡Oh vida segura, la mansa pobreza,
> dádiva santa desagradecida!
> (JUAN DE MENA.)

¡El *Rosario!...* Veinte años hacía ya por lo ménos que no lo veíamos recorrer á aquella hora y de

aquel modo (segun la inmemorial costumbre) otras ciudades, villas y aldeas de la proverbial *Tierra de María Santísima.*

¡Y qué veinte años! Durante ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la desaparicion del antiguo órden social y político de España, si bien no hayamos llegado, ni creamos posible llegar jamas, á poner en duda la bondad abstracta de las nobles, justas y *sinceras* ideas de nuestro siglo, hemos venido á reconocer, en cambio, á fuerza de crueles lecciones (¡oh desengaño! ¡oh conflicto! ¡oh problema para el porvenir!), que esa libertad y esas ideas, léjos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada dia á las clases bajas (como nos dignificaron á nosotros), las han hecho retroceder á la primitiva barbarie.

Inútil, ocioso, necio, y sobre todo peligrosísimo (señores del Centro de todas las Cámaras del mundo), fuera cerrar los ojos á esta verdad que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo (creyéndonos sus redentores) desde el periódico ó desde la tribuna, desde el libro ó desde la cátedra...—¡Imposible escapar á nuestros remordimientos! Los espantosos resultados de nuestras bien intencionadas pero imprudentes predicaciones están harto á la vista en todas partes.

Mirad: los ignorantes de ayer se han trocado en los insensatos de hoy. La antorcha de la filosofía moderna, en lugar de iluminar la mente de los desheredados por la fortuna, la ha incendiado, dejándola llena de humo y de cenizas. Quisimos ense-

ñarles mucho, y les hemos hecho olvidar lo poco que sabían. Creían algo, amaban algo, respetaban algo, adoraban algun ideal, y hoy no creen, aman, respetan ni adoran sino lo concerniente á sus sentidos corporales. Tenían fe, paciencia, esperanza, y los hemos exasperado y desesperado. Eran cuando ménos seres sociales, y los hemos convertido en enemigos de la sociedad. Eran ya hombres, y los hemos vuelto á hacer fieras. . . . .

Así pudiera continuar mucho tiempo, á riesgo de que se me considerase neocatólico, ultramontano, retrógrado, oscurantista, persa, carlino y partidario del Tribunal de la Inquisicion...

Mas creo haber dicho ya lo bastante para explicar la profunda complacencia que nos causó aquella noche ver al pueblo orgivense, representado por sus hijos, hacer pública profesion de su fe cristiana.

*
* *

Pero aquí se me ocurre otro órden de lamentaciones.

¡Pobres Alpujarreños! Eran Cristianos cuando vinieron los Moros, y éstos no los dejaron en paz hasta que los hicieron Islamitas. Eran ya Islamitas en el siglo XVI, y FELIPE II los exterminó porque no quisieron hacerse Cristianos. Hoy son Cristianos otra vez, y ¡Dios sabe las amarguras que les estarán haciendo pasar los que han convertido la Revolucion de 1868 en una conspiracion contra la Religion católica!

—Pues usted ¡bien votó la libertad religiosa en

las Córtes Constituyentes de 1869!...—me argüirá en este punto alguno de esos conspiradores.

—¡Hombre... déjeme usted en paz! ¿Qué culpa tengo yo de que usted sea un majadero? Yo no le mandé á nadie con mi voto que dejase de ser católico apostólico romano. Lo que yo hice con mi voto fué rendir culto á otra libertad mucho más antigua y sacrosanta que la política; esto es, al *libre albedrío* ó *libertad de pecar* en que Dios dejó al hombre y en que los hombres debemos dejar asimismo á nuestros semejantes para todo aquello que no salga de la órbita de su conciencia individual. Por lo demas, yo sabía que el establecimiento de la libertad de cultos, en una tierra donde no se profesa más religion positiva que la católica apostólica romana,—y donde, como en todos los países constituídos, el Gobierno, ó sea la propia Nacion, tiene que subvenir á todas las necesidades *colectivas,* así materiales como morales, de los ciudadanos (á la instruccion pública, á la administracion de justicia, á la seguridad personal, á la defensa del territorio, á la beneficencia, á la conservacion de monumentos, etc., etc., etc.),—no daría otro resultado que hacer ver al mundo, para mengua y confusion de los impíos y de los herejes, que el Catolicismo era la única religion de los españoles, y que éstos lo profesaban y su Gobierno lo protegía, no ya en virtud de una despótica intolerancia, como en tiempos de Felipe II, sino en virtud de la propia libertad política, por aclamacion popular, porque tal era la explícita y terminante voluntad de los pueblos.

Y en fin, señor mio: si erré tambien en aquel

instante, y llego á conocerlo algun dia, lo confesaré públicamente, con firme propósito de la enmienda, como me declaro hoy culpable y arrepentido de haberme propasado á dar lecciones á los que sabían más que yo, ó sea á los *pobres de espíritu,* que dice el Evangelio.



Mi tercer recuerdo de aquella noche revolotea dulcemente, con las flojas alas del cansancio, del sueño y de la pereza, por la sosegada atmósfera del gabinete de estudio de un poeta-soldado, ora posándose en raras y preciosas armas, cristianas y moras, antiguas y modernas; ora acariciando de pasada una variada multitud de interesantes libros; ora viendo elocuentísimas muestras de un religioso, inteligente y entusiasta culto á las flores...

Flota luégo mi memoria, sin salir de aquella deliciosa morada, en el luminoso ambiente de un salon presidido por una dama tan amable como ingeniosa; y allí recuerdo—una agradabilísima tertulia;—un *José,* que era el amo de la casa, al cual todos le daban los dias;—retazos de conversaciones electorales (era tiempo de elecciones á Córtes) en favor de otro ex-diputado por aquel país y queridísimo amigo mio, á quien los orgivenses aguardaban de un momento á otro;—infinidad de nuevas conjeturas sobre cuál sería la significacion del nombre de *Albacete de Órgiva;*—muchos obsequios y atenciones con que se nos agasajaba á los tertulios;—bríndis, anécdotas, paradojas;—unas tazas chicas en que había depositado sus insomnios el haba prodigiosa

de la Arabia Feliz;—otras tazas más grandes en que brindaba devaneos á la imaginacion la hierba aromática de la China,—y un tazon monumental, en fin (la *Taza de Teresa*), en que otra hierba no ménos preciosa, la incomparable y especialísima *manzanilla de la Sierra*, regaló al más humilde de los allí presentes su rica fragancia, su tónica virtud y su savia vivificadora.

*
* *

Cada uno tiene su modo de matar pulgas.
(Frase vulgar.)

Mi último recuerdo de aquella noche es inenarrable, por lo fantástico y sobrenatural. ¡Solamente Hoffmann ó Edgard Poe, Flaxman ó Gustavo Doré, echando mano de toda su facundia figurativa, acertarían tal vez á darle forma, color, cuerpo, naturaleza artística ó literaria!—Mi tosca pluma tiene que limitarse, por consiguiente, á invocar el auxilio de la intuicion de los lectores.

Figuraos, pues, como podais—¡oh vosotros, que me habeis seguido desde *Granada* hasta aquí, durante esa infinidad de *dias de San José* que hemos pasado en el camino!—lo que sería ver transcurrir toda aquella *única noche correspondiente á tantos y tan solemnes dias compendiados en uno solo*, del modo y manera que la vi transcurrir yo; esto es, en una perdurable vigilia, sin lograr pegar los ojos ni tener adonde volverlos, y reconociendo que efectivamente, como dice el refran, *entre el dia y la noche no hay pared*.

Figuraos la silla por lecho, la mesa por almoha-

da, el insomnio por pesadilla, el velon, ya extinguido, por compañero, y, por todo recurso y vecindad, el *Infierno* del Dante, ó sea la *cama redonda* en que mis pobres amigos gritan de vez en cuando: «*¡No hay esperanza!*» con la angustiada voz de un horroroso duerme-vela...

Y cuando vayais por aquí en vuestras figuraciones, paraos un rato á considerar el diabólico baile de trajes que armarían dentro de mi cerebro, iluminado *a giorno* por la fiebre, todos mis recuerdos y emociones de aquel dia, todos los personajes históricos con que había andado á vueltas, todas las quimeras forjadas por mi atrabílis, todos los seres ideales de que había poblado arbitrariamente los más solitarios sitios, y todas las gentes que había matado, resucitado ó hecho nacer á mi paso por los pueblos...

Baile de trajes... ¡sí!... Esta pudiera ser la fórmula sensible más aproximada á lo que vi rodar por mi imaginacion durante aquellas horas... ¿qué digo? ¡durante aquellas eternidades que permanecí en vela y á oscuras en la sala *principal* de la Posada del *Frances!*

Pero, así y todo, ¿cómo daros idea de aquella *galop infernal* (divertidísima hasta cierto punto), en que danzaban á un mismo tiempo, ó paseaban su gravedad en el centro del vórtice inconmensurable, mujeres y hombres, montañas y rios, bestias y pájaros, flores é insectos, con la humorística singularidad de haberse usurpado recíprocamente sus vestiduras los Tres Reinos de la Naturaleza? ¿Cómo describiros todas aquellas nuevas fábulas de Eso-

po, todas aquellas nuevas metamorfósis mitológicas, todas aquellas nuevas alegorías apocalípticas, todas aquellas metempsícosis fehacientes, en que los montes y los edificios tomaban, por ejemplo, el aspecto humano, y los hombres se convertían en árboles ó arroyos, y las flores y las frutas en mujeres, y las mujeres en caprichosas nubes, y los irracionales en lo que mejor les parecía (del propio modo que en el presente libro), trocándose por lo general lo inmueble en semoviente y viceversa, y ofreciendo todos estos disfraces, en su misma excentricidad, algun sentido filosófico, alguna paridad remota, alguna lógica íntima, alguna verosimilitud y congruencia, dentro de la ilimitada libertad de la metáfora?

¡Imposible! ¡Imposible!

Básteos, pues, saber (y supla esta árida enumeracion por el trasunto pictórico que no me atrevo ni á ensayar) que, entre las cosas creadas que se habían dado cita en mi cabeza para pasar aquella noche de jolgorio, estaban—los Pepes y las Pepas del *Padul,*—los Josés y las Josefas de *Dúrcal,*—los Don-Josés y Doñas Josefas de *Órgiva,*—ABEN-HUMEYA,—LORD BYRON,—FELIPE II,—los Inquisidores,—NAPOLEON,—el MARQUÉS DE MONDÉJAR,—MEYERBEER,—el ALCALDE DE OTÍVAR,—los Canarios que gorjeaban en *Béznar,*—los Chicos que aquella noche habían cantado la *Salve,*—las voluptuosas Laderas de *Sierra Nevada,*—las coquetas Olas de la mar,—los Arroyuelos que hacían de las suyas en las cañadas anónimas,—las Flores que se adherían al pronunciamiento de Marzo,—los Cristianos que quemaron una mezquita llena de Moriscos,—los Mo-

riscos que quemaron una iglesia llena de Cristianos,—los Puercos de *Trevélez* á quienes acababa de tocar la quinta,—los Historiadores Arabes que más habían escrito contra el jamon y sobre la *Alpujarra,*—las Naranjas, cautivas, haciéndose las suecas, y requebradas por dinamarqueses y rusos,—los REYES CATÓLICOS penetrando por primera vez en la Alhambra,—el *Picacho de Veleta* deseando la muerte del *Mulhacem,*—BOABDIL rebelado contra su padre,—el Mayoral conducido en triunfo por el Postillon y las Mulas,—el *Rio Grande* destronando al *Rio Chico,*—ROSSINI componiendo la sinfonía de *El Valle de Lecrin,*—MÁRMOL, HURTADO DE MENDOZA y PÉREZ DE HITA tirándose sus historias á la cabeza,—el Caballo que se creía el verdadero novio de la novia del Jinete,—los Elementos y las Estaciones subordinados á *Lanjaron,*—*Chite* imponiéndole silencio á *Talará,*—la Soledad haciéndole hablar al Silencio,—AIXA perdiéndose en el desierto,—ZORAYA convertida en DOÑA ISABEL DE SOLIS,—*Granada* enflaqueciendo debajo de su blanco alquicel,—*Sierra Nevada* armada siempre de punta en blanco,—MORAIMA amortajada por BOABDIL,—el Cadáver de BOABDIL arrebatado por las ondas,—MULEY HACEM enterrado en la nieve,—ABEN-ABOO colgado cabeza abajo,—el Enfermo de la litera,—CÁRLOS V,—el Sol de Aries,—la Venta,—*D. Quijote,*—*Albacete,*—los Silfos,—las Pulgas,—los Seises,—la Taza de Teresa,—y otra infinidad innumerable de figuras, de entidades, de conceptos, de abstracciones, de fantasmas y de locuras.

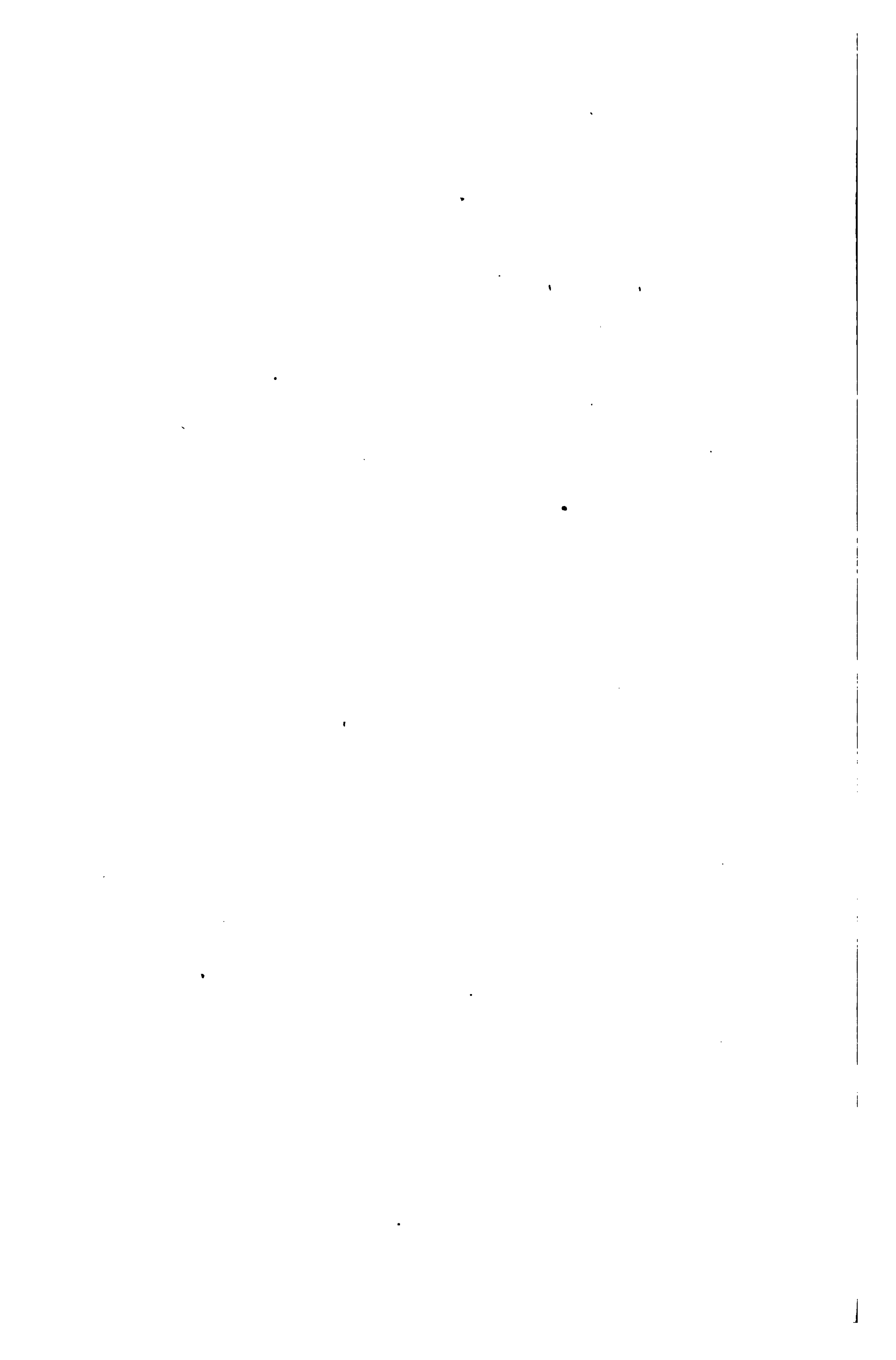
Todo esto se hallaba allí conmigo, dentro de mí,

alojado en mi sér, bajo formas indeterminables, en imágenes intraducibles, con vestimentas estrafalarias, acosándome sin misericordia en las tinieblas producidas por la extincion de una gota de aceite, en el insomnio causado por el mismo exceso de mis fatigas, y en la soledad resultante del conato de sueño de los demas.

¡Y la aurora no venía! ¡El tiempo no pasaba!—¡Los cristales del balcon seguían siempre negros!

Dijérase que se había parado el reloj de la eternidad, y que mi pobre pensamiento, única rueda que había quedado moviéndose en el roto mecanismo de los mundos, estaba encargado de contar por millonésimas los instantes de aquellas inacabables horas.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



TERCERA PARTE

LA CONTRAVIESA

I

Diferentes maneras de amanecer.—Segunda campaña contra el mulo.

La del aguardiente sería, que no todavía *la del alba,* cuando quiso Dios que cantara un gallo á lo léjos, al cual le contestó otro más cerca, y luégo otro en el corral del *Frances;* y—como si aquellos tres *alertas* hubieran sido dados por la trompeta del Juicio Final, á fin de resucitar á los muertos, ó más bien por la propia Muerte, á fin de hacerles volver á sus sepulturas ántes de que despertasen los vivos,—siguióse un silencio muy raro, que no parecía ya el de la quietud, sino el de la *accion sin ruido,* ó sea el del tiempo que echaba otra vez á andar, y, un instante despues, principió á sentirse algun movimiento en el piso bajo de la Posada...

Trató de volver á reinar el silencio; pero ya le fué imposible. La fe en que llegaría á amanecer como todos los dias, y muy pronto, iba y venía ya

con álguien por el establecimiento. Oyéronse, pues, sucesivamente chirridos de llaves y de goznes de puertas que se abrían; trastazos de tropezones; toses vitalicias; pasos remotos; gritos bruscos que sólo entienden las bestias; coces sonando sobre tabla; juramentos, relinchos, maldiciones; otros pasos más próximos, recios como trancazos, ganando poco á poco la escalera; y, finalmente, tres furiosos golpes, aplicados á la puerta de nuestro cuarto, y una espantosa voz, semejante á un tiro, que, traducida al cristiano, había querido decir: «*¡Arriba!*»

*
* *

Abrí la puerta, y el *Dia,* representado por un candil y por un plato lleno de copas de aguardiente, penetró en aquel calabozo, en aquel hospital de sangre, en aquel campo de batalla cubierto de heridos, ó en aquella Sala del Tormento digna de la Venecia de los Dux, anunciando á tanta y tanta víctima como yacía con botas y espuelas sobre un colchon continuo, formado por la yuxtaposicion de muchos colchones, que había llegado al fin para todas ellas la hora de la libertad, de la convalecencia, de la misericordia.

—¡Arriba!—contestaron, pues, los nueve compañeros de cama, animándose mutuamente con el ademan, pero sin levantarse ninguno.

—¡Estaría escrito!—añadió uno por lo bajo, consultando su reloj.

—¡Cómo ha de ser!—suspiró otro amargamente, despidiéndose de la almohada.

—Pues, señor: á la noche dormirémos *más,*—dijo de una manera indefinible quien de seguro no había dormido poco ni mucho desde que se acostó.

Y probó á incorporarse.

—¡Vamos á Albuñol!—agregó no sé cuál de ellos, recreándose de antemano en el término de una jornada que no sabía cómo principiar.

Y se sentó en la cama.

—¡Pecho al agua, caballeros, que es medio dia!—gritó al fin un valiente, dando un brinco y abriendo de par en par el balcon, á fin de que los ménos diligentes perdiesen toda esperanza de dormir *algo...*

Y se encontró con que era tan de noche á la parte afuera como á la parte adentro de los cristales.

—¿A quién le pego un tiro?—preguntaba entre tanto, en correcto andaluz, el mozo de la Posada, apuntando con la botella á las copas y con las copas á la asamblea, é indicando de aquel modo que el aguardiente era legítima *bala rasa.*

—*¡Nulla est redemptio!*—gimió entónces el más rezagado.

Y todo el mundo se encontró de pié.

Eran las cuatro y media de la madrugada; esto es, las cuatro y media de la noche.

. . . .

*
* *

Pareció, por último, el verdadero dia, á la hora prefijada por Dios y combinada por los astros.

Supóngolo así á lo ménos; pues, por lo que á

nosotros toca, la cosa aconteció, sin que nos advirtiéramos de ella, cuando más ocupados estábamos en el zaguan de la Posada, arreglando las mil y una complicaciones inherentes á la *obra de romanos* llamada *aparejar*.

Siempre he admirado á los arrieros en esta operacion magna, verificada por lo regular á tiéntas, á la desatendida voz de «*¡Alumbra aquí, muchacho!*» cuando el muchacho y ellos están medio dormidos, y el meson hecho un laberinto de albardas, jáquimas, costales, sillas, bocados, alforjas, capachos, cestas, capas, mantas, sogas y baules, todo ello completamente igual en apariencia, dentro de su respectivo género...—¡Yo no sé cómo cada uno reconoce, no sólo lo suyo, sino tambien lo ajeno y la infinidad de encargos que lleva; yo no sé cómo todo parece, y cómo, si se pierde algo, se adivina en el acto su paradero; ni tampoco sé cómo se las componen á oscuras aquellos dedos de corcho para atar, liar, enganchar, pasar correas, ajustar hebillas, y gobernar al mismo tiempo á los irracionales,—que nunca se muestran dispuestos á dejar la cuadra por el camino!

Lo único que he llegado á comprender, por via de resúmen de mis observaciones en la materia, es que cuanto ménos saben las criaturas, tanto mejor conocen las pocas cosas que saben.—Y si lo dudais, tendeos boca abajo ó boca arriba en el campo y estudiad durante horas y horas los prodigios de discernimiento, de sagacidad, de perspicacia, de sutileza y de picardía de que os darán muestras los insectos ó las aves.

Pero, aquella mañana, el acto de *aparejar* se re-

lacionaba con otro problema no ménos arduo, que no era ya de la incumbencia de criados y arrieros, sino de la nuestra propia, razon por la cual tuvimos que intervenir en el asunto, privándonos de ver amanecer...

Tratábase de si nosotros, los huéspedes de la *Alpujarra,* los neófitos en sus caminos, montaríamos en adelante en mulo, ó seguiríamos á caballo.

*
* *

Esta cuestion, que parecía resuelta previamente (y cuyo exámen puede seros de gran utilidad práctica á cuantos tengais que visitar aquel país), se reprodujo en tal instante, en virtud de la serie de razones que paso á manifestar.

Recordareis haber leído al comienzo de estas páginas que el mulo, segun pública voz y fama, era *indispensable* para recorrer ciertos y ciertos caminos del territorio alpujarreño, y que nosotros, cediendo á la opinion general, habíamos encargado que nos esperasen en *Órgiva* tres de aquellos tan recomendados cuadrúpedos.

Recordareis tambien, los que hayais tenido la dignacion de leer mi Viaje por los Alpes, la profunda y razonada antipatía que siento hácia el mulo, segun que allí expliqué en una extensa y luminosa disertacion que me envidio á mí mismo; y, en cuanto á los que desconozcais aquella obra, de seguro abundareis en el propio horror al monstruoso mestizo, viviente calumnia de su doble sangre; como abundó, abunda y abundará siempre toda persona

bien nacida, y como hallé que abundaban frenéticamente mis dos primitivos camaradas de viaje.

Ahora bien: los tres mulos indicados nos aguardaban desde la víspera en las cuadras de la Posada, muy orgullosos sin duda de vernos pasar por la humillacion de entregarnos á ellos como el gran Bonaparte á los ingleses... Pero hé aquí que, cuando estábamos ya con un pié en el *Bellerophonte,* ó sea en el estribo, reparamos en que dos ó tres de nuestros nuevos compañeros de expedicion, procedentes por cierto del *Cerrajon de Múrtas,* es decir, de la region de las águilas y las nubes, habían ido á *Órgiva* el dia anterior, y pensaban ir á *Albuñol* aquel dia, *caballeros en sendos corceles...*

—¡Ah!—nos dijimos entónces los tres condenados á cantar la palinodia.—¡Con que es humanamente posible recorrer lo peor de los montes alpujarreños sin transigir con el más bárbaro de nuestros enemigos! ¡Con que se puede ir á caballo por el *Puerto de Jubiley!* ¡Pues á caballo irémos nosotros!

Y de aquí surgió el debate.

Nosotros alegábamos, en sustancia, que preferíamos perder un tanto por ciento de probabilidades de no rompernos la crisma á implorar la proteccion de la bestia por antonomasia. *(Señales de aprobacion en la izquierda.)*

Los alpujarreños de los bancos de enfrente nos contestaban con hidalga resolucion que ellos se habían constituído en fiadores de nuestras vidas... *(Aplausos. El mozo vuelve á llenar las copas.)* y que el casco del caballo era demasiado ancho para

los vericuetos que íbamos á escalar aquella mañana. *(Rumores.)*

A este argumento replicábamos nosotros,—retorciéndolo,—que: si el peligro era tan evidente, no debíamos, no podíamos, no queríamos (estilo parlamentario) conducir á una muerte segura *(Sensacion)* á aquellos dos ó tres amigos que ya se encontraban á caballo.

Y éstos, en fin, nos apoyaban entónces elocuentísimamente, diciendo: que la docilidad, nobleza y sentido comun del caballo... *(Aclamaciones.)*, en oposicion á la terquedad, perfidia y estupidez del mulo *(Estrepitosas salvas de aplausos.)*, suplían con ventaja el inconveniente que pudiera ofrecer su amplia pisada en los angostos escalones del *Puerto;* y que, por lo tanto... *(Tumulto: confusion.—Las voces de «¡A beber! ¡á beber!» impiden que se oiga á los oradores.)*

Declarado el punto suficientemente discutido, y puesto el caso á votacion, tomóse el siguiente acuerdo... contra el dictámen de la mayoría:

Primero: Iríamos á caballo.

Segundo: Dos de los criados pasarían al arma de caballería... en mulo, é irían siempre á las inmediatas órdenes de los más delanteros.

Tercero: El mulo restante sería habilitado de un buen par de capachos (que se compraron incontinenti) con destino á almacen ambulante de provisiones.

Cuarto: Se adquirirían dos jamones añejos, un *gato* lleno de vino, y todas las naranjas y todo el pan que admitiesen los capachos. (Este artículo se

aprobó por unanimidad, y fué tambien ejecutado sin dilacion.)

Quinto: El *Criado Mayor,* ó sea el *mayor de los criados,* se encargaría, bajo su más estrecha responsabilidad, de este sagrado depósito, con opcion á montarse alguna vez sobre los capachos ó en las ancas del mencionado tercer mulo.

Sexto: Un hermoso jumento, sumamente simpático y servicial, que había salido de *Granada* al mismo tiempo que nuestros caballos, cargado con nuestras maletas y con un costal de cebada, sería relevado de hacer un viaje tan penoso; y, en atencion á sus distinguidas cualidades, quedaría en libertad de volverse á las plácidas orillas del *Genil,* muy recomendado á la benevolencia del arriero que lo acompañaba.

Sétimo: El costal y las maletas formarían tambien parte de la carga del mulo de los capachos, el cual tendría paciencia si le parecía muy pesada.

Y octavo: Los otros tres criados seguirían perteneciendo al arma de infantería, y, como muy prácticos en aquellos terrenos, tendrían á su cuidado la constante inspeccion de vados, torrentes, hoyos, tramos y despeñaderos, á fin de avisarnos por dónde debíamos echar en cualquier caso de apuro para las bestias.

Montamos, pues, y partímos.

II

Tres alpujarreños.—El *Puerto de Jubiley*.—Cuesta arriba.—En la cumbre. Cuesta abajo.

Ya había salido el sol (eran las seis) cuando bajamos al *soi dissant Rio Grande de Órgiva,* desde donde saludamos á lo léjos por última vez á los buenos amigos de aquella villa.

Reducidos entónces á nuestra propia consideracion, y ántes de lanzar el espíritu en descubierta por el emprendido sendero, nos pasamos revista unos á otros...

Ninguna ocasion mejor, por consiguiente, para presentaros nuestros nuevos compañeros de viaje.

Eran, como si dijéramos, tres Jefes de Tribu, acompañado cada cual de alguno de sus deudos.

Al mayor de los tres Jefes lo conocíamos de antemano y le profesábamos mucho cariño. Era la persona cuyo nombre figura el primero en la dedicatoria de estas páginas; persona respetabilísima, á quien várias veces habré de mencionar, penetrado de agradecimiento, cuando hable de nuestras reiteradas idas á *Múrtas,* su patria y habitual residencia.

El que le seguía en edad era, y es, y á Dios le pido que siga siendo dilatados años, un hermosísimo Hércules, del género aristocrático y feudal, por el estilo de los *Bourgraves* del drama de Víctor Hugo;

pero dotado de una genialidad tan franca y atractiva, á pesar de su aspecto imponente, que á las pocas horas le hablaba yo de tú... sin darme cuenta de ello.

No vacilo en calificar al menor de los tres como uno de los hombres más cabales que andan por el mundo. A un mismo tiempo era Diputado Provincial, Cura Párroco (de la próxima villa de *Albondon)*, y un bravo mozo del corte físico de ABEN-HUMEYA.—Como Diputado, las puertas del sufragio universal *(portæ inferi)* no habían prevalecido contra él: como eclesiástico, había pasado por un crisol de sabiduría; es decir, por el colegio del Sacromonte de Granada; y, como andante caballero, familiarizado con montes y breñas, fué aquel dia el alma y la vida de nuestra expedicion.

En cuanto á los otros tres alpujarreños, repito que eran parientes de sus Jefes muy amados; y, como donde hay patron no manda marinero, sólo añadiré acerca de ellos (y es su mayor elogio) que ninguno desmentía su casta.

***

Con que trotemos ya,—puesto que lo permite la ancha cuenca de este rio,—y lleguemos pronto al pié de aquella montaña...

(Trotamos.)

...de aquella montaña, donde nos espera el *Puerto de Jubiley,* famoso por sus fragosidades...

(Tropezon.)

¡Hombre! ¿Empezamos ya?

Pues, sí señor, vamos á subir al *Puerto de Jubiley,* y á bajarlo, poniendo así á prueba nuestras cabalgaduras.

Pero aún habrémos de trepar hoy á una cordillera más elevada...

(Principiamos á vadear el rio.)

Y esa cordillera más elevada... esa cordillera...—¡Demonio de rio! ¡Vaya si es impetuoso! ¡Se marea uno de mirar sus óndas!

(Salimos á la otra orilla.)

...esa cordillera más elevada que tenemos que subir es la célebre *Contraviesa,* espina dorsal de la *Alpujarra...*

(No se ve un mulo para un remedio. Todos se han quedado atras.)

«Trotemos, pues, trotemos»... como se dice en *El Desierto* de Mr. David; y el que venga atras que arree, como suele decir el vulgo...

(Trotamos.)

. . . .

*
* *

—Oye tú, muchacho: canta una copla. ¡Para eso te llevamos á grupas desde el rio!...

—Señorito, es Semana de Pasion...

—Dice bien el muchacho: que no la cante.

—Pues no la cantes, muchacho.

—Muchacho, ¿cuántos años tienes?

—Voy á entrar en quintas, señorito.

—Y ¿de dónde eres?

—¿Yo? De aquel cortijo que están ustedes vien-

do.—Vaya... queden ustedes con Dios, y Dios se lo pague.—Yo tomo por esta vereda...

(El muchacho se apea, y canta á lo léjos:)

«Dame tu amor ó me mato»,
dicen unos ojos negros.
Y dicen unos azules:
«Dame tu amor ó me muero.»

—¡Espera, muchacho... espera!...

—¿Qué mandan ustedes?

—¿De qué color tiene los ojos tu novia?

—Ya... de ninguno.

—¿Cómo de ninguno?

—¡Ya lo creo! ¡Se murió el año pasado...

—Muchacho, anda con Dios.

Trotemos, sí, trotemos...



Pero os oigo exclamar que, trotando de este modo, vemos muy pocas cosas...

Teneis razon: mas, ¿qué nos interesan ya ni las corrientes que atravesamos, ni las asperezas de menor cuantía en que nos metemos..., si de lo que hoy se trata, como os he dicho, es de subir, primero al *Puerto de Jubiley,* y despues á la cumbre de la *Contraviesa,* y ver desde allí, de una sola ojeada, todo el ámbito Alpujarreño, toda su armazon de montes, y todo lo demas que os oculto ahora para que os cause luégo más sorpresa?...

¡Adelante, pues! ¡Adelante!...

Pero ¡ah! ya no se puede correr...

¿Qué digo correr? ¡Ya no se puede siquiera andar como Dios manda...

Llegó el instante de prueba.—¡Ahora ó nunca, señores caballos!

En cuanto á nosotros, recemos el *Credo*...

¡Ha principiado el escalamiento y asalto del *Puerto de Jubiley!*

***

¡Bravo! ¡Bravissimo! ¡Bien por los caballos!

Seguimos subiendo... Es posible subir...

¿Qué importa que los escalones sean estrechos? ¿Qué importa que los elegantes cascos de los nobles brutos no quepan en los exiguos hoyos abiertos por el pié ruin de sus enemigos? ¿Qué importa nada? ¡El valor y la inteligencia suplen por todo!

¡Ved, ved, cómo clavan en las escabrosidades de las rocas el filo de las herraduras! ¡Ved cómo tantean la peña hasta encontrar una base plana! ¡Ved cómo saltan cuando no hay otro remedio! ¡Ved con qué precision caen donde se proponen!—¡Vítor, vítor á los herederos de Pegaso!

***

Pero no desconozcamos por esto que el *Puerto de Jubiley* se muestra tambien digno de su fama.

«*Senda de cuidados y martirios, que sólo frecuentan varones de gran abnegacion y desprecio del mundo*...» llama el gran poeta árabe Ibn-Aljathib á no sé qué camino de la *Alpujarra*.

Yo debo suponer que lo diría por éste.

«*Montaña áspera; valles al abismo; sierras al cielo; caminos estrechos; barrancos y derrumbaderos*

sin salida...» dice nuestro viril Hurtado de Mendoza, describiendo la region en que hemos entrado.

¡Eso es escribir! ¡Eso es lo que se llama pintar con la pluma!

> Rebelada montaña,
> cuya inculta aspereza, cuya extraña
> altura, cuya fábrica eminente,
> con el peso, la máquina y la frente,
> fatiga todo el suelo,
> estrecha el aire y embaraza el suelo.

¡Por tan alta manera cantó el inmortal D. Pedro Calderon de la Barca estos mismos encumbrados breñales, en su drama *Amar despues de la muerte!*

Y más adelante vuelve á decir:

> Es por su altura difícil,
> fragosa por su aspereza,
> por su sitio inexpugnable
> é invencible por sus fuerzas.

¡Y eso que hablaba de oídas!—Veis, pues, que no hay exageracion alguna en mis encomios de la atrocidad de la *Alpujarra*.

Lo que no haré ahora es añadir ningun rasgo de mi humilde péñola á los inspirados y autorizadísimos que acabo de copiar.—La fotografía del *Puerto* queda hecha.

Diré únicamente que, en lo más terrible y dificultoso de nuestra ascension, solíamos preguntar á los alpujarreños:

—¿Hay peor que esto en la *Alpujarra*?

A lo cual nos contestaban de una manera indefinible:

—Hay de todo: mejor y peor.

Es la respuesta sacramental de aquellos deshe-

redados de la... Direccion de Obras Públicas,—amantísimos de su tierra, á pesar de tantos rigores como les ofrece.

Decía Tácito, hablando de la Alemania de su tiempo:—«*¿Quis porro, præter periculum horridi et ignoti maris, Asia, aut Africa, aut Italia relicta, Germaniam preteret, informem terris, asperam cœlo, tristem cultu aspectuque... nisi si patria sit?*»

¡Nisi si patria sit!...—Esta frase equivale á un poema.

***

Llegamos, al fin, á lo alto del *Puerto*.

Allí volvímos los caballos y nos paramos (operaciones ambas que hubieran sido imposibles durante la subida), ansiosos de contemplar á *Sierra Nevada*.

La insuperable cordillera, de la cual nos tocaba entónces alejarnos, había ido surgiendo detras de nosotros, á medida que nos elevábamos, como si, poseída de un legítimo orgullo, nos hubiera querido demostrar que nadie, por mucho que suba, puede llegar á sobrepujarla, y que, si es tolerante con los humildes y se deja tapar allá abajo por cualquier cerrillo sin malicia, es soberbia con los soberbios, y no consiente que ningun *monte* de sus Estados se dé aires de *montaña* en su presencia.

Nosotros no lo habíamos dudado nunca. Digo más: precisamente por esa razon (¿quién no ama á los soberbios?) venerábamos tanto y tanto á la que más atras intitulé la «*Madre de Andalucía*»...—Y por eso tambien, aquella mañana, al par que rezá-

bamos el *Credo* y aguantábamos como podíamos la frenética irascibilidad del *Puerto de Jubiley,* no habíamos desperdiciado ninguna ocasion de echar una mirada al indignado *Mulhacem...,* que avanzaba á caballo por la serena atmósfera, llenando de terror á todas aquellas sierrecillas de mala muerte.

Pero todavía no es tiempo de hacer la pintura del viejo rey de las montañas, ni de sus hijos, ni de su corte, ni del colosal imperio que gobierna...

Dia vendrá (y será el de nuestro viaje especial á *Sierra Nevada;*—viaje que ha de servir de argumento á la última Parte de la presente obra) en que apreciemos en conjunto el sublime espectáculo que llega á ofrecer, más al comedio de la *Alpujarra,* aquella asamblea de gigantes de hielo, y en que pueda yo haceros su enumeracion, medirlos uno por uno, compararlos entre sí, revelaros sus secretos, mostraros sus tesoros y poneros al cabo de todo lo que pasa por allá arriba...

Tened entre tanto paciencia, y haced, como quien dice, la vista gorda ante los prodigios parciales que nos va mostrando poco á poco el que en un tiempo llamábamos «*reverso de la Sierra*».

Por consiguiente... ¡marchen!—y, al marchar, sírvaos de consuelo que, si ahora no vamos á *Sierra Nevada,* vamos á otras muchas partes, dignas todas ellas de lo que quiera que hayais pagado por este libro.

* * *

Vueltos otra vez los caballos al Sur, continuamos nuestra jornada.

Ni en aquella direccion, ni á los lados del desfiladero del *Puerto,* se veía otra cosa que una intrincada maraña de riscos, tajos y matorrales, puestos de acuerdo con bárbara ferocidad para hacer intransitable aquella altura.

La planta del hombre, ora descalza, ora con sandalia, ora con babucha, ora con alpargate, y la herradura de las bestias, ya cóncava, ya convexa, ya triangular, ya en su actual forma de arco árabe, habían necesitado siglos y siglos para trillar el exiguo sendero que nos servía de hilo de Ariadna.

Contentámonos, pues, con haber visto desde aquel cerrajoncillo, mas rabioso que elevado, la banda septentrional de la *Alpujarra* (el resto ya lo veríamos á las pocas horas desde lo alto de *Contraviesa),* y principiamos á descender...

Al cruzar por enfrente del *Peñon del Gallo,* nos detuvimos un momento, á fin de *oirlo* cantar;—é incurro adrede en esta anfibología para que no sepais si es un peñon ó un gallo el que cacarea en aquel sitio.

Los alpujarreños de á pié decían que era un *gallo encantado:* los de á caballo que un Peñon horadado horizontalmente, enfrente del cual había un eco. Yo sólo puedo decir que *lo* oí cantar dos ó tres veces, y que me dió calofrío.—¡Era el cuarto gallo fantástico que me hablaba aquella mañana desde el otro mundo!

En fin: cuando ya distaríamos de *Órgiva* cosa de legua y media, la *Sierra de Jubiley* se despidió de nosotros, diciéndonos que no podía continuar más adelante, y nos depositó galantemente y con la ma-

yor suavidad en terreno llano,—despues de haber hecho todo lo posible por dejarnos sepultados en sus breñas.

III

La nueva Primavera.—Coronacion de ABEN-HUMEYA.—La *Venta de Torbiscon*. *Torbiscon* y su *Rambla*.—Algunos peñones sueltos.

Nuestra caminata de aquel dia había de ser una continua serie de transiciones y contrastes.—Nada más natural, estando, como ya estábamos, enfrascados en la tierra clásica de los accidentes topográficos, de las bajadas y subidas, de las quebradas y los promontorios.—La *Alpujarra* tenía que resultar digna de su nombre.

Por ejemplo: en aquel instante, cuando aún abrumaban nuestra imaginacion las escabrosidades del *Puerto de Jubiley*, recorríamos ya alegremente un apacible vallecillo, en que todo era inocente y delicioso, y donde experimentámos una emocion tan melancólica como dulce.

Hasta entónces, los árboles más subordinados al influjo primaveral; los que sienten correr su savia en Febrero; los que ven hinchadas sus yemas en Marzo; los que computan las Estaciones del propio modo que el hombre, y tienen acaso tambien su *Primavera médica;* verbigracia, los almendros, los cerezos, los perales, los guindos y demas frutales

tempranos, sólo nos habían mostrado flores (que, como es sabido, preceden en ellos al follaje); pero allí, en aquel riente vallejuelo, encontramos ya árboles con hojas, ó sea *las primeras hojas del año.*

No las ostentaban, es cierto, árboles tan codiciados y preciosos como los que acabo de nombrar... En aquel paraje no se veía vivienda humana, ni había señales de cultivo... Pero había, en cambio, una alameda espontánea, compuesta de alisos, olmos y abedules, muy endebles todavía, retoños sin duda de grandes árboles inmolados por el hacha ó arrastrados por el rio (pues allí había tambien un rio), y estos retoños, erguidos ya y gallardos como mozuelos de quince abriles, eran los que acababan de arrojar unas hojillas tan verdes, tan tiernas, tan nuevas, tan rizadas todavía, que parecían las primicias del amor, de la ilusion y de la esperanza.

Aquellas plácidas sonrisas de la Naturaleza, aquellos brotes de incipientes encantos, aquellos besos de labios vírgenes, aquellas dulces respuestas de la adolescente tierra á las vivificantes caricias del cielo, probábannos, mucho mejor que las flores del *Valle de Lecrin,* que el sol había llegado al Ecuador, de camino para nuestro Trópico; que no se había equivocado el Almanaque; que estábamos en la estacion juvenil de las plantas; que la Primavera había entrado aquel dia.

***

¡La Primavera! Sea la periódica de la zona en que vivamos, sea la única de la vida del hombre... (y de la mujer), siempre resultará más tristemente

patética que el Otoño á los ojos nublados por el llanto...

Y ¡ay! por poco que se haya vivido, ¿qué ojos humanos podrán permanecer enjutos en presencia de la renovacion anual de las campiñas y de los bosques? ¿Quién no echará de ménos flores de su alma y frutos de su vida, que huyeron en alas del ábrego para nunca más volver? ¿Quién dejará de llorar,—no ciertamente el continuo descaecer de su existencia; no ciertamente este providencial envejecer de cada instante, que nos deja el consuelo de vislumbrar, más allá del sepulcro, otra Primavera eterna, en cambio de los ensueños é ilusiones terrenales que nos arrebató la edad,—pero sí su amargo destino de sobrevivir un año y otro, como el despojado tronco herido por el rayo, á la muerte de aquellas flores y aquellos frutos, y á la perpetua emigracion de las inocentes avecillas que nacieron y anidaban en sus ramas?...

Doblemos la hoja.

*
* *

Doblémosla, sí, y veamos qué vallejuelo era aquél á que habíamos descendido.

Verdaderamente, más que un valle, era una especie de *Estrecho* que servía de tránsito de un valle á otro.

Porque lo cierto es que estábamos pura y simplemente en un escondido recodo del importante *Rio de Cádiar,* que acababa de regar dos leguas más arriba los amplios vergeles de aquella antigua Corte de unos dias...

¡Cádiar!... ¡El teatro del drama de Martínez de la Rosa! ¡El Lugar aristocrático, donde fué coronado *oficialmente* ABEN-HUMEYA!...—¡Cuánto deseábamos visitarlo!—¡Y cómo hubiéramos querido estar dotados del don de ubicuidad, para echar rio arriba, al propio tiempo que de sus orillas nos apartáramos, ó ir á hacer noche simultáneamente á aquel histórico pueblo, y á *Albuñol,* y á otras muchas partes!...

Pero ya que esto no fuera posible, ocurriósenos leer y comentar en aquel sitio los apuntes que *llevábamos en cartera,* relativos á la gran solemnidad histórica que recuerda el nombre de *Cádiar,* ó sea á la Coronacion del REYECILLO,—que es como casi siempre apellida Pérez de Hita al que había dejado de llamarse D. FERNANDO DE VÁLOR.

Aquellos apuntes, extractados de muchas historias, decían así:

(Los Viajeros se apean de los caballos, y leen, al par que descansan, muellemente recostados en la verde hierba.—Los Lectores por antonomasia les prestan atencion, ó leen tambien, asomados por encima del hombro del que lleva la voz cantante.—Los Criados, de pié, apoyados en sus escopetas, hacen grandes esfuerzos por entender algo.—Las cabalgaduras pacen tranquilamente.—TABLEAU.

***

UNO DE LOS VIAJEROS *(leyendo).*—«Partido ABEN-FARAG de *Béznar,* no tardó en seguirlo ABEN-HUMEYA, acompañado de muchos moriscos; y llegan-

do á *Lanjaron*, halló que el bárbaro tintorero había quemado la iglesia, llena de cristianos.»

UN CRIADO *(dirigiéndose á otro)*.—Dime: ¿dónde ha pasado eso?

EL OTRO CRIADO.—¡Qué ganso eres! ¿Pues no lo estás oyendo? ¡En Tetuan!...

EL CRIADO MAYOR.—¡Callad, zopencos! ¡Qué Tetuan ni qué calabaza! ¿No veis que ha dicho «*Lanjaron*»? ¡Perros moros! ¡Harto me enteré yo ayer tarde de lo que hablaban los amos sobre sus herejías!...

UN VIAJERO.—Pues se enteraría usted tambien de que los cristianos del mismo *Lanjaron* volaron una mezquita llena de moros...

EL CRIADO MAYOR.—Señorito... Dispense usted. ¡No es lo mismo!...

OTRO VIAJERO.—Ahora es cuando ha dicho usted la verdad... ¡NO ES LO MISMO!

EL VIAJERO LEYENTE *(continuando)*.—«De allí pasó ABEN-HUMEYA á *Órgiva*, donde los cercados de la *Torre* se defendían, y les requirió con la paz; y viendo que no querían oir su embajada, repartió la gente en dos partes: la una dejó en el cerro, y la otra se llevó consigo á *Poqueira* y *Ferreira*.»

UN ALPUJARREÑO.—«Ferreirola» habrá querido decir el Autor.

OTRO.—Sí; porque *Ferreira* cae al lado allá de *Sierra Nevada*...

OTRO.—Es verdad. Pero en aquel tiempo *Ferreirola* se llamaba tambien *Ferreira*...

EL CRIADO MAYOR.—Señoritos, ¿traigo el *gato*?

LOS VIAJEROS.—¿Qué gato?

EL CRIADO MAYOR.—El del vino...

LOS VIAJEROS.—¡Quita allá, hombre!... ¡Vino en ayúnas!... Bebed vosotros... y dejadnos en paz.

EL LEYENTE *(prosiguiendo)*.—«El dia de los Inocentes estuvo en su casa en *Válor*, y el 29 de Diciembre entró en *Ugíjar de Albacete*, con deseo, á lo que dijo, de salvar la vida al Abad Mayor, que era grande amigo suyo, y á otros que tambien lo eran, y cuando llegó ya los habían muerto.»

UN VIAJERO.—¿Quién dice eso?

EL LEYENTE.—Luis del Mármol...

EL VIAJERO.—Entónces, debe de ser verdad... pues nunca favorece en nada á ABEN-HUMEYA.

EL LEYENTE *(continuando)*.—«Allí repartió entre los moros las armas que habían tomado á los cristianos, y el mismo dia fué al Lugar de *Andarax*... y dió sus patentes á los moros más principales de los partidos y más amigos suyos..., mandándoles que tuviesen especial cuidado de guardar la tierra, poniendo gente en las entradas de la *Alpujarra*...

»Hecho esto, y dejando por Alcaide de *Andarax* á BEN-ZIQUÍ, uno de los principales de aquella Taha, volvió á *Ugíjar*, donde dió sus poderes á MIGUEL DE RÓJAS, su... suegro, y le hizo su Tesorero general, porque, ademas del parentesco que con él tenía, era hombre principal, descendiente de los MOHAYGUAGES ó CARIMES, Alguaciles perpetuos de aquella Taha en tiempo de los Moros, á quien, por ser muy rico y de aquel linaje, respetaban mucho los moriscos alpujarreños.

»ABEN-HUMEYA hizo todas estas cosas en un solo

dia, y aquella misma noche se fué á dormir á *Cádiar.*»

*
* *

Los Lectores por antonomasia *(con indignacion.)*—¡Alto ahí! ¡Esto es un engaño manifiesto! Nosotros no sabíamos...

El Autor de este libro.—Sé lo que vais á decirme, y tengo preparada la contestacion. Lo que me vais á decir es que entre las anteriores noticias figura una, relativa al gobierno interior y vida particular del caudillo agareno, que os ha causado tanta sorpresa como disgusto...

Los Lectores.—¡Sí, señor! ¡Eso mismo!...

El Autor.—Pues lo peor del caso es que yo la sabía, y que debí participárosla en el *Valle de Lecrin* cuando encontramos al jóven D. Fernando de Válor en compañía de aquella morisca tan hermosa, que, al decir de los historiadores, sólo era su querida... (Los Lectores *se miran con asombro.)*

Pero (creedme) no procedí de mala fe, sino por olvido: con la gloria se me fué la memoria, y ni por asomos recordé que aquel *raptor ó robado* (fueron mis expresiones) estaba *casado* con otra mujer,—cuya suerte debía de ser bien desgraciada...

Y, no habiéndome acordado de pensarlo, mal pude acordarme de decíroslo, ni de condenar (como condeno ahora) todo lo pérfido y escandaloso de aquella manera de viajar... (Los Lectores *principian á calmarse.)*

Sin embargo, yo no puedo creer que semejante perfidia con la legítima consorte llegase hasta el

extremo de haberla dejado abandonada en la Capital y expuesta así á crueles represalias de parte de los Cristianos... *(Todos escuchan con creciente interes.)*

Y, como las historias se callen sobre este punto, atrévome á suponer que la ultrajada esposa viviría habitualmente en el Lugar de *Válor,* en lo alto de la *Alpujarra,* donde ABEN-HUMEYA tenía su primitiva Casa señorial, y que éste iría aquella mañana en su busca,—aunque tan mal acompañado...

¡Desventurada mujer, de cualquier manera!... *(Profunda emocion en todos.)* ¡Mucho más desventurada, sin duda alguna, de lo que nos la presenta Martínez de la Rosa en su célebre drama!—Siquiera allí, en medio de la más horrible catástrofe, aparece muy amada y respetada por su marido, miéntras que, como veis, la verdad de las cosas era... *(Risas.)*

Pero consolémonos. Tampoco tenía ya motivos para engreirse la hasta entónces preferida morisca; pues, segun refiere Hurtado de Mendoza, el jóven héroe, al ceñirse la corona de sus mayores, montó su casa bajo un pié severamente... mahometano.

Hé aquí las palabras del noble historiador:

«Tomó tres mujeres: una, con quien él tenía »conversacion, y la trujo consigo (ella): otra del Rio »de Almanzora; y otra de Tabernas, porque con el »deudo tuviese aquella Provincia más obligada; sin »otra con quien él primero fué casado, hija de uno »que llamaban Rojas...»

Total... ¡cuatro!! *(Estupor general.—Pausa.)*

Ni habían de parar aquí las cosas,—como verémos en su dia.

¡Ah! El amor fué el talon vulnerable de aquel Aquíles,—y por el amor murió efectivamente...

(Al pronunciar el AUTOR *estas últimas palabras, dando muestras de hallarse muy conmovido, le dicen afectuosamente)*

LOS LECTORES.—Perdone usted... Estamos satisfechos... Puede continuar la lectura.

(El AUTOR *se tranquiliza: todos se sientan otra vez sobre la hierba, y aquél prosigue de este modo, despues de unos instantes de meditacion:)*

*
* *

Pero la hora de tan justo castigo estaba todavía distante del momento en que dejamos á ABEN-HUMEYA durmiendo en *Cádiar*.

Recordareis que aquel momento era la víspera del dia de su coronacion.

Amaneció al fin este dia, y el primer acto del príncipe islamita fué nombrar *su Capitan General* (1) á aquel D. FERNANDO EL ZAGUER, llamado tambien ABEN-XAGUAR, de quien ya hemos hablado anteriormente; el cual era tio carnal suyo, hermano de su encarcelado padre, y hombre influyente y acaudalado, que había sido la cabeza y el alma de toda la conspiracion... (2).

Mas, pues tenemos á mano á Pérez de Hita, inimitable siempre en la descripcion de los cuadros

(1) Yo calculo que esto querrá decir *su Ministro de la Guerra;* pues *Generalísimo de sus ejércitos* nombró pocas horas despues al HABAQUÍ.

(2) «ABEN-CHOCHAR» llama defectuosamente Gines Pérez de Hita á ABEN-XAGUAR, sin duda por haber tomado su nombre al oido de boca de los Moros y no acertar á representarlo mejor en nuestra escritura.

pintorescos de aquella Guerra en que tomó parte como soldado, dejémosle referir á su modo el acto solemne de la coronacion de ABEN-HUMEYA.—Algo habrá de cierto en su relacion.

*
* *

(Lee).—«Cuando ABEN-HUMEYA vido que el negocio de todo punto era roto y que ya no podía hacer otra cosa sino morir ó pasar adelante, mandó que la gente que estaba junta, y de guerra, se recogiese en *Cádiar*, porque les quería dar órden de lo que habían de hacer, y porque con voluntad suya quería ser coronado.

»Y ansí, la gente en *Cádiar* toda recogida, en cierta parte cómoda para el caso (en el campo, porque toda la gente coger pudiese), debajo de una grande y frondosa olivera, se puso un rico estrado, y en él dos sillas ricas puestas, encima de las cuales estaba puesto un rico dosel de seda, reliquia de los pasados Reyes de Granada, y en la una silla se sentó D. FERNANDO MULEY, y en la otra, á su mano izquierda, su tio ABEN CHOCHAR, el cual tenía alrededor de sí muchos Ricos-Hombres de aquellos Lugares y de otros.

»Y viéndolos ABEN CHOCHAR juntos, y con ellos una grande tropa de gente armada..., se levantó de la silla, y en voz que todos lo podían oir, comenzó á hablar, mostrando gravedad, lo siguiente:»

(Aquí su discurso, que no os leo, porque es largo, y no tan bueno, ni por asomos, como aquél que pronunció en el *Albaicin* elogiando las cualidades de la raza morisca.—Por lo visto, al opulento ABEN-

XAGUAR le daba por la oratoria, como á nosotros; pero sus discursos son mejores ó peores segun las dotes literarias del historiador que los transcribe. La arenga del *Albaicin* ha llegado á nuestros dias extractada por Hurtado de Mendoza, y así resulta ella de severa, clásica y elegante (1), miéntras que en la oracion que aquí omito se echa de ver que el que nos la transmite es hombre de más imaginacion que humanidades.)

«Apénas ABEN CHOCHAR (prosigue Pérez de Hita) había dicho estas palabras, cuando todo aquel confuso escuadron movió un gran alarido, diciendo: «*¡Viva el Rey* D. FERNANDO MULEY, *á quien escogemos, y queremos que lo sea, para que nos defienda y nos ponga en libertad!*»

»Y, diciendo esto, muchos de los más cercanos arremetieron á D. FERNANDO, y á él y su silla levantaron en alto, diciendo: «*¡Viva el Rey de Granada,* MULEY ABEN-HUMEYA!»—Y ansí le tuvieron en alto una gran pieza.

»Luégo comenzaron á sonar músicas, dulzaynas y chirimías, y trompetas y atabales, con tanto ruido, que parecía hundirse el mundo. Luégo le pusieron encima de la cabeza una corona de plata dorada, y rica, que era de una Imágen de Nuestra Señora y para aquel caso la tenía ABEN CHOCHAR proveída.

»Despues de coronado le fué tomado juramento sobre un libro del Alcoran, que los ampararía y defendería hasta la muerte. Todo lo cual el REYECILLO juró (que así le llamarémos de aquí adelante), y, ha-

(1) Como imitada de un razonamiento de Tito Livio.

biendo hecho este juramento, todas las chirimías y dulzaynas y otros instrumentos sonaron con gran ruido.

»Luégo muchos Lugares vinieron á darle la obediencia y á besar las manos...

»Luégo mandó hacer bandera y elegir Capitanes para que se siguiese la guerra.—Los Capitanes que se eligieron son éstos:

»El Sorri, de *Andarax*.—Zarca, de *Ugíjar*.—Puertocarrero, Alcaide de *Gergal*.—El Maleh, de *Purchena*.—Hazem, de *Vélez el Blanco*.—El Gravi, de *Vélez el Rubio*.—Aben Bayle, de *Alcudia*.—Farag, negro, de *Jerque*.—El Jorayque, de *Baza*.—El Lale, Alguacil de *Macael*.—Alhadra, de *Ohánes*.—Alrocayme, de *Guadix*.—El Havaquí, de *Guadix*.—El Dere, de *Andarax*.—Gironcillo de la Vega.—El Dali.—Los Partales.—Berio.—El Meliluz.—El Corcuz, de *Dalias*.—El Garras.—El Mohaxar.—El Rentío.

»Y, sin éstos, otros muchos Capitanes, el número de los cuales llegó á doscientos y cincuenta, todos de hidalga sangre, nietos, biznietos de muy principales Caballeros que en los pasados tiempos gobernaron á Granada y sus tierras...

»Y sobre todos los Capitanes fué uno señalado por General de todos, llamado El Havaquí, varon grave, de buen juicio, valeroso de su persona, de casta de Caballeros nobles; era natural de Guadix, ó de el Alcudia.—A éste le fué dado el baston de General contra su voluntad...»

Coronado que hubieron los Moriscos á su Rey, «vistiéronle de purpúra (dice Hurtado de Mendoza),

»y pusiéronle casa, como á los Reyes de Granada, »segun que oyeron á sus pasados».

«Por último (concluye Luis del Mármol), ABEN-»HUMEYA, dejando gente de guarnicion en la fron-»tera de *Poqueira*..., á 30 dias del mes de Diciem-»bre estuvo de vuelta en el *Valle de Lecrin,* para si »fuera menester defender la entrada de la *Alpujar-»ra* por aquella parte al MARQUÉS DE MONDÉJAR.»

. . . .

—¡Vaya bendito de su Dios; que será ir maldito del Dios verdadero!...—exclamamos todos nosotros al llegar á este punto.

Y, miéntras el insensato entregaba su fortuna y su vida, y las de millares de hombres, al azar de las armas, recogímos los papeles, montamos á caballo y seguímos adelante pacíficamente, en busca del grandioso panorama que nos proponíamos contemplar desde lo alto de la *Contraviesa*.

***

A poco de abandonar el frondoso lecho del *Rio de Cádiar,* subímos una cuestecilla que nos condujo inmediatamente á la *Venta de Torbiscon*.

Eran las nueve. Allí almorzamos de lo que llevábamos *á bordo,* en una alegre plazoletilla que hay á la parte afuera del establecimiento;—establecimiento que nos fué muy útil, sin embargo, puesto que nos proporcionó una mesa del tamaño de una silla, sillas para más de la cuarta parte de los comensales, un agua excelente, y la picaresca cháchara del Ventero y la Ventera, tipos dignos de las novelas menores del Manço de Lepanto.

La identidad de sus caracteres, su ladina bufonería y la continua broma con que se trataban, llamaron vivamente nuestra atencion.—Pocas veces se habrá visto llevar la cruz del matrimonio con tanto donaire, desembarazo y buen humor como ellos la llevaban... (No habían tenido hijos.)—Con dificultad tambien se hubiera dado una familia más feliz y alborozada dentro de tanta pobreza... (No tenían hijos.)—Eran ya de cierta edad; no viejos seguramente, pero tampoco jóvenes, y jugaban el uno con el otro como dos muchachos de diez años... (No tenían hijos...)—Y, con todo; aquel desmedido júbilo, aquella insustancialidad de su vida, aquel Sacramento practicado en chanza, aquella dicha tan fácil y segura, acabaron por inspirarnos compasion... (¡No tenían hijos!)

—¿Quisiera usted haber tenido cuatro hijos, haber perdido dos, y que le vivieran los dos restantes?—le preguntó un dia ferozmente á aquella mujer cierto viajero, al tiempo de montar á caballo, procurando que nadie sino ella oyese tan brusca y extravagante interpelacion...

Y es fama que la risa se heló en el festivo rostro de la Ventera; y que sus ojos se nublaron, y que su boca se frunció tristemente, al suspirar de una manera sorda y con una sinceridad que llegaba al alma:

—Sí, señor.

*
* *

De la *Venta de Torbiscon* bajamos á la anchurosa *Rambla* del mismo nombre;—lo cual demos-

traba que nos íbamos aproximando al propio *Torbiscon,* antigua capital de la *Contraviesa.*

Pero ¡ay! ántes de llegar allí, habíamos de formar juicio de lo que significa una *Rambla* de la *Alpujarra*... Esto es: habíamos de sufrir todas las fatigas de los desiertos africanos,—como acabábamos de saborear en el *Rio de Cádiar,* á la bajada del *Puerto de Jubiley,* todas las dulzuras de los oásis.

Las mutaciones escénicas de aquella jornada no podían ser más bruscas ni más frecuentes.

¡Calor y arena!...—Hé aquí resumida la hora interminable (de las diez á las once) que pasamos subiendo la *Rambla de Torbiscon.*

No corría un pelo de aire... Se respiraba fuego... ¡Ni un palmo de sombra por ningun lado!...—Hubiérase dicho que viajábamos por el mismo globo del Sol, ó que el Sol había incendiado la Tierra.

¡Arena y calor siempre..., ó, á lo ménos, hasta agotar nuestro sufrimiento!...—Aniquilado todavía mi espíritu, sólo con el recuerdo de aquella marcha, no encuentra mejor manera de definirla.—¡Y eso que estábamos en Marzo!

No diré, pues, más.—Añadid vosotros ahora toda la arena y todo el calor que os dé la gana.

Quiso, al fin, Dios... (Pero ¿qué digo *al fin?* ¡Aquel *fin* fué sólo *de la primera parte!)*—Quiso Dios, de todas maneras, que *Torbiscon* apareciese á nuestros ojos, anclado en la *Rambla,* y sirviendo como de cobertera á un aplastado cerrete...

—¡Bendito sea el hombre, que ha inventado los pueblos para que descansen los caminantes!...—pu-

dimos exclamar en aquel momento, plagiando al Luciano del siglo XVIII.

Ello es que pusimos la proa á *Torbiscon*, en busca de unos minutos de respiro, no sin darnos cuenta de una particularidad muy rara: y era: que no habíamos encontrado en todo el dia ni un solo caminante en ninguna de las sendas que habíamos recorrido.

***

A pesar de la meseta que sirve de asiento á la noble y vetusta villa en que íbamos á entrar, diz que sus habitantes recelan verla sepultada bajo olas de arena, ó arrancada de cuajo, el dia que ménos se lo figuren, por los espantosos aluviones que la *Contraviesa* envía frecuentemente á aquella endemoniada *Rambla*.—Profesan, pues, los torbisconenses cierto linaje de cariño y de agradecimiento á un enorme y hermoso Peñon enclavado en medio de ella, un poco más arriba del pueblo, precisamente en el puesto de mayor peligro,—el *Peñon de Pinos* recuerdo ahora que se nombra,—del cual esperan que seguirá protegiéndolos como hasta aquí contra una furiosa acometida de las aguas.

Hacen bien en confiar en él... ¡Se lo digo yo! (Así se debe hablar en este mundo.) Aquel rudo monolito, rodado de la próxima montaña durante algun terremoto contemporáneo de Mathusalem, y donde quiebra y tuerce visiblemente la primitiva proyeccion de las avenidas, es y será inconmovible..., miéntras no ocurra otro cataclismo como el que le hizo establecerse allí; y, para tales contingencias (de

que Dios libre ya á nuestro Planeta; pues bueno está como se halla; sobre todo para el poco tiempo que permanecemos en él *ahora* los mortales:—¡Mathusalem vivió novecientos diez y nueve años!), fuera un exceso de lujo tomar ningun género de precauciones.



Torbiscon, donde paramos una media hora, nos recordó aquellas ciudades, favoritas del sol, que tan prodigiosamente describe Eugenio Fromentin en su libro *Un eté dans le Sahara.*—¡Tan grato nos fué el sosiego de siesta que respiraba la villa! ¡Tan sabrosa nos resultó la sombra de sus calles! ¡Tan intensamente meridional encontramos todo su aspecto! ¡Y tan inestimable dón del cielo nos pareció allí el agua fresca!

Aparte de esto, la discrecion y afabilidad de aquellos de sus moradores con quienes cruzamos la palabra; el aire grave y circunspecto que conserva aquella antigua residencia de poderosos Corregidores y cabeza luégo de un Juzgado de primera instancia; el sentimiento de respeto que no pudo ménos de inspirarnos, como toda desgracia inmerecida, su decadencia oficial; las noticias que teníamos de su actual riqueza agrícola y de lo preciados que son sus frutos en España y en el extranjero; y, finalmente, la consideracion, que ya he apuntado ántes, de que aquella era la tradicional metrópoli de la *Contraviesa* (1),

(1) *Torbiscon* tiene 2.422 habitantes, comprendidos los ochenta y tantos cortijos y caserios de su extensa jurisdiccion.
Hoy pertenece al Partido judicial de *Albuñol.*

fueron otras tantas razones para que la imágen de *Torbiscon,* siquier entrevista tan ligeramente, se grabase en nuestra memoria con indelebles rasgos, y hacen que me complazca hoy de este modo en su agradabilísimo recuerdo.

***

A la salida de *Torbiscon* nos esperaba otra hora de angustias semejantes á las que sufrímos á la entrada.

Es decir, que desde las puertas de la villa hasta el pié de la *Contraviesa,* caminamos siempre por aquella perdurable *Rambla,* circuída de cerros, privada de toda ventilacion y cada vez más encendida.

Por eso nunca olvidaré el amor que nos inspiraron otros dos ó tres Peñones, semejantes al de *Pinos,* que encontramos de pié, enteramente solos, en mitad de la arena, y escalonados á larga distancia uno de otro, como gigantescas estatuas del dios Término, ó más bien como Estaciones ó Ventas colocadas allí por el verdadero Dios para hacer posible la travesía de aquel desconsolado erial...

Sobre todo, uno de ellos, más alto que los demas, cuadrado y erguido como una torre, y algo cóncavo por la cara que miraba al Septentrion, nos enamoró de tal modo y obligó tanto nuestra gratitud, que, si yo fuera Rey, lo volvería á colocar sobre la montaña de que se desprendió contra su gusto.

Porque habeis de saber que, entre la escasa sombra *exterior* (llamémosla así) que el Peñon proyec-

taba hácia el Norte á aquella hora, y la sombra *interior,* hija de su concavidad, resultaba, en medio del reverberante y abrasado desierto, un espacio oscuro, fresquísimo, recamado de húmedas hierbas, y hasta de flores salvajes, capaz de contener, como contuvo, y de consolar, como consoló, simultáneamente, á media docena de caballeros y algunos peones,—por más que el sol pasara á la sazon por aquel meridiano.

Allí nos guarecímos, sí, los que íbamos á vanguardia, y allí estuvimos como unos príncipes, hasta que llegaron nuestros compañeros y *nos relevaron,* como era justo; quedándose ellos entónces de guarnicion, por otros breves instantes, en aquella umbrosa isla rodeada por un océano de fuego.—Todos á la vez no habríamos cabido.

Partímos, pues, nosotros en busca de otro *peñon;*—pero ya no encontramos ninguno; visto lo cual, y como prenda de cariño, bautizamos á aquél desde muy léjos con el nombre de *Peñon de Zorrilla,* en conmemoracion de estos dos gráficos versos del príncipe de los trovadores:

. . . .
al ronco són de bárbara guitarra,
debajo de un *peñon de la Alpujarra.*

Pero, si no encontramos otro peñon, en cambio pusimos los caballos al galope (á riesgo de que se asfixiasen), con tal de salir de una vez de aquella insoportable rambla...

Y, en efecto, gracias á un remedio tan heroico, pocos minutos despues nos vimos *al fin* libres de

ella, arrimados á una altísima montaña y guarecidos á la sombra de dos ó tres corpulentos árboles.

Allí principiaba una Cuesta, que se encaramaba desde luégo de roca en roca con direccion á las nubes...

—Por ahí tenemos que subir...—nos dijo un alpujarreño.

—¡Mejor!—contestamos los demas, hartos de arena y de llanura.

Era la famosa *Cuesta de Barriáles*.

Estábamos al pié de la *Contraviesa*.

IV

Subida á la *Contraviesa*.—Historia de una uva.

Estábamos al pié de la *Contraviesa*... es decir: había llegado el momento solemne de trepar á la gran montaña interior del amurallado recinto alpujarreño,—de la cual el cerrajoncillo que salvamos aquella mañana, nieto suyo é hijo de *Sierra de Lújar*, no había sido más que un prólogo, ó, por mejor decir, un destacamento de caballería ligera, comandado por el impetuoso *Jubiley*.

Desde lo alto del *Puerto* de este nombre habíamos contemplado la línea del Norte de la *Alpujarra*... esto es, una octava parte de los misterios que anhelábamos descifrar...—¡Desde lo alto de la *Contraviesa*, ó sea desde el eminente *Cerro Chaparro*,

contemplaríamos, como á vista de pájaro, toda la *Alpujarra,* absolutamente toda, de la frontera del Norte á la del Sur, de la del Este á la del Oeste!

Así nos lo prometía, por lo ménos, en elocuentísimas arengas el jóven Cura de *Albondon,* complacido hasta lo sumo al ver el entusiasmo que nos inspiraba aquella poderosa naturaleza de él tan querida.—Hubiérase dicho que era Pedro el Ermitaño, describiendo á los Cruzados la hermosura de Jerusalem, á fin de animarlos á sufrir con paciencia las penalidades del camino.

Emprendímos, pues, la subida.



Ésta fué asunto de dos horas de reloj, repartidas en *mil cuatrocientos metros* de desnivel (1) (un verdadero asalto); pero, así y todo, no nos pareció tan ruda como la ascension al *Puerto de Jubiley.*—O ya *nos íbamos haciendo,* como suele decirse en aquella provincia, ó la expectativa de las grandes revelaciones topográficas que nos aguardaban en la cumbre aumentó nuestras fuerzas en aquel otro *sendero de palomas.*

Confieso, sin embargo, que más de una vez nos causó horror considerar el aspecto que ofrecía nuestra larga caravana, trepando, arañando, gateando ladera arriba, en redoblado *zigzag* ó receñidas eses, como una culebra de desmesuradas proporciones.

(1) La *Rambla de Torbiscon* estará á unos 1.300 piés sobre el nivel del mar. La cumbre de la *Contraviesa* (Cerro Chaparro) se halla á 6.387:—exactamente la mitad de la altura del *Mulhacem.*

Imaginaos, si no, la cosa en su prosaica realidad.

Si (pongo por caso) íbais de los últimos, sólo veíais sobre vuestra cabeza, á muchos metros de elevacion, lucientes herraduras y cinchadas barrigas de mulos ó caballos; suelas de colgadas botas, apoyadas en estirados estribos, y tal vez las ventanas de las narices de algun amigo del alma, ó la parte inferior de las alas de su sombrero...

—¡Espeluznante escorzo, vive Dios!—os decíais llenos de espanto.—¿En dónde se apoyan las bestias para ir subiendo de ese modo por una pared casi vertical? ¿Qué nos pasaría á todos los que marchamos aquí abajo, en esta retorcida deshilada, si por evento cayera uno de los que cabalgan allá arriba?

—¡Todos,—os respondíais,—todos iríamos rodando á los profundos infiernos, empujado cada cual por su vecino!

Y, en prueba de ello, de vez en cuando, sentíais caer sobre vosotros menudas chinas (afortunadamente eran menudas), desprendidas por los apurados cuadrúpedos que hacían equilibrios en lo alto.

Ahora: si, en virtud de haber tomado individualmente por algun breve atajo, creyéndolo ménos peligroso, caminábais por ventura entre los más delanteros, y os ocurría mirar por encima del hombro hácia aquella reata de jinetes escalonados á vuestros piés,—todos de perfil, el uno vuelto á la izquierda, el otro á la derecha, y así alternadamente hasta el remate de la procesion,—no podíais ménos de reíros en medio de vuestro saludable miedo; pues os parecía que cada uno de los de atras iba colgado de la

cola ó de las patas del caballo del de adelante, formando en suma una de aquellas escalas vivas por medio de las cuales bajan los monos á beber agua á los pozos de los desiertos de Africa.

Y en los dos casos, fuéseis á la zaga ó la cabeza, no comprendíais cómo habíais subido por donde la retaguardia estaba subiendo, ó cómo habríais de subir adonde ya se encontraba la vanguardia.

Todo lo cual declaro asimismo (y tambien lo hubiérais declarado vosotros) era todavía preferible al llanísimo arenal de *Torbiscon*...

¡Siquiera allí, en la *Cuesta de Barriáles,* en los escalones de la *Contraviesa,* hacía algun fresco á ratos, corrían ráfagas de aire al embocar con éste ó aquel gollizo remoto, y encontraba uno tal ó cual árbol ó desgajada peña á cuya sombra encender un cigarrillo!



«Tal ó cual árbol» he dicho; y no era así seguramente como me cumplía expresarme con relacion á la *Contraviesa,* sino de modo y forma que se entendiese que aquella cordillera está casi toda cubierta de árboles... y de árboles muy productivos por cierto.

Rectifico, pues, y digo (aunque limitándose todavía á la falda que íbamos subiendo,—la cual es la ménos rica, por ser la que mira al Septentrion) que sus lomas y barrancos ostentaban por doquier, entre otros vegetales ménos preciados, dilatadas viñas, extensos bosques de almendros é infinidad de blanquecinas marañas de seculares higueras.

Uvas, almendras, higos... Hé aquí las principales cosechas de aquella zona, al parecer salvaje.—Pero ¡qué higos, qué almendras y qué uvas!—«*¡De la Alpujarra!*»—se dice en toda Andalucía, como suprema recomendacion, al ofreceros esos tres frutos.—Y, para los inteligentes, no hay más que decir.

Cuando vayamos á *Turon,* discurrirémos especialmente acerca de los higos.—En *Múrtas* tendrémos ocasion de juzgar las almendras.—Aquí me toca hablar de las uvas.

*
* *

La uva peculiar de la *Alpujarra,* cuyo prototipo lleva el nombre de la villa de *Ohánes,* es grande, oblonga, dura..., y pálida y transparente como la cera.

Esta uva no es nunca hollada por el pié brutal del hombre, ni se ve compelida, por consiguiente, á reventar para dar de sí la gran maravilla del mosto...—Tampoco va desde la cepa á los mercados de la provincia, en fresco y apretado grumo que penda luégo de la mano de un cualquiera, para que este cualquiera lo desgrane poco á poco, por via de postre, hasta dejarlo reducido á un esqueleto ó escobajo...—Ménos aún se transforma en arrugada *pasa,* como acontece con las uvas de la vecina Costa...—Ni tan siquiera es su destino figurar en eso que se llama *un hilo* (como si se dijese un *hilo de perlas),* para pudrirse de impaciencia, colgada meses y meses del techo del harem de un metódico sibarita, empapelada ó sin empapelar, y dando orígen á este

decir de mi pueblo: «*¡Anda... que eres más tonto que un hilo de uvas!*»

No, señor, no; la legítima uva alpujarreña no llega nunca á ser madre... (del vino);—ni viene á parar en fácil bacante que sólo dure lo que los festines de Otoño;—ni acaba en solterona que se pase y acartone, como la *Eugenia Grandet* de Balzac, y sólo sirva á la vejez para sazonar, vestida de oscuro, tal ó cual especie de *pouding;*—ni es, en fin, jamas emparedada odalisca que *espere vez* entre otras frutas en la despensa de un goloso, del modo y manera que refiere Lord Byron en el Canto VI de su *Don Juan...*

La uva de la *Alpujarra* cumple una mision más noble.—La uva de la *Alpujarra* se mete monja, vive cenobíticamente, y muere vírgen.

¿Cómo así?

Vais á saberlo.

El vendimiador de la *Alpujarra* principia por construir muchas cajas de madera.—Sube luégo á lo alto de su montaña, donde se crian unos magníficos alcornoques, y les arranca la piel... quiero decir, el corcho.—Muele este corcho hasta pulverizarlo, y con aquella materia, que es el mejor preservativo que se conoce contra la corrupcion... de las uvas, llena las cajas susodichas. En seguida coge unas tijeras, y va cortando de cada racimo, una por una, las bayas más perfectas, limpias y sanas, separándolas para siempre de las otras. Consumado esto, procede á esconder entre el corcho pulverizado, tambien una por una, y en rigoroso órden, las uvas elegidas, procurando que estén incomunicadas entre sí

y con el aire atmosférico. Y, por último, cierra y clava las cajas con el mayor esmero posible, y échase á dormir completamente descuidado, como quien sabe que aquellas reclusas pueden pasar allí años y años sin ninguna clase de detrimento.

Lo que sucede despues no es culpa mia, ni tampoco de las uvas alpujarreñas.

Es culpa del vendimiador y del grado de locura á que ha llegado nuestra pobre Europa.

Yo, como liberal y como católico, estoy por que haya conventos. Para mí, la mayor de las tiranías es privar á los mortales del derecho de escoger sus compañeros de peregrinacion por este valle de lágrimas y de encerrarse con ellos, léjos del vano tumulto de una sociedad atea, á conferenciar con Dios sobre el *quia* de la vida y sobre el *quare* de la muerte, sobre el *quid* de todo lo criado y sobre el *esse, fuisse, fore,* que dice uno de los Santos Libros.

Pero, amigo: el vendimiador, despues de haberse esmerado tanto en la construccion y disposicion de sus conventos de uvas, los saca luégo á pública subasta...; y como aquellos ingleses, rusos y alemanes de que hablamos en *Béznar* son todos herejes; como, ademas de herejes, son muy ricos, y como, á pesar de ser tan ricos, no se crian uvas en su país... ¡ni respetan clausura, ni respetan votos, ni respetan nada!

Vese, pues, á estas vestales españolas (pálidas y transparentes como la cera, que dije más atras) morir mártires en las más abominables metrópolis del Norte, devoradas por una especie de osos protestantes, ó cuando menos cismáticos, cuyos dientes, en-

negrecidos y desportillados por el escorbuto... ¡Ah! ¡Qué horror!—No puedo continuar... (1).

Resumiendo: las uvas de la *Contraviesa* se exportan por Almería, Adra ó Motril con destino á las naciones septentrionales de Europa..., y yo he aprovechado gustosísimo esta nueva ocasion de hacer la causa de la raza latina contra sus rivales del Continente, á fin de que mi libro tenga su lado transcendental.—No quiero que se me tache de autor frívolo y sin sustancia en unos tiempos en que tanto abundan los filósofos.



Por lo que respecta á nuestro viaje ó escalamiento, dicho se está que proseguía sin interrupcion... posible,—miéntras que yo me esforzaba de aquel modo por encerrar el universo en una uva.

Tocábamos ya, pues, casi á la cima de la *Contraviesa,* y veíamos debajo de nosotros muchas de sus fértiles cañadas, llenas de cortijos y casas de labor; bien que no extensos y remotos horizontes...—En cuestas como aquélla, no se va descubriendo terreno á medida que se asciende; sino que hay que llegar á lo alto para descubrirlo todo de un golpe.

Nuestra ansiedad era, por consiguiente, extraordinaria cuando, á eso de las dos de la tarde, comprendímos que nos faltaba muy poco para salir á la plataforma de *Cerro Chaparro.*

(1) *I write this perfectly aware that England is the country of beautiful teeth, and above all of clean teeth. I have also seen german, danish, polish, swedish and russian teeth that could be compared to a pearl necklace. Putting aside every consideration I am obliged to be a party man, and must write what suits my feelings and those of my race. (To what race do I belong?)*

—¡Prepárense ustedes á la gran emocion!—nos decía desde léjos el buen Cura con su voz de misionero y su gran instinto dramático.—¡Desenvainen lápices y carteras! ¡Estamos llegando á la cumbre!

Y nosotros sacábamos fuerzas de flaqueza, y se las hacíamos sacar á los caballos, para ganar los últimos escalones de la montaña...

***

¡Llegamos al fin!...

El cielo avanzó por encima de nuestras cabezas, como un mar que rompiera sus diques, é invadió un inmenso espacio circular, anegando y sepultando bajo sus olas todos los montes que hasta allí nos habían parecido insuperables...

Sólo nosotros quedamos flotando en el general diluvio... Sólo nosotros dominamos entónces, en muchas leguas á la redonda, la vacía soledad del aire.

La *Alpujarra* entera estaba á nuestros piés.

V

Mapa de piedra y agua.

Realizábase, pues, en aquel momento mi deseo de toda la vida. La revelacion era completa. ¡Todo el ámbito de la inexplorada region se hallaba descifrado ante nuestros ojos!

Sí: desde allí descubríamos todo el suelo alpujarreño... *orográficamente considerado;* esto es, la misma *Sierra Nevada,* toda la *Sierra de Gádor,* toda la *Sierra de Lújar,* y toda la *Costa,* toda la orilla del mar...—¡Las cuatro fronteras, en fin, de la comarca de mis sueños!

*
* *

¡El mar!—¡Calle todo ante su grandeza!

¡Salud al mar, siempre nuevo, siempre jóven, siempre el mismo!

¡Salud al mar eterno, indiferente á los estragos que los siglos y los hombres hacen en esta caduca tierra, patria de los calendarios y de los mortales!

¡Salud al mar, que no entiende de razas ni de civilizaciones, y que así acaricia con sus olas el litoral de Africa como el litoral granadino, y del propio modo se encoge hoy de hombros ante nuestra República ateista, que ayer se encogía de hombros ante... ABEN-HUMEYA!

¡Salud al mar!...

*
* *

Pero he exagerado un poco al decir que se veía *toda la Costa,* cuando precisamente lo que había allí de más notable era:—que se divisaba una gran extension del líquido elemento, sin descubrirse por eso sus playas.

Más claro: los oteros australes de la *Contraviesa* se destacaban sobre la bóveda del mar,—en vez de destacarse, como los otros montes, sobre la bóveda del cielo.

Y digo la *bóveda del mar,* porque desde aquella suma eminencia (¡oh maravilla!) veíamos el Mediterráneo..., no debajo de nosotros como una llanura, sino colgado del firmamento como un telon; no tendido en semicírculo horizontal, como resulta cuando se le mira desde sus riberas, sino levantando un enorme arco, ó más bien un enorme disco, sobre la línea del horizonte, cual si fuese una inconmensurable Sierra de agua.

Nunca había reparado yo hasta entónces en aquel sorprendente efecto de óptica,—que, si no me engaño, se debe, entre otras causas, á la redondez (tantos siglos desconocida) del planeta en que escribo estos renglones...

*
* *

Por cierto que detras de aquel arco ó mitad de disco, ó sea por encima de él, se percibían vagamente, á pesar de esa redondez de la tierra, algunas cumbres del gigantesco Atlas, rey de los montes africanos...—¡Tan elevadas se hallan sobre el nivel del mar!...

Pero, como nos constaba que en la prosecucion del viaje habíamos de distinguir varias veces, y mucho más claramente que aquella tarde, la que ya hemos llamado *Sierra Nevada del Imperio de Marruécos* (pues de algo habría de servirnos trepar, como treparíamos el *Miércoles Santo,* á la *Sierra Nevada de la Península Española),* aplazamos para entónces todas las consideraciones á que se prestaba aquella exótica lontananza... áun á los ojos de los

que no teníamos parientes moros, judíos, renegados, presidiarios, ni de guarnicion en Melilla.

Reduzcámonos, pues, tambien ahora á la contemplacion de la *Alpujarra,* dejando en paz el vecino Continente.—Miremos, sí (ya que, gracias á Dios, la tenemos ante la vista), la célebre tierra por que tanto hemos suspirado, y no seamos como los ambiciosos ó los amantes, que matan, al mismo tiempo que el deseo, la cosa deseada, y en seguida se ponen á llorar por lo que queda.

*
* *

Y bien: desde lo alto de *Cerro Chaparro* se veía lo siguiente...

Pero digamos ántes lo que *no se veía.*

No se veían ni los Pueblos, ni las Vegas, ni las Playas, ni las Puntas, ni las Torres (¡unas de *Carabineros* y otras de *Faros!)* que bordan, segun descubrímos mas adelante, las solanas y el zócalo de aquellos colosales cerrajones.

No se veían tampoco (sino vagamente indicados por las curvas y vueltas de un redundante laberinto de cerros y gargantas) los valles interiores de aquella entrecortada tierra,—todos los cuales quedaban ocultos (como en una especie de *subsuelo,* que dicen las Leyes de Minas) bajo el recio oleaje formado por tantas sucesivas eminencias.

Ménos aún se veían (aunque se adivinara su trayecto) los prolongados Rios de *Cádiar,* de *Yátor* y de *Adra,*—cuyos hondos lechos seguía la imaginacion leguas y leguas, sin más ayuda que el con-

tinuo paralelismo con que serpenteaban ciertas y ciertas lomas.

No se veían, en fin, ni tan siquiera los mismos pueblos de la *Contraviesa,* á pesar de encontrarnos encima de casi todos ellos.

¡Tanto influye la más leve oblicuidad del punto de vista en la perspectiva del dédalo de escarpaduras y derrumbaderos que constituye la *Alpujarra!*...—como, en el órden moral, influye tambien mucho en nuestras ideas y sentimientos el punto de partida del rayo visual de nuestras apreciaciones, ó sea el aspecto más ó ménos *escorzado* que nos ofrecen el mundo y la vida.



Pero, áun así, ¡cuán revelador y cuán interesante era aquel desmesurado mapa de piedra y agua que nos exhibía, *en escala natural,* el efímero Reino de Aben-Humeya! ¡Cuán imponente resultaba aquel panorama de ochenta leguas cuadradas de tierra firme y de no sé cuántos centenares de leguas cuadradas de flotantes olas, del cual nuestras pupilas sacaban una descompasada fotografía, iluminada y colorida por el pincel de la Naturaleza! ¡Cuán grandioso era, en una palabra, todo *lo que se veía!*

Digo más: considerando bien las cosas, veíamos con los ojos del espíritu áun aquello mismo que *no se veía;*—como se contemplan *imaginativamente* todas las calles, casas y personas de una vasta poblacion cuando, desde su más empinado campanario, se pone uno á tirar líneas y echar cálculos sobre un piélago de tejados y azoteas...

Ni ¿qué otra cosa era el revuelto océano de montes que dominábamos desde allí, sino los tejados y azoteas de la *Alpujarra,* debajo de los cuales estaban sus valles, alias sus plazas; sus ramblas, alias sus calles; sus barrancos, alias sus callejones, y sus pueblos, alias sus gentes?

Ochenta leguas cuadradas, vuelvo á decir, ocupaban aquellas cordilleras sucesivas, aquellas encrespadas olas inmóviles (semejantes á las que el hielo petrifica en los mares del Polo), aquellos ejércitos de cerros, aquellas cumbres amotinadas; verdes unas; pardas otras; blancas éstas; rojas aquéllas; cuáles erizadas de cenicientas rocas; cuáles dentadas de negros riscos; dónde vestidas de aterciopeladas siembras; dónde coronadas de oscuras encinas; aquí dibujándose en el azul del cielo, que resultaba de color de esmeralda comparado con el azul de Prusia del mar; allí destacándose sobre las limpias nieves de *Sierra de Gádor,* ó sobre los amarillos arenales del *Campo de Dalias...*

Verdaderamente, tal espectáculo tenía mucho de extraordinario y maravilloso.—¡Qué soledad tan engañadora!—Aquel suelo, que no era suelo, sino la techumbre de la *Alpujarra* (escondida allí debajo, como una nacion de trogloditas), podía compararse á la espesa capa de ceniza y tierra vegetal que disimuló durante diez y siete siglos la supervivencia de Pompeya.

Así es que nuestra curiosidad de conocer los pueblos y valles alpujarreños subió más y más de punto al ver la tenacidad con que se ocultaban, y sobre todo al oir á nuestros compañeros de viaje ha-

cernos su enumeracion, señalándonos con el dedo el lugar en que caía cada uno.

*
* *

Sólo en la Cordillera cuya cima coronábamos hacía una hora—siempre á caballo, á fin de ganar otro metro de altura y de ir buscando los miradores más eminentes—, escondíanse catorce pueblos, ora colgados de sus cumbres, ora guarecidos en lo profundo de sus barrancos, ora asomados al mar por las ramblas y laderas de la Costa.—Dichos pueblos se llaman *Mecina-Tedel, Múrtas, Turon, Albondon, Albuñol, Sorvilan, Polópos, Rubite, Oliar, Bárgis, Alfornon, Fregenite, Alcázar* y *Torbiscon.*

Por éste último ya habíamos pasado aquella mañana.—A *Alfornon* y *Albuñol* los veríamos aquella misma tarde.—*Múrtas, Mecina-Tedel* y *Turon* formarían parte de nuestra inmediata excursion al Cerrajon de Múrtas y á la Costa.—*Albondon* sería objeto de un viaje especial, é inolvidable por todo extremo.—A los demas lugares de la *Contraviesa* no habíamos de llegar á ir, si bien pasaríamos por la jurisdiccion de casi todos ellos al abandonar la *Alpujarra.*

En cambio, nuestra ansia investigadora no perdonó (como vereis en su dia), ni siquiera uno de los pueblos de *Sierra Nevada* correspondientes al Distrito de *Ugíjar*...

Y es que estos otros pueblos y la *Taha de Andarax* (enclavada ya en la Provincia de Almería; pero de la cual veíamos claramente la descubierta

entrada), tenían para nosotros el encanto de haber sido el teatro de las más célebres hazañas y aventuras de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO,—de quienes seguíamos acordándonos á todas horas.

***

Pero concluyamos ya, diciendo algo de la *Contraviesa* en sí, ó sea de su propia configuracion.

La *Contraviesa* es una cordillera secundaria, paralela á *Sierra Nevada* y al mar; lo que quiere decir que, miéntras los demas hijos del *Mulhacem* corren de Norte á Sur, ella corre de Poniente á Levante.—De aquí su particularidad y el llamarse como se llama.

La *Contraviesa* es, por consiguiente, el gran contrafuerte ó antemural del *Mulhacem* por la parte del Sur, como *Sierra Arana,* en el Partido de *Iznalloz,* lo es por la parte del Norte.—El *Rio de Fárdes* responde al *Rio de Cádiar.*

Para los principales geógrafos españoles (y tambien en mi humilde opinion), el *Cerrajon de Múrtas* y la *Sierra de Lújar* forman parte integrante del sistema de la *Contraviesa.*—La *Contraviesa* tiene, pues, once leguas de longitud.

El Corresponsal del Sr. Miñano en la *Alpujarra* (Corresponsal que debió de ser un hombre muy ilustrado), le dijo que «las Puntas de *Carchuna* y de *Guardias Viejas* parecen dos áncoras arrojadas al mar por la *Contraviesa* para afianzar su estabilidad en el punto que ocupa en la Península.»—Yo, por decir tambien algo gráfico, añado: que la *Con-*

traviesa parece una pantera enorme, de *remendada* piel, cuya cabeza es la *Sierra de Lújar;* cuyas manos se llaman la *Punta de Carchuna* y la *Sierra de Jubiley;* cuyas patas forman los *Montes de Adra* y los Cerros de *Cojáyar,* y cuya cola se extiende tanto como el *Cerrajon de Múrtas.*

Finalmente: la cadena de la *Contraviesa* es la espina dorsal de la *Alpujarra;* el eje de su esqueleto; lo que la quilla en un barco, vuelto lo de abajo arriba; lo contrario de lo que sería la misma *Contraviesa,* vuelto lo de arriba abajo (!!!).

VI

Singularidad de las montañas alpujarreñas.

No bien nos convencímos de la gran verdad con que termina el capítulo anterior, echamos pié á tierra y nos sentamos al pié de unas robustas encinas que, en union de los susodichos desollados alcornoques, sirven allí de penacho á la *Contraviesa.*

Serían las tres de la tarde. Para bajar á *Albuñol,* término de nuestra jornada, nos bastarían dos horas.—Podíamos, por consiguiente, descansar en aquella altura, donde hacía fresco, pero en la que, sin embargo, no venía mal la sombra de los árboles...

Salieron entónces á relucir las naranjas, el vino y las sabrosas pláticas propias de las amistades re-

cientes, todo lo cual revestía una poesía inmensa en aquella region, más frecuentada por las nubes que por los hombres...

Entre tanto; sumando ya en nuestra imaginacion todo lo que acabábamos de ver en globo desde allí y todo lo que llevábamos visto más al por menor desde que salímos de *Órgiva,* principiamos á caer en la cuenta de la verdadera singularidad de la *Alpujarra,*—singularidad que la hace diferenciarse esencialísimamente de los demas países montuosos de Europa...

Entónces uno de nosotros pidió la palabra; y, bien que no tomando *un puño de bellotas en la mano* como D. Quijote (pues las encinas no daban más que sombra en aquella estacion); pero sí tendiéndose á la larga sobre un lecho natural de seco musgo, y fijando los ojos en aquellos árboles seculares que tantas bellotas habrían criado,—enderezó á la reunion (tendida tambien boca arriba en aquella azotea del globo terrestre) el siguiente elocuentísimo discurso... que os aconsejo leais, puesto que os servirá de clave para entender todas mis pasadas y futuras descripciones de la comarca alpujarreña:



«Pues, señor, está visto; y se equivoca el que se figure lo contrario:—no basta, ni por asomos, haber recorrido la Cadena de los Alpes ó la de los Pirineos (entre las cuales ocupa el término medio, como elevacion, la Cadena de *Sierra Nevada);* digo más: no basta tampoco haber contemplado la faz septentrional de esta misma *Sierra,* para poder figu-

rarse de manera alguna la fisonomía general de los montes y valles que van apareciendo á nuestros ojos.

Los Alpes y los Pirineos, y todas las montañas de nuestra zona, ofrecen á la vista un mismo carácter... más ó ménos pronunciado, segun su altura barométrica y su latitud geográfica... pero siempre idéntico en sus rasgos, en su entonacion pictórica, en su género poético, en su influjo sobre la imaginacion.—Nebulosas cimas, húmedas laderas, espumantes cascadas, brumosos lagos; un ambiente empapado de frescura; un cielo lleno de fantasmas; arroyos por todas partes; misteriosas quebradas, asilo de eternos crepúsculos; esponjadas hierbas, cabañas grises, valles melancólicos, muchas vacas, mucho humo, muchos puentecillos de madera... y algo, en fin, de yerto, de rugoso, de aterido, de huraño, de atormentado, en la austera vegetacion que allí lucha á brazo partido con el inclemente Bóreas... Tales son comunmente los obligados distintivos de las montañas europeas, así en Santander como en la Toscana, así en Segovia como en el Tirol, así enfrente de Pau como en Suiza, así en la Auvernia como en las Provincias Vascongadas... Tales al ménos os las representareis, como yo, en este instante, recordándolas amorosamente, y poblándolas (con la propia inspiracion bebida en ellas) de mil creaciones suaves, lánguidas, indecisas, vaporosas, impalpables...

La *Alpujarra,* como veis, es absolutamente distinta.—Verdad que aquí hay tambien nieves (en lo alto de aquella *Sierra...),* y valles, y rios, y peñascos, y derrumbaderos, y hasta alguna vez nubes...

pero ¡cuán diferentes todas estas cosas!—El tono, el color, la luz, el ambiente, todo varía aquí por completo.—Un cielo, casi siempre despejado, y de un azul puro, intenso, rutilante, empieza por servir de fondo á todas las decoraciones, disipando con su viva refulgencia vaguedades, misterios, nebulosos contornos, indeterminadas fantasmagorías. Una tierra cálida y enjuta nutre con la sangre de sus entrañas, y no con el lloro de sus peñas, esos manantiales de luz y fuego que se llaman el olivo y la vid, ó los elíseos frutos que roban sus más vistosos colores al íris. Aquestos valles no contrastan con lo petrificado por el frio, sino con lo calcinado por el sol. Aquestas rocas, léjos de sudar agua, funden y acrisolan metales. Las flores son fragantes y valientes, á pesar de la vecindad de los viejos ventisqueros, y el arroyo que baja de las regiones muertas se asombra de encontrarse con las adelfas silvestres ó con las ferozmente grandiosas higueras chumbas, orladas de arrumacos verdes y pajizos, como las princesas etiopes. ¡Ah! La influencia de la *Sierra* es casi siempre vencida por la de los vientos de Africa. El sol puede aquí más que la nieve.

Pero, en medio de todo, hago mal en acalorarme tanto; pues ni estoy defendiendo á la *Alpujarra* contra ningun injusto agresor; ni tengo deseo de malquistarme con otros montes, que tambien amo mucho; ni se trata de probar que el reverso de *Sierra Nevada* sea el más bello país montuoso de Europa; sino pura y simplemente de discernir una diferencia y de explicar en qué consiste.

Pues bien: concluiré haciéndoos notar que, así

como todas las montañas de nuestra zona parecen hijas del Invierno, la *Alpujarra* parece hija del Verano.—En lo hondo de los Valles de los Alpes y de los Pirineos, se ven, por ejemplo, á la puerta de las chozas, témpanos de hielo rodados de la altura, ó algunas pobres piñas desprendidas de la ladera... A la puerta de los cortijos alpujarreños veis montones de almendras nacidas cerca de las nubes, ó naranjas sin dueño que se han escapado del terromontero vecino.—Allí se sueña á la luz de la lámpara... Aquí se duerme á la luz de la luna.—Allí se esculpen, en Setiembre, al fulgor de una tea, baratijas de palo... Aquí, en Octubre, se pasan uvas é higos al calor del sol.—Los bardos de aquellas montañas las personifican siempre en deidades de ojos azules... La *Alpujarra* es una montaña de ojos negros.—«Montaña» suele implicar la idea de maga, de sílfide, de oréada, de sér quimérico, errante, vaporoso como la niebla... La *Alpujarra* es una saludable odalisca, ó, cuando más, una peri, una hurí, una divinidad, en suma, de carne y hueso, prometida por *El Coran* á los méritos de los musulmanes...»



Terminó el orador, y quedóse asombrado al ver que nadie aplaudía ni le contestaba...

Entónces reparó en que todos sus compañeros se habían dormido.

Y, por cierto, que (segun le contaron despues) cada cual estaba soñando una cosa diferente...

El uno soñaba que lo habían hecho rey, pero

que no sabía serlo;—por lo que se alegró mucho cuando despertó y se vió libre de aquel cuidado y de aquella esclavitud...

Otro soñaba que se había encontrado, en el mes de Julio, un tesoro de innumerables miles de millones, á pesar de lo cual seguía viviendo como cuando era pobre, pues no se le ocurría en qué gastar el dinero; pero que, llegado que hubo el Invierno, sintió frio, y encargó que le hiciesen, para su exclusivo uso, trescientas sesenta y cinco capas.

Otro soñaba que se había muerto y estaba ya camino de la Gloria; de cuyas resultas se apesaró luégo extraordinariamente cuando despertó y vido que se hallaba todavía en este mundo...

Soñaba otro que estaba leyendo un libro titulado LA ALPUJARRA, muy parecido al presente, y que al llegar al punto por donde vamos, se había hartado ya de Orografía, Hidrografía, Topografía y demas ramos de la Geografía;—por lo que suplicó al Autor no volviese á hablarle de montes y breñas con tanto detenimiento y procurase que la Cuarta Parte de su obra resultara más variada y entretenida que la Tercera...—Y el Autor se lo prometió solemnemente.

Otro soñaba que ABEN-HUMEYA, el MARQUÉS DE MONDÉJAR, el de los VÉLEZ, ABEN-ABOO, D. JUAN DE AUSTRIA y el DUQUE DE SESA lo llamaban desde léjos con grandes voces, para que fuese á presenciar los dramáticos lances, recias batallas y amorosas escenas en que estaban interviniendo;—y que él les ofreció correr en su busca tan luégo como descansase en *Albuñol*.

Otro soñaba que todos los respetables Curas Párrocos de los pueblos de *Sierra Nevada* correspondientes al Partido de *Ugíjar,* nos habían enviado á decir con sus Sacristanes que la Semana Santa iba á empezar, y que si no nos dábamos prisa en recorrer los pueblos del *Gran Cehel,* se frustraría nuestro propósito de conmemorar los Misterios del Juéves y Viérnes Santo en las iglesias de la region de las nieves...;—á lo cual habíamos contestado nosotros que descuidasen; que llegaríamos á tiempo.

Soñaba, en fin, no sé cuál de los durmientes, que un pobre soldado, tenido por medio loco, se estaba examinando de ética ante un tribunal compuesto de *El Valle de Lecrin, La Contraviesa, La Costa* y *Sierra Nevada,* y que, habiéndole preguntado esta última:

—¿Quién le parece á usted más grande y quién preferiría usted ser: Alejandro Magno, ó D. Quijote de la Mancha?

—¡D. Quijote de la Mancha!—contestó sin vacilar el soldado.

Miráronse los Examinadores, inclinando la cabeza en señal de asentimiento, y dieron al soldado la nota de *nemine discrepante;* pero el público que presenciaba los exámenes se reía entre tanto á mandíbulas batientes.

Irritóse con esto *Sierra Nevada,* hasta ponerse más roja que cuando reverberan en su faz los últimos resplandores del ocaso, y, levantándose tan alta como es, prorumpió en este brillante apóstrofe:

—¡Reid, almas frias! ¡Reid! ¿Qué entendeis vosotras de moral? ¡Reid, miéntras que los Quijotes os

compadecen de tal manera que, por listos y aprovechados buzos que seais, nunca lograreis medir las profundidades del mar de su desprecio, ni ménos robarles las riquísimas perlas, tamañas como nueces, con que Dios se sirve hermosear y consolar el alma de los desfacedores de agravios!

. . . .

Con que terminemos.

Visto que todos dormían, el orador, léjos de enfadarse, se durmió tambien...

Y poco despues se durmieron los criados...

Y así se realizó lo que estaba escrito, de que fuese en lo alto de aquella montaña donde,

> sin más testigos que el vecino cielo,
> y á la sombra de encinas y alcornoques

(estos dos versos los hice yo al tiempo de dormirme), descabezáramos todos aquel sueño que habíamos sacado íntegro de la inolvidable *Posada del Frances*.

Quedaron, pues, únicamente de pié, aunque tambien inmóviles, en la solitaria cumbre de la *Contraviesa* nuestras silenciosas cabalgaduras...,—que, vistas desde abajo, harían el efecto de aquellos grupos de caballos de bronce que en la Antigüedad romana coronaban algunos Arcos de Triunfo.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

CUARTA PARTE

EL GRAN CEHEL

I

De cabeza al mar.—Las eternas moriscas.—*Alfornon*.—Recuerdos de Africa. Dos tradiciones.—*Albuñol* á lo léjos.—Llegada á *Albuñol*.

A las cuatro de la tarde montamos á caballo y emprendímos la bajada á la *Costa*.

¡Veleidad humana!—Veinticuatro horas ántes, no deseábamos más que escalar montañas, medir derrumbaderos, atravesar soledades agrestes, perdernos en inexploradas regiones, y hacer, en fin, todo lo posible por incomunicarnos con la llamada *sociedad*...

Ya, nuestro anhelo y nuestra impaciencia eran por bajar á terreno llano y expedito, á comarcas fértiles y cultivadas, á la orilla del mar (camino de todas partes)... y por ponernos en íntima comunicacion con el mundo de los hombres, de las mujeres y de los niños.

Albuñol, el rico pueblo costeño, en que había-

mos de hacer noche, empezaba á sonreirnos como expectativa... Palmeras, flores, frutos, templadas brisas, cómodas viviendas, trato social, Alcaldes, camas, periódicos, comida caliente..., y, á lo léjos, velas en el Mediterráneo, hablándonos de la universalidad de la vida humana y del movimiento del siglo...:—tales habían llegado á ser nuestros dorados sueños,—que, por cierto, se convirtieron pronto en realidades.

¡Muy pronto, sí!... La bajada era allí tan pendiente como áspera había sido la subida por el otro lado.—Aquello era ir ya de cabeza á la playa...—Así es que, á los pocos minutos, en la Cuesta llamada de *Alfornon*, empezamos á ver otra vez hojas en los árboles, otra vez olivares y viñas, y otra vez blancos cerezos y colorados guindos...

(Esto de *blancos* y *colorados* lo digo por las flores de que estaban cubiertos.)

***

Pero hubo más. En los abrigados barrancos de aquellas vertientes, adonde no pueden llegar nunca los aires frios de *Sierra Nevada*, pero en donde tienen libre acceso los cálidos vientos africanos, nos salieron al encuentro las primeras golondrinas de 1872.

Quince dias llevaban ya de estar allí, procedentes de la Costa del Moro, sin que todavía se hubiesen atrevido á salvar la *Contraviesa*, y mucho ménos el *Mulhacem*, para invadir el resto de España...

Así nos lo dijo el señor Cura,—el cual añadió luégo:

—Todos los años hacen lo mismo, y, algunos, hasta se vuelven á Africa, si la Primavera alpujarreña se presenta demasiado inclemente. Ya hace dos semanas que las estoy viendo revolotear por aquí, entregadas á sus observaciones meteorológicas ó á sus reconocimientos militares.

—Eso demuestra—observó úno galantemente—toda la benignidad del clima de esta Costa. A *Guadix* nunca llegan las golondrinas ántes del dia de San Felipe y Santiago...

—Es cuando generalmente pasan la *Sierra* por aquella parte,—replicó el Sacerdote.—A *Granada,* que es tierra más baja y ménos fria que *Guadix,* llegan mucho más temprano, en busca de sus antiguos nidos.

—¡Nobles viajeras, padre Cura!—exclamó el otro.—Son las eternas moriscas... ¿no es verdad?

—¿Cómo he de quitarle yo la razon á un poeta? ¡Pero no olvide usted que tambien son las que arrancaron las espinas de las sienes del Redentor!

—¡Justamente! Y por eso no las matan nunca los cazadores. ¡Ah! Yo adoro las golondrinas.

—Y yo tambien,—dijo un tercero, gran labrador por más señas, interviniendo en aquel diálogo.

—A mí me recuerdan siempre—continuó el poeta—aquel *Último Abencerraje* de Chateaubriand que vino á visitar religiosamente el que había sido Reino mahometano.

—Pues á mí—repuso el labrador—me limpian la siembra de muchos bichos dañinos.

—Es un tercer mérito de estas preciosas aves,— se apresuró á exclamar discretísimamente el señor Cura.



Hablando así, llegamos á un Barrio, denominado *Alfornon,* anejo de un Lugar, distante de allí tres kilometros, que se llama *Sorvilan.*

En las 122 casas de aquel barrio no había casi nadie cuando nosotros pasamos. Sólo algun niño que todavía no sabía andar sino á gatas, ó algun viejo que ya se encontraría otra vez en el mismo caso, vimos sentados al sol, en el tramo de tal ó cual puerta, como encargados de custodiar la aldea durante la ausencia de sus moradores...

Esto trajo á nuestra imaginacion aquellos aduares que encontró el ejército del difunto General O'Donnell en las estribaciones de Cabo-Negro, el dia de su paso al llano de Tetuan.—¡La misma soledad, más triste aún que la de los despoblados! ¡El mismo silencio melancólico! ¡El mismo aparente aislamiento y olvido del resto del mundo!

La única diferencia que existía entre los aduares africanos y el barrio alpujarreño, era que los habitantes de aquéllos los habían abandonado para guerrear, y los de éste para cultivar las laderas de los montes circunvecinos.

—Pero ¿y las mujeres?—me direis.

¡Pobres mujeres!—Las de los aduares estarían escondidas durante aquel sangriento combate en las fragosidades de Sierra Bermeja.—Las de *Alfornon* habrían ido á *Sorvilan* por avío, á algun arroyo á

lavar, ó á los cerros de las cercanías á llevarles la comida á sus maridos, padres y hermanos.



Todavía tuvimos que volver á subir á las regiones del perpetuo Invierno ántes de bajar definitivamente á las del perpetuo Verano; pero, una vez salvada aquella última defensa de los agonizantes montes, tornamos á complacernos en la creciente hermosura y progresiva templanza del terreno á que descendíamos.

Las doradas flores de la áspera y punzante abulaga, que sólo abren en Mayo en la que desde allí podíamos llamar *Andalucía del Norte*, cubrían ya los cerros y las lomas con su brillante y escandalosa vestimenta. La pita, gradacion anterior á la higuera chumba en el *termómetro vegetal,* brotaba otra vez enérgicamente en las laderas de los precipicios, miéntras que el olivo y la vid volvían á proclamar en todas partes el absoluto imperio del sol.

Sin embargo, lo que más nos distrajo y entretuvo en aquel rápido descenso (por la gráfica y material idea que nos dió de la variedad de climas y temperaturas que íbamos atravesando), fué la gradacion de higueras que recorrímos con la vista en el espacio de dos ó tres kilometros. Primero las encontramos sin asomo alguno de vida, deshojadas y secas, como blancos esqueletos, ó más bien como fósiles de una antigua vegetacion. Más abajo, las higueras tenian ya yemas; más abajo, las encontramos cubiertas de breves y rizadas hojillas; más aba-

jo, vestidas de amplias y lujosísimas hojas, y, por último, cerca ya de la Rambla de *Albuñol,* estaban cuajadas de adolescentes higos, cuando no de maduras y ya comestibles brevas.

Mas no hablemos todavía de aquella apetecida Rambla; que, ántes de llegar á ella, aún hemos de bajar muchos escalones, y la menor distraccion pudiera costarnos una celebridad... á que no aspiramos de manera alguna.

***

Dígolo, porque á nuestra izquierda se halla el célebre *Tajo del Veredon,* desafiado, si es permitido hablar así, por una de las sendas más atrevidas que hayan abierto las abarcas de los pastores...

Encima de aquella estrechísima vereda se levanta un desmesurado monte vertical, llamado el *Cerro de Alvarez.*—Debajo, se descubren las tinieblas de un espantoso abismo, que muchos suponen llega á los antípodas.

Pues bien (y va... no de cuento, sino de sucedido): en lo más escarpado ó inaccesible de la ladera de aquel cerro, se ven todavía las estacas que clavó ALVAREZ para subir á robarles su miel á unas abejas. La subida le fué posible; pero, al bajar, colgado de una soga que sujetó en lo alto, rompióse ésta... y el infeliz desapareció en la sima,—¡camino de la Nueva Zelanda!

Un trozo de la soga rota, pendiente de una de las estacas á modo de resto del dogal de un ahorcado, fué el único indicio que quedó de aquella desventurada empresa...

Pero esto sólo bastó para que el nombre de *Alvarez* se hiciese tan inmortal como el de Chéops, yendo como va ya unido á la existencia de aquel Cerro,—monumento de su gloria, no ménos alto y sólido sin duda alguna que la gran pirámide de Djizeh.

¡Y todo por haber muerto cometiendo un robo!

¡Cuán fácil es pasar á la posteridad!

*
* *

Ni paran aquí las historias del *Tajo del Veredon*.

Más allá del *Cerro de Alvarez,* se ve el de las *Covezuelas,* que sirve de asiento al *Cortijo del Padre Francisco*.

Dirigíase á este cortijo una viejecita con un saco de lentejas, y, habiéndose despeñado, nacieron y fructificaron las lentejas ántes de que el cuerpo de la viejecita llegase al fondo del Tajo.

Señores: ¿estará profundo?

*
* *

Comentando íbamos éstas y otras consejas populares, cuando á todo lo largo de nuestra cabalgata resonó el suspirado grito: «*¡Albuñol!*» en el mismo tono con que los Cruzados debieron gritar: «*¡Jerusalem!*» desde lo alto de los montículos que la dominan, ó como los compañeros de Colon gritarían: «*¡Tierra!*» la madrugada del 12 de Octubre de 1492, ó como los soldados de O'Donnell grita-

ron: «*¡Tetuan!*» desde las susodichas alturas de Cabo-Negro.

Reconozco que estas tres comparaciones son demasiado superiores á la cosa comparada; pero la verdad es que *Albuñol,* visto, como nosotros lo veíamos, muy á lo léjos aún y todavía desde una grande altura, no era, materialmente considerado, ménos bello, seductor y atractivo que *Tetuan,* con cuyo general aspecto tenía un extraordinario parecido.

La blanca Villa alpujarreña, iluminada por el sol poniente, parecía un puñado de mármoles rotos, restos de una titánica edificacion, arrojados en la combada pendiente de una loma.—Esta loma relacionábase luégo en apariencia, por ingentes peldaños sucesivos, con el *Cerrajon de Múrtas,* detras del cual asomaba todavía *Sierra de Gádor* su encanecida cabeza.

El mar dista de *Albuñol* cerca de una legua; pero desde *Albuñol* hasta él se puede ir de paseo por una especie de calle natural, muy llana y anchurosa, que termina en el Puerto, Castillo y Lugar de *la Rábita.*

La Rábita es, por consiguiente, el *Grao* de *Albuñol.*

En cuanto á la que hemos llamado *calle natural,* no es otra cosa que *la Rambla* á que da nombre aquella villa; arenosa faja de llanura que penetra desde la playa hasta el corazon de la *Contraviesa,* ondulando entre las montañas de uno y otro lado.

Nosotros bautizamos, pues, desde luégo á la *Rambla de Albuñol* con el dictado de *Boulevard de la Alpujarra;* dictado muy merecido, si se atiende

á que en ella desembocan otras calles (vulgo ramblas) de segundo órden; á que es lo más desahogado y transitable del país (exceptuado el terreno de *Ugíjar);* á que está formada por amenísimas huertas y valiosos cortijos; y á que ha sido (dicen) recorrida (no se sabe fijamente cuándo) por cierto aparato con ruedas (¡ruedas en territorio alpujarreño!!), que conducia bañistas á la *Rábita*...—«*Carruaje*» quiere decir este circunloquio.

Pero mañana hablarémos de tales cosas. Contentémonos á la presente con haber acabado ya de bajar y no tener por hoy que volver á subir: contentémonos con encontrarnos en la *Rambla de Ahijon,* que es como aquí se llama todavía la que más abajo es *Rambla de Albuñol:* contentémonos, finalmente, con estar ya casi al nivel del mar, en plena Primavera, casi en plena Africa, y en la hora más dulce y apacible de una hermosa tarde.

*
* *

Serían las cinco y media.

El sol había desaparecido para aquel valle, aunque todavía doraba las alturas.

La tierra, libre ya de la abrumadora presencia del astro rey (que allí es un rey tan absoluto como inexorable), principiaba á respirar y desentumecerse, inundando el aire de balsámicas esencias y placidísimos rumores.

Por la rambla corría, dividido en dos ó tres brazos, un arroyo de agua cristalina, que difundía por todas partes amenidad y frescura...

¡Delicioso término de jornada!

Los caballos sacudían las crines alegremente, saludando el fresco de la brisa, la reaparicion de la llanura y la proximidad del pienso...

Y nosotros abusábamos de su entusiasmo, poniéndolos á galope, á fin de llegar á *Albuñol* ántes de que acabase de oscurecer.

Llegamos al fin...—pero ya era noche completa; por lo cual sólo os puedo decir que fuímos recibidos con los brazos abiertos por nuevos é inolvidables amigos, y que en aquel punto y hora tuvimos la dicha de conocer al buen caballero cuyo nombre figura el segundo en la dedicatoria de este libro, y con quien muy luégo había de ligarnos un cariño del alma que durará tanto como nuestra vida.—¡Tal y tan grande hubimos de encontrar bien pronto, en gravísimos sucesos ajenos al argumento de la presente obra, aquel corazon de leon, que me honro y honraré siempre de haber estrechado contra el mio!

Con que buenas noches, lectores.—Vamos á acostarnos; que tiempo tendrémos mañana de estudiar la villa de *Albuñol.*

II

Albuñol pintoresco, histórico, geográfico, estadístico, agrícola, poético, y otras muchas cosas.

Habíamos dejado abiertas las maderas de los balcones para despertarnos en cuanto fuera de dia. Y, en efecto; no había salido el sol, cuando los pájaros

vinieron á llamar con sus alas á los cristales de nuestros dormitorios, ó más bien á almorzar en las macetas que aquellos balcones adornaban, y cuyas verdes hojas y pintadas flores, coronadas de luz y de rocío por la risueña aurora, fué lo primero que vimos al abrir de nuevo los ojos á este mundo.—¡Qué despertar tan apacible y tan sabroso, y de tan buen agüero para el resto del dia!

Gracias al sumo Alá, que tan ricos y espléndidos hizo á nuestros patrones, y gracias á nuestros patrones, que tan cariñosa hospitalidad nos acordaron, habíamos dormido aquella noche como antiguos reyes; y, al reaparecer entónces en nuestra mesocrática vida, hallámosnos alojados en un gracioso departamento, más parecido á una *confortable* habitacion de Paris ó Lóndres que á todo lo que podíamos prometernos encontrar en el fondo de la *Alpujarra*...

¡Dios se lo pague á nuestro huésped!—Alá le pague, digo, á aquél su gran servidor, y á su noble y santa esposa, y á sus adorables hijas, y á sus angelicales pequeñuelos, todo lo que disfrutamos en su casa las muchas veces que demandamos en ella asilo y probamos el pan y la sal, al regreso de nuestras continuas peregrinaciones por los montes y valles alpujarreños!...

¡Auméntele la Misericordia Divina sus bienes de fortuna, hasta que sean tan largos de contar como las arenas de los *Dos Zeheles!*...

¡Prolongue sus dias, para que vea las buenas acciones de los hijos de sus nietos!...

¡Defienda la sombra de su techo, en la ciudad,

y la de su tienda, en el desierto, de la presencia de huéspedes ingratos!...

¡Conserve clara su vista, despierto su oído y fino su paladar, para que siga distinguiendo el hongo de la seta, el canto de la alondra del silbo de la serpiente, y el café de Moka del indiano caracolillo!...

¡Déle, en fin, gratas ilusiones por el dia y deliciosos ensueños por la noche!...

Y la paz.—



Hecha nuestra oracion matutina, que no se diferenció mucho de la precedente, cogímos nuestros historiadores, geógrafos y poetas relativos á la *Alpujarra;* abrímos de par en par los balcones, que por cierto daban á la mismísima *Rambla;* nos instalamos en ellos por lo pronto, y, ora valiéndonos de la lectura, ora de nuestras propias observaciones, emprendímos un doble estudio de la bienhadada villa de *Albuñol.*

La mañana estaba hermosísima. El sol, que salía en aquel momento, doraba únicamente, como la tarde ántes, las crestas de los montes. La *Rambla,* solitaria y silenciosa (pues no había para qué hacer alto en los pajarillos que revolaban y cantaban acá y acullá), tenía algo de exótico y ajeno á nuestro Continente ó á nuestra zona, algo de valle tropical, algo de Africa ó de América. ¡Tanta era la templanza del aire, á pesar de ser las seis de la mañana de un dia de Marzo; tal la lujosa vegetacion de las huertas; tan peregrina la índole de las plantas; tan ricos y penetrantes sus aromas!

Baste decir á buena cuenta (pues más adelante hemos de hablar hasta de botánica...) que en el propio arenal de la *Rambla* crecía la caña de azúcar, miéntras que por encima de las tapias de los huertos (que tanto abundan en aquel extremo de la villa) coloreaban las naranjas, amarilleaban los limones y verdegueaban las anchas hojas de los plátanos.

La intensa luz del sol, como una inundacion descendente, amenazaba anegar muy pronto con sus olas de fuego aquella honda calle de montañas, á la sazon tan húmeda y deliciosa... Pero, entre tanto, respirábase allí no sé qué paz de los sentidos, que se convertía en paz del alma, y que traía á la imaginacion los ideales de silencio, de reposo y de ventura de los poetas árabes.—La sombra es la alegría del africano, como el sol es la alegría del europeo.

Ninguna casa más á propósito que la en que nos encontrábamos para apreciar y sentir todas las ventajas poéticas de la situacion geográfica de *Albuñol*.—Recuéstase esta villa en una especie de cabo ó promontorio determinado por la confluencia de la Rambla de *Ahijon* con la de *Aldáyar,* las cuales, al juntarse, forman un ángulo casi recto, y constituyen la *Rambla de Albuñol*.—Pues bien: aquella casa está edificada en el vértice de dicho ángulo, en la punta del promontorio, en el encuentro de las dos primeras Ramblas,—sobre las cuales dan ora éstos, ora aquéllos de sus balcones.

Pero la verdad es que la fantasía del viajero ménos soñador sólo se preocupa ya allí del que hemos calificado de *boulevard* alpujarreño, ó sea de la gran

Rambla que pone en comunicacion á *Albuñol* con la mar y sus pescados.

Si este *boulevard* fuera recto, se vería el líquido elemento hasta desde los balcones bajos de aquella casa; pero, como la Naturaleza sólo ama la línea curva, y la *Rambla* hace, por lo tanto, muchas eses, hay que subir á los balcones altos para persuadirse de que está uno, *aunque disimuladamente,* en la mismísima costa.

Desde allá arriba, esto es, desde el primer piso, descúbrese, sí, de un modo claro, entre el matizado verdor de la tierra y la diafanidad del horizonte, una ancha faja de azul mucho más turquí que el del cielo (cuando la reverberacion del sol no hiere la vista), ó (en el caso contrario) una bruñida lámina de acero, cuya refulgencia añade algo de sobrenatural y olímpico á tan espléndido paisaje...

Es el agua que média entre la *Alpujarra* y el *Riff*.—

Y aquí debo explicaros el «*aunque disimuladamente*» que subrayé hace pocos renglones.

***

Un célebre historiador, haciendo la pintura de estas tierras, escribía en 1570:

«Todo lo que cae hácia la costa de la mar es »muy despoblado, y por eso es muy peligroso; por»que acuden de ordinario por allí muchos baxeles »de cosarios Turcos y Moros de Berbería.»

Hé aquí sencillamente expuesta la razon de que *Albuñol* y otros pueblos de su litoral, en vez de

haber sido edificados en la misma playa, al lado de sus respectivos fondeaderos, estén escondidos tierra adentro, entre enmarañados montes, á tres ó cuatro kilometros de las olas.—Así se ocultaban, por una parte, á las codiciosas miradas de los piratas berberiscos, y así era fácil, por otra, á sus moradores tener tiempo de armarse y de reunirse si por acaso los rapaces nautas se atrevían á desembarcar y á adelantarse por aquellos misteriosos terrenos...

Albuñol, pues, es una poblacion marítima, *aunque con cierto disimulo:*—con el mismo disimulo que lo es tambien Tetuan, edificado por igual razon á tres cuartos de legua de su rada.—Sólo que en Tetuan eran berberiscos los que temían, y alpujarreños los temidos.—España no ha sido nunca ménos aficionada á la costa de Africa que Africa á la costa de España (1).



Por aquí íbamos en nuestras investigaciones, cuando tuvimos la dicha de ver entrar al jóven Al-

(1) «...Sin necesidad de otras Milicias ni armas, los mismos paisanos (de la *Alpujarra)* han defendido sus costas de los enemigos de la Corona... particularmente á principios del siglo pasado.—Las Milicias del país fueron várias veces á Almería, Motril, Adra y Málaga: el año 1706 acudieron á defender á Murcia de los Ingleses; y el de 1719 pasaron á Ceuta á sostenerla contra los Moros.—En toda la Costa habia atalayas para descubrir los enemigos en el mar; daban aviso con hachones encendidos y con humadas á los pueblos vecinos, donde se tocaba á rebato, y salia la gente de guerra á la playa...—En atencion á estos continuados servicios, expidió el Rey un decreto, dado en el Buen Retiro á 11 de Agosto de 1716, que dice así: «Teniendo consideracion al continuo servicio que ejecutan las Compañías de Milicias del Partido de las Alpujarras, y de toda la Costa de Granada, asistiendo á su socorro en los arrebatos que ocasionan los insultos de los Moros, que penetrarian tierra adentro si faltase esta oposicion y defensa..., he resuelto que á los Capitanes y Oficiales de estas Compañías se les conceda y mantenga el fuero militar en lo criminal..., etc.»—*(Diccionario de Madoz.)*

calde Primero de *Albuñol,* á quien habíamos conocido hacía algunos años... no creais que en ningun bazar, mezquita ó kiosko de Oriente, sino en lo alto de la Columna de *Vendôme* de la capital de Francia, y el cual sabe de Bellas Artes, de Arqueología, de Numismática, de Cerámica y de otras muchas cosas bastante más de lo que es lícito saber en estos tiempos á todo un señor Alcalde Constitucional...

Hablamos largamente su merced y las nuestras (su merced tiene la sal de Dios, y nos hizo reir lo que no es decible) acerca de los tiempos presentes, de los históricos y de los prehistóricos (sobre todo acerca de éstos, en que está muy versado, como puede verse en el famoso libro de D. Manuel de Góngora y Martínez, titulado *Antigüedades prehistóricas de Andalucía):* paseamos luégo por la Villa y por la Rambla; y, con lo que él nos dijo, con lo que nosotros mismos observamos y con lo que leímos en muchos autores, resultamos á la hora de almorzar sabiendo todo lo siguiente:

***

Albuñol se llamaba en tiempo de los Moros *Hisn Al-bonyul.*

Hisn, segun dijimos en otra parte, significa castillo; y *al* es el artículo árabe.

En cuanto á *Bonyul,* que es lo principal del caso, no sé lo que quiere decir.

Advertencia: el castillo de la *Rábita* lo nombran aparte los geógrafos islamitas.

La region en que se asienta *Albuñol* denominábase el *Sehel* ó *Cehel,* que significa *costa.*

(De esto estoy segurísimo; pues todavía llaman los argelinos «el *Sahel*» á la marina de su comarca, como puede verse en el admirable libro *Une année dans le Sahel* de Eugenio Fromentin, que recomiendo á los que no lo hayan leido.)

En la *Alpujarra* había dos *Ceheles*, ó sea dos Tahas con este nombre: El gran *Cehel*, cuyas más importantes poblaciones eran *Albuñol* y *Jubíles;* y el pequeño *Cehel*, ó *Suaihil*, que otros llaman *Zuayhel*, y que es la parte occidental de la Costa, donde están *Rubíte, Alcázar, Sorvilan, Polópos*, etc.

Porque las *Tahas de los Dos Ceheles* comprendían, no sólo la Marina alpujarreña, sino todos los pueblos de la *Contraviesa* y del *Cerrajon de Múrtas*.

«Esta tierra (decía el mencionado escritor del »último tercio del siglo XVI) es de grandes encina»res y de muchas hierbas para los ganados. Cógese »en ella cantidad de pan.»

¿No es verdad que parece que habla de una region acabada de descubrir en las Indias, en vez de hablar de un pedazo de la Península Española?

«Todos los vecinos de estos lugares (añade luégo, »refiriendo cómo fué secundada en los *Dos Ceheles* »la insurreccion iniciada por Farag Aben-Farag) »se alzaron Viérnes en la tarde; destruyeron y ro»baron las iglesias, captivaron y mataron todos los »Christianos que había entre ellos; y, dexando sus »casas, se subieron otro dia á la aspereza de las Sier»ras con sus mujeres, hijos y ganados, y la mayor »parte de ellos se metieron en unas cuevas muy »grandes y muy fuertes, que están media legua en»cima del lugar de *Xorayrata*.»

Y ya no sé más de la historia de *Albuñol,* sino que, desde la Expulsion de los Moriscos hasta fines del siglo XVII, estuvo la Villa, como tantas otras, casi totalmente despoblada;—que, en tiempos de Felipe V, comenzó á animarse de nuevo, bajo la dependencia administrativa de la de *Torbiscon,* muy superior entónces á ella en importancia (naturalmente, *Torbiscon,* más próxima á la capital, y defendida por la *Contraviesa* de las correrías de los piratas berberiscos, tardaría mucho ménos en repoblarse y volver á florecer);—que, á principios del siglo presente, ya había recobrado por su parte la antigua prepotencia, y llegó á ser Cabeza de Partido judicial, de que á su vez dependió *Torbiscon;*—y que hoy dia de la fecha continúan las cosas en tal estado, constituyendo la vieja *Al-bonyul* uno de los mayores centros de riqueza de la *Alpujarra* granadina, en su múltiple calidad de pueblo industrial, comercial, agrícola, marítimo y minero.

* * *

La poblacion de la Villa de *Albuñol* ascendía hace poco tiempo (á la fecha del *Nomenclátor* General de la Direccion de Estadística) á 8.078 habitantes, repartidos en:—La Villa propiamente dicha:—Diez aldeas, denominadas *El Bajo, Los Colorados, La Ermita, Casa Fuerte, La Haza de la Mora, Los Morenos, El Palomar, Los Pelados, El Pozuelo* y *Los Rivas:*—Veintiseis cortijadas grandes:—Un Lugar (la *Rábita)* compuesto de 219 casas;—Y muchos cortijos, molinos, caseríos, etc.

Total: 1.712 casas, 800 de ellas esparcidas por el campo.

*
* *

Y basta ya de arideces, de guarismos y de antiguallas.

Eran las dos de la tarde, y estábamos en una deliciosa huerta del Conde de Santa Coloma, situada entre las últimas casas meridionales de la Villa y la extensa Rambla de *Aldáyar.*

Un distinguido *moro bautizado,* tan discreto como afectuoso, Abogado de los Tribunales Nacionales, hermano del jóven Alcalde que ya conocemos, é hijo de un venerable anciano, Administrador del dicho Conde y respetado Néstor político de la comarca... (á todos los saludo cariñosísimamente: ¡fueron todos ellos tan buenos con nosotros!...)—un distinguido *moro bautizado,* vuelvo á decir, nos *hacía los honores* de los naranjos y limoneros á cuya sombra nos habíamos sentado.

Hacía mucho calor, y la deslumbradora llama del astro-sultan, si no abismaba todavía á la Naturaleza en los letargos febriles del Estío alpujarreño, iluminaba tan enérgicamente casas, huertas, arenales y montes, que una vez más creímos encontrarnos, no en el Reino de Granada, sino en el Bajalato de Tafilete, en el Valle de la Orotava ó en la feraz Isla de Cuba.—A lo ménos, la pintura, la fotografía y los libros nos habían hecho concebir, acerca de estas regiones tropicales, el ideal que veíamos allí realizado ante nuestra vista.

Otras huertas como aquélla formaban una espe-

cie de zócalo de verdura al pié de la morisca *Albuñol*. Luégo se dilataban, amarilleando como en el Desierto, las tostadas arenas de la Rambla de *Aldáyar*. Despues se veía, en el ángulo formado al Sur por esta Rambla y por su heredera, una infinidad de nuevas huertas, extensos plantíos de caña de azúcar, un laberinto de alamedillas y de enmarañados setos, y, donde quiera y por donde quiera, árboles frutales originarios de las otras cuatro partes del Mundo.—Al término de todo se adivinaba siempre el mar, pié forzado de la especie de *poesía de descubrimiento y de colonia* que respiraba para nosotros aquel paisaje.

Difícil me sería hacer la enumeracion puntual de las plantas que crecen precisamente en aquella parte de la *Costa;* pero, en cambio, me será fácil, con ayuda de mis libros, daros una idea de los productos más extraordinarios de la *Costa* en general, para que vengais en conocimiento del asombro y la veneracion que causa al observador ménos botánico una tierra tan privilegiada.

* * *

Manos á la obra.

«*Dios* (dice *El Coran*, recomendando la con»tribucion del Diezmo) *ha criado las legumbres y* »*los árboles que hermosean vuestras huertas; hace* »*brotar las olivas, las naranjas, los dátiles, las di*»*versas frutas de forma y sabor infinitamente vá*»*rio: usad de estos dones.*»

Y dice Abu-Zacaría, en el Prólogo de su *Libro de Agricultura:*

«Todo aquél que plante ó siembre alguna cosa »y con el fruto de su simiente proporcione sustento »al hombre, al ave ó á la fiera, ejecutará una ac- »cion tan recomendable como la limosna.»

«El que construya edificios ó plante árboles, »sin oprimir á nadie ni faltar á la justicia, re- »cibirá premio abundante del Criador Misericor- »dioso.»

Y añade Abu-Harirat, citado por el mismo Abu-Zacaría:

«Cuida con esmero y vigilancia de tu pequeña »posesion, para que se haga grande; y no la tengas »ociosa cuando grande, para que no se haga pe- »queña.»

Abu-Sofian escribe, en fin, estas hermosísimas palabras:

«La heredad dice á su dueño: «HAZME VER TU »SOMBRA.»

Los moros que se establecieron á ambos lados de *Sierra Nevada* cumplieron religiosamente estos preceptos y máximas de su libro santo y de sus grandes escritores.

«Los Granadinos (dice Lafuente Alcántara) acli mataron en los valles templados de la Costa, en la Serranía, en la *Alpujarra* y en las Vegas de Granada, de Guadix y Baza, los frutos que la Naturaleza había creado en los bellos climas del Oriente y en las abrasadas praderas del Africa...

»La seda había sido una mercancía reservada en tiempo de los Romanos á los pueblos del Oriente... Las colonias de árabes españoles iniciados en secreto de esta granjería, encontraron en los valles

andaluces un clima acomodado á ella, y poblaron el terreno con los árboles que alimentan á la más útil de las orugas. Concentrados los Moros en el territorio granadino, y animados por un saneado lucro, multiplicaron las moreras, perfeccionaron las fábricas de seda, y mantuvieron una ventajosa competencia con Pisa, Florencia y demas ciudades de la escala de Levante. El Zacatin y la Alcaicería ostentaban toda suerte de ropas, tafetanes, sargas, ricos terciopelos y otras manufacturas del gusto persiano y chinesco... Años despues de la Conquista se contaban en Granada 5.000 tornos...

»La caña de azúcar fué tambien conocida y su plantacion esmerada entre los moros de la Costa. Miles de ingenios destilaban el precioso líquido, y era tal la abundancia de miel y de azúcar, segun los historiadores árabes, que *bastaba para el consumo y sobraba para hacer rico el comercio*...

»Cuantas frutas, legumbres é hilazas son conocidas hoy (concluye el ameno historiador), eran por ellos cultivadas con singular conocimiento... y les somos deudores de la introduccion de nuevos árboles, entre los cuales merecen citarse la higuera chumba, el níspero, el algodon, el membrillo, el naranjo, la palma, el madroño y el azofaifo, y muchas plantas aromáticas y medicinales.»



Interrupcion importantísima:

Ademas de todo lo que acabamos de leer, la *Costa* tenía sus correspondientes viñas durante la

Dominacion de los sectarios del Profeta; pues, si bien éstos no bebían vino (ó no podían beberlo, segun el *Alcoran),* comían muchísimas uvas y amaban la sombra lujosa y transparente de los parrales.

Hay más: segun Al-Katib, conocían la elaboracion del vino, del vinagre y del aguardiente, «cuyos líquidos (añade) aplicaban á medicinas ó vendían á los Cristianos».

Conste.

Y no es esto todo: Abu-Zacaría refiere que en tiempo de los Califas de Córdoba, hubo ejemplos de altos dignatarios destituídos ó burlados por sus excesos en la bebida.—«El Rey Abul Walid Ismael »de Granada (añade luégo) promulgó una ley para »reprimir á los consumidores de vino, y su hijo Ju»sef mandó en sus Ordenanzas que en reuniones »familiares no incurriesen los convidados en em»briaguez.»

Conste de igual manera.



Con que vengamos á tiempos más recientes.

Dice el geógrafo Sr. Miñano:

«Las faldas meridionales de la *Contraviesa* y de *Sierra de Gádor* presentan el cuadro más variado y delicioso que la Naturaleza puede ofrecer al hombre para morada suya... Cerca de la Costa prospera el algodon, y la caña dulce, y han llegado á connaturalizarse un gran número de vegetales de la zona tórrida, como las ananas, el café y el añil. Son muy pocas las plantas que no pueden cultivarse al aire libre...»

Otro geógrafo, el erudito Sr. Carrasco, enumera de este modo los productos tropicales del litoral alpujarreño:

«Allí se ven el plátano, la caña de azúcar, el café, el añil, que da el hermoso azul, el chirimoyo, las ananas, el algodonero y el nopal, que cría el precioso insecto de la cochinilla.»

Pero lo que dicen que hay que leer, respecto de la flora alpujarreña, es lo que escribió el ilustre botánico Rójas Clemente, comisionado por nuestro Gobierno, en 1803, para describir las producciones naturales del Reino de Granada.—Él formó, á lo que parece, la primera escala vegetal detallada que se ha hecho hasta el dia acerca de aquel país, como parte principal de su *Geografía Botánica Bética,* y la *Céres Española.*

Estos interesantes trabajos originales no se han publicado, que yo sepa; mas sin duda se refieren á ellos los escritores contemporáneos que nos cuentan cómo y de qué modo crecen en las playas granadinas «las *períplocas,* los *áloes,* las *estapelias,* las *lei-*»*seras, notóceras,* y casi todas las especies de la flora »atlántica, muchas todavía inéditas, y áun géneros »enteramente nuevos»...

En fin, lectores: yo,—que rara vez sé cómo se llaman las cosas que más me gustan, y que si os he suministrado los anteriores datos botánicos ha sido bajo la responsabilidad de mis libros, que no bajo la mia,—concluiré esta larga disertacion repitiéndoos que, por lo que toca á su fisonomía poética y á su aspecto pictórico, el litoral de la *Alpujarra* trae á la imaginacion del viajero presentidas imáge-

nes de Africa y de América; que estas imágenes le hacen soñar con patios marroquíes sombreados por cortinajes de seda y plata, ó con lascivas hamacas sombreadas por el plátano y el caobo; y que, en tal situacion de ánimo, no puede uno comprender que, á cinco leguas de allí, aguarden su visita los eternos hielos y las plantas hiperbóreas de la virginal *Sierra Nevada*.



Como poblacion urbana, *Albuñol* es Guadix, es Loja, es el Albaicin de Granada, es cualquiera de tantas poblaciones moriscas como aún ostenta aquel antiguo Reino, edificadas todas en anfiteatro sobre pendientísimas laderas. El mismo gracioso apiñamiento de casas; las mismas retorcidas y pendientes cuestas; la misma planta árabe en los edificios; el propio animado y pintoresco conjunto. Calles en que nunca entra el sol: huertos más altos que las azoteas colindantes: mucha maceta en los balcones: mucha tertulia en la puerta de las tiendas; y un poema de amor ó de odio en todas las miradas...

En cuanto á las costumbres, vicios, virtudes y vestimentas de los albuñolenses que habitan dentro de la Villa, son iguales á los del resto de los granadinos.

De los cortijeros y cortijeras y gentes de mar, ya tratarémos en ocasion más oportuna...



Porque habeis de saber que, segun indiqué ántes, no fué aquella la última vez que estuvimos en

Albuñol, y que, si por entónces nos limitamos á descansar allí un dia, consistió en que nos solicitaban ó soliviantaban las siguientes cosas *notables,* que sabíamos encerraban los *Dos Ceheles* y que deseábamos visitar ántes de emprender nuestra gran excursion final á *Sierra Nevada:*

La prehistórica *Cueva de los Murciélagos:*
Las célebres *Angosturas de Albuñol:*
La renombrada *Encina Visa:*
El famoso *Cerrajon de Múrtas:*
Las reputadas Higueras de *Turon,*
y las nunca bien ponderadas Olas del Mar.

Que tal era la índole de aquel viaje, y tal tiene que ser por ende la naturaleza del presente libro:—buscar y describir unas peñas, un árbol, un monte ó una playa con el propio afan y la misma delectacion que si se tratase de la Basílica de San Pedro, de la Vénus de Milo ó de las ruinas de Pompeya.

Y eso y no otra cosa es la *Alpujarra:*—un rincon del mundo que sirvió de teatro á grandes y memorables tragedias, pero de donde la intolerancia y el miedo de los vencedores de un dia arrancaron de cuajo la poblacion, arrasando palacios y castillos, poniendo fuego á villas y aldeas, arando hasta los cementerios, y no dejando en pié otros monumentos ú otros testigos de la dominacion de la raza vencida y expulsada, que algun hueco en las rocas, algun árbol que se salvó del hacha, los montes inconmovibles, los rios de históricos nombres, el mar eterno, y los miles de fantasmas que la imaginacion del caminante pueda ir evocando en el mudo imperio de tanta soledad y tanta muerte.

Ni ¿á qué más? El arqueólogo podrá necesitar vestigios reales y fehacientes de lo pasado para enriquecer colecciones y museos; pero el poeta sólo necesita *verificar* los sitios históricos para sentir en ellos la infinita melancolía de los destinos humanos. Las sabanas de arena que cubren hoy los antiguos campos de Babilonia no impiden que el peregrino se detenga en ellos, con reverente tristeza, á evocar y restablecer por medio de su fantasía las escenas en que figuraron Nemrod, Sardanápalo y Baltasar.

. . . .

Quedó, pues, acordado que á la mañana siguiente saldríamos hácia el Norte con direccion á *Múrtas* y *Jorairátar;* que desde aquí retrocederíamos luégo al Sur hasta bajar al mismísimo mar por la parte de *Adra,* y que de esta villa regresaríamos á *Albuñol,* recorriendo para ello todas las playas del *Gran Cehel.*

Formado este plan, que sumaba unas diez y seis leguas, repartidas entre caminos por las nubes y caminos por los abismos, pasamos el resto de aquella tarde empapando nuestro espíritu y nuestro cuerpo en el dulce reposo oriental que el cielo y la tierra brindan en *Albuñol.*

¡Ay! En *Albuñol* hubiéramos podido repetir lo que dijo de *Berja* (distante de allí cuatro leguas á vuelo de pájaro) un poeta árabe llamado Abulfadhl-ben-Xafat-Alcairawani:

«*Cuando llegues á Berja dispuesto á marchar,* »*detente en ella y deja el viaje.*»

«*Porque todo lugar es en ella un paraíso, y* »*todo camino hácia ella un infierno.*»

Ó, lo que dijo el antiquísimo poeta Abulatahia, favorito del Califa Harum Arraxid:

«*El mundo procura nuestra seduccion. ¡Dios »sea loado!*»

III

Sesion nocturna.—Noticias de la Guerra.

Aquella noche, previa la vénia de nuestros huéspedes, nos retiramos temprano á nuestro departamento; pero, en vez de acostarnos, como parecía prudentísimo, habiendo de madrugar al otro dia, citamos á cabildo á D. Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal, Gines Pérez de Hita y D. Miguel de Lafuente Alcántara, y allí, á puerta cerrada, celebramos con ellos una importantísima sesion, relativa á los sucesos de la Guerra.

Hé aquí lo que averiguamos.

La cosa marchaba. El fuego de la insurreccion se había extendido, como por regueros de pólvora, por todas las Serranías meridionales de España, desde Vera hasta Gibraltar, penetrando tierra adentro por la parte de Levante hasta el Marquesado del Cenet y la jurisdiccion de Huéscar.

«Los Moros (díjonos Pérez de Hita, el valeroso »poeta soldado) continuaban haciendo grandes aper»cibimientos de armas, poblando muchas cuevas se»guras y ásperas (que jamas pudieron ser ganadas)

»de mucha harina de trigo y cebada, miel y aceite,
»y de otros diversos mantenimientos, y todo esto
»para más de seis años. Y ansimismo ponían sus ri-
»quezas, sedas, oros, paños, en silos debajo de tier-
»ra, y otras partes, para que de los Cristianos no
»pudiesen ser halladas.»

Los martirios de cristianos seguían tambien en toda la tierra levantada, sin que el naciente poder del Rey morisco bastase á tener á raya la ferocidad del execrable Farag Aben-Farag y de sus hordas de *Monfíes*. Suplicios, torturas, degüellos en masa, sacrilegios inauditos, crueldades mayores que las de Neron y Diocleciano; nada omitían aquellos monstruos. Comunidades enteras de Religiosas habían sido inmoladas entre los tormentos más atroces. Los Agustinos de *Huécija* (por ejemplo) habían perecido todos, unos mutilados, otros quemados, y otros enterrados vivos (1).

En cuanto al móvil de tamañas iniquidades, no era otro que el fanatismo musulman, vivo aún y ardiente en aquellas almas, á pesar de los ochenta años que los descendientes de los Moros acababan de pasar fingiéndose cristianos.

«Lo primero que hicieron (refiriónos á este pro-
»pósito el iracundo Mármol, que por lo visto no po-

(1) El Papa Clemente X declaró *Mártires de la Fe* á los millares de víctimas sacrificadas aquellos dias en la *Alpujarra* y tierras limítrofes.—Para ello tuvo á la vista Su Santidad una Carta, ó más bien un Libro, que le escribió el Arzobispo de Granada, D. Diego Escolano, en 1671 (un siglo despues de los sucesos), y que se imprimió el mismo año con este título:—*Ad SS. D. D. D. Clementem Divina Providentia Papam decimum, consultiva epistola erga christianos veteres in sublevatione sarracenica in regno Granatensi, anno* 1568, *in Alpujarrensibus populis aliisque locis in defensionem fidei occisos; a Didaco Escolano ejusdem diocesis inmerito Archiepiscopo.*

»día olvidar sus ocho años de cautiverio en Africa) »fué apellidar el nombre y seta de Mahoma, decla»rando ser moros ajenos á la Santa Fe Cathólica »que tantos años había que profesaban ellos y sus »padres y abuelos. Era cosa de maravilla ver cuán »enseñados estaban todos, chicos y grandes, en la »maldita seta.»

Aben-Humeya (los cuatro historiadores convenían en ello) había ido sabiendo la mayor parte de estas atrocidades algunos dias despues de ocurridas, y tratado de refrenar á los *Monfíes* (como despues vimos en *Ugíjar* y otros puntos); pero, convencido luégo de que no podía sujetarlos, y *con ánimo de defenderse de ellos al propio tiempo que de las tropas cristianas,* acababa de enviar á Africa á su hermano Abdallá con un presente de cautivos, pidiendo socorro de hombres y armas al Gobierno de Argel y al Emperador de Marruécos.—«De este modo (observó Pérez de Hita) libraba de paso á aquellos cautivos de la muerte tan segura como inmediata que les amenazaba en poder de los Monfís.»

Respecto del campo cristiano, adquirímos tambien curiosas noticias en nuestra plática con los historiadores.

Ya vimos en la Primera Parte de este relato cómo el insigne Marqués de Mondéjar, Capitan General de Granada, salió contra los rebeldes con dos mil infantes y cuatrocientos caballos; cómo pasó el cortado *Puente de Tablate* bajo el fuego y las flechas del enemigo, y cómo socorrió en seguida la renombrada *Torre de Órgiva*...

Pero lo que no supimos entónces fué que los

Moriscos habían alcanzado ántes una victoria sobre DIEGO DE QUESADA, que mandaba la vanguardia del ejército cristiano, obligándole á retroceder al *Padul;* y que el mismo MARQUÉS no se atrevió á pasar de *Dúrcal* hasta que le llegaron grandes refuerzos procedentes de Úbeda y Baeza.—¡Tan formidable era la insurreccion!

MONDÉJAR había avanzado despues con toda esta gente, sin darse descanso alguno ni reparar en la crudeza de la Estacion, desde *Órgiva,* donde lo dejamos, hasta los confines de *Andarax,* reduciendo á su paso la Taha de *Poqueira,* los lugares de *Pitres* y *Jubiles* y la entónces *ciudad* de *Ugijar,* todo ello á costa de várias escaramuzas muy sangrientas, reñidas desde el 10 al 18 de Enero, pero sin conseguir habérselas de un modo formal con el grueso del ejército rebelde.—ABEN-HUMEYA, fiel á la tradicion de los guerrilleros españoles, empezando por VIRIATO y concluyendo por ABDALÁ EL ZAGAL, se había propuesto desde luégo, como plan de campaña, evitar los grandes encuentros y multiplicar las emboscadas y sorpresas, por medio de un continuo movimiento de partidas.

Así las cosas, había acontecido en *Jubiles* este trágico episodio, digno ciertamente de la apasionada fantasía de Lord Byron. A la llegada de MONDÉJAR, los trescientos moriscos sin armas y las mil trescientas mujeres que allí habían quedado (pues toda la gente de combate se había ido con ABEN-HUMEYA) rindieron el Castillo y se entregaron prisioneros. El MARQUÉS dispuso que aquellos cautivos fueran muy vigilados, y, no cabiendo todos en la iglesia y casas

principales, ocupadas por sus tropas, mandó que unas mil mujeres acampasen fuera del lugar, cercadas por un cordon de centinelas...

Pero oigamos á Mármol, que fué el que nos refirió el hecho con más pormenores:

«Sería como media noche (dijo), quando un mal considerado soldado quiso sacar de entre las otras Moras una moza: la Mora resistía, y él le tiraba reciamente del brazo para llevarla por fuerza, no le habiendo aprovechado palabras; quando un Moro mancebo, que en hábito de mujer la había siempre acompañado (fuese su hermano, ó su esposo, ú otro bien queriente), levantándose en pié, se fué para el soldado y con una almarada que llevaba escondida le acometió animosamente, y con tanta determinacion, que, no solamente la moza, mas aun la espada le quitó de las manos, y le dió dos heridas con ella; y, ofreciéndose al sacrificio de la muerte, comenzó á hacer armas contra otros, que cargaron luégo sobre él.

»Apellidóse el campo, diciendo, *que había Moros armados entre las mujeres,* y creció la gente que acudía de todos los cuarteles con tanta confusion, que ninguno sabía dónde le llamaban las voces, ni se entendían, ni veían por dónde habían de ir con la oscuridad de la noche.—Donde el airado mancebo andaba, acudieron más soldados; y allí fué el principio de la crueldad: haciendo malvadas muertes por sus manos, y, ejecutando sus espadas en las débiles y flacas mujeres, mataron en un instante cuantas hallaron fuera de la iglesia...

»Hubo muchos soldados heridos, los más que se

herían unos á otros, entendiendo los que venían de fuera que los que martillaban con las espadas eran Moros, porque solamente les alumbraba el centellear del acero y el relampaguear de la pólvora de los arcabuces... Duró la mortandad hasta que, siendo de día, los mesmos soldados se apaciguaron, no hallando más sangre que derramar (los que no se podían ver hartos de ella) y conociendo otros el yerro grande que se había hecho.»

Este yerro era mucho mayor de lo que ellos podían imaginarse. Precisamente aquellos dias, el MARQUÉS DE MONDÉJAR (abundando en el espíritu conciliador y benévolo que su abuelo el CONDE DE TENDILLA mostró siempre á los vencidos mahometanos) andaba en tratos y negociaciones con algunos moriscos de importancia, á fin de llegar á un acomodamiento pacífico, sobre la base de que los alzados se sometiesen al Rey D. FELIPE II y el Rey D. FELIPE II á las Capitulaciones pactadas entre los REYES CATÓLICOS y BOABDIL. Apresuróse, pues, MONDÉJAR, no bien ocurrió la catástrofe de *Jubiles,* á castigar con pena de horca á los soldados que parecieron más culpables y dar Cartas de Salvaguardia á todos los alpujarreños de orígen moro que se hubiesen rendido sin pelear, logrando, al fin, ponerse en comunicacion epistolar con ABEN-HUMEYA. Pero, por más cartas que le dirigió á éste su pariente y amigo D. ALONSO DE GRANADA VENÉGAS (quien, á pesar de ser nieto del famoso príncipe CID-HIAYA, seguía fiel á su Majestad y militaba contra los Moriscos á las órdenes del MARQUÉS), no se consiguió cosa alguna; pues ABEN-HUMEYA (díjo-

nos Lafuente Alcántara) «*rehusó rendirse,*—despues »de tanta sangre vertida,—y *se obstinó en aventu-* »*rar su fortuna á la suerte de las armas*».

Semejante determinacion era tanto más audaz de parte del jóven agareno, cuanto que no tenía que habérselas ya solamente con el ejército de MONDÉJAR.—El célebre D. LUIS FAJARDO, MARQUÉS DE LOS VÉLEZ, sin esperar la órden de su Majestad, y «ateniéndose (segun la curialesca observacion de Már»mol) á lo que dice la Ley 3.ª, Título 19, Partida 2.ª, »que deben hacer los vasallos por sus Reyes en caso »de rebelion»; sabedor de que los moriscos del rio Almanzora estaban en armas, había reunido gente por su cuenta y por la de sus deudos y amigos, entrado á sangre y fuego en territorio de Almería, sembrado el terror en los rebeldes, y pacificado *á su juicio* todos aquellos pueblos; con lo que ya se encontraba á las puertas mismas de la *Alpujarra* por el lado de Levante, ganoso de penetrar en ella y de enseñar (decían sus soldados) al de MONDÉJAR cómo se debía tratar á los sectarios de MAHOMA.

Habían, pues, estallado entre ambos MARQUESES aquellos celos, emulacion y rencillas (tradicionales entre sus respectivos antepasados) que habían de hacer preciso á la postre el que FELIPE II enviase á su propio hermano D. JUAN DE AUSTRIA á poner paz entre los partidarios de uno y otro guerrero, y término á la Rebelion de los Moriscos.

Por cierto que ya se nos había alcanzado á nosotros algo, y áun algos, acerca de tales desavenencias al ver cómo se producían dos de los historiadores allí presentes...

Y es que el uno de ellos (D. Diego Hurtado de Mendoza) era tio carnal del de MONDÉJAR, miéntras que el otro (Ginés Pérez de Hita) era soldado y cronista del de los VÉLEZ; y aunque el noble D. Diego, en virtud de su carácter austero é inquebrantable energía, llegaba á veces hasta maltratar á su propio sobrino, siempre se echaba de ver en el lenguaje de ambos un fondo de irritacion y apasionamiento.

Como quiera que fuese, á la fecha de las últimas noticias que leímos aquella noche, la situacion de ABEN-HUMEYA y de su improvisado ejército ántes resultaba ventajosa que desfavorable; pues, con el buen acuerdo que tuvo el Caudillo ismaelita de contramarchar á Poniente por la *Contraviesa* en tanto que MONDÉJAR marchaba á Levante por *Sierra Nevada,* había vuelto á hacerse dueño del *Puente de Tablate* y de casi todo el resto del *Valle de Lecrin,* dejando así incomunicado con *Granada* al ejército Cristiano.

Por eso, sin duda, el malogrado Lafuente Alcántara, apreciando imparcialmente el verdadero estado de las cosas, nos decía, sin ambajes ni rodeos, que «el desaliento y la confusion reinaban en *Gra-»nada* con el Levantamiento de los Moriscos y la »audacia y energía de ABEN-HUMEYA», y que «hasta »los más acérrimos partidarios de medidas severas »mostrábanse ya arrepentidos de haber provocado »tantas desgracias y una Guerra tan cruel».

*
* *

A todo esto, era ya muy tarde y nos caíamos de sueño.

Levantamos, pues, la sesion, no sin asegurarnos

ántes de que los cuatro historiadores continuarían teniéndonos al corriente de todas las vicisitudes de la comenzada Guerra: dímosles y nos dimos las buenas noches; y nos acostamos con la cabeza llena de fantasmas de cronistas difuntos, entre los cuales el que más agitó mi sueño fué el adusto espectro de D. Diego Hurtado de Mendoza, de aquel «*hombre de grande estatura y feo de rostro*» que tan magistralmente nos retrata el Comendador de Leon, Don Baltasar de Zúñiga.

IV

La Cueva de los Murciélagos.

Al ser de dia estábamos á caballo.

—*¡Hasta el Domingo de Ramos á las ocho de la noche!*—nos dijeron por via de recuerdo nuestros bondadosos huéspedes.

—*¡Hasta el Domingo de Ramos á las ocho de la noche!*—contestamos nosotros con toda solemnidad.

Y partímos.

. . . .

Un nuevo compañero se había agregado á la caravana.

Erase un nobilísimo hijo del lugar de *Turon* (adonde tambien nos dirigíamos), y pertenecía á la misma tribu que aquel bizarro jóven que nos intro-

dujo en territorio alpujarreño, á la misma que el simpático Hércules que nos acompañaba desde *Órgiva,* á la misma que nuestro espléndido huésped de *Albuñol.*

Dicha tribu es, sin duda alguna, la principal de la *Alpujarra,*—lo cual no niegan sus propios adversarios:—ha dado Ministros á la Nacion y Prelados á la Iglesia: cuenta Representantes de su nombre y de su fibra en muchísimas localidades de la Comarca, y, en todas ellas, el que nació de tal sangre es objeto del amor ó de la pugna de sus convecinos, pero jamas de su indiferencia, y siempre de su respeto.

Considero tan esencial y característico de la *Alpujarra* contemporánea lo que acabo de decir, que no he creído deber callarlo.—Aquella familia no es ya solamente política: cuarenta años de victorias ó reveses la han elevado á histórica.

En cuanto al insigne individuo de ella que había ido de *Turon* á *Albuñol* á incorporarse á nuestra cabalgata, tenía un título especial á mi cariño, y este título era: que veinticinco años ántes nos tuteábamos ya en la Universidad de Granada...

Vinum novum, amicus novus: veterascet, et cum suavitate bibes illud, dicen las Sagradas Letras.



A la salida de *Albuñol* nos despedímos del señor Cura,—que se marchó á su feligresía (no sin arrancarnos ántes palabra formal de visitarlo en ella),—y nosotros tomamos por la Rambla de *Al-*

dáyar, á tiempo que asomaba el sol por el Oriente.

Era Viérnes de Dolores. La mañana se presentaba hermosísima. Teníamos á nuestra disposicion un dia entero para andar las tres leguas que dista *Múrtas* de *Albuñol,* y el camino, segun nuestros informes (de que ya os he dado cuenta más atras), estaba lleno de curiosísimos accidentes y pintorescas perspectivas.

Por todas estas consideraciones acordóse viajar muy despacio, ó más bien *ad libitum,* y cada uno por los vericuetos que prefiriese, aunque sin perdernos nunca de vista.

Pero, me direis: «¿Qué tenía que ver el que fuese *Viérnes de Dolores* con semejante determinacion?»

¡Oh! ¡Tenía que ver y mucho!—Figuraos, en primer lugar, que los caminantes pueden comer jamon en dia de vigilia. . . . .

Nota.—El mulo de las provisiones no nos abandonaba.



Media hora despues, parte de los expedicionarios subíamos penosísimamente por unas quebradas peñas en demanda de la *Cueva de los Murciélagos,* miéntras que algunos de nuestros compañeros, que por lo visto ya conocían los breñales en que íbamos á engolfarnos, seguían por la Rambla arriba, tan campantes y satisfechos como si no hubiese tal cueva en el mundo, y gritándonos desde léjos que nos esperaban «á la salida de las *Angosturas*».

Dominamos al fin, subiendo por el pedregoso lecho de un torrente, la empinada montaña que nos

habíamos empeñado en asaltar, y dimos vista á las *Majadas de los Campos,* cerca de las cuales hállase la entrada de la famosa *Cueva,* en el último tercio de la pared de un escarpadísimo monte que forma con otros fronterizos un espantoso despeñadero, ó más bien un verdadero tajo.

Bájase desde la cima de la cordillera á aquella especie de alta ventana abierta sobre el abismo, por una angosta vereda de cornisa, cuya posicion colgada é inclinacion sobre el derrumbadero produce vértigo y espanto.—Los que no hayais andado, cuando niños, por las estrechas repisas exteriores de un campanario, saliéndoos al efecto por debajo de una campana, y dado así la vuelta á los cuatro lados de la torre, entre sus repelentes muros y la aterradora soledad del aire, no podeis formaros idea de lo que es bajar (á pié, por supuesto) por donde nosotros bajamos aquel dia.

Y todo ello ¿para qué?—¡Para nada! Para ver más de cerca la tenebrosa boca de la gruta, y para percibir el fortísimo olor á nitro que salía de aquella cavidad, tan negra y pavorosa como el infierno.

Porque lo más singular del caso es que nosotros no íbamos provistos de ninguno de los útiles necesarios para penetrar convenientemente en la *Cueva,*—como son linternas, planos, bastones, medicinas contra la asfixia, testamento, etc., etc.

¡Ni era menester! Segun nuestras noticias, no se trataba de una gruta bella y fantástica por sí propia, como las que ya habíamos visto en el *Monasterio de Piedra* de Aragon, en la Isla de Capri y en otros varios puntos; ni tampoco existían ya dentro

de aquella caverna los curiosos objetos que le han dado celebridad.—Y lo que es como peregrinacion, ¡me parece que bastaba y sobraba con haber llegado hasta su misma puerta, á riesgo de no poder contarlo!

No entramos, pues, en la *Cueva de los Murciélagos* (llamada así tradicionalmente por los muchísimos que en ella habitan, y cuyo guano la alfombra, dicen, de un extremo á otro (—¡uff!)...

No; no nos atrevímos á entrar; y, como no nos atrevímos, lo declaro así con franqueza.—Proceder de otro modo fuera estafar al público y abusar de la confianza de los lectores.

Sin embargo, creo interesante, y hasta necesario, poneros aquí al corriente de todo lo que significa aquella cueva.

*
* *

Su verdadera fama data del año de 1868, en que mi amigo D. Manuel de Góngora y Martínez, Catedrático de la Universidad de Granada, publicó su notable libro titulado *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*.—Hasta entónces sólo había sido famosa dentro de la *Alpujarra,* si bien hacía ya algun tiempo que hablaban mucho de ella los anticuarios de la Provincia, y tal cual otro de Madrid.

Segun el citado libro, en el año de 1831, un tal Juan Martin, propietario de las próximas *Majadas de Campos,* logró penetrar el primero en la *Cueva de los Murciélagos,* á fuerza de arrojo y de paciencia, y avanzando por las hendiduras y filetes de la

roca. Una vez dentro, vió que formaba un recinto semicircular; que varios peñascos obstruían el paso á otro boquete interior, y que el suelo estaba cubierto con espesa capa de guano, acumulado allí por los murciélagos durante muchos siglos. Juan Martin aprovechó para sus tierras aquel fecundo abono; y, como viniesen poco á poco á ensanchar la senda que al antro conducía las continuas visitas de amigos y conocidos, llegó éste á servir para encerrar ganados.

«En este tiempo (continúa el Sr. Góngora) se hubo de encontrar en la *Cueva* alguna muestra de mineral plomizo, cuya abundancia y riqueza se fantaseó á gusto del deseo, en alas de la aficion que tienen aquellos naturales á exploraciones mineras; lo cual bastó y sobró para que en el año de 1857 se formase una Compañía, al intento de beneficiar la *Cueva* como depósito de minerales.

»Dióse principio á las exploraciones despejando la entrada interior de los peñascos que la obstruían; cuando de repente se ofreció á la vista de los mineros un anchuron, y ántes de llegar á él, en una corta mina y en un sitio especial y como privilegiado, tres esqueletos, uno de los cuales, de hombre seguramente, ceñía ruda diadema de oro puro de veinte y cuatro quilates y peso de veinte y cinco adarmes, cuyo valor intrínseco es el de sesenta escudos.»

Sigue luégo el Sr. Góngora refiriéndose á los magníficos planos y láminas que acompañan á su obra, por lo que tengo que tomarme el trabajo de extractar su interesantísimo relato.—Resulta de él

que la caverna consta de várias estancias ó anchurones sucesivos, puesto que aquella vasta concavidad se reduce ó se agranda en irregulares formas con la libertad propia de las construcciones naturales; que todos estos antros suman una longitud de ciento treinta metros por veinte de anchura máxima, y que en unos ú otros se han hecho los descubrimientos siguientes:

Otros tres esqueletos, puesto el cráneo de uno de ellos entre dos peñones y al lado un gorro de esparto, y doce cadáveres más, colocados en semicírculo, alrededor de un esqueleto de mujer, admirablemente conservado, vestido con túnica de piel, abierta por el costado izquierdo y sujeta por medio de correas enlazadas, mostrando collar de esparto, de cuyos anillos pendían sendas caracolas de mar, excepto el anillo del centro, que ostentaba un colmillo de jabalí labrado por un extremo.

«El precitado esqueleto de la diadema (dijeron al Sr. Góngora) vestía corta túnica de tela finísima de esparto; asimismo los otros, aunque algo más toscas; sendos gorros de la propia materia, cuáles doblado su cono, cuáles de forma semiesférica; y el calzado, también de esparto, alguno primorosamente labrado.

»Había junto á los esqueletos cuchillos de esquisto; instrumentos y hachas de piedra; cuchillos y flechas con puntas de pedernal pegados á toscos palos con betun fortísimo, hasta el punto de romperse ántes el asta que el betun; muy bastas, pero cortantes armas de guijarro y otras guardadas en bolsas de esparto; vasijas de barro, como el que se

encuentra en otras sepulturas del Reino granadino...; un gran pedazo de piel extremadamente gruesa; cuchillos y punzones de hueso y cucharas de madera, trabajadas á piedra y fuego, con el cazo ancho y prolongado y el mango sobremanera corto y con agujero para llevarlas colgadas.

»En diferentes parajes de la cueva... encontraron los exploradores sobre cincuenta cadáveres, todos con sus calzados y trajes de esparto, á estilo de las cotas de malla, sendas armas de piedra y hueso como las ya descritas, y un alisador de piedra...

»Cerca de sí tenía cada cual de los esqueletos tal y tal... (aquí se hace referencia á una lámina de la obra) un cesto ó bolsa de esparto, cuyo tamaño variaba de seis á quince pulgadas, dos llenos de cierta como arenosa tierra negra, que tal vez fueran alimentos carbonizados por la accion del tiempo, y otros varios cestillos ó bolsitas con mechones de cabellos, ó flores, ó gran cantidad de adormideras y conchas univalvas.»

Repito que todo lo preinserto se lo contaron al Sr. Góngora, el cual dedujo que «la sequedad del »lugar, el nitro de que estaban revestidas las pare»des ú otro agente difícil de señalar había conser»vado perfectamente los cadáveres, trajes y utensi»lios», y les calculó desde luégo *más de cuatro mil años de antigüedad,* advirtiendo de paso que los esqueletos estaban cubiertos de carne momia, y las vestiduras y cestos conservaban sus primitivos colores.

Refiramos ahora en breves palabras, no ya lo que le contaron á mi excelente amigo, sino lo que

él mismo vió con sus propios ojos en la visita que hizo á la *Cueva* en Marzo de 1867.

Halló en primer lugar que la empresa minera, desesperanzada de hallar plata y oro, se había contentado humildemente con beneficiar el nitro que tanto abunda allí dentro: halló tambien á la puerta de la gruta (donde oportunamente se había formado á fuerza de barrenos una plazoletilla) los pilones en que se elaboró esta sal, y, cerca de ellos, el depósito del agua y una caldera; y halló, en fin, que en todos estos puntos se veía una espesa capa formada por los residuos de los trajes y por las cenizas de los esqueletos que los mineros habían machacado para obtener la mayor cantidad posible de nitro.

Con el entusiasmo, la laboriosidad y la inteligencia que distinguen al Sr. Góngora, armóse de brújula y cinta de medir, penetró en la gruta, sacó el plano de todas sus cavidades, y hasta tuvo la fortuna de encontrar algun resto más ó ménos conservado de huesos, de trajes y utensilios de esparto y de vasijas de barro cocido, convenciéndose de paso de lo peligroso que era permanecer allí mucho tiempo:—¡A poco más, las emanaciones del nitro asfixian materialmente al voluntarioso anticuario!

No contento con lo que recogió y observó entónces, é imposibilitado de detenerse en la *Alpujarra* muchos dias, envió muy luégo á su hijo mayor D. Fernando á hacer excavaciones en lo hondo del despeñadero, en busca de los objetos que los primeros descubridores de la *Cueva* pudiesen haber arrojado á él; y el jóven Góngora, mozo de gran instruccion, talento y valentía, á quien tambien

tengo el gusto de conocer (1), llevó á su padre una gran cantidad de barros antiguos, hechos pedazos, pero sumamente curiosos.

Y todo ello confirmó á éste en la idea de que la *Cueva de los Murciélagos* había sido el enterramiento de una raza primitiva, prehistórica, que habría cruzado por la *Alpujarra* Dios sabe cuándo; ó una morada de los aborígenes de aquella tierra; tribus trogloditas, que, por lo que él calcula, ignoraban hasta el cultivo de los campos...

Es decir, ¡que, segun el Sr. Góngora, los objetos apuntados tendrían sobre cuarenta siglos de fecha!



No era mucho, ciertamente, para tratarse de pueblos prehistóricos: los Indios y los Chinos giran contra el pasado con más denuedo... Pero yo,—pobre poeta que, cuando ignoro una cosa, podré no ser muy crédulo, pero tampoco soy muy rebelde, sino dulcemente excéptico, ecléctico é indeciso, al par que muy respetuoso hácia los que están seguros de algo *bajo el sol;*—yo, digo, sin meterme á examinar ninguna cuestion de hecho, hubiera preferido que la Cerámica, la Indumentaria y los demas ramos de la *Geología de la Historia* (frase que acabo de inventar), me hubiesen dejado campo para suponer que los cadáveres de la *Cueva de los Murciélagos* eran de Moriscos ó de Judíos que se refugiaron allí cuan-

(1) Cuando se imprimen estas líneas, el jóven Góngora ha sido arrebatado por la muerte á las esperanzas de sus admiradores.—Sirva esta nota de cariñoso pésame al padre y de humilde epitafio al hijo.

do los expulsaron los Cristianos, ó de Cristianos perseguidos por los *Monfíes*.

Esto nos habría servido mucho para el drama romántico relativo á Aben-Humeya que íbamos entretejiendo con nuestras excursiones por la *Alpujarra;* miéntras que aquellas razas anteriores á la Historia, aquellas gentes inmemoriales, aquellos hombres de la *Edad de piedra,* no nos interesaban de manera alguna.—¿Qué teníamos nosotros que ver con ellos?

Pero reparo que estoy plagiándome á mí mismo; pues ya hace muchos años que, refiriéndome á unas momias egipcias (¡y cuenta que aquello era ya ménos extraño á mi imaginacion y al mundo de mis ilusiones!), expuse esta misma teoría.

«Cuando los testimonios del tiempo pasado—dije entónces (1)—se refieren solamente á tres, á doce, hasta á veinte siglos, producen en el alma poéticas vibraciones; pero cuando se extienden más allá de la historia de nuestra raza; cuando nos hablan de civilizaciones anteriores á la nuestra; cuando nos revelan un mundo completamente extraño á nuestra genealogía histórica, lo que despiertan en el espíritu es una glacial filosofía, una ráfaga de muerte, que aniquila y barre todas las imágenes que son vida de la vida y sustancia de la imaginacion.—Un sepulcro de la Edad Media, por ejemplo, se contempla por todo latino con amor, con devocion, con reverente melancolía... Diríase que á él nos une un sentimiento filial y religioso... Pero las

(1) De Madrid á Nápoles, cap. III.

ruinas de Palmira, una sepultura pelasga, un jeroglífico de Tébas, nos inspiran graves y áridos pensamientos y una indiferencia estoica muy semejante á la misantropía.»

Por consiguiente, *transeamus.*

V

Las *Angosturas de Albuñol.* — La costumbre de vivir. — Lontananzas, perspectivas, panoramas alpujarreños.—La *Encina Visa.*

Desde la escarpada cumbre á que habíamos subido para buscar la entrada de la *Cueva de los Murciélagos,* nos hubiera sido fácil (*posible* he querido decir: en la *Alpujarra* no hay camino *fácil*)... enderezar nuestros pasos hácia la *Encina Visa,* sin necesidad de volver piés atras; pero nosotros preferímos hacer esto último con tal de recorrer de un extremo á otro las *Angosturas de Albuñol,* de que tanto nos habían hablado, y á fin tambien de reincorporarnos á aquellos de nuestros amigos que, más sabios que nosotros, se habían excusado de acompañarnos á la dichosa gruta.

Tornamos, pues, á bajar á la *Rambla de Aldáyar,* y pusimos la proa en la misma direccion que éstos siguieron dos horas ántes.

No nos pesó ciertamente el haber dado este segundo rodeo. Al contrario, quedamos tan enamorados de lo que en las *Angosturas* vimos, que, por lo que á mí toca, no fué aquélla la última, ni la penúl-

tima, ni la antepenúltima vez que crucé, ora acompañado, ora solo, ora con buen tiempo, ora con malo, por tan maravilloso paraje.

Quisiera yo que os lo figuráseis tal cual es, y voy á ver si excogito alguna comparacion tan adecuada y gráfica que os lo ponga materialmente ante los ojos...—

Figuraos... un túnel sin techo, ó sea un angosto y profundísimo desmonte de desmesuradas y paralelas paredes, tajado verticalmente por los siglos con el hacha de las aguas desde la cumbre hasta la base de una altísima cordillera.

Allá arriba (hácia donde alzais recelosamente la vista, como desde lo hondo de un pozo, para persuadiros de que aún sigue existiendo el mundo) los hendidos peñascos ó las partidas mesetas parece que sirven de sosten al *velarium* azul del radiante firmamento; miéntras que abajo, en el piso del hondo callejon que recorreis, reinan una semioscuridad fantástica; un ambiente fresco y sosegado en que no respirais la vida de la tierra, sino una paz, una soledad y un silencio que recuerdan los patios árabes ó los claustros de las cartujas; algo, en fin, de subterráneo y delicioso á un tiempo mismo, como en los palacios encantados á que se baja por una escalera de caracol... en los cuentos de la niñez.

Aquel inesperado pasadizo, que se diría abierto por el tránsito de la estatua del Comendador, y cuyos rectos muros miden cuatrocientos cincuenta piés de altura, tiene unas seis varas de ancho y más de un cuarto de legua de longitud.—El ingeniero á quien se debe semejante obra se llama la *Rambla*

de la Alcaicería. Los siglos que ha empleado para hacerla no se pueden calcular.—¡Aquello sí que es prehistórico!

La *Rambla de la Alcaicería,* ántes de llegar á las *Angosturas,* recibe el poderoso refuerzo de la *Rambla de los Puñaleros,* y, al salir de ellas, va á fenecer, como un atleta fatigado, en la anchurosa *Rambla de Aldáyar*.—Caminábamos, pues, nosotros contra la corriente de unas aguas tan pujantes que habían abierto brecha en un muro de mil trescientos metros de espesor!...

Sin embargo, no arrostrábamos ningun peligro en aquel momento. La *Rambla de la Alcaicería* estaba á la sazon completamente seca, del propio modo que la de *Aldáyar* y otras circunvecinas.—En cambio, así que llueve en la *Contraviesa,* cada una de ellas es una catarata que arrolla cuanto encuentra en su camino. Hínchense entónces las *Angosturas* hasta una elevacion enorme, como un canal cuyas exclusas se hubiesen alzado...; pero, pasada la avenida, aquella calle vuelve á quedarse enteramente enjuta, y alfombrada de una finísima arena...

Semejante fenómeno debe de consistir, á mi juicio, en la excesiva pendiente de todo el territorio Alpujarreño (bien que esta inclinacion se advierta poco en aquel sitio), y en la calidad caliza y cavernosa de las peñas que encajonan allí la *Rambla de la Alcaicería;* como tambien se me ocurre que la formacion de la *Cueva de los Murciélagos* puede datar del tiempo en que esta Rambla trabajaba por aquellas alturas, época en la cual habría probablemente un lago entre el *Cerrajon de Múrtas* y la

Contraviesa...—Y si me equivoco en estas suposiciones, y los geólogos me excomulgan, bien empleado me estará, por haberme metido á hablar de lo que no sé.

Ahora: lo que sí sé, pues salta á la vista, es que, durante la apertura de aquel hondo camino, los aluviones encargados de tan lenta operacion fueron rellenando de tierra vegetal (y de un fango cuyo aspecto me recordó el *tuff* ó toba volcánica de Nápoles) todas las anfractuosidades de las rocas; de cuyas resultas (¡y aquí ya estoy en mi terreno!) causa asombro y maravilla ver salir á lo mejor, de aquellas lisas y áridas paredes, bien á una altura intermedia, bien á una extraordinaria altura, como de los balcones llenos de macetas de una verdadera calle, tal ó cual inopinada y brusca masa de vegetacion; ora opulentos recamados de verdes hierbas, ora elegantísimos lirios silvestres, ora adelfas en flor, ora grandes higueras...—que primero crecen en sentido horizontal, y luégo retuercen sus ramas para mirar devotamente al cielo...

Todo lo cual acontece dentro de la misma caja de las *Angosturas,* ó, como si dijéramos, en el *subsuelo* de la montaña, en aquel escondrijo de encantamientos, en aquel eden troglodita; miéntras que allá arriba, allá fuera, en los limbos de la superficie *natural* del globo terrestre, floridos almendros festonean del modo más gracioso los altísimos bordes del tajo, destacándose en la harto conocida claridad del dia, en el mundo exterior, en la vida real, en la *Alpujarra* de los hombres...—Y la verdad es, aunque parezca mentira, que aquella remota vislumbre de

la faz de la tierra, y aquel nunca probado reposo que encontrais en su seno, inspiran por último no sé qué especie de *plácido pavor,* semejante al que experimentan los tristes las noches que sueñan que al fin se han muerto.

. . . .

Embebidos en estas observaciones y reflexiones, atravesamos muy despacio y en cosa de veinte minutos las umbrosas *Angosturas de Albuñol,*—que al fin comenzaron á ensancharse poco á poco, hasta convertirse en una rambla como cualquiera otra;—con lo que nos hallamos de nuevo en plena luz y pleno calor del sol..., y ciertamente gustosos de haber regresado á la superficie del planeta.

No hay costumbre más arraigada que la de vivir.



Al remate de las *Angosturas* nos esperaban, fieles á su promesa, nuestros compañeros de viaje, entusiasmados como nosotros con lo que acababan de ver en aquella region *infra-natural.*

Juntos, pues, ya todos, atravesamos á galope la parte prosaica, ó anchurosa, de la *Rambla de la Alcaicería,* y, á eso de las diez, cuando el rubio Febo principiaba á ser insoportable en ella, llegamos al pié de los altos montes que separan el *Partido de Albuñol* del de *Ugíjar*...—Había que emprender un nuevo viaje por las nubes.

A poco que subímos, reapareció el mar á nuestra derecha... ¡El mar, de cuyas orillas teníamos que volver á alejarnos por entónces!...

¡Lástima ciertamente! ¡Estaba tan cerca en aquel instante! ¡Se hallaba tan tranquilo y tan hermoso! ¡Hacía tanto tiempo que no nos arrullaban sus olas! ¡Encerraban para nosotros tales recuerdos!...—Pero ya volaríamos en su busca al cabo de dos dias; y, por lo pronto, aunque retirándonos siempre de él, no dejaríamos de verlo en toda aquella jornada.

No bien subímos un poco más (girando ya hácia el Norte), apareciósenos otro antiguo conocido, solo en su solo cabo, como nunca lo había yo visto en parte alguna, y como únicamente él pudiera presentarse á tanta distancia...

Era el Pico del *Mulhacem;* pero el pico solamente, saliendo, blanco como un fantasma, por detras de las oscuras lomas que se destacaban todavía en nuestro cielo.

Ningun otro coloso de *Sierra Nevada;* ni tan siquiera el arrogante *Veleta,* atrevíase á hombrearse con él en aquel momento.—¡Todos quedaban allá atras, sumidos bajo el horizonte, miéntras que el viejo rey se asomaba de aquel modo á vigilar por sí mismo toda la *Alpujarra,*—á la manera (y va de símiles) de D. Pedro el Cruel, cuando se escabullía solo y embozado hasta las cejas á estudiar el verdadero estado de su pueblo...

Por lo demas (y salva la irreverencia), aquella blanca cúspide, bastante roma por cierto, y cuya silueta tiene algo de ensilladura; al campear tan solitaria y exótica sobre las pardas cimas de la *Contraviesa,* lo que más verdaderamente parecía era un inmenso oso blanco, escapado de las regiones polares, que se había detenido en lo alto dè los montes

de la *Alpujarra* al encontrarse con que allí se acababa el Continente.

Formulando íbamos éstas y otras comparaciones,—cuando, llegado que hubimos al *Cortijo del Collado,* desde donde se alcanza á ver muchísima más tierra, uno de los alpujarreños exclamó:

—¡Animo, caballeros! ¡Ya se descubre la *Visa!*

***

En efecto: á media legua de distancia, y sobre la cumbre de otro monte, más elevado todavía que el que acabábamos de subir, veíase una gran pinta negra, redonda, inmóvil, que se destacaba sobre el cielo á la manera de un astro eclipsado.

Indudablemente, era un árbol; pero *uno* nada más; tan solitario y escueto en aquella altura, como el *Mulhacem* lo estaba sobre la *Contraviesa.*—Lo uno parecía la sombra de lo otro.

La primera impresion que nos produjo aquel árbol tan aislado y tétrico, fué de lúgubre desconfianza; pues hízonos pensar en el venenoso upas de la India, que no deja crecer ninguna planta bajo su sombra...—Pero esto era calumniar á la *Encina Visa;* encina benéfica si las hay; de donde procede su gran popularidad por mar y por tierra.

Porque es el caso que aquella encina debe el nombre que lleva á la circunstancia de ser una especie de *faro de dia* para los navegantes que cruzan por delante de la *Alpujarra.* Descúbresela, dicen, desde enormes distancias, merced á lo conspicuo de su situacion y á la energía con que su negra copa

se dibuja sobre el cielo; y, en tanto que los pilotos se orientan por ella, tomándola como *punto de marcacion,* cuando no como *punto de enfilacion,* los viajeros alpujarreños que regresan á sus hogares aguardan á columbrarla para decir con toda seguridad y la consiguiente alegría:—«*Ya diviso mi tierra.*»

Lo mismo acontece cuando se discurre á pié, á caballo ó en mulo por aquel laberinto de montes y valles, con poco conocimiento del país. *Encina Visa* es la estrella polar que consulta el viandante para saber fijamente dónde se halla, y hácia dónde tiene que enderezar sus pasos, si por ventura ha perdido su camino...

. . . .

—Debajo de la *Encina* se ve gente...—observó en esto un criado.

—Y no poca...—añadió otro.

—Y miran para acá...—agregó un tercero.

—¡Dios Santo! ¿Serán moriscos?—exclamamos nosotros, como si estuviésemos en el año de gracia de 1569.

Y entónces, aquel árbol adquirió á nuestros ojos una gran importancia histórica.

Ya nos habían dicho que era viejísimo, inmemorial, contemporáneo sin duda alguna de los tatarabuelos de ABEN-HUMEYA...

—*Encina Visa* ha existido siempre,—fué la fórmula de que se valió uno de los alpujarreños.

Natural era, pues, imaginarse, como nosotros nos imaginamos, las muchas horas que ABEN-HUMEYA pasaría al pié de *Encina Visa,* mirando al

extendido mar, á ver si asomaban por la parte de Argel ó por la de Marruécos ciertos misteriosos navíos, *con una vela colorada como contraseña,* portadores de los auxilios que su hermano ABDALÁ había ido á buscar al africano Continente.

¡Aquellas velas tardaron en aparecer!... Y, si al cabo pintaron en el horizonte, como manchas de sangre, más le valiera al REYECILLO que hubiesen desaparecido de nuevo...—

Pero esto es ya demasiado hablar...—Todavía no hemos llegado á *Encina Visa.*—¡Quién sabe las noticias que allí nos esperan!—Apretemos á los caballos... ¡y Dios sobre todo!

*
* *

Efectivamente: aún estábamos á dos kilometros de la *Encina Visa.*

Sin embargo, habíamos subido tanto en aquellos últimos minutos, que ya veíamos en lontananza, no sólo al *Mulhacem,* como hasta entónces, sino á todos los príncipes y dignatarios de su imperio, empezando por el ínclito *Veleta.*

Es decir; que, el blanco fantasma de la *Sierra* y las gallardas sombras de los Moriscos reaparecieron simultáneamente ante nuestros ojos, cual si obedeciesen á un mutuo conjuro, poblando de quiméricas visiones el horizonte alpujarreño...

Y siempre ocurre lo mismo, en virtud de no sé qué ley poética... Siempre ocurre que, al contemplar aquellas nítidas montañas, todo el mundo resucita en su mente á los mahometanos andaluces.—

Diríase que *Sierra Nevada* es la Niobe agarena, petrificada por el espanto, para eterno testimonio de la triste suerte de sus hijos.

Por eso, sin duda, cuando ABEN-XAGUAR, el tio de ABEN-HUMEYA, excitaba á los Moriscos á la rebelion, les decía «*que se habían visto apariencias »extraordinarias de gente armada en el aire, á las »faldas de la Sierra,* SEÑAL DE LIBERTAD PARA LOS »MOROS...»

Por lo demas, ¡qué cuadro tan grandioso el que abarcaba en aquel momento nuestra vista! ¡Qué sencillez y qué magnificencia en las cuatro grandes masas de color que lo formaban!...

De una parte, el terso Mediterráneo, brillando como un espejo: á nuestros piés, la montuosa *Alpujarra,* con los pardos matices propios de la tierra: al otro lado, toda la cordillera de *Sierra Nevada,* deslumbrante de blancura; y, encima de todo, la bóveda azul del firmamento, coronada por el Sol de la Primavera!

Reverberacion de agua, claroscuro de montes, candidez de nieve, turquí de cielo...: hé aquí las contrastadas tintas de aquel variado panorama, que parecía resumir toda la Creacion.

Y luégo ¡tanta luz! ¡tanta soledad! ¡tanta alegría y tanto misterio juntos! ¡Tanta juventud en la indiferente Naturaleza, y tan funestas historias, tan lúgubres recuerdos en todo lo que se veía!...

¡Ah! Si no hubiera Dios ni muerte, el alma de los hombres sería el alma del mundo;—¡alma tristísima, que acabaría por hacerlo inhabitable!

Pero, afortunadamente, hay muerte y Dios, y

las casuales tristezas que las criaturas adjudicamos á nuestro globo durante los breves dias que moramos en él, pasan al cabo con nosotros, *sicut nubes, quasi aves, velut umbra.*

Vendrá un dia en que nadie se acuerde de los Moriscos al recorrer la *Alpujarra,* como nosotros no sabemos hoy qué memorias humanas evocar cerca de aquellas ruinas de México, de Egipto ó de la Etruria que ya carecen de historia conocida...

Nuestros libros de papel no han de ser eternos.

* * *

Llegamos, al fin, á la *Encina Visa.*

La gente que allí nos aguardaba eran algunos parientes y amigos de los dos caballeros de *Múrtas* que iban entre nosotros.

Contrajimos, pues, en aquel momento nuevas amistades; y, dado á Dios lo que era de Dios, nos apresuramos á dar al César lo que era del César.

Quiero decir que, despues de abrazar á las personas, abrazamos tambien á la *Encina,* coetánea y amiga de todos aquellos Moros y Cristianos que nos traían sorbidos los sesos.

Y entónces reparamos, no sin pesar, en lo muy decrépita y pelada que se iba quedando la pobre...

Indudablemente, *Encina Visa* está en el último siglo de su existencia.

Es el triste síno de nuestro tiempo: acabar con todo lo tradicional y legendario.

—¿Quién ó qué—nos dijimos—reemplazará á este Arbol cuando deje de alzar sus ramas hácia el

cielo? ¿Quién ó qué servirá de guía ó llamará con sus brazos abiertos á los que crucen los mares de la *Alpujarra?*

Uno de los dueños de la *Encina* (ó sea uno de los dos propietarios del *Cortijo de la Negra,* á que pertenece aquel monte) encontrábase allí presente.—No le aconsejamos, sin embargo, que fuese criando una chaparra en aquella altura, para que con el tiempo heredase y sustituyese á la *Visa* en su nobilísimo ministerio...

Y es que nosotros la consideramos desde luégo irreemplazable. Una nueva encina que allí se plantara no valdría más que un árbol de lienzo pintado de los que figuran en los teatros...

Hay cosas que no se heredan...—como hay otras que no se improvisan.

VI

Noticias de Constantinopla y de otros puntos.—El *Peñon de las Guájaras.* Llegamos á *Murtas.*

El caserío del *Cortijo de la Negra* dista de allí poquísimos pasos, y está como escondido detras del cerro que sirve de pedestal á la *Encina Visa.*

Ya he dicho que en la *Alpujarra* toda vivienda humana se oculta, en lugar de exhibirse.

Pero ¿por qué se llama aquella heredad el *Cortijo de la Negra?*—Esta *Negra* ¿es la propia *Encina*

Visa?—¿La apellidarían así algunos, refiriéndose á su oscura proyeccion sobre el cielo?—¿Ó el Cortijo no debe su nombre á la *Encina*, sino á alguna *Negra* de carne y hueso que lo poseyó ó lo labró en tiempo de los Moros?

Cuestion es ésta que inútilmente tratamos de poner en claro; y no por su opaca naturaleza; ni porque era la hora de tomar *las once;* ni porque, en efecto, las tomamos en aquel Cortijo (en una hermosa y fresquísima bodega que más parecía una pagoda); sino porque nadie sabía lo cierto,—cosa frecuente en este mundo.

En cambio, nos enteramos allí (por medio de nuestros amigos los Historiadores) del verdadero resultado de la embajada que el hermano de ABEN-HUMEYA llevó á Argel...

Porque es de advertir que los tales Historiadores llegaron al *Cortijo de la Negra* casi al mismo tiempo que nosotros,—muy bien acomodados en los capachos de las provisiones, que era donde acostumbraban á viajar...

Hé aquí las noticias que nos dieron:

***

El jóven ABDALÁ (D. LUIS DE VÁLOR, el menor de los hermanos del REYECILLO) tuvo que ir á embarcarse á *Vera*, en la Provincia de *Almería*, no sin grave riesgo de ser cogido por los Cristianos.

Llevábale al que entónces era, no *Rey*,—como dicen unos cronistas, ni *Bey*, como dicen otros,—sino *Dey*, ó Gobernador de Argel, AL-UCH-ALÍ (el

«*Ochalí*» le llaman algunos), un presente de cautivos y una carta de su hermano, en que éste le daba parte de su eleccion, le demandaba socorros para la Causa del Profeta, y se sometía á la obediencia del Gran Señor de todos los Reyes agarenos, ó sea del Sultan de Constantinopla.

«Recibió el Rey de Argel á ABDALÁ como á »hermano de Rey (díjonos Hurtado de Mendoza); »regalóle y vistióle de paños de seda, y envióle á »Constantinopla, más por entretener al hermano »con esperanzas que por darle socorro.»

En el ínterin, AL-UCH-ALÍ, que había escrito con anticipacion á Constantinopla, recibía la siguiente contestacion del Gran Turco,—que á la sazon lo era SELIM II *el Borracho;* aquél cuyas galeras debían de conquistar al año siguiente la Isla de Chipre y ser derrotadas luégo en Lepanto por D. JUAN DE AUSTRIA:

«*Para el* OCHALÍ *Rey de Argel.*

»Recibí tu carta con la de los Moriscos de Granada. Me avisas »del aparato y junta de armas que tienes hecha para su socorro. »No te dispongas sin haber buena causa. Envía doscientos sol»dados de nacion turcos, y no más, y éstos sean valerosos. Y se»gun fuere el suceso de la guerra, así te dispongas. Y me darás »aviso. Y si tal fuere, que se puede tomar tal empresa, pediré los »puertos necesarios al Frances, y yo con gran poder entraré en »Italia, y daré aviso al de Fez y Marruécos que éntre por la parte »del Poniente. Y si acaso la guerra no saliere á nuestro gusto, se »dará de mano. No más. Destambor.

»SELIN SOLIMAN.»

Al transcribir aquí esta carta, de que nos dió conocimiento Pérez de Hita, sé muy bien que no será ni con mucho una traduccion puntual de la

del Gran Señor.—Conozco á Pérez de Hita.—Pero hasta como documento apócrifo *en la forma* (ó más bien, por serlo), resulta curiosísima su *letra*.—Hay en ella una travesura y una inocente presuncion de orientalismo que valen un imperio.

En cuanto á su *espíritu*, completamente auténtico, como lo testifican muchas historias, despierta consideraciones algo más sérias.—El plan de SELIM II confirma aquella gran verdad de que no hay enemigo despreciable, haciéndonos ver hasta qué extremo la aventura de ABEN-HUMEYA pudo convertirse en un verdadero peligro para España, enredada entónces en guerras con Francia y otras naciones. Una accion comun de otomanos, franceses, argelinos y marroquíes, atacándonos á un mismo tiempo por mar y por los Pirineos, cuando todo el antiguo Reino de Granada, desde Vera hasta Gibraltar, estaba alzado al grito de *¡Viva Mahoma!* y se temía otra sublevacion semejante en los Reinos de Valencia y Murcia, hubiéranos puesto en indudable apuro.—¿Se hallaban acaso tan léjos aquellos dias en que Africa y Asia enviaban periódicamente á nuestra tierra centenares de miles de guerreros?

Por fortuna para la Cristiandad, los Soberanos musulmanes no dieron gran importancia á la rebelion de los Moriscos alpujarreños, miéntras que el sagaz FELIPE II se la dió muy luégo en altísimo grado, como verémos más adelante.

. . . .

Tardaban, pues, en venir á la *Alpujarra* los socorros acopiados en Argel, á pesar de haberse ya

obtenido el beneplácito del Emperador de Turquía; é, impaciente cuanto necesitado de ellos Aben-Humeya, despachó en su busca á Fernando el Habaquí, su Generalísimo (natural de Alcudia de Guadix por más señas), miéntras que Abdalá se dirigiría, creo yo, desde Constantinopla á Marruécos, á desempeñar la segunda parte de su comision.

El Habaquí empleó ocho dias en cruzar el agua, y llegado que hubo á Argel (lo que sigue nos lo refirió Mármol) «hizo instancia con Aluch Alí (tercer modo de escribir este nombre) para que le diese »socorros de navíos y gente, poniéndole por intercesores algunos Morabitos que le moviesen á ello »por via de religion: el cual mandó pregonar que »todos los turcos y moros que quisiesen pasar á socorrer á los Andaluces, que así llaman en Africa á »los Moros del Reyno de Granada, lo pudiesen hacer libremente. Mas despues, viendo que á la fama »de este socorro había acudido mucha y muy buena »gente, acordó que sería mejor llevarla consigo al »Reyno de Túnez: y así lo hizo (1), dejando indulto »en Argel para que todos los delincuentes que andaban huídos por delitos y quisiesen ir á España »en favor de los Moros Andaluces, fuesen perdonados.

»De estas gentes recogió Hernando el Habaquí »cuatrocientos escopeteros debajo la conduta de un »turco sedicioso y malo llamado Husceyn; y, embarcándose con ellos en ocho fustas, donde metieron algunos particulares mucha cantidad de armas

(1) Y con gran fortuna, por cierto; pues conquistó todo aquel Reino en una sola batalla. *(N. del A.)*

»y municiones para vendérselas á los Moros, vino »con todo ello á la Alpuxarra. Con este socorro, y »con el de otras fustas, que vinieron tambien de »Tetuan con armas y municiones, que traían mercaderes moros y judíos, los enemigos de Dios tomaron ánimo para seguir en su maldad, y...»

Pero lo que siguió diciéndonos Mármol no viene á cuento ahora.

Conservemos en la memoria el nombre de ese Husceyn, turco sedicioso y malo, á quien hemos de ver figurar, acompañado de un hermano suyo peor que él, en la escena más dramática que registran los anales alpujarreños, y aprovechemos los minutos que aún hemos de permanecer en el *Cortijo de la Negra* para enterarnos de un tremendo combate que hubo por entónces entre Cristianos y Moriscos.

* * *

Dejamos á Aben-Humeya contramarchando hácia Poniente con todos sus secuaces, en tanto que el Marqués de Mondéjar llegaba á los confines orientales de la *Alpujarra,* sin encontrar en su camino más que ancianos y mujeres, y nunca aquellas falanges de Moriscos armados que se disipaban ante él como la niebla.

La presencia inesperada del Reyecillo, con su ejército casi intacto, precisamente cuando más se temía recibir la noticia de que había sido deshecho por Mondéjar en el fondo de la *Alpujarra,* inflamó de entusiasmo á todos sus parciales del *Valle de Lecrin* y de las Serranías limítrofes...

Sobre todo, hácia el lado de Salobreña, se acumuló un gran número de rebeldes, los cuales se establecieron en el famoso *Peñon de las Guájaras,* especie de ciudadela natural, situada en la cumbre de un monte escarpadísimo, circuído de tajos por todas partes, y que no tiene más acceso que una estrecha senda de un cuarto de legua de largo, miéntras que dentro de sus breñas, y al amparo del *Peñon,* hay un llano en que pueden acampar hasta cuatro mil hombres, tan seguros como en la plaza de armas de una fortaleza.

Mil moriscos escogidos, á las órdenes de MÁRCOS *el Zamar,* Alguacil de *Játar,* guarnecían aquella formidable posicion, á la que se habían refugiado con sus riquezas muchas familias principales de los pueblos comarcanos, particularmente las mujeres y los niños, y donde se había reunido ademas gran cantidad de víveres, pólvora y balas.

Para ABEN-HUMEYA, que había ido á visitar el *Peñon,* y dispuesto que se aumentaran algunos reparos y parapetos artificiales á sus defensas naturales, era aquélla una excelente base de operaciones, teniendo, como tenía, una exagerada idea de la firmeza del ZAMAR. Así es que, seguro de encontrar allí refugio y apoyo en cualquier aprieto, se enseñoreaba de nuevo de todo el *Valle de Lecrin,* llegando en sus audaces correrías hasta las mismas puertas de *Granada* é interceptando cuantos convoyes de municiones y vituallas salían de la capital con destino al ejército Cristiano.

Noticioso MONDÉJAR de aquel estado de cosas, y visto que en *Ugíjar* perdía el tiempo y el crédito

en vanas negociaciones de paz con tal ó cual magnate morisco de los muy pocos que aún no se habían alzado en armas, contramarchó á su vez lleno de enojo y de vergüenza y salióse de la *Alpujarra* por donde mismo había entrado, decidido á apoderarse del *Peñon* y escarmentar allí á la morisma beligerante.

Avistado que hubieron los Cristianos aquella pavorosa altura, empeñóse en acometerla de frente y sin pérdida de momento el célebre D. JUAN DE VILLAROEL, hidalgo muy ganoso de gloria, que no quería ceder á nadie el lauro de aquella empresa. Opúsose el MARQUÉS, creyéndola irrealizable de aquel modo; por lo que mandó hacer alto y acampar en *Guájar de Alfaguit.* Pero VILLAROEL no desistió de su intento, bien que ya disimulándolo; y, concertado secretamente con los caballeros D. Luis Ponce de Leon, D. Agustin Venégas, D. Juan Velázquez Ronquillo, D. Gonzalo Oruña y D. Jerónimo de Padilla, abandonó de pronto á *Guájar,* y, seguido de éstos y de cuatrocientos arcabuceros que entre todos traían á soldada de sus respectivas tierras, se encaminó resueltamente hácia la codiciada posicion, coronada de vistosos estandartes.

Lo escarpado del terreno obligó muy luégo á apearse á los que iban á caballo y á continuar á pié tan fatigosa subida; pero, sin embargo, no hallaron al principio la gran resistencia que aguardaban.—Los de arriba parecían indecisos y amedrentados, aunque no dejaban por eso de tirotearse alguna vez, desde sus altos parapetos, con los impertérritos asaltantes.

En esto, y cuando VILLAROEL y sus amigos, que iban á la cabeza, se encontraban ya á media ladera del monte, precipitáronse del *Peñon,* como un torrente desencadenado, el ZAMAR y cuarenta mancebos moriscos, cayendo sobre los nuestros con la velocidad y el brio del descenso y de la carrera... La lucha fué espantosa, cuanto inútil por parte de los Cristianos... Casi todos los arcabuceros emprendieron la fuga y muchos lograron salvarse; pero el resto de ellos, y todos los caballeros mencionados, empezando por VILLAROEL, pagaron allí con la vida su temeridad y su desobediencia.

El único de éstos que se salvó, aunque malamente herido, fué D. Jerónimo de Padilla, «y acabárale un Moro que le iba siguiendo, si no le acudiera un esclavo Christiano: el cual (dice un cronista), apretándole reciamente entre los brazos, y echándose á rodar con él por una peña abajo, no paró hasta dar en el arroyo, donde fué socorrido».

De buena gana copiara yo aquí ahora todo lo que las historias de aquel tiempo refieren acerca de las operaciones que en los siguientes dias se llevaron á cabo para ver de rendir el *Peñon;* pero esto no cabe en los límites de mi modesta obra, y habré de contentarme con aprovechar el sucinto resúmen que otro historiador hace de tan memorables acontecimientos:

...«Este suceso (dice), que había previsto MONDÉJAR oponiéndose al ardimiento de VILLAROEL, le hizo adoptar medidas prudentes para emprender el asalto. Distribuyó sus tropas en várias Compañías; cercó el monte, y dispuso avanzar con fuerzas con-

céntricas hácia la altura. Los moros y moras se defendieron bravamente en la ladera con tiros y piedras, y causaron muchas bajas en las filas cristianas; mas no pudieron conservar sus posiciones avanzadas, y se replegaron á la sombra.

»Acercados los asaltantes, embistieron tres veces la entrada y fueron rechazados otras tantas. Viendo el MARQUÉS que se aproximaba la noche y que estaba indecisa la victoria, mandó retirar sus tropas y difirió el ataque postrero para el alba siguiente.

»Durante la noche, el ZAMAR... hizo ver á los suyos la imposibilidad de resistir el ataque que esperaban, y los inclinó á abandonar la cumbre. Los caudillos, sus voluntarios y muchas mujeres salieron calladamente, y, bajando por despeñaderos y sendas de cabras, se retiraron hácia las Albuñuelas. Al amanecer ocuparon las tropas del MARQUÉS el fuerte, degollando á los pocos viejos y mujeres tímidas que en él habían quedado, confiadas en la clemencia del vencedor.

»La caballería cristiana se lanzó en pos de los fugitivos y alcanzó y alanceó muchos moros y moras. El ZAMAR peleó heroicamente defendiendo una hija suya de trece años, desmayada con el cansancio de la huída. Herido en un muslo, fué cautivado y conducido á Granada, donde el CONDE DE TENDILLA, que gobernaba en ausencia del MARQUÉS, su padre, le condenó á morir atenaceado.»

Costosa y dolorosísima fué para los Moriscos la debelacion del *Peñon de las Guájaras;* pero inútil sin duda alguna para el éxito de la Campaña de MONDÉJAR.

ABEN-HUMEYA y su gente, aprovechándose con singular acierto de aquella poco meditada expedicion del MARQUÉS, habían vuelto á penetrar en la *Alpujarra,* verdadera llave estratégica de la Rebelion. Resultaba, pues, estéril cuanto el General cristiano había hecho trabajar y padecer un mes ántes á sus tropas para ocupar aquellos ásperos terrenos, tan fácilmente recobrados por el enemigo. Es decir, que la sangre de las flacas mujeres y pobres ancianos sacrificados en *las Guájaras* había valido al REYECILLO la reconquista de lo mejor de su Reino.—Cualquier batalla le hubiese costado más.

Así lo comprendió el MARQUÉS y lo murmuraron sus émulos. Aumentaron, por tanto, su despecho y su rabia contra ABEN-HUMEYA, y dió la vuelta á *Órgiva,* decidido á acabar de una vez, no ya con las huestes, sino con la persona de aquel jóven caudillo, tan emprendedor, tan sagaz, tan valeroso, y cuya incansable actividad centuplicaba sus fuerzas y sus recursos.

Cruzó entónces por la mente del noble General, encanecido en las virtudes y el heroísmo, un pensamiento aleve, oscuro y tortuoso...—Determinó, digo, emplear el dinero, el espionaje y la traicion para deshacerse de ABEN-HUMEYA.

Lo mismo hizo Cepion con Viriato.

***

—¡A caballo, señores, á caballo...; que se hace tarde, y nos esperan en *Múrtas!* ¡Ya no calienta tanto el sol, y corre una brisa fresca!

Así exclamó en aquel momento, interrumpiendo la lectura, el que había de ser nuestro bondadoso huésped en el Lugar á que nos dirigíamos.

—¡A caballo!—respondímos todos.

Y partímos, llevando los más gratos recuerdos de nuestra estancia en el *Cortijo de la Negra*.

No ménos viva conservo la memoria de los alegres trotes, y hasta galopes, que entónces se siguieron, interrumpidos por largas paradas á fin de contemplar ésta ó la otra perspectiva, y siempre á lo largo del empinado lomo del *Cerrajon de Múrtas*.

Y es que aquella tarde se desarrollaron ante nuestra vista muchos de aquellos redoblados pliegues de terreno que comparé en la cumbre de la *Contraviesa* á los tejados de una ciudad mirados oblicuamente desde un campanario.

Sí: durante aquella especie de viaje aerostático, vimos el interior y hasta el fondo de gran número de Valles, cuajados de cortijos y de arbolado, de ya verdes viñas y de crecidas siembras:—vimos... de *cuerpo entero*... la famosa *Sierra de Gádor,* llamada en otro tiempo la *Sierra del Sol* (como la *Contraviesa* se llamaba la *Sierra del Aire)* (1): *¡Sierra de Gádor,* Eldorado de los Almerienses, y áun de los Granadinos, y albergue de pintorescas Villas y Lugares!... *¡Sierra de Gádor,* cuyo Pico eminente, el *Sabinar,* mide la respetable altura de seis mil novecientos piés!...—vimos, entre aquella Sierra

(1) De aquí ha provenido una gran confusion entre los geógrafos con *Solair* ó *Xolair*, nombre que daban los Moros á *Sierra Nevada*, llamada, en efecto, *Solaria* ó *Mons Solis* por los Romanos; pero nunca *Montaña del Sol y el Aire*, como pretenden algunos escritores.—Más adelante volverémos á hablar de este asunto.

y la Cordillera que nosotros seguíamos, la honda y extensa Cuenca del *Rio de Adra,* frontera allí de la Provincia de Almería:—vimos á lo léjos, y, dejándonosla atras, la hechicera sombra de *Berja,* que dos dias despues casi habíamos de tocar con la mano; y, más al Sur, la costa de *Adra,* marcándonos el sitio en que se escondía esta graciosa nereida del litoral alpujarreño;—y vimos, en fin, la Punta de *Roquetas,* y muchas playas y promontorios, dibujándose ó recortándose sobre el azul del mar... «*como en los mapas de relieve*», que diría cualquier retórico irreflexivo.

Por lo demas, y fuesen cualesquiera los paisajes amenos y deliciosos que divisábamos en lontananza, lo cierto es que nos habíamos encaramado á un terreno áspero y adusto, donde era todavía pleno Invierno, y donde hacía, en consecuencia, un frio de todos los diablos;—por lo cual nos alegramos muchísimo de llegar, como llegamos, á *Múrtas*... ántes que el sol al Occidente.

VII

En *Múrtas*.—Una noche á la antigua española.—Catalina de Arroyo.

Múrtas es la antítesis ó reverso de *Albuñol.*

A *Albuñol* se le distingue desde muy léjos: á *Múrtas* no se le ve hasta que se está dentro de sus calles.—*Albuñol* se encuentra en el fondo de una

Rambla, casi al nivel del mar: *Múrtas* se halla en todo lo alto de su Cerrajon, aunque dominado y abrigado por el morro en que remata la cordillera.—En *Albuñol,* con estar tan bajo, tuvimos que entrar subiendo: en *Múrtas,* con estar tan alto, entramos por encima de las chimeneas.—En *Albuñol* era ya Verano: en *Múrtas* era rigoroso Invierno.—*Albuñol* es blanco, alegre, risueño, luminoso: *Múrtas* es pardo, grave, tétrico, sombrío.—Allí se huye del sol: aquí se busca la lumbre.—El uno respira voluptuosidad y molicie: el otro esquivez y austeridad.—Aquél recuerda las ciudades del Oriente: éste las poblaciones de Castilla la Vieja.—*Albuñol* es un pueblo moro: *Múrtas,* un pueblo cristiano.

Todo tiene su poesía especial cuando se principia á ser viejo, y yo se la encuentro muy grande á estos pueblos de tan lúgubre fisonomía, que viven azotados por las inclemencias del cielo, oyendo á todas horas el mugir de los aquilones, ora abrumados de nieve, ora envueltos en la niebla, y donde, sin embargo, ó por lo mismo, reina tan íntimo contento en los hogares, es tan amable la vida de familia, están tan excitados todos los afectos, todas las creencias y todos los temores.

En esos pueblos tristes, *probados* de continuo por el rigor celeste como las almas de los escogidos, reina una gran actividad en las imaginaciones, y la fe en Dios es más viva, el deseo de la Gloria eterna más apremiante, y el miedo al demonio, y áun á otros espíritus que no reconoce la Iglesia, tanto mayor, cuanto más justificado se halla.—¿Quién ha de creer en duendes y aparecidos, por

ejemplo, en una riente poblacion tendida en verde llanura, entre pájaros y flores, ó reclinada frente al azul Mediterráneo, en el perfumado seno de una perpetua Primavera?—¿Y quién ha de dejar de sentir todo linaje de terrores allá en la region de las nubes, rodeado de sombras, entre los elementos desencadenados, y sin más consuelo ni refugio contra la hostilidad de la Naturaleza que el amor de la esposa, la piedad de los hijos y las dulces promesas que manan de los labios del señor Cura?

Por eso, hace muchos años, hablando de esto mismo, exclamé fervorosamente: «*¡Benditas sean las montañas!*» Y por eso sin duda aquella noche, la noche de nuestra llegada á *Múrtas,* pasamos horas de inefable delicia y de verdadera uncion cristiana, muy más sabrosas que cuanto ofrece el Coran á la morisma, sentados al amor de la lumbre, en casa de nuestro respetable huésped y antiguo amigo (el primer caballero que os presenté á la salida de *Órgiva),* recibiendo merced de su hidalga obsequiosidad y espléndida cortesía, y disfrutando de la grata sociedad de su noble esposa y distinguida hija, émulas suyas en el bondadoso afan con que nos agasajaban.

Sí, señor: en aquella inolvidable casa, de aspecto señoril y solariego; en el carácter serio y cordial de la tertulia que allí se reunió; en lo que del pueblo habíamos visto; en lo áspero y tempestuoso de la noche; en lo repuesto y clásico de la mesa á que nos sentamos; en las tradicionales complacencias que allí compartímos; en lo que se hablaba, en lo que se callaba, en lo que se sentía, en todo, final-

mente, había un sabor tan latino, tan católico, tan español, tan castellano, tan castizo, que acabó por olvidársenos que estábamos en la morisca *Alpujarra,* y que jamas hubiese habido árabes en la Península, y que hubiera existido en la Meca un impostor llamado Mahoma...; para no acordarnos más que de Condes y Obispos, de Ricos-homes y Ricas-hembras, de catedrales y castillos góticos, de conventos y abadías, de yelmos y lanzas, de gregüescos y gabanes, de ropillas y ferreruelos, de capas y espadas, de casacones y sombreros de tres picos, de morriones y petis, de ponchos y roses...; de España, en fin, limpia de sangre mora ni judía.



Por lo demas, y descendiendo á hechos reales, en mi cartera de viaje encuentro hoy los siguientes datos relativos á *Múrtas,* recogidos aquella tarde y aquella noche, y otras noches y otras tardes que más adelante pasamos allí:

Múrtas es el mayor centro de poblacion del Juzgado de *Ugíjar,* sin exceptuar á la cabeza del Partido.

Tiene 3.798 habitantes, casi la mitad de ellos domiciliados en los 107 cortijos y caseríos de su jurisdiccion, encerrando, por consiguiente, el Lugar propiamente dicho unas dos mil almas.

La *Santa Cruz,* ó sea la *Cruz de Mayo,* es la patrona de *Múrtas,* y el dia 3 de dicho mes se la celebra con funcion de iglesia, toros y bailes.

Múrtas es muy rico; sobre todo en vinos y almendras.

Las almendras tienen fama muy merecida en toda la Provincia, por lo gordas, finas y dulces, y por lo tierno y delgado de su corteza leñosa.

El vino es excelente, aunque un poco *dus,* como todo el de aquellas tierras, y se exporta en gran cantidad, ora por el Puerto de la Ragua con destino al Marquesado del Cenet, ora por el Llano del Laujar con destino al Rio de Almería.

La arriería de *Múrtas* no reconoce rival en toda la *Alpujarra,* por lo activa y numerosa.—¡Asombro causa ver las interminables recuas que salen de aquel pueblo ó vuelven á él, llevando ó trayendo cuanto figura en la vida material de su poblada comarca y de otras circunvecinas!

Pero la principal riqueza de *Múrtas,* y uno de los ramos más importantes de la produccion alpujarreña, consiste en la fabricacion de aguardiente. Piérdese la cuenta de los alambiques que hay establecidos en el Lugar y sus cercanías... ¡Baste decir que ellos y los del próximo pueblecillo de *Mecina Tedel* abastecen casi por sí solos de un líquido tan apetecido y solicitado... á la mitad de la Provincia de Granada!...

Lo cual no quita que las aguas potables de *Múrtas* sean celebérrimas, y á justo título, por su abundancia, limpidez, exquisito gusto y eficacia digestiva.

Debido acaso á esto, y á lo muy ventilado, á lo demasiado ventilado, de la eminencia que ocupa, es un pueblo sumamente saludable, que produce hombres del tamaño y del temple de los de Homero, aficionadísimos á la caza, si bien con huron ó con reclamo, y muy dados al jamon y á los dulces.

La mayor parte de sus famosos cortijos están abrigados en los pliegues del *Cerrajon,* con exposicion al Mediodía. Algunos tienen, pues, honores de quintas de recreo, segun lo rodeados que se ven de naranjos, flores y feracísimas huertas, y sirven de habitual morada á familias ricas y de elegantes inclinaciones, que prefieren aquella vida libre y solitaria á la que se llevan en el Lugar.

Por señas que el amo de uno de estos cortijos, hombre de felicísimas ocurrencias, cuando se cansa de estar solo, toca una bocina ó caracol marino, cuyo són y significado, ó sea cuya música y letra, conoce ya toda la comarca.

—Esta noche hay baile en el *Cortijo de Los M...*—dicen al oir aquella señal los moradores de los más apartados caseríos.

Y todo el mundo se viste de fiesta; prepáranse cabalgaduras, y pocas horas despues el *Cortijo de Los M...* se viene abajo de reales mozas, de arrogantes mancebos y del correspondiente Estado Mayor de padres y madres.

En cuanto al fandango que se baila en *Múrtas* y sus cortijos, supera con mucho al de todos los pueblos inmediatos...

Primero: Por las bellas y complicadas *mudanzas* que se hacen durante la copla:

Segundo: Porque se baila, acompañándose con castañuelas, cosa rara en aquella region:

Y tercero: Porque la orquesta se compone casi siempre, no sólo de guitarra, bandurria y platillos, como en el resto de aquellas tierras, sino tambien de violin...

El violin es tan familiar á los murteños como á los alemanes del Norte.

Finalmente: las mujeres de *Múrtas* tienen fama de limpias y lujosas, y de no ménos esforzadas y dispuestas que los hombres.

Lo que yo puedo asegurar es que abundan las de aspecto varonil, si bien moderado por cierta apasionada languidez, esencialmente femenina, que las hace tan seductoras como imponentes.—Melpómene hubiera podido ser de *Múrtas,* y Medea, y Norma, y Safo, y hasta Doña María Coronel...

Y de *Múrtas* fué la célebre CATALINA DE ARROYO, morisca por todos cuatro costados; pero madre del Beneficiado Ocaña; la cual, el dia que los *Monfíes* asesinaron á éste y á los demas cristianos de aquel pueblo, pidió á gritos la muerte, alegando que ella tambien era cristiana.

Y mujeres fueron asimismo quienes se encargaron entónces de quitarle la vida...

Por cierto que la Historia recuerda que cuando la llevaban al lugar de la ejecucion (que era el cementerio de la iglesia), CATALINA DE ARROYO «iba »rezando la oracion del *Anima Christi,* y murió »invocando el dulce nombre de Jesus».

¿Conoceis tragedia más sublime?



Terminada aquella noche la tertulia, á la cual asistieron, entre otras muchas personas, dos respetables sacerdotes, hermano el uno (1) y sobrino el

(1) Ya ha muerto.

otro de nuestro noble huésped de la arábiga *Albuñol* (que así están hoy de barajadas las cosas alpujarreñas, ni más ni ménos que cuando las moriscas parían allí Beneficiados), hicimos y publicamos el programa del dia siguiente, en virtud de cuyo primer artículo todo el mundo tenía que estar á caballo ántes de que saliera el sol.

Retiróse, pues, en seguida cada cual á su cuarto, á fin de aprovechar las contadas horas destinadas al sueño; pero la crítica situacion en que aquella tarde habíamos dejado á ABEN-HUMEYA tenía demasiado excitada mi curiosidad para que pudiese dormirme sin averiguar qué había sido de él.

¿Llevó adelante el MARQUÉS DE MONDÉJAR su menguado propósito de deshacerse del REYECILLO por medio del soborno y de la traicion?

¿Lo consiguió efectivamente?

La contestacion á estas dos preguntas la leí estando ya en la cama, y no me dejó pegar los ojos en toda la noche; ó si los pegué, fué para seguir viendo lo mismo que causara ántes mi desvelo.

Hé aquí lo acontecido.

VIII

Asechanza contra ABEN-HUMEYA.—Aparece en escena ABEN-ABOO.
Bárbaro tormento.

Había vencido el infierno.

No bien regresó á *Órgiva* el despechado MAR-

QUÉS, pregonó la cabeza de ABEN-HUMEYA, tasándola en diez mil ducados; y fuese codicia vil de aquella suma, fuese por odio personal al jóven caudillo, como ellos dijeron, el caso es que á los pocos dias presentáronse á MONDÉJAR un tal Miguel Aben-Zaba, de *Válor,* y otros parientes suyos, y le hicieron la siguiente confidencia:

Que ABEN-HUMEYA y su tio D. FERNANDO *el Zaguer* andaban de dia por las vecinas sierras de *Los Bérchules,* en cuyas famosas cuevas, casi inaccesibles, estaban los almacenes de la insurreccion, y que por la noche solían bajar á dormir á *Válor,* á las casas patrimoniales del REYECILLO, ó á *Mecina de Bombaron,* á casa de DIEGO LÓPEZ...

Pero no debo continuar sin deciros ántes quién era este personaje.

DIEGO LÓPEZ, primo hermano de ABEN-HUMEYA, y descendiente como él del mismísimo Profeta MAHOMA, era, en la época á que nos referimos y segun opinion del grave Hurtado de Mendoza, *«un »hombre tenido por cuerdo, animoso, de buena pa»labra, comunmente respetado, usado al campo, y »entretenido más en criar ganados que en el vicio »del Lugar.»*—No recuerdo ahora dónde he leído que más parecia negro que blanco; y, por lo demas, de toda su historia se deduce que estaba dotado de gran fortaleza física, y que tendría unos treinta y cinco ó cuarenta años cuando lo presentamos en escena.

Entre los Moriscos llamábase ABDALÁ ABEN-ABOO.—La Historia le reservaba el puesto de segundo y último Rey de la rebelada *Alpujarra.*

Este hombre singular, cuyo fanatismo islamita y cuyo ardor guerrero hemos de ver rayar muy pronto en verdadera fiereza, habíase mostrado hasta entónces como indiferente y neutro en medio de la rebelion que ardía en todo el Reino granadino.—Pero es más: refiere Mármol que una mañana que el ejército cristiano marchaba de *Cádiar* á *Ugíjar,* acudieron espontáneamente algunos moriscos á someterse al Marqués, y que entre ellos «vino Diego »López Aben-Aboo..., y trajo consigo al sacristan »de la iglesia de *Mecina de Bombaron,* donde era »vecino, para que certificase al Marqués de Mon»déjar cómo había defendido que los Monfís no que»masen la iglesia, y le había tenido escondido á él »y á su mujer y hijos en una cueva hasta aquel dia, »porque no los matasen.—El Marqués holgó mu»cho con la relacion del sacristan, y loó al Moro »delante de los otros, diciendo que no todos los de »la *Alpujarra* se habían rebelado con su voluntad; »y le mandó dar luego una salvaguardia muy favo»rable para que nadie le enojase, y pudiese reducir »todos los vecinos de aquel lugar y de fuera de él »que quisiesen venir al servicio de Su Majestad.»

¿Por qué había procedido hasta entónces Aben-Aboo de aquella manera? ¿Cómo seguía, sin embargo, tan respetado y querido de los Moros? ¿A quién era traidor? ¿A los defensores de su abuelo Mahoma, apartándose de ellos para favorecer realmente á los Cristianos; ó á los Cristianos, fingiéndose su amigo para apoderarse y abusar de su confianza en beneficio de la causa del Profeta?

Indudablemente á los unos y á los otros. La fal-

sedad y la perfidia estaban en la masa de su sangre: su vida constituye un tejido de felonías; y ¡cosa rara! una vez, una sola, que no fué traidor, costóle muy caro, como vamos á ver...; tan caro, que ya renunció para siempre á la virtud, complaciéndose hasta en neutralizar las consecuencias de su único acto de lealtad...

Tal era el hombre cuya casa había sido señalada al MARQUÉS por los espías Moriscos como uno de los albergues nocturnos de ABEN-HUMEYA.

La tempestad comenzaba á amontonar sus torvas nubes.

***

En virtud de aquella confidencia, MONDÉJAR envió una noche á cincuenta soldados, conducidos por los viles delatores, con órden de ir primero á *Válor* y luégo á *Mecina de Bombaron,* sorprender dichas casas ántes de que amaneciese (pues de dia podrían juntarse muchos enemigos y ser la operacion peligrosa), y traerle muertos ó vivos á ABEN-HUMEYA y al ZAGUER.

Partieron los expedicionarios con el mayor sigilo, en medio de las sombras, y treparon á *Sierra Nevada*...

«No hallaron en *Válor el Alto* rastro de ABEN-»HUMEYA (dice Hurtado de Mendoza); pero en el »*Bajo* oyeron chasquido de jugar á la ballesta, mú»sicas, canto, y regocijo de tanta gente, que no la »osando acometer, se tornaron á dar aviso.»

Enterado de ello el MARQUÉS, dejó pasar dos ó tres dias, y al cabo de este tiempo (dice Luis del

Mármol) «hizo llamar á los Capitanes ALVARO FLO-»RES y GASPAR MALDONADO y les mandó que con »seiscientos soldados escogidos, llevando consigo »las espías, que les habían de mostrar las casas sos-»pechosas, fuesen á los dos lugares, y los cercasen, »y procurasen prender aquellos dos caudillos, ó ma-»tarlos si se defendiesen, y traerle sus cabezas...; »advirtiéndoles que lo primero que hiciesen fuese »cercar la casa de ABEN-ABOO, donde había más »cierta sospecha que estarían...»

Pero á los Capitanes les pareció «que si todos »juntos llegaban á *Mecina,* y acaso no estaban allí, »ántes de pasar á *Válor,* corría peligro de ser avi-»sados. Con este acuerdo, aunque no era bastante »razon para pervertir la órden de su Capitan Ge-»neral, repartieron la gente en dos partes. ALVARO »FLORES fué á dar sobre *Válor* con cuatrocientos »soldados, y GASPAR MALDONADO con los otros dos-»cientos, que para cercar la casa de ABEN-ABOO bas-»taban, caminó la vuelta de *Mecina de Bombaron.*

»Sucedió, pues, que aquella noche... ABEN-HU-»MEYA y el ZAGUER y otro caudillo de aquel lugar, »llamado el DALAY, no ménos traidor y malo que »ellos, acertaron á hallarse en casa de ABEN-ABOO: »los cuales, habiendo estado todo el dia escondidos »en una cueva, en anocheciendo se habían recogido »al lugar, como inciertamente y á deshora lo habían »hecho otras veces, confiados en que no irían á bus-»carlos allí, por estar de paces ABEN-ABOO y tener »salvaguardia.

»GASPAR MALDONADO llegó lo más encubierta-»mente que pudo, haciendo que los soldados lleva-

»sen las mechas de los arcabuces tapadas, porque »con la escuridad de la noche no las devisasen des»de léjos: mas no bastó su diligencia, ni el hervor »del cuidado que le revolvía en el pecho, para que »un inconsiderado soldado dejase de disparar su ar»cabuz al aire...

»Estaban los moros bien descuidados; la casa »llena de mujeres y criados; y la mayor parte de »ellos durmiendo...

»El primero que sintió el golpe fué el DALAY, »que como más recatado y astuto, estaba con ma»yor cuidado: el cual, temeroso, sin saber de qué, »recordó con gran priesa al ZAGUER; y, corriendo »hácia una ventana no muy baja, que respondía á »la parte de la Sierra, entre sueño y temor se arro»jaron por ella, y, maltratados de la caida, se su»bieron á la Sierra ántes que los soldados llegasen.

»ABEN-HUMEYA, que dormía *acompañado* en otro »aposento aparte, no fué tan presto avisado; y cuan»do acudió á la fuga, ya los diligentes soldados cru»zaban por debajo de la ventana; por manera que, »si se arrojara como los otros, no pudiera dejar de »caer en sus manos. Turbado, pues; sin saberse de»terminar; dando muchas vueltas por los aposentos »de la casa, y acudiendo muchas veces á la venta»na, la necesidad le puso delante un remedio que »le acrecentó la perdida confianza...

»Había llegado GASPAR MALDONADO á la puerta »de la casa, y, viendo que los de dentro dilataban »de abrirle, procuraba derribarla, dando grandes »golpes en ella con un madero, cuando ABEN-HU»MEYA, no hallando cómo poderse guarecer, llegó

»muy quedo á la puerta, y, poniéndose disimulada-
»mente enhiesto, igualado entre el quicio y la puer-
»ta, quitó la tranca que la tenía cerrada, para que
»con facilidad se pudiese abrir: la cual abierta, los
»soldados entraron de golpe, y él se quedó arrima-
»do, sin que ninguno advirtiese lo que allí podía
»haber: tanta priesa llevaban por llegar á buscar
»los aposentos. . . . .

»Miéntras esto se hacía... ABEN-HUMEYA tuvo
»lugar de salir de tras de la puerta; y, arrojándose
»por unos peñascos que caen á la parte baja, se fué,
»sin que lo sintiesen.»



Veamos ahora de referir qué había sido entre tanto de ABEN-ABOO.

MALDONADO y su gente lo hallaron en uno de los aposentos de su casa, y con él á otros diez y siete Moros; y, preguntándoles si sabían de ABEN-HUMEYA ó del ZAGUER, dijeron que no los habían visto, y que, en cuanto á ellos, estaban reducidos á la obediencia del Rey D. FELIPE, en virtud de la salvaguardia que ABEN-ABOO había recibido del MARQUÉS DE MONDÉJAR.

Y como no pudiese averiguar de ellos otra cosa; conociendo GASPAR MALDONADO que no le decían verdad, hizo dar tormento á ABEN-ABOO, mandándolo colgar... cabeza abajo de la rama de un moral que había á espaldas de su casa.

«Y teniéndole colgado, que sólo se sompesaba
»con los calcañales de los piés (continúa Mármol);
»viendo que negaba, llegó á él un airado soldado,

»y, como por desden, le dió una coz, que le hizo »dar un vaiven en vago, y caer de golpe en el »suelo. . . . .

»No debió de ser tan pequeño el dolor, que de»jara de hacer perder el sentido á cualquier hombre »nacido en otra parte; pero este bárbaro, hijo de »aspereza y frialdad indomable, y menospreciador »de la muerte, mostrando gran descuido en el sem»blante, solamente abrió la boca para decir:—*¡Por »Dios, que el* ZAGUER *vive y yo muero!*—sin querer »jamas declarar otra cosa.

»GASPAR MALDONADO dejó á ABEN-ABOO en su »casa como por muerto (los soldados se habían ocu»pado ya en robarla), y se llevó los diez y siete »moros presos: con los cuales y con otros que des»pues prendieron en el camino, y más de tres mil »y quinientas cabezas de ganado que recogieron de »aquellos lugares reducidos (los soldados que habían »ido á *Válor* con ALVARO FLORES no habían conse»guido otra cosa), se volvieron unos y otros á *Ór»giba,* donde, siendo reprehendidos por su Capitan »General, les fué quitada la presa por de contra»bando, mandando poner en libertad á los moros »que tenían su salvaguardia.»



Tal había sido el bochornoso resultado de aquella indigna asechanza, concebida en mal hora por el ilustre MARQUÉS DE MONDÉJAR.

Había triunfado el infierno, como ya dije más atras; y su triunfo consistía en que tan insigne y

generoso guerrero hubiese caído en la tentacion de dejar durante algunos dias la espada de TENDILLA por el puñal de Vellido Dólfos; en que, áun hecho este sacrificio de honra, el golpe hubiese fallado, quedando vivo y libre ABEN-HUMEYA, el enemigo de Cristo; y en que luégo se perpetrase aquel crímen de lesa humanidad en la persona de ABEN-ABOO, convirtiéndolo para en adelante, de un disimulado y tibio auxiliar de los Moriscos, en un monstruo sañudo, en un campeon infatigable, en una furia armada, espanto de su raza y de la nuestra, azote de la Cristiandad y abominacion del género humano.

Sí: ABEN-ABOO, que acaso envidiaba y aborrecía á ABEN-HUMEYA desde que lo vió en el trono; ABEN-ABOO, que ignoraba y no podía concebir que el REYECILLO hubiese logrado escaparse de aquella manera tan atrevida y milagrosa; ABEN-ABOO, que habría podido deshacerse de él entregándolo á los Cristianos; ABEN-ABOO, que era malo y avieso y traidor por naturaleza, acababa, sin embargo, de ejecutar el primer acto noble y piadoso de su vida, arrostrando una muerte segura por salvar á dos seres que detestaba, ó sea por respetar en ellos las sagradas leyes de la hospitalidad...

No la muerte, sino el tormento más infame, había sido la consecuencia de tamaño heroísmo...

Renegó, pues, para siempre del bien, del honor, de la paz y de la dicha, y declaróse enemigo irreconciliable de todos sus prójimos, de toda virtud, de toda ley, ¡del mismo Dios!—El infierno había hecho más que triunfar: había encarnado en un hombre:

tenía ya un representante en aquella guerra de exterminio.

Siquiera Aben-Humeya, en medio de su iracundia, de su soberbia, de su intemperancia, de todos los vicios que pronto lo asemejaron á Sardanápalo, había procedido hasta entónces, y procedería siempre, impulsado por pasiones activas y positivas, por el afan de vengar á su padre, por ambicion de gloria, por sed de mando, por un amor desenfrenado á las mujeres...

Pero detras de aquella figura, que áun los más fanáticos escritores cristianos nos presentan gallarda, amante, fúlgida, poética (aunque indudablemente peligrosa para la moral), levantábase ya otra figura que parecía como su sombra, como su negacion, como su infernal contrasentido; la figura de Aben-Aboo, animada por el odio, flotando en las tinieblas, ganosa de destruccion y de infortunios.

Resumiendo:

Aben-Aboo, tan luégo como estuvo curado, empuñó las armas contra los Cristianos, poniéndose para ello á las órdenes de Aben-Humeya; esto es, del hombre que más detestaba en el mundo; pero jurándose al propio tiempo perder y exterminar á este hijo mimado del amor y de la fortuna.

La tempestad relampagueaba sobre la cabeza de los Moriscos.

IX

Toque de Diana. — Órden del dia. — *Mecina Tedel.* — Los caballos no quieren matarse.—El *Castillo de Juliana.*—*Jorairátar.*—Recuerdos de un asesinato.—Una *soirée* en *Cojáyar.*—*Casta Diva.*

Sabeis ya, pacientísimos lectores, que, segun el primer artículo de nuestro Programa para el dia siguiente, todo el mundo tenía que estar á caballo ántes de salir el sol...

(Pero ahora caigo en que no os he dado los buenos dias.—¡Buenos dias nos dé Dios, lectores!—Lo digo porque ya debe de estar amaneciendo...—¡Qué frio hace! ¿no es verdad?—¡Cómo se conoce que no estamos en la Costa, sino en *Múrtas!*—Afortunadamente, encontrais ardiendo en la chimenea una carga de leña.—¡A ver! ¡Nostramo! ¡Patron! ¡Queridísimo huésped! ¡Más caridad con los forasteros!—¡Mande usted que echen una lágrima de cualquier cosa á estos pobres lectores!... ¡Aunque sea una gota de aguardiente sin rebajar!—¿Quién se pára en grados cuando el termómetro marca uno bajo cero!—Y, por lo que hace á nosotros, queremos desayunarnos con gachas... ¿lo oye usted?... con gachas de las que comen los pastores; con gachas de caldo colorado y muy picante, que nos caliente el estómago ántes de ponernos en camino.—El chocolate es bueno para las monjas.)

Con que volvamos al programa.

Los restantes artículos decían así:

«A las seis se pasará por el Lugar de *Mecina Tedel*.

A las ocho se estará en el Lugar de *Jorairátar*, donde nos esperan á almorzar á las nueve.

A las dos se saldrá de *Jorairátar*.

A las cuatro se llegará al Lugar de *Cojáyar*, donde tenemos una cita.

A las cinco y media se pasará otra vez por *Mecina Tedel*.

Y á las seis de la tarde se estará de vuelta en *Múrtas*, á fin de comer y hacer noche.»

Es decir, que aquel dia recorreríamos hasta su extremo la parte septentrional del *Gran Cehel;* pero que, en vez de pasar más allá y saltar á los pueblos de *Sierra Nevada*, volveríamos piés atras, con objeto de trasladarnos al otro dia á la orilla del mar y concluir así nuestro estudio de la *Costa*.—¡Con tal arte íbamos aislando y dejando para lo último la expedicion á la Gran Sierra y á *Cádiar* y á *Ugíjar*, importantísimos pueblos asentados á sus plantas, en las márgenes de sus bulliciosos rios!...—El método es la mitad del encanto de esta clase de viajes.

No creais, sin embargo, que la excursion del dia á que me refiero dejó de ser interesante y que su relato no merezca vuestra atencion más cuidadosa...—Al contrario: por poco apego que nos hayais tomado á los que la llevamos á término, os interesará muy mucho ver los grandes trabajos que nos costó, los atolladeros en que nos metímos, cómo escapamos de ellos, y las preciosas caras que contemplamos en medio de todo, á guisa de providencial

recompensa de nuestros afanes.—Fué un verdadero dia de prueba.

Pero ya nos hemos comido las apetecidas gachas, y los caballos piafan de miedo, más que de impaciencia, presintiendo sin duda los malos pasos en que los vamos á meter...

¡En marcha, caballeros!—Y hasta la noche, gentilísimas damas.



De *Múrtas* á *Mecina Tedel*,—llamado tambien *Mecinilla*, por ser, ó haber sido, el menor de los Mecinas de la *Alpujarra (Mecina Fondáles, Mecina Alfahar, Mecina de Bombaron...)*,—hay ménos de un cuarto de legua; y es que *Mecina Tedel* está agarrado á las espaldas, y como colgado, del mismo cerro en cuyas crestas se esconde *Múrtas*.

Así fué que á los pocos minutos de ponernos en camino, y al asomarnos á la tajada ladera que sirve de brusco remate al *Cerrajon*, descubrímos á nuestros piés las casas de *Mecinilla*, unas debajo de otras, como los peldaños de una escalinata, sin que por eso se nos alcanzara la posibilidad de bajar adonde empezaban los tejados.

Pero los caballos se ingeniaron á su modo, y fueron descolgándonos lentamente por una serie de trancos esculpidos en la roca (los cuales constituyen una especie de vereda retorcida, trocada luégo en ondulante callejuela, que pasa por delante de la puerta de todas las casas, despues de haber pasado por encima de todas las chimeneas, y que en seguida déja otra vez de ser calle para volver á conver-

tirse en sendero), hasta que al fin quiso Dios que llegásemos á todo lo hondo, ó sea al *Arroyo de Mecinilla,* donde los animales lanzaron un relincho de triunfo...

Respiramos tambien nosotros, aunque ménos militarmente, y entónces pudimos hablar algo acerca de *Mecina Tedel.*

Cuatro fueron las noticias que adquirí allí acerca de su historia, estadística y costumbres:

Primera: Que á *Mecina Tedel* le faltaban el año pasado dos habitantes para tener mil.

Segunda: Que allí murió de una fiebre maligna, despues de reñir las batallas que verémos más adelante, D. FERNANDO *el Zaguer,* ó sea ABEN-XAGUAR, el tio y protector de ABEN-HUMEYA; fallecimiento ocurrido á los pocos meses de haber exclamado ABEN-ABOO:—«*¡Por Dios, que el* ZAGUER *vive y yo muero!*» (¿Habría *hierbas* de por medio en aquella fiebre maligna?)

Tercera: Que el Patron del Lugar es San Fernando, Rey de España, cuya fiesta se celebra allí, no el 30 de Mayo, como determina la Iglesia, sino el 8 de Setiembre, unida á la de la Natividad de la Vírgen.

Y cuarta: Que en tan solemne dia hacen los vecinos una funcion de *Moros y Cristianos,* y corren la pólvora como los actuales Marroquíes (supongo que todo esto será allá abajo, en el arroyo), saliendo á relucir con tal motivo algunas antiguas armas y vestimentas, entre las cuales no es raro ver, dicen, más de una prenda morisca de pura raza.

¡Todavía!!—¡Y eso que la *Alpujarra* ha sido

objeto de mil escrupulosos expurgos, no sólo de parte de los Inquisidores del siglo XVII, sino de los anticuarios y coleccionistas del siglo XIX, representados por sagaces prenderos, vulgo *baratilleros,* granadinos!

¡Ah! Los pueblos son como el mar: á lo mejor se halla en su fondo tal ó cual mísero resto de antiquísimos naufragios.

***

El camino que seguímos (¡á cualquier cosa se le llama *camino* en la *Alpujarra!)* para ir de *Mecinilla* á *Jorairátar* es el más imaginario y ménos real que recuerdo haber andado en toda mi vida. Básteos una muestra:

Llegó el caso de tener que pasar, no ya por una estrecha repisa tallada sobre un abismo, como cuando bajamos á la *Cueva de los Murciélagos;* sino por donde no había repisa siquiera, entre una altísima pared cóncava y un espantoso derrumbadero...

Y digo que ni siquiera había repisa, porque la senda que se destacaba ligeramente de aquella pared, más como pintada que como esculpida en ella, era una especie de chaflan vaciado hácia la hondura en transversal pendiente, que apénas interrumpía la oblicuidad general de la ladera...

Me parece estar viendo todavía aquella vereda puesta de canto, de treinta ó cuarenta metros de longitud, trazada en un resbaladizo muro de color de ceniza; y recuerdo el asombro con que los forasteros nos detuvimos, exclamando:

—¡Por aquí no se puede pasar!

—Sí se puede. ¡Adelante!—contestaron los alpujarreños.—Nosotros pasamos todos los dias.

—Nos apearémos entónces...

—Fuera peor. Se les iría á ustedes la cabeza... No hay más que dejar á los caballos que se las compongan á su modo.

—Pero ¿dónde van á poner los piés los caballos? ¿Han de andar por la pared, como las lagartijas?

—Los caballos no quieren matarse. Entréguense ustedes á su instinto. Cuando ellos conozcan que no deben seguir, no darán un paso más.

—¿Y entónces? ¿Cómo retrocederémos?

—¡Ah! Entónces... entónces... Pero ¿á qué hablar de lo que no ha de suceder? Miren ustedes cómo se pasa por aquí...

Y el que así dijo, metió espuelas.

El caballo vaciló ántes de echar á andar. Luégo marchó con mucho tiento, cruzando las manos y los piés cual si fuera zopo, y sosteniéndose sobre el filo de las herraduras; pero llegado que hubo á la mitad del mal paso, ó sea á lo más grave del peligro, se paró con la mayor calma y asomó la cabeza al despeñadero, como para medir su profundidad...—Hecho esto, siguió andando, y pasó.

Excusado es decir que todos los caballos y mulos fueron pasando lo mismo.—No hay cosa peor que un mal ejemplo.

. . . .

A la otra banda del *Arroyo de Mecinilla,* cruzamos por delante del llamado *Castillo de Juliana,* del que sólo quedan en pié tres ó cuatro ángulos sueltos de otras tantas hundidas torres.

Nadie sabe á la presente, ó á lo ménos yo no he podido averiguar, qué *Castillo* ni qué *Juliana* fueron aquéllos.

«Periit memoria eorum cum sonitu», dice la Sagrada Escritura. Pero es aún más triste y miserable, que el *sonido,* el nombre, sobreviva á la memoria.—Y esto acontece con la tal *Juliana,* á pesar de haber tenido por cenotafio toda una fortaleza (1).

Cuando nosotros pasamos por allí, algunos perales en flor alegraban con su juventud aquellas melancólicas ruinas, despojadas por el tiempo hasta de historia...

Es cuanto puedo declarar y la verdad, advirtiéndoos que, segun mis cálculos, las cosas continuarán ya así indefinidamente: los escombros del Castillo expuestos á la indiferencia pública, como un cadáver insepulto que la justicia humana no consigue identificar, y los perales dando peras, á falta de noticias, al dueño de tan romántico paraje.

. . . .

Entregados íbamos á estas y otras consideraciones filosóficas, cuando renovadas dificultades del

(1) Hurtado de Mendoza cree que este Castillo recuerda la memoria del traidor Conde D. Julian, que poseia en este terreno algunos Estados.

Mármol no hace siquiera mencion del *Castillo de Juliana.*

Segun me informa en carta particular un ilustre escritor contemporáneo, «este nombre parece aludir á una villa Juliana; pero tambien pudo ser de »una iglesia visigótica, erigida para guardar alguna reliquia de aquel Mártir »de Bitinia que tanta devocion inspiró á España desde el siglo VI».

Resultado: que no se sabe cosa alguna sobre el particular, como tampoco se sabia hace ochenta años, cuando el Cura de *Torbiscon*, D. José Dionisio Granádos, enviaba datos al Académico de la Historia, D. Tomás López, para el Mapa del Reino de Granada, entre los cuales sólo venia una mencion muy vaga del tal Castillo.

camino llamaron nuestra atencion á más próximos cuidados; entre ellos, al de no perecer por el momento, bien que á la postre tuviésemos que morir algun dia.

Nos acercábamos á *Jorairátar*, y *Jorairátar* está metido en los mismísimos infiernos. Allí se arremolinan, ántes de espirar al pié de *Sierra Nevada,* las últimas estribaciones de la *Contraviesa* y del *Cerrajon de Múrtas,* formando una especie de reducto de agrias y rotas peñas, cuyo aspecto tiene algo de terremoto en accion. Hondas grietas, negros tajos, quebrantados riscos, desgajados peñones, todo se ve allí confundido, dislocado, acumulado, superpuesto, como en una derruída obra de titanes.—¡Nada más terrible y majestuoso!

Sobre el mismo pueblo hay un enorme peñon desprendido, suelto, amenazante, próximo siempre á caer y aplastarlo todo...—Los Alpujarreños llámanle antonomásticamente, y como en són de lúgubre vaticinio, el *Peñon de Jorairátar.*

¿Quién lo subió á aquella altura?—Yo quiero creer que Sísifo en persona, y que la inmensa mole no tornó á rodar á lo hondo, segun su costumbre, porque en aquel crítico instante *los dioses se fueron...* y Sísifo quedó indultado *ipso facto*—como todos los demas penados del paganismo.

Pero todavía no me explico cómo *Jorairátar* fué fundado, á sabiéndas, debajo de aquella espada de Damócles...

¡Verdad es que en las faldas del Vesubio se reedifican hoy pueblos siete veces aniquilados por la lava!

Por lo visto, puede aplicarse al *temor* lo que Horacio dijo de la *esperanza:*

Vitæ summa brevis spem nos vetat inchoare longam.

*
* *

Jorairátar, adonde al fin llegamos con vida, tiene 1.900 habitantes.

Su riqueza principal consiste en la cosecha de aceite, del cual hay allí varios molinos,—cuyo nombre propio es *almazaras.*

Produce ademas bastante vino, y tiene muchísima arriería, aunque ni lo uno ni lo otro hasta el extremo de competir con el poderoso *Múrtas*...

Y aquí terminan mis datos estadísticos.—

Encima del pueblo se ven aún las ruinas de un castillo moro. Así nos lo contaron, al ménos. Nosotros no las visitamos.—

Y, á propósito de Moros: en *Jorairátar* hay tambien funcion de *Moros y Cristianos* el dia de la fiesta del pueblo;—lo cual quiere decir que allí se juega con recuerdos históricos como éste:

Cuando se alzaron los moriscos de aquel Lugar, y los *Monfíes* tenían ya reunidos en la iglesia á todos los Cristianos para matarlos, el Beneficiado FRANCISCO DE NAVARRETE, varon muy estimado por sus virtudes, áun entre la misma gente agarena, pidió la gracia de *doce horas más de vida,* tanto para él como para sus infelices compañeros.

Accedieron á ello los Moriscos, aplazando la ejecucion para la siguiente mañana, y el Beneficiado aprovechó aquellas doce horas para confesar á

sus fieles y disponerlos, por medio de un sermon, á una muerte cristiana. «El tiempo que le sobró de la »noche (añade la Historia) estuvo de rodillas, puesto »en oracion, pidiendo al cielo misericordia de sus »culpas.»

Llegado con el dia el momento del sacrificio, los verdugos, queriendo dar otra muestra de afecto y reverencia á tan digno Sacerdote, preguntáronle qué clase de muerte prefería.

—Degollado,—contestó el noble mártir.

Y degolláronlo efectivamente.

Con el Sacristan no fueron tan considerados.

«Al Sacrístan (dijeron), que con muncho cuida»do apuntaba la falta de los que no íbamos á misa »los Domingos y dias de fiestas, y castigaba á los »muchachos que no querían aprender la Doctrina »cristiana, cuando estaba borracho, quitadle asimes»mo la cabeza y echadla en una tinaja de vino, y en»tregad despues el cuerpo á los muchachos para que »le den tantas pedradas como él les dió azotes.»

«Dicho esto (concluye Mármol), los enemigos de »Dios ejecutaron luégo la inicua sentencia.»

Tambien era aquello jugar á *Moros y Cristianos*.

*
* *

El nombre de *Jorairátar,* áspero y feroz como el terreno convulso que lo lleva, despertó aquella mañana profundos ecos en mi memoria y en mi corazon; no sólo por haber nacido en aquel pueblo cierto insigne Prelado á quien mucho amo y reverencio, y un ex-Diputado á Córtes con cuya amistad

me honro, sino porque trajo á mi mente un lúgubre recuerdo de los primeros años de mi vida.

Era yo, en efecto, muy niño, cuando una noche triste, la Noche de Todos los Santos, víspera del Dia de Difuntos,—allá, en lo alto de *Sierra Nevada,* á mitad de camino entre la *Alpujarra* y *Guadix,* en la *Venta del Puerto de Ferreira,* donde estaban detenidos varios trajinantes, á causa de la mucha nieve que caía,—un hombre terrible, aceitero de oficio, llamado *El Tuerto de Jorairátar* (así lo nombraba el vulgo), había matado malamente, de una puñalada alevosa y atroz, á otro de los pasajeros que cenaban con él, dejándolo clavado en la mesa...

Aquel asesinato fué muy sonado en *Guadix,* donde se siguió el consiguiente proceso, y sobre todo en mi casa, por ciertas razones especiales.—Pasé yo, pues, mucho tiempo oyendo hablar á todas horas de tan bárbara escena; y aquella fúnebre y clásica noche; aquella Venta solitaria, incomunicada con el resto del mundo por la nieve; aquel matador, aquel cadáver y aquellos testigos que siguieron allí encerrados y juntos otros dos dias; aquella circunstancia de ser tuerto el asesino, y aquel salvaje nombre del pueblo de su naturaleza..., todo aquello excitó de tal modo mi imaginacion infantil, que la palabra *Jorairátar* parecíame sinónima de *infierno.*

Pero es más (y ved cómo se compaginan y forman á la postre una sola novela los incongruentes episodios de la vida humana): por entónces llegó á *Guadix* un distinguido caballero alpujarreño, jóven y brioso, natural de *Jorairátar,* á fin de amparar en su triste situacion al encarcelado reo, ahijado y

antiguo servidor de su familia; y estuvo en mi casa; trabó amistad con mi buen Padre; negociáronse perdones; impetráronse gracias, y con todo ello se logró que el Tuerto, en lugar de ser ajusticiado, fuese á presidio por *diez años con retencion,*—que era en aquel tiempo la pena inmediata á la de muerte.

Pues bien: al cabo de más de treinta años de no haber vuelto á parecer por *Guadix* aquel caballero ni sabídose más de él en mi casa, y cuando ya hacía cerca de diez que mi buen Padre cerró los ojos á este mundo; al llegar yo á *Jorairátar,* en virtud de una serie de contingencias de mi propia vida, y preguntarle al respetable anciano en cuya casa estábamos convidados á almorzar «si tenía idea de un jóven (de cuyo nombre no me acordaba) que en tal año fué á *Guadix* á interesarse por un reo, etcétera, etc., etc.», encontréme con la siguiente contestacion, que me llegó al alma:

—Aquel jóven... soy yo; y yo sé que usted es hijo de un amigo mio de quien no tengo noticias hace más de treinta años.

. . . .

Enterado que lo hube de la melancólica parte que correspondía á la *eternidad* en aquel período de *tiempo...,* recayó luégo la conversacion en el sangriento drama de la *Venta de Ferreira.*

—¿Y qué fué del Tuerto?—pregunté.

—Estuvo muchos años en presidio,—respondióme nuestro anfitrion;—y al cabo de ellos, vino á *Jorairátar:* dedicóse á las labores del campo, dando muestras de arrepentimiento y hombría de bien: pero no le favoreció la suerte; y este año pasado ha

muerto sumamente viejo, pobre y desdichado...—Ya llevaba algun tiempo de vivir de la caridad pública.

Yo respiré, cual si despertara de una pesadilla.

Y desde aquel momento *Jorairátar* me pareció ménos lúgubre y espantoso.



Mucho contribuyeron tambien á ello las cariñosas atenciones de nuestro huésped, la dulce presencia de sus hijas, la alegría que reinó en el almuerzo, y la riente hermosura de aquella mañana de Primavera que inundaba de luz y perfumaba con su aliento la gozosa estancia en que tan claros habían reaparecido á mis ojos los distantes dias de la niñez...

Por lo demas, nuestro huésped de *Jorairátar* era el hermano mayor, en armas y en edad, de nuestro huésped de *Albuñol,* lo cual explica tambien nuestra presencia en aquella casa. El caudillo de la Costa nos había enviado al caudillo de la Montaña, escribiéndole ántes alguna de aquellas cartas á lo Pérez de Hita, medio árabes, medio españolas, con que los alpujarreños de una misma sangre se confieren y delegan el alto ministerio de la hospitalidad respecto de unos determinados peregrinos.

Lo mismo hacían los frailes en la añeja España: por lo que las personas aceptas á una Órden religiosa podían recorrer toda la Península de Convento en Convento, sin necesidad de ir á dar con sus huesos en ninguna posada de mala muerte...

Y lo mismo pasa en el Desierto de Sahara, donde es muy frecuente que las caravanas vayan pre-

cedidas de un emisario del jefe dominante en cada region, á fin de disponerles lo más difícil ó imposible de hallar por el dinero así en el Africa de siempre como en la España de ayer, como en la *Alpujarra* de hoy: un alojamiento soportable.

En la *Alpujarra,* pues, el viajero tiene que vivir, ó recibiendo merced de sus hospitalarios hijos, ó como nosotros vivímos en la *Posada del Frances* de *Órgiva*.

De todo lo cual se deduce que la moderna propagacion de buenos *hoteles,* fondas y *restaurants* traerá consigo la desaparicion absoluta de los santos placeres de la hospitalidad activa ó pasiva.

Es la triste ley de estos tiempos. Nuestra época parece encargada por el Antecristo de acabar con las más puras satisfacciones del alma humana.

«*¡Dad posada al peregrino!*»... decía ayer el Catecismo cristiano... y el moro.

«*¡Que se vaya á la fonda!*»... contestarán mañana en todas partes.

Y tendrán razon los que esto digan.



A las cuatro de la tarde; es decir, dos horas despues de lo establecido en el programa del dia, salímos de *Jorairátar,* totalmente reconciliados con aquel fiero Lugar, donde tan bien lo habíamos pasado todos... y yo particularísimamente.—Es muy dulce poder reir de corazon despues de haber llorado dentro del alma..., y es más dulce todavía heredar amistades de nuestros padres...—¡herencia bendita, que parece un legado de su honra!

Decía que salímos de aquel pueblo con dos horas de retraso. Resultó, pues, que, por mucho que apretamos á las cabalgaduras, ya oscurecía cuando dimos vista á *Cojáyar,*—lo cual consistió tambien en que rodeamos mucho, á fin de pasar por el *Cortijo de los Naranjos.*

Cojáyar es un lugarcillo de 579 habitantes, dependiente de *Jorairátar* en lo eclesiástico, y famoso por sus riquísimos higos, que constituyen su principal cosecha.—El Patron del pueblo es San Antonio, pero se celebra el 9 de Setiembre.

No puedo decir más de *Cojáyar,* pues miéntras subímos desde la estrecha Rambla de su nombre al alto cerro en que está situado, hízose noche completa, y por cierto una noche tan oscura como boca de lobo.

En cambio, mucho y muy bueno pudiera contar de la agradabilísima velada que pasamos en casa del excelente amigo con quien estábamos citados.

(Y digo *velada,* porque fueron cerca de tres horas las que estuvimos allí, en medio de su familia, esperando á que saliera la luna para continuar nuestro viaje...)

Pero me contentaré con meras indicaciones de los componentes de aquel cuadro, tal y como en este momento se lo representa mi memoria.

Figuraos todas las tinieblas nocturnas sobre los misteriosos montes de la *Alpujarra:* figuraos en uno de los negros pliegues de esos montes un pueblo solitario, casi desconocido del mundo, sin alumbrado ni sereno, y sumergido en el silencio más hondo, cual si fuesen ya las dos ó las tres de la ma-

drugada: figuraos una casa de ese pueblo, cerrada y muda como todas las demas, y al parecer invadida, si no por la muerte, por su hermano el sueño; y figuraos, en fin, dentro de esa casa una tertulia como las del mundo civilizado: su camilla con su brasero, su alegre quinqué, una amabilísima señora, cuatro señoritas á cuál más guapa y más discreta, un afortunado novio (que hoy ya es marido), delicadas labores, libros modernos, chispeantes conversaciones, amor en unos ojos, en otros melancolía, en otros jubilosa indiferencia, sonrisas en todos los labios, buenas ausencias hechas á personas queridas, y, en el fondo del cuadro, unos viajeros que aguardan la salida de la luna para seguir su peregrinacion á traves de espantosos breñales y del frio desamparo de la noche...

Así fué: á cosa de las nueve nos avisaron que la *Casta Diva* había aparecido en el humilde horizonte de *Cojáyar*...; y, acompañados de ella, ó más bien acompañándola nosotros en su melancólico viaje; despues de darnos muchas veces por muertos en los malos pasos que ya conoceis, y sobre todo en la famosa vereda puesta de canto y en las cuestas de *Mecinilla,* llegamos al fin á *Múrtas* sanos y salvos y muy satisfechos de nosotros mismos, aunque yertos de frio, rendidos de cansancio y cayéndonos de sueño.

Eran las once y media de la noche.

. . . .

—¡Órden del dia para mañana!—díjosenos entónces, más militar que parlamentariamente:

Levantarse al romper el dia.

Oir misa de alba (era Domingo, y *Domingo de Ramos* por más señas).

Montar á caballo al salir el sol.

Viaje á *Turon*.—Almorzar allí.

Excursion á *Adra*.

Caminata por la orilla del mar.

Llegada á *Albuñol*..., etc., etc., etc.

Total:—ocho ó nueve leguas de camino.

Pero ¡qué leguas tan bien empleadas! ¡Qué seductora perspectiva! ¡Al fin íbamos al mar! ¡Cómo deseábamos que amaneciera!

¡Y cuánto, y cuán á poca costa, va á divertirse y á gozar y á aprender ahora el que leyere, si sigue abandonando sus más sagradas obligaciones por acompañarnos en nuestro viaje! . . . .

FIN DE LA CUARTA PARTE.

QUINTA PARTE

LA ORILLA DEL MAR

I

Cortijeros y cortijeras.—De *Múrtas* á *Turon*.—Acerca de los higos.
De cómo mi primo *clavó clavos*.

Asomó al fin *por las doradas puertas del Oriente*, que se decía en mejores tiempos, el dia de nuestro viaje al mar.—Llegó, sí, aquel dia tan suspirado;—y transcurrió;—y desapareció muy luégo para siempre, como todos los de nuestra falaz existencia...—Pero en verdad os digo, aunque ello os parezca inverosímil, que, si grande es el entusiasmo con que lo vimos amanecer, mayor es aún la satisfaccion con que lo recuerdo en este instante.—¡Tan léjos estuvo de defraudar nuestras esperanzas; y de aventuras tan honrosas (para nuestros caballos especialmente) es hoy la memorable fecha!

Mas procedamos con el debido órden; á cuyo efecto, volvamos á principiar este capítulo.

. . . .

Cuando salímos de *Múrtas*, que no fué tan tem-

prano como se había dispuesto la noche anterior, entraban en el Lugar numerosas bandadas de hombres, mujeres y niños, ora á pié, ora en mulos, jumentos ó caballos, y todos vestidos con esmero.—Era la poblacion de los 107 cortijos ántes mencionados, que acudía á la *Funcion de las Palmas* ó *Misa de los Ramos,* como allí se dice.—(Nosotros habíamos oído otra ménos solemne.)

En aquellas alturas hacía un frio espantoso. Las campesinas llevaban, pues, echada sobre la cabeza, á guisa de manto, la falda del zagalejo; y como quiera que los tales zagalejos estén todos forrados de bayeta verde, amarilla ó encarnada, y debajo de ellos aparezca otra saya de la misma tela, y por lo general del mismo color, aquellas mujeronazas, airosas y gallardas de suyo, resultaban sumamente bellas y elegantes... suponiendo que se las considerase desde el punto de vista artístico... y desde léjos, por añadidura.—Ya que no la estatuaria gentil, traían á la imaginacion la pintura mural cristiana, ó sea aquellos grandes frescos en que tan frecuente es ver vestidas de un solo color las épicas mujeres de la Biblia.—En cuanto á los cortijeros, llevaban una especie de tabardo con esclavina y un sombrero de extensas alas.—Con semejante equipo, más parecían soldados de Felipe II que descendientes de los Moros.—Y á la verdad, su abolengo era aquél y no éste, como ya demostrarémos en su dia...

Pero tampoco va ahora la relacion á mi gusto.—Principiemos por tercera vez.

. . . .

El camino de *Múrtas* á *Turon* se reduce casi

todo á una pendientísima cuesta, de tres cuartos de legua de longitud, que termina en la Rambla de este último nombre.

Nosotros, previo el oportuno acuerdo, anduvimos á pié aquellos tres cuartos de leguas, *á fin de entrar en calor;* lo cual no fué maravilla que consiguiéramos al poco rato; pues, á medida que descendíamos, subía la temperatura, adelantaba la Estacion, cambiaba la flora y se enriquecía la fauna...; de modo y forma que, cuando llegamos á lo hondo, nos vimos rodeados de tropicales pitas y otras plantas costeñas... ¡y de moscas de 1872!

(¡Ahora es cuando va esto en regla!)

Una vez en aquella calorosa *Rambla*, montamos á caballo; y, en una trotada, recorrímos un buen trozo de sus arenas; en otra, bastante más difícil, subímos á un empinado monte; y, ya en lo alto de él, descubrímos que, á la parte opuesta, es decir, á la parte del Mediodía, estaba hendido de alto á bajo por una frondosísima cañada, llena toda de verdura, de árboles en flor y de seculares higueras...

Eran las ilustres higueras de *Turon;* las madres de los higos que han hecho célebre aquel Lugar.

Nosotros no pudimos ménos de saludarlas con profundísima veneracion. ¡Llevábamos tantos años de admirar sus productos, sus obras, sus hijos... (sus higos quise decir)!—Sentímos, pues, al verlas una emocion análoga á la del viajero que visita en escondido villorrio á los modestos padres de un grande hombre público.

Por lo que toca á los higos en sí, su reputacion no puede ser más merecida, y yo espero que con el

tiempo salve los Pirineos y se extienda por toda Europa.—Son más chicos que los de Smirna y mayores que los de Cosenza; y, por su delicadeza y dulzura, recuerdan los de *Tusculum,* tan celebrados por el Cónsul M. T. Varron, en su libro *De re rustica,* y muy apreciados todavía en los mercados de Roma con el nombre de *Higos de Frascati.*—Sabido es que Frascati ocupa el mismo lugar en que existió la antigua Túsculo.—En cuanto al paladar de los hombres, se ve que siempre es el mismo.

Macrobio, *Præfectus cubiculi* de Teodosio el Jóven, hace notar, en sus curiosísimas *Saturnales,* que la higuera es el único frutal que no echa flores, y luégo clasifica á la *higuera blanca* entre los árboles de buen agüero y á la *higuera negra* entre los árboles fatídicos protegidos por los dioses del Averno.—Afortunadamente para *Turon,* allí se dan lo mismo los higos blancos que los negros, y, por consiguiente, sus habitantes no se hallan indefensos del todo, sino, á lo sumo, en la llevadera situacion en que el maniqueísmo nos suponía á todos los humanos.

Mucho más cómodo fuera, sin duda alguna, para los moradores de *Turon* no tener que habérselas sino con higueras blancas; como los Maniqueos se habrían alegrado de que el Principio del Bien reinase sin rival en el mundo; pero ¡ah!... el bien absoluto es imposible aquí abajo,—y hasta sería inconveniente, segun nuestra misma Sagrada Teología.—Continuemos, pues.

*
* *

Aquella fértil y deliciosa cañada sirve como de

triunfal *avenida* á *Turon,* y desde que se entra en ella, forma uno completo juicio de la riqueza del Lugar á que conduce, como las hileras de monumentos y sepulcros de la *Via Apia* anunciaban antiguamente al viajero toda la gloria y la importancia de Roma.

Turon, adonde llegamos á las diez (cuando, segun el programa del dia, debíamos de haber llegado á las ocho), tiene 2.903 habitantes, inclusos los de la Cortijada de *Guarea,* que consta de veintiuna casas, y los del caserío de *Dúétar,* que se compone de catorce. Es un pueblo sumamente alegre, de apacible temperatura, defendido á un propio tiempo de los vientos del Norte y de los de Africa por los cerros que lo rodean, y más costeño ya que serrano.—Ademas de sus clásicos higos, produce almendras, trigo y cebada. Beneficia minas de plomo; y, en fin, su nombre tiene el alto honor de ser de orígen latino:—TUROBRIGA, diz que se llamaba antaño.

Debido quizas á esta etimología, los moriscos turonenses se singularizaron entre todos los de la *Alpujarra* por la benignidad con que trataron á los cristianos el dia del Alzamiento de aquel Lugar.—«...Los del lugar de *Turon* (dice la Historia) recogieron diez y ocho cristianos que allí vivían, y, »porque los *Monfíes* no los matasen, los acompaña»ron hasta *Adra* y los pusieron en salvo con todos »sus bienes muebles.»—Ahora: si más adelante los moriscos de aquel pueblo quitaron la vida al famoso Capitan DIEGO GASCA, ya hemos visto que se les dió harto motivo para ello; y bien caro les costó; pues (segun la Historia añade) «los soldados que se

»hallaron presentes mataron luégo al matador y á
»los que con él estaban; y se airaron tanto viendo
»el desdichado suceso de su Capitan, que sin otra
»consideracion tocaron arma á gran priesa, y, dan-
»do igualmente en los vecinos armados y desarma-
»dos, mataron ciento veinte de ellos, y robaron el
»lugar, captivaron todas las mujeres y niños, y,
»dejando ardiendo las casas, volvieron á su aloja-
»miento y repartieron la presa...»

Mal año para las higueras blancas.



Los honores de Turon nos fueron hechos (todo esto es frances puro) por aquél mi antiguo condiscípulo y noble amigo que nos acompañaba hacía tres dias, y por otro respetabilísimo caballero, cuyo hijo primogénito figuraba ya tambien entre los expedicionarios.—Ambos querían llevarnos á su respectiva casa; y, para transigir tan generosa contienda, dividímosnos en dos secciones, tocándome á mí recibir merced de mi condiscípulo, ó, por mejor decir, de sus venerables padres,—¡que Dios le conserve muchos años!

Admirablemente lo pasamos unos y otros convidados: tan admirablemente, que, cuando nuestra seccion, que era la más ejecutiva, cayó en la cuenta de buscar á la otra, á fin de emprender la marcha, eran ya las dos de la tarde...—¡Las dos de la tarde... y, segun el programa primitivo, debíamos haber salido de *Turon* á las diez ó las once de la mañana!!!...

Los verdaderamente perjudicados por un retraso tan considerable, éramos mi primo y yo.—A los demas expedicionarios les sobraba todavía tiempo para realizar sus planes y cumplir sus compromisos, reducidos á trasladarse directamente de *Turon* á *Albuñol*, distante de allí unas tres leguas, y á llegar á esta villa ántes de las ocho de la noche.—Así es que los encontramos fumando tranquilamente, arrellanados en sendas butacas.

¡Pero nosotros teníamos necesidad, capricho, voto hecho, palabra comprometida, resolucion formada, en fin, de ir á *Adra* aquel mismo dia, y tanta obligacion como los demas de estar en *Albuñol* á las ocho en punto, si no queríamos ser los últimos de los huéspedes, de los comensales, de los amigos, de los caballeros y de los hombres!

Es decir, que nosotros, para acudir á ambas partes, y suponiendo que sólo nos detuviéramos una hora en *Adra,* tendríamos que andar ocho leguas en cinco horas... ¡por caminos alpujarreños!

—¡Imposible, señores, imposible!—nos dijeron los hijos del país.—No les queda á ustedes más remedio que renunciar á una de las dos cosas: ó á ir á *Adra* esta tarde, ó á estar en *Albuñol* á las ocho de la noche.

—¡Cómo imposible!—prorumpí lleno de asombro y de despecho.—¿Nos creen ustedes unos mandrias porque hemos nacido en terreno llano?

—Completamente imposible; á ménos que hubiesen ustedes nacido águilas.

—¡Con que es imposible!—volví á exclamar desesperadamente.—¡Y me lo decís ahora!

Aquellos crueles se encogieron de hombros, sin poder disimular la risa.—Mi desesperacion era para ellos un triunfo. Desde por la mañana temprano habían estado prediciendo que los *novicios* acabaríamos por renunciar á aquel descabellado proyecto de ir á *Albuñol* pasando por *Adra*.

—¡Estoy perdido!...—me dije, pues, con desconsuelo.

Y miré en torno mio, como buscando un rincon del mundo en que ocultar mi vergüenza.

***

Entónces observé que unos ojos estaban fijos y como clavados en mí desde lo hondo de la sala, con una expresion indefinible.

Eran unos grandes ojos moriscos, llenos de luz y de energía, que indudablemente me interpelaban, me reconvenían, me pronunciaban un discurso, protestaban, en suma, contra todo lo que allí se estaba hablando...

Eran los ojos de mi primo;—de aquel primo mio, *más semítico que jafético,* que me acompañaba desde las orillas del Genil, y á quien ya califiqué, en la Primera Parte de esta obra, de «*camarada »tradicional é indispensable de mis reiteradas ex»cursiones á caballo por aquella Provincia*».

Eran los ojos de mi primo Pepe;—más que primo mio por el corazon, segun que tambien expuse entónces, y acerca del cual añado ahora que, si llego á sobrevivirle, no volveré nunca á montar á caballo sin rezar un Padre Nuestro por su alma mora...

Eran, sí, sus ojos los que relucían en el fondo de la sala.

Tan luégo como reparé en aquella mirada fulgurante, me acerqué á él con cierto disimulo; hícele seña de que me siguiese, y, llegado que hubimos á la pieza inmediata, le hablé y me contestó en estos términos:

—José, tú tienes algo que decirme...

—Sí.

—Y lo que tienes que decirme es que *tú* y *yo podemos* ir á *Adra* esta tarde...

—¡Sí!

—Y estar en *Albuñol* á las ocho de la noche...

—¡Sí!!

—Probando de este modo á los hijos de la *Alpujarra*...

—¡Sí!!! ¡Sí!!!

—Que aún hay hombres capaces de hacer marchas como las de ABEN-HUMEYA...

Mi primo se contrajo como un epiléptico al oir estas palabras; volvióse rápidamente hácia una pared; dió en ella dos ó tres golpes con el puño, cual si *clavase un clavo,* y repitió, con el acento de un entusiasmo arrebatador:

—¡Eso! ¡Eso! ¡Eso!

—Pues calla, y sígueme.

Siguióme sin rechistar.

Cuando mi primo *clava clavos,* todo está dicho.

Bajamos á la cuadra, y nos pusimos á arreglar nuestros caballos por nosotros mismos.

Pero en tal instante se nos presentó aquel viejo del Albaicin que desempeñaba el alto cargo de

Criado Mayor de la expedicion, y nos dijo, medio riendo y medio llorando:

—Yo quiero ir con ustedes...

—¿Adónde?

—A *Adra* y ¡al fin del mundo! Yo sé el camino de la Costa.

—Pues ¿quién le ha dicho á usted que nosotros vamos á *Adra?*—exclamó mi primo.

—Yo, que me lo he figurado.

—¡Mal hecho!

—No lo he podido remediar, D. José.

—A propósito, Pepe,—díjele entónces:—¿conoces tú el camino?

—No tiene pérdida... En bajando siempre, de fijo llegarémos al mar...

—Eso es indudable...—repuse yo equívocamente.

—¡A lo ménos, así viajan los hombres de nuestra hechura!—añadió él con toda la gracia que Dios le ha dado.

—Y el camino de la Costa, desde *Adra* á la *Rábita,* ¿lo conoces?

—¡Tampoco! Pero, en siguiendo la orilla del mar hácia Poniente...

—No me digas más. ¡Comprendido!... Veo que los años no pasan por tí...

—Sin embargo,—observó el Criado,—hay puntas muy malas que evitar, y hace falta conocer las sendas que las cortan... máxime viajando de noche, como ustedes viajarán desde la *Torre de Guarea* en adelante. Pero yo he sido Carabinero, y conozco toda la *Costa*.

—¿Carabinero, ó contrabandista?—preguntó mi primo.

—Las dos cosas, D. José.

—Pues á caballo, abuelo,—exclamé yo,—y no diga una palabra á nadie. Nosotros, Pepe, saldrémos por la puerta del corral, como D. Quijote.

—Me parece muy bien; pero ántes debemos dejar un recado á esos infames.

—Es verdad. Así no detendrán su marcha por esperarnos. Lo mejor es escribirles.

Y, diciendo y haciendo, escribímos con lápiz en una tarjeta las siguientes líneas:

«Son en *Turon* las dos y diez minutos.—Salimos para *Adra*.—Procuren ustedes estar en *Albuñol* ántes que nosotros.»

Como veis, el desafío era horrible. Teníamos que morir ó vencer.

Entregamos la tarjeta á otro criado; montamos á caballo, y partímos.

Cuando ya íbamos andando, oímos la voz de los alpujarreños, que nos gritaban desde un balcon:

—¡Hasta mañana, caballeros! ¡Buen viaje! ¡Que duerman ustedes bien en *Adra!*

—¡Hasta esta noche á las ocho!—contestamos nosotros melodramáticamente.

Y metímos espuelas.

II

Viaje aéreo.— Vista de *Berja.*

No hay hombre cuerdo á caballo.
(Adagio español.)

Una vez fuera de *Turon,* nuestro primer cuidado fué repartir el tiempo de que podíamos disponer.

—De aquí á *Adra*—dijimos—hay tres leguas de montaña, con muchas más cuestas abajo que cuestas arriba, lo cual es un gran inconveniente para correr á caballo... No podrémos, pues, andarlas en ménos de tres horas; y eso, apretando muy de véras. Pongamos tres horas ménos cuarto.—De *Adra* á *Albuñol* hay cuatro leguas, casi todas de playa ó rambla, con algunas puntas ó promontorios que bajar y subir... Supongamos que las andamos en dos horas y media, aunque en la arena se camina detestablemente...—Nos quedan treinta minutos que dedicar á *Adra,* á fin de ver al amigo que nos espera, documentar nuestro paso por allí y dar algun descanso á los caballos...—¡Poco es! Necesitamos ganar otro cuarto de hora desde aquí hasta *Adra,* yendo en dos horas y media...

—¡Imposible!—exclamó el antiguo Carabinero.—¡Todo lo que han dicho ustedes es imposible!

—¡Anciano! Eso... ya nos lo advirtieron en *Turon,*—contestó mi primo.—¡Pero precisamente se

trata de hacer imposibles!—Son las dos y cuarto... ¡A las cinco ménos cuarto... en *Adra!*

—¡Encomiéndese usted á Dios, abuelo!—añadí yo, por via de resúmen.

Y pusimos los caballos al galope.

Afortunadamente, éstos eran ya muy maestros en punto á caminos de la *Alpujarra*. De lo contrario, no hubiéramos podido, ó habría sido peligrosísimo para ellos y para nosotros, hacerles trotar y galopar por donde trotaron y galoparon aquel dia; que fué (para decirlo de una vez) *por todas partes;* cuesta abajo, cuesta arriba, sobre peñascos, entre breñas, por las cumbres y por las laderas de los más espantosos derrumbaderos...

Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que no adelantábamos todo lo que queríamos, todo lo que necesitábamos...—En primer lugar, á lo mejor, teníamos que bajar trancos ó peldaños de escaleras naturales que conducían á los profundos infiernos, y por las que no se podía ménos de ir al paso...—En segundo lugar, nos perdímos una vez, tomando la senda de un cortijo por el camino de *Adra*.—Y en tercer lugar, hacía mucho viento, lo llevábamos de cara, y su violencia era horrorosa en las desamparadas cimas de aquellos montes, últimos ya del Continente, y, como tales, entregados á toda la saña de los vendavales marinos.

Pero nosotros no cejábamos por eso... Quiero decir, nuestros caballos no cejaban. Antes parecían poseídos de un vértigo, ó enterados de lo que ocurría.—Así es que volaban materialmente.

Algunas veces, y á causa de las revueltas del

camino, les cogía el aire de flanco... Entónces corrían de bolina, como los buques; esto es, medio tendidos hácia el flanco opuesto, con una rapidez y violencia indescriptibles.

No le iba tan bien al pobre criado. Su caballo valía ménos que los nuestros. Así es que empezó por quedarse atras... Luégo vimos volar un sombrero, arrebatado por el aire... En seguida desapareció el jinete, sin duda en busca del sombrero, y ya no divisamos más que el caballo, atado á una chaparra... allá... en una loma que nosotros habíamos pasado hacía algunos minutos.

Despues... no volvímos á saber más ni del sombrero, ni del jinete, ni del caballo;—hasta que, al dia siguiente por la tarde, presentóse en *Albuñol* el antiguo Carabinero, á pié, con un pañuelo atado á la cabeza y llevando á remolque al pobre animal, que se había quedado cojo para toda su vida.

Pero volvamos á nosotros.—Nosotros corríamos, como digo, en lucha con el viento, á una altura inmensa sobre el nivel del mar, y ya muy próximos al fin de la Tierra... ¡No se concebía que hubiera medio humano de bajar de donde estábamos adonde teníamos que bajar efectivamente! Parecía más bien que nos proponíamos lanzarnos á los ámbitos del aire cuando *se nos acabara* la Península, alta por allí como una inconmensurable ciudadela...

Ello es que marchábamos, casi rectamente ya, por las elevadísimas mesetas de una serie de lomas, con direccion al Mediterráneo, cuya soledad azul se dilataba á nuestros piés, como una campiña sin límites vista desde las murallas de una ciudad...

¡El mar! ¡El mar! Su olor, sus brisas, su frescura, su movimiento, su ruido... ¿A qué deciros más? ¿No encierran estas palabras un poema?

Y, sin embargo, aún el demonio de la poesía tentaba mi imaginacion, mostrándole en otros lados nuevos reinos para el deseo, nuevas lontananzas seductoras...

De todo ello lo que más me enamoró y atrajo mis miradas, en medio de aquella vertiginosa carrera, fué una hermosísima poblacion que estuvimos viendo sin cesar á nuestra izquierda, al otro lado de un hondo barranco, como á una legua de distancia en ocasiones, amorosamente guarecida en el seno de *Sierra de Gádor* y rodeada de oscuros bosques, de verdes siembras, de relucientes aguas, de todos los encantos de una naturaleza propicia.

Era la acaudalada *Berja,* la antigua *Virgi* de los Romanos, la *Medina Barcha* de los Moros, aquélla de quien se decía hace siglos que *cada casa tenía un jardin,* lo cual acontece tambien hoy; aquélla á quien el gran poeta árabe Ibn-Aljathib llama «sitio »risueño para el placer de la vista y lazo de seduc»cion para el pensamiento; nube fecundante, Da»rain (1) de preciosos aromas, campo rico, harem »seguro, hermosura manifiesta y oculta».

—Pepe,—le dije yo á mi primo, corriendo como íbamos,—¿ves aquel delicioso pueblo, que blanquea y reluce á la luz del sol, entre densas masas de verdura, como una joya medio escondida en un canas-

(1) Nombre de un puerto de la Arabia en el Golfo Pérsico, por donde se hacía gran comercio de aromas.—*(Nota del Sr. Simonet.)*

tillo de olorosas hierbas y gayas flores?... Pues es *Medina Barcha,* á cuyas puertas se riñó aquella sangrienta batalla entre el MARQUÉS DE LOS VÉLEZ y ABEN-HUMEYA en que ambos ejércitos quedaron destrozados, teniéndose que retirar éste á *Válor* y aquél á *Adra*... ¿No te parece ver todavía correr por aquellos cerros al temerario Morisco, al descendiente del PROFETA, al Rey de la *Alpujarra,* á quien, segun dice Hurtado de Mendoza, era fácil distinguir entre todos en lo recio de los combates, *por ir siempre vestido de colorado y precedido de su Estandarte Real?*

—Pedro: yo no tengo ojos más que para mirar al sol,—contestó mi primo:—yo no veo más sino que se inclina mucho á Poniente: yo no veo más sino que hay que estar en *Albuñol* á las ocho, ó ir á esconder nuestra vergüenza en un monasterio.

—Pepe,—repliqué yo, poniéndome de pié en los estribos, para mayor solemnidad.—Esas tus nobles palabras pasarán á los siglos venideros. Yo las escribiré en letras de molde, ya que no de oro, con la historia de estas descomunales hazañas que estamos realizando; y ademas, para que tu gloria sea completa, te dedicaré el capítulo. No puedo hacer más por tí.

Mi primo soltó... primero la carcajada y luégo las riendas; quitóse el sombrero, y, con él y con ambos brazos, dirigió un saludo al firmamento, como haciéndolo testigo de mi generosa promesa.

Entre tanto, su caballo, viéndose libre del freno, salía enteramente desbocado, y el mio detras de él, sin que por eso se cuidase Pepe de recobrar las bri-

das; pues tenía de antiguo esa costumbre de abandonarlas en los momentos de gran entusiasmo y de regir entónces su cabalgadura con las rodillas y los talones, como los jinetes marroquíes.

Yo no sé de qué modo me arrebata más mi primo; si haciendo esto, ó *clavando clavos* (1).

. . . .

Las tres y media eran cuando trepamos al fin á la última cadena de montes, y empezaron á aparecer ante nuestros ojos, quiero decir, á nuestros piés, las playas alpujarreñas y las almerienses... rematadas todas en unas amarillas fajas de arena, á lo largo de las cuales corría la movible orla de blanca espuma en que á su vez concluía ó empezaba el mar...—¿Empezaba ó concluía?—Yo no sé discernirlo.

El *Cabo de Gata* á lo léjos; más acá la *Punta de Roquétas,* la de *Balerma* y la de *Dalias;* barquichuelos pescadores en el undoso piélago; grandes buques cruzando en lontananza; la costa de Africa allá enfrente, como una vaga sombra, velada á la sazon por una tenue bruma; una inmensidad azul abajo; otra inmensidad azul arriba; el sol eterno, transponiendo del Mediterráneo al Océano, en bus-

(1) Aquella promesa hecha por mí á mi primo, y aceptada por él en un momento de buen humor, es la causa de que yo quebrante aquí, de la manera que estais viendo, respecto de su amadísima persona, una regla de conducta que me tracé desde el comienzo de este libro; cual fué no *poner en escena* individual y determinadamente á mis compañeros de expedicion, temeroso de ofender su modestia, puesto que ellos no están avezados á este oficio mio, que me obliga á hacer habilidades ante el público.—Pero yo cumplo todas mis palabras; hasta las que doy en broma...—Tenga, pues, paciencia mi primo y resígnese á correr mi misma suerte en la posteridad, como tantas veces la corrió en esta vida.

ca de la remota América...—hé aquí un resúmen, tan rápido como las circunstancias lo exigen, de lo que vimos desde aquellas postrimeras cumbres...

Pero la verdad es que nosotros no pensábamos por el momento más que en *Adra,* en verla aparecer, en llegar á ella, en llegar á tiempo... Sabíamos que estábamos materialmente sobre sus tejados, aunque todavía á media legua de distancia, ó más bien de elevacion; pero hasta que la viésemos con los ojos no habíamos de descansar.—¡Podía haber cambiado de sitio; podíamos habernos equivocado nosotros y hallarnos á muchas leguas de donde creíamos; podía no haber existido nunca *Adra* sino en nuestra imaginacion!

Asomámosnos finalmente á la misma playa que servía de base al encumbrado último cerro de aquella erguida Sierra, y *Adra* no pudo ya por ménos de dejarse ver...

Sí; allí estaba; á solas con el mar; debajo de nosotros; en un pequeño arenal amarillento; con sus grandes fábricas de fundicion, cuyas altísimas chimeneas parecían obeliscos del tiempo de Sesóstris; con sus ingenios de azúcar; con su empinado barrio antiguo; con su llano barrio moderno; con sus casas de un solo piso; con sus campos plantados de caña dulce; con su opulento rio á lo léjos, donde se encuentra la histórica *Alquería* en que se bañaban los aristocráticos moros de *Berja;* con algun vaporcillo y otros buques de menor cuantía en su desabrigado puerto; con su aspecto, en fin, mixto de ciudad cubana, inglesa y berberisca...

—¡Loado sea Dios, que nos ha permitido ver á

Adra!—dijimos, deteniendo los caballos para que respirasen un poco.

Eran las cuatro ménos cuarto.

Habíamos andado más de lo convenido, más de lo imaginable...

Pero aún faltaba lo peor; que era bajar, y bajar de prisa.—¡Aquella última media legua (que apénas resultaría un kilometro á vuelo de pájaro) podía entretenernos una hora, y, entónces, ¡adios todo lo adelantado!

—¡Pié á tierra!—dijimos, por consiguiente, despues de aquel corto respiro.—¡Ayudemos á los caballos á bajar!

Nos apeamos, en efecto, y nos precipitamos de cabeza por aquel cerro abajo; quiero decir, nos precipitamos de piés, sin hacer caso alguno de senderos y veredas, buscando siempre la línea más recta posible, ora deslizándonos como los torrentes sobre las peñas, ora brincando de una en otra como las cascadas, y arrastrando detras de nosotros á los caballos,—que acabaron tambien por cerrar los ojos al peligro y dar todos los saltos que les exigieron nuestros imperiosos tirones.—Indudablemente, tenían ya en nosotros una fe ciega.

Resultado: á las cuatro y media entrábamos en *Adra*.

Habíamos andado las tres leguas de Sierra en dos horas y cuarto.

Habíamos ganado un cuarto de hora sobre nuestros últimos cálculos, á pesar de la avaricia con que los hicimos.

Podíamos vencer.

III

Una hora en *Adra*.

En *Adra,* como en *Múrtas,* era Domingo, y los marineros y pescadores estaban tan aseados y compuestos á la orilla del mar, como los labriegos y pastores que habíamos encontrado aquella mañana en lo alto del *Cerrajon*. Pero el traje variaba mucho. Los hijos de la calurosa *Adra* vestían, si á aquello puede llamarse estar vestidos, anchos y blanquísimos zaragüelles, llevando sobre los hombros una anguarina de paño negro con su correspondiente capucha.—Parecían moros de Levante.

Todos se hallaban de asueto y holganza... ¡Y nosotros, por puro gusto, nos habíamos impuesto aquel dia la ruda faena de tan fatigosa expedicion!—Los miré, pues, con envidia, y tuve lástima de nosotros.

Tal es el perpetuo contrasentido de la naturaleza humana.

Tambien sentí como una especie de recrudescimiento de amor hácia el mundo abierto, público y conocido, hácia el siglo XIX, hácia la civilizacion moderna, cosas todas que no veíamos hacía algunos dias, y de las cuales nos hablaban aquella Villa tan industriosa, aquel olor á carbon de piedra, aquellos barcos en que se podía ir á todas partes, aquellas

olas que surqué tantas veces...—Causóme, sí, cierta tristeza pensar que á la noche volvería á esconderme en el montuoso laberinto de la *Alpujarra,* para poner de nuevo entre mí y el mundo redobladas barreras de montes y abismos, y todas las tinieblas de la incomunicacion y el misterio...

Mas luégo pensé en nuestros amigos de allí; en *Albuñol,* donde nos esperaban; en aquella apuesta que íbamos á ganar sin remedio; en el proyectado viaje á *Sierra Nevada;* en lo que sería pasar la Semana Santa en aquellas alturas; en el desenlace de la tragedia morisca...; y, acto continuo, resucitaron todos mis entusiasmos anteriores, enojóme *Adra* como la ciudad al cortijero, causáronme tedio y fastidio todas las perspectivas del mundo civilizado, y suspiré más que nunca por las soledades de la *Alpujarra.*

. . . .

Barajando en mi imaginacion tan encontrados pensamientos, y mi primo no sé cuáles en la suya, atravesamos al trote casi toda la Villa, hasta llegar á cierta Posada que nos habían dicho encontraríamos á lo último de la *Carrera.*

Una vez en aquel establecimiento, cuyo nombre no recuerdo ahora, nuestro primer cuidado fué encargar (del modo que se encargan las cosas cuando se quiere que se hagan) que tratasen á nuestros caballos á cuerpo de... caballos de rey, marcando al mozo el riguroso método con que había de refrescarlos, pensarlos y darles agua,—todo ello en el preciso término de tres cuartos de hora.

En seguida fuimos á casa de un excelente y dis-

cretísimo amigo que nos había esperado toda la mañana, y que ya no contaba con vernos aquel dia; el cual nos dió una carta para nuestros amigos de *Albuñol,* certificándoles que habíamos estado aquella tarde en *Adra.* Su digna esposa tuvo por su parte la amabilidad de poner unos barboquejos á nuestros sombreros, á fin de que no se los llevase el aire de las playas... (Aquella señora ha muerto ya, cuando escribo estas líneas...) Y habiendo tomado allí vino muy caliente con azúcar, medio eficaz de restaurar nuestras fuerzas, nos despedímos de la que nunca más habíamos de volver á ver en este mundo.

A continuacion nos llegamos al telégrafo (!) y pusimos varios despachos, recogiendo cuidadosamente los recibos, á fin de mostrarlos tambien á la noche en *Albuñol.*—Si hubiera habido telégrafo hasta esta Villa, ¡qué de cosas habríamos hecho decir á los alambres!

Finalmente, por consejo reiterado de nuestro buen amigo, tomamos un guía (muy *andarin,* segun nos dijeron, aunque *hombre de mar,* como era del caso), para que nos indicase las Puntas que debíamos evitar, impidiendo así que nos metiéramos en ciertos parajes, al parecer respetados por las olas, donde repentinos golpes de mar han hecho perecer á algunos viajeros imprudentes.

Arreglado todo esto, nos dirigímos á la Posada en busca de los caballos...

¡Maldicion!—¡Los caballos no estaban en la Posada!

. . . .

Pero no había por qué asustarse de tal modo.—

En aquel mismo instante los vimos asomar por lo alto de la *Carrera*.

Los habían llevado á ponerles algunos clavos que les faltaban en las herraduras;—oficiosidad del mozo, digna por cierto de aplauso y recompensa...

—¡Quién sabe—dijimos—si este pequeño retraso nos habrá evitado una completa derrota!...

Eran las cinco y cuarto largas.

A las cinco y media estábamos ya á caballo.

Habíamos perdido el cuarto de hora ganado en el camino.—Nos quedaba el tiempo tasado (segun nuestro primitivo presupuesto) para llegar *á Albuñol* á la hora de la cita...

—Mucho tienen ustedes que correr...—exclamó nuestro amigo con penosa desconfianza.

—¡Ca! ¡No llegan!—le había dicho ya por lo bajo el posadero.

—Espero llegar ántes,—contesté yo, metiendo espuelas.

—¡Ó ántes... ó nunca!—añadió mi primo, arrancando detras de mí.

El guía iba corriendo á lo léjos, por la Playa en que desemboca la *Carrera,* haciéndonos señas de que lo siguiéramos.

¡Desgraciado! ¡No sabía él en la que se había metido!

IV

Playas y Puntas.—¿Llegamos ó no llegamos?

Tan luégo como salímos de *Adra,* enderecé á mi primo el siguiente discurso, al compas del galope de nuestros caballos:

—Pepe: Acabamos de estar en la antigua *Abdera,* importante colonia fenicia... Acabamos de hollar la primera tierra que pisaron San Torcuato y los demas *Varones Apostólicos,* discípulos de Santiago *el Mayor,* cuando desembarcaron en Andalucía, á fin de propagar la fe de Cristo... Desde aquí penetraron en la *Alpujarra,* y, pasando el *Puerto de la Ragua,* se encaminaron á *Guadix,* nuestra Ciudad natal, desde donde se repartieron por otras comarcas, y de este modo, segun habrás leído, ú oído leer, en la *Leccion Sexta* del *Oficio de San Torcuato,* que con tal solemnidad se celebra en la Catedral de nuestro pueblo, Cecilio llegó á ser Obispo de Granada *(Illiberi),* Tesifon de Berja *(Virgii),* Segundo de Avila *(Abulæ),* Indalecio de Almería *(Urci),* Esignio de Cazorla *(Cartejæ)* y Eufrasio de Andújar *(Illiturgi),* quedándose Torcuato en Guadix *(Acci),* que es, por ende, la Silla episcopal más antigua de toda España.

—Antójaseme—dijo mi primo—que eso de *Avila* debe ser *Abla,* la Villa de la Provincia de Almería en que estuvimos hace años...

—Lo mismo he pensado yo alguna vez; pues, en efecto, parece raro que todos los *Varones Apostólicos* se quedasen en Andalucía la Alta, y que SEGUNDO se fuese solo á Castilla la Vieja. Pero la verdad es, querido primo, que en Avila hay una célebre, antiquísima iglesia de SAN SEGUNDO, y que SAN SEGUNDO, segun todas las historias, fué el primer Obispo de aquella ciudad...

—Yo no he estado en Castilla,—replicó mi primo.

—Ya lo sé, Pepe.—Pues, como te iba diciendo, ó como te pensaba decir, esta playa en que nos encontramos es ademas la última tierra de España que pisó BOABDIL *el Chico*... Aquí se embarcó para Africa el desventurado Rey; y de aquí salieron tambien luégo millares de Moriscos, expulsados del suelo que habían cubierto de flores... Pero otro dia hablarémos de la Expulsion... Te contaré, en cambio, ahora la tremenda aventura del DAUD, de que todavía se acordarán las arenas que recorremos en este instante. El DAUD, Pepe, era uno de los jefes de los *Monfíes,* el cual, ántes de la rebelion de ABEN-HUMEYA, pensó ir á Africa en busca de auxilios para principiarla por cuenta propia. Vino, pues, á *Adra,* á fin de embarcarse, y siguiéronlo algunas mujeres, que decían tener prisa *de ser moras en libertad*... Viendo que no pasaba ningun barco, el DAUD alquiló el de un pescador morisco, llamado NOHAYLA: pero éste le avisó á su amo, que era cristiano, y se llamaba GINES DE LA RAMBLA, si mal no recuerdo. GINES hizo entónces agujerear la barca y tapar los agujeros con cera...

—¿Y qué? ¿Se ahogaron todos?

—No; ninguno; porque los agujeros se destaparon á muy poca distancia de la orilla, y á los gritos de las mujeres acudieron lo mismo Cristianos que Moros y salvaron á todos los náufragos. Lo que se ahogó por entónces fué el proyecto de insurreccion; pues el Daud, en su fuga por la playa, perdió una bolsa de papeles que ponían en descubierto todos los planes de los Moriscos.

. . . .

Durante este coloquio, nuestros caballos traían *entre manos* una cuestion no ménos interesante, que nos estorbaba adelantar todo lo que deseábamos.

La mar estaba algo revuelta, y sus olas, despues de llegar á la rompiente de aquella playa tan suave, se extralimitaban, por decirlo así, extendiéndose tierra adentro en dilatadas sábanas de hirviente espuma que pasaban á veces bajo los piés de los nobles brutos.

Veíanse, pues, éstos á lo mejor metidos en medio del mar, rodeados por todas partes de un agua que rugía, que los golpeaba y que les olía de distinto modo que la de los rios...

Los pobres eran del interior de la provincia, y no habían visto nunca á aquel monstruo inconmensurable que parecía pugnar por tragárselos. No era mucho, por consiguiente, que, á pesar del dominio que ya ejercíamos sobre ellos, de su noble condicion y de la confianza que les inspirábamos, temblasen, se retemiesen, marchasen contraídos, sin quitar ojo de las olas, y que, al verlas venir, diesen unas bruscas huídas de costado, que nos hacían perder mu-

cho tiempo, ya que de manera alguna los estribos.

Para allanar semejante dificultad, tuvimos que acometerla de frente, obligando á los caballos á caminar algunos segundos, no ya á lo largo de aquella ancha orla de espuma, sino mar adentro, de cara al enemigo, como si pretendiésemos que vadeasen toda la extension del Mediterráneo con direccion á la Costa de Africa. Ellos se resistieron al principio por la buena, y como dándonos razones; pero nuestros halagos y nuestra autoridad acabaron por convencerlos, y entraron en el agua hasta que les llegó á las corvas.—Entónces los paramos, y cuando hubieron resistido dos ó tres de aquellos envites, muy desmayados por cierto en una playa tan mansa y tan reciente (el Mediterráneo se ha retirado de *Adra* cerca de un kilometro en los últimos cincuenta años), respiraron con satisfaccion y como diciéndonos que ya estaban tranquilos.

Los habíamos curado de espanto efectivamente, y, en adelante, lo mismo les importó galopar sobre espuma que sobre arena.

. . . .

A todo esto, el marinero que habíamos tomado como guía, y que recuerdo era un hombre muy alto (circunstancia rara en los andarines), nos llevaba todavía alguna delantera... gracias á lo poquísimo que hasta entónces habían andado nuestros caballos.

Revolaban acá y acullá algunas gaviotas, indicio de borrasca, y el guía, corriendo, volando materialmente por la orilla del mar, con sus anchurosos zaragüelles y su anguarina de flotantes mangas,

blancos aquéllos y negras éstas, parecía á lo léjos otro pájaro marino, mensajero de desventuras.

Los caballos, libres ya de todo miedo, no tardaron en recobrar el tiempo perdido, y volaban á su vez en demanda de una fragosa *Punta,* ó prolongacion de las Sierras alpujarreñas, que se adelantaba al remate de aquel angosto arenal, para luchar cuerpo á cuerpo con las olas, cerrándonos completamente el camino.—Los pobres animales creían sin duda que iba á terminar allí nuestra jornada.

En cambio, el guía principió á flaquear... De vez en cuando se paraba, volvía la cabeza hácia nosotros, se limpiaba el sudor y tornaba á salir corriendo.

En tal momento, vimos que una mujer bajaba, ó, mejor dicho, se precipitaba de roca en roca desde lo alto de aquella *Punta,* como para atajarnos el paso, levantando los brazos al cielo con la mayor angustia ó cruzando las manos con desesperacion...

Ninguna actriz, ningun pintor ha imaginado nunca actitudes más dramáticas y conmovedoras. Parecía aquella mujer el númen de los peligros, el genio de los náufragos, la divinidad de aquel promontorio, deplorando con anticipacion todos los desastres que la tempestad traería consigo...

El guía, tan luégo como la hubo visto, torció su rumbo y encaminóse hácia ella con redoblada celeridad, dándole grandes voces, como si á su vez quisiese prevenir alguna desgracia...

Nosotros arrancamos tambien á todo escape en la misma direccion y llegamos al propio tiempo que él al pié de la enhiesta *Punta,* en cuya ladera se

había detenido la aparecida, atajada por una cortadura de las rocas.

El hombre del mar no estaba ménos aterrado y afligido que la mujer de la montaña.

—¿Qué sucede?—gritó él desde lo hondo.

—¿Qué pasa?—gritó ella desde lo alto.

—¿Qué tienes, mujer? ¿Qué tienes?—añadió aquél, trepando por las peñas.

—¿Y el niño? ¿Qué le pasa á mi hijo?—preguntó ésta con desgarrador acento.

—¡Malhaya seas, mujer!—exclamó entónces el hombre.—¡Buen susto me has dado!

Y se sentó en el suelo, reventado, jadeante, bañado de sudor.

—El niño viene detras de mí...—añadió en seguida.—Míralo por dónde asoma...

En efecto, allá, lejísimos, se veía un puntillo blanco que corría por la arena de la playa.

—¿Lo ves?

—Sí: lo veo. ¡Ay! ¡Dios me perdone!—exclamó la pobre madre, poniéndose en cruz.—Al verte venir de esa manera creí que el mar se había tragado al chiquillo.

—¡Ca!...—repuso el marinero.—Yo voy de guía.—¡Mira! Aquí te dejo el capote.—Baja por él sin matarte... ¡Y hasta mañana, si Dios quiere!

Así diciendo, se levantó con gran trabajo, y echó á correr como un autómata.

El supuesto andarin estaba destrozado.

—¡Alto!—le dijimos entónces nosotros, que ya subíamos tambien el promontorio arriba.—Usted se queda aquí con su mujer y con su hijo. ¡Demasiado

han padecido ustedes ya hoy por nuestra causa! De todos modos, ni usted, ni la misma Atalanta, podrían seguirnos al paso que vamos á tomar ahora.

El hombre se resistió, lloró, nos suplicó que le permitiéramos continuar acompañándonos; pero, vista nuestra tenacidad, hubo de reducirse á especificarnos, magistralmente por cierto, qué *Puntas* podían doblarse sin peligro, siguiendo la orilla del agua, y cuáles había que cortar, pasándolas por encima.

Enterados de todo, nos despedímos de él y de su mujer, que al fin había logrado incorporársele; y escapamos hácia la cumbre, provistos, á falta de guía, de una infinidad de bendiciones muy dulces, muy tiernas y muy baratas.

—Aunque ya no lleguemos á tiempo, no me importa,—murmuré cuando estuvimos solos.

—¡Hay que llegar, sin embargo!—exclamó mi primo con más energía que nunca.

Pero creí notar que me ocultaba alguna cosa...

Puede que fuera una lágrima.

. . . .

Dominada aquella Punta, descubrímos á nuestros piés otra Playa sumamente angosta, pero larguísima, á cuyo remate había un nuevo promontorio, coronado por una torre.

Era la *Torre de Guáinos*.

En un tiempo fué torre *de moros:* hoy es *de carabineros*...—¡Siempre el hombre preparándose contra el hombre!

En un abrir y cerrar de ojos bajamos á aquella Playa, la recorrímos de un extremo á otro y llegamos al pié de la Torre.

Entre el cerro que la sostiene y el alborotado mar quedaba en seco una estrecha faja de arena.

Ya nos lo había anunciado el guía...

Pasamos, pues, por aquella especie de istmo, y salímos á otra Playa.

Al comienzo de ella estaba el Caserío de *Guáinos,* consistente en una sola hilera de casas, delante de las cuales había un largo porche, que les servía de soportal á todas, cubierto de zarzas y sostenido por enormes pilastras blancas.

Ni en las casas, ni en el porche, ni en parte alguna, se veía alma viviente.—Sin duda por ser Domingo, y Domingo de Ramos, los pescadores que allí habitan se habían ido á *Adra* á oir misa y á echar una cana al aire.—Eramos, pues, en aquel momento (¡oh melancolía!), dueños absolutos de la Costa.

Pero nosotros nos bastábamos y sobrábamos á nosotros mismos, como suele decirse...

Pepe: ¿te acuerdas?—Al cruzar á escape por debajo de aquel cobertizo, cuya elevacion sería lo ménos de seis metros, agachaste la cabeza *cuidadosamente;* y yo, que corría detras de tí, sòlté una ruidosa carcajada.

—¿Por qué te agachas?—te pregunté.

—Porque esta tarde—respondiste—me parece que voy á dar con la frente en el mismo cielo, y me creo capaz, si me lo mandas, de descolgar el sol y traértelo para que lo apagues.

—Lo de traérmelo,—contesté yo,—estaría bien hecho, José mio; pero lo que es de apagarlo guardárame muy mucho. Precisamente estoy observan-

do que él va á tardar muy poco en apagarse por sí mismo, dejándonos á oscuras en estos arrabales del Planeta.

Así dije, viendo que, en efecto, el sol principiaba á descender al Occidente.

—Podemos impedir que se nos ponga,—replicó mi primo.—¿No marchamos en su misma direccion? ¡Pues corramos tanto como él!

—Pepe: el sol anda *sobre la tierra* setecientas cincuenta y cinco leguas por hora. Lo único que podríamos hacer, fuera pedirle á Dios que lo parase en nuestro obsequio, como lo paró en obsequio de Josué; pero ni nuestro viaje ni nosotros somos dignos de merced tan señalada.

—¡Pues entónces... metamos espuelas!

. . . .

No sé qué más espuelas quería mi primo que metiésemos. Los pobres caballos no podían portarse mejor. El terreno huía bajo sus piés como la sombra de una nube... y, á pesar de las detenciones que sufrímos al principio, habíamos andado una legua en ménos de media hora.

A los pocos momentos (cerca de las seis en el reloj de mi primo: el mio se había parado tenazmente) se puso el sol detras de la *Sierra de Guálchos*...

Al verlo desaparecer, sentí que me abandonaba la esperanza de triunfar. Quedábannos tres leguas de tierra desconocida que recorrer entre las sombras de la noche, sin más guía, camino ni sendero que las revueltas olas del mar, de las cuales teníamos que alejarnos muchas veces para enfrascarnos en las breñas de los promontorios...

Entónces comprendí toda la temeridad de nuestra empresa.—De dia hubiera sido difícil: de noche era mortal, desesperada, irrealizable.

Pero ya no había más remedio que seguir marchando.

El crepúsculo fué largo aquella tarde, y, durante él, corrímos espantosamente; mas, cuando cerró la noche, los bramidos del viento, el rugido del mar y la oscuridad absoluta llegaron á imponer tambien á mi primo.

Lo digo porque callaba mucho y arreaba poco.

—¿A qué hora salió anoche la luna en *Cojáyar?*—preguntó al fin con voz desapacible.

—A las nueve. Lo cual quiere decir que saldría á las siete para estas playas. Tú sabes que en los breves horizontes de aquellos barrancos no se ve el sol ni la luna hasta que ya están casi en el zenit...

Mi primo volvió á callar.

. . . .

Poco despues, y en el momento en que íbamos á pasar una Punta por la parte de abajo, creyendo que era de las que se prestaban á ello, oímos una voz que gritaba sobre nuestra cabeza:

—¿Adónde van ustedes? ¡Por ahí no se pasa!

Levantamos los ojos, y, á los reflejos del mar, vimos el brillo de un fusil entre las rocas de aquel promontorio.

—Pues ¿por dónde se pasa?—preguntamos nosotros.

—¡Por aquí arriba!—contestó otra voz más léjos.—¡Ahí no hay camino! ¡Ahí no hay más que agua!

—¿Y quiénes son ustedes?—gritó mi primo con tanto recelo como osadía.

—Esa es otra conversacion...—repuso el primero que había hablado.

Y sonó un pito.

—Estoy,—dijo la segunda voz.

La oscuridad era densísima.

—Son carabineros,—advertí yo á mi primo.

—¡Poco pitar!—exclamó entónces éste con mucha sorna.—No somos contrabandistas.

—Aunque fuesen ustedes el mismo diablo, lo primero es que no se ahoguen,—dijo una tercera voz detras de nosotros.

Y luégo agregó, cambiando de tono como un ventrílocuo, y con acento de bajo profundo:

—Buenas noches, caballeros.

Era un carabinero del Reino, y pronto fueron cuatro los que nos rodeaban en las tinieblas.

—¿Adónde se va tan tarde?—nos preguntaron afectuosamente.

—A *Albuñol*.—¿Nos queda mucho?

—Dos leguas y media. A las nueve estarán ustedes allí. Pero ¡cuidado con las puntas! Esta noche hay que evitarlas casi todas. La mar está muy mala, y como no se calme á la salida de la luna, las olas llegarán á lo alto de nuestras torres.

—¡A las nueve!—pensé yo, con la angustia que podreis imaginaros.

—Vengan ustedes por aquí,—añadió otro de aquellos buenos hombres.

Y nos condujeron á una vereda que pasaba por encima del promontorio.

Luégo que nos hubimos despedido de ellos,

—¿Has oído?—le pregunté á mi primo.

—¡Adelante!—contestó éste, sacando fuerzas de flaqueza, ó confiando en algo que no se me alcanzaba.

Corrió él, pues, á toda brida, sin saber por dónde, y yo lo seguí maquinalmente, sin más aliento que el que me prestaba su tenacidad inquebrantable, muy parecida al fatalismo mahometano.

. . . .

Y así cruzamos playas, doblamos puntas, saludamos torres, cortamos promontorios, durante no sé cuánto tiempo, en medio de la orfandad de la noche, entre los bramidos del viento y el estruendo de las olas, entregados al instinto de los caballos, aunque sin dejarlos descansar un momento, y esperando á cada instante que un tropezon en las cuestas arriba, un resbalon en las cuestas abajo, ó un hundimiento de la floja arena que á veces atravesábamos entre golfos de espuma, pusiese fin á aquella insensata carrera.

Yo había perdido la conciencia de la hora que podría ser.

Una vez se la pregunté á mi primo, y éste me contestó en unos términos tan grandiosos, que dióme vergüenza de volver á preguntársela.

—La que sea es,—me dijo.—Nosotros no podemos andar más de lo que andamos. Ó llegamos ó no á la hora de la cita. El resultado dirá. Lo que haya de suceder... ¡está escrito!

No hubiera hablado mejor un árabe.

Pero pronto se encargó el cielo de sacarme de dudas, ó sea de acabar con mis esperanzas...

El horizonte empezó á blanquear hácia Levante... Es decir... ¡iba á salir la luna!...

—Suponiendo—pensé—que anoche saliera á las siete, esta noche le toca salir á las ocho ménos cuarto. Es así que aún no hemos llegado á la *Rábita*, y que desde la *Rábita* á *Albuñol* hay una legua; luego... *¡imposible* llegar á *Albuñol* á las ocho! *¡Imposible... imposible...* como nos dijeron en *Turon!* ¡Imposible, como nos lo dijo tambien el antiguo carabinero, ántes de que se lo llevara el aire!— ¡Llegarémos á las nueve, como nos anunciaron los carabineros en activo servicio!

En aquel momento apareció la luna, plena, hermosa, rutilante, indiferente á todas las inquietudes humanas, y, por lo tanto, sin reparar siquiera en la mia.

Pero el mar se calmó á su vista como por arte de magia, y empezó á jugar mansamente con sus luces y á devolverle sus cariñosos besos...—El mar y la luna se entienden hace muchos siglos.

. . . .

—¡Entramos en la *Rambla de Albuñol!*—gritó en esto mi primo, que corría siempre delante...— Pero ¿dónde está la *Rábita?*

—Ésta no es la *Rambla de Albuñol:* éste es el *Barranco del Muerto,*—contestó una voz en los aires, ó sea en lo alto de una roca.

Era la voz del carabinero encargado de guardar aquel portillo ó callejon de la *Alpujarra,* que mi primo había tomado por la desembocadura de la gran Rambla ó *boulevard* que ya conoceis.

—¿Y cuánto hay desde este respetable barranco á

la *Rambla de Albuñol?*—pregunté yo tímidamente.

—Media legua,—contestó el carabinero.

¡Media legua más! ¡Es decir, que nos faltaba legua y media de camino! ¡Y ya eran las ocho, á juzgar por la luna!

—¡Pepe! ¡Pepe!—grité, una vez echada aquella cuenta, al parecer infalible.

Pero mi primo no me oía. Mi primo volaba de nuevo por la orilla del mar adelante.

—Se ha vuelto loco,—dije.—¿Adónde va ya de ese modo?

Y continué gritándole, al par que lo seguía:

—¡Pepe! ¡Pepe!

—¿Qué quieres?—respondió él desde muy léjos.

—¡No corras! ¡Ya hemos perdido la apuesta!

—¡No se sabe! ¡Sígueme! ¡Allá veo la *Rábita!*

—¡Pepe! ¡Son las ocho y cuarto!

—Sígueme, te digo... ¡Estamos en la Rambla de *Albuñol!*

. . . .

Aquella vez no se equivocaba...

La naciente luna alumbraba el torreon árabe de la *Rábita,* sus casas, sus iglesias y los barquichuelos de los pescadores, miéntras que á nuestra izquierda se extendía, negra y misteriosa, la mayor de las Ramblas alpujarreñas.

De allí hasta *Albuñol* apénas había una legua, toda por terreno llano, expedito y no sujeto á equivocaciones ni riesgos de ninguna especie.

—Descansemos aquí un poco,—dijo mi primo, parando su caballo á la entrada de la *Rambla.*

—Podemos descansar cuanto quieras,—respon-

dí tristemente:—de todos modos, ya ha pasado la hora.

—¿Pues qué hora crees que es?—replicó él con indiferencia.

—¡Mucho más de las ocho! ¿No ves la luna?

—Sí que la veo. Pero ¿no me has dicho tú mismo que en *Cojáyar* sale mucho despues que aquí?

—Sí; pero esta noche sale aquí y en todas partes tres cuartos despues que anoche.

—Pues figúrate que no fuesen dos horas, sino tres, las que tardara anoche la *Casta Diva* en llegar al cielo de *Cojáyar*...

—¿Qué estás diciendo?

—¡Ni yo mismo lo sé!—contestó mi primo, descubriendo al fin una emocion extraordinaria.—¡Me he propuesto no mirar la hora hasta que lleguemos á las puertas de *Albuñol,* y aunque me muera no la miro ántes! Pero sé que hemos corrido muchísimo: sé que el tiempo se nos ha hecho muy largo: sé que la noche aflige y que la luna engaña... ¡Me da el corazon que todavía vamos á llegar á tiempo!

—¡Pues en marcha, Pepe, aunque revienten los caballos!...

—¡En marcha, sí! Este es el último galope.

. . . .

El último fué; pero bueno.

Diríase que los caballos se alegraban de huir del mar, ó que pronto reconocieron aquella Rambla, cuyas aguas habían bebido tres dias ántes...

Ello es que sus fuerzas parecieron renovadas, y que corrieron como exhalaciones por aquel arenal arriba.

Minutos despues apareció á nuestros ojos *Albuñol,* reclinado en su cerro, argentado por la luna, y tachonado de mil puntos de oro...

Eran las luces de sus calles... y de sus casas...—No podía ser muy tarde.

—Mira el reloj, Pepe... Estamos llegando...

—Tómalo, y míralo tú mismo,—dijo con acento supersticioso.

Yo lo cogí con mano trémula: volví su esfera hácia la luna, y lancé un grito de admiracion y de alborozo.

¡No eran más que las siete y media!

—¡Las siete y media!—exclamé frenéticamente.—¡Hemos triunfado!

—Me lo figuraba,—respondió Pepe.—¡Somos los primeros hombres del mundo!

Y saludó al cielo con su ademan acostumbrado.

Mas entónces dí yo otro grito espantoso.

—¿Qué es eso?—exclamó mi primo, viniendo hácia mí.

—¡Pepe, somos los últimos hombres del mundo! ¡Tu reloj está tambien parado!

Mi primo no replicó al pronto una palabra. Cogió el reloj; se lo llevó al oido; conoció que en efecto no andaba; se lo metió en el bolsillo; quitóse el sombrero; se encaró con la luna, y la insultó malamente.

. . . .

Pero en aquel instante oímos un lejano ruido á nuestra izquierda, esto es, hácia la *Rambla de Aldáyar,* que, como sabeis, confluye allí con la de *Albuñol*...

—¡Calla!—pronunció sordamente mi primo, tendiéndose sobre el cuello del caballo para oir mejor.—¡Son ellos!

—¿Cómo *ellos?*

—Sí: nuestros compañeros, que llegan ahora de *Turon*... ¿No los oyes hablar? ¿No sientes las pisadas de sus caballos? ¡Por cierto que no se dan ninguna prisa!

—¡Entónces, es muy temprano! Por lo visto, tu reloj se paró aquí mismo al propio tiempo que nosotros.

—Temprano ó tarde, nos cabe al ménos la gloria de entrar ántes que ellos en *Albuñol*...

—Eso no tiene duda; pero, por si acaso, no entremos hasta cerciorarnos de que son ellos, y no otros caminantes, los que por allí vienen...

—Cerciorémonos,—repitió mi primo.

Y, penetrando algunos pasos en la *Rambla de Aldáyar*, gritó resueltamente:

—¿Quién vive?

Confusas voces nos contestaron al principio, y luégo se oyeron grandes risotadas.

—¿Qué gente?—volvímos á preguntar.

Una mezcla de aplausos y silbidos fué entónces la única respuesta.

—¿Oyes, Pepe? La injusticia humana empieza á dudar de nuestra gloria. Esos que silban creen que no hemos pasado por *Adra*...

—Lo que yo oigo es que aprietan el paso para cogernos la delantera y entrar en *Albuñol* ántes que nosotros.—¡Sígueme! ¡Sígueme! Esa gente sabe mucho.

Y miéntras esto decía mi primo, galopábamos ya hácia la moruna Villa.

. . . .

Un minuto despues estábamos en brazos de nuestro amadísimo huésped.

—¿Qué hora es?—le preguntamos con un ansia febril.

—La que quiera que sea... ¿Qué nos importa?—contestó él bondadosamente.—El caso es que lleguen ustedes bien... ¿Y los compañeros?

—Ahí vienen... Pero ¿qué hora es? ¡Necesitamos saberlo!

—Las ocho ménos diez minutos,—respondió nuestro huésped, mostrándonos su reloj.

Mi primo y yo nos abrazamos, locos de alegría.

En aquel momento sonó ruido de caballos á la parte afuera...

¡Eran nuestros amigos, que llegaban despues que nosotros!

. . . .

***

Que explicamos en plena tertulia todo lo ocurrido; que nuestros compañeros de viaje empezaron por poner en duda que hubiésemos estado en *Adra;* que los documentos que llevábamos acabaron por convencerlos plenamente; que entónces nos celebraron y felicitaron con la mayor nobleza; que los hijos del país nos admiraron y elogiaron tambien muchísimo, diciendo que no había ejemplo de una caminata semejante; que mi primo y yo no cabíamos

de orgullo en el pellejo; que comímos como ogros; que no nos acostamos sin abrazar y besar á nuestros caballos, y que aquella noche dormímos como Napoleon despues de la batalla de Austerlitz, ó como Castáños despues de la batalla de Bailén, son cosas que se caen de su peso y que no tengo para qué contaros...

Pero lo que sí me cumple referiros, á riesgo de que no lo creais, es que no me dormí sin reunir ántes en torno de mi lecho á los Historiadores y celebrar con ellos una nueva consulta...

Erame absolutamente indispensable estudiar á fondo aquella misma noche la gran campaña del Marqués de los Vélez contra Aben-Humeya, ó, por mejor decir, de Aben-Humeya contra el Marqués de los Vélez, en que ambos compitieron en heroísmo, y que cierra brillantemente la historia militar del reyezuelo de la *Alpujarra*...

Pues bien: hé aquí el rápido y sustancioso resúmen que el más jóven de los escritores allí congregados me hizo de todo lo que sabían los demas acerca de aquellos seis meses de continuas batallas, últimos de la vida del que fué bautizado con el nombre de D. Fernando de Válor y murió con el nombre de Muley Mahomet Aben-Humeya...

No dejeis de leerlo, por mucha prisa que tengais.—Considerad que alguna razon me asistirá para insertarlo íntegro, cuando no reparo en su extension, á pesar de lo muy sobrado que estoy de materia para completar este volúmen.

V

Historia pura.—Felipe II acuerda dar el mando del ejército granadino á su hermano D. Juan de Austria.—Ferocidades de los Cristianos.—Ferocidades de los Moriscos.—Crece la insurreccion.—D. Juan de Austria en Granada.—Sus primeras medidas.—Preparativos de Aben-Humeya.—Ventajas de éste.—El Marqués de los Vélez lo rechaza delante de *Berja*.—Retrato del Marqués de los Vélez.—Recobra el Reyecillo el terreno perdido.—Proscripcion de los Moriscos de la Capital y de su Vega.—Carta de Aben-Humeya á D. Juan de Austria, quejándose de lo que en Granada se hacia con su padre D. Antonio de Válor.—Nuevas victorias del Reyecillo.—Es llamado á la corte el Marqués de Mondéjar.

Habla don Miguel Lafuente Alcántara (*Historia de Granada,* tomo IV, cap. XIX).

«Las ventajas de los Cristianos eran efímeras, y sólo contribuían á exasperar más y más el ánimo de los rebeldes y de los que habían depuesto las armas bajo la buena fe de un salvoconducto. El gobierno de Felipe II conocía el rápido vuelo de la insurreccion, y vacilaba sobre los medios de reprimirla, por las relaciones diferentes que le eran elevadas sobre su orígen, y la conducta de las Autoridades civiles y militares. Hubo quien opinase por la venida del mismo Rey á Granada; otros consideraron este viaje indigno de su grandeza, y entónces se acordó enviar al célebre D. Juan de Austria y reforzar el ejército con tropas más disciplinadas y numerosas.

»No bien cundió entre los Cristianos que hacían la guerra la noticia de que iban á ser acaudillados por el gran Príncipe, faltaron á los respetos de sus jefes y se lanzaron á cometer inauditos excesos en el país que era teatro de la guerra. Saqueaban aldeas; asesinaban á cuantos habitantes hallaban; violaban las doncellas, y, sin respetar los seguros concedidos, obligaron á muchos á tomar las armas para vengar estas afrentas. Para mayor deshonra, ciento diez moros principales (los que dijimos haber sido presos como rehenes en Granada) fueron acometidos en mitad de la noche por los mismos cristianos que los custodiaban en la cárcel de Chancillería, y aunque se defendieron con palos de los corredores y con ladrillos, fueron asesinados (17 de Marzo de 1569).

»Los Lugares de la *Alpujarra,* pacíficos y asegurados, por cartas especiales, eran indignamente saqueados, y sus vecinos muertos ó reducidos á esclavitud. Agraviados de estos ultrajes inicuos, los moriscos más dóciles y sumisos corrían á las armas y

peleaban hasta morir ó vengarse.—Así ocurrió en *Válor*, donde los mismos vecinos, tranquilos el dia ántes, derrotaron ochocientos hombres, la flor del ejército, acaudillados por los Capitanes ALVARO DE FLÓRES y ANTONIO DE AVILA, y pasaron á cuchillo á estos dos jefes y á casi toda su tropa.—En *Turon* mataron tambien al Capitan de *Adra*, DIEGO DE GASCA.

»Estos desórdenes acrecentaron el espíritu de rebelion y proporcionaron mayores fuerzas á ABEN-HUMEYA, el cual organizó nuevas compañías, las armó con los mismos arcabuces apresados á los vencidos, extendió sus correrías por todo el Distrito de la *Alpujarra* y Almería hasta el rio Almanzora, y condenó á muerte, no sólo á cuantos cristianos pudo prender, sino tambien á los mismos Alguaciles y Regidores moriscos, tibios en la defensa ó sospechosos de alianza con los Cristianos. Al propio tiempo envió mensajeros á Berbería á que publicasen sus victorias y le proporcionasen gente, armas y dinero.



»Sabido en la corte de FELIPE II el nuevo rumbo de la insurreccion, se acordó que D. JUAN DE AUSTRIA acelerase su viaje á Granada. En efecto, despedido el Príncipe en los jardines de Aranjuez por el Rey su hermano, y asistido por LUIS QUIJADA, llegó á *Iznalloz* (12 de Abril).

»Con esta noticia el pueblo de Granada mostró extraordinario regocijo, y las Autoridades se prepararon á festejar á un Príncipe tan célebre y gallardo.—El MARQUÉS DE MONDÉJAR, que habia regresado dias ántes á Granada, salió á *Iznalloz* con una compañía lucida de Capitanes, caballeros y deudos y permaneció con DON JUAN aquella noche. Al dia siguiente vinieron juntos hácia la ciudad, y en Albolote se presentó el CONDE DE TENDILLA con doscientos jinetes aderezados á la morisca y á la usanza castellana, y armados de capacetes, corazas, adargas y lanzas; de manera que hacian, segun Mármol, hermosísima y agradable vista entre guerra y paz.—El Presidente y el Arzobispo, que habian recibido de Madrid el aviso del ceremonial con que debian tratar á D. JUAN, reuniéronse en el Pilar del Toro, y salieron al encuentro junto á la Rambla del Beiro.

»D. JUAN recibió á ambos personajes con sombrero en mano y con singular afabilidad; y por último llegaron á saludarle los Oidores, los Alcaldes, las Dignidades eclesiásticas, el Corregidor, los Veinticuatros y muchos ciudadanos y caballeros principales.—El Presidente decía quién era cada uno, y el mancebo los recibió con tanta benevolencia que todos quedaban satisfechos.—Acabado este recibimiento, el CONDE DE MIRANDA, que venía al lado de D. JUAN, se adelantó, y el Presidente á la derecha y el Arzobispo á la izquierda, le tomaron en medio.

»Así caminaron hácia la puerta Elvira, con increible concurso y entre las filas de diez mil hombres alineados, y cuya arcabucería hacía salvas incesantes.—En medio del Triunfo se detuvo con otro espectáculo industriosamente preparado. Más de cuatrocientas mujeres cristianas, de las maltratadas por los Moriscos en la *Alpujarra*, viudas y huérfanas, se presentaron en traje humilde, llorosas y con los cabellos esparcidos, pidiendo venganza contra

los autores de su desgracia.—D. JUAN les dirigió palabras consoladoras, y entró en la ciudad por la calle de Elvira.

»Las ventanas estaban entoldadas con paños de oro y seda, y muchas damas y doncellas, ricamente ataviadas, admiraban la hermosura y gentileza de su persona.—Hospedado en el Palacio de Chancillería, despidió al CONDE DE TENDILLA, al Arzobispo y Presidente, y se entregó al reposo.

»Apénas D. JUAN hubo descansado, dió audiencia á una comision de los Moriscos, los más ricos y principales, quienes se quejaron de los agravios de las Autoridades cristianas y de los insultos y desmanes con que la soldadesca ultrajaba á todos los de su raza. Recibiólos el Príncipe con su acostumbrada benevolencia, prometióles pronto remedio, y amenazó á los conjurados y díscolos. En seguida comisionó al Licenciado LÓPEZ DE MESA para oir é informarle de las quejas de los Moriscos, y á los Oidores VÁZQUEZ DE ARIAS y MONTENEGRO para la administracion de los bienes confiscados á los rebeldes.

»Miéntras llegaba el DUQUE DE SESA, que era uno de los Consejeros que habian de asistirle, reconoció los muros y puertas de la ciudad, estableció una rigorosa policía, refrenó la tropa y visitó los establecimientos más notables, acompañado del MARQUÉS DE MONDÉJAR y de LUIS QUIJADA. Llegado el DUQUE, celebró varios consejos, y entre los jefes militares, asistieron el Presidente DEZA, el Arzobispo y otras Autoridades civiles.

»Hubo contestaciones acaloradas sobre la terrible medida, propuesta por DEZA y por el DUQUE, de expulsar incontinenti del Reino de Granada á todas las familias moriscas que permanecían bajo la fe de los Tratados. Oponíase á esta proscripcion general el benigno MARQUÉS DE MONDÉJAR; y D. JUAN, que vió discordes los ánimos, y que era poco propenso á adoptar resoluciones fecundas en infortunios sin la debida madurez, excusó dar su voto sobre la despoblacion, y se limitó por entónces á organizar su ejército: nombró Capitanes, reforzó las guarniciones de los pueblos que aún ocupaban los Cristianos en torno de la *Alpujarra*, y para cortar las comunicaciones y el espionaje de los insurgentes de *Güéjar*, *Dúdar* y *Quéntar*, que por estos dias se sublevaron, mandó que los moriscos de *Pinos* y de *Monachil* abandonasen sus Lugares y se trasladasen á la llanura de la Vega.



»Miéntras D. JUAN se apercibia para salir á campaña, y asistía á las deliberaciones lentas de su Consejo, ABEN-HUMEYA, situado en el riñon de la *Alpujarra*, hácia *Ugíjar*, con numerosos destacamentos rebeldes, se preparaba, no sólo para resistir, sino tambien para tomar la iniciativa en el ataque.

»Para ello mantenia frecuentes comunicaciones con los Alcaides y Alfaquíes de la corte marroquí y de Argel; les halagaba enviándoles regalos de dinero y esclavos, y recibia en torno refuerzo de aventureros y armas de buena calidad. Para animar á los suyos, circuló una proclama en que aseguraba que su amigo ALUCH-ALÍ, Gobernador de Argel, y ABDALÁ *el Jerife*, preparaban una poderosa escuadra, con cuyo socorro era infalible la victoria. Para dar impulso á la guerra y satisfacer la ambicion de los fo-

gosos guerrilleros que militaban bajo sus banderas, organizó una especie de gobierno civil y militar.

»Al MALEH encomendó el Marquesado del Zenete y la frontera de Guadix, Baza y Rio Almanzora; á ABEN-ABOO, sano ya de la mutilacion bárbara que ántes referímos, el Partido de Poqueira y Ferreira; al XAVÁ la *Taha de Orgiva;* á ABEN-MEQUENUN las de Lúchar y Sierra de Filábres y Gádor; á GIRON DE ARCHIDONA y al RENDATÍ el *Valle de Lecrin* y Costa de Motril y Almuñécar, y á otros, diferentes partidos, entregándoles patentes con sello Real.—Les dió instrucciones para que esquivasen batallas campales y fatigasen al enemigo con marchas rápidas y con una continua movilidad; les encargó que sublevasen de grado ó por fuerza cuantos lugares pudiesen recorrer, y nombró como Consejeros y Administradores de recursos de guerra á su tio D. HERNANDO *el Zaguer*, al DALAY, á MOCARRAF, vecino de *Ugíjar*, y al HABAQUÍ.—Sólo ABEN-FARAX quedó excluido, porque aspiraba á destronar á ABEN-HUMEYA, y éste deseaba haberle á las manos y ahorcarle.

»Bien pronto comenzaron los Cristianos á experimentar las consecuencias de las medidas adoptadas por el sagaz é incansable ABEN-HUMEYA.—Sus fieros partidarios abandonaron las guaridas de la *Alpujarra* (Mayo); dominaron completamente en la Ajarquía de Málaga y Sierra de Bentomiz, en los Distritos de Baza, y en los orientales de la Provincia de Almería, y saciaron el rencor que les devoraba pasando á cuchillo los débiles destacamentos sorprendidos en sus marchas veloces.—Una compañia cristiana, que trataba de construir trincheras en el Puerto de la Rawa, que pone en comunicacion á la *Alpujarra* con Guadix, fué cruelmente derrotada.—El MALEH amagó á Fiñana, y los vecinos de Competa, de Frigiliana, y todos comarcanos á Vélez Málaga, se proclamaron independientes, y mostraron sin rebozo la aversion que abrigaban contra sus opresores cristianos.—El Corregidor de Vélez, ARÉVALO DE SUAZZO, reunió gente del territorio de su jurisdiccion, de Málaga y de las principales villas de esta Provincia, y trató de perseguir á los alzados y de ganarles el Peñon de Frigiliana, en cuya fortaleza natural se apoyaban los Moriscos. Batido en el primer encuentro, con pérdida de muchos soldados y Capitanes valerosos, tuvo que replegarse á Vélez para ser testigo de los progresos de la insurreccion.

»Hubiera sido ésta de una gravedad extraordinaria, si el MARQUÉS DE LOS VÉLEZ, que había sentado sus cuarteles en *Berja*, no hubiese logrado un triunfo sobre ABEN-HUMEYA...»



Pero interrumpamos un momento á Lafuente Alcántara, y, por via de *ilustracion* á su reseña histórica, intercalemos aquí el retrato de cuerpo entero que del famoso D. LUIS FAJARDO, MARQUÉS DE LOS VÉLEZ, nos ha legado Gines Pérez de Hita, soldado

suyo, como ya sabemos.—Es una obra maestra, digna ciertamente del original:

«El Marqués D. Luis (dice) era muy gentil hombre; tenía doce »palmos de alto; era de recios y doblados miembros; tenía tres »palmos de espalda y otros tres de pecho; fornido de brazos y »piernas; tenía la pantorrilla gruesa, bien hecha; al modo de su »talle, el vacío de la pierna, delgado de tal manera que jamas »pudo calzar bota de cordovan justa, si no fuese de gamito de »Flándes: calzaba trece puntos de pié, y más: era tan bien tra»vado y hecho, y tan doblado, que no se echaba de ver lo que era »de alto. Era de color moreno cetrino, los ojos grandes rasgados, »lo blanco de ellos con unas vinzas de sangre, de espantable vis»ta. Usaba la barba crecida, y peinada: alcanzaba grandísimas »fuerzas: quando miraba enojado, parecía que le salía fuego de »los ojos: era súpito, valiente, determinado, enemigo de menti»ras... Era grande hombre á caballo; usaba siempre la brida; pa»recía en la silla un peñasco firme. Cada vez que subía á caballo, »le hacía temblar y orinar. Entendía bien cualquier clase de freno. »Su vestido de monte era pardo y verde y morado. Las botas que »calzaba habían de ser blancas, abiertas, abrochadas con cordo»nes. Era larguísimo gastador. Tenia quatro despensas de grande »gasto, una en Vélez el Blanco, otra en Vélez el Rubio, otra en las »Cuevas y otra en Alhama. Era muy sabio y discreto; en burlas »y en véras extremado. Tenia de costumbre oir Misa á la una del »dia, y á las doce, de suerte que los Capellanes no lo podían su»frir. Comía una vez al dia, y no más, y aquella comida era tal, »que bastaba á satisfacer quatro hombres, por hambre que tuvie»sen. En la comida no bebía más que de una vez, mas aquélla »buena, con agua y vino muy templado, y esto era acabando de »comer. De noche era su negociar, y así, se iba á dormir cuando »los otros se levantaban. Siempre andaba con su capa, cobijado »solamente las espaldas, ceñida espada y daga, y esto era de no»che. De dia se ocupaba sólo en tirar al blanco, ora con escopeta, »ora con ballesta, y en cuerpo: si era Verano, siempre sin gorra; »y si era Invierno, con un sombrero de monte muy pespuntado... »La lanza que él llevaba era tal, que harto haría un criado suyo »que llevarla al hombro, y el Marqués la meneaba cual si fuese »un junco delgado... Tenía muchos perros y aves de volatería... »Quando había de ir á monte, aguardaba que hiciese mal tiempo, »que nevase ó lloviese, ó hiciese grande aire; y esto por haber á »sus gentes robustas, como él lo era.»

Tal era el guerrero cristiano con quien á la sazon tenía que habérselas Aben-Humeya.

Dejemos ahora á Lafuente Alcántara continuar su relacion.

*
* *

«Reunió Aben-Humeya diez mil hombres, la flor de su ejército, y asistido por el Zaguer, por el Maleh, el Gironcillo, Aben-Me-

QUENUN y otros guerrilleros valientes, acometió á la Villa de *Berja* por tres puntos á la vez. El de los VÉLEZ, que sabia los propósitos de ABEN-HUMEYA por unos espías moros sorprendidos dos dias ántes y condenados al tormento, estaba apercibido para la defensa. Fué, sin embargo, tan furioso el ímpetu de los Moros, y mayormente el de unos aventureros berberiscos (que llevaban en la cabeza guirnaldas de flores para significar que pelearian hasta morir mártires de su secta), que arrollaron á fuego y hierro una compañía de manchegos mandada por un Capitan de nombre BARRIONUEVO, y estuvieron casi al alcance de la persona misma del MARQUÉS.

»Saltó éste atropelladamente sobre su caballo y marchó á la plaza de armas. Aquí se defendieron bravamente quinientos arcabuceros á las órdenes de los Capitanes D. RODRIGO DE MORA, DON JUAN y D. FRANCISCO FAJARDO.—ABEN-HUMEYA recargó con fuerzas que rompieron la posicion de estos valientes.—En este conflicto, el MARQUÉS DE LOS VÉLEZ salió por un portillo y llamó la atencion de los enemigos por retaguardia.—Este lance amilanó á los agresores y los hizo aflojar en el ataque.—Los Cristianos recobraron su posicion, y atacando con nuevo ímpetu rechazaron á los Moros y les hicieron retirarse hácia *Dalías* y *Andarax* con pérdida de mil quinientos hombres.

»A pesar de este triunfo, el MARQUÉS consideró falsa su posicion y se replegó á *Adra*.

»ABEN-HUMEYA se retiró hácia *Cádiar* y *Válor* á rehacer su gente y reponerse del anterior descalabro.

»Otro suceso próspero ocurrió por estos dias é inspiró no poco desaliento á los Moriscos.—El Comendador Mayor de Leon arribó á la Costa de Vélez con una escuadra de veinticinco galeras, traidas de Italia, para favorecer la empresa de la reduccion.

»Cerciorado de la desgraciada tentativa de ARÉVALO DE ZUAZO contra el Peñon de Frigiliana, resolvió acometer nuevamente esta empresa ántes que la insurreccion tomase mayor incremento. Para obtener el beneplácito de D. JUAN DE AUSTRIA despachó á *Granada* á su primo D. MIGUEL DE MONCADA, y recibió la debida autorizacion. Asistido por el mismo Corregidor, por D. JUAN DE REQUESENS, marino ilustre, y por otros Capitanes y señores de Málaga, desembarcó con los tercios de Nápoles en Torrox, y recibió refuerzos de la misma ciudad y de otras villas.—Ordenado su campo, practicó un reconocimiento y dispuso acometer por tres puntos simultáneamente; por la loma de Puerto Blanco, por la cumbre y por la cuesta (11 de Junio).

»Era la subida agria, y la resistencia de los Moros tenaz y ventajosa: hasta las Moriscas peleaban con aliento varonil. Casi todos los veteranos de Italia, acaudillados por D. PEDRO DE PADILLA, fenecieron en la vanguardia. Otros muchos Capitanes esforzados hallaron la muerte en la penosa subida, hasta que, esforzándose los Capitanes de Vélez, CEREZO y VOZMEDIANO, y el Alférez malagueño CARAVEO, penetraron en el fuerte, donde los enemigos tenian un vasto campamento de chozas y tiendas.—Este suceso hizo desmayar á los Moros y abandonar sus enriscadas posiciones: muchos escaparon por derrumbaderos y sendas estrechísimas; otros fueron pasados á cuchillo. Quedaron cautivas hasta tres mil personas de ambos sexos. El despojo de seda, oro y plata, perlas, granos y bestias fué considerable. La gente de Loja,

Alhama y Alcalá la Real, acaudillada por el Corregidor D. Gómez de Figueroa, y la de Archidona por el ilustre poeta, amigo de CERVÁNTES, D. LUIS BARAHONA DE SOTO, se presentaron en número de ochocientos hombres á pié y á la gineta momentos despues de conseguida la victoria; y como su presencia era ya innecesaria, recorrieron los Lugares comarcanos saqueando y matando.

»ABEN-HUMEYA se propuso alentar á sus soldados y hacerles olvidar los anteriores sucesos acometiendo empresas de mejor éxito. Despachó al MALEH con cuatro mil hombres hácia el rio Almanzora; puso en insurreccion completa todos los Lugares de esta comarca, y se hizo dueño de los castillos y peñas bravas que aún se conservaban del tiempo de la Conquista. Los destacamentos cristianos de los castillos de Oria, Las Cuevas y Seron opusieron alguna resistencia; pero esta última plaza, la más importante de aquella tierra, se rindió despues de ser derrotado D. ENRIQUE ENRÍQUEZ, que acudió de Baza con socorro, y de ser preso el Alcaide defensor DIEGO DE MIRÓNES por las fuerzas del MALEH y de un Capitan intrépido llamado el MECEBE.

»Las ventajas de los Moriscos y la soberbia y perseverancia de ABEN-HUMEYA en hacer la guerra lastimaban profundamente el amor propio de D. JUAN DE AUSTRIA. El animoso príncipe permanecía en Granada devorado de impaciencia por la tardanza de los refuerzos que consideraba necesarios para emprender una campaña de cuyo éxito dependia su porvenir glorioso. No siéndole dado salir al campo con la celeridad que apetecía, dictaba las órdenes oportunas, á fin de guarnecer las fortalezas más débiles y conservar las posiciones más favorables para sus planes ulteriores. Con estas miras reforzó las guarniciones de Oria y los Vélez, y encomendó este Partido á D. JUAN DE HARO.

*
* *

»Entre tanto, se agitaba entre los Consejeros de Granada la cuestion de si era ó no conveniente expulsar sin tregua ni dilaciones á las familias moriscas que permanecían tranquilas en la Ciudad, aunque propicias á la insurreccion.—El Gobierno de FELIPE II sancionó esta medida terrible, y encomendó á D. JUAN su rápida ejecucion.

»En efecto, el 23 de Junio amanecieron puestos sobre las armas todos los batallones de la guarnicion de Granada y los destacamentos de los Lugares de la Vega. En seguida se promulgó bando general mandando á todos los Moriscos acudir á sus parroquias respectivas. Las familias enteras obedecieron llenas de terror y persuadidas de que les amenazaba un infortunio extraordinario, y quizas la muerte. El Presidente DEZA, á quien se comunicó el recelo que aquejaba á los infelices proscriptos, les dió seguridades de vida, y comisionó á D. ALONSO DE GRANADA VENÉGAS para que los tranquilizase.

»Permanecieron los Moriscos encerrados en la iglesia toda la noche y custodiados por guardias en las puertas, y á la mañana siguiente los fueron trasladando entre gente armada á los salones del Hospicio. Una gruesa columna de tropa, á cuya cabeza estaban D. JUAN DE AUSTRIA, el DUQUE DE SESA, el MARQUÉS DE MONDÉJAR, LUIS QUIJADA y el Licenciado BRIBIESCA MUÑATÓNES, se ex-

tendía por todo el Triunfo, desde la Puerta de Elvira hasta el edificio de la Casa de los locos. El Caballero FRANCISCO GUTIÉRREZ DE CUÉLLAR estaba allí con una oficina formando el padron de los que eran conducidos.

»D. JUAN, que había calmado la inquietud de los proscriptos, tuvo que deplorar un suceso funesto. El Capitan de Sevilla, ALONSO ARENALLO, dispuso llevar los Moriscos de una parroquia, precedidos de un Crucifijo en el asta de una lanza cubierto con un velo. Los desventurados que veían aquella insignia, y las Moriscas que caminaban llorando detras, creyeron que eran conducidos al cadalso, y una de ellas exclamó:—«¡Oh desventurados de vos»otros, que os llevan como corderos al degolladero! ¡Cuánto mejor »os fuera perecer en las casas donde nacisteis!»—Con este hecho hubo ya algunas alarmas, hasta que, al llegar á la puerta del Hospicio, un Carrachel, llamado VELASCO, dió un palo á un morisco jóven medio loco: éste le hirió con un ladrillo que halló á la mano: acudieron los alabarderos al alboroto, y, creyendo que el herido era D. JUAN, mataron al morisco y trataron de hacer lo mismo con los restantes.—Presentóse D. JUAN y apaciguó el tumulto, y mandó al historiador LUIS DEL MÁRMOL y á D. FRANCISCO SOLIS la ejecucion de algunas medidas que evitasen tales desórdenes.

»Con la más exquisita vigilancia, para refrenar las intenciones aviesas de la soldadesca, fueron encerrados todos los moriscos de *Granada* y de su *Vega* útiles para la guerra, quedando por entónces los viejos, las mujeres, los niños, muchos artesanos útiles y otros que tuvieron favor ó medios de gratificar á los agentes subalternos. «Fué (dice MÁRMOL) un miserable espectáculo ver tan»tos hombres de todas edades, las cabezas bajas, las manos cru»zadas y los ojos bañados de lágrimas, con semblante doloroso y »triste, viendo que dejaban sus regaladas casas, su familia, su »patria, su naturaleza, sus haciendas y tanto bien como tenían... »Quedó grandísima lástima á los que habiendo visto la prosperi»dad, la policía y el regalo de las casas, cármenes y huertas, don»de los Moriscos tenían todas sus recreaciones y pasatiempos, y »desde á pocos dias lo vieron todo asolado y destruído.



»Miéntras D. JUAN y sus Consejeros se ocupaban en expulsar los Moriscos de Granada y su Vega, ABEN-HUMEYA hacía una correría gloriosa por los lugares del Rio Almanzora, y se proporcionaba reclutas, armas y caballos.—Satisfecho del buen resultado de su incursion, regresó al *Laujar de Andarax* para organizar nuevas huestes y dar algun respiro á sus voluntarios.

»Desde su guarida escribió á D. JUAN DE AUSTRIA, á D. LUIS DE CÓRDOBA y al MARQUÉS DE LOS VÉLEZ, quejándose de los inhumanos tormentos á que la Inquisicion había sometido á D. ANTONIO DE VÁLOR, su padre, y á D. FRANCISCO, su hermano (1): se declaraba

(1) Este otro hermano de ABEN-HUMEYA estaba tambien preso en las cárceles de la Chancillería desde ántes de la Rebelion de los Moriscos, sin que conste por qué causa.—No se le confunda con ABDALÁ ó D. LUIS, el menor de los hermanos, que estaba en Africa, como ya sabemos, procurando socorros para los insurgentes, ó tal vez en rehenes, como asegura Pérez de Hita, para responder de la conducta del REYECILLO con los auxiliares que se le enviaban.—*(N. del A.)*

él mismo único responsable de la guerra promovida, y se brindaba á entregar ochenta cautivos en cange de sus dos caras personas: amenazaba ejercer crueles represalias si no se mitigaba la persecucion de su familia.

»Celebróse consejo para decidir si era ó no conveniente contestar, y, despues de algunos debates, se acordó que el mismo D. ANTONIO DE VÁLOR escribiese á su propio hijo manifestándole que era tratado con dulzura, y que eran inexactos los informes sobre su tormento.

»Tranquilizado ABEN-HUMEYA con estas noticias, partió de Andarax con fuerzas respetables, y se encaminó hácia Almería con ánimo de ocuparla.—D. GARCÍA DE VILLARROEL, que supo su designio, se emboscó junto á Güecija, sorprendió la division enemiga y desbarató los proyectos de ABEN-HUMEYA.—La concentracion de los rebeldes hácia Almería permitió hacer al Capitan DON ANTONIO DE CÓRDOBA una correría en el *Valle de Lecrin*, en cuyos lugares sostuvo, con ventaja á veces, con pérdida otras, várias escaramuzas.

»En esto (Julio), el MARQUÉS DE LOS VÉLEZ, que, desde su retirada de *Berja* continuaba en *Adra*, recibió órdenes del Gobierno para acelerar sus operaciones en la *Alpujarra*. Para ello allegó numerosos refuerzos y partió hácia *Ugíjar*.

»Enterado ABEN-HUMEYA de sus movimientos, destacó á su tio el ZAGUER y al HOSCEYN, Capitan turco, con cinco mil hombres, á disputar el paso del barranco de *Lucainena;* pero estos moriscos fueron rechazados, y el MARQUÉS volvió á ocupar segunda vez á *Ugíjar*.

»Sentido ABEN-HUMEYA de este reves, y afligido con la muerte del ZAGUER, que sucumbió en *Mecina de Tedel* á impulso de una fiebre maligna, reunió sus voluntarios en *Válor* y se jactó de desalojar en breve al de LOS VÉLEZ de sus posiciones. Ofendido el MARQUÉS de tal provocacion, tomó la delantera en el ataque y partió en busca de los rebeldes. Trabóse una escaramuza bastante porfiada en las inmediaciones de *Válor*, y en ella cedieron los Moriscos.—Los Cristianos siguieron al alcance de los fugitivos al traves de quebradas y barrancos, y sólo hallaron el cadáver de DIEGO DE MIRÓNES, el Alcaide de Seron, y el de un morisco llamado ALGUACIL, á quienes ahorcaron para entretener á los perseguidores.»

*
* *

Por segunda vez tenemos que interrumpir á Lafuente Alcántara.

La escaramuza de que acaba de hablarnos nos recuerda la célebre calaverada con que el MARQUÉS DE LOS VÉLEZ puso término á sus hazañas de aquel dia (3 de Agosto de 1569), y que tanto le criticaron sus émulos.

Fué el caso que, terminada la lucha por haberse dispersado los Moriscos, el Marqués llegó, persiguiéndolos, á las excelsas cumbres de *Sierra Nevada,* sin más acompañamiento que dos ó tres caballeros principales que lo seguían penosamente á una gran distancia.

«Iba (ó solía ir, segun un testigo presencial) en »su caballo bayo, encubertado á la bastarda, con »muchas plumas encima de la testera; el cual iba po»niéndose con tanta furia, lozanándose y mordiendo »el espumoso freno con los dientes que, señorean»do aquellos campos, representaba bien la pompa »y ferocidad del Capitan General que llevaba en»cima...»

Poco ántes de llegar á lo alto, reventó aquel caballo tan pujante; pero el Marqués tomó otro, en el cual atravesó las eternas nieves, al oscurecer, por el *Puerto de Loth* ó de la *Tabla*, y descendió á *Lacalahorra,* Capital del *Marquesado del Cenet,* que forma parte del Partido de Guadix. Allí pasó la noche (probablemente en el Castillo, que aún existe, del Duque del Infantado), y, á la mañana siguiente, tornó á salvar la *Sierra* y regresó á *Válor,* con gran cantidad de vituallas...

Anduvieron, pues, injustos sus rivales al deducir de todo esto «que perdió la accion del dia precedente, puesto que tuvo que irse á dormir á *Lacalahorra*»...—¿Qué sabe nadie lo que el famoso Don Luis Fajardo tendría que hacer en aquella Villa; ni si llegó á pegar los ojos en toda la noche; ni si lo citaron; ni si iría meramente en busca de víveres frescos para su única y descomunal comida dia-

ria?—No hay nada más torpe ó inconsiderado que el odio.

*
* *

Continúa Lafuente Alcántara:

«Neutralizaron las consecuencias de estas ventajosas escaramuzas algunos refuerzos de Turcos, Argelinos y Moros. Entusiasmados por las exhortaciones de sus morabitos, desembarcaron en ocho fustas y se pusieron á las órdenes de HOSCEYN.—ABEN-HUMEYA se rehizo con esta gente, reiteró sus correrías y paralizó las operaciones del MARQUÉS DE LOS VÉLEZ.—Animados al mismo tiempo los moros del *Valle de Lecrin*, acometieron al *Padul* (21 de Agosto) en número de dos mil hombres, y empeñaron una batalla formal con algunas compañías acantonadas en la poblacion á las órdenes de D. JUAN CHACON, vecino de Antequera, PEDRO DE VILCHES, de Jaen, y JUAN CHÁVES, de Trujillo. Los Moros ganaron bravamente terreno, é incendiaron casi toda la poblacion.

»Los Cristianos resistieron en un reducido recinto, y D. MARTIN PÉREZ ARÓSTEGUI, natural de Vergara, se defendió heroicamente en un torreon aislado, con cuatro criados cristianos y tres moriscos amigos.—La noticia llegó á *Granada*, y al punto volaron en su socorro fuerzas de caballería é infantería.—Con esta noticia los Moros se replegaron á la *Sierra*, dejando casi todo el *Padul* reducido á escombros.



»Ocurrian á la sazon graves desavenencias entre el MARQUÉS DE LOS VÉLEZ, orgulloso y engreido en demasia, y D. JUAN DE AUSTRIA y sus consejeros.

»Quejábase el primero de que le tenian desamparado sin proporcionarle víveres ni refuerzos; y los segundos vituperaban su ligereza y su loca ambicion de sosegar el Levantamiento sin contar con los consejos y combinaciones de los que residian en Granada.

»Llegaron á noticia del REY tales desavenencias, y el MARQUÉS DE MONDÉJAR fué llamado á la Corte para informar sobre ellas.—Habiendo cumplido con este mandato, fué nombrado Virey de Valencia, y despues de Nápoles... (1).

»Mediaron entre tanto sangrientas escaramuzas hácia Cuevas de Vera, en *Albacete de Órgiva* y en el *Valle de Lecrin*, hasta que la guerra cambió de aspecto con la muerte de ABEN-HUMEYA.»

. . . .
. . . .

(1) Es decir, que se le alejó definitivamente del teatro de la Guerra de los Moriscos.—A este propósito considero oportuno recomendar la lectura de una *Carta del Marqués de Mondéjar para el Señor Arzobispo de Granada*, fecha en *Órgiva* á 17 de Marzo de 1569, y publicada por primera vez hace muy pocos meses (el 15 de Enero de 1874) en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.—Es una defensa que el MARQUÉS hace de su conducta (tachada de demasiado contemplativa con los Moriscos), y que me ha afirmado más y más en las opiniones que dejo emitidas acerca de aquellos sucesos.

—Doblemos la hoja,—exclamé al llegar á este punto.—No es cosa de enterarse del trágico fin del Reyecillo por extractos y referencias... Pasado mañana saldrémos para *Sierra Nevada,* y allí, contemporáneos y testigos presenciales de los hechos nos lo referirán con todos sus siniestros pormenores...—Descansemos entre tanto...

Dije; y, dando las buenas noches á Lafuente Alcántara, me dormí como el último de los mortales, bien que para soñar con la *Sierra,* con *Cádiar,* con la Semana Santa, con el *Mulhacem,* con *Ugíjar,* con la muerte de Aben-Humeya, con la muerte de Aben-Aboo, y con todas las demas interesantes perspectivas que me presentaba el gran viaje que va á ser objeto de la Sexta y última Parte de esta obra.

FIN DE LA QUINTA PARTE.

SEXTA PARTE

LA SEMANA SANTA

EN SIERRA NEVADA

I

LÚNES SANTO.—Descansamos en *Albuñol.*—Cosas de la Luna.—MÁRTES SANTO.—Nos trasladamos á *Múrtas.*—Preparativos para la peregrinacion á *Sierra Nevada.*

«Dia de mucho, víspera de nada», dice el adagio; y, en efecto, el dia que se siguió á nuestra inolvidable correría por la orilla del mar constituye una especie de entreacto en la presente historia.

Por várias razones; por ser la clásica festividad de la Encarnacion del Señor; por estar cansadísimos de tres jornadas consecutivas, y porque éranos indispensable preparar nuestro espíritu, nuestro cuerpo y nuestros caballos para la solemne expedicion á los pueblos de *Sierra Nevada,* dedicamos aquel dia al reposo, y á ordenar y guardar en el archivo de la memoria todo lo que hasta entónces habíamos visto y sentido en la *Alpujarra.*

Con esto; con oir misa; con rehabilitar al viejo

ex-Carabinero, y con dar un paseo á pié por la Rambla, se nos fueron sin sentir las horas del 25 de Marzo del año de gracia 1872, dejándonos, ya que no recuerdos de exorbitantes aventuras, la plácida memoria de una paz y una tranquilidad impropias de esta desdichada vida.

Por último: á la noche nos obsequió el cielo con una magnífica tempestad, que duró desde las siete hasta las diez, y cuyos majestuosos truenos, repetidos por todos los montes y valles de la *Contraviesa,* en retumbantes y prolongados ecos, simulaban el cañoneo más espantoso de que pueden tener idea los nacidos.

Era la propia tormenta que conjuró la noche anterior la súbita salida de la Luna...—Por lo visto, los enconados elementos habían vuelto á encontrarse de manos á boca; y, no llegando esta vez la Tiple de los cielos á punto de meterse por medio y poner paz, habían desnudado los aceros y trabado aquella descomunal contienda...

Yo no sé quién saldría vencedor, ni si llegaría á morir alguno de ellos.—Lo que sé es que, cuando nos acostamos, todo había concluído... El más profundo silencio reinaba en la naturaleza, turbado solamente por el oficioso lloriqueo de las chorreras que afluyen á la *Rambla,* y la Luna se paseaba con la mayor calma por las soledades del ya despejado firmamento, sin darse por entendida de lo que había pasado.—¡Y eso que el Mar había sido uno de los combatientes! ¡Eso que el Mar es su amante, como sabe todo el mundo! ¡Eso que la muy taimada había presenciado el fin de la refriega, oculta detras

de un cortinaje de nubes! ¡Eso que probabilísimamente ella habría tenido la culpa de todo!...—Pero la Luna es la Luna.

Y no recuerdo más del LÚNES SANTO.

*
* *

La Iglesia, por su parte, había conmemorado aquella mañana, en el Evangelio de la Misa, una de las últimas escenas de la vida del SALVADOR,—vida que ya tocaba á su fin mortal, á su complemento entre los hombres.

Y nosotros, á fuer de cristianos, obligados, aunque estuviésemos de viaje, á meditar en los Misterios de la solemne Semana que había dado principio, nos detuvimos y deleitamos mucho en aquella conmemoracion.

Hé aquí las palabras de San Juan (1):

«JESUS, seis dias ántes de la Pascua, vino á Bethania, en donde había muerto Lázaro, al que JESUS resucitó.

Y le dieron allí una cena: y Martha servia, y Lázaro era uno de los que estaban sentados con él á la mesa.

Entónces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de gran precio, y ungió los piés de JESUS, y le enjugó los piés con sus cabellos, y se llenó la casa del olor del ungüento.»

Y, á la noche, hojeando el *Nuevo Testamento,* leímos en el Evangelio de San Lúcas aquel otro suceso tan análogo, ocurrido con cuatro dias de anterioridad, y no casa de Lázaro, sino casa de Simon el Leproso.

«Y una mujer pecadora que había en la Ciudad, cuando supo que estaba (JESUS) á la mesa en casa del Fariseo, llevó un vaso de alabastro, lleno de ungüento.

(1) Traduccion del Padre Scio.

Y poniéndose á sus piés en pos de él, comenzó á regarle con lágrimas los piés, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los piés, y los ungía con el ungüento.
Y cuando esto vió el Fariseo que le había convidado, dijo entre sí mismo: Si este hombre fuera profeta, bien sabría quién y cuál es la mujer que le toca: porque pecadora es.
Y JESUS le respondió...
—Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Mas como no tuviesen de qué pagarle, se los perdonó á entrambos... Por lo cual te digo que perdonados le son á ésta sus muchos pecados, porque amó mucho.
Y dijo á ella: Perdonados te son tus pecados.»

Quien podía saberlo nos manifestó entónces que, segun San Agustin, San Bernardo y otros Santos Padres, esta cena y esta mujer fueron las mismas de que habla San Juan, y á que se refiere San Márcos cuando dice:

«Llegó una mujer que traía un vaso de alabastro de ungüento muy precioso de nardo espique, y quebrando el vaso, derramó el bálsamo sobre su cabeza.
Y algunos de los que había allí, lo llevaban muy á mal entre sí mismos, y decían: ¿A qué fin es este desperdicio de ungüento?
Pues pudiera venderse este ungüento por más de trescientos denarios, y darse á los pobres. Y bramaron contra ella.
Mas JESUS dijo:
—Dejadla. ¿Por qué la molestais? Buena obra ha hecho conmigo.
Porque siempre teneis pobres con vosotros: y cuando quisiéreis, les podeis hacer bien; mas á mí no siempre me teneis.
Hizo ésta lo que pudo: se adelantó á ungir mi cuerpo para la sepultura.»

Finalmente: el Teólogo que dirigía aquel piadoso estudio, lo terminó con las siguientes palabras:

—San Agustin y otros Doctores de la Iglesia opinan que la hermana de Lázaro de que habla San Juan, la mujer pecadora á que se refiere San Lúcas, y la mujer innominada é incalificada de que hacen mencion San Márcos y San Mateo, son una sola persona, á saber: María de Magdalo, la pecadora arrepentida que siguió á Jesucristo desde Galilea á Jerusalen y presenció su muerte en union de Ma-

ría Santísima y de María de Cleofas. En compensacion, otros Santos Padres creen que las Cenas fueron dos; dos las mujeres que ungieron á Jesus con bálsamo de espiga de nardo, y ninguna de ellas la Magdalena;—pero los artistas y poetas han optado siempre en sus obras por la interpretacion de San Agustin.

***

El Mártes Santo fué tambien dia de pocos acontecimientos, ó mejor dicho, de pocas novedades; pero fuélo, en cambio, de grande emocion, de inmensa expectativa en las filas expedicionarias...—¡Era la víspera de la excursion á *Cádiar* y del asalto á la *Sierra!*

A fin de emprender esta excursion y este asalto desde más cerca y con más horas útiles á nuestra disposicion, aquel dia nos trasladamos á *Múrtas.*—Así quitábamos de en medio tres leguas que nos eran conocidas, é íbamos á dormir, como quien dice, á la frontera de lo desconocido.

No tengo, pues, para qué referir aquel nuestro segundo viaje de *Albuñol* á *Múrtas,* el más tranquilo, descansado y racional de cuantos realizamos en la *Alpujarra.*—Básteos saber que lo emprendímos á una hora muy cómoda; que caminamos al paso que quisieron las bestias, y que no nos salieron al encuentro ni los Moriscos, ni los Historiadores, ni los prehistóricos habitantes de la *Cueva de los Murciélagos.*

En cambio, vimos por doquier las huellas de la horrible tempestad de la noche anterior.

El dia estaba regular, pero se nublaba á veces...; y aquellos nublos parecían síncopes de la naturaleza,—reminiscencias de su último sobresalto.

En las *Angosturas* notamos señales de haber pasado por allí mucha agua...—¡Todavía daban miedo!!—Olían como á pólvora.

La *Encina Visa* había perdido bastantes hojas y parte de una rama durante la tormenta...—¡La pobre no está ya para tales jaleos!

El intrépido mar, á la distancia que lo divisamos desde aquellas alturas, nos pareció dormido.—Se hallaría descansando de la batalla.

El viento no respiraba siquiera...—Por lo visto, él había sido el muerto.—*No se movía el elemento...,* como suele decirse en aquel país.

En cuanto á la *Sierra*... ¡ah! la *Sierra* habíase vestido de limpio para recibirnos en toda regla al dia siguiente.—Estaba, sí, recien nevada, y sus faldas de encaje bajaban hasta los pueblos en que debíamos *andar las Estaciones* el Juéves Santo...

Pero á propósito de faldas:

Aquel dia iban con nosotros (en lugar de graves señores como otras veces) dos ó tres gallardos mancebos de *Albuñol,* en estado de merecer, los cuales llevaban en el ojal las primeras *rosas de olor* de la *Costa*,—destinadas, segun entendímos, á tal y cual señorita de *Múrtas* y de *Sierra Nevada*.

No tengo más que decir. Apreciad vosotros ahora, segun vuestra edad, vuestro sexo y el estado sanitario de vuestra alma, todo el simbolismo de aquel mensaje que le enviaba la Primavera al Invierno; todo lo expresivo y tierno de aquel regalo que iban

á hacer los ribereños del mar á las hijas de las perpetuas nieves; todo lo que significaban aquellas flores en manos de la gentil adolescencia...

Consuélense, pues, los viejos... y los filósofos... y los desgraciados.—El mundo no lleva trazas de acabarse.—Afortunadamente para la poesía, para el Arte, para la propagacion de nuestra especie y para la guerra, siempre habrá jóvenes nuevos; y por consiguiente amadas nuevas, nuevos madrigales, nuevos idilios, nuevos amorcillos que pintar, nuevas Vénus que esculpir, nuevos casamientos y nuevos bautizos á que ser convidados, y nuevos mozos que entren en quintas cuando determine la ley.

Alguien lo ha dicho:

Por mucha gente que muera
desengañada de amores,
tendrá cada Primavera
tantos pájaros y flores
como tuvo la primera.

. . . .

Al oscurecer llegamos á *Múrtas*.

Ya estaban allí, procedentes de sus respectivos pueblos, otros amigos que debían tambien formar parte de la expedicion á *Cádiar* y á la *Sierra*...

—En la *Sierra* está nevando,—nos dijeron;—pero el Sol se ha puesto por claro, y mañana hará buen dia.

A cuál noticia era mejor.

En *Múrtas* nos aguardaba ademas, como siempre, la inagotable bondad de aquella obsequiosa familia que ya nos había albergado otras dos noches bajo su techo.—Pasamos, pues, las horas de la ve-

lada en la grata compañía de tanto buen amigo, y disponiéndolo y concertándolo todo para emprender la marcha á la mañana siguiente muy temprano;—despues de lo cual, dimos fondo en el Puerto del Sueño..., situado entre el Continente del Olvido y la Isla de la Locura.

Desembarcaron luégo en ésta nuestras almas, y allí anduvieron vagando hasta el amanecer, al arbitrio de los fantasmas y los monstruos que la pueblan; quién de nosotros luchando con una pesadilla, negra como las panteras de Java; quién hablando con sus muertos queridos; quién persiguiendo ensueños de gloria, de justicia y de felicidad; quién en plácido coloquio con el dulce objeto de un amor imposible; quién, en fin, departiendo con la benigna muerte, al otro lado de la tumba, acerca de las cosas que no se le alcanzaron en este globo—llamado *La Tierra,* como pudiera haberse llamado *El Agua,* ó *La Piedra,* ó *Joaquina,* ó *California,*—y al que Dios sabe cómo denominarán los habitantes de Vénus..., si los tiene...

Quiero decir que nos dormímos y soñamos.



Pero ántes de dormir y de soñar, cumplímos nuestros deberes de cristianos leyendo el Evangelio de aquel segundo dia de Semana Santa.

La parte propia del Mártes Santo, era este melancólico pasaje:

«Y el primer dia de los Ázimos, cuando sacrificaban la Pascua, le dicen sus Discípulos:—¿Dónde quieres que vayamos á disponerte para que comas la Pascua?

Y envia dos de sus Discípulos y les dice:—Id á la Ciudad, y

encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle.
Y en donde quiera que entrare, decid al dueño de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento en donde he de comer la Pascua con mis Discípulos?
Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado: disponed allí para nosotros.»—(*San Márcos*, cap. XIV.)

. . . .

¡Con qué majestad y con qué sencillez á un mismo tiempo se iba preparando la epopeya de los siglos!

«*Esta mujer ha ungido mi cuerpo para la sepultura*», había dicho Jesus á los Apóstoles el dia precedente...

Aquel dia señalaba el lugar en que debía notificarles su Sacrificio, y hacerles donacion de su Cuerpo y su Sangre.

II

Miércoles Santo.—Vista panorámica de *Sierra Nevada.*

Eran las ocho de la mañana. Llevaba el sol dos horas de estar sobre el horizonte, y nosotros habíamos andado ya una legua, ó sea la mitad del camino que média entre *Múrtas* y *Cádiar*.

El dia estaba magnífico.—Era uno de esos dias puros, espléndidos, radiantes, que suelen seguir á otro de nevada, cual si el astro-rey los dedicase al placer de contemplar la nieve, de enamorarla, de seducirla, de hacerle reir y llorar á un mismo tiempo;—dias solemnes y melancólicos, alegres y tris-

tes, como el primero de la paz despues de una larga guerra; como aquél en que Noé desembarcó del Arca; como el de la muerte de vuestro peor enemigo; como el del casamiento de vuestra última hija; como la convalecencia despues de la Extrema-Uncion; como unas segundas nupcias; como la libertad tras el cautiverio; como la toma de posesion de una gran herencia; como el regreso á la patria; como la tardía hora de la justicia; como el del estreno de una pierna de palo, etc., etc.

Por encargo de los alpujarreños que iban con nosotros, hacía ya algunos minutos que nuestras miradas no se extendían más allá de las crines de los caballos, librándonos así de ver poco á poco el sublime espectáculo que nos aguardaba y que querían contemplásemos entero, de golpe, de una ojeada sola, en el momento crítico y oportuno...

A la hora susodicha, este momento estaba llegando.—Despues de haber bajado y subido muchas cuestas pequeñas, llevábamos un largo rato de no hacer más que subir...

De pronto observamos que ya no subíamos...

—¡Alto!—exclamaron entónces nuestros amigos.—¡Vista á la derecha! ¡Mirad ahora cuanto querais!

Nosotros obedecímos y miramos...



Toda *Sierra Nevada* estaba ante nuestros ojos.

Toda *Sierra Nevada*... ¡Toda!... Desde la base hasta las cúspides, sin colinas intermedias, y solamente separada ya de nosotros por las amplias y

profundas cuencas de los pujantes rios de *Cádiar* y de *Yátor*...

¡Toda *Sierra Nevada*..., desde el boquete de *Tablate*, por donde entramos ocho dias ántes en el recinto alpujarreño, hasta más allá de *Laróles*, punto extremo á que se dirigía nuestra peregrinacion!

¡Toda *Sierra Nevada*, extendiéndose de Poniente á Levante en una línea de once leguas, como un descomunal anfiteatro, en cuyo ciclópeo graderío se asentaban más de cuarenta pueblos!

¡Toda *Sierra Nevada*, monumento incomparable, alzado sobre inmensos pedestales de color de violeta, recamado luégo su zócalo de anchas franjas de amenísima verdura, hendido á veces de arriba abajo por relucientes chorros de agua cristalina, cubierto á trechos de bosques que parecían bordados en las laderas de los barrancos, y blanco y resplandeciente al fin, desde su media altura hasta las excelsas cumbres, cual si fuera de bruñida plata!...

¡Maravilloso templo en verdad, levantado allí por el Creador para morada de las Cuatro Estaciones!



A nadie sorprenda que nuestra admiracion llegase á tal extremo.

No basta haber visto á *Sierra Nevada* por el otro lado, esto es, por el lado de *Granada* y de *Guadix*, para tener idea de su grandeza y de su hermosura.—Allí no hay modo de contemplar de una vez y á corta distancia toda la Cordillera: allí no se presentan nunca de frente y en órden de batalla todas

sus cimas.—*Granada* no ve más que el señorío del *Veleta: Guadix* nada más que el reino patrimonial del *Mulhacem*. Ni la una ni la otra Ciudad descubre á un mismo tiempo todo el vasto imperio presidido por este viejo rey.—Entre el *Mulhacem* y el *Veleta* se interpone por aquella parte, á lo ménos para el espectador, el formidable espolon ó contrafuerte que, adelantándose hasta el *Molinillo,* entiba en los cimientos de *Sierra Arana,* y aquel espolon separa el horizonte accitano del granadino, partiendo la perspectiva de la *Sierra* en dos mitades casi iguales...

Pero por el lado de la *Alpujarra,* la antigua *Orospeda* se muestra de cuerpo entero, cabal, íntegra, desnuda, pródiga de sus encantos,—como deidad mitológica que, no recelando llegar á ser vista, discurre..., como su madre la parió (las cosas claras), por los sagrados bosques... de la Literatura y del Arte.

Así es que en aquel punto y hora quedó satisfecha por completo mi curiosidad de tantos años acerca de cómo sería *Sierra Nevada* por la banda del Sur, y formé completo juicio de la forma, estructura y respectiva proporcion de sus ingentes moles...

Con que prosigamos nuestra descripcion.



Alzado sobre aquel desmesurado catafalco, cuya magnificencia tenía algo de fúnebre y mucho de triunfal, enseñoreábase el *Mulhacem,* en perpetua apoteósis, sin reconocer otro rival en Europa que los formidables Alpes.

¡El *Mulhacem!*... No hay palabras ni habría pincel con que poder dar idea de la pureza inmortal, de la transparencia empírea, de la claridad seráfica, con que se destacaba allí la nieve sobre el cielo. Lo blanco y lo azul, al demarcar sus plácidos límites y trazar el nítido perfil de la suprema cima, se regalaban mutuamente unos resplandores tan suaves, ó casaban de tal modo la candidez con la limpieza, la inocencia con la claridad, lo inmaculado con lo infinito, lo reciente con lo eterno, lo intacto con lo intacto, que parecíame tener ante los ojos la realidad inefable de cuanto soñó Murillo al vestir de azul y blanco sus *Purísimas Concepciones*.

Yo no sé en qué consistiría, como razon física ó moral, lo que acabo de intentar decir: no sé si en que la silueta de la *Sierra* se proyectaba sobre el mágico turquí del cielo que más amo en el mundo: no sé si en que yo estaba acostumbrado á mirar aquella silueta de Norte á Sur, y á la sazon la miraba de Sur á Norte (lo cual determina siempre un cambio en el tono de los celajes recortados por las nieves): no sé si en que aquellos dias empezaba la Primavera: no sé si en que era Miércoles Santo: no sé, en fin, si en que uno va ya para viejo...—Lo que sé únicamente es que aquel ósculo purísimo que le daba la nieve al cielo tuvo para mí en tal instante algo de extraordinario y sobrenatural, que en vano intentaría definir una pobre pluma...

*
* *

Mons Solis (Monte del Sol), y de aquí *Solaria,*

denominaron tambien los Romanos á la que oficialmente llamaban *Orospeda*.

Lo de *Solaria* ó *Mons Solis* referíase sin duda á que el Sol ilumina y deja de iluminar sus crestas media hora ántes de haber salido y media hora despues de haberse puesto para todas las comarcas adyacentes.—De lo de *Orospeda* no recuerdo el orígen.

Los Arabes corrompieron el nombre de *Solaria*, y llamaron á la *Sierra Nevada*, ora *Solair*, ora *Xolair;* miéntras que los Españoles cristianos de la Edad Media, entre ellos D. Alonso el Sabio, descompusieron erróneamente el *Solair* de los Moros y apellidaron á aquella cordillera la *Sierra del Sol y el Aire (Sol-air)* (1).

«Maravilla de la tierra, de donde brotan treinta y cuatro rios y arroyos», llámala el gran poeta mahometano-andaluz Ibn-Aljathib, en la Introduccion á la *Yhatha*.—«Madre de *Andalucía*», la llamé yo en la Primera Parte de este libro.—«*Venere genitrice*», la llamo ahora en italiano..., y continúo.



A la izquierda del *Mulhacem* gallardeaba el *Picacho de Veleta*, virey de *Lanjaron* y de *Órgiva;* señor feudal de *Granada;* presunto heredero de la corona de la *Sierra*, y digno ciertamente de su tratamiento de *Alteza* (¡era tan alto!),—así como el *Mulhacem* (por ser mayor) merecía á todas luces el de *Majestad*. *(Major,—vel magis, sive magé.)*

(1) Ya hemos dicho más atras que *Sierra de Gádor* y la *Contraviesa* son respectivamente las *Sierras del Sol y el Aire*.

Otras respetables cumbres descollaban en la gigante cadena: verbigracia, la *Alcazaba, Tajos Altos,* la *Caldera,* el *Cerro de los Machos,* el *Pico del Almirez,* etc.

Mucho nos dolió que estos Infantes (que diríamos en España) no tuviesen unos nombres más poéticos y graciosos... En cambio, hubimos de reconocer que ninguno desmentía su estirpe, pues todos ellos medían de doce á doce mil trescientos piés de altura sobre el nivel del mar.

Del *Veleta* ya hemos dicho que se eleva doce mil seiscientos ochenta.

En cuanto al *Mulhacem,* pasa de los doce mil ochocientos; que es, como si dijéramos, de tres kilometros y medio de estatura!

«Pero ¿qué es mi pobre *Mulhacem* (escribía »yo hace años en medio de los Alpes) comparado »con el *Mont-Blanc?* ¡Colocad sobre la cúspide de »*Sierra Nevada* otra sierra de cuatro mil novecien»tos piés de elevacion, y tendreis la cumbre que »estamos contemplando!»

Y luégo añadía:

«Verdaderamente, el *Mont-Blanc* pudiera ser »todavía un poco más alto.—La cumbre del *Hi»malaya,* sin ir á otro Planeta, mide veintiocho mil »piés de elevacion; es decir, casi doble estatura que »el *Mont-Blanc.*—Y áun el mismo *Himalaya* po»dría tener algunos metros más.—Y, aunque lle»gase á las estrellas fijas, cualquiera conseguiría sin »grande esfuerzo imaginárselo un poco mayor...»

Y terminaba diciendo:

«Pero yo no debía revelar al público estos se-

»cretos, ni disminuir con tales reflexiones la impor-
»tancia de mi viaje.»

Lo mismo digo hoy;—y ateniéndome á esta última observacion, y para que volvais á venerar la *Sierra* alpujarreña, agregaré ahora: que, aunque finitá, su altura casi dobla la del *Guadarrama* (1), tan respetado por los matritenses; y que, ya que no de otra cosa, el *Mulhacem* y el *Veleta* pueden jactarse de que (segun ya he dicho várias veces) ni en el resto de España ni en el resto de Europa haya otros montes tan altos como ellos, fuera de sus progenitores los Alpes...—Algo es algo.



Por lo demas, y volviendo á nuestra contemplacion, los titanes de hielo de la *Alpujarra* no gozaban aquella mañana en su encumbrado solio de toda la seguridad que pudiera suponerse...

Léjos de eso, ¡en qué se veían de tener á raya á los pueblos que se les subían á las barbas por todas partes, sin consideracion alguna á la nieve de los siglos!

Sobre todo, á orillas del consabido *Barranco de Poqueira* la cosa parecía muy formal...; bien que al propio tiempo ofreciera un aspecto muy cómico,—segun que ya habíamos observado más detalladamente desde el *Puerto de Jubiley*...

Figuraos que, hácia aquella parte, trepaban por lo alto de una vastísima ladera, casi vertical, uno

(1) En el *Guadarrama* no hay ninguna cumbre que llegue á siete mil seiscientos piés de elevacion sobre el nivel del mar. Su famoso Puerto no excede de cinco mil setecientos ochenta.

detras de otro y convenientemente *distanciados* (que diría un militar puro), tres ó cuatro lugarcillos, con sus campanarios á la cabeza, todos en direccion al mismísimo *Picacho,* como batallones escalonados en masa que fueran al asalto de la nevada cúspide...

Aquellos batallones (digo, aquellos pueblos) debían ser *Pampaneira, Bubion, Poqueira* y *Alguástar.*

Algo más cerca, veíamos gatear por otra ladera arriba, con un intento análogo, y á mucha mayor altura, al famoso *Trévelez,* llevando en pos de sí toda la *Taha de Pitres...;* pero estos otros escaladores no podían inspirar ya tanto cuidado, pues tenían que habérselas con la inaccesible mole del *Mulhacem.*

Por último: enfrente y á nuestra derecha se descubrían, en ademan más pacífico (y como grupos de espectadores sentados en las gradas de aquel descompasado anfiteatro), unos veinte pueblos más, entre los cuales se contaban todos aquéllos en que habíamos de *andar las Estaciones* al dia siguiente...

Sí; allí estaban: primero, *Busquístar, Tímar, Lóbras* y *Jubiles;*—luégo, los *Dos Bérchules,* en una extraordinaria altura;—debajo de ellos, *Yátor,* mirándose en su rio;—encima, *Yégen* (donde dormiríamos aquella noche), chico y verde como un oásis;—en seguida, *Mecina de Bombaron,* el pueblo de Aben-Aboo,—y enfrente *Válor,* el señorío de Aben-Humeya;—más al Este, *Nechite;*—á sus piés, *Mecina Alfahar;*—allá arriba, *Mairena;*—á continuacion, *Júbar;*—más alto aún, *Laróles;*—y, sobre *Laróles,* el Puerto de la Ragua, temeroso tránsito

al horizonte de Guadix;—y debajo de *Laróles, Picena;*—y debajo de *Picena, Cherin,* ya casi en la llanura;—y allí la cuenca de un rio, prolongacion de un inclinado barranco;—y, al otro lado del barranco, la Provincia de Almería, representada por *Alcolea, Lucainena* y *Darrical*, que ya pertenecen á *Sierra de Gádor;*—y, entre *Sierra de Gádor* y *Sierra Nevada,* la entrada del alto llano del *Laujar,* de la *Taha de Andarax,* de la residencia de Boabdil, del Zagal, de Cid-Hiaya y de Aben-Humeya; ¡del lúgubre escenario donde este último encontró tan desdichada muerte!

Nada más léjos de mi ánimo que describir aquí el aspecto particular de ninguno de los Lugares citados. ¡Fuera cuento de nunca acabar!—Ya irémos á algunos de ellos...; y, por lo que toca á los restantes, habreis de contentaros con saber su nombre y su situacion...—Mas no puedo prescindir de hacer desde luégo especialísima mencion de cierta ilustre Villa que contemplábamos en aquel momento á una gran distancia, y que habíamos de visitar dos dias despues...

Ugíjar, la antigua ciudad, la verdadera metrópoli de la *Alpujarra,* acababa de aparecer tambien á nuestros ojos, pero no encaramada en un monte, ni escondida en una rambla, ni opresa en un barranco, como los demas pueblos de aquel enmarañado país, sino aristocráticamente extendida al pié de la *Sierra,* en un terreno casi llano, en medio de una tierra feracísima, con su horizonte propio, cercado de montañas ajenas, y, en fin, ni más ni ménos que las poblaciones *del mundo*...

El más impaciente deseo de visitar á *Ugíjar* nos acometió en aquel instante, al hacernos cargo de su situacion, y necesario fué todo nuestro respeto á los itinerarios preestablecidos, para que dejásemos transcurrir todavía dos soles ántes de pasear nuestros corceles y mulos por su encantadora campiña y mansas calles.

En cambio, había llegado el momento de dirigirnos á dos pueblos que no figuran entre los que acabamos de citar; á dos pueblos que no descubríamos desde aquel viso, precisamente porque eran los que más cerca se hallaban de nosotros; á *Cádiar* y *Narila*, en suma, que, como quien dice, estaban escuchando la conversacion.

Cádiar, patria y residencia habitual de D. Fernando *el Zaguer,* y algunas veces corte del mismo Aben-Humeya; y la diminuta *Narila,* que, segun verémos, viene á ser como el Trianon de aquel Versalles, quedaban escondidos en lo hondo del foso que nos separaba de la *Sierra* y tapados por algunos montículos que se prolongan entre los lechos del Cádiar y del Yátor...

—¡Bajemos á *Cádiar!*—gritóse en las filas luégo que hubimos saciado nuestros ojos en la contemplacion de la gran Cordillera.

—¡Sí!... ¡sí!... ¡Bajemos á *Cádiar!*—repetí yo, pasando de una devocion á otra, ó sea recordando que en *Cádiar* principia el terrible drama intitulado *Aben-Humeya,* escrito por el ilustre Martínez de la Rosa.

Pero ántes de bajar y de convertir por ende mi atencion á los espectáculos humanos, torné á abar-

car con la vista el espectáculo divino de la *Sierra,* á la cual pedí perdon de todas las puerilidades humorísticas que solía deducir de su aspecto verdaderamente augusto.

Y la *Sierra,* con la sublime serenidad de su excelsitud, dióme á entender que ella está fuera del alcance de toda irreverencia mundana, y que no se había enterado siquiera de que yo andaba por el mundo.

Entónces fué cuando verdaderamente sentí todo el peso de su poderío; y no sin terror pensé que á la tarde mediríamos nuestras débiles fuerzas con las suyas y correríamos por sus inconmensurables laderas, como la hormiga que se aventura á curiosear por el lomo de un elefante.



Bajando hácia *Cádiar,* pasamos por el renombrado *Portel.*

Llámase así una encrucijada de cuatro veredas, ó más bien de dos (la que sigue el correo para ir de *Órgiva* á *Ugíjar* y la que va de la *Costa* al promedio de la *Sierra),* que se cortan en ángulo recto en una depresion de la divisoria que baja del *Mulhacem* y que separa los rios de Cádiar y de Yátor...

El *Portel* es, por consiguiente, la posicion más estratégica que se pudiera desear para una emboscada; y harto lo han comprendido en todos tiempos desde los guerreros de mayor nombradía hasta los simples malhechores; desde el MARQUÉS DE MONDÉJAR hasta los *Monfíes;* desde ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO hasta las partidas de ladrones de la época pre-

sente, ó, mejor dicho, de la época de nuestros padres;—pues hoy no se oye hablar de robos en la *Alpujarra*. Pero la fama del *Portel* no disminuye por eso; y todo el mundo pasa por aquel sitio, como nosotros pasamos,—evocando las inultas sombras de tantos como lo habrán regado con su sangre en pugna religiosa, en guerra de independencia, en lucha civil ó á manos de vulgarísimos bandoleros.

. . . .

Fuera ya del triste paraje, descubrímos un horizonte desahogado y riente, olivares inmensos y un sonoroso y espumante rio...

Nos acercábamos á *Cádiar*.

No faltó quien nos indicase entónces cuál de los vetustos olivos que vimos en los alrededores del Lugar era segurísimamente la famosa *olivera* á cuya sombra, segun los historiadores, fué coronado ABEN-HUMEYA Rey de Granada...—Sin embargo, nosotros, en la duda de si habría alguna equivocacion de por medio, saludamos aquel árbol de una manera equívoca... y continuamos nuestro camino.

A todo esto, ya no se veía el *Mulhacem*.—Habíamos bajado tanto para llegar á lo hondo de la cuenca que separa á *Sierra Nevada* del resto de los montes alpujarreños, que otras alturas de segundo órden nos impedían, como más próximas á nuestras narices, divisar las cumbres verdaderamente soberanas...

Tampoco las divisamos luégo desde *Cádiar*...—¡Es decir, que al *Mulhacem* se le distingue á una distancia de sesenta leguas; se le distingue desde la Mancha; se le distingue desde el Estrecho de Gi-

braltar; se le distingue desde el interior del Imperio de Marruécos... ¡y no se le ve desde el humilde pueblo en que nace!...

Nemo propheta est in patria sua.

III

Sigue el MIÉRCOLES SANTO.—*Cádiar.*—Una tragedia.—El drama de Martínez de la Rosa.—Cosas de los historiadores.—*Narila.*—Por la señal... de la Santa Cruz...—*Yátor.*

Poco despues de las nueve llegamos á *Cádiar*.

El aspecto de este Lugar... (¡asombro causa que ni siquiera sea Villa, cuando tantas ciudades quisieran tener su historia y su hermosura!...)—el aspecto de *Cádiar,* digo, es de lo más pintoresco, noble y principal que puede darse, partiendo siempre del principio de que se trata de una poblacion de 2.354 almas.—Más que un pueblo agrícola y ganadero, que no es otra cosa, parece lo que fué hace trescientos años; una residencia de príncipes, una mansion de placeres; un Aranjuez, un Versalles, una Capua.

Todo esto, se entiende, visto por fuera, y considerando en conjunto, como nosotros consideramos ahora, sus grandes casas rodeadas de huertas y jardines, sus oscuros olivares, su refulgente rio, sus floridos campos; la poética bruma que se resistía á dejar las alamedas, el radiante azul del cielo á que no lograba subir aquella bruma, y el alegre Sol que plateaba las cercanas nieves, doraba los edificios, relucía en las aguas, argentaba la misma niebla y

convertía en penachos de colores las columnas de humo de los hogares...—Visto despues por dentro, *Cádiar* nos pareció lo que cualquier otro pueblo campestre de su categoría estadística...

Sin embargo, áun entónces, encontramos algunas casas tan majestuosas, otras construídas en situacion tan á propósito para gozar de los encantos del Valle y de la *Sierra,* y una, sobre todo, tan cuidadosamente rodeada de huertas y jardines, y tan en contacto con un cármen ó huerto, cercado de muros que servían de sosten á lujosas parras..., que *Cádiar* siguió siendo el *Cádiar* de mi fantasía, y todos los personajes históricos que pululaban en mi memoria tuvieron holgado albergue en que alojarse.

En cuanto á nosotros, éramos esperados precisamente en aquella gran casa de las huertas y los jardines...

*
* *

Una vez en ella, y no bien hubimos contemplado sus amplias y bien dispuestas habitaciones, disfrutado de sus deliciosas vistas sobre el Valle y sobre las faldas de *Sierra Nevada,* y recorrido el jardin de los lujosos parrales (todo ello ántes, al mismo tiempo y despues de ser remediados con un exquisito almuerzo por el noble señor que allí vivía,—y á quien Dios recompense el bien que nos hizo (1); así como á sus gallardas hijas, á sus diligentes hijos y á todos sus deudos las atenciones que

(1) ¡Tambien ha muerto ya!—*(Nota escrita al corregir las pruebas de estas páginas.)*

nos prodigaron—); una vez, digo, que formé completa idea de la ventajosísima situacion que ocupaba aquel edificio para poder gozar á un mismo tiempo de la sociedad y de la soledad, del trato de los hombres y de los placeres del campo, no me cupo ya duda de que estábamos en una casa construída sobre los cimientos de aquélla en que nació y vivió casi siempre el opulento D. FERNANDO *el Zaguer,* ó sea ABEN-XAGUAR, tio y protector del REYECILLO.

No soy yo dado á esta clase de conjeturas; pero en la ocasion á que me refiero, tenía la evidencia de no equivocarme. En efecto, ningun otro sitio hay en *Cádiar* que pudiera haber preferido para edificar su morada un príncipe tan poderoso, espléndido y sibarita como *el Zaguer;* ninguno más adecuado para asiento de un palacio al gusto de los Moros; ninguno más apartado y más seguro á un tiempo mismo; ninguno más deleitable y solo, al par que más confundido en apariencia con el resto de la poblacion... Y por lo demas, todos los árboles seculares de aquellos hermosos huertos que rodean la casa eran otros tantos mudos testigos, prontos á declarar en favor de mis sospechas...

Si pues aquélla había sido la mansion de DON FERNANDO *el Zaguer,* y á éste lo heredó ABEN-HUMEYA, como aseguran las historias, estábamos en una de las casas del Rey alpujarreño..., y ¡quién sabe si en la que sirvió de escenario á la segunda de las tres lúgubres tragedias que forman la trilogia de su destino!

La primera de estas tragedias nos es ya conocida: fué aquélla que tuvo por desenlace el bárbaro

tormento de ABEN-ABOO.—La tercera, en que ABEN-HUMEYA muere con la augusta tranquilidad de los personajes de Esquilo, nos aguarda más adelante.—Ahora vamos á presenciar la segunda, cuyo lastimoso argumento es la desastrada muerte de MULEY CARIME, ó sea de MIGUEL DE RÓJAS, padre de la primera—y única legítima—esposa del REYECILLO.

No serán empero los historiadores quienes esta vez nos ayuden á rasgar los velos del tiempo y resucitar lo pasado...—Los historiadores tratan aquel misterioso suceso á medida de su mayor ó menor aversion á los Moriscos: cuál lo recarga de negras tintas; cuál pasa sobre él rápidamente; cuál lo atenúa con generoso criterio; cuál llega casi hasta admirarlo...—Segun unos, el mismo ABEN-HUMEYA asestó el primer golpe contra su suegro; segun otros, lo mandó matar; segun otros, y segun la tradicion, lo indujo á que se matara con su propia mano...

¡Un poeta... va á ser hoy nuestro asesor y guia!—Pero cuenta que ese poeta es el primer escritor granadino del siglo XIX; es nuestro venerable y llorado maestro; es D. Francisco Martínez de la Rosa;—el cual, despues de haber leído todas las crónicas de la *Alpujarra* y de estudiar maduramente las circunstancias del presente caso, lo expone y analiza con gran elevacion de juicio en su ya citado drama *Aben-Humeya*.—Cierto que, obligado por las exigencias del arte, altera el órden y sucesion de varios hechos, y ademas nos presenta al REYECILLO muy fiel á su primitiva esposa, cuando ya sabemos lo que pasaba en este punto, y le supone una hija adolescente, que mal podía tener á la edad de vein-

titres años;—pero nada de esto impide que las causas del parricidio estén allí dilucidadas magistralmente y con severa imparcialidad histórica.

Hojeemos, pues, su admirable drama, sin perjuicio de oir luégo á los principales cronistas, cuando se trate de la consumacion material del crímen... sacrificio... ó lo que fuere, llevado á cabo por ABEN-HUMEYA.

*
* *

El teatro representa una caverna. (Esto es de rigor escénico para conspirar.)

Es el dia de la proclamacion de D. FERNANDO DE VÁLOR como Rey de Granada y de Córdoba.

El ALFAQUÍ, ó Sacerdote musulman, ha arengado á los Moriscos, y luégo añade:

ALFAQUÍ.—No basta que rompais vuestras cadenas: es preciso que levanteis otra vez el trono de Alhamar... Y no lo habreis olvidado sin duda: el que destina el cielo para cimentarlo de nuevo, es un caudillo de sangre real y de la misma estirpe del Profeta...

EL PARTAL.—¡No puede ser otro sino Aben-Humeya!

MUCHOS MORISCOS.—¡Él es! ¡Él es!

ABEN-ABOO.—¡Aún no hemos desenvainado el acero, y ya buscamos á quien sometemos!

ABEN-FARAG.—No faltarán valientes que nos guien á la pelea. ¿Hemos menester más?

ABEN-ABOO.—Cuando hayamos borrado, á fuerza de honrosos combates, las señales de nuestros hierros; cuando seamos dueños de algunos palmos de tierra en que zanjar á lo ménos nuestros sepulcros; cuando podamos siquiera decir que tenemos patria, los que logren sobrevivir á tan larga contienda podrán á su salvo elegir Rey... y áun entónces no debiera ser la corona ciego don del acaso, sino premio del triunfo.

ABEN-HUMEYA.—Por mi parte, Aben-Aboo, ni áun aspiro á ese premio; y puedo de buen grado cederle á otros... Los Aben-Humeyas tienen su puesto seguro: siempre son los primeros en las batallas.

. . . .

En el Segundo Acto, el teatro representa la Plaza de *Cádiar*.

Es la terrible Nochebuena de 1568, la noche de la matanza de los cristianos de aquel Lugar por los implacables *Monfíes*.

MULEY CARIME, el suegro de ABEN-HUMEYA, acaba de salvarle la vida á un muchacho, y tres de los feroces asesinos están censurando aquel hecho del antiguo MIGUEL DE RÓJAS:

MORISCO 1.°—¡Lástima es que haya tomado nuestros vestidos... Mejor le asentaba el traje castellano.
MORISCO 2.°—Se lo ha quitado esta noche, por no morir con sus amigos... pero lo habrá guardado para mejor ocasion...
MORISCO 3.°—¿Y quién tiene la culpa? ¡Nosotros! ¿Por qué le hemos dejado escapar?

ABEN-ABOO y ABEN-FARAG, los dos mortales enemigos de ABEN-HUMEYA, entran en la plaza; oyen aquellas palabras, y pregunta

ABEN-FARAG.—¿A quién?
MORISCO 1.°—Al hijo de un castellano...
MORISCO 2.°—Que ha salvado Muley Carime.
ABEN-FARAG.—¡Muley Carime!
MORISCO 2.°—¿Y por qué lo extrañas?... Nada más natural... Ha sido toda su vida el más vil esclavo de los cristianos.
ABEN-FARAG.—No hableis de él en esos términos... Debeis tratarlo con más respeto... ¿No es suegro de vuestro Rey?
MORISCO 3.°—¡De nuestro Rey!
MORISCO 1.°—Si se vuelve como Carime, poco le durará el serlo.
ABEN-ABOO.—Eso es... ¡Echar fieros á sus espaldas y despues temblar en su presencia!
ALGUNOS MORISCOS.—¡Nosotros!
ABEN-ABOO.—¿Pues no acabais de decirlo? Con una palabra de Muley Carime, se os ha caido el puñal de las manos.
MORISCO 1.°—Si no se hubiera tratado de un niño...
ABEN-FARAG.—Tienes razon, amigo... Su padre tal vez degolló al tuyo.
MORISCO 1.°—Su hijo le vengará.

Se van los tres Moriscos, y ABEN-ABOO le dice entónces á ABEN-FARAG estas filosóficas palabras:

ABEN-ABOO.—¡Miserables! Su furor se enciende y se apaga como lumbrarada de sarmientos.
ABEN-FARAG.—¿Y quién nos quita aprovecharnos, á la primera ocasion favorable, de ese carácter impetuoso? ¡Quién sabe! Quizá este último lance pudiera sernos útil. Ya empiezan á murmurar de Muley Carime: no será difícil trocar la desconfianza en odio...

. . . .

La equívoca conducta de MULEY CARIME; sus inteligencias con el Capitan General de Granada; sus trabajos para impedir el progreso de la Rebelion, etc., etc., proporcionan muy luégo á ABEN-ABOO y á ABEN-FARAG la ocasion que buscaban de asestar el golpe de muerte á la popularidad del REYECILLO.

Leamos ahora la admirable escena que constituye el nudo de aquel enredo pavoroso.

Es el Tercero y último Acto del drama.

ABEN-ABOO y ABEN-FARAG se presentan á media noche en la cámara real, donde tenían siempre libre acceso, y, avanzando «*con paso lento y aire misterioso*», cada uno se coloca á un lado de ABEN-HUMEYA.

ABEN-ABOO.—Te traemos, Aben-Humeya, una nueva fatal...
ABEN-FARAG.—Y nos vemos forzados á traspasar con ella tu corazon.
ABEN-HUMEYA *(con suma presteza)*.—¿Ha muerto mi padre?
. . . .
ABEN-ABOO.—Han tratado de vendernos con la traicion más negra...
ABEN-HUMEYA.—¿Y por qué temes descubrirla?
ABEN-ABOO.—Si temo, es sólo por ti...
ABEN-HUMEYA.—¡Por mí! Haces mal, Aben-Aboo, en tomarte ese cuidado. Si hay peligros, los arrostraré. Si hay culpables, sabré castigarlos.
ABEN-ABOO.—Mucho tiempo te ha de temblar la mano ántes que descargues el golpe...
ABEN-HUMEYA.—Decid el nombre del reo, y el rayo no será más pronto.

ABEN-ABOO.—Muley Carime... ¿Qué es eso? ¿Mudas de color? ¡Vuelve en tí, Aben-Humeya!...
ABEN-FARAG.—Me da lástima verte así.
ABEN-HUMEYA *(quédase, durante unos momentos, desconcertado y confuso; pero, recobrándose luégo, dice con tono grave):*—¿Y en qué indicios se funda tan extraña sospecha?
ABEN-ABOO.—¡Ojalá que no fuesen más que indicios! Hubiéramos podido cerrar los ojos...
ABEN-FARAG.—No son indicios, sino pruebas.
ABEN-HUMEYA.—¿Pero son ciertas?
ABEN-FARAG.—Irrefragables.
ABEN-HUMEYA.—¿Hay testigos?
ABEN-ABOO.—Uno.
ABEN-HUMEYA.—¿Y ese le acusa?
ABEN-ABOO.—No; que le condena.
ABEN-HUMEYA —Puede engañarse...
ABEN-ABOO.—No puede.
ABEN-HUMEYA.—Ó desear su perdicion...
ABEN-ABOO.—A toda costa quisiera salvarlo.
ABEN-HUMEYA.—¿Es amigo suyo?
ABEN-ABOO.—Aún más.
ABEN-HUMEYA.—¿Quién es, pues?
ABEN-ABOO.—Él mismo. Puedes guardar esa carta, si quieres... Ya es público su contenido.

(Entrega un papel á ABEN-HUMEYA, *quien lo lee para sí, dejando entrever su turbacion.*—ABEN-ABOO *y* ABEN-FARAG *le observan con el mayor ahinco, en tanto que él permanece inmóvil, con los ojos clavados en la carta.)*

ABEN-HUMEYA *(en un momento de distraccion, miéntras está cavilando).*—¡Desventurada!... No te engañaba el corazon... ¡Bien tienes que llorar!
ABEN-FARAG.—Ved cómo aún conservaban esperanzas de volvernos á someter al yugo... No aguardaban sino un momento de flaqueza para remachar nuestros grillos.
ABEN-ABOO.—Mas, por lo ménos, no puede tachársele de ingrato... No te echaba en olvido, Aben-Humeya... Solicitaba tu indulto, y se proponia salvar á tu familia á costa de tu libertad... El ejemplo de Boabdil, disfrutando en Africa sus infames tesoros, parecía tentador á los ojos del pérfido...
ABEN-HUMEYA *(con tono severo).*—¡Basta!—¿Cómo ha caido en vuestras manos este pliego?
ABEN-FARAG.—Lara, que era el portador, le ha dejado en el camino.
ABEN-HUMEYA.—¿Dónde le habeis hallado?
ABEN-FARAG *(con frialdad).*—Sobre su cadáver.

. . . .

ABEN-ABOO.—Por cierto que no deja ni asomo de duda: el delito está patente: el mismo reo lo ha sellado con su mano...
ABEN-FARAG.—Y debe en breve sellarlo con su sangre.
ABEN-ABOO.—¿Hay álguien que lo dude? Todo lo hemos aventurado por salir de tan odiosa esclavitud... ¡y dejaríamos expuesta nuestra suerte á las tramas de algunos traidores! Nadie será osado á proponérnoslo: no sabríamos nosotros tolerarlo.
ABEN-HUMEYA.—Tampoco tolero yo advertencias ni amenazas...

Ya habeis cumplido con vuestro deber: yo cumpliré con el mio.—Idos.

ABEN-ABOO.—No ha sido nuestra intencion dirigiros advertencias ni amenazas... ¿Mas empezais tan pronto á reputar como insulto el recordaros vuestros juramentos?

ABEN-HUMEYA.—No los he echado en olvido, para que sea menester recordármelos.

ABEN-ABOO.—Quien vacila al cumplirlos, no está ya léjos de olvidarlos.

ABEN-HUMEYA.—Aún ménos léjos está de castigar á un insolente.—¡Idos!... ¡Idos! *(Apártase, descubriendo su ira.* FARAG *coge del brazo á* ABEN-ABOO *y se lo lleva consigo.)*

Tal y tan horrible fué la situacion en que ABEN-HUMEYA llegó á verse. Todos los historiadores están de acuerdo en ello. MIGUEL DE RÓJAS, su suegro, apoderado y tesorero general, era traidor á la causa de MAHOMA, que tanta sangre y tantas lágrimas estaba costando ya á los Moriscos, y que él, el descendiente del Profeta, el Rey alzado por millares de guerreros, tenía la obligacion de defender ántes que nadie...

Hasta aquí, pues, y prescindiendo de accesorios literarios, la Historia y el drama se dan la mano completamente.—Veamos ahora los sentidos términos en que el triste caudillo se definió aquella situacion luégo que se encontró solo.—Es un monólogo en que Martínez de la Rosa revela todo su talento dramático.

ABEN-HUMEYA.—¿Qué has hecho, desgraciado, qué has hecho?... ¡Me has entregado indefenso en manos de mis enemigos!...—Pero no lo habrás hecho impunemente, no. ¡Yo arrojaré tu cabeza sangrienta á la cara de esos audaces!

¿Y por qué dudo ni un momento siquiera? Nos ha vendido... ¡Pues que muera! ¿Cabe nada más justo?—Este ejemplar contribuirá tambien á impedir otras tentativas culpables, cerrará la boca á mis émulos, afirmará mi trono...

Mas ¿es seguro que lo afirme?... En mi familia, en mis hogares, va á mostrarse á los pueblos indignados el primer traidor á la patria: desde el mismo cadalso llamará *hijos suyos* á mis propios hijos!...—Tal vez es eso lo que con más afan anhelan esos pérfidos; les duele en el alma no verme ya hu-

millado á los ojos del pueblo, para socavar con el desprecio mi autoridad reciente, miéntras hallan ocasion de derribarla. ¡Desean verme sonrojado al pronunciar el nombre del reo, y que vuelva á mi casa lleno de dolor y vergüenza, para hallar, en vez de consuelo, las quejas y reconvenciones de mi afligida esposa!...—No: viva, viva... Es preciso salvar al padre de mi mujer... y que el gozo de mis enemigos no sea tan colmado.

Pero ¿de qué arbitrio valerme?... Ellos se apresurarán á divulgar la traicion: á la hora ésta ya se sabe la muerte de Lara y la carta que han hallado en su seno: me estrecharán á que presente la prueba del delito... ¿Cómo los desmiento yo? La más leve contradiccion, la menor demora me perdería á los ojos de un pueblo arrebatado, suspicaz, que acaba de romper sus hierros, y que sufre á duras penas áun la sombra de mando...—En vez de salvarle yo, me llevaría consigo en su caída... ¡Pues perezca, perezca él solo!

Mas no acierto á salir de este círculo fatal: la mancha de su castigo va á recaer sobre mi esposa, sobre mis hijos, sobre mí... Va á morir siendo el blanco de la ira del cielo, de las maldiciones de cien pueblos, de los insultos de una turba desenfrenada... ¡Y yo, su amigo, su huésped; yo, que áun hoy mismo le apellidaba *padre*, tendré que firmar su muerte, que presenciarla, que aplaudirla!—No; no podría yo sobrevivir á humillacion tan grande: es forzoso impedirla á toda costa!... ¡Un medio... un medio... uno solo... sea cual fuere... y le abrazo al instante!

(Volviéndose hácia el aposento de Muley Carime.*)*

¡Ah! No es tu vida, miserable; no es tu vida la que detiene y embaraza mis pasos. ¡Te arrastro como un cadáver que me han atado estrechamente al cuerpo!...—¿Y por qué no me desprendo de él?—Puedo y debo hacerlo.—Lo haré.—No más indecision; no más dudas: de un solo instante puede depender mi suerte! Antes que esos malvados tengan tiempo de volver en sí; miéntras deliberan y traman el plan para perderme, confundamos sus proyectos con un golpe decisivo...—¿No me pediais ahora mismo, no me intimábais con tono imperioso la muerte del culpable?—Pues bien: aguardad un instante; voy á dejaros satisfechos... Mas llevará consigo vuestras esperanzas y las hundirá en el sepulcro!—¡Aliatar! ¡Aliatar!

(Preséntase el esclavo negro.)

¿Dónde están los demas esclavos?

Aliatar.—En el patio del castillo.

Aben-Humeya.—¿Estás solo?

Aliatar.—Solo.

Aben-Humeya.—¿Nadie nos oye?

Aliatar.—Nadie.

Aben-Humeya.—Vé, y despierta á Muley Carime... Que venga al punto... Aquí le aguardo.

¿No es verdad que os sentís arrebatados, como yo, por este sombrío torrente de pasiones? ¿No es

verdad que, léjos de fatigaros, os complacerá la lectura de la escena de ABEN-HUMEYA con MULEY CARIME?—Pues aún podemos leerla sin escrúpulo de ninguna clase, dado que no se opone en nada á la verdad histórica.—Cuando el autor se aparta de ella y se entrega ya á su propia fantasía, nosotros lo abandonarémos á nuestra vez, y darémos oídas á Hurtado de Mendoza y á Mármol.

ESCENA VI.

ABEN-HUMEYA *(recostado en unos almohadones)*.—MULEY CARIME *(entrando)*.

MULEY CARIME.—¿Qué motivo tan urgente te ha obligado á llamarme á estas horas?

ABEN-HUMEYA.—Un asunto muy grave que tengo precision de consultaros.

MULEY CARIME.—Y has querido aprovechar el silencio y la soledad de la noche... ó tal vez ese asunto importante debe estar resuelto ántes que raye el dia...

ABEN-HUMEYA *(señalando el reloj de la sala)*.—¡Mirad allí... mirad!

MULEY CARIME.—Acaba de dar la una...

ABEN-HUMEYA.—Pues ántes que dé otra hora, ya ese grave asunto habrá terminado.

MULEY CARIME.—¡Terminado!

ABEN-HUMEYA.—Y para siempre.

(Quédanse en silencio algunos instantes.)

MULEY CARIME.—Me parece que estás muy pensativo, Aben-Humeya... A pesar de tus conatos, veo claramente que te aflige una grave pena.

ABEN-HUMEYA.—Es un secreto fatal...

MULEY CARIME.—¿Y por qué tardas en confiármelo?

ABEN-HUMEYA.—No tengais tanto afan por saberlo... Siempre tiene que pesar sobre mi corazon, y no vais á poder con él.

MULEY CARIME.—Mas ¿qué secreto es ese? ¡Ah! Bien te lo había yo dicho: ni el engrandecimiento ni el poder acaban por darnos en el mundo un solo dia feliz: has perdido la paz del ánimo, has comprometido tu suerte, lo has comprometido todo por un pueblo inconstante, que te abandonará cuando apremie el peligro...

ABEN-HUMEYA.—¡Y al que he jurado defender... áun á costa de mi vida!... ¿Lo habeis oido, Muley Carime?... *¡Aun á costa de mi vida!...*

MULEY CARIME.—¿Y á qué fin me diriges esas palabras?

ABEN-HUMEYA.—Os ruego meramente que las peseis.

MULEY CARIME.—No te comprendo.

ABEN-HUMEYA.—Pues ahora vais á comprenderme.—Todo lo he sacrificado por redimir del yugo á estos pueblos... Vos mismo

acabais de decirlo..., y ellos, á su vez, han depositado en mí su confianza, su poder, su futura suerte... ¿Cumplirán sus promesas?... ¡Dios lo sabe!...—Yo sé que cumpliré las mias.

MULEY CARIME.—¿Y quién te dice...

ABEN-HUMEYA.—No me interrumpais.—Yo tengo un *padre* anciano, *cuya vida me importa mucho más que mi vida*... Está entre las garras de mis enemigos, cargado de cadenas, con la cuchilla á la garganta... Lo sé; lo sabía cuando dí la señal contra sus verdugos, ¡y ellos saben tambien el modo de vengarse de mí!

MULEY CARIME.—Mas ¿por qué te anticipas á sentir las desgracias ántes de que sucedan?...

ABEN-HUMEYA.—Escúchame un instante: voy á concluir.—Yo he agravado el peligro en que se halla *mi padre:* cada golpe que descargo puede acelerar su muerte; y, sin embargo, *no he vacilado un punto.*—¡Pensad, pensad vos mismo *si habrá algo en el mundo que pueda contenerme!*

MULEY CARIME.—¿Por qué me echas esas miradas? ¿Qué quieres decirme con ellas?

ABEN-HUMEYA.—Ya que os he mostrado hasta el fondo de mi corazon, voy á consultaros sobre aquel grave asunto..., y adivinareis desde luégo cuáles pueden ser las resultas.—En nuestro mismo seno hay un traidor...

MULEY CARIME.—¡Un traidor! ¿Lo sabes de cierto?

ABEN-HUMEYA.—De cierto. Vos mismo vais tambien á quedar convencido.—¿Qué castigo merece?

MULEY CARIME.—¿Tiene hijos?

(ABEN-HUMEYA *se queda callado.)*

¿No me contestas, Aben-Humeya?

ABEN-HUMEYA.—No los tendrá mañana.

MULEY CARIME *(aparte).*—¡Qué recuerdo, Dios mio!...

ABEN-HUMEYA.—Parece que os turbais...

MULEY CARIME.—No por cierto... Compadezco á ese desdichado... ¡Soy padre como él!

ABEN-HUMEYA.—Bien se echa de ver que os inspira mucha compasion... ¿Sabeis por ventura quién sea?

MULEY CARIME.—¿Y cómo quieres que lo sepa?...

ABEN-HUMEYA.—Recapacitad un poco... Recorred vuestra memoria... Tal vez el corazon os ayudará tambien...

MULEY CARIME.—Más fácil sería que tú me lo dijeses...

ABEN-HUMEYA.—¿Quereis forzarme á ello?

MULEY CARIME.—Yo no te esfuerzo: ántes te lo suplico.

ABEN-HUMEYA.—Y, por mi parte, haría el mayor sacrificio, á trueque de evitarlo.

MULEY CARIME.—¿Y por qué te cuesta tanto pronunciar el nombre del reo?

ABEN-HUMEYA.—¡Porque al salir de mi boca, lleva consigo la sentencia de muerte!

MULEY CARIME.—¡La sentencia de muerte!

ABEN-HUMEYA.—Y en el mismo instante.

MULEY CARIME *(con voz alterada).*—Mucho me compadece ese desgraciado; te lo confieso... Mas, puesto que estás empeñado en decirme su nombre...

ABEN-HUMEYA.—Al contrario: no vais á oirlo.

MULEY CARIME.—¿No?
ABEN-HUMEYA.—Vais á verlo con vuestros propios ojos.

(ABEN HUMEYA *le muestra abierta la carta.* MULEY CARIME *la aparta con la mano.)*

MULEY CARIME.—Basta.

(Pausa. Luégo, mirando á ABEN-HUMEYA, *y señalándole el aposento de su mujer, dice:)*

¿Eres tú el único depositario de este secreto?
ABEN-HUMEYA.—Tambien lo saben otros.
MULEY CARIME.—¿Quién?
ABEN-HUMEYA.—Aben-Aboo y Farag.
MULEY CARIME.—Ya sé la suerte que me espera.
ABEN-HUMEYA.—¿La sabeis?
MULEY CARIME.—Y la aguardo tranquilo.
ABEN-HUMEYA *(echa una ojeada alrededor de la sala; saca del seno un pomo de oro; lo abre, y se lo da).*—Tomad, y salvaos.

(Vuelve al otro lado el rostro, y se arroja sobre los almohadones.)

MULEY CARIME *(toma el pomo de oro, bebe el veneno y clava los ojos en* ABEN-HUMEYA. *Despues se acerca á él, y le dice):* Tú reinarás.
. . . .

Hasta aquí Martínez de la Rosa. Lo que sigue despues es pura invencion suya, y está en contradiccion con lo que las historias refieren acerca de las causas que motivaron la muerte de ABEN-HUMEYA y sobre las circunstancias del hecho en sí.

Tampoco aparece en ninguna parte que la muerte que éste dió á MULEY CARIME fuese la que acabamos de ver; pero el que fuera una ú otra no importa nada al propósito con que he copiado las anteriores escenas. Lo que yo he querido probar es que ABEN-HUMEYA, considerado desde el punto de vista de su posicion, de sus compromisos, de sus juramentos, de sus deberes, tuvo la misma obligacion de matar á su suegro que Lucio Junio Bruto de condenar á sus hijos, que Felipe II de procesar al suyo, y que Guzman el Bueno de hacer lo que hizo por su religion y por su patria; y eso creo haberlo probado

enteramente.—El poeta, el dramaturgo, no me ha suministrado más que su elocuencia para definir y analizar el tremendo caso; pero el caso, esto es, la traicion de MULEY CARIME, consta, como ya he dicho, en las páginas de la Historia.

«MIGUEL DE RÓXAS (cuenta Mármol, hablando de las diferencias que hubo entre los Moriscos acerca del punto en que debían establecer su base de operaciones)... »MIGUEL DE RÓXAS y los de UXÍXAR »querían que fuese allí, porque andaban ya en tra»tos sobre las paces... El GORRI y otros, que abor»recían la paz, que se compraba con sus cabezas »(pues siendo principales caudillos y autores de la »maldad, tenían por cierto que se había de executar »en ellos el rigor de la justicia), no querían ponerse »en parte que *pudieran ser acorralados...*

»Mas el GORRI, y el PARTAL, y el SENIZ le to»maron luégo aparte (á ABEN-HUMEYA), y entre te»mor y malicia le hicieron creer que su suegro le »engañaba; y que, teniendo trato hecho con el MAR»QUÉS DE MONDÉJAR, andaba por meterlos á todos »en parte donde los pudiese coger en una red, y »quedarse él con el dinero y plata que tenía en su »poder (recordareis que era el tesorero general): y »*pudo ser que dixesen verdad.*»

Hurtado de Mendoza no dedica á todo este asunto más que las siguientes líneas:

«...A pocos dias *mandó* matar al suegro y dos »cuñados, *porque no quisieron tomar su ley:* dejó la »mujer; perdonó la suegra, porque la había parido, »y quiso gracias por ello, como piadoso.»

Finalmente, Mármol, que siempre deprime

cuanto puede el carácter de ABEN-HUMEYA, refiere de este modo la consumacion del sacrificio ó castigo del cuitado MIGUEL DE RÓJAS:

«...Le indignaron tanto (los Moriscos á ABEN-»HUMEYA, contándole las traiciones de aquél), que, »sin más averiguacion, violando la ley del paren-»tesco, acordó de matar á su suegro; y enviándole »á llamar á su casa, le aguardó con una ballesta »armada á la puerta, acompañado de los otros mal-»vados, y errando el tiro (porque el MIGUEL DE »RÓXAS, en viéndole encarar hácia él, se metió des-»pavorido debajo de la ballesta, y la saeta fué por »alto), el SENIZ acudió con otro tiro, que le atravesó »entrambos muslos, y luégo todos con las espadas »le acabaron de matar.

»De aquí nacieron grandes enemistades entre »los parientes del muerto y ABEN-HUMEYA: el cual »repudió luégo la mujer; y juró que no habia de »dejar hombre de ellos á vida; y el mesmo dia del »homicidio siguió tambien á DIEGO DE RÓXAS, su »cuñado, por unas barranqueras abajo para matar-»le... Mató á RAFAEL DE ARCOS, mancebo de aquel »linaje, y á otros, de donde se recreció tratarle la »muerte á él, y dársela, como dirémos en su lugar.»

Toda esta relacion podrá ser exacta; pero hay un punto en ella que me resisto á creer, y es lo de la saeta disparada por el REYECILLO contra MULEY CARIME.—Semejante acto desdice del carácter aristocrático y caballeresco de ABEN-HUMEYA. Antójaseme, pues, que lo inventaron sus enemigos, y que Mármol se apresuró á consignarlo para rebajar la siempre artística figura del descendiente de MAHO-

MA. Observad que, en medio de todo, resulta que éste no llegó á herir por sí mismo á su suegro...—Convengamos en que únicamente «*lo mandó matar*», como dice el veraz y austero Hurtado de Mendoza.

Y de cualquier manera, á bien que á nosotros no nos alcanza responsabilidad alguna en aquel suceso... ni nos hemos propuesto hacer el panegírico del yerno de MULEY CARIME.—ABEN-HUMEYA estaba muy léjos de ser un santo: ántes era un desenfrenado libertino, á cuyo lado no había mujer segura, como fuera guapa, segun verémos pasado mañana al estudiar las verdaderas causales de su muerte...—Ademas: á la hora que es, MIGUEL DE RÓJAS hubiera fallecido ya de todos modos...—¡Han pasado tres siglos de reloj desde que le descubrieron sus manejos!—Y, en fin, en el Valle de Josafat se liquidarán todas estas cuentas.

Montemos, pues, á caballo: despidámonos de la encantadora *Cádiar,* y trasladémonos al próximo lugarcillo de *Narila.*

***

En *Narila* (576 habitantes), que, como ya dije, viene á ser un delicioso apéndice de *Cádiar*—de la cual dista dos ó tres kilometros—, sólo estuvimos una hora.

Casi toda ella la pasamos con el señor Cura del Lugar, quien se hallaba en la iglesia disponiendo el Monumento para el dia siguiente (JUÉVES SANTO), sin miedo alguno á los sectarios de MAHOMA (que ya llevaban más de trescientos años de no parecer por la *Alpujarra),* y satisfecho y agradecido á Dios de

que todavía no se hubiese encarnizado en sus ovejas otro enemigo de la Fe, muy más fiero y temible hoy que los Moros:—el monstruo de la impiedad y el racionalismo.

La conversacion sobre este punto salió á propósito de unos retratos de D. FELIPE EL HERMOSO y de DOÑA JUANA LA LOCA, fundadores de aquel templo, que vimos en el retablo del Altar Mayor.

—¿Cómo se salvarían estos retratos y este retablo de las sacrílegas devastaciones de los *Monfíes?*—le preguntamos al señor Cura.

—No sé: muchas veces me lo he preguntado á mí propio,—nos respondió el padre de almas.

—Y es tanto más extraño,—repusimos nosotros,—cuanto que aquí mismo, dentro de esta iglesia, aquellos bárbaros mataron á su antecesor de usted, que se llamaba CEBRIAN, y á todos los cristianos de *Narila*.

—Ya lo sé,—respondió el señor Cura.

Y de aquí provino todo lo demas que hablamos, cuyo tema fué: investigar qué era peor; si el fanatismo y los errores religiosos de los Musulmanes, ó la indiferencia y descreimiento absoluto de los filósofos del siglo XIX.—Todos convinimos en que esto era peor que aquello.

Por cierto que entre las cosas que allí se contaron, fué una el martirio del Cura de la villa de *Félix,* durante la propia Rebelion de 1568; martirio tan noble y tan privilegiado, que nunca pudo ensoñarlo mejor el alma seráfica de un paladin de Cristo...

Escuchad.

Los feroces *Monfíes* despojaron de sus ropas al digno Sacerdote, y lo persignaron con unas cortantes navajas, diciendo así: POR LA SEÑAL... DE LA SANTA CRUZ... (y le abrieron una sangrienta cruz en la frente), DE NUESTROS... ENEMIGOS... (y le cruzaron la boca con otras dos heridas) LÍBRANOS, SEÑOR, DIOS NUESTRO... (y le rasgaron el desnudo pecho de alto á abajo y de un lado á otro), EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO... (y hendieron sus carnes á todo lo largo y ancho de su cuerpo).

—AMEN,—dijo el mártir; y cerró los ojos á esta vida.

*
* *

Había llegado el momento de que los apartásemos tambien nosotros de las cosas de este valle de lágrimas...

Quiero decir: había llegado el momento de que emprendiéramos la ascension á *Sierra Nevada,* donde debíamos pasar el resto del dia á solas con la augusta naturaleza, en la vecindad del cielo, y en íntimo coloquio con el Criador de Moros y Cristianos, de deistas y de ateos, y de todas las demas variedades del humano espíritu.

Emprendímosla efectivamente...; pero no habíamos subido el primer escalon de la Cordillera, cuando nos encontramos en otro alegre y pintoresco pueblecillo, todavía perteneciente al Valle más que á la Montaña...

Era *Yátor,* Lugar de 717 almas, situado á orillas de su impetuoso rio; *Yátor,* cantado por Zorrilla

en su *Poema de Granada; Yátor,* muy digno ciertamente de tan gloriosa mencion y de que nosotros nos hubiéramos detenido en él...

Pero ya era imposible resistir más tiempo á la atraccion de la gran *Sierra*...

—¡Arriba! ¡arriba!...—resonaba á todo lo largo de la cabalgata...

¡Arriba! ¡arriba! os digo yo á mi vez en el presente instante...—*¡Sursum corda!* Subamos llenos de religiosa uncion las gradas del inconmensurable templo que tenemos ante la vista.

V

En *Sierra Nevada*.—Vislumbres de Africa.—Las Tinieblas.—*Miserere*.

> ¡Ah! Dejadme, deseos y cuidados...
> dejadme que tranquilo aquí respire
> estos aires purísimos, delgados,
> y que de Dios la omnipotencia admire... (1).

Ved... Lo imponente, lo terrible, lo asombroso, principia desde nuestro primer paso.

No bien hemos echado á andar, ya estamos es-

(1) Estos versos, y los demas que van insertos en el presente capítulo, son de una sentidísima, aunque desaliñada Oda, inédita en mi entender, que escribió á *La Sierra Nevada* el Sr. D. Baltasar Lirola, natural de *Dalías*, Canónigo que fué del Sacro-Monte de Granada, muerto al poco tiempo de componerla, hará cosa de veinte años.

Debo á la buena amistad del Sr. D. Antonio Rivas Ortiz, de Albuñol, la copia manuscrita que poseo de dicha Oda; y, al publicar algunos de sus versos, llenos de poesía sencilla, natural, legítima, como las flores del campo, rindo un homenaje de admiracion y simpatía al malogrado poeta alpujarreño que tan hondamente sintió las maravillas de la gran *Sierra*.

calando la gigante mole, y sus ciclópeos estribos nos presentan escalonadas las recias olas de arcilla y de arena que hace miles de años están bajando sin cesar de los flancos de la *Sierra* á impulso de los aluviones.

Nuevas cadenas de enmarañados cerros han nacido á sus piés, formadas con aquellos enormes arrastres. Los impetuosos rios se llevan ademas continuamente otra inmensa cantidad de arena y de arcilla que va á sumergirse en el fondo del mar; y, sin embargo, la antigua Oróspeda no se desgasta, al parecer: sus mermas no se notan: diríase que su corpulencia no disminuye...—¿Es que las montañas viven, crecen, se renuevan como los seres orgánicos?—¿En virtud de qué ley, más fisiológica que geológica?—¿O es meramente que nosotros no podemos apreciar su decrecimiento, su lenta ruina, y llegará una época en que no exista *Sierra Nevada;* en que sus pizarras y calizas se hayan derretido, al modo que hoy se derriten sus nieves?—¡Qué sé yo!...; lo cual es mejor que saber lo cierto, como indudablemente lo sabrán los geólogos.

Pero apénas acabamos de poner el pié en la *Sierra,* y ya la hemos destruído completamente; ya la hemos reducido á polvo; ya la queremos borrar del mapa... ¡Donosa manera de principiar su apología, de dar una idea de su excelsitud, de reverenciar su magnificencia!

Por fortuna, ella sabe defenderse á sí propia y poner respeto al más atrevido caminante.—Mirad, si no, estos abismos que nos rodean, y vedlos llenos de colosales agujas, pirámides, obeliscos y todo ór-

den de monumentos puntiagudos...—¡Son trabajos de Hércules del agua infatigable, dedicada siglos y siglos á impedir que esos abismos se terraplenen! Semejantes monumentos no se han formado por acumulacion ó agregacion ó concrecion de materia, sino por desbaste paulatino: cada una de esas inmensas estalacmitas ha sido esculpida por el cincel de los torrentes y labrada luégo por el buril de las mansas lluvias. Todas agrupadas, ofrecen el aspecto de una catedral gótica, cuyos agudos chapiteles contemplásemos á vista de pájaro.

De la propia suerte, estas angostísimas calzadas que ligan unos estribos con otros, y por las cuales caminamos con tanto miedo, semejan botareles lanzados por el espacio para sostener el empuje de las lomas superiores, ó más bien istmos que separan dos profundas simas, predestinadas á formar con el tiempo una sola.—Aquí fué sin duda donde exclamó el poeta alpujarreño:

> Á un lado el espantoso precipicio
> la muerte en el abismo nos retrata,
> y con mugiente, atronador bullicio,
> á otro lado la inmensa catarata...

Ya estamos á una respetabilísima altura...; pero todavía no es tiempo de volver de cabeza para admirar los panoramas que se van desarrollando debajo de nosotros...

> La cabra montaraz cruza, salvando
> los bosques, las malezas, el torrente...
> y en un puntal la cierva rebramando
> al ciervo llama de ramosa frente.

¡Salve! ¡Ya pisamos nieve!... Pero es nieve de estos últimos dias: no es nieve perpetua.—¡Aún llega aquí el imperio de Flora, Céres y Pomona! Aún hay tambien pueblos en estos alrededores y á este mismo nivel...

Por ejemplo: ved allí, á nuestra izquierda, el diminuto y frondoso *Yégen*, adonde bajarémos á dormir esta noche, despues de haber hollado los eternos hielos...

Saludémoslo, pues, ya con cariño.—Considerado desde aquí, se diría que es un ramo de flores y olorosas hierbas depositado por un amante en el regazo de la blanca *Solair*.

Y áun aquí mismo... ¡ved todavía qué rozagantes lirios silvestres se atreven á abrir sus azulados cálices en las hendiduras de las rocas! ¡Ved qué infinidad de graciosas y aromáticas plantas!—Todo exhala ya el vigoroso olor de las grandes Sierras andaluzas; olor á salud y vida; olor á la savia inmortal que su corazon, siempre jóven, reparte luégo por felicísimas comarcas.

> ¡Oh, cómo el pensamiento se engrandece
> marchando por la senda solitaria!—
> Aquí el espino ó la abulaga crece:
> allí la fuerte encina centenaria:
> más allá el sauce de dolor fallece
> junto á la desmedrada parietaria...

exclamaba Lirola... tal vez en este propio sitio.

Porque, en efecto: encinas, espinos y sauces figuran en el magnífico arbolado que estamos viendo, ademas de nogales, almeces y cuantos árboles enumeramos en *Lanjaron*.—Sólo sigue faltando el

29

tétrico pino, símbolo obligado de las montañas septentrionales, que, por lo visto, no se ha acomodado á vivir en esta gozosa Cordillera, resplandeciente de luz y de alegría.

Pero su verdadera frondosidad, asombrosa en una altura tan extraordinaria como la que ya tocamos, debemos admirarla en estos barrancos deliciosos, que constituyen otros tantos paraísos terrenales.

> Altísimos castaños los sombrean...
> La oropéndola allí cuelga su nido:
> las parleras urracas picotean
> el fruto en sus espinas guarecido:
> por encima las águilas otean,
> y los cuervos repiten su graznido,
> y bandadas de tórtolas azules
> arrullan en madroños y abedules.

¡Ah! Repitámoslo: el Sol puede más que la *Sierra*. La *Sierra* no tiene aquí su espada... la terrible espada de todas las Sierras, que es el aire del Norte. Por el contrario: la noble Oróspeda sirve aquí de escudo á una Primavera continua, impidiendo que la hiera el cierzo con su agudo puñal de dos filos.

Sin embargo... principia á refrescar: quiero decir, principiamos á helarnos.—Estamos en las regiones del perpetuo invierno...

Ya no descubrimos más que nieve por todas partes...

La alta vegetacion se ha despedido de nosotros...—Ya no se ve un árbol por ningun lado...

Nadie puede pedirnos que subamos más... ¡Para estar en Marzo y al dia siguiente de una nevada, ya hemos subido bastante... demasiado tal vez!

Nos encontramos indudablemente á la misma altura en que Lirola exclamó con acento medroso:

> **Mas ya se enrisca el áspero sendero...**
> **y se corta tal vez... tal vez se pierde...**

¡No obstante lo cual, el poeta de Dalías siguió adelante!...

Pero él viajaba en Julio, y se dirigía al *Picacho de Veleta:* miéntras que nosotros no vamos por aquí á parte alguna, ni sabemos ya por dónde meter los caballos que no se los trague la nieve...

Hagamos, pues, alto: volvamos la cabeza, y contemplemos el mundo de los hombres.

***

> **El Atlántico mar al Occidente...**
> **el mar Mediterráneo al Mediodía...**
> **y en la morisca tierra que está enfrente**
> **las crestas de la inculta Berbería...**

Estos cuatro versos son el resúmen de lo que llegó á ver Lirola.

Nosotros debemos confesar que no vemos tanto.

Verdad es que Lirola hablaba ya desde el *Veleta,* y nosotros estamos únicamente á media ladera del *Mulhacem.*

No vemos, pues, el Océano Atlántico...—Pero vemos una extension inmensa del Mediterráneo; vemos la Costa de Africa, desde el Estrecho de Gibraltar hasta los confines de Argel; vemos las nevadas cumbres del *Atlas,* del monte gemelo de esta *Sierra;* vemos bordado en el agua azul todo el litoral antártico de nuestra gran Península, como no

es fácil verlo sino en un mapa; y vemos, en fin, toda la *Alpujarra* á nuestros piés,—más ampliamente que desde la cumbre de la *Contraviesa*, puesto que nos hallamos á mucha mayor altura;—pero mostrándose á nuestros ojos de la misma manera que entónces, es decir, como un mar cuyas olas son cadenas sucesivas de encrespados cerros; como un mar que se hubiese petrificado de pronto en medio de una furiosa tempestad...

De todo esto lo que más nos sorprende, seduce y enamora, es la tierra de Africa...—¡Cuán clara y distintamente se percibe á la simple vista!—Palmo á palmo (salva la hipérbole) pudiera dibujarse la silueta de su costa sobre el agua y de sus montes sobre el cielo.—Algunos puntos blancos se destacan de aquella perspectiva bosquejada en el horizonte...—Serán casas, quintas, sepulcros, morabitos... ¡quién sabe!...

Pero de lo que no cabe duda es de que aquello es *El Moro*... de que aquello es la *infanda Libia*, de que aquello es Africa... El Africa á que fué á morir, ciego y pobre, el valeroso Rey ZAGAL: el Africa en que pasó BOABDIL la segunda parte de su vida: el Africa que devoró á D. SEBASTIAN DE PORTUGAL y á la flor de los guerreros lusitanos: el Africa en que tres siglos despues se presentó un caudillo español, el memorable O'DONNELL, á recordar á los príncipes de Marruécos que aún existía aquel Reino Castellano contra el cual nunca podría prevalecer el islamismo...

Sí: ¡allí está Africa!... ¡Cuán cerca... pero cuán léjos de nosotros! ¡Africa, mirándonos siempre, siem-

pre á nuestra vista, pero separada de España, no por ese lago azul del Mediterráneo, sino por la negra inmensidad de sus destinos!—Es la vecindad inútil y acerba (perdonadme la comparacion) de los que estuvieron un tiempo unidos y luégo se divorciaron para *in æternum:* que se ven y no se hablan; se escuchan y no se comunican; tal vez se aman... y preferirían, sin embargo, mil muertes á reconciliarse.—Ó más bien, es la vecindad de dos vástagos de familias tradicionalmente contrarias, cada uno de un sexo, ambos afables y garridos; que nacen en una misma calle, pasan su vida tropezándose á todas horas, y mueren sin haberse jamas saludado...—Edgardos y Lucías, Romeos y Julietas, que nunca llegan á cantar un duo.



Con que acordémonos de nosotros mismos.

El Sol principia á caer al Occidente, y, si no nos damos prisa á bajar de estas espantosas soledades ántes de que oscurezca, podrémos vernos muy apurados.

Dichosamente, no se trata de descender á lo hondo, ni mucho ménos.—*Yégen,* donde hemos de hacer noche, se encuentra todavía á una grande altura; *á media Sierra,* que dicen los pastores.—Por consiguiente, mañana tendrémos adelantado lo peor del trabajo para recorrer los elevados pueblos en que andarémos las Siete Estaciones de Semana Santa, á pueblo por Estacion.

Despidámonos, pues, del *Mulhacem,* repitiendo los melancólicos versos con que termina el canto de

Lirola; versos en que profetizaba su próxima muerte, y en que se descubren abismos de soledad y de tristeza.—Dijo así:

¡Nieves, adios, y tempestad y truenos!...
¡No me vereis ya más... que la corriente
de mi vida, volando huye sin frenos,
y ya su fin el corazon presiente!
¡Es tan triste morir!... Mas yo, á lo ménos,
podré morir en paz, tranquilamente,
sin que de nadie la afliccion deplore...
¡Ay!... ¡No tengo en el mundo quien me llore!
. . . .

Ya se ha ocultado el Sol del Miércoles Santo.—Mil ochocientos treinta y nueve años hace que se puso del propio modo tras el monte Carmelo, llevándose el último dia de los que en la vida del Redentor precedieron á su voluntario Sacrificio.—Al dia siguiente Él mismo se entregaría á sus verdugos... Al otro, sufriría la muerte en Cruz, para sellar con su sangre aquellas doctrinas que habían de regenerar el espíritu de los hombres; que habían de rescatarlo de la servidumbre de la materia; que habían de hacerlo digno de la inmortalidad.

Aquella tarde, la tarde del Miércoles, hace diez y nueve siglos, no presentía la especie humana, al ver ponerse el Sol, cuán grandioso y memorable en la perpetuidad de los tiempos había de ser el dia siguiente...—Hoy, la Iglesia, fundada sobre el sublime Misterio de que mañana es la efeméride solemnísima, reza ya, y canta, y llora, y agradece, y bendice, todo á la par, la Pasion y Muerte de Jesucristo.

Sí: á estas horas; en este lúgubre momento en

que las sombras de la noche principian á caer sobre los templos católicos, como cayendo van sobre esta encumbrada Sierra en que nosotros peregrinamos con tan religioso terror...; en este momento, digo, el Coro de las catedrales acaba de rezar las *Vísperas* del Juéves Santo.

Allí, como aquí, se aproxima la hora de las *Tinieblas*.

Aquí, un tenue crepúsculo queda en el cielo, que apénas nos permite ver por dónde andamos al traves de estas fragosidades, ásperas como los senderos de la vida...

Allí... ¿quién, que sea católico, ignora lo que está pasando? ¿Quién no ha sido hasta actor, cuando niño, en aquella representacion sublime y pavorosa? ¿Quién, lleno de miedo y de mística compuncion, no ha golpeado las puertas del Templo al oscurecer de este luctuoso dia?—Veamos, pues, lo que pasa allí.

El Coro ha rezado ya *Maitines* y *Laudes*. En el *Tenebrario* triangular ardían hace poco quince velas; catorce de ellas amarillas y la de en medio blanca...; pero al fin de cada Salmo se ha apagado una, en memoria de cómo fueron apartándose de Jesus, primero sus atribulados Discípulos, y luégo las dos piadosas Mujeres que, más animosas que ellos, lo acompañaron hasta la Cruz...—Ya no arde más que una vela, la vela blanca, la que se llama *Vela María*...—Es la personificacion de la Madre del Crucificado, cuando se quedó sola al lado de su espirante Hijo.—*Stabat Mater dolorosa, juxta Crucem lachrymosa...*

Ademas de esta única luz que queda en el *Tenebrario,* alumbran todavía el Templo las seis velas del Altar Mayor, representacion de los seis Profetas que anunciaron la Venida del Mesías...

Pero el Coro reza los doce versículos del Cántico de Zacarías «*Benedictus*»..., y á cada verso apágase una de aquellas seis luces del Tabernáculo...

Apagáronse ya todas...—El beso de Júdas, recordado por la Antífona, ha sido el soplo de muerte.

Ya no arde en la Iglesia otra luz que la *Vela María*...

Esta no se apaga jamas...—Sin embargo, una mano piadosa la oculta, aunque encendida..., y las *Tinieblas* reinan en la Casa de Dios.

¡Pavoroso momento!—El clero y los fieles están de rodillas ante los enlutados Altares, rezando el *Miserere* como reos contritos...—*Tibi soli peccavi,* le dicen al Criador con el Rey Profeta.—Y los golpes de pecho retumban en la oscuridad del santuario.

¡Miserere! digamos asimismo, desde esta soledad augusta, nosotros, pecadores tambien... y tambien arrepentidos de haber llevado á Cristo á la muerte en Cruz...: *usque ad mortem; mortem autem crucis*...

¡Miserere! repitamos, bajando los disformes escalones de esta montaña, en medio de las sombras que nos rodean, yertos de frio y con el alma puesta en el Autor de lo criado, cuya mirada nos sigue sin duda alguna en el oscuro laberinto de nuestra existencia.

«*Cor mundum crea in me, Deus* (exclamemos

fervorosamente): *et spiritum rectum innova in visceribus meis.*»

. . . .

Terminado el *Miserere* de la Iglesia, el Vicario del Coro reza en voz baja una última oracion; y, cuando ésta concluye, los Capitulares golpean fúnebremente la madera de sus sillas; á lo que los muchachos responden aporraceando las puertas del templo; todo ello para representar el tumulto que armarán mañana los soldados y verdugos en las calles de Jerusalen, así como el terremoto que seguirá pasado mañana á la muerte de Jesucristo.—Por hoy, todo se ha acabado.

Es noche completa en *Sierra Nevada,* y en Jerusalen, y en el templo, y en todos los corazones cristianos...

Así llegamos á *Yégen,* sumido tambien en las *Tinieblas.*

¡Silencio!... Ni una palabra más.—Mañana será otro dia.

VI

JUÉVES SANTO.—*Yégen,* primera Estacion.—*Válor,* segunda.—*Nechite,* tercera.—*Mecina-Alfahar,* cuarta.—*Mairena,* quinta.—*Júbar,* sexta.—*Laróles,* sétima.

Clareaba apénas el dia siguiente cuando ya estábamos de pié.

Habíamos dormido á las mil maravillas en casa de unos gentilísimos recien casados, á quienes otor-

gue Dios tanta ventura hasta la edad más inverosímil por lo avanzada, como abrigo, satisfaccion y descanso encontramos nosotros en aquel novísimo hogar, cuya direccion disputaba todavía el alegre Cupido al grave Himeneo, y donde, sin embargo, aquella noche rindióse principalmente culto á los dioses Lares, protectores de la hospitalidad...

Por lo que hace á nuestro madrugon, estaba muy justificado. ¡Era tanto lo que teníamos que andar, que ver y que sentir durante aquel clásico dia!—Así es que la órden de botasilla se dió sin pérdida de tiempo.

Acto seguido, y miéntras ensillaban los caballos, nos dirigimos á la iglesia...

Hallábase ésta todavía cerrada; pero, habiéndosenos dicho que la abririan muy pronto, dimos en el ínterin un paseo profano por las calles y las afueras de *Yégen,*—tarea que estuvo despachada en breves momentos, y que nos suministró materia para escribir en nuestra cartera de viaje los renglones siguientes:



Yégen, lugar de 1.210 almas, está sumamente elevado en las andamiadas de la *Sierra;* pero tan defendido de los vientos del Norte, y tan á merced del Sol y del ambiente de Africa, que en él encontramos, entre brillantes chorros de nieve derretida que bajan de las vecinas cumbres, granados en flor, opulentos olivos, y hasta naranjos llenos de fruto.

Encima del pueblo abundan los castaños, los nogales y las encinas; pero más notable que todo

esto, es un *Nacimiento de agua* que hay á la salida del Lugar por la parte de Oriente. Casi un rio brota al pié de una roca gigantesca; y no bien acaba de brotar, cuando ya mueve dos colosales piedras de molino.—El agua es riquísima, y, segun dicen, crea ademas otras riquezas en los barrancos y cañadas á que da riego.

Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Al lado de *Sierra Nevada* no puede haber necesidades.

***

Cerca de las seis abrieron la iglesia.

El *Monumento* no estaba todavía armado, pero ya se veían por el suelo algunos preparativos para su composicion; y en cuanto á los Sagrados Oficios del dia, tardarían aún tres ó cuatro horas en principiar.—Ardía, con todo, pendiente del techo de aquella pobre nave, la lámpara de aceite que denota la continuidad del culto en los templos de que no se han incautado los revolucionarios de este insensato siglo; y aquello fué bastante para que rezásemos allí la PRIMERA ESTACION, confiando en que nuestra calidad de viajeros influiría para que el Todopoderoso acogiese unas oraciones tan anticipadas.

Con lo cual montamos á caballo, y partímos.

En aquel instante salía el Sol por el Llano del *Laujar*.

***

Pange lingua...

Era el Sol del Juéves Santo, del dia más grande de la Iglesia; dia de tanto gozo, de tanta majes-

tad, de tanta gala como el del *Corpus;* dia en que los Sacerdotes y los Altares se despojan de sus crespones de duelo, á pesar de conmemorarse tambien la Prision de JESUS, y visten de *blanco,* para solemnizar la Institucion de la EUCARISTÍA, que, segun el Apóstol, *«es la misma blancura de la luz eterna de la Gloria».*

Sí: la Iglesia, agitada por contrapuestos afectos, destina las Horas canónicas de este dia á diferentes ceremonias, á cuál más augusta. Esposa de JESUCRISTO y Madre del género humano, tiene á un mismo tiempo que llorar al Redentor y que celebrar la Redencion; tiene que acusarse á sí propia, en nombre de la raza de Adan, congregada en el hogar de su Fe, de haber derramado la sangre del Hijo del Eterno, y tiene que cantar su triunfo, su libertad, su emancipacion, dando gracias al Sacrificador y á la Víctima, á Abraham y á Isaac, al Padre que consintió en rescatarnos á tanta costa, y al Divino Cordero que fué precio del rescate.

Así, al ménos, lo exponen, segun mis recuerdos, en sus inmortales escritos, los Padres de la Iglesia, y tal es la significacion de la solemnísima Misa que se canta la mañana del Juéves Santo. Aquella Misa es, no ya la conmemoracion, sino la viva representacion de la Cena en que JESUS se inmoló por los hombres; en que legó su Cuerpo y su Sangre á la Comunion de los fieles, en que estableció la Ley de Gracia. Por eso tanto júbilo, tanta fiesta, tanta pompa, pocos momentos ántes del dolor y el luto que luégo reinan en el templo... Por eso el *color blanco* y la riqueza de ornamentos y vesti-

duras; por eso aquel triunfal repique de campanillas de plata con que se acompaña todo el *Gloria in excelsis Deo;* por eso la elevacion del Monumento «*con aparato regio de persona Real*» que previene la Liturgia; por eso el lujo y los vistosos trajes de colores que lucen aquella mañana en el templo las hijas de Sion (nuestras hijas, hermanas y mujeres, quiero decir), enlutadas Verónicas á la tarde, errantes por la calle de la Amargura...

Sin embargo: áun en aquella Misa tan solemne y fastuosa, la Iglesia, en medio de su mayor alborozo, recapacita en el cruel martirio que le espera á JESUS, y, para demostrarlo, no da á besar *la Paz* á nadie, «por aborrecimiento al beso de Júdas», ni quiere que el Sacerdote persigne el Altar ántes de leer el último Evangelio, sino que *se persigne á sí mismo,* como prueba de la orfandad en que va quedando la Casa Santa.

¡Oh! ¡Qué delicadeza y qué grandiosidad á un propio tiempo en todas estas sagradas alegorías! ¡Qué abismos de ternura en todos los Ritos de la Religion Católica!...

Reconózcalo el mundo entero: reconózcanlo todas las edades, todas las llamadas civilizaciones, todas las Gentes, todas las variedades que ha ofrecido la piedad humana en la duracion de los siglos y en la extension del Planeta: áun prescindiendo de la parte dogmática, reservada á la Fe, y hasta de su moral y de su filosofía, de que se han aprovechado tambien otras religiones, el Catolicismo, considerado *objetivamente;* considerado en lo que tiene de humano, de artístico, de poético; considerado como

únicamente pueden considerarlo los ateos, los impíos, los escépticos, los deistas, los gentiles, los herejes y los cismáticos, es la composicion ideal más inspirada y maravillosa que se ha cimentado sobre la tierra.—La imaginacion y el sentimiento de los mortales no han revestido jamas formas tan sublimes como las que constituyen el culto externo, las ceremonias, el simbolismo literario, pictórico, plástico, dramático, musical y escénico del ritual romano, y forman la Liturgia de nuestras catedrales.—Lo que allí se reza, lo que allí se canta, lo que allí se representa, excede á cuanto la poesía pudo soñar en tiempo alguno.—Los que así no lo reconozcan no han visto por dentro el ceremonial católico, sino por fuera, como cerrado libro, como plegada flor, como callada esfinge. Podrán haber oído, por ejemplo, la música de los Salmos; pero no han entendido la letra: podrán saber de memoria la misma letra, pero no se han penetrado de su espíritu.—Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen, como dice la Sagrada Escritura.



Muy léjos estábamos nosotros de las grandes catedrales en que otros años habíamos visto conmemorar con tanta pompa la Institucion de la Eucaristía: muy léjos de aquellos suntuosos *Monumentos* que, en Sevilla, en Toledo, en Granada, en Guadix..., sirven de trono y de prision á Jesus Sacramentado, durante la tarde y la noche del Juéves Santo, y en que todo es luz y blancura, excelsitud y refulgencia...; pero, en compensacion, la mañana

que digo, en el momento de salir el Sol (ó más bien dicho, en el momento de *entrar* en la *Alpujarra* por aquel boquete que da paso á la *Taha de Andarax),* cielos y tierra ofrecieron á nuestros ojos y á nuestra imaginacion el cuadro más grandioso que haya cantado nunca las alabanzas del Omnipotente.

Hablo de la *Sierra,*—en medio de la cual nos hallábamos, viéndola desarrollarse á nuestros piés en descomunales laderas, que descendían á profundos abismos, y perderse al propio tiempo sobre nuestra cabeza en las soledades del espacio, en las regiones etéreas, en la inmensidad que sólo recorren las almas de los justos...—¡Hablo de *Sierra Nevada,* calificada ya de templo por nosotros várias veces durante aquella larga peregrinacion!

La *Sierra,* pues, vestida, como la Iglesia, de blanco y plata, en señal de triunfo; alzada, como catafalco dispuesto para una apoteósis, sobre escalones de mármoles preciosos, cubiertos de flores y olorosas hierbas; reverberante toda de claridad seráfica, como los iluminados Sagrarios, y alzando, en fin, al firmamento sus inmaculadas nieves, inaccesibles á todo contacto humano, puras como las oraciones de los ángeles, era para nosotros aquella mañana un Altar inconmensurable en que oficiaba la Naturaleza rindiendo culto á su Criador; era la Mesa del *Convite* en que el Tiempo y la Eternidad se unieron para siempre; era el pináculo en que la Tierra se despedía del Hijo de Dios que la había habitado treinta y tres años; era el propiciatorio en que los siglos reverenciaban el aniversario de aquel

supremo instante;—era nuestro *Monumento* de Semana Santa.

*
* *

Pero volvamos al Tiempo; volvamos al mundo; volvamos á nuestro viaje.

Salía, dije, el Sol del Juéves Santo por el Llano del *Laujar* en el mismo momento que nosotros nos poníamos en camino...

Triste, fatídico, de mal agüero era el punto que había escogido el astro-rey para presentarse aquel dia en la *Alpujarra*. La entrada del Llano del *Laujar* que teníamos ante la vista fué siempre el tránsito de los Reyes desgraciados. Por allí cruzó el ZAGAL para ir del trono al confinamiento y despues del confinamiento á la expatriacion: por allí entró BOABDIL en su retiro temporal cuando perdió el Reino Granadino, y por allí salió para dejar definitivamente la tierra de España: por allí, en fin, penetró un dia ABEN-HUMEYA en la *Taha de Andarax,* en lo mejor de su edad y de su fortuna, muy ajeno el mísero de que en la *Taha de Andarax* le aguardaba la muerte... y de que sólo volvería á salir de allí su exhumado cadáver cuando lo desterraran de la propia huesa!...

Y lo cierto es que el Sol tenía ya algo de rey desgraciado... Estábamos en la víspera de su mortal desmayo, de su pavoroso eclipse de tres horas enfrente de la Cruz, durante las cuales diz que exclamó San Dionisio Areopagita: «*Vel auctor naturæ patitur; vel mundi machina disolvitur.*»

En cuanto á nosotros, caminábamos precisa-

mente hácia Levante, hácia el extremo oriental de la *Sierra,* hácia Jerusalen...—de donde venía el Sol, y adonde nosotros, ya que no pudiéramos llegar en todo el dia, por mucho que corriésemos, nos habríamos, cuando ménos, acercado tres ó cuatro leguas al remate de la jornada...—lo cual, si no un viaje completo á los Santos Lugares, siempre sería algo...

Como estais viendo, los Moriscos habían perdido el pleito para nosotros no bien amaneció el Juéves Santo. Inútilmente tratábamos de reducir nuestra imaginacion á que se interesase por su suerte. Como buenos cristianos, no teníamos ya entrañas ni fantasía sino para sentir y representarnos todo lo que á la sazon sentía y se representaba la Iglesia. Habíamos pensado recordar en *Sierra Nevada* la muerte del REYECILLO, investigar sus causas, instruir, en suma, el correspondiente proceso, y no hallábamos manera de principiar... ¡Parecíanos una profanacion!

Pero, en fin, todavía teníamos tiempo por delante, y ya se nos ocurriría al dia siguiente algun medio de salir de aquel apuro.—Continuamos, pues, nuestra marcha á lo largo de la *Sierra,* y pocos minutos despues estábamos en *Válor.*



Válor, el Lugar de señorío de ABEN-HUMEYA; el que le dió nombre durante el período cristiano de su vida; tal vez su tierra natal (ó nació allí ó en Granada: lo cierto no lo sé); el pueblo en que tenía

una casa solariega, de que no quedan ni vestigios, está situado, entre dos barrancos muy frondosos, en una especie de remanso de la *Sierra*.

Para llegar á la poblacion y á sus cuatro barrios (llamados el *Portel,* la *Jarea, Cohijar* y *Cantarránas)* hay que pasar un hondo torrente que corta el camino, y que es la defensa natural de *Válor,* orígen de su importancia en la guerra del siglo XVI como punto estratégico.—Sobre aquella cortadura existe un puente peraltado de forma árabe, de un solo ojo, levemente apuntado á la manera de ojiva, como los del llano de Tetuan.—Si aquella obra no es del tiempo de los Moros (que tampoco lo sé), cuando ménos es una imitacion de otro puente que ellos tendrían allí.

1.952 habitantes encierra hoy el antiguo feudo del que en mal hora dejó de llamarse D. FERNANDO DE VÁLOR; y, segun mis noticias, lo más notable que pasa allí anualmente es una gran funcion de *Moros y Cristianos* que hacen los jóvenes del pueblo el dia 14 de Agosto, y á la cual acuden espectadores de toda la *Alpujarra,* hasta de *Berja* y de *Dalías,* atraídos por la fama de divertidísima que goza aquella fiesta...—La Humanidad es un abismo sin fondo.



Pero basta de historias profanas. Hemos llegado á las puertas del templo. Recemos la SEGUNDA ESTACION.

Segun indicamos ya, hablando de *Yégen,* nuestras Horas, esto es, nuestras devociones de aquel

dia, no podían coincidir, como hubiéramos deseado, con las Horas de la Iglesia, del propio modo que las Horas de la Iglesia no coinciden tampoco con las de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.—Verbigracia: la Iglesia, á fin de poder acudir á las diversas solemnidades del Juéves Santo, conmemora la CENA por la mañana, y el LAVATORIO ó MANDATO á las tres de la tarde, cuando todo ello ocurrió á la noche (1). Y nosotros, para poder andar las Estaciones en los Sagrarios de siete poblaciones distintas (á falta de una sola poblacion que encerrase siete Sagrarios), teníamos que ir anticipando más aún, y hasta confundiendo en cierto modo, el cumplimiento de nuestras obligaciones religiosas.

En *Yégen,* pues, habíamos considerado, como recordareis, el momento augusto de la CENA, y cantado, por consiguiente, el Himno de Santo Tomás á la EUCARISTÍA *(Pange lingua);* hecho lo cual, meditamos tambien en aquel sublime coloquio de sobremesa, último que JESUS tuvo con sus Discípulos ántes de marchar á la muerte...

Todos lo conoceis; pero siempre es grato y saludable al alma hojear los Evangelios, y de obligacion ademas en Semana Santa, aunque se tengan muy leídos.

Terminada la CENA, había lavado JESUS los piés á sus Discípulos, dando al mundo este soberano ejemplo de humildad que Reyes y Pontífices imitan todavía una vez al año.

(1) «Cuando vino la tarde», dice San Mateo.—«Despues de puesto el Sol», interpretan los expositores.

Despues les había anunciado que uno de ellos lo entregaría; y como todos se mirasen asombrados, encaróse con Júdas Iscariótes y le dijo:—«*Lo que haces, hazlo presto.*»

Mas ninguno de los que estaban á la mesa supo por qué se lo decía.

Y Júdas salió.

Solo ya JESUS con sus Discípulos fieles, pronunció estas imperecederas palabras:—«*Un manda-»miento nuevo os doy: Que os ameis los unos á los »otros, así como yo os he amado... En esto conoce-»rán todos que sois mis Discípulos, si tuviéreis ca-»ridad entre vosotros.*»

Adivinando entónces San Pedro que JESUS los dejaba y que aquéllos eran sus solemnes adioses, le dijo:

—«Señor, ¿adónde vas?
Respondió Jesus:
—Adonde yo voy, no me puedes ahora seguir: mas *me seguirás despues*.
Pedro le dice:
—¿Por qué no te puedo seguir ahora? El alma pondré por tí.
Jesus le respondió:
—¿Tu alma pondrás por mí? En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces.»—(*San Juan*, cap. XIV.)

Por último, dirigiéndose á todos, añadió, entre otras no ménos supremas, las siguientes afectuosísimas expresiones:

«No os dejaré huérfanos: vendré á vosotros...
Si me amais, guardad mis mandamientos...
La paz os dejo: mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo...
Estas cosas os he hablado estando con vosotros...
Levantaos, y vamos de aquí.»

Y salió en busca de la muerte.

¡Qué majestad, qué tristeza y qué inefable dulzura en esta despedida!—Es la despedida del Maestro; el Codicilo de su amor y sus predicaciones; la cita dada por el primer Mártir á los que más tarde morirían tambien por su doctrina.

—«*Me seguirás despues* (1)...»

Estas palabras de JESUS á San Pedro resumen en profecía toda la historia de la Iglesia, todo el Martirologio cristiano...



Tristis est anima mea usque ad mortem.

Hasta aquí lo que habíamos leído en *Yégen* ántes de partir...

En *Válor,* consideramos la patética escena denominada la ORACION DEL HUERTO: aquel momento de expectativa del martirio, en que JESUS «*empezó á entristecerse y angustiarse*»;—aquellas palabras dirigidas á Pedro y á los hijos del Zebedeo: «*Triste está mi alma hasta la muerte*»;—aquel trance doloroso en que, puesto de rodillas, exclamó: «*Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya*»;—aquel sudor, «*como gotas de sangre, que corría hasta la tierra*»;—y la llegada de Júdas, «*uno de los doce, con gran tropel de gente, con espadas y palos, de parte de los Príncipes de los Sacerdotes*»;—y el beso del traidor Discípulo;—y la Prision de JESUS;—y, por fin, el

(1) «Cuando, fortificado por virtud del Espíritu Santo, ofrecerás tu vida y la sacrificarás por tu amor.»—(*Nota del Padre Scio.*)

instante en que, «*desamparándole los demas Discípulos, huyeron todos*» (1).

La Pasion había principiado.



De *Válor* á *Nechite,* para donde salímos inmediatamente, hay ménos de una legua, bien que muy dificultosa.—Sería, pues, cosa de las nueve cuando llegamos á esta nuestra Tercera Estacion.

Por el camino fuimos reparando en que ya estábamos á retaguardia de *Ugíjar,* de la antigua ciudad, de la consabida Metrópoli de la *Alpujarra.* Dias ántes la habíamos visto, como quien dice, de frente: despues la flanqueamos á cierta distancia por la izquierda: á la sazon nos encontrábamos á su espalda; y, por último, al dia siguiente, entraríamos en ella por el flanco derecho.—Creeríase que la rondábamos, que la bloqueábamos, que íbamos estrechando su cerco, á la manera de sitiadores ó de amantes.

¡Y cuán imponente aparecía á aquella distancia, relativamente á los demas pueblos comarcanos!—Su verde y matizada Vega dilatábase allá abajo, al pié de los austeros montes que la circundan, como una sonrisa de la Naturaleza, y, en medio de aquella graciosa campiña, divisábanse los nobles edificios y tendidas calles de la Capital del viejo Corregimiento; de la actual Cabeza del propio Partido judicial que recorríamos; de la tierra clásica de los curiales; del pueblo, en fin, más á propósito

(1) Las palabras subrayadas son de San Lúcas y San Márcos.

para representarnos, como nos representaba á lo léjos, la parte *jurídica* de la Pasion, las casas de Anás, de Caifás, de Heródes y de Pilátos, la Sinagoga, el Pretorio, los Jueces, los Escribas, los Fariseos, los soldados de Roma mezclados con las turbas judías, y las turbas judías gritándole al Pretor romano: «¡Perdona á Barrabas y crucifica á Jesus Nazareno!»...

Lo cual demuestra nuevamente que aquel dia no había manera de hacernos ver otra cosa que escenas de Semana Santa.—Por fortuna, y para desagravio de la Villa de *Ugíjar,* veinticuatro horas despues recorreríamos sus calles, precisamente á la hora de la Crucifixion, y nos encontraríamos con un pueblo tan cristiano, morigerado y pacífico como el que más, no ménos dolido por cierto que ningun otro de lo que en aquel instante estaba pasando en el Gólgotha.

Pero volvamos adonde estábamos.



En *Nechite* habían principiado ya los *Oficios.* Tuvimos, sin embargo, ocasion de saludar un momento en la sacristía á nuestro amigo el señor Cura, como lo saludo nuevamente desde aquí. En cuanto á sus 415 feligreses, casi todos se hallaban tambien en la iglesia, y todos jugándose la vida en ello; no porque tuviesen que temer otra feroz carnicería como la que hicieron los *Monfíes* en los cristianos de aquel Lugar el 25 de Diciembre de 1568, sino porque la iglesia estaba, y creo que estará todavía, hundiéndose materialmente...

En el propio estado encontramos despues la de *Mairena;* y lo uno y lo otro por falta de algunos reales en que están *presupuestadas* las obras que habría que hacer para restaurar ambos templos (12.000 las de *Nechite* y 31.000 las de *Mairena).*

¡Ah, señora España! ¡Mucho apresurarse á arrojar de la *Alpujarra* á los Moriscos, como enemigos de nuestra Fe: mucho obligar á aquella tierra, con el hierro y con el fuego, á ser católica: mucho lamentarse hoy nuestros hombres de Estado de los progresos de la impiedad: mucho decir que el descreimiento religioso es la carcoma de la actual civilizacion: mucho consignar en nuestros presupuestos grandes partidas para *reparacion de templos:* mucho sacar á los pueblos exorbitantes contribuciones... y hé aquí dos feligresías que vanamente piden un dia y otro que se les conserve la Casa de Dios,—único refugio que pueden hallar en sus tribulaciones los menesterosos que todavía no pertenezcan á la *Internacional!*

Por lo que respecta á los pobres Párrocos, el Gobierno tiene buen cuidado de no pagarles su dotacion ni la del culto... ¿Qué le importa al Gobierno que los españoles tengan ó no tengan ideas religiosas? ¿Qué le importa que tengan ó no tengan principios morales? ¡Habrá visto el Gobierno tantos pueblos que vivan y prosperen sin lo uno y sin lo otro! ¡Habrá visto tantas sociedades, tantas civilizaciones, basadas en la negacion de la inmortalidad del alma!

—«*¿Qué falta hace Dios, existiendo la Guardia civil?*»...—dirá acaso el Gobierno.

—«*Y hasta sin Guardia civil*»...—añadirá, si es un Gobierno eminentemente liberal.

—«*Con armar al pueblo, cada ciudadano defenderá su dicha como pueda*»...—se ha proclamado ya recientemente.

—«*¡Justo!*—habrán respondido los leones, los tigres y los chacales del desierto.—*Así vivimos nosotros.*»

Sin embargo: á fin de que nada falte á las funciones de Semana Santa que voy describiendo, ocúrreseme en este instante convertir esta página en una bandeja, ponerme á dar en ella golpecitos con la pluma, y exclamar, dirigiéndome á los católicos que sean millonarios:

—¡Para reedificar las iglesias de *Mairena* y de *Nechite!*...



A todo esto, nosotros habíamos rezado la susodicha TERCERA ESTACION en lo que queda de la iglesia de *Nechite,* y considerado allí á JESUS casa de Anás.

Anás había sido Sumo Sacerdote de los Judíos; pero ya no lo era. Sin embargo, tenía una hija casada con Caifás, que acababa de comprarle á Heródes aquel pontificado en una gran suma de dinero (1); y sin duda por esta razon, y por respeto á sus canas y á las dignidades que había ejercido, condujeron á JESUS á su presencia ántes que á la del Sumo Sacerdote en activo servicio;—ó tal vez el mismo Caifás, por deferencia y obsequio á su

(1) Así lo refiere San Jerónimo.

suegro, se lo ordenó así al comandante de aquella gavilla (1).

«Y Pedro le seguía á lo léjos.
Y habiendo encendido fuego en medio del atrio, y sentándose ellos alrededor, estaba tambien Pedro en medio de ellos.
Una criada, cuando le vió sentado á la lumbre, lo miró con atencion, y dijo:—Y éste estaba con él.
Mas él lo negó, diciendo:—Mujer, no le conozco.
Y un poco despues, viéndole otro, dijo:—Y tú de ellos eres.
Y dijo Pedro:—Hombre, no soy.
Y pasada como una hora, afirmaba otro y decía:—En verdad éste con él estaba; porque es tambien galileo.
Y dijo Pedro:—Hombre, no sé lo que dices.
Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo.»—(*San Lúcas*, cap. XXII.)
«Y Pedro se acordó de la palabra que le había dicho Jesus: «*Antes de que cante el gallo me negarás tres veces.*»
Y habiendo salido fuera, lloró amargamente.»—(*San Mateo*, cap. XXVII.)

Entre tanto, Anás interrogaba á Jesus sobre sus discípulos y sobre su doctrina, sin obtener más que esta contestacion:

«Yo manifiestamente he hablado al mundo: yo siempre he enseñado en la Sinagoga y en el Templo, adonde concurren los Judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á aquéllos que han oido lo que yo les hablé: hé aquí éstos saben lo que yo he dicho.»
Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí dió una bofetada á Jesus, diciendo:—¡Así respondes al Pontífice!
Jesus le respondió:—Si he hablado mal, da testimonio del mal: mas si he hablado bien, ¿por qué me hieres?
Y Anás lo envió atado al Pontífice Caifás.»—(*San Juan*, capítulo XVIII.)

*
* *

Entre *Nechite* y *Mecina Alfahar* (nuestra CUARTA ESTACION) média tan poca distancia como mediaría entre la casa de Anás y la de Caifás.

Algunos expositores se inclinan á creer que suegro y yerno vivirían en dos departamentos diferentes de un mismo edificio; y hé aquí que preci-

(1) Estas conjeturas son del Padre Scio.

samente *Mecina Alfahar* viene á ser el piso bajo de *Nechite*.

En efecto: estos dos Lugares están situados el uno encima del otro, como la actual villa napolitana de Resina sobre el antiguo Herculano, sepultado por las lavas del Vesubio; y, á la manera que allí no hay más que sumergirse en una especie de escalera de palacio encantado para ir del pueblo vivo al muerto, así, para trasladarse de *Nechite* á *Mecina*, todo se reduce á bajar, durante seis ú ocho minutos, unos escalones tallados por las aguas en las escarpias de la *Sierra*.

Y *muerto*, ó sea deshabitado, parecía igualmente *Mecina Alfahar*. Sus 382 hijos hallábanse todos reunidos en la iglesia, y en el más profundo silencio. El SACRAMENTO había sido ya encerrado en el «Sagrario abscóndito». No se notaba más señal de vida que el fulgor y el chisporroteo de las velas del *Monumento*. JESUS estaba ya prisionero para la Iglesia como para nosotros.—Nuestras devociones principiaban á coincidir con las Horas canónicas.



Caifás, muy poseído de su papel de Sumo Sacerdote, que tanto dinero le había costado, viendo que JESUS no respondía á los testigos falsos que declaraban contra él, preguntóle airadamente:

«¿Eres tú el Christo, el Hijo de Dios bendito?

Y Jesus le dijo:—Yo soy: y vereis al Hijo del hombre, sentado á la diestra del poder de Dios, venir con las nubes del cielo.

Entónces el Sumo Sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo:—¿Habeis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?

Y le condenaron todos ellos á que era reo de muerte.

Y algunos comenzaron á escupirle, y cubriéndole la cara le daban golpes y le decían:—Adivina.

. . . .

Y luégo por la mañana, teniendo Consejo los Príncipes de los Sacerdotes con los Ancianos y los Escribas y todo el Concilio, haciendo atar á Jesus, le llevaron y entregaron á Pilato.» - *(San Márcos*, cap. XV.)

Esto leímos y consideramos en la iglesia de *Mecina Alfahar*.

Y era que, formando ėntónces parte Jerusalen del Imperio Romano (Pompeyo la conquistó sesenta y cuatro años ántes de Jesucristo), los Sumos Sacerdotes Judíos habían dejado de ser Jueces de Apelacion en lo criminal, y de tener derecho de vida ó muerte.

Este derecho correspondía ya al Pretor, ó sea al Procurador ó Gobernador que Tiberio tenía en aquella Provincia, el cual era hacía seis años un tal Poncio Pilato, ó Pilátos, probablemente natural de la misma ciudad de Roma, y de fijo tan disipado, escéptico y sibarita como todos los que hacían fortuna á las márgenes del Tíber bajo los auspicios del más corrompido de los Césares.

—Vamos, pues, en casa de Pilátos,—exclamamos nosotros, saliendo con direccion á *Mairena*.



Para llegar á *Mairena,* distante de allí una legua escasa, tuvimos que subir muchísimo; pues este pueblo es quizas el más alto de la parte oriental de *Sierra Nevada*. Sin embargo, hacía tanto calor en aquellas lomas batidas de frente por el sol de Mediodía, que fuénos preciso descansar una hora en el *Barranco de las Parras,* á la sombra de unos

arbolillos sin dueño, hijos naturales de un despeñado y sonoroso torrente...

. . . .

En *Mairena,* lugar de 987 habitantes, y nuestra QUINTA ESTACION, nos aguardaban algunos amigos procedentes de *Laróles,* que se habían adelantado hasta allí, con galante solicitud, á fin de acompañarnos luégo á su pueblo,—donde debíamos pernoctar.—Por señas que, entre estos amigos, había uno de quien tengo que hacer especial mencion, á pesar de la solemnidad de aquel dia, ó más bien á causa de su misma solemnidad...; pues trajo á mi imaginacion *otra fisonomía* de la Semana Santa; su fisonomía *urbana,* por decirlo así...

Era el tal un antiguo camarada mio de lecturas, polémicas y paseos melancólicos, que había residido en *Guadix* largos años, y que luégo se había vuelto á la *Alpujarra,* donde nació, á esperar la vejez en medio de los suyos; el cual, al presentárseme en aquel extremo de la *Sierra,* parecía encargado de advertirme cuán cerca encontrábame ya de mi horizonte nativo..., de aquella amada tierra en que me juré un dia hacer el viaje que ya estaba terminando..., de aquella vieja *Acci* (1) en que habíamos pasado juntos tantísimos Juéves y Viérnes Santos, cuando él era jóven y yo adolescente...

Y, en efecto; no bien lo hube abrazado en aquellas asperezas en que tan selvática figura ofreceríamos á la vista con nuestros equipos montaraces, acudieron á mi memoria los tiempos en que conme-

(1) Primitivo nombre de *Guadix.*

morábamos anualmente, con una regularidad casi litúrgica, la Pasion y Muerte del Redentor; ambos vestidos de ceremonia, como todo el *señorío* de la ciudad; de frac y en cuerpo gentil desde por la mañana hasta la noche; sin quitarnos los guantes blancos, el Juéves, ni los negros, el Viérnes, sino para hacer aquella única comida diaria en que eran de rigor las natillas, el huevo-mol, el arroz con leche y otras dulces compensaciones del ayuno y de la vigilia; recorriendo á todas horas las once iglesias abiertas allí al Culto, ó sea andando las Estaciones incesantemente..., la primera vez por amor á Dios, y las restantes por amor á las jóvenes... de aquel tiempo; formando parte de todas las Procesiones, como Hermanos que éramos de las principales Cofradías, y muy satisfechos y orgullosos si, por ventura, éramos elegidos en ellas Mayordomos para el año siguiente...—¡Oh! ¡Aquello sí que era estar en Semana Santa! ¡Aquello sí que era vivir! ¡Aquello sí que era ser hombres!

***

No carecía, con todo, *Mairena* de títulos locales á la veneracion de los romeros cristianos que acabábamos de llegar á sus puertas. Por el contrario: ningun pueblo de la *Alpujarra* recuerda un martirio tan imponente y grandioso, tan en consonancia con el de nuestro Divino Redentor, y cuya conmemoracion fuese tan oportuna como el que padeció en 1568 el Cura de aquel lugar bajo el poder de los *Monfíes*.

Hé aquí los sentidos términos en que lo refiere un cronista de aquel tiempo (1):

«Hubo en Mairena una sola muerte, del bachi-»ller Xauriqui (2), Cura, pero digna de un gran »soldado de Christo.

»De la manera que los sedientos, si tienen poca »agua, la beuen muy despacio por engañar la sed, »que no pueden matar, éstos, deseosos de sangre de »Christianos, en la de uno que tenían se entretu-»vieron, por recrear más su crueldad, que no po-»dían satisfacer.

»Primero le atormentaron con hambre quince »dias, dándole de comer pocas onzas de pan de al-»candía. Al tiempo de su muerte le entregaron á la »ira y escarnio de muchachos y mujeres. Despues, »abiertos los brazos, en modo de cruz, y atado á »vna higuera, le abrieron el costado derecho con »una lanza. De allí con dos saetas le clavaron el »vientre y pecho. Luego le cortaron las piernas. »Tendido en el suelo tras esto, le sembraron de »pólvora el cuerpo, y hinchieron la boca, y con la »mecha del arcabuz pegaron fuego. La poca ánima »que le quedaba con dos balas se la arrancaron. No »solo como leones rabiosos se encrudelecieron so-»bre el bivo; despedazaron, como sacios buitres, el »cuerpo muerto y echáronlo á los perros.»

«Me seguirás despues», había dicho JESUCRISTO á San Pedro; y San Pedro, al cabo de treinta y

(1) *Vida y hechos de Pio V, Pontifice romano, dividida en seis libros, con algunos notables sucesos de la Christiandad de su Pontificado,* por D. Antonio de Fuenmayor. En Madrid, por Luis Sanchez. Año de 1595.

(2) Debe de ser *Jáuregui.* Mármol escribe *Geuregui.*

dos años, padeció efectivamente la muerte en cruz.

«*Me seguirás despues*», había dicho al propio tiempo á todo el que lo quisiera oir; y, diez y seis siglos más tarde, un humilde Sacerdote de la Alpujarra *seguía* tambien á JESUS; veíase crucificado en su santo nombre, y recibía en el costado derecho la lanzada de otro Longínos...

¡Lisonjero martirio en verdad! ¿Qué mejor empleo de esta triste vida que perderla de semejante modo?—Creer en CRISTO, Hijo de Dios vivo, y morir por ÉL y como EL... ¿qué mayor ventura? ¿qué mayor gloria?

*
* *

A todo esto, nosotros habíamos llegado al Pretorio de Jerusalen, ó sea á la casa del Gobernador de la Provincia Romana de Judea: quiero decir; habíamos entrado en la iglesia de *Mairena,* donde nos tocaba considerar lo acontecido la primera vez que JESUS fué presentado á Pilátos.

Los Sacerdotes, Escribas y Prefectos del Templo judío se habían quedado á la puerta del Pretorio, por no contaminarse entrando en tiempo de Pascua casa de un gentil, casa de un hombre impuro, casa de un enemigo de Dios, que tal era para ellos el Gobernador romano, el verdadero dueño de Jerusalen, el representante de aquel poderoso Imperio que había dado á Heródes Antipáter el Reino de los Macabeos sesenta y cuatro ántes; que se lo había conservado á su hijo Heródes el Grande hasta su muerte, y que luégo había dividido la Judea en cuatro pequeños Reinos (Tetrarquías), repartién-

dolos entre las personas que fueron más de su agrado.—No se había enojado, pues, Poncio ante aquel escrúpulo de los que en realidad eran siervos de Roma; y, pues que ellos no querían entrar en el Pretorio, él salió á la puerta, y les preguntó:

—«¿Qué acusacion traeis contra este hombre?

Respondieron y le dijeron:

—Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado.

Pilato les dijo entónces:

—Tomadle allá vosotros, y juzgadle segun vuestra ley.

Y los Judíos le dijeron:

—No nos es lícito á nosotros matar á alguno.

. . . .

Volvió, pues, á entrar Pilato en el Pretorio y llamó á Jesus, y le dijo:

—¿Eres tú Rey de los Judíos?

Respondió Jesus:

—¿Dices tú esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí?

Respondió Pilato:

—¿Soy yo acaso Judío?—Tu nacion y los Pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho?

Respondió Jesus:

—Mi Reino no es de este Mundo. Si de este Mundo fuera mi Reino, mis Ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado á los Judíos: mas ahora mi Reino no es de aquí.

Entónces Pilato le dijo:

—¿Luego Rey eres tú?

Respondió Jesus:

—Tú dices que yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al Mundo, para dar testimonio á la verdad: todo aquél que es de la verdad escucha mi voz.

Pilato le dice:

—¿Qué cosa es verdad (1)?

Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez á los Judíos y les dijo:

—Yo no hallo en él ninguna causa (2).

Mas ellos insistían diciendo:

—Tiene alborotado el pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando desde la Galilea hasta aquí.

Pilato, que oyó decir Galilea, preguntó si era galileo.

Y cuando entendió que era de la jurisdiccion de Heródes, lo remitió á Heródes, el cual á la sazon se hallaba tambien en Jerusalen.»



¡Con tan desdeñosa compasion y tal aire de su-

(1) «Quizá profesaba Pilato la secta de los Pirrónicos», dice el Padre Erra.

(2) Hasta aquí San Juan, cap. XIX: lo que sigue es de San Lúcas, capítulo XXII.

perioridad é indiferencia trató el escéptico romano á JESUCRISTO y á sus acusadores! ¡Tan pueril debió de parecerle aquella pugna de dos religiones; á él, que de seguro no creía en ninguna, y que cuando preguntaba «:*¿Qué cosa es Verdad?*», volvía la espalda sin aguardar la respuesta; sin considerarla posible!

¡Ah! ¡Cuán léjos estaba de imaginar el delegado de Tiberio que aquella altiva y prepotente civilizacion que él representaba; aquel Imperio Romano que daba leyes al mundo; aquella teogonía helénica que aún existía para las letras y para las artes, desaparecería de la faz de la tierra al cabo de tres ó cuatro siglos, precisamente por falta de espíritu religioso, por falta de fe, por falta de Dios; y que, entre tanto, la doctrina predicada por aquel humilde galileo, que él acababa de enviar á Heródes como una galantería política, imperaría en Roma, se extendería por todo el globo terráqueo, y serviría de cimiento á otra civilizacion, prodigiosa hasta en sus errores!

¡Y cuán léjos estaban tambien de imaginar aquellos sacerdotes hebreos, aquellos escribas, aquel Tetrarca de Galilea, aquellas turbas de Jerusalen, que el reo cuya muerte pedían á gritos era el porvenir del mundo, y que ellos, su descendencia, el pueblo judío, toda su raza, empezarían á pagar treinta años despues su crímen de haberlo desconocido y crucificado, quedándose, como se quedarían, sin templo, sin ciudad, sin patria, sin ley, para peregrinar eternamente por extrañas naciones, huéspedes molestos y despreciados en todas partes, ver-

daderos párias de la Humanidad, leprosos de la Historia, abominacion del Cielo y de la Tierra!

*
* *

Cuando empezó á refrescar la tarde, nos trasladamos de *Mairena* á la aldea de *Júbar,* compuesta de 46 casas, y en cuya humilde iglesia nos correspondía rezar la SEXTA ESTACION.

En cuanto al camino que anduvimos para llegar allí, no nos ofreció nada de particular, ó, por mejor decir, nada nuevo.—¡Siempre el mismo espectáculo maravilloso! ¡Siempre la *Sierra,* levantánse sobre nosotros á la izquierda hasta invadir los cielos, y despeñándose á la derecha hasta encontrar el profundo lecho de los rios: siempre nosotros avanzando hácia el Oriente, á media ladera de la empinada montaña: siempre la *Alpujarra* á nuestros piés; el mar á lo léjos, y, allende el mar, la costa de Berbería: siempre una grandiosa soledad, un inmenso horizonte, y un Sol que parecía no lucir más que para nosotros... ó sea para que nosotros contempláramos aquel dilatado panorama sin accidentes humanos, aquel mapa sin fecha, aquel teatro del mundo, cuyos actores iba á buscar nuestra fantasía á traves de diez y nueve siglos!

Llegados á *Júbar,* y una vez en su iglesia, el más gigantesco drama se desarrolló ante nuestra imaginacion, ya que no ante nuestros ojos. Parecíanos estar viendo aquellas series de vastas pinturas murales ó de enormes tapices que cubren las amplias paredes de los claustros de algunas catedrales, representando escenas de la Pasion...

Heródes (1), alegrándose de ver á Jesus Nazareno, de quien tanto había oído hablar, y pidiéndole que hiciese delante de él algun prodigio;—Jesus, callando tenazmente hasta desconcertarlo;—el Tetrarca, despreciándolo al fin, y devolviéndoselo á Pilato, vestido de blanco, en señal de irrision;—la Mujer de Pilátos pidiendo entre tanto á su marido que de ningun modo castigase á Jesus, y asegurándole que *toda aquella noche había sido atormentado su corazon gravemente en sueños por causa de aquel justo;*—Pilátos, empeñado en salvarlo á toda costa y diciendo á los Judíos que opten entre el perdon del facineroso Barrabas y el de Jesus;—Barrabas preferido y puesto en libertad por los Sacerdotes y el pueblo hebreo;—Jesus azotado, vestido de escarlata, coronado de espinas y provisto de un cetro de caña, asomado por Pilátos al balcon del Pretorio, para ver si sus enemigos se contentan con aquel dolor y aquel escarnio del Nazareno, toman la cuestion á burla y lo dejan vivir;—los Judíos, contestando al «*¡Ecce Homo!*» del compasivo romano, con aquel tremendo aullido: «*¡Crucifícale!*» que había de resonar en todas las edades;—Pilátos, en fin, vencido al cabo por el miedo al suspicaz y terrible Emperador Tiberio, con cuya ira le amenazan los Sacerdotes, lavándose las manos en presencia del pueblo ántes de firmar

(1) Heródes Antípas, Tetrarca de Galilea, nombrado por Tiberio.—Era hijo de Heródes el Grande, el que decretó la Degollacion de los Inocentes.—Estaba enemistado con Pilátos, y éste, para reconciliarse con él, tuvo la galantería de enviarle á Jesus y de cometerle el conocimiento de su causa.—Pilátos y Heródes se reconciliaron, en efecto, aquel dia.

la sentencia...:—tales fueron los cuadros que se representó nuestra mente en la iglesia de *Júbar,* al oir al clérigo que predicaba el Sermon de Pasion repetir estas palabras del Evangelio de San Mateo:

«Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecía el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo:
—Inocente soy yo de la sangre de este Justo. Allá os lo veais vosotros.
Y respondiendo todo el pueblo, dijo:
—SOBRE NOSOTROS Y SOBRE NUESTROS HIJOS SEA SU SANGRE.»

«Despues de esto (díjonos el Padre Erra, cuya admirable Historia llevábamos tambien á mano) vistieron á JESUS con sus ropas, y, puesta la Cruz sobre sus hombros, fué llevado al monte Calvario, para quitarle la vida en el suplicio.»



Serían las cinco de la tarde cuando salímos de *Júbar* con direccion á *Laróles,* postrimer pueblo de la Provincia de Granada por aquella parte, término de nuestra jornada, y ÚLTIMA ESTACION que teníamos que andar;—pero Estacion solemnísima, compuesta de otras Siete, denominadas el *Via Crucis.*

Dicho se está que en aquellos altos senderos de la *Sierra,* lo mismo que en los templos que íbamos visitando, los recuerdos sagrados del dia y todo lo que con ellos se relacionaba eran nuestra única preocupacion y el principal asunto de nuestras conversaciones. Así, pues; á la salida de *Júbar* hablamos mucho (paréceme estar oyendo aquella plática) acerca de la suerte que cupo sobre la tierra á algunos de los personajes que más figuraron en la par-

te casual y externa de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo; y que nos causó disgusto, extrañeza, mística indignacion, verdadero escándalo... el ver cuán humana y sublunar y pedestremente siguieron rodando por este mundo los Jueces del Redentor, sin imaginarse siquiera el tremendo papel que debían representar sus nombres en la perpetuidad de los tiempos, á causa de haber terciado en la Crucifixion de aquel galileo, irrisoriamente llamado «*Rey de los Judíos*».

Sobre todo, lo que las historias cristiana y gentílica aseguran de que Heródes acabó sus dias en España, pugnaba con todos nuestros sentimientos religiosos, patrióticos y poéticos.—Que Poncio Pilátos volviese á Roma al año siguiente de la muerte de Jesus, y luégo morase en Francia desterrado por otros motivos, y falleciese en Vienne, ciudad del que luégo fué Delfinado, como cualquier otro simple mortal, ya tenía algo de cruel, de sacrílego, de abominable...; pero pasara... ¡Allá se las compusieran los franceses!...—Pero que un Heródes (¡el mismo que mandó degollar á San Juan Bautista y entregar á Cristo al ludibrio de la chusma!) viviese y muriese en paz en nuestra noble y piadosa tierra... era una ferocidad sin ejemplo de la Madre Historia,—á quien no podíamos perdonarle aquel insulto hecho á la Madre Patria...



Acercábase el Sol al ocaso, y principiaba á hacer frio en las desamparadas alturas que íbamos recorriendo.

Como acontece á todos los caminantes cuando ven que termina su carrera el astro del dia, nosotros recogímos en aquel momento nuestra imaginacion, apartándola de erráticos devaneos, de antisociales correrías por el tiempo y el espacio y de aventureras excursiones por las soledades del campo, del mar y del firmamento, para fijarla en el mundo social, en el tiempo presente, en el objeto de nuestro viaje, en la expectativa del lugar en que íbamos á hacer noche.—Hasta el águila busca tímidamente su nido al oscurecer.

Laróles fué, por tanto, desde aquel punto y hora, la única perspectiva que acariciaron nuestros deseos;—*Laróles*, sus casas, sus chimeneas encendidas, sus costumbres españolas, su Semana Santa eclesiástica, su templo, su gente; su vida actual, en fin, en que poder sumar y confundir la nuestra...

Otro fenómeno psicológico contribuía á que ya diésemos por terminada la batalla de aquel dia tan grande, tan deseado, tan fecundo en emociones, y á que nos despidiéramos del Juéves Santo cuando su Sol no había traspuesto todavía el horizonte...

En nuestro corazon, como en la Iglesia, había dejado de ser *Juéves:* era *Viérnes*...—Sentíamos ya, pues, la fúnebre tristeza del aniversario de la Muerte de Jesucristo, en virtud de aquel profético procedimiento, llamado las *Vísperas,* que enlaza melancólica y tiernamente los júbilos y los dolores de la Cristiandad, haciendo que cada Sol, al ponerse, dedique algo de sus reflejos á un «*mañana*» que pasó y desapareció hace ya muchos siglos...—Nuestra alma vivía en el dia siguiente; en la Calle

de la Amargura, en el Gólgotha, en las Tres de la tarde...

Entregados íbamos á estas fantasmagorías, cuando de pronto, y como obedeciendo á un conjuro, apareció ante nosotros, á un cuarto de legua de distancia, en un terreno más bajo que el que á la sazon recorríamos, un espectáculo asombroso, increíble, que nos pareció sobrenatural, y cuyo recuerdo durará tanto como nuestra vida...—¡Ningun poeta, ningun artista, ningun creyente, ningun místico, fué jamas tan afortunado como nosotros en aquel instante!...

Hé aquí lo que vimos, casi con las lágrimas en los ojos.

***

Empezaré por deciros que era pura y simplemente el Lugar de *Laróles;* esto es, una poblacion mucho más extensa que las últimas que habíamos visitado, y situada de tal modo, que desde aquella altura descubríamos hasta el suelo de sus prolongadas calles,—en las que no se veía alma viviente.

En cambio, fuera del pueblo, por el lado que mira á la *Sierra,* divisábase una apretada columna de gente, que apoyándose todavía en las últimas casas del Lugar, se dirigía hácia una eminencia no muy distante, donde tambien hormigueaba una gran muchedumbre, como aguardando la llegada de aquel misterioso cortejo...

Éste avanzaba sin cesar, aunque muy lentamente, y los últimos rayos del Sol nos dejaron percibir, de trecho en trecho, en medio de aquel cor-

don de seres humanos, algunas banderas, algunos puntos brillantes (que parecían armas) y algunas extrañas figuras levantadas en alto, alrededor de las cuales se apiñaba más y más la multitud, como si fuesen los trágicos protagonistas de lo que quiera que allí pasaba.

¡Misericordia de Dios! Aquello era una representacion material de lo mismo que estábamos pensando: aquello era la vision profética del dia siguiente: aquélla era Jerusalen: aquél era el camino del Gólgotha...—¡Nuestra última Estacion había adquirido los caracteres de la realidad!—Las escenas de la *Calle de la Amargura,* el *Via Crucis,* la cuesta del Calvario, y, en esta cuesta, el Divino Mártir y los dos malhechores que debían ser crucificados con Él, rodeados del pueblo judío y de los soldados de Roma, habían aparecido milagrosamente ante nuestros ojos, tal como los iluminó el Sol del Viérnes Santo hace más de diez y ocho siglos...

Habreis adivinado, como nosotros adivinamos muy luégo, que lo que teníamos ante la vista era una *Procesion de Pasos de Semana Santa* que se dirigía desde *Laróles* á una ermita situada en las afueras del pueblo; procesion en que irían Sacerdotes, Cofradías con banderas, faroles levantados en alto é Imágenes de la Magdalena, de San Juan, de la Vírgen María y de Jesus con la Cruz á cuestas...

Pero haceos cargo de la situacion de ánimo, del paraje y del momento en que nosotros columbramos aquel espectáculo, y adivinareis tambien el efecto que nos causó. ¡Nunca un simulacro pudo llegar á tal grado de verosimilitud! Aquello no parecía una

representacion, sino la misma cosa representada, la tragedia viva y fehaciente...

S. P. Q. R. *(Senatus Populus-Que Romanus)* decían á nuestros ojos aquellas banderas, y en pos de ellas creíamos ver marchar: primero á Géstas, el Mal Ladron; luégo á Dímas, el que se arrepintió en la Cruz y reconoció á Jesucristo; luégo á Jesus, cayendo y levantando, ayudado por Simon Cirineo; aquí á la Verónica, saliéndole al paso y enjugándole el sudor y la sangre del rostro con el legendario lienzo; allí á las otras mujeres que le seguían llorando, y á las cuales dijo el Salvador:—«*Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos*»...; y, en torno de los sentenciados, á los verdugos, y, al frente de la Comitiva, al Centurion, y, cerrando la marcha, á los lanceros romanos, con Longínos entre ellos, y, detras de toda aquella turba, á la angustiada Madre, traspasado el pecho por la espada del dolor, pero magnánima y valerosa, como sabiendo que los pecadores necesitábamos de sus lágrimas al par que de la sangre de su Hijo...—El *Pasmo de Sicilia* de Rafael, los cuadros del divino Moráles y de Sebastian del Piombo, todo el Arte cristiano estaba allí ante nuestra vista, animado, palpitante, auténtico, llenándonos de santo pavor, de inmensa piedad, de punzantes remordimientos, de un amor infinito al que dió su vida por la felicidad del género humano.

Y se puso el Sol; y las luces de los faroles y de los cirios comenzaron á brillar entre las primeras sombras del crepúsculo; y el gentío se movía en sentido contrario que ántes...

Dijérase que *todo estaba consumado,* y que los deicidas regresaban en busca de sus hogares para esconderse en ellos con el horror y la duda dentro del alma.—Pero no era más sino que la Procesion volvía á *Laróles,* despues de haberse detenido un momento en la colina de la ermita...—miéntras nosotros bajábamos por el otro lado hácia el mismo pueblo...

Ya era noche cerrada cuando penetramos en el Lugar.—La Procesion llevaba algunos minutos de estar de vuelta en el templo. Las mujeres, vestidas de oscuro, circulaban por las calles con sendos rosarios en la mano y una religiosa tristeza en el rostro. Los hombres, envueltos en sus capas, capotes ó anguarinas, se arremolinaban en grandes grupos, como preguntándose:—«¿Qué hemos hecho? ¿Si és»tos que llegan á caballo serán los soldados de Tito »que vienen á destruir la ciudad y el templo hasta »no dejar piedra sobre piedra?»

Nosotros penetramos en la iglesia, rezamos nuestra ULTIMA ESTACION, y nos dirigímos á la casa en que se nos aguardaba.



¿Qué más os diré sobre aquel inolvidable Juéves Santo?

Todavía acuden á mi memoria numerosas reminiscencias de emociones vivísimas, todas ellas en consonancia con la santidad del dia...—Pero tengo que concluir.

Me limitaré, pues, á daros una idea de lo que callo.

Recordareis que la víspera pernoctamos en un hogar reciente é hicimos colacion en compañía de un matrimonio nuevo.—Aquella noche, por la inversa, paramos en una casa de añeja historia, y cenamos con unos esposos ancianos, cuyos hijos y nietos moraban allá, en lo hondo de la *Alpujarra,* en la orilla del mar, léjos de su vista, bien que felices, cuanto se puede ser en este mundo;—lo cual bastaba asimismo á la felicidad de los abuelos.

Vivían éstos, por consiguiente, solos en el hogar en que habían pasado tantos años; hogar que ya empezaba á apagarse, hogar que se apagó bien pronto...—(Cuando esto escribo, ha muerto el viejo y noble caballero que nos albergó aquella noche...)

Y allí, en aquella extremidad de la *Sierra,* al pié del Puerto de la *Ragua,* temeroso camino de *Guadix,* paso estratégico de los Moros, region en que se han helado tantos viajeros, aquel anciano y nosotros conmemoramos á algunos vivos y á algunos difuntos que habían constituido siempre á nuestros ojos una especie de parentesco entre la Ciudad y el Lugar que separan las eternas nieves...—Había entre nosotros quien tenía enterrado en *Guadix* al que le dió el sér, y en *Laróles* al que le dió la vista...—¡Había, sí, mucho que amar, mucho que recordar, mucho que agradecer en aquella melancólica velada!—¡Y hoy, como veis, se ha aumentado el número de los muertos!...—*Requiescant in pace.*

. . . .

***

Ya muy tarde, nos asomamos á un balcon, á

fin de contemplar la *Alpujarra* á luz de la Luna.

¡Era la última vez (acaso en toda nuestra vida) que podríamos disfrutar de aquel grandiosísimo espectáculo!...

A la mañana siguiente bajaríamos de *Sierra Nevada,* con direccion á la Costa y de vuelta ya para el mundo...

Pero ¿qué hoguera, qué incendio, qué volcan de luz era aquél que divisamos como á tres leguas de distancia, en medio de los montes alpujarreños? ¿Era un pueblo que ardía? ¿Era una isla de fuego en medio de un mar de tinieblas? ¿Era un túmulo inmenso, el túmulo de Cristo, adornado de millares de blandones? ¿Era otra vision profética del Viérnes Santo?

Pronto supimos á qué atenernos. Aquel ascua de oro era el Lugar de *Jorairátar,* iluminado profusamente por sus devotos moradores, á fin de que los pueblos y cortijos comarcanos supiesen que aquella noche se predicaba allí el *Sermon de la Soledad.*

Para que formeis una idea del número de luces que constituirían semejante iluminacion, os diré que en todas las ventanas, balcones y azoteas de cada una de las casas del Lugar ardía á aquella hora (segun nos explicaron) una apretada hilera de caracoles llenos de aceite y provistos de una torcida,—lo cual significa que pasarían de diez mil aquellas luminarias.

Figuraos lo que sentiríamos en tal momento. Figuraos aquel laberinto de oscuros montes que había á nuestros piés; figuraos la indecisa claridad de

la Luna, mezclada con las sombras de la tierra, refulgiendo en la despejada atmósfera y reverberando en el lejano mar; figuraos á esta misma Luna, sola en el espacio como un alma en pena; figuraos la religiosa tristeza de aquella noche, despues de los seculares recuerdos que habían llenado todo el dia, y figuraos, por último, aquellos miles de luces, que parecían estrellas bajadas del cielo para hacer compaña á María en las negras horas de su *Soledad,* para bordar su manto de luto, para reflejarse en sus celestiales lágrimas...

Entre tanto, las nieves de la *Sierra,* aquel *Monumento* que, segun nosotros, servía de Solio, de Cárcel y de Sepulcro á Jesus Sacramentado, continuaban brillando y brillarían toda la noche, como las luces de los *Sagrarios* en los grandes templos de la Cristiandad...

¡Toda la noche, sí!...—y, durante ella, los padres sin ventura no dejarían un solo momento de mirar de hito en hito, con los ojos del alma, aquel esplendoroso Altar de la Eucaristía, velándolo de rodillas hasta el amanecer, y buscando, entre los Angeles que lloraban el Sacrificio del Señor, la faz idolatrada de los tiernos hijos que les arrebató la muerte...

Y aquí ya no hay palabras para seguir hablando de la noche del Juéves Santo.

. . . .

. . . .

VI

El VIÉRNES SANTO.—Cuadro sinóptico de la *Alpujarra* y de la presente obra.

Al coger hoy la pluma para reseñaros este supremo dia de nuestra excursion por la *Alpujarra,*—durante el cual vimos, con los ojos de la imaginacion, desenlazarse y concluirse las grandes historias que habíamos recordado en sus valles y montes,—se me representa, y paréceme contemplar en lontananza, el siguiente vastísimo *Cuadro,* alegórica suma de todo aquel Viaje, de todo lo que en él pensamos, soñamos y sentímos, de todo lo que ha sido y es la tierra Alpujarreña, de todo lo que constituye el fondo de la presente obra.

Una inmensa Cruz campea en los aires, en lo más alto de *Sierra Nevada,* mostrando sus brazos abiertos al Continente africano, como en ademan de conjuro fulminado contra el islamismo.—En aquella Cruz espira el SALVADOR DEL MUNDO.—Son las tres de la tarde del Viérnes Santo.

A cada lado del Arbol de la Redencion hay otra cruz más pequeña, en las cuales están clavados dos criminales, dos malhechores, dos facinerosos; pero que no son Dímas y Géstas. Son dos Reyes moriscos; son dos renegados; son dos descendientes de MAHOMA, que recibieron el agua del bautismo y luégo se bañaron en sangre cristiana.—El de la de-

recha, el que ocupa el lugar del Buen Ladron, es aquél que dijo haberlo hecho todo por vengar á su padre y se declaró cristiano á la hora de la muerte: es ABEN-HUMEYA.—El de la izquierda es el perpetuo traidor, la personificacion del odio, el réprobo impenitente: DIEGO LÓPEZ ABEN-ABOO.

Detras de la Cruz de JESUCRISTO se ven de un modo vago, cual si fuesen reflejos de ella ó espejismos crepusculares, otras cruces indecisas que se desvanecen y pierden en el espacio, en número infinito, y de las cuales penden, ora desnudos, ora vestidos con ropa talar, unos desconocidos, aunque históricos personajes...—Son los Sacerdotes Alpujarreños martirizados por los *Monfíes*.

La aureola de luz seráfica que rodea la faz de CRISTO se refleja en el lívido rostro de aquellos mártires que *lo siguieron despues*.—La Iglesia los ha reconocido como Héroes de la Fe cristiana.—Los semblantes de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO permanecen en la sombra del pecado; pero en los ojos del primero, alzados hácia JESUS moribundo, empiezan á lucir el arrepentimiento y la esperanza...

A los piés de todas aquellas cruces, y formando varios grupos en las agrias laderas de la *Sierra,* se ven millares de cadáveres; aquí de caballeros castellanos; allí de turcos y moros; ora de moriscas pasadas á cuchillo con sus pequeñuelos en los brazos; ora de cristianas asesinadas al pié de los Altares...—Arden más abajo iglesias y mezquitas.—Vénse pueblos derruídos, despoblados, arrasados completamente.—Luégo se divisa el Mediterráneo, cubierto de bajeles atestados de moriscos y judíos...

Los barcos zozobran al peso de los desterrados, hasta que al fin se hunden... y el mar queda cubierto de náufragos que desaparecen poco á poco... ¡Ancianos, niños, mujeres... todos son pasto de las olas!

D. JUAN DE AUSTRIA, los MARQUESES DE MONDÉJAR y DE LOS VÉLEZ y el DUQUE DE SESA, en devota actitud, están sobre una colina, vuelta la espalda á los expulsados hebreos y musulmanes, y adorando al CRUCIFICADO.

—«*Padre mio, perdónalos, que no saben lo que se hacen*»,—exclama JESUS luchando con la agonía.

—*¡Nosotros no perdonamos!*—responden á lo léjos FELIPE III y los Inquisidores.

En otro lado, casi un siglo más atras, ISABEL LA CATÓLICA, el Arzobispo HERNANDO DE TALAVERA, el CONDE DE TENDILLA y otros Capitanes de la Conquista de Granada intervienen tambien por los Moriscos, aconsejan la tolerancia y la persuasion, esperan redimirlos por el amor...

Pero allí acontece lo mismo: CISNÉROS y los dos DEZAS les responden implacablemente:

—«*¡Nulla est Redemptio!*»

Y espira JESUS; y queda despoblada la *Alpujarra;* y la soledad y la miseria tienen su guarida en el inmenso ámbito recortado á nuestro alrededor por la corva cuchilla del horizonte.

Y el *Cuadro* principia á desvanecerse, á disolverse, á transformarse...

Y son los dias de este siglo...—Penachos de humo flotan sobre los barcos que cruzan por delante de la *Alpujarra*.—El ferro-carril silba á lo léjos.—La raza vencedora puebla ya las *Tahas* morunas y

reedifica los pueblos que habitaron los Arabes...—Lo único que no se reedifica son las antiguas iglesias cristianas.—La exportacion de frutos y la industria minera van enriqueciendo el país...—Pero turbas más feroces, más impías, más antiespañolas, más anticristianas que los agarenos, pululan en los desiertos de la incredulidad, sedientas de pillaje y de exterminio, de oro y de sangre, de groseros goces y de salvaje independencia.—La *Internacional* va apoderándose de España...

Y hé aquí que una voz exclama entónces:—*¡Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos* en que había Moros y Cristianos; en que cada cual luchaba y moría por su fe; en que el idealismo dirigía las acciones humanas; en que esta corta vida era como un torneo en que se disputaban los hombres el derecho á la inmortalidad; en que el alma era señora del cuerpo, y no su esclava y su cautiva; en que todos se consideraban iguales, no porque todos se creyesen dioses, sino porque todos sabían que no eran nada ni nadie ante Dios; y en que el Error consistía, no en desconocer, como se desconoce ahora, que tenemos espíritu, y que nos espera otra vida y que Dios nos aguarda en ella, sino en la eleccion de los medios para lograr tan altos fines!... *¡Dichosa edad,* sí, *y siglos dichosos aquéllos* en que había Mahometanos y Judíos en España, en lugar de ateos ó de pirrónicos, y en que se sublevaban los pueblos por su fe propia, y no, como hoy, por la hacienda ajena!

Esto dice aquella voz...—y, miéntras sus ecos se pierden en el vacío, el Cuadro se desvanece de nuevo...

Y ya no queda ante mis ojos, de tanto como vi y medité en la *Alpujarra,* sino las descoloridas páginas de un libro—que tambien se llevará el aire...

VII

Bajada á *Ugíjar*.—Pasamos por *Picena* y *Cherín*.—*Ugíjar* en Viérnes Santo y en los demas dias del año.—El *Cortijo de Unqueira*.—Las Tres de la tarde.—Muere Jesus entre dos ladrones.

Acabais de ver el Cuadro que nos ofreció la *Alpujarra* al *anochecer* del Viérnes Santo de 1872...

Pero como para vosotros, lectores, todavía no ha *amanecido* aquel dia solemne; como nos habeis dejado en las alturas de *Sierra Nevada,* dentro del Lugar de *Laróles,* viendo transcurrir las fúlgidas horas de la noche del Juéves Santo; y como es deber mio no prescindir ni un momento de vuestra compañía hasta que termine esta peregrinacion, voy á deciros de qué manera fuimos al cabo á *Ugíjar,* tradicional Metrópoli de la *Alpujarra;* en qué paraje y de qué modo pasamos la tristísima hora de las Tres, y cuál fué en realidad el fin que tuvieron Aben-Humeya y Aben-Aboo, á quienes hemos visto en la precedente sinópsis hacer el papel de Dímas y de Géstas, y expiar sus crímenes al propio tiempo que Jesus expiaba los del género humano...—Voy, en una palabra, á descomponer el Cuadro que acabo de pintar, y á referiros por separado cada uno de sus tremendos episodios.

¡A caballo, pues!... y tened paciencia algunos momentos más; que ya nos falta poco, muy poco, para completar las *sesenta leguas* del programa de este viaje.

***

Serían las seis de la mañana cuando partímos de *Laróles* y emprendímos la bajada de la *Sierra*.

Nos dirigíamos á *Ugíjar;* pero nuestro ánimo era únicamente pasar por en medio de la poblacion, sin extendernos á estudiarla; pues no nos parecía el Viérnes Santo dia á propósito para curiosear profanamente en un pueblo cristiano, cuyos moradores estarían entregados completamente á sus obligaciones religiosas.

—Si hoy nos paramos en alguna parte,—dijimos desde luégo,—será en solitarios cortijos, y á la noche irémos á dormir á *Múrtas,* donde ya se nos trata en familia.

Había amanecido un dia hermosísimo, asaz impropio de sus lúgubres recuerdos... Sin embargo, sobre el *Mulhacem* se veía una nubecilla torva, que bien podía presagiar un eclipse y un terremoto para las Tres de la tarde...

A la media hora de camino (bajando siempre) pasamos por el Lugar de *Picena,* cuyo número de habitantes era casi inútil averiguar aquel dia en que podían aumentarse con los muertos...—como diz que sucedió en Jerusalen cuando espiró Jesus: que «*se dejaron ver muchos difuntos que habían vuelto á tomar sus cuerpos*»...—(San Mateo, capítulo XXVII).—Con todo, nosotros, siguiendo

nuestra costumbre, inquirímos allí que *Picena*, á las siete de la mañana, tenía 936 habitantes, inclusos aquéllos que estaban trabajando en lo hondo de las minas de *Sierra de Gádor*, ó sea en los mismísimos Infiernos.

Despues de otro descenso de media legua, llegamos á la planta baja de la *Alpujarra*...

Sierra Nevada pertenecía ya á... nuestra historia.

Estábamos en *Cherin*.

***

Cherin, cuya poblacion es algo más numerosa que la de *Picena* (979 habitantes), hállase situado en una riente posicion, á orillas de un rio que fluye entre pacíficas alamedas, despues de haber bajado despeñado de las alturas del *Puerto de la Ragua*...

Este rio, llamado en todo lo alto *Rio de Laróles*; en seguida *Rio de Picena*; *Rio de Cherin* en aquel sitio; más abajo *Rio de Lucainena*, y que acaba por ser el caudaloso *Rio de Adra*, constituía, en el paraje en que á la sazon nos encontrábamos, la frontera de las Provincias de Granada y de Almería; y nosotros nos solazamos mucho rato en pasar de una márgen á otra, ó en marchar por en medio de la corriente, á igual distancia de ambas orillas, diciendo: «Ahora estamos en Granada... Ahora estamos en Almería... Ahora no estamos en ninguna parte...»—Lo cual reconozco que no estuvo bien hecho; pues era jugar con la solemnidad de los límites,—respetables é interesantes siempre, como los aniversarios, como las edades críticas, como

cada 31 de Diciembre, ó como las Columnas de Hércules del sepulcro...,—en las cuales unos leen «*Plus ultra*» y otros «*Non plus ultra*» ántes de pasarlas, ó sea cuando están vivos..., pero que todos pasan al fin con los ojos cerrados y más amarillos que la cera, como si temieran alguna cosa...

Nuestro buen amigo el jóven Médico de *Cherin* nos hizo descansar algun tiempo en aquel pueblo.—Verdaderamente no teníamos prisa.—Ademas, en *Cherin* discutímos largo rato sobre si subiríamos ó no á la próxima *Taha de Andarax,* cuyo camino arranca allí mismo..., optando al fin por la negativa, en atencion á que (segun nuestros informes) ni en el *Laujar,* ni en el *Presidio,* ni en el *Fondon* quedaban rastros algunos de Aben-Humeya (1), ni de Boabdil, ni del Zagal, ni de Cid-Hiayya; en atencion tambien á la santidad del dia, que entibiaba en nuestro espíritu todo entusiasmo poético por los Musulmanes, y en atencion, por último, á que (como ya habeis visto en el capítulo precedente) la muerte del Reyecillo y la de su sucesor Aben-Aboo tenían ya marcado otro lugar en el escenario de la presente obra...

Nos encaminamos, pues, desde *Cherin* hácia *Ugíjar,* que era, en aquel punto y hora, el principal objeto de nuestra curiosidad y nuestras ansias, y de la que sólo nos separaban ya dos ó tres colinas muy suaves...

(1) En el *Laujar* hay una calle denominada de «Aben-Humeya», en la cual encuéntrase cierta casa, propia hoy de los herederos de D. Antonio López, que dicen está edificada en el solar de la en que Aben-Humeya fué asesinado. Es una casa relativamente moderna, sin ningun carácter ni accesorio monumental. Ignórase, pues, si la tradicion tiene algun fundamento.

Pero con todo esto se nos había ido la mañana, y ya serían las doce cuando descubrímos, en medio de sus amenos campos, la insigne residencia de los antiguos Corregidores; aquella poblacion de que decía Mármol hace tres siglos que era «*Ciudad no ménos noble que las otras del Reino de Granada*».

—¡Al paso, señores, y armas á la funerala; que es Viérnes Santo!...—exclamamos entónces respetuosamente.

Y penetramos en *Ugíjar* con el mayor recogimiento y compostura.



En efecto: eran las doce. Así nos lo advirtió el árido, triste, cadavérico ruido de la *carraca* de madera que en aquel dia fúnebre da las horas en las torres de los templos; ruido que parece formado por el choque de muchos huesos de muerto, y con el cual recuerda á cada instante la Iglesia á los fieles *el leño de la Cruz;*—así como el silencio de las campanas,—que representan á los Apóstoles,—significa de qué manera callaban éstos á la sazon ó estaban ocultos en la Ciudad deicida...

Segun habíamos convenido, cruzamos por en medio de la Villa de *Ugíjar* (entrando por Levante y saliendo por el Sur), sin detenernos en ella, pero pasando por sus principales calles y por su gran Plaza...—Las calles, limpias y bien empedradas; la Plaza, llana, extensa y con soportales; las casas, de simpático aspecto en su generalidad, muchas de ellas con grandes balcones, tras de cuyos cristales blanqueaban elegantes cortinillas, que se levanta-

ban á veces para mostrarnos una bonita, curiosa y aristocrática cabeza de mujer..., todo, todo en aquella poblacion tenía el carácter *aseñorado* (palabra de mi tierra) correspondiente á los títulos históricos de la actual Cabeza de Partido,—elevada á Ciudad por BOABDIL cuando residió en la *Alpujarra,* y degradada más tarde de esta categoría por los Cristianos, sin duda para borrar aquel recuerdo del REY CHICO.

La absoluta soledad y el silencio consiguiente que encontramos en las calles y en la plaza, cuyas tiendas estaban cerradas por supuesto, decían muy alto cuán á rigor se llevaba en aquella ilustre Villa la santificacion del Aniversario de la Muerte de JESUS. En la iglesia habían terminado los Oficios y cantádose las Vísperas con la anticipacion que aquel dia es de rúbrica, y en seguida los Sacerdotes habían desnudado los Altares, en recuerdo de cómo los Judíos desnudaron á CRISTO para crucificarlo y se repartieron sus vestiduras y echaron suertes sobre su túnica inconsútil...—Así nos lo dijeron algunos hijos de *Ugíjar* que habían estado por la mañana en los Oficios y salido luégo á *Cherin* á aguardarnos; por todo lo cual no entramos en la iglesia,—que ya estaba sola y huérfana... como todas las del orbe católico,—y dímonos prisa á evacuar aquel pueblo que profanaban y perturbaban las pisadas de nuestros caballos. . . . .



Pero no nos alejemos así de *Ugíjar,* la poblacion más calificada del territorio Alpujarreño.

Detengámonos, aunque sin echar pié á tierra, en las márgenes de su rio..., todavía á la vista de sus últimas casas..., y hablemos otro poco acerca de su presente y de su pasado.

Lo que la solemnidad del dia nos ha impedido curiosear dentro del pueblo, curioseémoslo en sus afueras: *aquí que no pecamos,* como se dice vulgarmente.

*
* *

La antigua plaza fuerte de *Uxijar* encierra hoy 3.432 habitantes, inclusos los que moran en los 114 cortijos, molinos, etc., de su jurisdiccion y en los *Caseríos* de la *Cantera* y de *Montoro,* ó *Rio de Yátor,* situado el primero á media legua y el segundo á una legua de la Villa, y cada uno compuesto de unas cuarenta casas.

Desde hace cuatro años, hay en *Ugíjar* una Fábrica de filatura de seda (con doscientas operarias, establecida por unos industriales de Lyon de Francia) que va haciendo revivir en todas aquellas tierras la cria de la preciosa oruga y de los morales y moreras que la nutren. Los campos producen todo lo necesario al consumo de la poblacion. Expórtase algun aceite, del cuál hay varios molinos. En las ramblillas defendidas por la *Sierra* se ven cada dia más naranjos, bien que no en el terrible Barranco de *Nechite,* por donde á veces baja encañonado un aire frigidísimo, sin el cual aquel terreno sería casi tan templado como la Costa.

El carácter principal y culto que siempre ha distinguido á *Ugíjar* se revela en muchas cosas,

ademas de las ya apuntadas.—Su hermosa iglesia fué en otro tiempo Colegiata, con sus correspondientes Canónigos.—Había ademas un Convento de frailes, cuyo local subsiste.—Abundan las casas antiguas de aire nobiliario.—Hay alumbrado público de noche, y un sereno..., cosas ambas muy de notar en aquella region.—El Casino, que tiene fama de excelente, está suscrito á dos periódicos conservadores (*La Época* y *La Política*), y en sus salones se dan con frecuencia bailes de sociedad.—La iglesia del ex-convento está habilitada para Teatro, en el que suelen funcionar algunas compañías de la Legua.—El correo es diario.—La estacion telegráfica de que se sirven (la de *Berja*) sólo dista tres ó cuatro horas.—Los Domingos hay misa de once.—Las gentes *se visten*, ó sea se componen, para ir á paseo.—Este, en el Invierno, es á la *Ermita de San Anton*, pasando cerca del cementerio. El Verano, el señorío va por la tarde á la magnífica *Fuente del Arca*, y, á la noche, toma el fresco en un Paseo de acacias que hay á la puerta de la iglesia. En tiempo del Corregimiento paseaban los *Cuellos* (así se llamaban los caballeros, los currutacos) en los soportales de la Plaza á la hora de la siesta, miéntras llegaba la de ir á la fuente susodicha. Hoy los *flaneadores* prefieren como lugar de *parada* cierta esquina que hay entre la Plaza de la *Constitucion* y la de los *Caños*.

Por último: á *Ugíjar* llegan todos los libros nuevos que se publican en España, Francia y Alemania, ó sea las últimas palabras de la Literatura, de la Ciencia y de la Filosofía, merced á la incan-

sable estudiosidad de un hombre de gran talento y ventajosísima posicion, que vive encerrado en aquella Villa, siguiendo á solas todas las cuestiones que agitan el espíritu humano en este vertiginoso siglo.

El ser el dia que era nos impidió conocer y visitar á aquel modesto sabio, cuyo nombre oíamos pronunciar á cada instante en la *Alpujarra*, y á quien hubiéramos querido rendir el homenaje de nuestra respetuosa curiosidad...—Pero el hombre pone y Dios dispone.



Hojear los anales de *Ugíjar*, equivaldría á revolver toda la historia de la tierra Alpujarreña.

Afortunadamente, no hay para qué hacerlo: el presente libro va lleno del nombre de aquella Villa, y, ademas, poco pudieran ya interesaros ciertos pormenores en las postrimerías de una tan larga lectura.—Me limitaré, pues, á referiros un solo hecho.

Cuando estalló la Rebelion de los Moriscos, había allí una Alcaldía Mayor, dependiente del Corregimiento de Granada, con jurisdiccion en toda la *Alpujarra*. Era Alcalde Mayor entónces el Licenciado Leon, el cual, avisado por el Abad Mayor, Maestro D. Diego Pérez, de que iban á alzarse los Agarenos, publicó un Bando para que todos los cristianos se refugiasen en la iglesia, pena de la vida (!), á fin de defenderse de mil turcos y berberiscos que marchaban contra aquel pueblo.—Esta exageracion produjo la incredulidad consiguiente, y los cristianos se reían diciendo que «¿por dónde iban á ir los turcos á *Ugíjar!*»

No fueron, en verdad, turcos... (por entónces; que luégo sí) los que entraron en la confiada Villa alpujarreña...; pero fueron *Monfíes*, capitaneados aquella vez por ABEN-ABOO, que tenía agravios que vengar de las Autoridades civil y eclesiástica.—ABEN-HUMEYA, que lo supo, y como grande amigo que era del ABAD y de otros cristianos de *Ugíjar*, viendo el peligro en que se hallaban, montó á caballo en *Válor* y corrió aceleradamente á su defensa...—Pero, cuando llegó, ya era tarde.—El ABAD, seis Canónigos, el ALCALDE MAYOR y doscientos treinta y dos cristianos más habían muerto degollados... el mismo dia en que conmemora la Iglesia la Degollacion de los Inocentes.

ABEN-HUMEYA increpó con terribles frases á su primo ABEN-ABOO á la vista de tantos horrores, en tanto que lloraba piadosamente al ABAD y á sus otros amigos...

ABEN-ABOO le volvió la espalda.

La fatalidad mostró siempre empeño en mantener un lago de sangre entre los dos descendientes de MAHOMA que reinaron en la *Alpujarra*.



De los campos de *Ugíjar* (que atravesábamos poco despues, alejándonos ya definitivamente de la que fué Ciudad) pudiera decirse lo que el gran poeta arábigo-español Ibn-Aljathib dijo de la Vega de *Guadix* en su DESCRIPCION DEL REINO DE GRANADA: *«que allí todo languidecía, excepto el aura de la Primavera»;*—inspiradísima frase, que es más una melodía que un concepto.

Efectivamente, los campos de *Ugíjar,* labrados en anchurosas paratas, compiten en amenidad (ya que no en extension) con los primeros del mundo. ¡Qué rozagantes trigos! ¡Qué variedad de frutales! ¡Qué infinidad de flores!

En cuanto á las legumbres, tienen fama en muchas leguas á la redonda...—Pero nosotros no llegamos á probarlas.—Estaría escrito.

Discurriendo sobre estas cosas, pasamos por delante del *Cortijo de Unqueira.*

El Sol se había nublado. Aquella nubecilla que vimos por la mañana sobre la cumbre del *Mulhacem,* cubría ya todo el firmamento...

Eran las dos de la tarde...



El dueño del *Cortijo de Unqueira* iba con nosotros.

—Detengámonos aquí,—nos dijo.—Esperemos en esta soledad á que pase la suprema hora de las Tres; la hora de Nona; la hora en que murió JESUS.

A la puerta de aquel cortijo había muchos naranjos. Su opimo fruto y un poco bacalao, que se mandó á buscar á *Ugíjar,* fué lo único que consentímos en tomar allí, por via de refeccion, á pesar de nuestra inmunidad de caminantes...

Ayunábamos.

* * *

Ecce lignum crucis.

La tremenda hora iba á sonar en el reloj de los siglos.

Desde las doce hasta las tres, de la hora de Sexta á la de Nona, durante las cuales JESUCRISTO luchó con la Muerte, reinaron las tinieblas sobre la Tierra: el Sol y la Luna aparecieron eclipsados, «no »de un modo natural (que era imposible), sino como »privados de vida por el horror y el duelo» (dice un Santo Padre). «Las estrellas brillaban como en »medio de la noche. Un frio espantoso reinaba en »la árida cima del Calvario»...,—añaden los Santos Libros.

Y JESUS pronunciaba de vez en cuando, desde el Arbol de la Redencion, las últimas palabras de su Testamento.

. . . .

En la *Alpujarra* llovía...

Dijérase que el Cielo y la Tierra se habían reunido para llorar juntos.

* * *

Por delante del *Cortijo de Unqueira* vimos cruzar varios Curas, en distintas direcciones, todos ellos á caballo y muy de prisa...

Parecían los Discípulos de JESUS, corriendo atribulados por las cercanías de Jerusalen en aquel temeroso instante...

Eran Sacerdotes que se trasladaban de un pueblo á otro, á leer la Pasion y á predicar, á fin de que no faltase en ninguno de ellos quien representase el luto de la Iglesia al espirar el Hijo del Eterno Padre.



Flectamur genua...—Arrodillémonos, sí.

Son las Tres.

—«*¿Ha muerto tan pronto?*»—exclamó Pilátos, cuando el Senador Romano Joseph de Alimatea le pidió el cuerpo de JESUS para enterrarlo ántes de que se pusiera el Sol.

Sí, Pilátos, Magistrado de la impía Roma; sí, Sacerdotes de la Antigua Ley hebrea; sí, pecadora raza de Adan: JESUS ha muerto... El Sacrificio se ha cumplido.—El Mundo acaba de transformarse.

Ha muerto JESUS..., y en la cumbre del Gólgotha sólo respiran ya una angustiada Madre, Madre tambien del género humano; el dulce Apóstol que pugna por apartarla del pié de la Cruz, y dos malhechores, Dímas y Géstas, arrepentido el uno é impenitente el otro, luchando ambos con los pavorosos crepúsculos de la agonía.

VIII

Crímenes y muerte de ABEN-HUMEYA.

> Al REYECILLO nuevo levantado
> la muerte merecida allí le dieron:
> á manos de los Turcos fué acabado,
> de los que por ayuda ellos trajeron (1).

Seguía lloviendo, y á nosotros nos sobraba tiempo para ir á *Múrtas,* en donde no queríamos entrar hasta que fuera de noche...

(1) Véase la nota de la página 105.—Estos versos son tambien de aquel Español que estaba cautivo en la Goleta el año de 1574.

Había, pues, llegado el momento oportuno de hojear el proceso de aquellos dos grandes malhechores que representaban desde por la mañana en nuestra imaginación el papel de Dímas y de Géstas. Había, sí, llegado el caso de juzgar los delitos de Aben-Humeya y de Aben-Aboo, y de ver la manera cómo los expiaron.—Dímas y Géstas nos perdonarían que los convirtiéramos de criminales judíos en criminales moros.

Tomada esta determinacion, encendióse lumbre en el cortijo, y cedímos la palabra á los Historiadores...

Sean ellos tambien quienes se encarguen de relataros aquí la última Tragedia de la Trilogia que suspendímos al salir de *Cádiar*.

***

Despues de su memorable campaña de Vera, «D. Hernando de Válor (dice D. Diego Hurtado »de Mendoza) tornó á *Andarax*, donde, como ase»gurado de su fortuna, vivía ya con estado de Rey, »pero con arbitrio de tirano, señor de haciendas y »de personas... Con todo esto, duró algunos dias, »que le hacían entender que era bien quisto, y él »lo creía, ignorante de su condicion, hasta que el »vulgo empezó á tratar de su manera, de su vi»da, de su gobierno, todo con libertad y desprecio, »como riguroso y tenido en poco. Apartáronse de »su servicio, descontentas, algunas cabezas que to»maron avilantez... Quejábanse los Turcos, entre »otros muchos, que, habiendo dejado su tierra por »venir á servirle, no los ocupaba donde ganasen...

»Mas él, espacioso, irresoluto hasta su daño, tanto »dilató la respuesta, que se enemistó con ellos, ha»biéndolos traído para su seguridad, y despues pro»veyó fuera de tiempo.»

Otras nubes se amontonaban sobre la cabeza del Reyecillo. Los parientes de su difunto suegro Muley Carime y de su repudiada primitiva esposa, y sobre todo un tal Diego de Arcos (hermano de aquel Rafael de Arcos, á quien mató el propio Aben-Humeya), no omitían medio de desacreditar y perder al que había sido el verdugo de su familia (los Arcos eran deudos de los Rójas), y propalaban que andaba en tratos con los Cristianos sobre la manera de rendirse;—en corroboracion de cuya calumnia exhibían dos documentos que *aparentemente* lo comprometían mucho.

Eran un pasaporte, firmado y sellado por él, en favor de un Cristiano que conducía pliegos á Granada, y una carta, toda de su puño, dirigida al Alcaide de Güéjar, enviándole otras para que las remitiese á aquella Ciudad.

El Romanceador Alonso del Castillo, hablando de estos papeles, escribía poco despues las siguientes palabras: «Cuentan los Moros haber sido la »principal ocasion por la cual los moros y turcos »de Berbería acordaron de matar á este *D. Her»nandillo de Válor*»... Sin embargo, no podían ser más inocentes aquellos documentos; pues, segun confiesa el mismo Romanceador, y reconocen todos los Cronistas, habían sido redactados cuando Aben-Humeya escribió á D. Juan de Austria quejándose de que hubiesen dado tormento á su encarcelado

padre; ocasion en que, muy léjos de hablarle de paz, le amenazaba con no dejar un Cristiano á vida...—Pero el Alcaide de Güéjar, descontento sin duda del Reyecillo, «guardó aquella carta (dice Mármol) para *calumniarle* con ella», y, unida al pasaporte, fué un arma terrible en poder de los Arcos y los Rójas.

Leamos ambos papeles, incluídos en el *Cartulario* del mencionado Alonso del Castillo.—Son dos muestras curiosas de la mala ortografía de Aben-Humeya y de su piedad filial.

Decía así el pasaporte:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Del estado grande, renovado por la gracia de Dios, con generosidad e ánimo valeroso, de Muley Mahamad Aben Omeya, Gobernador e Rey de los creyentes (¡que Dios haga victorioso e sea servido de remediar con él á los del Poniente que suscitaron la ley de Dios!).

»Se haze saber que este moço es xpiano (cristiano) de los de la fortaleza de Xeron, el cual lleva unas cartas de Su Alteza á la cibdad de Granada; por tanto, el que lo estorbare, ó ascondiere ó matare, e qualquiera que lo viere en qualquier lugar que entrare, le favorezca e ayude, porque va en provecho de los moros e de los xpianos, como es en las usanças de los Reyes.

»E lo firma por su mandado, siendo testigo de ello Mahamad Aben Gebela.

»Y está firmado al fin deste pasaporte una rúbrica e palabra que dice: *Esto es verdad.*»

La carta era del tenor siguiente:

«Los loores á Dios. Del estado grande, virtuoso, renovado por Muley Mahamad Aben Omeya, Rey (¡que Dios haga victorioso!), salud e Dios e su gracia e bendicion que desea á su especial amigo, el Alcayde Xoaybe de Guéjar.

»Hermano mio, la merced que os pido es que esta carta mia, que vos será dada en castellano, la embieis á mi padre, e guardaos no alçeis mas alcaria ninguna hasta que venga respuesta della de mi padre. E despues de esto yo os daré horden de lo que deveis de hacer, e por Dios os encargo seais hombre de secreto e prestamente os yré á ver, e probeeré todo aquello que os cumpliere.

»E salud e gracia e bendicion de Dios sea con vosotros.»

Se ve que estos documentos,—si inocentes y

hasta loables, conocido el sentimiento que los dictó y el resultado que produjo la correspondencia á que se referían (1),—se prestaban á funestas interpretaciones, á poca mala fe que hubiese en quien los comentara; y esta mala fe no era sino mucha en el bando morisco que conspiraba contra ABEN-HUMEYA.

«Tomó ademas parte activa en la conjuracion »(dice Lafuente Alcántara) DIEGO LÓPEZ ABEN-»ABOO, que ambicionaba el mando.»

¡ABEN-ABOO se quitaba ya la máscara!...—Era natural: los odios, los rencores, las ambiciones y las envidias acaban siempre por concertarse en contra del enemigo ó del estorbo comun.—ABEN-HUMEYA estaba perdido sin remedio.

Tiempo era, por lo demas, de que dejase de vivir aquel insensato, juguete de sus pasiones, manchado de sangre, entregado á la molicie y la concupiscencia como Baltasar y Sardanápalo, y que parecía no luchar ya en las batallas sino para asegurarse el impuro goce de las veintidos mujeres que, segun unos, y cuarenta, segun otros, tenía en su casa del *Laujar* cuando estalló al fin sobre su frente la cólera divina...

Veamos cómo se originó la catástrofe.—Es una historia que parece inventada por un poeta; pero es una historia ciertísima, referida unánimemente por todos los cronistas de aquellos sucesos.

*
* *

Tenía ABEN-HUMEYA un amigo y confidente con

(1) Véase la página 403 de este libro.

quien gustaba mucho de platicar sobre amoríos.— Llamábase DIEGO ALGUACIL, y era morisco, natural de *Ugíjar*.

Un dia cometió éste la ligereza y la ruindad de revelarle cómo era el amante correspondido de una prima suya, «viuda, mujer que fuera de VICENTE »DE RÓXAS, pariente de RÓXAS, suegro de ABEN-»HUMEYA; mujer igualmente hermosa y de linaje »(dice Hurtado de Mendoza); buena gracia, buena »razon en cualquier propósito; ataviada con más ele-»gancia que honestidad; diestra en tocar un laud, »cantar y bailar á su manera y á la nuestra; amiga »de recoger voluntades y conservarlas».

Esta viuda llamábase ZAHARA, si hemos de creer á Pérez de Hita (1); el cual conviene tambien en que era muy hermosa. «Hermosa á la maravilla »(dice); gran música de voz y de tañer á la Morisca »y á la Castellana..., y danzaba extremadamente.»

«Y tanto le supo decir (continúa luégo el mis-»mo), que ABEN-HUMEYA, de oídas, quedó de ella »muy amartelado y con encendido deseo de verla: »y así, disimulando, le rogó (sin mandar como pu-»diera) que la trujese á su casa, porque la quería »ver, y que en ello le haría gran servicio.

»ABEN-ALGUACIL, arrepentido ya de haber ala-»bado tanto á su dama, sufriendo su pena, aquella »noche la llevó á casa del REYECILLO, adonde, á su »ruego, danzó y tañó y dijo...»—una cancion en lengua castellana.

Resultado de esta entrevista, fué que la mora

(1) Los demas historiadores no tracn su nombre propio.

ZAHARA no volvió á salir de las habitaciones del REYECILLO, quien «usó de ella como amiga» (dice Hurtado de Mendoza); miéntras que DIEGO ALGUACIL desapareció de *Andarax,* tan receloso de que ABEN-HUMEYA lo matara, como resuelto á matarlo él en cuanto pudiese.

En lo que no están de acuerdo los historiadores es en la manera de calificar los resentimientos de ALGUACIL y de ZAHARA con el tirano alpujarreño.—Segun Pérez de Hita, que es el más romántico de todos, «la hermosa mora quedó á su pesar con el »REYECILLO, no cesando de llorar aquella fuerza que »se le hacía.»—Segun Hurtado de Mendoza, «avisó »la viuda á su primo, mostrando descontentamien»to; ofendida, entre tantas mujeres (1), de no ser »tenida por una de ellas.»—«Otros (dice Mármol) »entendieron que la causa del enojo que tenía con »él (DIEGO ALGUACIL con ABEN-HUMEYA) no eran ce»los, sino punto de honra, afrentado de que siendo »mujer principal, que podía casar con ella, la traía »por manceba.»

Como quiera que fuese (que lo cierto es muy difícil de inquirir cuando la verdad se esconde en el corazon de una mujer, y de una mujer muerta hace tres siglos), las Historias no dejan despues lugar á la duda en que ZAHARA, resentida con ABEN-HUMEYA por carta de más ó por carta de ménos, suministró á ALGUACIL los medios de matar al REYECILLO.

Veamos las trazas de que se valió, dignas cier-

(1) «Mujeres propias», quiere decir aquí el historiador.

tamente de una mujer ofendida... y mora por añadidura.

***

ABEN-HUMEYA, «que no se fiaba de los Turcos, »ni estaba bien con ellos (dice Mármol)..., los ha»bía enviado á la frontera de *Órgiva,* á órden de »ABEN-ABOO. Sucedió, pues, que, como estos hom»bres viciosos eran todos cosarios, ladrones y ho»micidas, donde quiera que llegaban hacían mu»chos insultos y deshonestidades... Y como fuesen »muchas quejas de ellos á ABEN-HUMEYA, escribió »sobre ello á ABEN-ABOO encargándole que lo re»mediase: el cual le respondió que los Turcos no »hacían agravio á nadie, y que si alguna desórden »hiciesen, él la castigaría. Sobre esto fueron y vi»nieron correos de una parte á otra; y ansí de lo »que se trataba como de la indignacion que ABEN»HUMEYA tenía contra los Turcos, avisaba por mo»mentos la MORA á DIEGO ALGUACIL.»

Decidió al fin el REYECILLO enviar á los Turcos contra Motril, al mando de ABEN-ABOO; y escribió á éste que se pusiera en marcha con ellos hácia las Albuñuélas, donde ya le alcanzaría otro correo designándole el punto á que debía dirigirse y todo lo que tenía que hacer.

«Y como estos correos (prosigue Mármol) pasa»ban forzosamente por *Ugíjar,* y la MORA avisaba »á DIEGO ALGUACIL de los despachos que llevaban, »éste y DIEGO DE ARCOS salieron al camino á espe»rar al portador de la anunciada última órden, y lo »mataron, quitándole el pliego. Y, contrahaciendo

»la órden Diego de Arcos (que había sido Secreta- »rio de Aben-Humeya y firmado algunas veces por »él); donde decía que Aben-Aboo fuese con los Tur- »cos á dar sobre *Motril,* puso que los llevase á *Me- »cina de Bombaron,* y que despues de tenerlos alo- »jados..., los desarmase y hiciese degollar á todos, »valiéndose de cien hombres que le llevaría Diego »Alguacil; y que lo mesmo hiciese con Diego Al- »guacil despues que se hubiese aprovechado de él.»

Esta carta apócrifa fué enviada inmediatamente á Aben-Aboo con persona segura, y poco despues llegó Diego Alguacil á la cabeza de cien hombres que los Róxas y los Arcos le habían reunido en *Ugíjar,* y dijo al antiguo Diego López:

«Aquí me tienes con la gente que sabes; pero »entiende que yo no pienso intervenir en semejan- »te crueldad, pues los Turcos son personas que han »venido á favorecernos; por lo que trato de avi- »sarles la traicion de Aben-Humeya, á fin de que »provean lo que se ha de hacer con este hombre »ingrato, voluntario y perverso, á quien yo estoy »cansado de servir.»

De manera alguna se comprende que un moro tan astuto como Aben-Aboo, enterado, lo mismo que toda la *Alpujarra,* de los ruidosos amores del Rey con la prima y amada de Alguacil, y de la fuga de éste, y de sus vengativos planes, no cayese en la cuenta de que todo aquello era una maquinacion del ultrajado amante contra su aborrecido rival...—Porque ¿cómo podía haber dado Aben-Humeya una comision tan delicada (ni ninguna otra) á su mayor y más reciente enemigo?...,

Ademas, la terrible órden que ABEN-ABOO recibiera poco ántes, no estaba escrita ni firmada de puño del REY...—¿Cómo pudo, pues, considerarla auténtica el cauteloso DIEGO LÓPEZ?—¿Acaso no conocía la letra ni la firma de su primo y señor, con quien se carteaba diariamente?—¡Imposible suponerlo... pero razon de más para prevenirse!—¿Las conocía?—¡Pues yá veía que no eran suyas!—¿Sería acaso porque reconoció la mano de DIEGO DE ARCOS, antiguo Secretario Real?—¡Pero DIEGO DE ARCOS estaba tambien fugitivo y rebelado contra el déspota alpujarreño desde que éste le mató un hermano!

La Historia no se ha detenido á dilucidar este punto, y dice, muy superficialmente, que ABEN-ABOO, creyendo cierta la órden escrita y veraces las palabras de ALGUACIL, participó de la indignacion de éste contra ABEN-HUMEYA...—Yo juraría, sin embargo, que ABEN-ABOO no fué engañado un solo instante por DIEGO ALGUACIL, aunque lo aparentara; y que, por el contrario, contribuiría con todas sus fuerzas á engañar y exasperar á los Turcos.—ABEN-ABOO era aquel demonio que, segun dijimos más atras, seguía á ABEN-HUMEYA como la sombra al cuerpo, desde la horrible escena en que, por su causa, dejó de ser hombre y se convirtió en monstruo.

Pero prosigamos.—Hablando se hallaban todavía de aquel asunto los dos moriscos, «cuando »acertó á pasar (dice Mármol) por delante de la »puerta donde estaban, HUSCEYN, Capitan Turco, y »llamándole á él y á CARÁCAS, su hermano, ABEN-

»Aboo les mostró la carta: los cuales avisaron á »otros Alcaides Turcos: y, alborotándose todos en»tre temor y saña, comenzaron á bravear cargando »las escopetas y diciendo: ¿qué, aquello merecían »los que habían dejado sus casas, sus mujeres y sus »hijos por venirlos á socorrer?—Y apénas podía »Aben-Aboo apaciguarlos, diciéndoles estuviesen »seguros, porque no se les haría el menor agravio »del mundo...

»Tratóse allí luégo que no convenía que reina»se aquel hombre cruel... sino que le matasen á él »y cryasen otro Rey... Y sin perder tiempo nom»braron á Aben-Aboo, harto contra su voluntad, á »lo que mostró al principio. Mas luégo, aceptó el »cargo y honra que le daban, con que le prometie»ron de matar luégo á Aben-Humeya.»

. . . .

La anterior escena ocurrió en *Cádiar,* á prima noche.

De allí al *Laujar de Andarax,* donde residía el Rey, acostumbraban los Moriscos á poner cuatro horas.



Era aquella misma noche.—«*Antes del amanecer...*» dice Pérez de Hita.

Ignórase el dia fijo: sólo se sabe que corría el mes de Octubre de 1569.

El *Laujar* yacía en la quietud del descanso, ya que no en la del sueño...

«*Los Caudillos y Capitanes más amigos de* Aben-Humeya, *con dos mil Moros, repartían la*

guardia cada noche... teniendo barreadas las calles del Lugar, de manera que nadie pudiese entrar en él sin ser visto ó sentido.»—Esto dice Mármol; á lo cual añade Hurtado de Mendoza que Aben-Humeya, aquella noche, última de su vida, tenía *«veinte y quatro hombres dentro en casa, quatrocientos de guardia, y mil y seiscientos alojados en el Lugar»*.

Velaban, pues, muchos por la seguridad del Reyecillo; el cual, despues de haber pasado la mayor parte de la noche en una *zambra,* ó baile moruno, acababa de entrar en su casa y de recogerse en sus habitaciones.

Por asistir á aquella fiesta, no había partido hacía ya algunas horas en busca de los que conspiraban contra él;—pues hay que advertir que á eso de las once, cuando se dirigía al baile, recibió un aviso de todo lo que se urdía en *Cádiar*...

«Pero él no había querido decir nada» (refiere Mármol); bien que, desde que lo supo, *«tenía dos caballos ensillados y enfrenados... y más de trescientos Moros de guardia al derredor del Lugar para caminar ántes que amaneciese. Despues, cansado de festejar, se había ido á su posada...»*

No dió, sin embargo, la órden de que se retirasen los que toda la noche le habían estado aguardando con el pié en el estribo; lo cual significa que sólo se proponía descansar algunos instantes, creyendo sin duda que el Destino le consentiría, como otras veces, aquella tardanza en acudir á la defensa de su amenazada vida...

Dormitaba, pues, Aben-Humeya á eso de las tres de la madrugada.

«En el aposento había una hacha de cera ardiendo», dice Pérez de Hita.

Dos mujeres (así lo aseguran todos los historiadores) acompañaban al desgraciado en el último sueño de que había de despertar...; y una de ellas era la viuda de VICENTE RÓJAS, la prima y amada de DIEGO ALGUACIL, la mora ZAHARA..., la Helena de aquella Troya en miniatura.

Pero ZAHARA no dormía... ZAHARA estaba despierta,—como Judith la noche que mató á Holoférnes.

. . . .

Entre tanto, los conjurados de *Cádiar* avanzaban en medio de las sombras nocturnas, seguidos de cuatrocientos hombres, por mitad Turcos y Moriscos.

«Con silencio caminaron hasta Andarax»...—declara Hurtado de Mendoza.

Y, en efecto, ya hacía rato que la tierra de *Andarax* cruzaban; tierra *«cuyo aire* (al decir del poeta moro) *inclinaba á la molicie: tierra* (continúa diciendo) *estrecha de términos y contornos, áspera de caminos, copiosa en sepulturas y cavernas, falta de alegría y lugares de recreo, y cargada de tributos»*... (1).

Llegó, al fin, aquel ejército de blancos fantasmas á las puertas del *Laujar*.

«Aseguraron la centinela, como personas conocidas»,—observa Hurtado de Mendoza.

Es decir, que daría la cara ABEN-ABOO, el pri-

(1) Ibn-Aljathib.

mo y allegado del Rey, y, por consiguiente, el más traidor de todos los que allí iban...—A lo ménos, siempre acontece así en casos tales.

«*Pasaron el cuerpo de guardia* (sigue diciendo el noble historiador); *entraron en la casa...; quebraron las puertas del aposento...*»

Figurémonos aquel despertar de Aben-Humeya. Delante de él estaban, juntos por la primera vez, pero estrechamente unidos por el odio, sus más implacables enemigos: el torvo Aben-Aboo, que ambicionaba el trono; Diego de Arcos, que había jurado vengar á su hermano y todas las demas ofensas de su familia; Diego Alguacil, el injuriado amante de Zahara, y Husceyn y Carácax, los terribles Capitanes turcos que tan quejosos é irritados se mostraban hacía ya tiempo... Todos, sí, todos se hallaban en su presencia, armados, irreverentes, descompuestos, amenazadores, ¡en vias ya de hecho, desde el instante en que osaron derribar la puerta!...

Sin embargo, «Aben-Humeya *les habló con semblante de rey*»,—dice Pérez de Hita.

«*Halláronle desnudo y medio dormido* (continúa por su parte Mendoza); *y, vilmente, entre el miedo y el sueño y las dos mujeres; estorbado de ellas, especialmente de la* viuda... *que se abrazó con él* (abrazo de Dalila para impedirle la defensa), *fué preso... y atáronle las manos con un almaizar* (especie de toca ó faja morisca).»

«*No hizo resistencia*»...—«*Ninguno hubo que tomase las armas ni volviese de palabra por él*»...—«*¡Faltó maestro á* Aben-Humeya (prorumpe al llegar á este punto el insigne D. Diego)...; *porque ni*

supo proveer y mandar como Rey, ni resistir como hombre!»

En cambio, el mismo que así habla va á hacernos ver que, cuando ménos, aquel infortunado supo morir.

«*Juntáronse* (dice) ABEN-ABOO, *los* CAPITANES *y* DIEGO ALGUACIL... *á tratar del delito y la pena, en su presencia. Leyéronle y mostráronle la carta* (la órden contrahecha de asesinar á los Turcos), *que él, como inocente, negó. Conoció la letra del pariente de* DIEGO ALGUACIL: *dijo que era su enemigo; que los Turcos no tenían autoridad para juzgarle; protestóles, de parte de* MAHOMA, *del Emperador de los Turcos y del Rey de Argel, que le tuviesen preso, dando cuenta de ello y admitiendo sus defensas...*

»*Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres culpados, prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes. Saqueáronle la casa; repartiéronse las mujeres, dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los Capitanes y Soldados, y otro dia de mañana* (1) *determinaron su muerte.*

»*Eligieron á* ABEN-ABOO *por Cabeza en público, segun lo habían acordado en secreto, aunque mostró sentimiento y rehusarlo, todo ello en presencia de* ABEN-HUMEYA; *el cual dijo:*

»QUE NUNCA SU INTENCION HABÍA SIDO SER MORO; MAS QUE HABÍA ACEPTADO EL REYNO POR VENGARSE DE LAS INJURIAS QUE Á ÉL Y Á SU PADRE HABIAN

(1) Es decir, al amanecer de aquel dia, dos ó tres horas despues de prenderlo.

HECHO LOS JUECES DE REY Don Felipe, ESPECIALMENTE QUITÁNDOLE UN PUÑAL Y TRATÁNDOLE COMO Á UN VILLANO, SIENDO CABALLERO DE TAN GRAN CASTA: PERO QUE ÉL ESTABA VENGADO Y SATISFECHO...: QUE, PUES HABÍA CUMPLIDO SU VOLUNTAD, CUMPLIESEN ELLOS LA SUYA.

»QUANTO Á LA ELECCION DE Aben-Aboo, QUE IBA CONTENTO, PUES SABÍA QUE HARÍA PRESTO EL MISMO FIN:

»QUE MORÍA EN LA LEY DE LOS CRISTIANOS, EN QUE HABÍA TENIDO INTENCION DE VIVIR, SI LA MUERTE NO LE PREVINIERA.»

«*Ahogáronle dos hombres* (DIEGO ALGUACIL y DIEGO DE ARCOS, segun Mármol: ABEN-ABOO y ALGUACIL, segun Lafuente Alcántara), *uno tirándole de una parte y otro de otra de la cuerda que le cruzaron en la garganta* (Pérez de Hita dice que lo ahorcaron *con una toca).—Él mismo se dió la vuelta, como le hiciesen ménos daño: concertó la ropa; cubrióse el rostro*»...

ABEN-HUMEYA acababa de cumplir veintitres años.

. . . .

«*Le sacaron muerto* (cuenta otro historiador), *y le enterraron en un muladar, con el desprecio que merecían sus maldades*»...

Sin embargo; algunos meses despues, á la conclusion de la Guerra de los Moriscos, y despoblada ya la *Alpujarra*, «*tuvo noticia el* SEÑOR D. JUAN (dice Pérez de Hita, refiriéndose á D. JUAN DE AUSTRIA) *de como estaba enterrado en* Andarax D. FERNANDO DE VÁLOR, *el que había sido Rey, y como*

había muerto Cristiano, y atento á esto, mandó su Alteza que los huesos suyos fuesen llevados á Guadix *á enterrar»...* .

. . . .

Lo único que la Historia vuelve á saber de la Mora ZAHARA es que, seis años despues de terminada la Guerra, la vieron en Tetuan *«casada á ley de maldicion con el propio* DIEGO ALGUACIL».—Así lo refiere Luis del Mármol.

Hurtado de Mendoza la desprecia soberanamente y no vuelve á nombrarla.

IX

Reinado y muerte de ABEN-ABOO.

Vamos al MAL LADRON.

ABEN-HUMEYA había reinado diez meses...

ABEN-ABOO reinó otros diez.

Cumplióse, pues, en esta parte, como en todo, la especie de emplazamiento que aquél le dirigió en su última hora, cuando le dijo:—*«En cuanto á tí,* ABEN-ABOO, *muero contento; pues tendrás mi mismo fin.»*

El nuevo REY pidió á los Soberanos de Argel y de Turquía la confirmacion de su nombramiento, y, obtenido que la hubo, intitulóse MULEY ABDALÁ MAHAMUD ABEN-ABOO, REY DE LOS ANDALUCES,

adoptando la siguiente divisa: «*No pude desear más, ni contentarme con ménos.*»

Su reinado principió bajo muy buenos auspicios para la causa morisca. Conociendo el asesino de ABEN-HUMEYA que tenía que hacer olvidar su crímen por medio de grandes acciones, puso cerco á la Villa y Fuerte de *Órgiva;* derrotó y rechazó al DUQUE DE SESA, que había salido de Granada con muchas tropas en auxilio de los sitiados, y tomó el Fuerte y la Villa despues de otros señaladísimos combates.

Pero su estrella no tardó en nublarse para siempre. El jóven D. JUAN DE AUSTRIA salió al fin á campaña (1); alcanzó memorables victorias por la parte de Huéscar y de Almería (bien que perdiendo delante de Seron á su ayo y amigo el célebre Luis Quijada); redujo ó aniquiló á los moriscos de todas aquellas tierras, y apareció, en fin, cubierto de laureles, por el lado oriental de la *Alpujarra,* decidido á apagar de una vez la rebelion en su mismo foco.—Volvió á la carga al propio tiempo el DUQUE DE SESA por el lado de Poniente..., y ABEN-ABOO, cogido entre dos fuegos, vióse obligado á refugiarse con sus adictos en las alturas de *Sierra Nevada.*

Sin embargo; todavía no hubiera sido fácil á los Capitanes cristianos enseñorearse del territorio Alpujarreño, si otras armas mucho más afiladas que las que ellos esgrimían no vinieran á herir de muerte la insurreccion. Todos los moriscos de Granada y de su Vega fueron expulsados de sus hogares y con-

(1) FELIPE II se lo habia prohibido hasta entónces.

finados á distantes Provincias de España, sin consideracion alguna á edad, clase ni sexo, despues de haber sido desposeídos de sus casas, tierras y tesoros: tremenda medida, muchas veces anunciada y hasta iniciada, pero cuya definitiva ejecucion llenó de espanto á los Alpujarreños.

Ademas; los parientes y amigos de ABEN-HUMEYA, indignados, terribles, atentos sólo á la venganza, trataban ya con los Cristianos; hacían que millares de Moros depusieran las armas y volviesen á la obediencia de las Autoridades granadinas, y habían llegado á mermar tanto el ejército de ABEN-ABOO, que éste hubo de pensar tambien en rendirse, y entró en negociaciones con D. JUAN DE AUSTRIA.—Pero luégo calculó que de todas maneras sería ahorcado, y, en señal de que daba por rota la Capitulacion convenida, asesinó al que había servido de negociador en aquellos tratos, al venerable HAVAQUÍ, el más insigne General de las huestes moriscas, cuyos restos yacen tambien en *Guadix*.

Vengaron esta muerte y la de ABEN-HUMEYA los vecinos de Alora matando á un hermano de ABEN-ABOO, llamado comunmente el GALIPE: abandonáronlo tambien, por resultas de aquella misma felonía, los pocos adeptos principales con que contaba; y hácia el mes de Octubre de 1570 (diez meses despues de su solemne proclamacion) vióse reducido el antiguo DIEGO LÓPEZ á capitanear trescientos ó cuatrocientos facinerosos, encastillados con él en las cimas de *Sierra Nevada,* escondidos en aquellas cuevas de los *Bérchules,* tan fáciles de defender como imposibles de tomar por la fuerza, y expuestos

á morir de hambre y de frio en el Invierno que ya principiaba...

*
* *

Así las cosas, aconteció que los parientes de ABEN-HUMEYA (1) y las Autoridades granadinas consiguieron atraerse tambien (asegurándole que sería perdonado) al único partidario importante que le quedaba á ABEN-ABOO; partidario que gozaba á la sazon de toda su confianza; pero que tenía con él antiguos resentimientos y estaba ya fatigado de vivir como una bestia feroz en aquellos inaccesibles parajes.—Llamábase GONZALO EL XENIZ (2), y había capitaneado *Monfíes* al principio de la Guerra.

El XENIZ (á quien, con grandes precauciones, conseguía ver un platero de Granada, nombrado FRANCISCO BARREDO,—que era el que manejaba la intriga), prometió que el mismo dia que recibiera la Cédula Real con su indulto entregaría el cadáver de ABEN-ABOO al mismo que se la llevara. Fué, pues, á Granada BARREDO, y, recogido que hubo la órden, tornó á la *Sierra* y citó al XENIZ al sitio en que solían avistarse...

Pero cedamos aquí la palabra á nuestro inimitable Hurtado de Mendoza:

«Llegado el XENIZ, y vista la Cédula, la besó, »y puso sobre su cabeza: lo mismo hicieron los que »con él venían, y despidiéronse dél (de BARREDO), »fueron á poner en ejecucion lo concertado.—FRAN-

(1) Así lo dice Lafuente Alcántara.

(2) ZENIX y SENIX escriben varios historiadores. Nosotros seguimos á Hurtado de Mendoza.

»cisco Barredo se volvió al castillo de *Vérchul,* »porque allí le dijo el Xeniz que le aguardase.

»Gonzalo el Xeniz y los demas acordaron, »para hacerlo á su salvo, que sería bien que uno de »ellos fuese á Abdalá Aben-Aboo, y de su parte le »dijese que la noche siguiente se viese con él en las »Cuevas de *Vérchul,* porque tenía que platicar con »él cosas que convenían á todos.

»Sabido por Aben-Aboo, vino aquella noche á »las Cuevas, solo con un Moro, de quien se fiaba »más que de ninguno; y ántes que llegase á las »Cuevas, despidió veinte tiradores que de ordinario »le acompañaban; todo á fin que no supiesen adón»de tenía la noche.

»Saludóle Gonzalo el Xeniz, diciéndole:— «Abdalá Aben-Aboo, *lo que te quiero decir es, que* »*mires estas Cuevas, que están llenas de gente des*»*venturada, así de enfermos como de viudas y huér*»*fanos*»...—Y luégo le manifestó resueltamente: «*Ser las cosas llegadas á tales términos, que si to*»*dos no se daban á merced del* Rey, *serían muer*»*tos, y destruídos; y haciéndolo, quedarían libres* »*de tan gran miseria.*»

«Cuando Aben-Aboo oyó las palabras del Xe»niz, dió un grito, que pareció se le había arrancado »el alma, y, echando fuego por los ojos, le dijo:— »*¡Cómo,* Xeniz! *¿Para esto me llamabas? ¿Tal trai*»*cion me tenías guardada en tu pecho?... No me* »*hables más, ni te vea yo.*—Y diciendo esto, se fué »para la boca de la Cueva...

»Mas un Moro, que se decía Cubáyas, le asió »los brazos por detras, y uno de los sobrinos del

»XENIZ le dió con el mocho de la escopeta en la ca»beza, y le aturdió; y el XENIZ le dió con una losa »y le acabó de matar.

»Tomaron el cuerpo, y, envuelto en unos zar»zos de cañas, le echaron la Cueva abajo, y esa no»che le llevaron sobre un macho á *Vérchul,* adonde »hallaron á FRANCISCO BARREDO...»

«De allí lo llevaron á *Cádiar* (dice por su parte »Luis del Mármol), y, porque no oliese mal, ha»biéndole de llevar á *Granada,* le abrieron y le »hinchieron de sal...

»Juan Rodríguez de Villafuerte Maldonado, »Corregidor de Granada y del Consejo, que por »órden del Duque de Arcos había ido á asistir á la »reduccion de aquellas gentes..., mandó que LEO»NARDO ROTULO (1) y FRANCISCO BARREDO llevasen »á *Granada* el Cuerpo de ABEN-ABOO y los Moros »reducidos.

»Entraron en la Ciudad con gran concurso de »gente, deseosos de ver el Cuerpo de aquel traidor »que había tenido nombre de Rey en España.

»Delante iba LEONARDO ROTULO, y luégo FRAN»CISCO BARREDO á la derecha, y á la izquierda el »XENIZ con la escopeta y alfanje de ABEN-ABOO: »todos tres á caballo.

»Luégo seguía el CUERPO, sobre un bagaje, en»hiesto y entablado debajo de los vestidos, de ma»nera que parecía ir vivo...

»Detras de todos iban los Moros reducidos, con »sus bagajes y ropa...

(1) Gobernador de los puntos fortificados que los Cristianos tenian en aquella parte de la *Sierra.*

»Y á los lados la cuadrilla de LUIS DE ARROYO, »y de retaguardia JERÓNIMO DE OVIEDO... con un »estandarte de caballos.

»De esta manera entraron por la Ciudad, ha»ciendo salva los arcabuceros, y respondiendo la ar»tillería de la Alhambra, y fueron hasta las casas de »la Audiencia, donde estaban el DUQUE DE ARCOS y »el Presidente D. PEDRO DE DEZA, y los del Conse»jo, y gran número de caballeros y de ciudadanos.

»Apeáronse... y subieron á besar las manos al »DUQUE y al PRESIDENTE, á quien el XENIZ hizo su »acatamiento y entregó el alfanje y la escopeta de »ABEN-ABOO, diciendo *que hacía como el buen pas»tor, que no pudiendo traer á su señor la res viva, »le traía el pellejo.*

»Tomó el DUQUE las armas, agradeciendo á todos »tres lo bien que se habían gobernado en aquel ne»gocio, y ofreciéndoles que intercedería con su Ma»jestad para que les hiciese particulares mercedes.

»Mandó luégo arrastrar y hacer cuartos el Cuer»po de ABEN-ABOO, y la Cabeza fué puesta en una »jaula de hierro sobre el arco de la Puerta del Ras»tro, que sale al camino de las *Alpujarras,* donde »hoy está...

»Y pusieron (concluye Hurtado de Mendoza) un »título en ella, que decía:

«ESTA ES LA CABEZA
DEL TRAIDOR DE ABENABÓ.
NADIE LA QUITE, SO PENA
DE MUERTE.»



La Guerra de los Moriscos estaba terminada.

Sólo nos faltaba enterarnos de su total Expulsion, y de cómo se despobló y repobló la *Alpujarra*...

Pero ya eran las cuatro y media de la tarde; había cesado de llover, y teníamos que marcharnos á *Múrtas*.

Dejamos, pues, para el dia siguiente, último de nuestro viaje, aquel funesto epílogo de tan lamentables historias, y nos pusimos en camino.

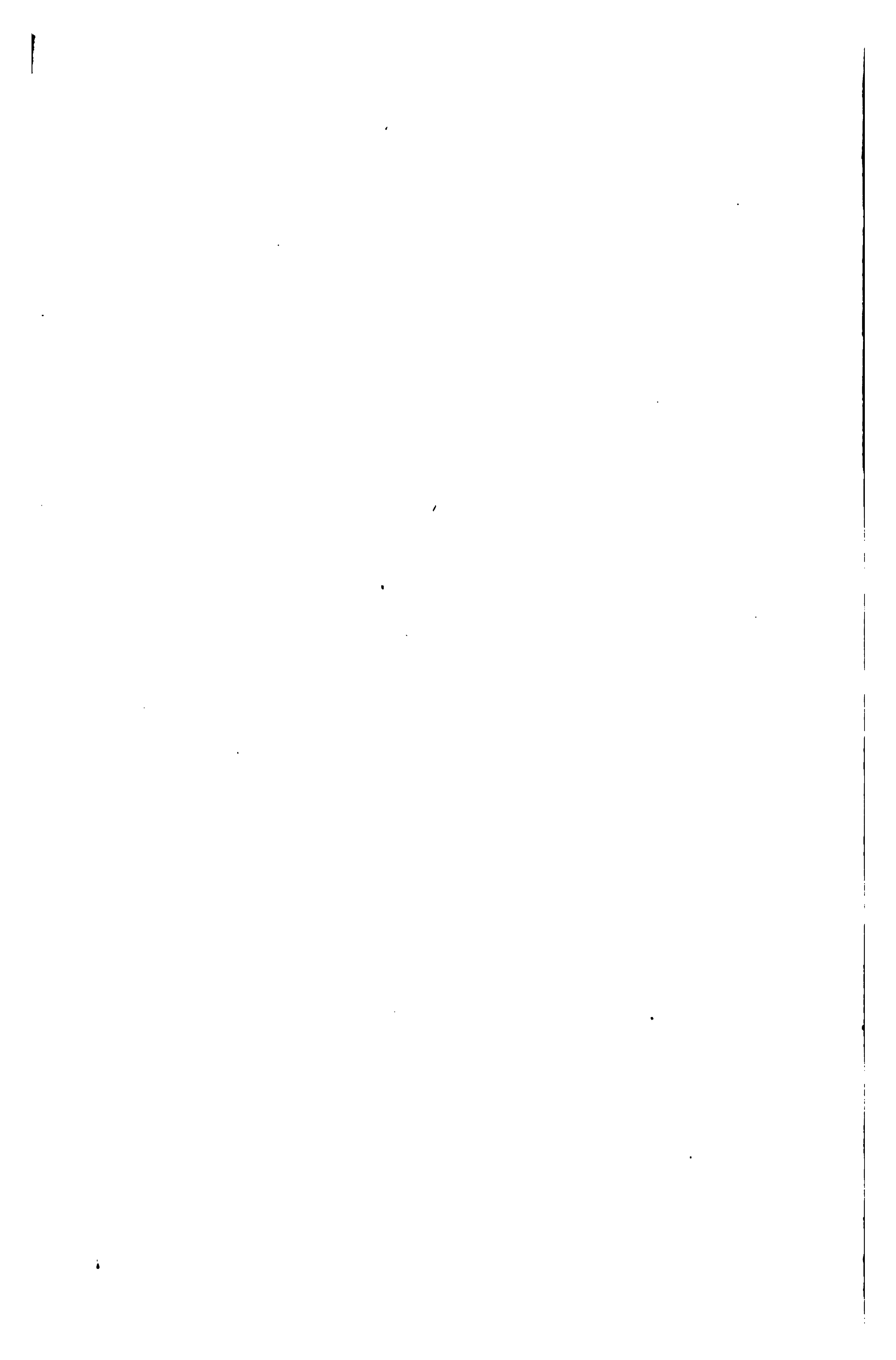
Volvímos á pasar por *Cojáyar* y por *Mecina Tedel,* que respiraban la profunda tristeza propia de aquella tarde (tristeza en que no entraba por nada la muerte de Aben-Humeya y de Aben-Aboo); y, ya oscurecido, llegamos á *Múrtas,* cuya plaza éranos forzoso atravesar para dirigirnos á nuestro alojamiento...

Hallábase ésta llena de gente, y todas las casas tenían *iluminacion*. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par..., pero no se veía nadie dentro de su espaciosa nave...—Dijérase que era la vacía estancia de donde acababan de sacar un muerto...

Y no era otra cosa.—En una calle vecina (dicho se está que nosotros íbamos ya á pié) encontramos un magnífico Entierro...—En el ataud, que tenía grandes cristales por todos lados, se veía tendido el cadáver de un Hombre como de treinta y tres años de edad, de incomparable hermosura, envuelto en un sudario que parecía tejido por los Angeles. Las personas que iban en el Cortejo alumbraban con blandones... Tristísimas plegarias, fúnebres quejas resonaban á la cabeza del Duelo.—Era la Procesion del *Entierro de Cristo*.

Poco despues alzóse un viento espantoso... un huracan horrible de los que tan frecuentes son en el *Cerrajon de Múrtas*.—Todas las iluminaciones se apagaron... La iglesia (adonde ya había regresado la Procesion) cerróse inmediatamente, llevándose el Sacristan las llaves, como las de una casa deshabitada. Y un fuerte aguacero que principió á caer en seguida, dejó completamente desiertas las oscuras calles del Lugar, en el que sólo se oyeron ya durante toda la noche los aullidos lastimeros del aire y el sollozo continuo de la lluvia...

FIN DE LA SEXTA PARTE.



EPÍLOGO

LA EXPULSION DE LOS MORISCOS

Amaneció (como no podía ménos) el dia siguiente.

Miré el Almanaque, y vi que era el 30 de Marzo de 1872.

Reinaba en España D. AMADEO DE SABOYA.

Los Alpujarreños andaban muy atareados con unas Elecciones de Diputados á Córtes, que iban á principiar á los dos ó tres dias...

Aquellos Alpujarreños no tenían nada que ver con los Moriscos que sobrevivieron á ABEN-HUMEYA y á ABEN-ABOO; sino que eran descendientes de los castellanos, extremeños, gallegos y leoneses que repoblaron la desierta *Alpujarra* despues de la *Paz...*, ó de los alemanes y flamencos que inmigraron tambien allí cuando se colonizó Sierra Morena.

Es decir, que todos los fantasmas evocados por mi imaginacion durante aquel largo viaje, así los del tiempo de Tiberio como los del tiempo de FELI-

PE II, habíanse desvanecido completamente. Ni un judío, ni un romano, ni un inquisidor, ni un morisco se veía ya por ninguna parte. En la *Alpujarra,* como en el resto de España, sólo había cristianos puros..., pero de estos á la moderna, más semejantes en su generalidad á los tibios gentiles contemporáneos del escéptico Pilátos que á los supersticiosos clérigos y soldados de fines del siglo XVI.—Parecíame que acababa de despertar de un sueño, ó de sanar de una locura.

El dia había amanecido lo que se suele llamar *revuelto;* ora claro, ora nublado, ora triste, ora alegre...;—dia *vário,* como la realidad de nuestra vida y como el destino de los pueblos;—dia desapacible y escalofriado, como el alma y cuerpo de los que madrugan contra su voluntad;—dia, en fin, en que el Sol, con tanto salir y ocultarse entre las nubes, parecía jugar á muertes y á resurrecciones:—verdadero SÁBADO DE GLORIA, mixto de las tristezas del VIÉRNES SANTO y de los júbilos de la PASCUA.

Nuestra caravana acababa de disolverse á las puertas de *Múrtas.* Los Alpujarreños se habían marchado á sus respectivos pueblos á prepararse para la lucha electoral, y hasta mis dos primitivos compañeros de viaje (atentos á generosos cuidados) habíanse despedido tambien de mí por algunos dias...—al cabo de los cuales (dicho sea aquí de paso, por si no se me presenta ya ocasion de advertíroslo) irían á buscarme á *Albuñol,* desde donde saldríamos juntos de la *Alpujarra* por la orilla del Mar, en demanda de la culta Ciudad de *Motril* y de su conocida Diligencia...

Caminaba yo, pues, enteramente solo la melancólica mañana que digo.—Mi rumbo, en definitiva, era hácia el mencionado *Albuñol,* donde daría fondo aquella misma noche, poniendo así término á mis exploraciones alpujarreñas; pero de camino (aunque rodease un poco) quería tocar en la Villa de *Albondon,* á fin de hacer la prometida visita á su simpático señor Cura,—de quien supongo no os habreis olvidado...

Todo esto estaba muy bien: el plan no podía ser mejor..., y yo saboreaba á mis anchas la plácida tristeza propia de los epílogos venturosos y de todo lo que termina á medida de nuestros deseos...;—mas ¿quién era aquel hombre que, hacía ya media hora, marchaba detras de mí, á pié, agarrado á la cola de mi caballo, diciéndome cosas fatídicas y desagradables, y cuyo aspecto me infundía un terror indefinible?



Aquel hombre se me había aparecido en el momento de quedarme solo y de perder de vista á *Múrtas,* sin que pudiera yo precisar cómo ni por dónde llegó á incorporárseme.—Cuando reparé en él, ya estaba á mi lado, dirigiéndome la palabra.

—Hoy va usted á perecer,—fué la frase con que me avisó su presencia.

Volvíme asustado, como si hubiera oído el silbido de una serpiente, y me encontré con que llevaba á remolque á un hombre jóven todavía; pobre y suciamente vestido, con chaqueta, pantalon largo y alpargatas; flaco y pálido como la misma muerte;

con barba de unos quince dias, que le tiznaba toda la parte inferior del rostro; de grandes y hermosos ojos negros, ancha boca, propensa á reir de una manera cínica y amarga; nariz, frente y cejas de puras y correctas proporciones, y un aire, en fin, en toda su figura, de artista mendigo, de proscrito vagabundo, casi, casi de *judío-errante*.

—¿Quién es usted?—le dije.

—¿Pues no me conoce usted?—exclamó, sin dejar aquella sonrisa, yerta como la de un cadáver.

—Tiene usted razon. Yo he visto esa cara en alguna parte...

—Me vió usted anoche. Soy el *Propio* de *Albuñol* que les llevó á ustedes el correo á *Múrtas*.

—Es verdad,—pensé, tranquilizándome por entónces.

—Y como llevamos el mismo camino...—prosiguió diciendo.

—¡Ah! ¿Usted regresa tambien á *Albuñol?*... ¿Y qué hablaba usted de *perecer?*—interroguéle, procurando dar el mismo tono á aquellas dos preguntas.

—Decía que, con la mañana que hace, no debe usted ir á *Albondon* por la *Contraviesa*...

—¿Pues?...

—¡A no ser que quiera usted que se lo lleve el aire, ó morir helado! Eso va en gustos...

Yo no le contesté al pronto. El lenguaje de aquel hombre me repugnaba profundamente. Su estilo, su acento, sus ademanes, su gesticulacion, todo era insultante en él..., acaso sin poderlo remediar.—Sólo la intencion resultaba sana.

Dígolo, porque algunos momentos despues, al llegar al lomo de la *Contraviesa,* nos envolvió una horrible ventisca que me obligó á hacer alto.

—Veo que tiene usted razon,—le dije entónces.—Pero es el caso que yo no sé otro camino...

—Eche usted por aquí,—respondió él inmediatamente, dejando la cola y cogiendo las riendas de mi caballo.—Estos barrancos, aunque rodeando un poco, conducen tambien á *Albondon.*

—Bien; sí...; ¡pero suelte usted las riendas!—prorumpí yo descompuestamente.

El hombre se rió; dejóme pasar, y repuso:

—Lo único que le podrá suceder á usted en estos barrancos es que caiga un aguacero, salgan los arroyos y se lo lleven á usted de cabeza al Mar...

—¡Tristes ideas tiene usted, buen hombre!—no pude ménos de decirle, disimulando algo mi mal humor.

—¡No tan tristes como los caminos de la *Alpujarra!*—replicó él con la misma ironía de siempre.—¡A ver cuándo hacen ustedes aquí carreteras y ferro-carriles, para que sepamos lo que es una *rueda!* Viejo hay en estos contornos que no ha visto en toda su vida ni un coche, ni una galera, ni un carro... nada, en fin, que ruede; y el que ha visto esas cosas ha sido porque ha estado en Motril ó Almería... ¡Por supuesto que lo mismo da á cuestas que al hombro!... ¡De todas maneras... aguaderas!...

Y al pronunciar esta última frase, adelantóse para mostrarme la cara, en la cual vi una mueca lúgubre y espantosa, que indudablemente quería ser, y era en efecto, la caricatura de la Muerte.

El tal hombre volvió á causarme un miedo pueril, ridículo, fantástico... pero no ménos incómodo por eso...

¡Acababa de representárseme cierto horrible monigote de trapo que, en mi Ciudad natal, amanece ahorcado de tal ó cual balcon la mañana del SÁBADO DE GLORIA, representando el castigo que se dió á sí mismo el desesperado Júdas Iscariótes!...

Apreté, pues, al caballo en cuanto pude, y lo dejé atras.

. . . .

***

La idea de tomar por los barrancos en lugar de seguir por la *Contraviesa* había sido muy oportuna. Tan luégo como descendí un centenar de metros por aquellas laderas, encontréme en unos valles abrigadísimos y ricos de vegetacion, donde no llovía ni hacía aire, si bien estaban cubiertos de una techumbre de nubes sumamente bajas, que parecían toldos de lona tendidos sobre morunos patios llenos de macetas.

Una vez libre del *Propio,* y en tanto que solazaba mi vista en aquellos amenos parajes, mi imaginacion y mi juicio entablaron el siguiente diálogo, que demuestra cuán tristes vapores y dolorosas resonancias quedaban aún en mi cabeza, por resultas de tantas y tantas historias como había recordado en la *Alpujarra*.

—¿Quién será ese hombre que me sigue desde *Múrtas?*

—Desde luégo es el *Propio* que nos envió de

Albuñol nuestro mejor amigo, y, por consiguiente, una persona de toda confianza...

—Pero eso no quita para que pueda ser un alma del otro mundo!... Ni por un momento se me ha ocurrido ver en él un ladron, ni un asesino, ni un espía. Mis recelos pertenecen al órden sobrenatural...

—Pues Júdas no puede ser... Júdas era rubio.

—¿Será el Demonio?

—¡Ca! ¡Para bromas está hoy Lucifer! CRISTO se halla á estas horas en los Infiernos, en busca de las almas que esperaban su santo Advenimiento y que han de acompañarlo en su gloriosa Resurreccion... No hay miedo de que el Príncipe de las tinieblas se aparte de allí un solo instante.

—Entónces, puede que sea FRANCISCO BARREDO, el que dispuso la captura y muerte de ABEN-ABOO...

—¡Qué disparate! A BARREDO lo mataron en Tetuan en un convite. Por consiguiente, no tiene á qué venir á la *Alpujarra*.

—Entónces, puede que sea ABEN-FARAX, el verdugo de los Sacerdotes Alpujarreños, el que ambicionaba el trono de ABEN-HUMEYA...

—Sí, que le da un aire!... Pero FARAX había cambiado mucho de fisonomía cuando murió...

—Pues ¿cómo murió?

—Murió de viejo, pidiendo limosna á los cristianos por las calles de Granada. Mas, ántes, sufrió un tormento de que ese hombre no conserva señal alguna. Sus propios amigos, así que creyeron haberlo matado, cosa que no consiguieron, deshicié-

ronle el rostro, magullándoselo con piedras, y dejáronlo tan desfigurado y horrible, que nadie hubiera podido reconocerlo, si él mismo no fuese diciendo á todo el mundo su nombre,—más deseoso tal vez de que le dieran la muerte que el pedazo de pan que ponían en su mano!

—Nada: no es ABEN-FARAX...—Sigamos pensando...—¡Como no sea ABEN-COMIXA, aquél que les vendió á los REYES CATÓLICOS la persona y la hacienda de BOABDIL...

—Tampoco lleva eso camino...—A ABEN-COMIXA lo mataron en Africa despues de haber sufrido tantas metamorfósis que no le habrá quedado gana de transformarse de nuevo. Primèro, abjuró la Ley de Mahoma y se hizo fraile Francisco, bajo la proteccion de DOÑA ISABEL y de D. FERNANDO. Luégo, renegó la fe de Jesucristo y entró al servicio del Rey de Bugía, que lo nombró Gobernador de Argel. En seguida, trató de entregarle al Conde Pedro Navarro esta codiciada ciudad, y, entónces los argelinos lo cosieron á puñaladas.

—¿Quién será?

—¿Quién ha de ser? ¡Un *Propio!* ¡Un vecino de *Albuñol!*

—Mejor es creerlo así.



A todo esto, había llegado á una Rambla estéril y melancólica, y dado vista á un pueblecillo con que no contaba,—quiero decir; de que no tenía noticia alguna...

Componíase de unas cincuenta ó sesenta casas;

pero casi todas ellas estaban en ruinas, sin que tampoco se descubriera alma viviente en las que permanecían de pié.

Era una muestra viva de los Lugares que quedaron despoblados despues de la Expulsion de los Moriscos.

Parecía una Nínive en miniatura.

—¿Cómo se *llamaría* este pueblo?—me pregunté interiormente.

Y paré el caballo, para que bebiese agua en un arroyo sin objeto que atravesaba alegremente aquellos solitarios parajes.

—Se llama la Cortijada de los *Puñaleros*,—díjome, en són de respuesta, una voz harto conocida...

¡El *Propio* se hallaba á mi lado, mirándome de hito en hito, riéndose fúnebremente, y... adivinándome los pensamientos!

—¿Es usted andarin?—exclamé.—¡Yo lo hacía á usted á media legua de distancia!

—Por andarin me tienen sin duda, cuando me envían de *Propio*,—respondióme, muy satisfecho de aquella nueva leccion que me daba.

Y luégo prosiguió:

—La Rambla en que estamos lleva el mismo nombre de los *Puñaleros*.—En cuanto á esas casas que ve usted, casi todas *siguen desocupadas*.—Cualquiera diría que en otro tiempo pasó por aquí el cólera...—Pues no, señor.—Quien pasó por aquí fué la guerra.—Ahora: lo que yo no sabré decir es si los *puñaleros* de que se trata fueron Cristianos ó Moriscos...

—¡Hola! ¿Usted tambien...—exclamé maravillado.

—Yo tambien,—me interrumpió el desconocido, adivinando el resto de mi frase.

Y se cruzó de brazos, como retándome á una polémica.

No había más remedio que transigir.

Indudablemente, se trataba de un hombre muy listo, muy vivo de genio, muy sin ventura, y muy mal educado; pero inocente de todo punto.—Su rostro revelaba más tristeza que maldad.—Ya me iba acostumbrando á él.

—¿Con que usted es tambien aficionado á las cosas pasadas?—díjele medio amistosamente.

—¡Yo lo creo!—respondió con la viveza de una ardilla.—Mire usted: cuando los cuatrocientos mil Moriscos del Reino de Granada fueron internados en otras Provincias de España, quedaron despoblados 400 Lugares, entre ellos todos los de la *Alpujarra,* y, para repoblar unos y otros, vinieron 12.542 familias de Extremadura, de Galicia, de Castilla la Vieja y de los Montes de Leon; pero, pareciendo poca aquella gente, sólo se repoblaron 270 Lugares, correspondiendo á los de este territorio los siguientes cupos:

Bérchules, 48 familias.—Ugíjar, 110.—Nechite, 26.—Mecina Alfahar, 25.—Laujar, 152.—Alcolea, 35.—Presidio de Andarax, 80.—Fondon, 64. —Bayarcal, 47.—Cherin, 13.—Laróles, 77.—Picena, 42.—Darrícal, 24.—Mairena, 44.—Berja, 200.—Jubíles, 16.—Trevélez, 24.—Válor, 73.—Narila, 25.—Cádiar, 35.—Yégen, 21.—Mecina de

Bombaron, 85.—Almejíjar y Notáez, 32.—Tímar y Lóbras, 20.—Cástaras y Nieles, 36.—Múrtas y Turon, 50.—Cojáyar, 15.—Poqueira, 70.—Pítres, 49.—Capileira, 16.—Aliacar, 16.—Ferreirola, 16.—Mecina Fondáles, 16.—Fondáles, 15.—Pórtugos, 56.—Atalbéitar, 10.—Padúles, 45.—Canjáyar, 66.—Almocita, 31.—Ohánes, 36.—Béires, 41.—Dalías, 83.—Adra, 25.—Orgiva, 130.—Cáñar, 35.—Benisalte, 12.—Soportújar, 30.—Sóites, 14.—Caratáunas, 16.—Bayáces, 12.—Benisier, 15.—Busquístar, 33...

En cuanto á *Albuñol*, no está en el Libro.

—¿En qué Libro?—pregunté yo, asombrado de aquella singular erudicion y de aquella prodigiosa memoria.

—En la *Relacion Auténtica de la creacion de la Renta de Poblacion del Reino de Granada*, compuesta por D. Manuel Núñez de Prado, Veedor y Contador de la Alhambra.—Granada, 1755 (1).

(1) «Quedó este Reino, por la Expulsion de los Moriscos, tan falto de Po»blacion y de gente, que muchos Lugares estaban yermos, sin un solo veci»no, otros con muy pocos; no habia quien cultivase los campos; los arbola»dos y viñas se perdían por falta del beneficio ordinario, y todo el trato y »comercio estaba aniquilado...»

En el Consejo y Junta de Granada se dispuso «poblar 259 Lugares; se»gun la poblacion que cada uno debia tener, se dispusieron otras tantas ca»sas, señalando á cada uno tierra calma competente, viñas y arbolado, con »título de Suerte de poblacion...»

«Se deslindaron y apearon términos, y se señaló una Suerte para el Be»neficiado y otra para el Sacristan, para que estuviesen asistidas y servidas »las iglesias...»

«No cabe en lo posible referir el gasto y la providencia que hubo para »conducirlos (á los colonos) y asentarlos en las poblaciones; las prevenciones »que se hicieron de pan, harina, trigo, cebada y otras semillas, bueyes, ca»ballos y mulas, para el servicio de las nuevas poblaciones; y todo á costa »de la Real Hacienda.»

«A cada uno de los pobladores se le dió una casa, solamente con la obli-

—¿Y usted ha leído esa obra?

—Naturalmente.

—¿Cómo naturalmente?

—Es claro: por razon de oficio.

—Pues ¿qué oficio es el de usted?

El hombre se encogió de hombros y no me contestó.—Al cabo de unos instantes, prosiguió diciendo de este modo:

—Así que me aprendí el libro de memoria, se lo vendí á un baratillero de Granada que pasó por aquí. Había sido de mi padre; pero yo lo hallé muy defectuoso. Faltan en él muchos pueblos, que sin duda se repoblaron despues; y, por la inversa, figuran algunos que ya no existen.—Los pueblos se mueren con el tiempo, como las personas.

—¿Sabe usted, amigo, que es usted un hombre muy particular?

El *Propio* se rió de una manera más triste, pero tambien más afable que solía, y murmuró dolorosamente:

—Eso dicen; que soy un hombre muy particular.

»gacion de pagar un real de censo en cada un año, y una Suerte de pobla»cion sencilla ó con ventaja, que se entiende dos sencillas, con obligacion de »pagar el quento de todos los frutos...»

(Todo ello en virtud de Real Cédula, su fecha en San Lorenzo, á 31 de Mayo de 1572.)

«Ningun poblador ha de ser natural del Reino de Granada...

»Han de ser obligados á hacer en los Lugares de la Marina, ó en los que »fuere menester, para su seguridad y guarda, un cercado ó reducto de ta»pias... y han de tener todos los pobladores espadas, y con ella un arcabuz »ó ballesta, con sus aderezos, rodela, ó alabarda, ó partesana, ó otras armas »semejantes, enhastadas.»

(Todas estas noticias son del mismo libro citado por el *Propio*.—El Señor D. Pascual de Gayángos posee un ejemplar de él.)

—Particularísimo,—repuse yo, volviendo á mis cavilaciones.

Y metí espuelas al caballo.

***

Pero no había dado cuatro pasos, cuando sonó un tiro, y luégo otro, y luégo dos ó tres seguidos, todos ellos en las altas laderas que limitaban aquella Rambla.

El caballo se paró por sí mismo, y hasta quiso retroceder.

Yo miré al *Propio,* más alarmado que nunca, y como pidiéndole cuenta de aquéllo.

El *Propio* se reía espantosamente.

—¡Qué bárbaros!—decía.—Se han anticipado lo ménos una hora.

—¿De qué bárbaros habla usted?—exclamé yo, requiriendo mi revólver.

—De los cortijeros de estas cercanías.

—Pues ¿qué hacen?

—¿No lo oye usted? ¡Apénas son las nueve, y ya *tocan á Gloria!*

—¡Tocan á Gloria!—repetí maquinalmente...

Y sin saber por qué, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Transcurrieron algunos instantes.—Quitéme el sombrero, y recordé los versos con que principia el *Fausto.*

—¡Brutos!—seguía gritando el *Propio,* respondiendo con fuertes carcajadas á los tiros que sonaban por todas partes.—¡Bestias! ¿No veis que toda-

vía no son las diez? ¿No veis que aún falta una hora para el *Gloria in excelsis Deo?*

A pesar mio, me eché á reir.

—¿Es usted de Iglesia?—le pregunté á aquel energúmeno.

—Casi, casi...—me respondió con cierto énfasis.

—¡Es el Demonio!—volví á pensar, más sobresaltado que nunca.

Y disparando al aire los seis tiros de mi revólver (lo cual puso el colmo al terror del caballo), eché á correr á toda brida, y me encaramé en la montaña próxima, por donde erré perdido mucho tiempo, hasta que el repique triunfal de unas hermosas campanas sirvióme de norte para descubrir la Villa de *Albondon* (1).



Dos horas despues, mi amigo el señor Cura y yo departíamos de sobremesa en su bendita casa,—en tanto que los hijos de *Albondon* seguían atronando el espacio con salvas, repiques, vivas, coplas de fandango, tañer de guitarras, largo tiempo mudas, y todo género de demostraciones de júbilo por la Resurreccion de Cristo.

—Le repito á usted, señor Cura, que hoy he viajado con el Demonio,—decíale yo muy seriamente.—Pero ¡mírelo usted! Por allí asoma...

En efecto: á traves de los cristales de un balcon próximo, acababa de ver penetrar en la plaza del pueblo á mi siniestro acompañante.

(1) *Albondon*, Villa de 3.216 habitantes, hállase situada en una ladera de la *Contraviesa*, á una legua de *Albuñol*.

El Cura se echó á reir.

—Conozco á ese pobre hombre,—dijo luégo.

—¿Quién es?

—Nunca me perdonaría usted el que se lo dijese ahora. Nuestros amigos se lo dirán á usted esta tarde en *Albuñol.*

—Pero, en fin...

—¡Ni una palabra más! Bástele á usted por el momento saber que es una persona honrada.

—Me resigno, señor Cura.

Rodó luégo la conversacion sobre la Expulsion de los Moriscos, único asunto que me preocupaba ya en la *Alpujarra,* y, despues de una larga controversia, en que salieron á relucir todas las apuntaciones de mi cartera de viaje, quedaron en pié, á mi juicio, los hechos siguientes:

Primero: Que «todos los Moriscos del Reino de »Granada que se sometieron fueron trasladados á »distantes comarcas y los que se ocultaron fueron »cazados como fieras y entregados al verdugo. Mu»chos lograron escaparse (continuaba diciendo el »texto); pero el amor de la Patria los trajo de nue»vo á Andalucía, donde (1) fueron quemados. La »situacion de aquéllos que fueron llevados al inte»rior de España fué peor que la esclavitud. Hablar »la lengua arábiga, tocar un instrumento moris»co, etc., eran crímenes que se castigaban con ga»leras... (2).»

Segundo: Que los Moriscos que prefirieron irse á Africa á ser internados en la Península, «pasaron

(1) Aquí suprimo una elipse inconveniente.

(2) Schack, *Poesía y Arte de los Arabes en España y Sicilia.*

»á Berbería, sirvieron á Abdel-Melic, Rey de Fez, »bajo el nombre de *Andaluces*, y contribuyeron »eficazmente á la derrota y muerte del Rey de Por»tugal D. Sebastian junto al rio de Alcázar-Qui»vir (1).»

Tercero: Que, cuando Felipe III decretó la Expulsion definitiva de todos los Moriscos que había en España, ascendían éstos á más de un millon de personas (2), de las cuales el Bando real exceptuaba á los muchachos de ménos de cuatro años que quisieran quedarse, á no oponerse sus padres ó tutores: que, al principio, no hubo padre que consintiera en ello; pero que, despues, cuando supieron la triste suerte que les aguardaba donde quiera que iban (en Italia y Francia los rechazaban y perseguían considerándolos moros: en Africa, Asia y Turquía los maltrataban y despedían considerándolos cristianos), vióse á muchos vender sus hijos ántes de embarcarse: que el mismo Bando perdonaba seis familias en cada lugar de cien casas, *para conservar en el Reino los conocimientos prácticos de Agricultura y Labranza;* pero que los exceptuados optaron por irse, *besando la arena de las playas, embarcándose al són de instrumentos y saltando á las naves con grande regocijo* (3).

Cuarto: Que esta Expulsion total principió por el Reino de Valencia, cuya numerosísima poblacion morisca, á pesar de haberse comprometido pré-

(1) Lafuente Alcántara, *Historia de Granada.*

(2) Creo oportuno recordar aquí que los Judíos expulsados de España por los Reyes Católicos pasaron de doscientos mil.

(3) Janer, *Condicion social de los Moriscos de España.*

viamente á alzarse en armas al mismo tiempo que los Granadinos, no secundó el movimiento de ABEN-HUMEYA: que, así que los Moriscos Valencianos vieron cuán mal se les pagaba la traicion que habían hecho á sus correligionarios y su fidelidad á FELIPE II y FELIPE III, se sublevaron, reproduciendo las matanzas y sacrilegios de los antiguos *Monfíes* y la denodada resistencia de los guerreros alpujarreños; pero que ya era tarde..., y fueron muy en breve reducidos y presos, viéndoseles apiñados, desnudos y hambrientos morir en nuestras playas ó en aquéllas á que se les conducía, en medio del más absoluto desamparo...; de tal modo que se calcula en cien mil el número de los que perecieron aquellos dias en España, en el mar, ó en las inhospitalarias costas en que se les desembarcaba (1).

Quinto: Que estos espantos tuvieron la sancion prévia de uno de los más ilustrados Reyes de Francia,—FRANCISCO I,—quien ya *motejaba á Cárlos V porque toleraba á los Moriscos en sus Estados, siendo Emperador y Rey Católico;* pero que, en cambio, el gran Cardenal RICHELIEU, al saber que FELIPE III había expulsado novecientos mil de sus más laboriosos súbditos, dijo que era «*el consejo »más osado y bárbaro de que hace memoria la his»toria de todos los anteriores siglos.*»

Y sexto: Que el Cardenal de RICHELIEU debía de tener razon, visto que CAMPOMÁNES, el insigne estadista, dice que «*el punto de decadencia de »nuestras manufacturas puede fijarse desde el año*

(1) Janer.—*Ibidem.*

»*de* 1609 *en que tuvo principio la Expulsion de los* »*Moriscos*»; y visto ademas que Fray Pedro de San Cecilio, varon muy docto y santo, los llama «gente »aplicada, continua en el trabajo, enemiga de la so»ciedad, que *con su ejemplo obligaban á trabajar á* »*los Cristianos viejos, cultivar sus heredades y la*»*brarlas*.»

—Duéleme,—dijo el señor Cura cuando acabé de fijar estos hechos,—verlo á usted dar la razon á los Moriscos contra los Cristianos.

—A mí tambien me duele tener que hacerlo,—respondí.—Yo hubiera querido que prevaleciese el primer pensamiento de ISABEL LA CATÓLICA; que se hubiera empleado la tolerancia, el amor y la persuasion para convertir á los Moros á la Fe Cristiana; que se les hubiese hecho conocer y adorar todas las excelencias de la Doctrina de JESUS, y que la mansedumbre, la caridad, la paciencia, el perdon de los enemigos, el sublime principio de *alteri ne feceris quod tibi fieri non vis,* la humildad, la santificacion de la pobreza, todos los tesoros del Evangelio, hubieran brillado á los ojos de los Infieles, en lugar de las hogueras y de las armas. De este modo, no sólo los habríamos conservado para nuestra tierra y ganado para el Cielo, sino que nuestra accion evangelizadora y civilizadora hubiera transcendido á Africa, ¡á ese desdichado Continente tan vecino á nuestras Costas, cerrado á toda luz, á toda esperanza, á toda felicidad digna del espíritu humano! De este modo tambien, hubiéramos impedido que por la misma puerta que salieron de España, primero los Judíos y luégo los Musulmanes, entrara

en ella este horrible descreimiento religioso que va trocando á los pueblos en manadas de bestias feroces! Sí, señor Cura: la intolerancia, la violencia, la crueldad de nuestros Reyes austriacos y el mal encaminado celo de nuestros Sacerdotes; el fanatismo y la ambicion de poder de la Inquisicion; la supersticiosa repugnancia y la bárbara sevicia con que tratamos á aquellos hermanos (y ya compatriotas nuestros) que vivían en el error, fueron causa de que el puro venero del Cristianismo se dividiera en dos corrientes, y de que por una fluyese en adelante su espíritu humanitario, liberal, democrático, consolador y redentor de los humildes y afligidos, y por la otra la autoridad del dogma y el dogma de la autoridad!... Llámele usted Reforma; llámele usted Revolucion; llámele usted Racionalismo; llámele usted Impiedad... todo es para mí la misma cosa: todo es para mí el divorcio que sobrevino entre la Iglesia y la Civilizacion, desde el momento en que una mal entendida defensa de la Fe (la defensa que se hizo por medio de persecuciones, de expulsiones, de tormentos y de hogueras), dió márgen á que inteligencias enfermizas, hombres de más pasion que sindéresis y discernimiento, mirasen la Religion del Crucificado con una prevencion que sólo debieron inspirarles los que abusaban de su sagrado nombre. ¡JESUS no arrojó del templo las Tablas de la Ley, sino á los mercaderes! Sin embargo, lo repito: los insensatos filósofos posteriores al Renacimiento, y sobre todo los del siglo pasado, confundieron la Religion con los tiranos que la explotaban y contradecían, y de aquí la situacion á que

hemos venido; de aquí esta orfandad en que va quedando el género humano en nuestra culta Europa; de aquí el descreimiento que usted y yo deploramos tanto; de aquí la rebelion de los pobres, de los tristes, de los menesterosos, de los tullidos de la Piscina..., no ya diciendo: *«¡Viva* JESUS, *que nació en un pesebre!»*, sino diciendo: *«¡Viva el Becerro de Oro!...»;* de aquí, en fin, la pavorosa *Internacional,* última fórmula y apocalíptico derrumbamiento de este edificio social que lleva veinte siglos de existencia!

—Y ¿qué remedio?...—exclamó el digno Sacerdote, con el generoso ímpetu de un mártir.

—No veo más que uno..., y ese...

—¿Qué?

—Está en manos de la Iglesia...

—No me sorprendería... Pero, en fin... Explíquese usted más claro.

Mediaron unos instantes de silencio, al cabo de los cuales añadí:

—La receta no la he inventado yo... Pensadores más profundos la formularon hace tiempo... y ¡usted debe conocerla! Por mi parte, no es tampoco ésta la primera vez que la proclamo... Once años han pasado desde que, al escribir la historia de otro viaje por el estilo de éste (1), procuré que todas sus páginas fuesen una indicacion de ese mismo remedio á la enfermedad que corroe las entrañas del mundo latino...

—Pero, en fin, ¿cuál es el remedio?

(1) DE MADRID Á NÁPOLES.

Yo me acerqué al Padre de almas, y le dije tres palabras al oído...

El Cura no me respondió nada, ni pestañeó siquiera...—Su actitud era sublime.

Y así pasaron no sé cuántos segundos.

—Con que adios, señor Cura,—exclamé entónces, respetando como debía aquel prolongado silencio.—Me marcho... es muy posible que no nos veamos más... Voy á dejar la *Alpujarra*, postrimer escenario de la gran cruzada nacional contra los Moros...; y, al tiempo de partir, y á pesar de lo que acabo de decirle á usted, vuelvo á ser poeta, y repito las últimas palabras que pronuncié ayer mañana al abandonar á *Laróles:* «¡DICHOSA EDAD »Y SIGLOS DICHOSOS AQUÉLLOS EN QUE HABÍA MOROS »Y CRISTIANOS; EN QUE CADA CUAL LUCHABA Y MORÍA »POR SU FE; EN QUE EL IDEALISMO DIRIGÍA LAS ACCIO»NES HUMANAS; EN QUE ESTA CORTA VIDA ERA COMO »UN TORNEO EN QUE SE DISPUTABAN LOS HOMBRES EL »DERECHO Á LA INMORTALIDAD (1)»... Adios, señor Cura; adios...

—Adios, y ÉL le acompañe,—díjome con infinita tristeza, recibiéndome en sus paternales brazos.

Y partí.

* * *

Una hora despues, el *Propio* y yo asomábamos por la cumbre del monte á cuyas faldas se recuesta *Albuñol*.

Era la primera vez que entraba yo en la sarra-

(1) Véase la página 498 de este libro.

cena Villa por aquellas alturas, y tambien la primera en que aparecía ante mis ojos su Cementerio, mucho más alto que las Ramblas por donde habíamos caminado hasta entónces, é invisible desde ellas por consiguiente...

Aquel mudo recinto, aquel otro *Albuñol,* cuyo hambriento suelo habrá de tragarse poco á poco á todos los amigos de que iba á despedirme, como en el espacio de dos años ya se ha tragado á algunos, está situado á la izquierda del pueblo, en una triste y melancólica soledad.—Altas hierbas ocultan casi por completo las negras cruces plantadas sobre una y otra sepultura, y sólo en una de sus elevadas tapias se ve un grupo de estos nichos de moda..., que no sé para qué se han inventado, pues lo cierto es que á nadie se le ha ocurrido todavía ir á contemplar el esqueleto de sus muertos queridos.

En cuanto al *Albuñol* viviente, mostrábaseme más bello y animado que nunca, coronado de flores, vestido de luz por el espirante Sol del SÁBADO DE GLORIA, y cobijado por un purísimo cielo de Primavera, en que flotaban algunas pintadas nubes, como cortinajes de gala, pregoneros del alborozo de aquel dia...

—Yo me marcho por aquí, si usted no me manda otra cosa,—díjome entónces el *Propio,* rompiendo el silencio que, sin duda por encargo del señor Cura, había guardado desde que salímos de *Albondon.*

Y al pronunciar aquellas palabras, me designaba con el dedo una tortuosa vereda... que no conducía á la Villa.

—Vaya usted con Dios,—le contesté, no sin que aquella nueva excentricidad del misterioso personaje me llamara mucho la atencion.

Quedéme, pues, en la altura, para observar hácia dónde se encaminaba, y lo fuí siguiendo con la vista..., más y más asombrado á cada instante, al reparar que se dirigía al Cementerio.

Llegó efectivamente á la puerta de la fúnebre morada: llamó, y le abrieron: volvióse entónces hácia mí, como adivinando que yo no me había movido de aquel sitio; saludóme familiarmente con la mano, y penetró en la mansion de los muertos.

. . . .

Era el sepulturero de *Albuñol*.

FIN.

ÍNDICE

TERCERA PARTE

LA CONTRAVIESA

CUARTA PARTE

EL GRAN CEHEL

QUINTA PARTE

LA ORILLA DEL MAR

SEXTA PARTE

LA SEMANA SANTA EN SIERRA NEVADA

EPÍLOGO

